

UN CAMINO BAJO LA MIRADA DE MARÍA



**BIOGRAFIA DE LA HERMANA
MARÍA LÚCIA DE JESÚS Y DEL CORAZÓN INMACULADO O.C.D.**

HERMANA LÚCIA

Lúcia Rosa dos Santos nació en Aljustrel, parroquia de Fátima, el 28 de marzo 1907.

En compañía de sus primos, los beatos Francisco y Jacinta Marto, recibió tres veces la visita de un Ángel (1916) y seis veces la visita de Nuestra Señora (1917), que les pidió oración y penitencia en reparación y por la conversión de los pecadores.

Su misión especial consistió en difundir la devoción al Inmaculado Corazón de María, como alma del mensaje de Fátima. Por causa de esta misión que le fue confiada, recibió además otras visitaciones de Nuestra Señora, así como gracias místicas, que la ayudaron a recorrer su propio camino con fidelidad.

Ingresó en la Congregación de Santa Dorotea, en España, donde obtuvo la gracia de una visión de la Santísima Trinidad, en Tuy, y del Niño Jesús y de Nuestra Señora, en Pontevedra.

Deseando una vida de mayor recogimiento, para responder al mensaje que la Señora le había confiado, entró en el Carmelo de Coímbra, en 1948, donde se entregó más profundamente a la oración y al sacrificio.

Nuestra Señora vino a buscarla el 13 de febrero de 2005 y su cuerpo descansa en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, en Fátima, desde el día 19 de febrero de 2006.

UN CAMINO BAJO LA MIRADA DE MARÍA



**BIOGRAFIA DE LA HERMANA
MARÍA LÚCIA DE JESÚS Y DEL CORAZÓN INMACULADO O.C.D.**

Título original
Un caminho sobo olhar de Maria
Biografia da Irmã Maria Lúcia de Jesús e do Coração Imaculado O.C.D.

Ediciones Carmelo
Convento de Avesadas Apartado 141
4634-909 MARCO DE CANAVESES
Tel. : 255 531 354 - Fax : 255 531 359
E-mail : editorial@carmelo.pt - red : www.carmelo.pt

EDICIONES CARMELO
ISBN 978-972-640-137-7
DEPÓSITO LEGAL 364535/13

NIHIL OBSTAT : Mons. Cón. Luciano Guerra
IMPRIMATUR : Coimbra, 23 de Agosto de 2013
VIRGÍLIO DO NASCIMENTO ANTUNES *Obispo de Coimbra*

AUTOR : Carmelo de Santa Teresa - Coimbra: coimbra@carmelitas.pt
REVISORES : Mons. Luciano Guerra, D. Luciano Cristino, P. Pedro Ferreira O.C.D.
FOTOGRAFIAS : Archivo del Carmelo de Coimbra y del Santuario de Fátima
DISEÑO GRÁFICO : Delfim Machado

Traducido al español *ad usum privatum* por Prof. Dr. CARLOS J. LARRAINZAR (España) - 2015

INDICE

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I. LA INFANCIA DE LÚCIA

1. Nacimiento y Bautismo
2. Primeros pasos
3. Algunas travesuras
4. Una infancia marcada por la caridad en la familia
5. Primera Comunión

CAPÍTULO II. LAS APARICIONES DEL ÁNGEL 1915-1916

1. Inicio de la vida de pastorcita
2. Primera aparición del Ángel de la Paz a los tres partorcitos
3. Segunda aparición del Ángel de Portugal
4. Tercera aparición del Ángel de Portugal
5. Efectos de la aparición del Ángel
6. La primera despedida

CAPÍTULO III. APARICIONES DE NUESTRA SEÑORA EN 1917

1. Noche oscura bajo el sol brillante
2. Aparición de Nuestra Señora el 13 de mayo
 - 2-1. La luz sobre el candelero
3. Aparición de Nuestra Señora el 13 de junio
4. Aparición de Nuestra Señora el 13 de julio
5. El Secreto
 - 5-1. La visión del infierno (1ª parte)
 - 5-2. La devoción al Corazón Inmaculado de María (2ª parte)
 - 5-3. Llamada a la penitencia (3ª parte)
6. El corazón del Mensaje en los corazones de los niños
7. Amor profundo al Obispo vestido de blanco
8. Una promesa sobre Portugal
9. Preparados para la lucha
10. Ante los “Jueces”
11. El 13 de agosto en la cárcel
12. Aparición de Nuestra Señora el 19 de agosto
13. La madre de la pastorcita lucha con las dudas
14. Nuevos sacrificios
15. Aparición de Nuestra Señora el 13 de septiembre
16. Aparición del 13 de octubre y el milagro del sol

17. El milagro prometido
18. Un escrúpulo

CAPÍTULO IV. DESPUÉS DE LAS APARICIONES

1. Afluencia cada vez de más personas
2. Enfermedad de la madre
3. La epidemia de neumonía
4. Huérfana de padre
5. En Lisboa
6. La Pastorcita encuentra al Pastor

CAPÍTULO V. AQUÍ ESTOY POR SÉPTIMA VEZ

1. Despedida de Fátima
2. Deja y sígueme - Primera vez

CAPÍTULO VI. ESTUDIANTE

1. En Vilar, en el Instituto “Arcediano Van Zeller”
2. Adaptación a una nueva vida
3. Estudiante aplicada
4. Camino de espinas y flores
5. Fátima sin los pastorcitos
6. Las vacaciones en Braga
7. Encuentro con la madre y petición de entrar en la vida religiosa
8. La Confirmación

CAPÍTULO VII. INICIO DE LA VIDA RELIGIOSA

1. La vocación religiosa
2. Postulante
3. Deja y sígueme - Segunda vez
4. En Pontevedra

CAPÍTULO VIII. UNA GRAN PROMESA

1. Tú al menos ...
2. Apariciones del Niño Jesús

CAPÍTULO IX. EN LOS CAMINOS DE DIOS GUIADA POR MARIA

1. De nuevo en Tuy
2. Novicia
3. Dudas interiores

4. Signos de la predilección de Dios
5. Una foto
6. Esposa de Cristo
7. Apóstol del Mensaje
8. El amor en acto

CAPÍTULO X. LA PETICIÓN DE LA CONSAGRACIÓN DE RUSIA

1. Visión de la Santísima Trinidad
2. Quiero que toda mi Iglesia reconozca esa Consagración como un triunfo del Corazón Inmaculado de María
3. Esfuerzos de Lucía para que se haga la Consagración del mundo y de Rusia
4. ¿Se ha hecho la Consagración del mundo según pidió Nuestra Señora?

CAPÍTULO XI. RELIGIOSA DOROTEA

1. Vivir con amor y por amor
2. Un apoyo providencial
3. Votos perpetuos
4. De nuevo en Pontevedra
5. Acto de reparación
6. Los interrogatorios extenuantes
7. En paz en medio de la guerra
8. Nuestra Señora pide de nuevo oración y sacrificio
9. Nada me gustaría más que dar mi vida por Dios
10. Enfermedad y muerte de la Madre Provincial
11. De nuevo en Tuy
12. En la playa
13. Salvadora de naufragos
14. Mensajera incansable

CAPÍTULO XII. ESCRITORA POR OBEDIENCIA

1. Escribió obedeciendo
2. La primera carta al Papa
3. Nuestro Señor hace una petición a los Obispos de España
4. Bodas de plata de las Apariciones
5. Muerte de la madre de Lúcia
6. Nuevo mensaje de Nuestro Señor a los Obispos de España

CAPÍTULO XIII. LA REDACCIÓN DEL SECRETO

1. Las puertas del cielo
2. Dificultad para escribir el secreto
3. Nuestra Señora permite que Lúcia escriba el secreto y le da nuevas luces
4. Lúcia escribe lo que vio. La interpretación pertenece a la Iglesia
5. Una nueva llamada a la conversión

6. La purificación del mundo por el pecado en que está sumergido
7. El sobre cerrado
8. Por qué la fecha de 1960 en el sobre

CAPÍTULO XIV. ÚLTIMOS AÑOS EN ESPAÑA

1. Lúcia muestra gran amor por las misiones
2. Lúcia siente la necesidad de rezar por los sacerdotes
3. Caridad con sus Hermanas
4. Primer contacto con el Carmelo
5. La pastorcita conduce las almas al Pastor
6. Coronación de Nuestra Señora

CAPÍTULO XV. REGRESO A PORTUGAL

1. Deja y sígueme - Tercera vez
2. Lúcia visita Fátima
3. Bendiciendo las maravillas de Dios
4. Nuestra Señora Peregrina del Mundo
5. Sonrisa del cielo en la noche del mundo
6. En Sardão
7. El Carmelo en el horizonte
8. Una señal del Cielo
9. La elección del Carmelo en donde entrar
10. Deja y sígueme - Cuarta vez
11. La despedida

CAPÍTULO XVI. RELIGIOSA CARMELITA

1. Finalmente en el Carmelo
2. Primeras impresiones del Carmelo
3. Novicia Carmelita
4. Un sueño hecho realidad: La imagen del Inmaculado Corazón de María
5. Profesión solemne
6. Don Ernesto Sena de Oliveira, elegido por Nuestra Señora
7. Primera despedida en el Carmelo
8. Una promesa
9. En la vida comunitaria
10. Una como todas las demás y siempre singular
11. Correspondencia de todas las partes del mundo
12. La Fundación de nuevos Carmelos

CAPÍTULO XVII. VISITAS DEL CIELO EN SU CELDA

1. Nunca te dejaré
2. Visitas de Nuestra Señora a la Hermana Lúcia
3. Por María a Jesús

CAPÍTULO XVIII. ENCUNTROS CON EL OBISPO VESTIDO DE BLANCO

1. El Papa Pablo VI - 1965
2. Cardenal Albino Luciani - Juan Pablo I - 1977
3. Juan Pablo II - Una profunda amistad
4. Juan Pablo II - El primer encuentro en 1982
5. Juan Pablo II - El segundo encuentro en 1991
6. Juan Pablo II - El tercer encuentro en 2000
7. Los primos beatificados
8. Peregrinación del corazón
9. Cardenal Joseph Ratzinger - Benedicto XVI - 1996

CAPÍTULO XIX. SÓLO ALGÚN TIEMPO MÁS

1. Bodas de Oro como religiosa carmelita
2. Últimos años
3. Serenidad y buen humor hasta el final
4. Últimos cuidados
5. Subida al Calvario con Jesús y María
6. Últimas palabras
7. Todo se ha consumado
8. “En el Cielo nos veremos ...”
9. Traslado a Fátima

CONCLUSION

BIBLIOGRAFIA

ORACIÓN PARA PEDIR LA BEATIFICACIÓN

PREFACIO

La Hermana Lúcia es una destacada figura del mundo católico portugués del siglo XX.

En su condición de Pastorcita de Fátima que, junto con Francisco y Jacinta, vió a Nuestra Señora, en 1917, ella se ve a sí misma como una pequeña criatura bendecida y elegida para difundir el mensaje de paz y de salvación de Dios en el mundo.

Como religiosa carmelita, es considerada como una persona privilegiada en la dedicación a Dios y en el servicio a su Iglesia, en quien las gentes ponen una enorme confianza, anclada en el hecho de haber sido la confidente de Nuestra Señora.

La Hermana Lúcia es igualmente una figura destacada en el mundo, de modo particular en Europa. Desde las apariciones con sus referencias a la conversión de Rusia y a la difusión de los errores del ateísmo, hasta que acontecieron los cambios políticos en el Viejo Continente, ella es considerada como una persona inmersa en ese misterio profético que impregna nuestra historia contemporánea. Desde un punto de vista personal, muchos hombres y mujeres de los cinco continentes y de muchísimos países siguen teniendo por ella una gran admiración y, por su intercesión, imploran a Dios las gracias espirituales que necesitan.

En la historia de la Iglesia contemporánea difícilmente puede prescindirse de una alusión a la Hermana Lúcia. Las referencias al Santo Padre y a sus sufrimientos, ya en las apariciones, así como en la revelación de la tercera parte del llamado *Secreto de Fátima*, y los dramáticos acontecimientos vividos por la Iglesia a finales del segundo milenio y principios del tercero, no nos permiten ignorar a la Hermana Lúcia.

La lectura de las *Memorias de la Hermana Lúcia (Memórias da Irmã Lúcia)* nos hace entrar en el corazón del mensaje de Fátima y nos ayudan a conocer la personalidad humana y espiritual de los Tres Pastorcitos, de la mano de Lúcia. Aunque ella se centra en Francisco y Jacinta, advertimos la grandeza de su alma y de su determinación en la búsqueda de la verdad, del delicado empeño en la fidelidad a Dios y a su Madre, y como apóstol entre los hermanos. La lectura de las *Llamadas del Mensaje de Fátima (Apelos da Mensagem de Fátima)* nos muestra que este modo de ser y estos compromisos marcaron sus convicciones y la totalidad de los actos en su larga vida.

Ahora, una lectura de la biografía *Un camino bajo la mirada de María (Um caminho sob o olhar de Maria)*, cuyo autor es el Carmelo de Coimbra, nos aporta una perspectiva más honda e íntegra de la personalidad de la Hermana Lúcia, como fruto de un saber de connaturalidad, de una vida ordinaria y de los escritos y hechos atestiguados que reflejan la profundidad de un alma.

¡Que este libro ayude a todos sus lectores a acoger las notas esenciales distintivas de la vida de la Hermana Lúcia: el amor a Dios, la devoción filial a Nuestra Señora, la fidelidad incondicional a la Iglesia y el empeño por la salvación de la Humanidad perdida! En definitiva, el mensaje de Fátima, según su interpretación, su vivencia personal y su testimonio, actualiza la llamada a la conversión, lleva al anuncio de la Buena Nueva de la salvación en Jesucristo e insta a todos los cristianos a recorrer su camino bajo la mirada de María.

Coimbra, 13 de febrero de 2013

† VIRGILIO DO NASCIMENTO ANTUNES
Obispo de Coimbra

INTRODUCCIÓN

— *Aquí estoy por séptima vez. Ve, sigue el camino por donde el Señor Obispo te quiera llevar. Ésa es la voluntad de Dios.*
— *Sí, haré lo que me ordenáis.*¹

Y la pastorcita, con los ojos fijos en Dios que le hablaba mediante la voz de la obediencia, *dejó su tierra, su familia y la casa de su padre, marchando hacia la tierra que le fue indicada*², llevando sobre sus frágiles hombros la responsabilidad de dar a conocer al mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María, como dijo en su despedida de la pequeña Jacinta, su prima y confidente. Con la sencillez con que ella vivía, vamos a acompañarla en su largo camino, donde no faltaron las espinas, pero por donde corrió en abundancia, como agua cristalina de un manantial siempre en dirección al mar, el amor que le dio fuerza en su peregrinar por el mundo, que para ella *era sólo el camino hacia Dios*³.

Fue una vida enamorada de María. Cuando ella se veía rodeada de muchas personas, atenciones y peticiones, solía decir: *¡Todo es por causa de Nuestra Señora!* Y, si la viésemos, Nuestra Señora diría: “¡Todo es por causa de Jesús!”. Sí, porque todo se dirige hacia Él en nuestra vida. Y, cuando María viene a la tierra a traer algún mensaje, siempre es para la gloria de Dios y la salvación de Sus hijos, para indicarnos el Camino, la Verdad y la Vida, o para recordarnos que algo no va bien. Desde muy temprano, la vida de la Hermana Lúcia tiene el sello de María. Y, durante su muy largo recorrido, fue este amor de su infancia lo que marcó todos sus pasos. Fue siempre a Jesús por María.

¹ Séptima aparición de Nuestra Señora en Cova de Iría, 15-VI-1921.

² *Génesis* 12,1.

³ Archivo del Carmelo de Coimbra, *O Meu Caminho* I p.208.

CAPÍTULO I

LA INFANCIA DE LÚCIA

1. NACIMIENTO Y BAUTISMO

Hacia finales de julio de 1906, después de un día de trabajo duro en las labores del campo y en los asuntos de la casa —era una familia ya con cinco hijos, habiendo muerto otro en un parto prematuro—, la señora Maria Rosa tenía una novedad que dar al marido:

— *António, ¡vamos a tener un hijo!*

El señor António dos Santos, en su sencillez y con el generoso corazón que le caracterizaba, respondió:

— *¡No te preocupe! De nuevo es una bendición de Dios. Por eso no le ha de faltar pan en la artesa ni aceite en la alcuza* ⁴.

Así se recibían los hijos, como un regalo-sorpresa de Dios, sin una programación de cuántos ni cuándo, sino dejando a Dios la libertad de entregar Sus dones, cuándo y dónde Él quisiera. Y así fue llenándose la casa de alegres risas de niños inocentes, amados y siempre felices, aunque con muchas privaciones, pues no había dispendios para *mimos*, pero el corazón de la madre era un epicentro de amor, igual para todos y único para cada uno.

Cuando la Hermana Lúcia se refería a los padres, siempre lo hacía con gran veneración, ensalzando sus cualidades, que siempre admiró. ¡Eran los mejores padres y los más sabios del mundo! Incluso cuando aludía a la época de las Apariciones de Nuestra Señora, nunca se le oyeron quejas de su madre, que con ella fue muy severa al querer indagar la verdad. Siempre la disculpó, por su gran rectitud.

Durante los meses de espera de la criatura que estaba por nacer, la señora Maria Rosa fue preparando algunas ropas nuevas para el bebé, pero no muchas cosas, pues no había desechado las ropitas antiguas de los otros; estaban guardadas y perfumadas con hierbas aromáticas, que las preservaban de la polilla y las conservaban siempre agradables.

Llegó el día 28 de marzo de 1907. Era Jueves Santo. Por la mañana la señora Maria Rosa fue a misa y comulgó, pensando en volver a la tarde para la visita y adoración del Santísimo Sacramento. Pero no lo pudo hacer porque ¡nació la *Pastorcita*! El hecho de que la madre recibiera la comunión por la mañana era, para la Hermana Lúcia, motivo de una gran gozo cuando decía que ella había hecho su primera comunión antes de nacer.

Al señor António dos Santos no le agradaba tener niños mucho tiempo sin bautizar ...

⁴ *Memórias da Irmã Lúcia*, volumen II: 5ª *Memória* n.2, p.20, 5ª edición. A partir de ahora, citaremos el libro de las *Memórias da Irmã Lúcia* con la abreviatura MIL, seguida de las demás anotaciones.

NOTA DEL TRADUCTOR: En esta traducción las referencias se harán a las ediciones españolas de las *Memorias de la Hermana Lúcia* de Ed. *Secretariado dos Pastorinhos* usando la abreviatura análoga MHL y citando por su *Volumen I*, 10ª edición: Fátima 2008, o bien su *Volumen II*, 2ª edición: Fátima 1999. Las referencias de páginas son a estas dos ediciones en español, pero en todos los casos he revisado la traducción publicada, porque es mejorable. La cita correlativa a esta nota 4 es entonces: MHL II: 5ª M n.2, p.21.

sabía que el párroco se negaba a administrar el bautismo en Sábado Santo a un niño que todavía no llegase a los ocho días, porque era un día de mucho trabajo. Pero el señor António dos Santos no quería que la recién nacida ¡pasase la Pascua sin Bautismo! Aparte de esto, huía de tener que hacer dos fiestas en la casa: la Pascua y el Bautizo. Así pues, resolvió el problema con una mentira piadosa: fue a registrar a la recién nacida como nacida el 22 de marzo y así el párroco ya no podría negarse. Ésta es la razón de por qué la Hermana Lúcia celebraba siempre su cumpleaños el 22 de marzo. Ella contaba que supo el verdadero día de su nacimiento cuando oyó de su madre la explicación en el interrogatorio hecho por el Dr. Formigão. En los últimos años de su vida solían celebrarse dos días de aniversario: el día 22 hacia fuera y el 28 para la Comunidad del Carmelo, pues el día 22 era un día demasiado cargado de obligaciones que atender y la Comunidad casi no conseguía estar con ella.

Comenzaron entonces a pensar en la elección de padrinos para la niña y en el nombre, porque el tiempo urgía. Se lo pidieron al marido de la tía Teresa, el señor Anastasio Vieira, quien aceptó ser el padrino y, por eso, no se pensó ya en que la madrina fuese la tía Teresa; se invitó a ser madrina a una joven ahijada de la madre de la pequeña que, como ella, también se llamaba Maria Rosa. Ésta pidió autorización a su padre, que consintió con una condición: la recién nacida tenía que llamarse Lúcia, aunque la joven madrina le quería dar su nombre. Parece que los padres de la recién nacida hicieron idénticos comentarios a esa elección del nombre, similar a lo que acaeció en la elección del nombre ¡de San Juan Bautista! Pero aceptaron, pues el padre de la madrina no cedía. Así fue llamaba *Lúcia*, que significa *Luz*: una pequeña luz que habría de irradiar por todo el mundo la luz de Dios.

Fue bautizada el Sábado Santo día 30 de marzo de 1907, por el párroco padre Manuel Marques Ferreira, bajo el tañido de las campanas que anunciaban ¡la resurrección de Cristo! En esa época el Sábado Santo, llamado *Sábado de Alleluia*, se vivía ya en el ambiente de la fiesta pascual. Quienes escucharon aquellos sonidos sabían que eran las campanas de la Pascua de la Resurrección de Cristo, pero en esa alegría anunciada iba otra que el mundo todavía no conocía ... aparecía a la luz del día, como flor abriéndose en primavera, una criatura que, pasados unos pocos años, iba a recibir la misión de transmitir a la humanidad un Mensaje de salvación. Y no fue por casualidad que su entrada en la Iglesia acaeciese en un sábado, un día especialmente consagrado a la memoria litúrgica de Nuestra Señora. Pero ¡qué sábado tan especial! La Santísima Virgen estaba allí acogiendo bajo Su protección a esa pequeña criatura, que muy pronto sería ¡su confidente y su mensajera!

No sabemos cómo era la fiesta del bautizo, pero debió ser una celebración familiar muy concurrida: una de las razones por las que el padre había procurado evitar una segunda fiesta en su casa, siendo además tiempo de mucho trabajo. Ciertamente se encendería el horno de la casa antigua para asar un buen cordero: era la época en que había una camada nueva de corderos, de unos tres meses. Al regreso de la Iglesia, con la niña ya bautizada, toda la familia se reunió para un banquete de fiesta. La casa de los padres de Lúcia estaba abierta a toda la gente. Era una familia modesta, pero muy generosa y hospitalaria. Esta herencia le fue transmitida en la sangre: una herencia que ella nunca negó.

2. PRIMEROS PASOS

De nuevo había ahora en la casa una niñita, que era el centro de las atenciones de todos. La madre tenía 38 años. Era una mujer fuerte y en la lozanía de la vida. Supo educar a sus seis hijos con amor y firmeza. Ella era una madre exigente, con un corazón lleno de ternura, pero precisamente porque quería mucho a sus hijos, no les dejaba pasar ningún berrinche sin corregir

esta innata tendencia de las manifestaciones del yo tan frecuentes en los primeros años de la infancia y que, si no se moldean en estas edades, acaban siendo defectos arraigados en la edad adulta. La pequeña Lúcia no fue una excepción a la regla y, como cualquier niño, tenía sus rabietas y rebeldías. Por lo que contaba, debió haber sido una criatura muy alegre y despierta, que sabía controlar muy bien la situación de su entorno cuando veía que una picardía podía acabar mal.

Cuando ella nació, la hermana mayor, Maria de los Ángeles, tenía 16 años y la más joven, Carolina, tenía 5 años: buena posición la suya para acabar siendo la reina de la casa. Ya a los cinco años le gustaba a ésta coger en brazos a la nena. Como ellas no tenían muñecas, ésta era una muy especial y ella podía corresponder en los juegos; para las mayores era una niña en la que ellas ya se veían un poco como madres.

Desde los albores de la vida, la pequeña Lúcia aprendió a compartir. Una vecina de la madre no podía amamantar a su bebé y fue la señora Maria Rosa quien amamantó a los dos. Era imposible que para tomar su lechecita Lúcia no sintiera la presencia de su hermano de leche. La comida tenía que ser compartida. Era siempre con gran gozo como recordaba y participaba este hecho, que le comentó su madre. Así aprendió la generosidad, virtud que bebió en la leche materna y una característica muy acentuada de su madre, quien procuró enseñar a sus hijos con palabras, pero sobre todo mediante el ejemplo.

Cuando llamaba a la puerta algún pobre para pedir limosna, era la más pequeña quien se encargaba de entregar al pobre lo que le daban. Y ella lo hacía con gran alegría. Este gesto tenía dos ventajas: primero, recibir limosna de la mano de un niño era más amable para el pobre y menos humillante; y, segundo, la criatura aprendía a dar.

Había una orden de los padres para que nunca se despidiese a cualquier pobre sin nada, y debería ser el mayor que estuviera en casa quien decidiera qué se le daba. Un día, estaban solos su hermano Manuel y la pequeña Lúcia. Llamó a la puerta un pobre y la pequeña fue a llamar al hermano, que se apresuró a atender al mendigo. Veamos cómo Lúcia relata el suceso:

— *Al darme cuenta, por las rendijas de la puerta, de que llamaba una pobrecita que estaba pidiendo, fui a llamar a mi hermano para que él diese la limosna. Él vino enseguida, entró en la casa, fue al cajón de la mesa de la cocina, donde nuestra madre había dejado un hueso de cerdo con bastante carne para preparar la comida del almuerzo familiar, cuando volviese. Mi hermano cogió todo eso, tomó de la repisa —que estaba colgada del techo, donde nuestra madre solía poner el pan a enfriar, cuando sacaba del horno la hornada de panes— una hogaza entera y fue a llervalo a la pobre. Pero, al entregarlo, vió que no le cabía en la bolsa que ella traía. Y, cuando la mujer se disponía ya a levantarse el delantal para llevar todo enrollado, mi hermano le dijo que esperara y, entrando en la casa, fue al cuarto de tejer, cogió una bolsa que colgaba de las maderas del telar, con los ovillos de lanas para llenar las canillas, los puso en una cesta, metió en la bolsa el hueso con la carne y la hogaza, y dio todo a la pobre.*

La mujer admirada preguntó:

— *¿Usted, señor, me da todo esto o quiere que devuelva la bolsa regresando aquí?*

Mi hermano contestó:

— *Llévese todo y rece por mí*⁵.

Y así se fue la pobre a rezar Padrenuestros y cantando por dentro. Lúcia, que participó en todo, estaba feliz.

Poco después, llegaron la madre y las hermanas y cada una fue a su tarea: el telar, la costura y la madre a preparar la comida. Una vez que Maria de los Ángeles se sentó a tejer, soltó una exclamación, al ver las madejas en el cesto y no ver la bolsa y, enseguida, preguntó a Lúcia

⁵ MHL II: 6ª M n.17, p.92.

qué había hecho con la bolsa de los ovillos. Esta vez, ella era inocente, informó sobre lo que había sucedido. Y entonces comenzaron los lamentos, porque la bolsa les hacía falta. Pero la madre, que nunca censuraba por una limosna dada y para evitar un disgusto a Manuel, dijo:

— *No te preocupes, se hace otra bolsa. Aquí tenemos muchos retales, de los que sobran de adaptar ropas. Lúcia la hará* ⁶.

La madre eligió retales de las sobras de la costura de Teresa, los dio a Lúcia para que los mezclara, y ella se puso manos a la obra de todo corazón, aunque sus pequeñas manos fuesen torpes para enhebrar la aguja. Muy pronto, Maria tuvo ya una nueva bolsa para las madejas y la pequeña se sentía ufana del trabajo hecho. Como siempre decía la señora Maria Rosa:

— *¡Nunca lo que hemos dado a los pobres nos hizo falta!* ⁷

3. ALGUNAS TRAVESURAS

Lúcia comenzó muy temprano a interesarse por el trabajo, a disfrutar siendo laboriosa y cuidadosa, según los ejemplos que veía en sus familiares. Era el primer florecer de lo que habría de ser toda su vida.

Muy pequeña descubrió que había algunas gallinas que se presentaban siempre a una hora en que su madre les daba maíz, pero después desaparecían ... Llena de celo, dijo a la madre, frunciendo el ceño:

— *Esas gallinas comen aquí el millo, después se van, ¡y no ponen aquí los huevos!* ⁸.

La madre la tranquilizó, pero ella no estaba convencida, y una vez decidió seguir las para ver a dónde iban. Como las gallinas se metían por medio de unos matorrales tras unas colmenas de abejas, Lúcia agarró un palo para perseguirlas ... y fue ella la perseguida, pero por las abejas. Pronto la madre oyó los gritos pidiendo socorro y, en cuanto ella acudió y la liberó de las enfurecidas abejas, le fue diciendo que era mejor haber sido obediente y dejar a las gallinas en paz. Sin embargo, la pequeña no se conformaba y continuaba reclamando: *¡pero las gallinas comen aquí el millo y no ponen aquí los huevos!* En ella era innato el sentido de la justicia. Siempre capaz de ceder, pero si aquello era verdad, era verdad.

Después de un tiempo, tuvo una grata sorpresa: una de aquellas gallinas vagabundas, regresó, pero rodeada de ¡una gran camada de pollitos! ¡Qué alegría! Como había unos peldaños, los más pequeños se esforzaban por seguir a la madre, pero no lograban subir, y Lúcia, toda contenta y dispuesta, fue a ayudarlos, pero la gallina clueca no percibió ese gesto generoso y amigo, y agredió a la pequeña, que enseguida gritó llamando a su madre:

— *¡Madre, ven enseguida, que la gallina me quiere picar!* ⁹ Allí acudió la madre de nuevo a solucionar el incidente y a enseñar a la pequeña cómo debía hacer.

Un día pasó por la cocina, donde no había nadie, y surgió una tentación. En una repisa adosada a la pared misma, había un tarro de miel. Un poco elevado para su diminuta estatura ... miró, pensó y encontró la solución. Arrimó un pequeño banco de los más altos que allí había y subiéndose encima ya podía alcanzar el tarro que, estando lleno, era un poco pesado para sus fuerzas. Pero ¡querer es poder! Con sus dos manos lo tomó por las asas y, después de haberlo destapado, comenzó a inclinarlo para que la miel fluyera a su boca. Satisfecho su deseo, volvería a ponerlo derecho y todo habría terminado. Pero llegó el desastre: el tarro pesaba demasiado y la miel no fue sólo por su boca. ¡Se escurrió toda hasta los pies! Sin saborear con gusto la miel que

⁶ MHL II: 6ª M n.17, p.93.

⁷ MHL II: 5ª M n.2, p.16.

⁸ MHL II: 6ª M n.20, p.98.

⁹ MHL II: 6ª M n.20, p.99.

tanto le había costado conseguir, levantó el tarro como pudo y empezó a llamar a su madre, que viéndola no necesitó explicaciones. Ésta, después de haberla bañado y vestido con ropa limpia, fue diciéndole a su niñita que no se debía comer a escondidas, ni menos por gula. Y ella queriéndose explicar le dijo: *¡ay madre, pero es que fue el tarro que se cayó!* ...¹⁰

Era durante la recreación —tiempo que en el Carmelo está dedicado especialmente a la convivencia entre las Hermanas— cuando, con inmensa gracia, relataba el incidente de los pedales del telar. ¡Aquello era una tentación irresistible! La madre y sus hermanas bien le decían que no fuera allí a balancearse sobre ellos, pero ... era el fruto prohibido. Un día que estaba allí de paso, solita, no se resistió y allí fue una vez más a balancearse. Pero esta vez la cuerda se rompió y el pedal se desprendió. ¡Qué enorme desgracia! De inmediato pensó en las consecuencias: una reprimenda y una azotaina.

Mientras la madre y las hermanas no llegaban, ella fue imaginando la forma de librarse de aquello que su conciencia, ya despierta, veía que tenía bien merecido. Bien calladita, se metió debajo de la mesa, acurrucada junto a la pared para que no la alcanzasen. Cuando una de las hermanas volvió y se puso al telar, al encontrar el pedal caído, adivinó enseguida quién había andado por ahí. ¡Pero no veía a la pequeña! Al fin, la descubrieron y ella, al ver que le llegaba ya la zurra, comenzó a gritar, golpeando con pies y manos en el suelo, y esto desarmó a sus hermanas. Muertas de risa y para que ella no las viese así, cada una fue a su tarea y la dejaron.

Viendo que la tormenta había pasado, ella fue en silencio a refugiarse en el regazo de su madre y a pedir clemencia:

— *¿Mi mama no me pega, verdad?*

La madre reprendió suavemente la desobediencia y le pidió que en el futuro fuese mejor. La pequeña muy seria dice: *¡Pero es que fue la cuerda que se partió!* Tanto a las razones de la madre, como cuando por la noche contaron al padre lo sucedido, ella invariablemente replicaba: *Fue la cuerda que se partió*¹¹.

Era en la mesa, después de la jornada de trabajo, cuando la familia reunida revivía estos deliciosos episodios, que no sólo eran sucesos divertidos, sino que se aprovechaban para educar. El padre completaba y confirmaba las lecciones que la madre había dado ya durante el día y así la niña crecía y absorbía con admiración la sabiduría de los padres.

Mientras la madre y las hermanas terminaban la recogida de la cocina, el padre salía al patio con la más pequeña, continuando la educación. Fue él quien le enseñó a llamar al sol la candela de Nuestro Señor, a la luna la candela de Nuestra Señora y a las estrellas las candelas de los Ángeles. Después danzaba un poco con su niña, a quien le encantaba bailar y danzar como un trompo. O bien se sentaba entonces sobre las rodillas de su padre y éste respondía a sus preguntas. Le dijo que había venido del Cielo en un capaciño blanco, que servía para llevar las flores que ella, vestida de ángel, arrojaba en las procesiones del Santísimo Sacramento. La pequeña quedaba así ¡muy feliz!

Pero un día sucedió de nuevo otra “desgracia”. A Lúcia le encantaba jugar con las crías de los conejos. La madre le decía que no las sacara de la jaula porque podrían escapar. Pero ... ¡la tentación era tan grande! Estando allí solita, abrió la jaula y sacó una que se dejó capturar. Muy contenta, estuvo calmando al animal que no se sentía nada a gusto con esos mimos. En cuanto éste pudo verse libre, corrió como una bala y ella se quedó de brazos cruzados y sin respiración. Por supuesto, ¡imposible capturar de nuevo al animal! ... Con un aire muy compungido, fue a buscar a su madre para confesar lo que había hecho. Tenía que decir la verdad. Oyó la regañina con la

¹⁰ Relato oral de la Hermana Lúcia.

¹¹ Cf. MHL II: 6ª M n.17, p.94.

cabeza baja, prometiendo no repetir la hazaña, pero le surgió una duda e hizo la pregunta:

— *Mi madre dice que soy mala, mi padre dice que he venido del Cielo en un capaciño con flores. Entonces, ¿en el Cielo hay también cosas malas?*

La madre respondió:

— *Bueno, sí, los demonios eran ángeles que estaban en el Cielo, pero porque se hicieron malos, Dios los echó fuera de allí y ahora van por ahí tentando a toda la gente. A tí, te han enviado aquí abajo, a ver si te haces buena, para después volver allá.*

Le preguntó de nuevo:

— *¡Pues yo no me acuerdo!*

— *¡Claro que no! —respondió la madre— porque dormías y tu eres muy olvidadiza* ¹².

En medio de sus juegos, la pequeña se paraba a meditar la respuesta de su madre y por la noche, cuando todos estaban a la mesa, expuso al padre sus dudas y esto hizo las delicias de todos.

— *Papá, mamá dice que tengo que hacerme buena para ir al Cielo ...*

El padre, muy tranquilo y con una sonrisa benévola, respondió:

— *Eso es para cuando tu seas viejita; por ahora, eres muy pequeña. Por eso, tienes mucho tiempo todavía para hacerte buena* ¹³.

En los últimos años, cuando recordaba estas encantadoras escenas, decía que Dios estaba esperando a que se hiciese buena para llevarla al Cielo. Pero, concluía: *como es Él quien me tiene que hacer buena ... ella con Él.*

4. UNA INFANCIA MARCADA POR LA CARIDAD EN LA FAMILIA

En la *Memoria* que escribió sobre sus padres, con la frescura de una fuente cristalina, ella nos describe la luminosidad del ambiente de su familia antes de las apariciones de Nuestra Señora. Una familia sencilla, dedicada al trabajo del que vivían, transmitiendo a sus hijos una educación sólidamente cristiana que, sin ser erudita, por no haber asistido a la escuela, era rica en valores humanos. Todos aprendían a respetarse unos a otros e incluso, aunque se tratara con mendigos, éstos eran vistos con la dignidad de hermanos. Y desde muy pronto la madre tuvo el cuidado de enseñar a que pensarán en los demás. Vamos a dejar a Lúcia contar un detalle de esta educación:

— *Un día pedí a mi madre que me dejase hacer, para mí, un jersey de lana azul con franjas de color rojo para estrenar el día de Navidad, cuando fuese a besar al Niño Jesús. Mi madre me dijo que sí, pero tenía que hacer dos, uno para mí y otro para dar a una de esas pobrecitas que iban pidiendo y no tenían.*

Me parecía que no me iba a dar tiempo, pero agarré la bolsa de la lana, me senté en el suelo y, muy afanada, comencé a hacer ganchillo.

Cuando al atardecer llegó mi padre, le dije:

— *¡Ay padre, ahora no me busques para bailar, porque no puedo ir!*

— *¡Oh no! — dice, y pregunta: — ¿Pues qué ha pasado?*

Le contesté diciendo que había pedido a mamá hacer un jersey de lana azul con franjas rojas para estrenar el día de Navidad, cuando fuese a besar al Niño Jesús. Ella me ha dicho que sí, pero tengo que hacer dos, uno para mí y otro para dar a una de esas pobrecitas que van por ahí pidiendo y que además ellas no tienen y no se quejan, y quizás no me va a dar tiempo.

El padre respondió:

— *Ya verás cómo te da tiempo. Yo te voy a ayudar.*

¹² MIL II: 5ª M n.2, p.27.

¹³ *Ibidem.*

— ¡Ay, pero si mi padre no sabe hacer ganchillo!

— La verdad es que no —respondió— pero te devanaré la lana.

Acercó una silla junto a mí. Fue al cajón de la máquina de tejer a por un carrete de lanas vacío, sacó de la bolsa una madeja de lana, la puso en la devanadera y se sentó junto a mí a devanar la lana.

La madre, que estaba por ahí trajinando en la cocina, advirtió lo que pasaba y vino de allí, muy disimuladamente, abrazó al padre por detrás del respaldo de la silla y le dijo:

— ¡Qué hombre tan bueno eres! Pero mira, la lana no se devana así, como si fuera algodón. Se hace un ovillo con los dedos para hacer una bola mullida y de este modo la lana no pierde suavidad.

Y enseñó a mi padre a devanar la lana en los dedos de la mano izquierda. El padre miró su mano y sonriendo, dijo:

— Ya he aprendido a hacer una cosa más: a devanar la lana en los dedos.

Y al sonido del chirriar de la devanadera, del batir de los pedales en el telar con mi hermana Maria apretando la tela, y del movimiento de la rueda de la máquina de coser que mi hermana Teresa giraba ligera al lado, se puso a cantar:

O nome de Maria,
que tão bonito é!
Salvai a minha alma,
que ela vossa é.

Que ela vossa é,
que ela o há-de ser,
salvai a minha alma
quando eu morrer.

Quando eu morrer,
quando eu acabar,
levai a minha alma
para um bom lugar.

Para um bom lugar,
para o Paraíso.
Salvai a minha alma
no dia do juízo.

¡Oh, nombre de María,
qué tan hermoso es!
Salvad a mi alma,
porque ella vuestra es.

Porque ella vuestra es
y siempre lo ha de ser,
salvad a mi alma
cuando yo moriré.

Cuando haya de morir,
cuando haya de acabar,
llevad a mi alma
donde hay felicidad.

A donde somos felices
llevadme, al paraíso.
Salvad a mi alma
en el día del juicio.

A la voz del padre se unieron enseguida las voces de la madre que trajinaba en la cocina, de mis dos hermanas que trabajaban al lado en el telar y en la máquina de coser, y de su peoncita, sentada en el suelo a sus pies, moviendo entre los dedos las agujas del ganchillo. Cuando terminó, al haberme fijado en la frase “llevadme, al paraíso”, le pregunté:

— Padre, ¿ese paraíso donde Nuestra Señora nos llevará es ése donde Adán comió la manzana?

— No —respondió el padre—, a donde nos llevará Nuestra Señora es al Cielo.

— ¡Ah, entonces así está bien —le dije. Es que yo, a donde Adán comió la manzana, no quiero ir. Allí hay serpientes enroscadas en los manzanos y la gente no puede comer aquellas manzanas. Y esas serpientes hablaban y las que la gente ve, cuando van al páramo, no hablan.

— Claro que no —respondió el padre. Es que ellas mintieron cuando engañaron a Eva para que ella desobedeciera a Dios y comiese la manzana. Entonces Dios las castigó: quedaron mudas y obligadas a caminar arrastrándose por la tierra.

Y, enseguida, vino mi madre llamándonos para ir a cenar porque todo estaba preparado y, tocándome en el hombro, dijo:

— Ves, mi pequeña, es preciso no decir mentiras, si no, Dios te castiga como hizo a las serpientes y, como ellas, te quedarías muda e irías siempre de rojo comiendo el polvo de la tierra.

— ¡Ah, pero yo no digo mentiras, no!

Y fuimos todos a comer nuestra cena ¹⁴.

Así, medio en serio medio en broma, la pequeña Lúcia iba recibiendo la educación, el amor por la verdad, de una manera muy sencilla, que su mente grababa fácilmente. Antes de este episodio, Lúcia había pedido a su madre que le permitiera hacer una blusa de lana roja. La madre consintió y ella se puso a trabajar duro en la blusa que quería estrenar el “día de los buñuelos”, que es el día de Todos los Santos. Cuando ya tenía la blusa terminada, pasó por allí una pobrecita, más o menos de la edad de Lúcia, a la que vio muy mal vestida. Al verla así, la madre se compadeció. Fue a buscarle la blusa nueva y, como le quedaba bien, se la dio. Pero Lúcia se quejó a su madre:

— ¿Entonces, le has dado la blusa que yo he hecho? Y ahora ¡yo no tengo nada para estrenar el “día de los buñuelos”! ¹⁵

La madre no perdió la oportunidad de darle una lección de verdadera caridad, ayudándole a pensar primero en los demás, y le enseñó a hacer otra blusa todavía más bonita. ¡Qué feliz estaba la pequeña el día de Todos los Santos, con su blusa nueva, al ver a su lado a la pobrecita con la otra! Así iba aprendiendo cuánta felicidad se recibe cuando damos a los demás. Creció en este ambiente sano y feliz, entre juegos y responsabilidades en la vida familiar, hasta el día en que la “Señora más brillante que el sol” vino a transformar su vida.

5. PRIMERA COMUNIÓN

La señora Maria Rosa era la catequista del lugar. Los niños se reunían en su casa para la lección de catequesis. Desde muy temprano Lúcia, todavía sentada en el regazo de su madre, comenzó a participar en las lecciones y enseguida tuvo ya la doctrina toda en la punta de la lengua. Con su ingenio y buena memoria, no tuvo dificultades para memorizar las fórmulas y, siempre que no entendía, no se cortaba en preguntar para aclararse, porque desde muy pequeña quería llegar siempre al fondo de las cosas. Y, cuando aún le quedaba alguna duda sobre las respuestas de la madre, a la hora de la comida preguntaba a su padre, quien le añadía algunas pinceladas más.

Así llegó el momento en que el párroco examinaba a los niños y decidía quiénes estaban preparados para hacer la Primera Comunión. Lúcia sólo tenía seis años y el párroco no permitía que los niños hicieran la Primera Comunión antes de los siete. Veamos cómo ella nos lo cuenta:

Llegó, pues, la víspera del gran día, y su Reverencia mandó ir a la iglesia a todos los niños, por la mañana, para decir definitivamente quiénes eran los que comulgaban. ¡Cuál no fue mi disgusto cuando su Reverencia, llamándome junto a sí y acariciándome, me dijo que tenía que esperar hasta los siete años! Comencé entonces a llorar y, como si estuviese junto a mi madre, recliné la cabeza sobre sus rodillas, sollozando.

Estaba en esta actitud cuando entró en la iglesia un sacerdote que su Reverencia había mandado venir de fuera, para que le ayudase en las confesiones. El Reverendo preguntó el motivo de mis lágrimas y, al ser informado, me llevó a la sacristía, me examinó acerca de la doctrina y del misterio de la Eucaristía, y después me llevó de la mano al Señor Prior y le dijo:

— Padre Pena, Vuestra Reverencia puede dejar comulgar a esta pequeña. Ella entiende

¹⁴ MHL II: 6ª M n.15, pp.83-85.

¹⁵ MHL II: 6ª M n.15, p.82.

lo que hace mejor que muchas de éstas.

— *Pero sólo tiene seis años — respondió el buen párroco.*

— *¡No importa! Esa responsabilidad, si Vuestra Reverencia quiere, la asumo yo.*

— *Pues bien —me dice el buen Párroco—, ve a decir a tu madre que sí, que mañana haces tu primera comunión.*

Mi alegría no tiene explicación. Me fui, batiendo palmas de alegría, corriendo todo el camino, para dar la buena noticia a mi madre, que enseguida comenzó a prepararme para llevarme a confesar por la tarde. Al llegar a la iglesia, le dije a mi madre que quería confesarme con aquel sacerdote de fuera. Este sacerdote estaba confesando en la sacristía, sentado en una silla. Se arrodilló, pues, mi madre junto a la puerta, ante el altar mayor, con otras mujeres que estaban esperando el turno de sus hijos. Y, delante del Santísimo, me fue haciendo las últimas recomendaciones.

Cuando llegó mi turno, allí fui a arrodillarme a los pies de nuestro buen Dios, representado ahí por Su ministro, a implorar el perdón de mis pecados. Cuando terminé, vi que toda la gente se reía. Mi madre me llama y me dice:

— *Hija mía, ¿no sabes que la confesión se hace en voz baja, que es un secreto? Toda la gente te ha oído. Sólo al final has dicho una cosa que nadie sabe qué fue.*

En el camino a casa, mi madre hizo varios intentos para ver si descubría lo que ella llamaba el secreto de mi confesión; pero no obtuvo más que un profundo silencio. Voy, pues, a descubrir ahora el secreto de mi primera confesión. El buen sacerdote, después de haberme oído, me dijo estas breves palabras:

— *Hija mía, tu alma es templo del Espíritu Santo. Guárdala siempre pura, para que Él pueda continuar en ella Su acción divina.*

Al oír estas palabras, me sentí inundada de respeto por lo más íntimo, y pregunté al buen confesor cómo lo debía hacer.

— *De rodillas — dijo —, a los pies de Nuestra Señora, pídele con mucha confianza que tome posesión de tu corazón, que lo prepare para recibir mañana dignamente a Su querido Hijo y que lo guarde para Él sólo.*

Había en la iglesia más de una imagen de Nuestra Señora. Pero, como mis hermanas arreglaban el altar de Nuestra Señora del Rosario, solía rezar por eso delante de ésta y, por esta razón, allí fui también esta vez. Así pues, le pedí con todo el ardor del que fui capaz, que guardase mi pobre corazón para Dios sólo.

Al repetir varias veces esta humilde súplica, con los ojos fijos en la imagen, me pareció que Ella sonreía y que, con una mirada y un gesto de bondad, me decía que sí. Quedé tan inundada de gozo que apenas, con esfuerzo, conseguía articular palabra.¹⁶

*Atravesada por esta mirada que la marcó en lo más hondo del alma, regresó a su casa, de la mano de su madre, guardando en su corazón ese secreto ¡que la hacía tan feliz! Al llegar a casa, la madre entregó a Teresa, aprendiz de costura, la tela blanca para hacer el vestido de Lúcia para la Primera Comunión. Era mucho pedir, pero a la madre no se le decía que no. Con la ayuda de María de los Ángeles, allí se pusieron manos a la obra. Debían hacer el vestido y una corona de flores. Trabajaron la noche entera, a la luz de una lámpara, también contentas ellas por la alegría de la más pequeña. Ésta no conseguía dormir. Su corazón, siendo ya todo de Dios, no veía ya otro amanecer que el de ese día del Sagrado Corazón de Jesús, el 30 de mayo de 1913, para recibir por primera vez a su Jesús. Varias veces iba a ver a sus hermanas que trabajaban en la confección de su vestido de *novia de Jesús*. ¡Fue una noche de vigilia! Vigilia de amor, pero incoada por la*

¹⁶ MHL I: 2ª M cap.1 n.3-4, pp.69-71.

sonrisa de María en aquella su primera consagración, hecha con un corazón inocente, pero con entrega total a la Madre. Y quien se entrega a María pasa a pertenecer al Hijo, porque Ella es el camino que conduce a Jesús.

Amaneció finalmente el gran día, pero ¡el reloj nunca acababa de dar las nueve horas! La espera del Amado siempre es un dolor que despierta aún más el deseo de Su posesión. Antes de salir de su casa en compañía de los cinco hermanos y ya con el vestido blanco y la corona, la hermana mayor la llevó a la cocina donde estaban los padres para que les pidiera perdón y la bendición. La madre, al bendecirla, le recomendó lo que debía pedir a Jesús cuando Lo recibiese en su corazón: *pide sobre todo a Nuestro Señor que te haga santa* ¹⁷. Con la devoción filial que profesaba a la persona de su madre, memorizó bien esas palabras y, cuando recibió la Comunión, fue lo primero que dijo a Jesús. Y Él tomó buena nota.

Para que el vestido conservara su limpieza sin mancha, símbolo de la blancura de su alma, su hermano Manuel la llevó en brazos hasta la iglesia.

Llegaron muy pronto, pero Lúcia no se distrajo: corrió junto al altar de Nuestra Señora del Rosario, enamorada de la sonrisa de la víspera, para escrutar de nuevo ese encanto maternal que tanto la había fascinado. Y, mientras tanto, sonó la hora de la Misa solemne presidida por el párroco, el reverendo padre Pena, asistido además por dos sacerdotes que vinieron a ayudarlo, uno de ellos el reverendo padre Cruz, S. J.

Eran cuatro filas de niños desde la balaustrada del presbiterio hasta el fondo de la iglesia. Como Lúcia era la más pequeña, fue colocada junto a los dos ángeles: dos niñas vestidas de ángel que, en el momento de la Comunión, tendían un paño para que los niños pudieran comulgar de rodillas. ¡Dejémosle contar ese Encuentro inolvidable!:

— *Comenzó la Misa cantada y, según se aproximaba el momento, mi corazón latía más deprisa a la espera de la visita del gran Dios que iba a descender del Cielo, para unirse a mi pobre alma. El Señor Prior descendió para distribuir el Pan de los Ángeles, por entre las filas. Tuve la suerte de ser la primera. Cuando el sacerdote descendía las gradas del altar, el corazón parecía querer salirse del pecho. Pero, después que posó sobre mis labios la Hostia Divina, sentí una serenidad y una paz inalterables; sentí que me envolvía una atmósfera tan sobrenatural que la presencia de nuestro buen Dios se me hacía tan sensible como si Lo viese y Lo oyese con mis sentidos corporales. Le dirigí entonces mis súplicas:*

— *¡Señor, hazme santa, guarda mi corazón siempre puro para Ti sólo!*

Aquí me pareció que nuestro buen Dios me decía estas palabras claras en el fondo de mi corazón: — “La gracia que hoy te es concedida, permanecerá viva en tu alma, produciendo frutos de vida eterna”. ¡ Me sentía de tal forma transformada en Dios! ¹⁸

En una nota íntima escrita el 13 de enero de 1944, la Hermana Lúcia relata que sintió oír esas mismas palabras en el fondo de su alma en el momento en que hacía su consagración a Nuestra Señora en la víspera de su primera Comunión. Dice:

— *Vi Tu sonrisa, ¡oh Madre! Escuché Tu Sí! Y oí el sonido de Tu Voz: “Hijita mía, la gracia que hoy te es concedida, permanecerá para siempre viva en tu interior, produciendo frutos de vida eterna”.*

No fue una aparición, fue una presencia. Estas palabras se grabaron tan indeleblemente en mi alma que todavía hoy son el lazo de mi unión con Dios ¹⁹.

Con las pequeñas manecitas sobre el pecho y un recogimiento que nada pudo perturbar,

¹⁷ MHL I: 2ª M cap.I, n.5, p.72.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *O Meu Caminho* I p.1.

cantó, más con el corazón que con la voz, la canción que el coro ejecutaba mientras se distribuía la Comunión a todos:

*Ó Anjos, cantai comigo!
Ó Anjos, louvai sem fim!
Dar graças, eu não consigo!,
Ó Anjos, dai-as por mim!*

*¡Oh, Ángeles, cantad conmigo!
¡Oh, Ángeles, alabad sin fin!
Dar gracias no consigo,
¡oh, Ángeles, dadlas por mí!*²⁰

A lo largo de su vida, siempre que oía este cántico, la Hermana Lúcia revivía el sabor y el aroma de su Primera Comunión.

Cuando terminó la función religiosa, era casi la una de la tarde. Como los niños hacían también la renovación de las promesas del Bautismo, la ceremonia se alargaba mucho. La celebración había comenzado más tarde de lo previsto, porque los sacerdotes que fueron a ayudar llegaron con algo de retraso. Y ¡los niños estaban en ayunas!

Muy preocupada, la madre apareció a buscarla, llevando algo para que ella comiera, pensando que estaría para desfallecer de flaqueza. Pero cuenta Lúcia:

— *Yo me sentía tan saciada con el Pan de los Ángeles que me fue imposible, por entonces, tomar alimento alguno. Perdí, desde entonces, el gusto y atractivo que comenzaba a sentir por las cosas del mundo y sólo me encontraba bien en algún lugar solitario, donde pudiese, sola, recordar las delicias de mi Primera Comunión*²¹.

Alguien ha afirmado que *una primera Comunión bien hecha marca la vida entera*. Lúcia quedó marcada y, más que eso, fue atrapada en su interior. No nos habla de su frecuencia para acudir a la Mesa de la Comunión. En ese tiempo no era habitual acercarse a la Comunión todos los días. No se sabe si lo hacía todos los Domingos, en los que nadie de la familia faltaba a Misa, pero su deseo de comulgar y el fervor con que hizo la primera Comunión, es seguro que le haría desear el Pan de los Ángeles con frecuencia. Ciertamente, después de ese día, sus visitas al Santísimo Sacramento, cuando pasaba por la iglesia parroquial, serían más prolongadas y familiares. ¡Aquél Jesús que allí estaba era ya Alguien muy íntimo! Era su Jesús. La señora Maria Rosa aconsejaba a sus hijos que entrasen siempre en la iglesia cuando pasaran por ella. Y Lúcia era obediente. En esta edad era ya capaz de hacer algunos recados y aprovecharía para visitar a su Amigo.

Más tarde, cuando ya era religiosa de Santa Dorotea, en España, la Hermana Lúcia supo que había una persona que quería comprar el vestido de su primera Comunión a su madre. Y no le pareció nada bien semejante negocio. Escribió a su madre pidiéndole que se lo enviara: una petición que su madre atendió con presteza. Y, en cuanto lo tuvo en su mano, lo deshizo y lo aprovechó para hacer varias tocas para dormir. Guardó una, que siempre retuvo consigo, y entregó las otras a algunas Madres, entre ellas una a su Madre Provincial, que agradeció mucho ese regalo.

El vestido blanco que Lúcia llevó ese día tan singular, era sencillo y de tela barata, una batista de fantasía. Pero era blanco, albísimo. Y, más que por el valor de una alta calidad, el vestido valía por lo que simbolizaba: la blancura de los lirios nevados, su flor predilecta; era la imagen de su alma virgen, porque ella era toda de Dios. Ella fue un *lirio de la sierra* que se reflejaba en el “*Lirio de los Valles*”²² y que pasó a ser ¡propiedad del Esposo de las Vírgenes! Cada vez que recibía a su Jesús Escondido, cantaría en acción de gracias desde su corazón inocente: *¡Yo soy para mi Amado y mi Amado es para mí!*²³.

²⁰ *Cantai ao Senhor*, 6ª edición: Lisboa 1972, Ed. Liga Intensificadora da Acção Missionária.

²¹ MHL I: 2ª M cap.1 n.6, p.73.

²² Cant 2,1.

²³ Cant 7,3.

CAPÍTULO II

LAS APARICIONES DEL ÁNGEL 1915-1916

1. INICIO DE LA VIDA DE PASTORCITA

Lúcia ha cumplido ya siete años y la madre comenzó a pensar en que debían darle alguna responsabilidad. Junto a los alegres juegos con los otros niños y en especial con los primos Francisco y Jacinta, la madre quería que ella, como las demás hermanas, se habituase a tener una ocupación y responsabilidades. Y a la más pequeña le fue asignado custodiar el rebaño. Tanto el padre como las hermanas no compartían esta opinión. La más pequeña podría tener una infancia más larga. Pero la madre no cedió y Lúcia comenzó a llevar las ovejas a pastar, un sano trabajo que se prestaba bien a juegos infantiles, a los que se iba uniendo el sentido de responsabilidad.

Al enterarse de que iba a guardar las ovejas, todos los otros pastores le ofrecieron su compañía. Pero, cuando al día siguiente se encontró en la serranía una multitud de pastores y rebaños —una gran confusión—, eligió a tres compañeras y acordaron ir al lado opuesto para tener más sosiego. Al día siguiente, allí fueron las cuatro con sus respectivas ovejas, hacia el *Cabeço*.

Después de una mañana de juegos, cantando y corriendo, jugando a las piedras y saltando a la cuerda, se sentaron a tomar la comida que cada una había traído y después Lúcia invitó a sus compañeras a rezar el rosario, recomendación que la madre le hacía al salir de casa. Comenzaron a rezar con devoción y, de repente, sobre la arboleda vieron una figura de nieve que el sol hacía resplandecer. Las tres compañeras preguntaron asustadas:

— *¿Qué es aquello?*

Lúcia responde:

— *¡No lo sé!* ²⁴

Y continuaron rezando el rosario mirando siempre hacia la misteriosa figura que se desvaneció cuando ellas acabaron. Siguieron jugando hasta la hora de volver a casa. Lúcia no comentó nada de esto a nadie. Desde muy pronto se mostró reservada y capaz de guardar un secreto, pero también capaz de aguantar impresiones fuertes sin alterarse. Pasados unos días, al llegar a casa, la madre preguntó a Lúcia qué es lo que había visto, pues sus compañeras lo habían contado a sus familias y éstas habían comentado el asunto. Ella, sorprendida porque se diera importancia al suceso y no sabiendo explicar lo que vio, respondió con sencillez:

— *¡Parecía una persona envuelta en una sábana! ... no se le veían ojos ni manos.*

Y la madre concluyó con un gesto displicente: *¡Bobadas de críos!* ²⁵.

La aparición se repitió dos veces más en compañía de las mismas niñas, que volvieron a contarla en casa. La madre de Lúcia, al oír hablar de eso por fuera y sin que su hija hubiera dicho nada, la llamó y con mucha seriedad le instó a que dijese lo que en realidad habían visto. La pequeña un poco intimidada respondió:

²⁴ MHL I: 2ª M cap.2 n.1, p.76.

²⁵ *Ibidem*.

— *No, madrecita mía. No sé lo que es* ²⁶.

La madre calló, guardando la interrogación en su corazón.

Cómo después de su primera comunión a Lúcia le gustaba recogerse de vez en cuando para pensar en su Jesús, después de esto, las hermanas bromeaban con ella y le preguntaban si iba a ver ¡a alguien embrujado en una sábana! Ella callaba y sufría la humillación. Fueron las primeras espinas en su camino. Éstas fueron particularmente dolorosas, porque la pequeña estaba habituada al cariño de toda la familia: era la pequeña de la casa. Pero aquí el cielo de su vida comenzó a cubrirse con algunas nubes y sintió las primeras espinas del camino de la cruz.

A sus primos Francisco y Jacinta, compañeros de sus juegos en casa, no se les permitió acompañarla cuando se hizo pastora. La señora Olimpia decidió que todavía eran demasiado pequeños para ir con las ovejas y ellos, resignados, quedaban allí en casa, el día entero, suspirando por su prima Lúcia, pero sin tentación ninguna de desobedecer. Lo que su padre o su madre decían era sagrado. Esperaban al final del día para reunirse de nuevo e ir los tres a escrutar las candelas de Nuestra Señora y de los Ángeles, como les había enseñado el padre de Lúcia. La luna era la candela de Nuestra Señora y las estrellas eran las candelas de los Ángeles. El sol era la candela de Nuestro Señor, que iluminaba solo el día. Pero a ellos les gustaba más ver las candelas de la noche, porque eran más suaves.

Estos momentos de encuentro eran breves y los primos no dejaban de insistir a la madre pidiendo permiso para ir con la prima a pastorear sus ovejas. Después de mucha insistencia de los pequeños y de haberlo hablado los padres entre sí, les permitieron por fin acompañar a Lúcia. ¡Qué alegría para los tres! Y Lúcia nunca más quiso otras compañías. Acordaron llevar las ovejas siempre y sólo a las tierras de las dos familias, y así ya no se mezclaban con los otros pastores. Allí estaba la mano de Dios para dirigir los caminos de estos tres niños para que fuesen los encargados de transmitir al mundo el Mensaje traído por María.

2. PRIMERA APARICIÓN DEL ÁNGEL DE LA PAZ A LOS TRES PARTORCITOS

En la primavera de 1916, yendo de camino para mantener el rebaño en una propiedad llamada *Chousa Velha*, comenzó a caer una llovizna. Para poder protegerse de la lluvia, subieron la cuesta a fin de refugiarse en los recovecos de alguna roca. La lluvia paró pronto y el sol volvió a brillar, pero ellos se quedaron allí. Al mediodía almorzaron y después de rezar un rosario con devoción, pero abreviado, se pusieron a jugar. Se les había dicho que rezaran siempre el rosario y debían obedecer. Pero ¡les gustaba tanto jugar! ... Y, en éstas, resolvieron el problema: se sentaban los tres, Francisco se descubría la cabeza, y desgranaban las cuentas diciendo en cada una: Padrenuestro, Ave María, Ave María ..., y así hasta una decena; luego, más pausadamente: Gloria. Así terminaban el rosario y comenzaban sus juegos. Pero ese día la vida iba a cambiar.

Veamos cómo nos lo cuenta Lúcia:

Hacía poco que jugábamos, cuando un viento fuerte sacudió los árboles y nos hizo levantar la vista para ver qué pasaba, pues el día estaba sereno. Vimos entonces que, sobre el olivar, se dirigía hacia nosotros la figura de la que ya hablé. Jacinta y Francisco aún no la habían visto, ni yo les había hablado de ella. Según se aproximaba, íbamos divisando sus facciones: Un joven de unos 14 ó 15 años, más blanco que la nieve, que el sol hacía transparente, como si fuera de cristal, y de una gran belleza. Al llegar junto a nosotros, dijo:

— *¡No temáis!, soy el Ángel de la Paz. Rezad conmigo.*

²⁶ *Ibidem.*

*Y, arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo y nos hizo repetir por tres veces estas palabras: “¡Dios mío, yo creo, adoro, espero y Os amo! Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no Os aman”. Después, levantándose, dijo: “Rezad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas”*²⁷.

Y dejándolos envueltos en una atmósfera sobrenatural, el Ángel desapareció. Ellos quedaron durante mucho tiempo como absortos y repitiendo la oración, no aprendida de memoria, sino grabada sobrenaturalmente en el corazón. No tenían ningún deseo de hablar ni entre sí, penetrados por un fuerte sentimiento de la presencia de Dios que los mantenía como ausentes de todo y de todos, y este sentimiento permaneció en ellos algunos días hasta desvanecerse. No fue necesario recomendar que guardasen secreto. Ninguno tenía ganas de hablar con nadie sobre lo que había pasado. Francisco no escuchó la voz del Ángel, como tampoco después oyó la voz de Nuestra Señora. Mientras las dos niñas repetían la oración que el Ángel iba diciendo, él como un eco repetía lo que de ellas oía.

3. SEGUNDA APARICIÓN DEL ÁNGEL DE PORTUGAL

Pasados algunos meses, un día de verano, los tres pastorcitos reunieron las ovejas en las horas más calurosas. Y fueron los tres a pasar el tiempo de la siesta junto al pozo de *Arneiro*, en la finca trasera de los padres de Lúcia, y sobre el pozo se entretuvieron en jugar, cuando de nuevo se les apareció el Ángel, quien con suave reprensión les pregunta:

— *¿Qué hacéis? Rezad, rezad mucho. Los Corazones Santísimos de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios.*

Pregunté: — ¿Cómo nos hemos de sacrificar?

— *De todo lo que podáis, ofreced a Dios un sacrificio como acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así, sobre vuestra Patria, la paz. Yo soy el Ángel de su guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad, con sumisión, el sufrimiento que el Señor os envíe*²⁸.

Pasados unos momentos después que el Ángel desapareciese, Francisco preguntó a su prima qué le había dicho. Ella se sorprendió de que él no hubiera oído. Como no habían hablado sobre la primera aparición, ni Francisco hizo preguntas, nadie sabía que él no oía. Pero Lúcia no se sentía capaz de hablar y pidió que ese día no le preguntase nada, prometiendo decirle todo al día siguiente. Francisco no insistió, pero al otro día confesó que no había dormido pensando en el Ángel y en qué podía haber dicho. Junto con Jacinta, Lúcia le contó lo que habían oído. Él quería explicaciones sobre el significado de las palabras oídas, pero de nuevo Lúcia le pidió que dejara las preguntas para otro día. Y, como todavía no habían recuperado sus fuerzas físicas, Jacinta llegó a decir a su hermano que hablara poco sobre eso.

A partir de esta segunda aparición, los tres se lanzan a descubrir múltiples ocasiones en las que podían sacrificar todo lo que les pudiera causar placer y ofrecerlo por la paz, dispuestos a recibir todas las cruces que podían venir. Entre ellos hay una natural complicidad y van prestos al

²⁷ MHL I: 2a M cap.2 n.2, pp 77-78.

²⁸ MHL I: 2a M cap.2 n.2, p.78.

sacrificio con avidez, como en el pasado iban tras una golosina, pero con máxima discreción siempre, de modo que nadie se dió cuenta de nada.

Al abrigo de la soledad, en medio de la arboleda o en el interior de aquella cueva que se convirtió en una ermita, los tres videntes podían pasar mucho tiempo rezando la oración que el Ángel les había enseñado y postrados, sin peligro de ser vistos. Permanecían así hasta que se cansaban y, a veces, cayeron exhaustos, sobre todo durante las primeras semanas. Después, poco a poco, fueron volviendo a sus inocentes juegos.

4. TERCERA APARICIÓN DEL ÁNGEL DE PORTUGAL

En otoño, los tres decidieron ir a la gruta a rezar y para eso tuvieron que hacer una larga y difícil caminata con las ovejas. Para ellos era ya un lugar sagrado. Súbitamente se sintieron envueltos en una intensa luz y levantándose vieron al Ángel que tenía en las manos un Cáliz con una Hostia suspendida encima y de la que caían gotas de Sangre. El Ángel no les dijo nada. Dejó el Cáliz con la Hostia suspendidos en el aire y, de rodillas, con el rostro en tierra, gesto seguido por los pastorcitos, en esta ocasión reza una oración más larga que la primera:

— *Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, Os adoro profundamente y Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación por los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, Os pido la conversión de los pobres pecadores* ²⁹.

Va rezando lentamente la oración para que ellos la repitan. Como en las otras ocasiones, Francisco la repite después de oír a su hermana y a su prima. Enseguida, el Ángel se levanta y tomando en las manos el Cáliz con la Hostia, dió Ésta a Lúcia y a los primos dió a beber del Cáliz, mientras decía:

— *Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios* ³⁰.

Se postró de nuevo, repitiendo tres veces la misma oración, y desapareció. Los pastorcitos no sintieron la ausencia del Ángel. Tenían a Jesús en su corazón. Los dos primos hicieron ese día su Primera Comunión. Totalmente absortos por esta experiencia tan sublime, no se daban cuenta del pasar del tiempo, ni se ocupaban de las ovejas. Pero Dios cuidó de ellas y no permitió que huyeran, ni que hiciesen estragos en las propiedades vecinas.

Aunque también muy impactado por la presencia de lo Sobrenatural que los envolvía, fue Francisco, que llegó a decir que casi no conseguía andar, quien alertó a las compañeras de que la noche se echaba encima. El éxtasis les hizo perder la noción del tiempo. Como los Apóstoles, ellos tuvieron una experiencia del Tabor y, como ellos, también dirían en su corazón: *¡qué bien se está aquí!* ³¹ Regresaron a casa casi en silencio y, sin llamar la atención en familia, vivieron unos días más fuera de este mundo. El hecho de que pasaran el día con las ovejas, y solos los tres, ayudaba a que no se les notara.

²⁹ MHL I: 2a M cap.2 n.2, p.79.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Mt 17,4.

Lúcia refiere esta impresión con mucho énfasis. Este hecho nos lleva a pensar que fue ella quien con mayor profundidad quedó marcada, por causa de la misión tan especial que habría de recaer sobre sus hombros. Solía decir que los primos fueron elegidos para ser testigos. Una vez dado su testimonio, María vino a buscarlos para el Cielo, como Ella les prometió desde la primera aparición, y dejó aquí a Lúcia para que recorriese un largo y difícil camino.

5. EFECTOS DE LA APARICIÓN DEL ÁNGEL

Después de las visitas y consejos del Ángel, los pastorcitos comenzaron a buscar, con avidez y mayor perseverancia, los modos de ofrecer algún sacrificio por la conversión de los pecadores y para consolar a Jesús. A partir de esta experiencia común, los tres no podían estar ya separados. Lúcia era un imán del que los primos no se soltaban. Y para ellos siempre era preferible estar juntos los tres, y solos los tres, para poder hablar del secreto que llevaban dentro de sí y para ayudarse a inventar nuevos modos de consolar a su Dios. Ésta era la petición del Ángel en su última aparición. Lúcia, aún tan niña, estaba hecha ya toda una catequista y consejera de los dos primos y de otros niños que se le juntaban, y a todos gustaba escucharla. Era un don innato en ella, que mantuvo durante toda su vida: enseñaba con agrado lo que sabía y era un placer oírla hablar.

Al abrigo de la soledad entre los arbustos por donde pastoreaban el rebaño, o bien en casa, escogiendo el lugar más protegido de las miradas ajenas, los tres se entregaban a la oración, repitiendo, con el corazón en llamas, las oraciones aprendidas en aquellos encuentros con el Catequista celestial.

Durante el invierno, al no poder salir con el rebaño, se juntaban para jugar, pues no habían perdido el gusto por los juegos infantiles. Pero, en medio de esos juegos, siempre reservaban tiempo para consolar a Jesús.

Ya algo más crecida, Lúcia se iba iniciando en el manejo de las agujas. Lo que aprendía era casi un juego y las manejaba deprisa, con destreza y perfección. Porque así lo quiso Jacinta, ella, que ya era *maestra* en el oficio, le enseñó a hacer ganchillo con inmenso agrado. Y siempre fue así: lo que ella sabía, lo compartía de todo corazón. Era exigente en la perfección del trabajo realizado. Pero, si estaba bien hecho, no regateaba un elogio.

6. LA PRIMERA DESPEDIDA

Lúcia tenía nueve años cuando su hermana mayor, Maria de los Ángeles, se casó al 23 de agosto de 1916 con António dos Santos Valinho. En esa época, para una niña de nueve años, estos acontecimientos familiares no eran muy claros. Según ella contaba, el día de la boda, antes de salir para la iglesia, había una ceremonia en casa de la novia, donde se reunían todos los invitados para marchar luego en comitiva a caballo.

Cuando la novia estaba preparada —un traje nuevo de color a su gusto, con una mantilla de lino y adornada con algunos dijes de oro—, rodeada por toda la familia de la casa, padres y hermanos, se situaba en la sala principal, a cuya puerta se asomaba el novio, que decía a los padres: — “¿El señor António y la señora Maria Rosa dan su permiso a Maria de los Ángeles para venir conmigo a la iglesia para casarse?”.

Así, con gran emoción, el padre preguntó a su hija si ella quería ir, y ésta, llorando, decía que sí. Entonces, entre lágrimas, todos la abrazaban diciendo: — “Dios te acompañe y te haga feliz en tu nuevo hogar”. Pero Lúcia, viendo llorar a todos y en especial a su hermana, corrió hacia el novio para empujarlo fuera de la casa y decía:

— *Vete, pues, porque ella no quiere ir. ¿No ves cómo llora?*

Con un abrazo de la madre y una sonrisa entre lágrimas, allí fueron todos a la iglesia y la fiesta siguió en buena armonía. Pero a Lúcia le costó esta separación y no entendía que su hermana se fuese ahora a otra casa con António ...

— *¡Ay, madre!, ¿por qué Maria no viene ahora a nuestra casa?* ³².

La madre le explicaba. Y así Lúcia aprendió otra faceta más de la vida.

Este matrimonio fue el comienzo de la desbandada del nido paterno. El 14 de febrero de 1917, se casó también Teresa y ésta se fue a vivir más lejos, de modo que sólo podían verse los domingos. Después de las apariciones, Lúcia comenzó a ser reclamada desde muchos sitios y las otras dos, Gloria y Carolina, debido a las pérdidas en las tierras provocadas por la afluencia de gente a Cova de Iría, fueron a servir en casas de confianza para ganarse el pan. El padre, para no encontrarse con toda aquella gente que le invadían su casa y le acosaban a preguntas que él no quería responder, al regresar del trabajo se quedaba a charlar con los amigos, que encontraba jugando en la taberna, y sólo volvía cuando ya no había nadie en la casa. Y la madre bebió toda esta amargura sin el consuelo de conseguir admitir ¡que era verdad lo que su hija menor decía!

A ella, también Nuestra Señora le pidió mucho sacrificio, aunque no se lo hubiera dicho con palabras. Junto a alguien a quien Dios elige para una misión especial, Él pone siempre a otros “santos anónimos” que le ayudan a cumplir lo que Dios le ha pedido. Porque la obra es siempre trabajo de muchos. No, la pastorcita no caminó sola, aunque a menudo sintiera el peso de la soledad; a su lado había una fila grande de colaboradores suscitados por Dios, para que fuese posible el cumplimiento del Mensaje traído del Cielo. Y hoy la obra continúa. Porque Fatima fue *una pequeña fuente que se convirtió en río, una luz que se convirtió en sol* ³³.

³² Relato oral de la Hermana Lúcia.

³³ Est 10,4.

CAPÍTULO III

APARICIONES DE NUESTRA SEÑORA EN 1917

1. NOCHE OSCURA BAJO EL SOL BRILLANTE

Las visitas del Ángel, al haberse guardado silencio, no cambiaron nada exterior a los ojos de la familia. Nadie se dio cuenta de nada. Pero todo cambió el día 13 de mayo, cuando la Señora se les apareció y les preguntó:

— *¿Queréis ofrecer a Dios, para soportar todos los sufrimientos que Él quiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?*

Nuestra respuesta fue: — Sí, queremos.

— *Id, pues. Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo* ³⁴.

La vida de Lúcia como la de sus primos, así como la de sus dos familias, fue visitada por muchos sufrimientos. Sobre todo la familia de Lúcia fue muy probada, y la madre quien llevó un gran peso: no conseguía aceptar la verdad de los sucesos relatados por los niños y que tanta gente creía. Violentando su gran corazón de ternura, castigaba a esa hija a quien hasta hacía poco había rodeado de mimos. ¡Dios sabe con qué dolor lo hacía! Pero por la rectitud y por la verdad, no podía tolerar que su niña se hiciera mentirosa trayendo tanta gente a rezar ¡ante una carrasca!

El señor Marto, padre de los dos primos, les creyó desde el primer momento; su madre aunque dudaba al principio, después creyó también en las afirmaciones de los niños. Con Lúcia la cosa no fue tan suave. El padre no quería meterse en el asunto: ni negaba ni afirmaba. Pero la madre no conseguía admitir tal cosa.

Fue providencial. Si las dos familias hubieran aceptado todo lo que los pequeños decían, quizás se hubiera dado la impresión de que era una historia urdida y enseñada a los niños, lo que ya entonces llegó a decirse. Pero Lúcia, que fue considerada la cabeza del trío al ser la mayor de los tres, fue quien más sufrió por causa de esa falta de fe. Con sus primos sufría los vejámenes que juntos recibían de muchas personas que iban a Cova de Iría y, al no creer, los trataban mal. Muchas veces llegaron a zarandear a Lúcia, pero no osaban hacer lo mismo con los primos, porque sus padres no lo toleraban. Y Lúcia tampoco se sentía bien en su casa. Fue una gran tormenta que cayó sobre ella. Como la gente estropeaba todo lo que era cultivo en la zona de Cova y alrededores, que era la propiedad de sus padres, este perjuicio hizo que se resintiera mucho la economía de la casa. Por eso las hermanas y la madre le decían que, cuando ella quisiera comer, fuese a pedirle a esa tal Señora, o que comiese lo que cosechara en Cova de Iría. ¡Qué amargo le resultaba ahora cualquier trozo de pan!

Apenas podía desahogarse con los primos y ellos, aun siendo más pequeños, procuraban consolarla, recordándole las palabras de Nuestra Señora: *Id, pues. Tendréis mucho que sufrir*. Ellos, que no padecían esas contrariedades, sufrían con ella y ofrecían la pena de no sufrir ellos

³⁴ MHL I: 2ª M cap.2 n.4, p.82.

otro tanto. Casi envidiaban a la prima por su suerte pues, como ella, deseaban hacer muchos sacrificios para ofrecer por la conversión de los pecadores y para consolar a Nuestro Señor.

¡Extraordinario! ¡Tanta avidez de sacrificios a esas edades! No era una forma estoica de padecer, sino el fuego de la caridad que Nuestra Señora les había comunicado: ellos no pensaban en sí mismos, sino en salvar a hermanos que corrían el riesgo de perderse para siempre. Vamos a acompañar al detalle estas visitas de la Madre Celestial, tal como Lúcia nos las ha transmitido.

2. APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA EL 13 DE MAYO

Era domingo. Después de asistir a Misa en la iglesia de Fátima en compañía de toda la familia, los tres pastorcitos sacaron las ovejas para llevarlas a pastar. Escogían el sitio a su gusto y en esta época del año no era difícil pues, en plena primavera, el pasto era abundante en cualquier lugar. Aunque eran todavía muy pequeños, bien comprenderían ya el salmo 22: *El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace recostar. Me conduce hacia fuentes tranquilas y reconforta mi alma*³⁵.

Ese día, Lúcia eligió la propiedad de sus padres: Cova de Iría. Allí se dirigían sin prisas, dejando pastar las ovejas por el camino. Llegados al lugar, mientras las ovejas tranquilamente pastaban, los tres comenzaron a construir una pequeña pared en torno a un arbusto, en el sitio donde después se construyó la Basílica dedicada a Nuestra Señora del Rosario. Lúcia relata:

De repente vimos como un relámpago.

— *Es mejor que nos vayamos a casa —dije a mis primos—, está habiendo relámpagos; puede venir la tormenta.*

— *Pues, sí.*

Y comenzamos a bajar la cuesta, llevando las ovejas en dirección al camino. Al llegar más o menos a la mitad de la pendiente, casi cerca de una encina grande que allí había, vimos otro relámpago y, avanzando algunos pasos más, vimos a una Señora sobre una carrasca, toda vestida de blanco, más brillante que el sol, esparciendo una luz clara e intensa más que un vaso de cristal, lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente. Nos paramos sorprendidos por la aparición. Estábamos tan cerca que quedamos dentro de la luz que La cercaba o que Ella irradiaba, quizás a metro y medio de distancia, más o menos.

Entonces Nuestra Señora nos dice:

— *¡No tengáis miedo! Yo no os hago daño.*

— *¿De dónde es Vuesa merced?, Le pregunté.*

— *Soy del Cielo.*

— *¿Y qué quiere Vuesa merced de mí?*

— *Vengo a pedirlos que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y qué quiero. Después volveré aquí todavía una séptima vez.*

— *Y ¿yo también voy al Cielo?*

— *Sí, vas.*

— *Y ¿Jacinta?*

— *También.*

— *Y ¿Francisco?*

— *También; pero tiene que rezar muchos rosarios.*

Me acordé entonces de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco.

³⁵ Sl 22,1-3.

Eran mis amigas y estaban en mi casa para aprender a tejer con mi hermana mayor.

— *¿Maria de las Nieves está ya en el Cielo?*

— *Sí, está. (Debía tener unos 16 años, me parece).*

— *Y ¿Amelia?*

— *Estará en el purgatorio hasta el fin del mundo.*

(Debía de tener entre 18 y 20 años, me parece).

— *¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?*

— *Sí, queremos.*

— *Id, pues. Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo.*

Fue al pronunciar estas últimas palabras (“la gracia de Dios” etcétera) cuando abrió por primera vez las manos comunicándonos una luz tan intensa, como el reflejo que Ella despedía, que penetrando en nuestro pecho y en lo más íntimo del alma hacía vernos a nosotros mismos en Dios, que era esa luz, más claramente que como nos vemos en el mejor de los espejos. Entonces por un impulso íntimo también comunicado, caímos de rodillas e íntimamente repetíamos: “Oh Santísima Trinidad, yo Os adoro. Dios mío, Dios mío, yo Os amo en el Santísimo Sacramento”. Pasados los primeros momentos, Nuestra Señora añadió:

— *Rezad el rosario todos los días, para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra.*

*Y en seguida comenzó a elevarse serenamente, subiendo en dirección hacia la salida del sol, hasta desaparecer en la inmensidad de la distancia. La luz que la cercaba iba como abriendo un camino en la oscuridad de los astros, motivo por el que alguna vez decíamos que vimos abrirse el Cielo*³⁶.

¡Oh, Cielo!

El 13 de mayo de 1917, envuelta en luz y paz, suave como la lluvia sobre la hierba, la Madre solícita por el bien de los hijos que ve en peligro, la Santísima Virgen se aparecía en Fátima, entregando a tres inocentes niños un mensaje de salvación para el mundo y revelando que venía del Cielo. Frente al materialismo ateo del comunismo emergente, el Cielo proyectó sobre la Humanidad un destello de luz para iluminar la densa noche que amenazaba con envolverlo por completo. Cuando el mundo cerraba los ojos a lo sobrenatural y daba la espalda a Dios, la Madre de Dios y de los Hombres vino para advertir del peligro inminente y mostrar el modo de evitarlo, pidiendo oración y conversión.

Fue silenciosamente como todo empezó.

Pero, a partir de esa fecha, aquél lugar desconocido comenzó a atraer las miradas de todas las clases sociales siendo, como fue Jesús, *¡signo de contradicción!*³⁷ Y hoy todos los caminos conducen a Fátima.

En ese día 13 y a la misma hora era consagrado como Obispo, en Roma, el sacerdote Eugenio Pacelli, que llegaría a ser Papa Pío XII en 1939. Este Papa tuvo varias intervenciones en Fátima, a través de sus Legados o directamente por radiomensajes, mostrando siempre mucha estima por el Mensaje traído por la Madre de Dios.

³⁶ MHL I: 4ª M cap.2 n.3, pp.172-174.

³⁷ Lc 2,34.

2-1. LA LUZ SOBRE EL CANDELERO

Desaparecida la visión, los pastorcitos quedaron absortos por la sorpresa, pero no con la postración que les dejaban las visitas del Ángel. Pasaron la tarde pensativos y las dos niñas comunicaron a Francisco lo que Nuestra Señora había dicho, porque él no la oía. Cuando Lúcia le dijo que Nuestra Señora le llevaría al Cielo, pero tenía que rezar muchos rosarios, exclamó:

— *¡Oh, Nuestra Señora mía, rezaré todos los rosarios que Vos queráis!* ³⁸.

Antes de regresar a casa, Lúcia recomendó mucho a Jacinta que no contase nada a nadie. Ella lo prometió, pero de vez en cuando no podía contenerse sin exclamar:

— *¡Ay, qué Señora tan bonita!*

Y Lúcia, previendo ya lo que habría de suceder, le decía:

— *Ya verás cómo eso mismo lo vas a decir a alguien.*

— *No lo diré, no!*, respondía. — *Estáte tranquila.*

Pero enseguida se le escapaba ahí mismo una nueva exclamación:

— *¡Ay, qué Señora tan bonita!* ³⁹.

Al atardecer recogieron el rebaño y fueron para sus casas. En casa de Lúcia todo fue normal. Nada notaron en su semblante ni en su comportamiento. Tenía ya mucha capacidad para aguantar emociones tan fuertes. Cenaron y fueron a descansar. Al ser los días de mayo más largos, por regirse por la hora solar, las noches eran cortas para reponerse tras un día de trabajo intenso.

En casa de los tíos no fue igual. Cuando los niños llegaron, todavía los padres no habían regresado de la feria. Así Jacinta, como movida por una fuerza interior que no la dejaba parar, estuvo esperando a los padres y, cuando los vio, echó a correr para lanzarse a los brazos de su madre, lo que no tenía costumbre de hacer, y en pleno jadeo le dijo:

— *¡Oh, madre, hoy hemos visto en Cova de Iría a una Señora tan bonita!* ⁴⁰

La madre correspondió al abrazo y recibió la confidencia con algo de sorna, sin prestarle casi atención. Por la noche, cuando todos estaban a la mesa, invitó a Jacinta a contar lo que habían visto. Y ella repitió la exclamación que la agitaba por todo su ser, con una alegría que le salía por los ojos: — *Vimos en Cova de Iría a una Señora ¡tan bonita! Ponía las manos así (e imitaba la posición de las manos de Nuestra Señora) y ¡tenía un rosario tan lindo!* ⁴¹

Ya estaba dicho. Una vez que la palabra había salido de la boca, ya no era posible ocultar lo que pasó. Francisco permanecía callado y cabizbajo. Él sabía de la promesa hecha a la prima, tantas veces en aquella tarde, y estaba afligido al ver que su hermana no conseguía guardar el secreto. En un determinado momento él también fue interrogado. ¿Qué hacer? No podía mentir. Confirmó que vio, sin ampliar nada más. El señor Marto pronto declaró que creía en la Aparición y terminaron la conversación en paz. Rezaron las oraciones de la noche y se fueron a descansar.

En su casa, por Lúcia nada trascendió. Ciertamente la veían concentrada, pero nada de qué desconfiar, ni tampoco llamó la atención el hecho de que se hubiera retirado a su cuarto a la mayor brevedad. Ella estaba en paz con el secreto en su corazón. ¡Cuál no fue su sorpresa cuando, al día siguiente, Francisco le advirtió de que Jacinta lo había contado! Ésta, muy arrepentida, pidió perdón, diciendo que tenía en el pecho una fuerza que no la dejaba callar aquella alegría tan grande. Lúcia, resignada ante lo que podía suceder después de esto, pidió a la prima que no llorase y que tampoco dijera nada de lo que la Señora les había dicho.

— *¡Yo ya lo he dicho!*, responde Jacinta.

³⁸ MHL I: 4^a M cap.1 n.4, p.141.

³⁹ Cf. MHL I: 1^a M cap.1 n.7, p.44.

⁴⁰ Cf. F. LEITE, *Jacinta*, Braga 1951.

⁴¹ *Ibidem*.

Y Lúcia pregunta con el corazón encogido:

— *¿Qué es lo que has dicho?*

— *He dicho que esa Señora ¡prometió llevarnos al Cielo!*

— *¿Y cómo has podido decir eso!*

— *Perdóname; ya no diré nada más a nadie* ⁴².

Lúcia sabía que la vida no iba a ser fácil ahora. Ya tenía la experiencia de lo que pasó cuando sus amigas contaron la visión de aquella figura misteriosa en sus primeros tiempos de pastoreo. Ahora iba a ser algo más serio. Pero la alegría que llevaba dentro, y la certeza que la Señora les dio de llevarlos al Cielo, le daba fuerzas para no temer nada.

Después que esto llegase a oídos de su madre, ésta quedó aterrada y aún más ¡por el silencio de su hija! ¿Por qué había de enterarse de todo siempre por fuera y de la suya ni una palabra? Pero, después de recomendar que no andase inventando esas historias, no le dió mayor importancia, diciendo que eran cosas de niños y que no se les tenía que hacer caso. Sin embargo, cuando vió cómo venía tanta gente a su casa para hacer preguntas, comenzó a preocuparse y, procurando disuadir a las personas de hacer caminatas tan fatigosas, les decía:

— *¡No hagan caso, son cosas de niños! Lo que yo no sé, es ¡cómo ellos han llegado a decir tal cosa! ¡Y parece imposible que haya quien lo crea! ¿Cómo puede ser una cosa así? ¡Válgame Dios! ¡No había yo de estar vigilante en tales cosas!* ⁴³

La gente seguía llegando a la casa, cada vez en mayor número, y acosaban a la señora Maria Rosa siempre con las mismas preguntas. Unos eran gente bien intencionada y con devoción, pero otros hacían burlas y preguntas torticeras culpando a la pobre madre. El padre, para evitar enfadarse ante esas preguntas, procuraba escabullirse de la casa, como arriba hemos dicho, y sólo aparecía cuando sabía que ya no había nadie. Todo esto era un sufrimiento terrible para la madre de modo que, cuando Lúcia llegaba del pastoreo de las ovejas a casa, estando ya agotada, estallaba con ella y a veces llegó a darle unas cuantas bofetadas, e incluso con el mango de una escoba, culpándola de todo ese sufrimiento.

— *Tienes que decir a esa gente que has mentado, para que no anden por ahí engañados perdiendo el tiempo y haciéndomelo perder a mí, ¡que no me dejan hacer nada!* ⁴⁴

La pequeña no respondía. Llena de amargura, ella marchaba a retirarse junto al pozo de *Arneiro* y desfogaba ahí su dolor, recordando las palabras que allí había escuchado al Ángel y las que Nuestra Señora le había dicho hacía poco:

— *Id, pues. Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo* ⁴⁵.

Esto le había quedado grabado en su corazón, pero la noche era muy densa y se sentía sola del todo cuando estaba en casa. Al ver que sus primos eran tratados con cariño, sentía aún mayor dolor; le parecía que ya no agradaba a sus padres y, para el corazón de una niña de 10 años, esto era muy duro, tanto más cuanto había sido hasta ayer la mimada de todos, la reina de la casa. De repente se sintió tratada como una criminal, culpada de todo el mal que caía sobre la familia. Y cómo le dolía el sufrimiento de la madre, a la que idolatraba: ¡la mejor madre del mundo! ¡Si ella pudiera sufrir todo sola!, sin asociar a nadie a ese camino del calvario que se abría ante ella ... Pero era necesario beber el cáliz tal como le era ofrecido. Debía ver sufrir a su querida madre, junto a ella, tal como Jesús sufrió al tener a Su Madre junto a la cruz.

En su libro *Memorias de la Hermana Lúcia. Volumen II*, podemos ver cuán grande fue su sufrimiento por cómo describe todo el calvario de su familia y, muy especialmente, el de su madre.

⁴² Cf. MHL I: 1ª M cap.1 n.7, p.45.

⁴³ MHL II: 6ª M n.33, p.125.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ MHL I: 2ª M cap.2 n.4, p.82.

Quiera el lector saborear esas páginas escritas con el corazón de una hija estremecida. A lo largo de toda su vida, la Hermana Lúcia elogió a su madre y nunca se refirió a ella con ningún recuerdo amargo. Si le hizo sufrir, fue siempre por la búsqueda sincera de la rectitud y de la verdad.

La pequeña Lúcia dijo sí a Dios, un sí tan sincero como su corazón de niña inocente, del que Dios tomó posesión enteramente. A partir de ese día, pasó a ser propiedad de Dios. Aunque alguna vez su naturaleza, porque era humana y débil, hubiera querido reivindicar sus derechos, ella supo decir que se hiciera la Voluntad de Dios antes que la suya, como su Hijo en Su vida mortal. ¡Y fue fiel! El sí del día 13 de mayo de 1917 fue una consagración solemne de todo su ser y de toda su vida a Dios, por las manos de María. Cada vez que la visitaba algún sufrimiento, se transportaba a aquél bendito lugar y a aquella hora del día 13 de mayo y renovaba su entrega incondicional. Este sí marcó su vida para siempre.

Pasó entero el mes de mayo y se acercaba ya el 13 de junio. Los pastorcitos continuaron llevando las ovejas a pastar. Al día siguiente después de la primera aparición, totalmente cambiados, acordaron comenzar a rezar las Avemarías enteras y empezaron a imaginar cómo iban a hacer los sacrificios que les habían sido pedidos. Si hasta entonces se habían puesto de acuerdo en la elección de juegos, ahora era en la sugerencia de los sacrificios: dar el almuerzo a las ovejas, más tarde a los pobriños que se encontraban, y así pasar los días sin alimentos, pues salían de casa por la mañana y sólo volvían a la tarde. Lo que llamaban merienda era el almuerzo del mediodía. Para engañar el hambre, elegían comer bellotas de los robles por ser amargas y pasaban días abrasados por la sed, soportando frecuentes novenas y hasta un mes entero sin beber agua ⁴⁶.

3. APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA EL 13 DE JUNIO

El 13 de junio fue una prueba. Como Lúcia era muy amiga de fiestas, en su casa estaban atentos para ver qué elegía, ya que ese día era la fiesta de San Antonio. Los niños de esa época, que no tenían otras distracciones, no podían perderse una fiesta en el pueblo. Y así todos estaban pendientes de ver qué haría ella. Ese día acostumbraban sacar los rebaños de madrugada para recogerlos hacia las 9 de la mañana e ir a la fiesta. Al acercarse el día, la madre y las hermanas le decían: — *¡Vamos a ver si dejas la fiesta para ir a Cova de Iría a hablar allí con esa Señora!* ⁴⁷

El día 13 guardó silencio. La pequeña salió bien temprano con el rebaño, pensando en recogerlo para llegar a tiempo a la Misa de las 10 de la mañana. Pero antes de las 8 ya estaba su hermana llamándola. Habían llegado algunas personas que querían hablar con ella y venía para quedarse ahí con el rebaño. Era un grupo de gentes que venían de otras tierras de los alrededores de Fátima, a unos 25 kilómetros, y la querían acompañar a Cova de Iría. Al ser todavía muy temprano, las invitó a ir a la Misa de las 8 y después irían a Cova de Iría. Volvió de Misa y las gentes esperaron por ella a la sombra de las higueras. Lúcia sentía como hiel el silencio que reinaba a su alrededor ... hacia las 11 horas fue al encuentro de sus primos, y en compañía de esas otras personas se dirigieron al lugar de las apariciones. Allí rezaban el rosario mientras esperaban la llegada de la Señora.

Como en mayo, la aparición se hizo anunciar por un relámpago. Y la Señora llegó. Lúcia hizo la misma pregunta que en mayo:

— *¿Vuesa merced qué quiere de mí?*

— *Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene, que recéis el rosario todos los días y que aprendáis a leer. Después diré lo que quiero.*

⁴⁶ Cf. F. LEITE, *Jacinta*, Braga 1951.

⁴⁷ MHL I: 2ª M cap.2 n.4, p.82.

Pedí la curación de un enfermo.

— *Si se convierte, se curará durante el año.*

— *Quería pedirle que nos llevase al Cielo.*

— *Sí, a Jacinta y a Francisco los llevaré en breve. Pero tú quedas aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para que Me des a conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a Mi Inmaculado Corazón. A quien la acepte, les prometo la salvación y estas almas serán amadas de Dios, como flores colocadas por Mí para adornar Su Trono.*

— *¿Me quedo aquí sola? —, pregunté con pena.*

— *No, hija. Tu sufres mucho ¿no? No te desanimes. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.*

Fue en el momento en que dijo estas últimas palabras cuando abrió las manos y nos comunicó, por segunda vez, el reflejo de esa luz inmensa. En ella nos veíamos como sumergidos en Dios. Jacinta y Francisco parecían estar en la parte de esa luz que se elevaba hacia el Cielo y yo en la que se esparcía sobre la tierra. Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora estaba un corazón coronado de espinas que parecían estar clavadas en él. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la Humanidad, que quería reparación ⁴⁸.

En esta ocasión Nuestra Señora no les recomendó todavía guardar secreto, pero los pastorcitos se sentían movidos a ello. Era también una protección para no contar todo lo que la Señora les dijo, pero comenzó a ser una nueva fuente de sufrimiento.

Lúcia comenzó a sumergirse todavía más en la espesura de la noche, en una gran soledad. Saber que los primos irían en breve al Cielo y que ella quedaría sola con la Misión que le era confiada, ¡la hacía sufrir tanto! Jacinta la consolaba recordando la promesa de la Señora de que tendría Su Corazón Inmaculado como refugio, pero ... era muy doloroso. Impresiona ver a una niña de diez años luchando ¡con tanta responsabilidad y tanto sufrimiento! Y surgió la voz de la tentación, porque el demonio no deja que la obra de Dios se haga sin tentar a los que Él llama. Es el momento de la prueba: un tiempo difícil, pero que, si es bien aprovechado, tiene la función de enraizar aún más la fe y fortalecer los cimientos de la vida.

Tras la aparición de junio, al ver que los acontecimientos seguían y tomaban proporciones ya muy grandes, en vez de esfumarse del todo, la madre de Lúcia, muy preocupada por las supuestas mentiras de la hija y los sobrinos, quedó aliviada cuando el párroco le mandó decir que llevase a Lúcia a la casa parroquial para interrogarla. Era el primer paso de la Iglesia.

Pensando que el párroco iba a resolver aquél enorme problema que le había caído en casa, la madre, muy seria, comunicó a Lúcia con cierta satisfacción en su voz:

— *Mañana vamos a la Misa de primera hora. Después vas a casa del Señor Prior. Él, ¡que te obligue a confesar la verdad, sea como fuere!, que te castigue, que haga de ti lo que quiera, con tal de que te obligue a confesar que has mentado, y yo me quedo contenta* ⁴⁹.

Esa tarde la pequeña habló aún con los primos y les confesó la opresión que sentía ante las amenazas de la madre. Ellos le informaron de que el párroco también mandó que ellos fueran, pero no les habían metido esos miedos. Para alentarse mutuamente, concluyeron: — *¡Paciencia! Si nos castigan, sufriremos por amor de Nuestro Señor y por los pecadores* ⁵⁰.

Siempre pensando en el bien de los demás, ¡siempre con el deseo de salvar almas!

Para su sorpresa, Lúcia, que esperaba encontrarse con una mala cara ceñuda y terribles

⁴⁸ MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

⁴⁹ MHL I: 2ª M cap.2 n.5, p.84.

⁵⁰ *Ibidem*.

amenazas, se vió interrogada con mucha paz y amabilidad, aunque el interrogatorio fue minucioso y pesado. Pero el párroco no se convenció y dejó a la pequeña en un mar de sufrimiento al decirle que *aquello muy bien podía ser un engaño del demonio* ⁵¹.

Fue una flecha aguda en lo íntimo de su conciencia. De ahí vinieron noches sin dormir o con terribles pesadillas que le perturbaban el sueño; desánimo, abandono de la práctica del sacrificio, voluntad de abandonar todo y de decir que en realidad era mentira y, sobre todo, comenzó a formular el firme propósito de no volver nunca más a los encuentros acordados con la Aparición Celestial en los días 13. Y comunicó a los primos su decisión. Jacinta le dijo con toda convicción: — *¡No es el demonio, no! El demonio dicen que es muy feo y que está debajo de la tierra, en el infierno. Y ¡aquella Señora es tan bonita! Y ¡nosotros la vimos subir al Cielo!* ⁵²

Fue disuadida de decir que no había visto nada, porque entonces ella estaría mintiendo. Con Francisco, la prima ayudó con mucha oración y sacrificios. Los dos fueron para ella una retaguardia maravillosa. Conociendo el sufrimiento de la prima, los dos pastorcitos la iban reconfortando y aconsejando como podían y, sobre todo, más con el silencio que con las palabras. En esos momentos la ayuda silenciosa es más eficaz. Sufrían con ella, por ella rezaban y ofrecían sacrificios. La tentación confesada está ya medio vencida, porque deja la puerta abierta a la ayuda de quien Dios coloca al lado de quien está librando esa batalla. Lúcia tuvo a su lado a esos dos ángeles que, iluminados por el Espíritu Santo, la aconsejaban como si fuesen grandes maestros y ella con humildad recibía la ayuda de los otros más jóvenes.

Fue un mes de sufrimiento inaudito y esa tormenta parecía no tener fin. A su lado estaban los dos primitos desolados al ver acercarse el día 13 de julio y afirmar Lúcia que ella no iría con ellos y que Jacinta hablase con esa Señora. Atormentada por pesadillas nocturnas, en las que se veía en las garras del demonio y arrastrada al infierno, buscaba todas las oportunidades para perderse, e incluso eludir la compañía de estos dos sinceros amigos, y para llorar sola a gusto y no oír razones de nadie. El día 12 *había tomado una decisión y estaba resuelta a ponerla en práctica. Por la tarde, llamé a Jacinta y a Francisco y les informé de mi resolución. Ellos me respondieron: — Nosotros vamos. Aquella Señora, nos mandó ir allá.*

Jacinta se ofreció a hablar ella con la Señora, pero le dolía que yo no fuese y comenzó a llorar. Le pregunté por qué lloraba.

— *Porque tu no quieres venir.*

— *No, yo no voy. ¡Escúchame!, si la Señora te pregunta por mí, le dices que yo no voy, porque tengo miedo de que sea el demonio* ⁵³.

Y fue a esconderse detrás de unos matorrales, para no tener que responder a las muchas personas que ya comenzaban a llegar. Los dos primos estaban desolados, pero no aflojaron en su intercesión por ella, ni en la confianza en Nuestra Señora. A la noche, cuando regresó a casa, la madre la regañó por pasar todo el día en juegos ... una espina más sufrida en silencio, ¡sin disculparse! ¡Si la madre pudiera ver por dentro el corazón de su más pequeña!

4. APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA EL 13 DE JULIO

En la mañana de este día, después de haber pasado una mala noche por el insomnio, Lúcia apareció entre los suyos sin siquiera mencionar el dirigirse al encuentro acordado, lo que causó cierta sorpresa. Pero nadie preguntó nada. A medida que pasaban las horas, algo en su interior iba

⁵¹ MHL I: 2ª M cap.2 n.5, p.85.

⁵² *Ibidem.*

⁵³ MHL I: 2ª M cap.2 n.5, p.86.

cambiando, iba a suceder algo grande, pero de enorme responsabilidad en particular para Lúcia e, inconscientemente, como Jesús en Getsemaní, intentó que de ella pasase este cáliz ... Pero la Santísima Virgen velaba por Su pequeña confidente y no la dejó sucumbir. Lúcia confiesa:

— *De repente, por una fuerza extraña que no me era fácil resistir, me sentí impelida a ir. Me puse entonces en camino y pasé por la casa de mis tíos a ver si aún estaba allí Jacinta. La encontré en su cuarto, con su hermanito Francisco, de rodillas a los pies de la cama, llorando.*

— *Entonces, ¿vosotros no vais? —, les pregunté.*

— *Sin ti, no nos atrevemos a ir. Anda, ven.*

— *Ya mismo voy para allá —, les respondí.*

Entonces, con un semblante ya alegre, partieron conmigo ⁵⁴.

Era la mano de María para ahuyentar la terrible tentación que, dominando sobre todo su ser, la sometía con tanta fuerza y la hacía recular del camino que ya había comenzado a recorrer. Fue como si una enorme carga le hubiera sido retirada del corazón. Era el amanecer de un nuevo día. Llegados al lugar, comenzaron a rezar el rosario con las personas presentes hasta que:

Vimos el reflejo de la luz habitual y, enseguida, a Nuestra Señora sobre la carrasca.

— *¿Vuesa merced qué quiere de mí? —, pregunté.*

— *Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene, que sigáis rezando el rosario todos los días, en honor de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque sólo Ella os la podrá conseguir.*

— *Quería pedirle que nos dijera Quién es y que haga un milagro para probar que Vuesa merced se nos aparece.*

— *Continuad viniendo aquí todos los meses. En octubre diré Quién soy, qué quiero y haré un milagro que todos han de ver como prueba.*

Aquí hice algunas peticiones que no recuerdo bien cuáles fueron. Lo que sí recuerdo es que Nuestra Señora dijo que era preciso que rezasen el rosario para alcanzar las gracias durante el año. Y continuó:

— *Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, en especial siempre que hagáis algún sacrificio: “Oh Jesús, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María”* ⁵⁵.

5. EL SECRETO

5-1. LA VISIÓN DEL INFIERNO (1ª PARTE)

Al decir estas últimas palabras, abrió de nuevo las manos como en los dos meses pasados. El reflejo pareció penetrar en la tierra, y vimos como un mar de fuego. Sumergidos en este fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todos los lados, semejante al caer de pavesas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación, que horrorizaban y hacían estremecer de pavor (debió ser al contemplar esta visión cuando dije aquel “¡ay!”, que dicen haberme oído). Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones en brasa. Asustados y como pidiendo socorro, levantamos la vista hacia Nuestra

⁵⁴ MHL I: 2ª M cap.2 n.6, p.87.

⁵⁵ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, pp.175-176.

Señora que nos dijo, con bondad y tristeza:

— *Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores: para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a Mi Inmaculado Corazón. Si hicieren lo que Yo os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a terminar. Pero, si no dejaran de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando viéreis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre* ⁵⁶.

5-2. LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA (2ª PARTE)

— *Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora en los primeros sábados. Si atendieran Mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas.*

Al final, Mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe, etcétera ⁵⁷.

5-3. LLAMADA A LA PENITENCIA (3ª PARTE)

Como se referirá más adelante, el día 3 de enero de 1944, obedeciendo a una orden del Señor Obispo de Leiría, la Hermana Lúcia escribió la última parte del secreto que todavía permanecía guardado en su corazón:

Al lado izquierdo de Nuestra Señora, un poco más en lo alto, vimos a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda: al centellear, ésta emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo, pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él. El Ángel, señalando hacia la tierra con su mano derecha, dijo con voz fuerte: “¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!”.

Y vimos en una luz inmensa que es Dios: “algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él” a un Obispo vestido de Blanco, “tuvimos el presentimiento de que era el Santo Padre”, a varios otros Obispos, Sacerdotes, religiosos y religiosas, subir una abrupta montaña, en cuya cima había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar ahí, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y de pena, iba rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros y flechas, y asimismo fueron muriendo unos tras otros los Obispos,

⁵⁶ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, pp.176-177.

⁵⁷ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, p.177.

NOTA DEL AUTOR : Con este *etcétera* quedaba en suspenso la redacción de la tercera parte del secreto, que permaneció sin revelar hasta el 13 de mayo de 2000.

NOTA DEL TRADUCTOR : Pero el asunto no es tan simple como aparece a primera vista: cuando Nuestra Señora autoriza esa redacción en 1944, para que la vidente cumpla el mandato del Obispo de Leiría, le indica expresamente *qué debe* escribir y *qué no debe* escribir para su inclusión en el sobre lacrado. Por tanto, en un sentido amplio el “secreto publicado” no es todo *lo revelado* de sus visiones a Lúcia.

*Sacerdotes, religiosos y religiosas y varias personas seglares, caballeros y señoras de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz estaban dos Ángeles, cada uno con una jarra de cristal en la mano, en las que recogían la sangre de los Mártires y con la que regaban las almas que se acercaban a Dios*⁵⁸.

*Esto no lo digáis a nadie. A Francisco, sí, podéis decírselo*⁵⁹.

Enseguida la Señora recomendó:

— *Cuando recéis el Rosario, después de cada misterio decid: “¡Oh Jesús mío, perdónanos, libranos del fuego del infierno; lleva las almas todas al Cielo, principalmente aquellas más necesitadas!”*.

Siguió un instante de silencio y pregunté:

— *¿Vuesa merced no quiere nada más de mí?*

— *No. Hoy no quiero nada más de tí.*

*Y, como de costumbre, comenzó a elevarse en dirección hacia la salida del sol hasta desaparecer en la inmensa distancia del firmamento*⁶⁰.

La Señora pidió secreto sobre lo que vimos en esta aparición, pero ya desde junio los pastorcitos se habían propuesto guardar secreto, movidos por una fuerza interior, según declara Lúcia: *Nuestra Señora no nos mandó aún, esta vez, guardar secreto, pero sentíamos que Dios nos movía a eso*⁶¹.

6. EL CORAZÓN DEL MENSAJE EN LOS CORAZONES DE LOS NIÑOS

Después de esta aparición, Lúcia recuperó la paz y la fuerza para abrazar todo el sufrimiento. ¿Cómo podían unos niños tan pequeños soportar todo el peso de esta visión, cuyo contenido conseguirán guardar tan fielmente? La visión del infierno, que tanto les impresionó hasta el punto de que, como refiere Lúcia, casi mueren del susto, los impulsó a una generosa caridad en favor de los pecadores, haciendo todo lo que podían para evitar que más almas fuesen a aquél tormento y para desagraviar al Inmaculado Corazón de María que se les había mostrado cercado de espinas.

En los momentos en que caminaban solos los tres para la custodia del rebaño, hablaban entre ellos de la profunda impresión que llevaban en sus corazones y se ayudaban mutuamente a inventar modos de salvar del infierno a los pecadores. A veces Jacinta quedaba petrificada con el pensamiento de la eternidad de ese tormento. Después de rumiar ese pensamiento durante mucho tiempo, con inmensa tristeza en la voz, preguntaba a su prima:

— *Pero, oye, ¿después de muchos, muchos años, el infierno todavía no acaba?*

Lúcia, un poco más instruida, en el mismo tono de tristeza respondía:

— *No, ¡no acaba nunca!*⁶²

Y quedaban los tres inmersos en ese dolor ¡de ver perderse tantas almas y para siempre! Rezaban, hacían sacrificios, y lloraban ... sobre todo amaban intensamente por los que no aman. A veces brotaba de sus corazones una pregunta con dolor y sorpresa: *¿Cómo puede alguien no amar a Dios, si Él es tan bueno?* Y rezaban las oraciones enseñadas por el Ángel, oraciones de adoración, de súplica y de reparación: *Dios mío, yo creo ... , Santísima Trinidad ... ,* y rezaban

⁵⁸ Cf. CONGREGACIÓN DE DOCTRINA DE LA FE, *A Mensagem de átima (o Segredo)*, o también MHL I: Apéndice III. Tercera parte del “Secreto”, p.213.

⁵⁹ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, p.177.

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

⁶² MHL I: 1ª M cap.1 n.8, pp.45-46.

postrados hasta caer de cansancio. Querrían eternizarse en la presencia de Dios en vez de quien no lo hacía apenas porque no quería.

En esta aparición fue la tercera vez en que la Señora abrió las manos y las bajó. Según la interpretación de la Hermana Lúcia, esta posición de las manos de Nuestra Señora significa el gesto solícito de la madre que levanta al hijiño que ha caído: la mano izquierda lo recoge del suelo y la mano derecha lo ampara y acaricia. Es así como Ella está siempre amorosamente atenta a sus hijos caídos en los pantanos del dolor y del pecado. A todos ofrece Su protección, a todos desea ayudar a levantarse y a caminar hacia el bien, único camino de la felicidad.

7. AMOR PROFUNDO AL OBISPO VESTIDO DE BLANCO

El Santo Padre, después de esta visión, quedó en los corazones y en la oración de los tres pastorcitos. No sabían quién era ni conocían su nombre, pero aquella figura blanca, tambaleándose bajo el peso del sufrimiento, les entró en sus corazones para siempre. En la tercera parte del secreto era una figura central. Lo vieron sufrir y ser asesinado. Era el Papa y no un Papa.

La visión que después tuvo Jacinta sola, muestra la imagen de lo que acontece con cualquier Papa. Lúcia nos cuenta ese acontecimiento, del cual fue confidente:

Un día fuimos a pasar las horas de la siesta junto al pozo de mis padres. Jacinta, se sentó al borde del pozo; Francisco, conmigo, fue a buscar miel silvestre en las matas de una zarza en una ladera que allí había. Pasado un rato, Jacinta me llama:

— *¿No has visto al Santo Padre?*

— *No.*

— *¡No sé como ha ocurrido! Yo he visto al Santo Padre en una casa muy grande, de rodillas, delante de una mesa, con las manos en la cara, llorando. Fuera de la casa había mucha gente y algunos le tiraban piedras, otros le maldecían y le decían muchas palabras feas. ¡Pobrecito Santo Padre! Tenemos que rezar mucho por él.*

(...) En otra ocasión fuimos a “Lapa do Cabeço”. Llegados allí, nos postramos en tierra, a rezar las oraciones del Ángel. Pasado un tiempo, Jacinta se levanta y me llama: — ¿No ves tantas carreteras, tantos caminos y campos llenos de gente, que lloran de hambre y no tienen nada para comer?, y ¿al Santo Padre en una Iglesia, rezar, delante del Inmaculado Corazón de María?, ¿y a tanta gente rezar con él?

Pasados unos días, me preguntó:

— *¿Puedo decir que vi al Santo Padre y a toda aquella gente?*

— *No. ¿No ves que eso forma parte del secreto, y que por ahí luego se descubriría?*

— *Está bien; entonces no digo nada* ⁶³.

Incluso en estas visiones, los pequeños videntes no sabían muy bien quién era el Papa. Sólo con la explicación de dos sacerdotes que los visitaron y les recomendaron que rezasen por el Santo Padre, ellos comprendieron quién era ⁶⁴.

8. UNA PROMESA SOBRE PORTUGAL

En Portugal se conservará siempre el dogma de la Fe. Esta promesa de la Señora no quiere decir que los portugueses estén protegidos por principio contra el mal, o que pueden hacer lo que quieran porque todo les irá siempre bien.

⁶³ MHL I: 3ª M n.6, pp.126-127.

⁶⁴ Cf. MHL I: 1ª M cap.1 n.11, p.50.

*Aunque muy parca en palabras sobre lo que decía acerca del Mensaje de Fátima y sobre todo para hacer interpretaciones personales, la Hermana Lúcia alguna vez dejó escapar esta afirmación, fruto de su meditación: “Si Portugal no aprueba el aborto, está a salvo. Pero, si lo aprueba, tendrá mucho que sufrir. Por el pecado de una persona, paga la persona que de ella es responsable. Pero por el pecado de una nación, paga todo el Pueblo. Porque los gobernantes que promulgan leyes inicuas, lo hacen en nombre del Pueblo que los eligió”*⁶⁵.

Hoy sobre Portugal pesan tres pecados sociales que piden reparación y conversión: el divorcio, el aborto y el casamiento civil entre personas del mismo sexo. Es la gran crisis moral que explica todas las otras crisis. En un cuerpo enfermo de gangrena, por más tratamientos que se hagan, mientras no se erradique el foco del mal, no habrá mejorías y la muerte será su fin. Así acontece en el tejido social: mientras la inmoralidad se extienda como peste mortífera, todo el pueblo gemirá y tendrán mucho que sufrir.

Pero la promesa se cumplirá, porque siempre queda un *resto pobre y humilde*⁶⁶, que *será como levadura en la masa*⁶⁷. La victoria sobre el mal es siempre y sólo de Dios y Él no triunfa mediante el poder, sino siempre con los pobres y pequeños⁶⁸. Y hará brotar lirios nevados en medio del cenagal.

9. PREPARADOS PARA LA LUCHA

Los tres, como los mártires de comienzos del cristianismo, se ayudaban y animaban mutuamente en el camino de la oración y del sacrificio durante las horas en que podían estar solos junto con las mansas ovejas. Nadie sabía nada de sus sacrificios, nadie imaginaba los ayunos que se impusieron, la sed abrasadora que los devoró, los azotes que se autoinfligían con ortigas, etcétera. Todo para ayudar a salvar a quien se encontraba atrapado en la trampa del pecado. Todo esto empapado de una oración fervorosa, porque en sus corazones ardía un fuego que los abrasaba, el fuego del amor a Dios y al prójimo. Viniera lo que viniese, esa llama viva de amor los revestía de fortaleza para no sucumbir a los gritos de la naturaleza.

Y, entre tanto, la señora Maria Rosa, al ver aumentar la afluencia de personas a su casa y no poder creer en el motivo que las traía, vivía con una gran preocupación y angustia. Y, para colmo, todos entraban ya en su casa. Toda la gente se le colaba por la puerta dentro, sin ceremonia, y no se iban mientras no consiguieran hablar con la vidente. Lúcia con los primos, si podían, se escondían y esas gentes, con buenas o malas intenciones, permanecían allí hasta que ellos apareciesen. La madre ni conseguía preparar las comidas. Un desorden en la vida.

Pasados algunos días, Lúcia es instada por su madre a acudir de nuevo a hablar con el párroco, y confesar la mentira. Ella era la causa de todo eso, y ¡aquello tenía que terminar! Ella se acercó a casa de los tíos y rápidamente fue a decir a Jacinta qué iba a hacer. Ésta se lo comunicó a Francisco, y los dos quedaron rezando confiados en la ayuda de Nuestra Señora.

Ya fuera, de camino, la madre fue recomendando a Lúcia que dijese la verdad, que dijese que había mentido, que dijese ... Lúcia la oía angustiada y, en un determinado momento, con lágrimas en la voz le dijo: — *Pero, madre mía, ¿cómo voy a decir que no ví, si yo ví?*⁶⁹ La madre tragó saliva y no respondió. ¡Aquella niña suya! Caminaron en silencio lo poco que quedaba y, antes de subir las escaleras de la casa del párroco, la madre se volvió hacia su hija y le dijo:

⁶⁵ Relato oral sobre la Hermana Lúcia.

⁶⁶ Is 10,18-22.

⁶⁷ Lc 13,20-21.

⁶⁸ Jc 6,15-16.

⁶⁹ MHL I: 2ª M cap.2 n.7, p.88.

— *Tú ven aquí ahora y entiéndeme: lo que yo quiero es que digas la verdad. Si viste, dices que has visto. Pero, si no viste, confiesa que has mentado* ⁷⁰.

Y, sin más, subieron. Como la primera vez, el párroco las recibió y habló con la pequeña con amabilidad y hasta con cariño. Probó algunos ardides para ver si ella incurría en alguna confusión y la despidió. Encogiéndose de hombros, dijo entonces a su madre:

— *¡No sé qué decir de todo esto ni qué hacer!* ⁷¹

La madre volvió a su casa todavía más desolada, al ver que ni el párroco conseguía resolver el problema ... El ir y venir de personas no paraba y la pobre madre tenía que andar siempre en busca de la pequeña para que viniese a casa a contentar a aquella gente, que no movía de allí un pie sin verla. La hija sufría y la madre también y ¡este dolor era tanto mayor cuanto más grande era el silencio mutuo que mantenían aquellos dos corazones que tanto se querían!

10. ANTE LOS “JUECES”

El 10 de agosto, los padres de los pastorcitos recibieron una orden de las autoridades para comparecer en la Administración de Vila Nova de Ourem con los pequeños, al día siguiente. El señor Marto dijo que sí, que iba, pero no llevaría a los niños, porque eran muy pequeños para esa caminata y no tenían edad para comparecer ante ningún tribunal. Pero el padre de Lúcia no pensaba así: — *La mía, va: que responda ella. Yo, aquí, de estas cosas no entiendo nada. Y, si miente, está bien que sea castigada* ⁷².

Montada en la burra, cansada de tanto sacrificio y noches sin dormir, al son melancólico de la aburrida conversación del padre con su tío y arrullada por la cadencia del paso de la burrita, Lúcia por tres veces, vencida por el sueño, se escurrió por la cabeza de la montura y acabó en el suelo. Como la burra era pequeña, la caída no fue grande, y la pastorcita no sufrió nada serio, apenas despejarse un poco. Años más tarde, al referirse a este episodio en las recreaciones, lo hacía con su fino sentido del humor y nunca como un recuerdo amargo.

Quedaron los dos primos llorando y rezando por ella, pensando que la iban a matar. Lúcia sufría al ver que ahora parecía que los padres ya no la querían pues, al contrario de sus tíos, ellos la entregaban a las autoridades para lo que quisieran. Y una niña de esta edad suele tener mucho miedo a todo lo relacionado con la policía, el juez, etcétera. Haciendo todo el camino en el más absoluto silencio, la pequeña iba ofreciendo a Dios y a Nuestra Señora todo su sacrificio y repetía el acto de ofrecimiento que la Señora le había enseñado: “*¡Oh Jesús, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!*” ⁷³.

En la Administración fue interrogada por el Señor Administrador en presencia del padre y del tío y de otras personas desconocidas. Este usó todo tipo de artimañas para arrancarle el Secreto que ella con firmeza no reveló. Ni la sedujeron las promesas, ni la arredraron las amenazas. Quería que le prometiera no volver más a Cova de Iría, pero ni eso consiguió. La niña, hiriéndolo tal vez con la inocencia de su mirar cristalino, mirada que reflejaba a un alma toda de Dios, afirmó con total franqueza a aquél gran señor, que la quería amedrentar, que sí: que volvería a Cova de Iría.

El señor Administrador Artur dos Santos, después asegurarle que habría de conseguir saber el Secreto, aunque eso le llevara toda la vida, y tras haber echado una gran reprimenda al señor Marto por no haber traído a sus hijos, los despidió de la Administración. El “tío Marto” pasó

⁷⁰ *Ibidem.*

⁷¹ *Ibidem.*

⁷² MHL I: 2ª M cap.2 n.8, p.89.

⁷³ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, p.176.

enteramente del sermón. Le entró por un oído y le salió por el otro. ¡No tenía ningún sentido haber traído niños tan pequeños haciendo un viaje tan largo! Volvieron por el mismo camino, después de haber comido alguna cosa que llevaron para el almuerzo. Al llegar, aunque Lúcia venía molida, fue a hacer una visita rápida a sus amigos y confidentes, que estaban en el pozo llorando y rezando por ella, para decirles con un fuerte abrazo que no la habían matado y que había conseguido ser fiel en guardar el Secreto. Al verla, la abrazaron llorando de alegría, pues habían creído a una de las hermanas de Lúcia que les había asegurado que a ella la habían matado.

11. EL 13 DE AGOSTO EN LA CÁRCEL

El día 13, por la mañana, había ya una gran afluencia de gente junto a la casa de los pastorcitos, que eran bombardeados por un sin número de preguntas y empujados por todos los lados. Cada uno quería que se le prestara toda la atención. En un determinado momento llegó un aviso, para el padre de Lúcia, de presentarse con ella en casa del cuñado, donde los esperaba el Señor Administrador. Aunque el señor António dos Santos no quisiera meterse en aquella historia, esta vez tenía que ir. Y la señora Maria Rosa le animó diciendo: — *¡Quién sabe si ahora, esta vez con Jacinta y Francisco, ellos consiguen que los pequeños digan que mintieron y se acaba con todo esto! ¡Ve para allá, ve para allá a ver!*⁷⁴ El padre la tomó de la mano y la acompañó.

Nuevo intento fallido de forzar a los pequeños a decir el tal Secreto y prometer el no ir a Cova de Iría. Ellos eran pequeños e incultos, pero firmes como una roca. El Señor Administrador ¡no podía ser engañado por aquellos niños de la sierra! Mandó entonces que los padres de los pequeños los llevaran a casa del párroco, para interrogarlos en su presencia. Delante del párroco y de dos sacerdotes más presentes, Lúcia dijo al Administrador:

— *Yo no miento y digo sólo lo que vi y oí a aquella Señora. Si el pueblo va a Cova de Iría, es porque quiere, pues yo no he llamado allí a nadie.*

— *¿Es verdad que la Señora te dijo un Secreto?*

Respondió: — *Sí, señor. Pero yo no lo diré. Si vuesa merced quiere, yo voy allá al alto a preguntar a aquella Señora si me da permiso para decir el Secreto y ¡entonces lo diré!*⁷⁵

Como las respuestas eran siempre las mismas, el Administrador remató el interrogatorio con una afirmación muy astuta: — *¡Éstas son cosas sobrenaturales! ¡Vamos, pues!*⁷⁶. Él, que en realidad no quería que los pastorcitos volvieran al lugar de las apariciones, ahora quería llevarlos allí ¡¡¡en su calesa !!! Los niños sospecharon y no quisieron aceptar, pero él insistía y los ayudaba a subir a la calesa. Enseguida fustigó a los caballos y siguió el camino a toda velocidad, tomando una dirección diversa del camino a Cova de Iría.

Lúcia se dio cuenta e informó de que no era por aquél camino, sin pensar todavía que era un simple error, pero le avisaron de que primero iban a hablar con el párroco de Vila Nova de Ourem y volverían a tiempo para la hora de la Aparición. Quien no miente, confía en que los demás dicen también la verdad. Pero esta *verdad* duró poco tiempo. Y los pastorcitos se vieron llevados a Ourem, lugar que Lúcia ya conocía.

El párroco de Fátima pasó grandes apuros para apaciguar los ánimos de aquella multitud que lo juzgaba cómplice en el rapto de los niños. Ante el bulo que se difundió de que conocía el plan de raptar a los niños, publicó una autodefensa en el *Mensageiro de Leiria* (“Mensajero de Leiria”)⁷⁷ y en otros dos periódicos.

⁷⁴ MHL I: 6ª M n.40, p.135.

⁷⁵ C. BARTHAS, *Fátima: segundo as testemunhas e os documentos*, Lisboa 1967, cap.6 pp.92-93.

⁷⁶ Cf. F. LEITE, *Jacinta*, Braga 1951.

⁷⁷ *Ibidem*.

Quien no se afligió fue la madre de Lúcia. Cuando la señora Olimpia muy llorosa le fue a dar la noticia, ella dijo: — *¡Pues que no vayan mintiendo! No tengas miedo, comadre, que no los van a comer* ⁷⁸. Y ella quedó con la esperanza de que “aquello” acabaría de una vez.

Sin embargo, en Cova de Iría, las casi quince mil o dieciocho mil personas rezaron y se lamentaron por la ausencia de los videntes, que no comparecieron. Pero, a la hora de costumbre, fueron agraciados por manifestaciones de la presencia de la Señora que, al no encontrar allí a Sus confidentes, quiso que aquella multitud se fuera consolada.

Cuando los pastorcitos llegaron a Ourem, se vieron en la condición de presos, entregados a las manos de desconocidos. Después de muchos intentos, el Administrador gritó furioso: — *Os tendré presos hasta que digáis el Secreto. Y, si tardáis mucho, os haré freir en aceite hirviendo* ⁷⁹.

Ese día los encerraron en un cuarto solos. Después de darles de comer, la esposa del Señor Administrador les puso en el suelo un colchón y ellos se durmieron ahí. Como era verano, no les hizo falta ropa para cubrirse. Estaban cansados y con la conciencia tranquila, por eso el sueño no tardó en sustraerlos a la realidad de estar presos y lejos de la familia. Pero a la mañana la realidad se hizo sentir dolorosamente.

El día 14 fue intenso. Los tres niños fueron fuertemente probados entre interrogatorios, amenazas de muerte, ofertas de ricos regalos y la experiencia de la cárcel en serio, en compañía de un grupo de hombres en principio poco simpáticos. Pero nada los disuadió de su propósito de fidelidad a lo que habían prometido a la Señora que venía del Cielo.

A los presos les debió parecer muy extraño que metieran con ellos a tres niños tan pequeños. Quizás porque alguno tuviera ya conocimiento de los sucesos de Fátima, o bien por haber oído las amenazas proferidas por los guardias cuando allí encerraron a los pequeños prisioneros, identificaron a los pastorcitos y tuvieron el *buen corazón* de aconsejarles que dijeran el tal Secreto para verse libres de allí. Pero los pastorcitos no cedieron.

Lúcia, aún tan niña, con apenas 10 años, se sobrepuso a su tristeza y dolor para ser el paño de lágrimas de los primos, sobre todo de Jacinta que, por ser todavía tan pequeñina, lloraba con nostalgia de la madre. Y, para fortalecerse en la lucha, se propusieron rezar el rosario ante una medalla que Jacinta llevaba y que colgaron en la pared. Al poco, todos los presos se sumaron con respeto y devoción.

Después de rezado el rosario, Jacinta fue junto a la ventana, y comenzó a llorar, lamentándose de que no viniera nadie de su familia a visitarla. Lúcia, ahogando el río de lágrimas que inundaba su corazón inocente, le recordaba a los pecadores y de nuevo los tres hacían el ofrecimiento de ese momento doloroso. La pequeña grande, hecha madre de los dos primos, se olvidó de sí misma para consolarlos y fortalecerlos, siempre con las peticiones de la Señora para levantarles el ánimo, ¡como una antorcha encendida en medio de esa noche oscura!

Viendo a Jacinta tan triste, un compañero de prisión, solidarido con el sufrimiento de los niños, quiso distraerlos y comenzó a tocar su armónica para que todos bailasen, y así ayudar a pasar el tiempo. Como Jacinta era muy pequeñina, uno de ellos la tomó en brazos para bailar con ella. La niña inocente aceptó la distracción, pero las lágrimas continuaron brotando de sus ojos dulces. A los compañeros confesaba que no ver a su madre nunca más era lo que más le costaba, convencida de su pronta muerte ya anunciada a los tres videntes. Pero Francisco se consolaba con la certeza de ir a ver en breve a Nuestro Señor y a Nuestra Señora. Como en los primeros tiempos del cristianismo los mártires se animaban en la lucha común, también estos tres niños se alentaban en la fidelidad hasta la muerte, si esto fuera preciso.

⁷⁸ Cf. A. M^a MARTINS, *Novos documentos de Fátima*, Porto 1984, p.366 = documento 73 artículo 21.

⁷⁹ C. BARTHAS, *Fátima: segundo as testemunhas e os documentos*, Lisboa 1967, cap.6, p.94.

Pasado un rato, se abrió bruscamente la puerta de la prisión, y apareció un guardia mal encarado que secamente les ordenó que lo siguieran a la Administración. Los tres pastorcitos lo siguieron rápidamente, aunque con el corazón abrumado por la incertidumbre de lo que vendría después. Cualquier persona en circunstancias similares temería, ¡cuánto más unos niños! En una cosa se mantenían firmes: viniera lo que viniese, no dirían el secreto.

Dió órdenes de preparar una caldera de aceite hirviendo para freírlos ahí y luego el guardia marchó dejando a los niños solos en esa habitación. En esos momentos que parecían una eternidad, ellos no hablaban, pero rezaban en su corazón. Unos minutos después, y la puerta volvió a abrirse. Jacinta fue la primera que hubo de elegir entre decir el secreto o ser quemada en aceite hirviendo. Ella no vaciló y, sin necesidad de forzarla, fue voluntariamente al martirio. Lo mismo pasó con Francisco. Lúcia quedó sola entre la angustia de lo que estaba sucediendo a los primos y lo que a ella le estaba reservado, pero sin dudar un momento respondió negativamente al guardia que le ordenaba revelar el secreto o bien que lo siguiera hasta el suplicio, que fue generosamente aceptado en su corazón. ¡Oh, sorpresa! En vez de la caldera donde pensaba encontrar a los primos ya muertos, se encontró con ellos en otra habitación y se abrazaron efusivamente. El guardia les informó de que no se alegraran mucho porque, si no decían el secreto, irían los tres a la caldera. Pero ellos no vacilaron en su propósito de fidelidad.

Una noche más, en la que de nuevo pasaron al cuidado de la esposa del Administrador que, como en el día anterior, les sirvió cariñosamente una buena comida y les dio colchones para descansar. A la mañana siguiente, otro nuevo intento, pero la furia del Administrador, como las imponentes olas del mar, no fue capaz de quebrar la voluntad de estos niños, firmes como las rocas inamovibles, y los tuvo que devolver a su familia sin conseguir su propósito. En su calesa, los condujo de vuelta a la iglesia de Fátima, precisamente en el momento en que los fieles salían de Misa. Era el 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora al Cielo.

Como todos sabían del caso, algunos se acercaron al señor Marto y, entre curiosos y condolidos, le preguntaron por los pequeños, a lo que él respondió con un triste encogerse de hombros y dijo que nada sabía de ellos. Pero alguien levantó la voz y señaló hacia el porche de la casa parroquial: *¡Eh tío, Marto, mira que ellos han llegado ya con el Señor Administrador! Están ahí en el porche del Señor Prior*⁸⁰. Al verlos, todo el pueblo que salía de Misa quería subir las escaleras, pero el Administrador hizo un gesto con la mano para detenerlos: no, mientras los padres de los pastorcitos no se hicieran cargo y subieran las escaleras y, entre tanto, que las madres aguardasen en el atrio. Después que abrazaran a los padres, los pequeños corrieron junto a sus madres, y el señor António dos Santos también descendió, mientras que el señor Marto se quedó discutiendo con el Señor Administrador.

La Hermana Lúcia contaba que fue él quien libró al Administrador de una paliza de aquella gente, que estaba indignada por lo que había hecho. Aunque tío Marto tuviera serias razones para exigir justicia, era un hombre de paz y sabía contener su indignación, no sin dejar de cantar las verdades al autor del rapto de los niños, pero no quiso hacer otras cosas. Y tuvo una idea brillante para que todo terminase en paz: invitó al Administrador a tomar una copa en la taberna de al lado, él que no tenía por costumbre frecuentar esos sitios. El señor Artur dos Santos advirtió la táctica y aceptó la invitación. Fueron los dos con el cochero, lo que llevó a la gente a decir: *¡Mira al tío Marto, no se ha callado y ahora va y lo llevan preso!*⁸¹ Sin embargo, los ánimos se calmaron y cada uno fue a su casa, pudiendo el Administrador regresar a la suya, sin voluntad de volver por allí en persona.

⁸⁰ Cf. F. LEITE, *Jacinta*, Braga 1951.

⁸¹ *Ibidem*.

Por el camino toda la gente preguntaba a los pequeños si los habían tratado mal. Siendo la mayor Lúcia, respondía ella diciendo que no. Para ella, malos tratos eran las agresiones físicas y aquello no se había dado. Llegados a casa, se pusieron a comer. Y, durante la comida, todos le preguntaron sobre lo que había pasado en la Administración, y sacaron sus conclusiones. Lúcia no cuenta que, en esta primera hora de su llegada, no hubo reprimenda ninguna. La madre estaría un poco más aliviada en esos días de “vacaciones” pues, al saberse que los pastorcitos no estaban en su casa, nadie había venido por allí a importunarla. Pero, tan pronto como se difundió la noticia, la procesión comenzó de nuevo.

Entonces la madre decidió que ella fuese a llevar las ovejas a pastar, hecho que dolió mucho a la pequeña pastorcita al sentir en esto una cierta frialdad en su madre, diferente de la tía Olimpia, que ese día no dejó ir a sus hijos ... pero obedeció a la madre sin oponer resistencia ninguna. Pequeñas espinas que se iban clavando en su corazón y que ella generosamente recibía y ofrecía en silencio, para suavizar el dolor de aquellas espinas que había visto que cercaban al Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre ... A estas alturas, mientras podía permanecer en soledad, ya no se daba a los juegos, sino que su espíritu iba creciendo, alimentado por el sufrimiento que le era servido en abundancia.

12. APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA EL 19 DE AGOSTO

El domingo 19 de agosto, después de pasar las horas más calurosas en compañía de Francisco y de su hermano Juan, Lúcia llevó las ovejas a pastar por los *Valinhos*, por estar más cerca de casa. Jacinta no fue, con gran pena suya, porque su madre pensó que ella todavía estaba muy cansada por las emociones de los días de cárcel. Fueron los tres, pero con la compañía de Juan no podía haber intimidad entre Lúcia y Francisco. Juan era hermano, pero no formaba parte del trío visitado por la Madre ...

En un cierto momento, Lúcia notó que algo sobrenatural se anunciaba y, reconociendo que era Nuestra Señora que Se aproximaba, lo comunicó a Francisco, quien pensó inmediatamente en la pena que Jacinta sentiría si no estuviese presente. Lúcia pidió a Juan que fuese a llamarla, pero él no tenía muchas ganas. Ella prometió darle su mayor riqueza: dos monedas (dos *vinéns*). El primo aceptó el trato y allá fue corriendo cuanto podía para llamar a Jacinta. Cuando llegó a la casa, dijo a su madre que Lúcia había pedido que Jacinta fuese deprisa.

Y la madre, pensando que era para tener otra compañera más con que jugar, preguntó para qué la quería allí. Juan resistió contestar, para no decir nada, pues Lúcia le había pedido que guardara el secreto. La madre amenazó con que, si no le decía la razón, no dejaría ir a la pequeña. Y entonces él confesó: — *Es que Lúcia dice que Nuestra Señora se va a aparecer, porque ha visto las señales en el Cielo* ⁸².

Al oír esto, la madre consintió, pero ordenó que buscase a Jacinta en casa de la madrina y volviese pasando primero por casa. Cuando Juan transmitió el recado a su hermana, ésta no oyó la orden de pasar primero por su casa y echó a correr, como si tuviera alas, en dirección a los *Valinhos*, seguida por Juan. Una vez hubo llegado, tras haberse hecho preceder por el relámpago habitual, la Señora apareció sobre una carrasca y comenzó el diálogo:

- *¿Qué es lo que quiere Vuesa merced de mí?*
- *Quiero que sigáis yendo a Cova de Iría el día 13, que continuéis rezando el rosario todos los días. El último mes haré el milagro para que todos crean.*

⁸² *Ibidem.*

— *¿Qué és lo que Vuesa merced quiere que se haga con el dinero que el pueblo deja en Cova de Iría?*

— *Que hagan dos andas: una, llévala tú con Jacinta y dos niñas más vestidas de blanco; la otra, que la lleve Francisco con tres niños más. El dinero de las andas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario y lo que sobre es ayuda para una capilla que he de mandar hacer.*

— *Quería pedirle la cura de algunos enfermos.*

— *Sí, a algunos los curaré durante el año.*

Y tomando un aspecto más triste:

— *Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno por no tener quién se sacrifique y pida por ellas.*

Y, como de costumbre, comenzó a elevarse en dirección hacia la salida del sol ⁸³.

Los pequeños cortaron las ramas de la encina donde Ella había posado los pies. Jacinta quería continuar allí hasta el final del día, pero Francisco pensó que, no teniendo permiso de su madre para eso, debía marchar aún a su pesar y, delicadamente, la fue acompañando a casa.

La pequeñita llevaba en su mano las ramas de la carrasca y, al pasar junto a la casa de la señora Maria Rosa, le gritó su desbordante alegría:

— *¡Oh tía, hemos visto a Nuestra Señora otra vez en los “Valinhos”!*

La tía, medio enojada, respondió:

— *Siempre estáis viendo a Nuestra Señora. No sois más que unos grandes mentirosos.*

Y la pequeña llena de entusiasmo dice: — Pero es que la hemos visto. Mira, tenía un pie aquí y otro aquí —, y le mostró las ramas que llevaba.

La tía quiso verlas y quedó sorprendida por el maravilloso perfume que las ramas desprendían. Y quedó sin saber qué decir ⁸⁴.

Ya desde el día 13, cuando en ausencia de los pastorcitos, las personas que estaban en Cova de Iría contaron que habían visto algunas señales de la presencia de Nuestra Señora, ella había quedado un poco menos escéptica. Y en alguna ocasión la señora Maria Rosa había dicho desahogándose: — *Si hubiese otras personas que también vieses algo, creería. Pero, ahora, hay tantos que dicen que ven, ¡que yo no acabo de creer!* ⁸⁵. Siempre parecía algo ¡demasiado grande para que sucediera en su familia!

Pero, ante esta otra noticia, la señora Maria Rosa concluyó:

— *Si esa Señora viene ahora a aparecerse aquí, en los “Valinhos”, pues está bien, porque esa gente quizás venga entonces por aquí y dejan de ir a Cova de Iría. Aquí, en los “Valinhos”, no causarán tanto perjuicio, porque no es tierra que se cultive* ⁸⁶.

Pero cuando oyó decir que la Señora había mandado a los pastorcitos que continuaran yendo a Cova de Iría, dijo: — *¡Válgame Dios, estamos en las mismas! ¡Ni los republicanos fueron capaces de acabar con esto!* ⁸⁷.

Esa tarde las ramas desaparecieron y nadie supo más qué fue de ellas. Poco antes de la beatificación de los pastorcitos, el Reverendo padre LUIS KONDOR entregó a la Hermana Lúcia algunos esquejes como reliquias de los videntes y explicó de donde provenía una pequeña partícula de la encina que era parte de las reliquias: *el día 19 de agosto de 1917, el señor Marto*

⁸³ MHL I: 4ª M cap.2 n.6, p.178.

⁸⁴ Cf. F. LEITE, *Jacinta*, Braga 1951.

⁸⁵ MHL I: 2ª M cap.2 n.12, p.93.

⁸⁶ MHL II: 6ª M n.43, p.143.

⁸⁷ *Ibidem*.

escondió debajo del colchón el ramo que Jacinta se había llevado y lo conservó siempre consigo, hasta que lo entregó al Vice-Postulador de la Causa de los Pastorcitos, y de ahí provenían esas reliquias. Al conocer esto, la Hermana Lúcia frunciendo mucho el ceño dijo martilleando las palabras: — *Pues ¡muy capaz de eso era el tío Marto!*

13. LA MADRE DE LA PASTORCITA LUCHA CON LAS DUDAS

Lúcia nos cuenta un episodio acaecido en estos días, de un visitante en una conversación con la madre, con una sencillez encantadora:

— *Entre otras personas apareció, allá en nuestra casa, un hombre muy bajo, venido de Casais, preguntando qué había sucedido durante los días en que el Administrador había tenido presos a los pastorcitos, o qué era lo que de ellos quería, o si nos había maltratado, etcétera.*

Mi madre respondió: — Ellos dicen que no los han maltratado. Lo que yo esperaba era que les hubieran obligado a confesar que mintieron y, así, desengañar a toda esta gente y acabar con todo esto. Pero ¡que va! ¡Estamos siempre en las mismas!

El hombrecillo respondió: — Pero ¡vaya por dónde, mi señora Maria Rosa!, ¿cómo va usted a querer que los republicanos obligaran a los pastorcitos a confesar diciendo que han mentado, si ellos también ni se confiesan? Ellos nada quieren ni con los Padres, ni con los frailes ni con las monjas —a éstos ya los han echado a todos fuera de Portugal—, cierran iglesias, no dejan tocar las campanas ni hacer procesiones, roban todo lo que es de la Iglesia. Mire, en nuestra iglesica, que tenía un pequeño olivar que le daba el aceite para la lámpara del Santísimo Sacramento, ya lo robaron todo. ¡Dicen que es de ellos, y ya desde ahora! Ahora somos nosotros los que tenemos que dar el aceite para alumbrar al Santísimo! Pero esto no es aún lo peor: lo peor es que se enzarzan en guerras, se llevan a ellas a nuestros hijos, que van allí a morir bajo las balas o frente a los cañones. ¡Quién sabe, señora Maria Rosa, si será Nuestra Señora quien ahora viene aquí para salvarnos!

*Mi madre respondió: — ¿Nuestra Señora? ¡Quién nos diera a nosotros que fuese Nuestra Señora! Pero ¡qué va! Yo aquí, en mi casa, nunca más he tenido paz ni sosiego, con tanta gente viniendo a llamar a la puerta que ni me dejan hacer nada. ¡Y el tiempo me hace tanta falta!. Y además ¿con la pequeña? Ellos la quieren ver, y ella anda lejos con las ovejas, ¡y yo no tengo quién mandar a llamarla y que quede allí guardando las ovejas en vez de ella! Me encuentro muy apurada, ¡sin saber qué vueltas dará la vida! ¡Que Dios me asista!*⁸⁸

Cuando alguien le preguntó si no se había afligido al saber que su hija estaba presa, la señora Maria Rosa respondió con su característica sinceridad: — *No, yo no me afligí. Pensé: Si es verdad que ellos han visto a Nuestra Señora, Ella los guardará. Pero, si mienten, está bien que los obliguen a decir que han mentado. A ellos, tres niños tan pequeños, no les pueden hacer gran daño. Y como los republicanos no quieren nada con Dios, ni con Santa María, quizás ellos consigan obligarlos a decir que mintieron y así acabar con esto de una vez para siempre. ¡Ay, ojalá Dios lo permita!*⁸⁹

14. NUEVOS SACRIFICIOS

En la aparición de agosto, la Señora les hizo una petición, como una dolorosa confidencia que dejó a los pastorcitos impactados en su interior. Y, si ya hacían muchos sacrificios, desde

⁸⁸ MHL II: 6ª M n.43, p.143-144.

⁸⁹ MHL II: 6ª M n.43, p.143.

entonces se intensificó más esa sed de salvar a los pecadores. Cada uno compartía con los otros los descubrimientos que hacía para multiplicar los sacrificios y todos asumían ávidamente esa nueva oportunidad.

Lúcia, al escribir las *Memorias*, se esconde muy hábilmente detrás de los primos, poniéndolos a ellos casi siempre como los mentores de la idea, pero muchas veces sería ella la que proponía un nuevo sacrificio. Así, por ejemplo, a ella fue a quien se le ocurrió atar a la cintura la cuerda que dividieron en tres pedazos. Dejémosla narrar:

— *Pasados algunos días, íbamos con nuestras ovejitas por un camino, en el que encontré un trozo de cuerda de un carro. La cogí y jugando la até a uno de mis brazos. Al atardecer, al notar que la cuerda me lastimaba, dije entonces a mis primos: — Mirad: esto hace doler. Podíamos atarla a la cintura y ofrecer a Dios este sacrificio* ⁹⁰.

Aceptada la idea, los tres se ocuparon de encontrar la manera de dividirla y lo hicieron golpeando con el canto de una piedra sobre otra. Hicieron tres trozos, en los cuales formaron algunos nudos para aumentar el sacrificio y cada uno se la puso en la cintura bien apretada. No se la quitaron nunca, hasta que en la aparición del 13 de septiembre, la Señora les recomendó maternalmente que no durmieran con ella. Siempre conseguían utilizarla sin que nadie se enterase.

Más tarde la Hermana Lúcia confesó sentirse muy apenada por haber quemado las cuerdas que los primos le entregaron: Francisco poco antes de morir y Jacinta antes de ir al hospital. Las guardó hasta el momento de su salida definitiva de Fátima, cuando fue al Asilo de Vilar. Conservó siempre la suya y continuó usándola mientras pudo, pero después ya lo hacía sólo con el permiso del confesor o del director espiritual. Es una reliquia preciosa.

Tras su muerte fue encontrada junto con otros instrumentos de penitencia por ella usados. Es una cuerda de sisal, de las usadas para atar los animales, mide un metro y 16 centímetros con un centímetro de grosor y tiene cinco nudos. Para evitar que se deshilachase, la Hermana Lúcia le dio algunas puntadas en sus extremos. Actualmente esta cuerda se encuentra a exposición del público, entre otros objetos de su uso, en la sala del museo situado al lado del Carmelo de Coimbra: *Memorial de la Hermana Lúcia*.

Hay un detalle interesante a destacar: desde que comenzaron las apariciones de Nuestra Señora, la vida de Lúcia cambió mucho. Tanto en la familia, como en los encuentros que tenía con las personas de su tierra o de fuera, ella era la principal responsabilizada de las supuestas mentiras en que los tres incurrieron y, como ella tenía confidencias con sus primos, parecía que el demonio se había metido en su casa, pues *desde que había visto estas cosas, no había habido ya más alegría ni bienestar en nuestra casa* ⁹¹. Y para ella especialmente el sufrimiento fue muy fuerte. *Tenía que comer el pan de las lágrimas y beber un copioso llanto* ⁹².

Pero hay que anotar que no se extinguió su natural inclinación de la infancia a jugar. Aunque se recordaran unos a otros la necesidad de renunciar a los alegres e inocentes juegos de la vida pastoril, no dejaron de tener ganas de hacerlos. Y así, el descubrimiento del sacrificio de la cuerda, se convirtió en un juego. Su corazón continuaba en la infancia, libre, y por eso brotaba de ella una alegría espontánea, porque estaba en paz. Pero había una constante en la vida de los tres, que eran un solo corazón y una sola alma: habían visto y comprendido la tristeza de Dios y de Nuestra Señora por el pecado del mundo y entonces todo les parecía poco para consolar a Dios y a su Madre y para ayudar a convertir a los pecadores, para librarlos de los horrores del infierno que la Señora les había mostrado. Olvidados de sí, sólo pensaban en sus amores. Empezaron a dar su

⁹⁰ MHL I: 2ª M cap.2 n.12, p.92.

⁹¹ MHL I: 2ª M cap.2 n.6, p.85.

⁹² SI 79.

comida a las ovejas y después a los pobrecitos que encontraban en el camino, y pasaron muchos días sin beber, bajo el agobiante calor de la sierra.

Siendo una niña y no sabiendo nada del mundo, pues era tan limitado su horizonte, desde su posición Lúcia llevó, atravesado en el corazón, un gran amor maternal por la paz en el mundo, que la acompañó toda la vida y siempre creciendo. Y ella sabía, desde que la Señora les mostró el infierno y les reveló el Secreto, que el pecado es la causa de todos los males del mundo y del sufrimiento del Santo Padre. Razón de la fidelidad de su larga vida, razón que la hizo cargar con su pesada Cruz sin nunca desanimarse, fue siempre este amor maternal por la salvación de la Humanidad. Y, muy al final ya de su vida terrena, cuando tenía conocimiento de nuevos focos de guerra, suspiraba:

— *¡Los hombres no saben vivir en paz!*

Ante cada nueva presencia de la cruz, repetía con todo el corazón:

— *¡Oh Jesús, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!*⁹³.

¡La tristeza de Dios! En el corazón de los pastorcitos se grabó dolorosamente la tristeza que habían visto y habían sentido en Dios. Dios está triste no por Sí, sino por la Humanidad, pues “*Dios es Alegría infinita*”, hermosa definición usada por la joven carmelita Santa Teresa de Jesús de los Andes⁹⁴. Dios está triste, como una madre a la que nada falta para ser feliz, pero ve a un hijo correr serio riesgo de perderse por los malos caminos y éste no quiere oír sus amorosos consejos. La madre queda triste por el hijo y el único consuelo que alguien le puede dar es ayudar al hijo a volver a su regazo. ¡Dios es así!, pero ¡infinitamente más! Los pastorcitos comprendieron tan profundamente la razón de esta tristeza que nada se les hacía imposible para que pudieran alegrar a Dios, ayudando a los hermanos descarriados a volver al Corazón del Padre. Ellos fueron Reparación amorosa al Corazón de Dios, viviendo con intensidad la afirmación de San Pablo: *Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia*⁹⁵.

15. APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA EL 13 DE SEPTIEMBRE

Cerca del mediodía, los pastorcitos salieron de sus casas en dirección a Cova de Iría, con gran dificultad por la enorme afluencia de gente que se agolpaba por todas partes queriendo cada uno verlos de cerca, tocar y hablar con los pequeños videntes. Lúcia cuenta que era un poco como lo que pasaba con Jesús en sus caminatas por Galilea y Judea. Algunos señores nos ayudaron a pasar, abriendo camino. Cuenta Lúcia:

— *Llegamos, por fin, a Cova de Iría, junto a la carrasca, y comenzamos a rezar el rosario con el pueblo. Poco después, vimos el reflejo de la luz y, a continuación, a Nuestra Señora sobre la encina*

— *Continuad rezando el rosario, para conseguir el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen, San José con el Niño Jesús para bendecir al Mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda; llevadla sólo durante el día.*

⁹³ Cf. MHL I: 4ª M cap.2 n.5, p.176.

⁹⁴ SANTA TERESA DE JESÚS DE LOS ANDES: 1900 -1920.

NOTA DEL TRADUCTOR : Es la primera chilena declarada santa. Monja carmelita, beatificada por Juan Pablo II el 3 de abril de 1987 y canonizada el 21 de marzo de 1993. Sus restos se veneran hoy en el Santuario de Auco-Rinconada de Los Andes (Chile).

⁹⁵ Col 1,24.

— *Me han pedido que Le pida muchas cosas: la curación de algunos enfermos, de un sordomudo.*

— *Sí, a algunos los curaré, a otros no. En octubre haré el milagro para que todos crean.*

Y, comenzando a elevarse, desapareció como de costumbre ⁹⁶.

La ternura de Madre: la Señora se ocupó del descanso de los niños, que aún no tenían a nadie que los orientase sobre las penitencias a hacer. Y les da una información que es un bálsamo en medio de todo el sufrimiento que los visita: *Dios está contento con vuestros sacrificios* ⁹⁷. Pero Dios no los iba a dejar más tiempo sin alguien que los ayudase a hacer Su voluntad en el atardecer de la vida, sin alguien que los guiase por el camino cierto. Pues, normalmente, Él quiere que pasemos por las mediaciones humanas, para que bajo la luz de la obediencia caminemos con seguridad según Su voluntad.

Fue el 13 de septiembre cuando apareció por primera vez en Fátima el Canónigo Dr. Manuel Nunes Formigão. Estuvo presente en el momento de la aparición, pero nada vió de especial, a no ser una ligera disminución de la luz solar, que poco o nada podría significar. Ese día no habló con los videntes ni con nadie de allí. Sólo el día 27 volvió a Aljustrel y procedió a los primeros interrogatorios. Lúcia respiró un poco de aire fresco con la visita de este santo sacerdote que la interrogó, y a los primos, con mucha seriedad y les dio consejos muy prácticos para la vida:

Me interrogó seria y minuciosamente. Me agradó mucho su persona, porque me habló mucho de la práctica de la virtud, enseñándome algunos modos de vivirla. Me mostró una estampa de Santa Inés. Me contó su martirio y me animó a imitarla.

Su Reverencia continuó yendo allí todos los meses para hacerme su interrogatorio, al final del cual siempre me daba un buen consejo, que me hacía algún bien espiritual. Y un día me dijo: — “Niña, tienes obligación de amar mucho a Nuestro Señor, por tantas gracias y beneficios que te está concediendo”. Esta frase se grabó tan profundamente en mi alma que, desde entonces, adquirí el hábito de decir continuamente a Nuestro Señor:

— *¡Dios mío, yo Os amo, en agradecimiento por las gracias que me has concedido!* ⁹⁸.

Enseguida compartí con los primos esta jaculatoria, que entonces pasé a recitar con mucha frecuencia. Lo que pertenece a uno es de todos: es el ardor de los primeros cristianos, que todo lo tenían en común, bienes materiales y espirituales. Y cada uno quiere que los otros caminen al mismo paso.

En casa de Lúcia, la tormenta se recrudeció después del 13 de septiembre. Esperando que en esta ocasión hubiera señales más evidentes, la madre, que había quedado un poco convencida en el mes de agosto, al ver que no pasaba nada, volvió a desanimarse y el sufrimiento tomó nuevas proporciones. Aparte la duda que la corroía de si su Lúcia se había vuelto una mentirosa, aumentaba la irremediable pérdida de los productos de la tierra ocupada por las multitudes, el constante acoso de las personas en su casa para ver y hablar con la pequeña, derivándose de ahí una mayor incomunicación familiar.

Era duro para la madre y para la hija. Ésta sufría en silencio su cruz personal y la que veía que su idolatrada madre cargaba con tanto dolor, sin que ella pudiera aliviarla. En medio de toda esta densa noche, Lúcia levantaba los ojos al cielo y confiaba en el Señor, de donde sabía que *le viene el auxilio* ⁹⁹, e iba repitiendo en su corazón desgarrado: *¡Oh Jesús, es por Vuestro amor, por*

⁹⁶ MHL I: 4ª M cap.2 n.7, pp.179-180.

⁹⁷ *Ibidem*.

⁹⁸ MHL I: 2ª M cap.2 n.10, pp.90-91.

⁹⁹ SI 120.

la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!¹⁰⁰. ¡Cómo creció por dentro esta niña de apenas 10 años!

16. APARICIÓN DEL 13 DE OCTUBRE Y EL MILAGRO DEL SOL

Se aproximaba el día 13 de octubre, día de la última aparición y del cumplimiento de la promesa del milagro. La prensa difundió la noticia, sin la intención de atraer gente al lugar, pero de hecho eso ayudó a llevar allí gentes de muchos más lugares del país, en una época en que las comunicaciones eran muy lentas. Así los periódicos, que llegaban más lejos, fueron el medio del que el Cielo se valió para reunir un mayor número de personas. Allí acudieron los simplemente curiosos, los creyentes y quienes no creían. Se extendió el rumor de que las autoridades pondrían una bomba en el lugar de las apariciones y los matarían a todos. Esto no hizo desistir a nadie de estar allí, y mucho menos a los tres videntes, a quienes nada les importaba morir ese día. Los padres de Lúcia, al oír ese comentario, quisieron acompañarla por primera vez:

Recuerdo aquel día 13 de octubre, en el que ella (la madre) dijo con mi padre:

— *Si nuestra hija va a morir allí, nosotros allí queremos morir con ella*¹⁰¹.

Bajo un cielo cerrado y una lluvia persistente, desde la víspera, los caminos de Fátima eran un río caudaloso de gente que desembocaba en Cova de Iría que, como regazo maternal, a todos acogía. Empapados hasta los huesos, pero sin pensar en los problemas de salud que esto podría causar, cada uno sólo quería estar más cerca de la pequeña encina, lo que cada vez comenzó a ser más difícil de conseguir. Cada vez que el “mar” de gente iba ampliando sus márgenes más lejos, todos los rostros se volvían más hacia ese punto bajo y todos los ojos procuraban escrutar el cielo para conseguir ver algo de lo invisible.

Aún muy temprano, Lúcia salió de casa *bajo una lluvia torrencial y un viento muy fuerte, afrontando el peligro*¹⁰². Iba de la mano de los padres, y fue el padre quien la llevó hasta el pie de la encina. Había muchas amenazas a los videntes: ¡si nada aconteciese! ... Los padres estaban aterrados pues, si no sucedía el milagro, estaban perdidos ante tanta gente que se sentiría engañada. Alguien enfadado con la lluvia y el frío cortante, zarandeo a Lúcia llamándola mentirosa y le preguntó por qué andaba engañando a toda esa gente. Ella le dijo con toda verdad y oportunidad, pero con mucha calma, que ella no había llamado a nadie y que estaba en lo que era suyo. Ellos eran los que habían invadido tierras ajenas.

Veamos el relato de Lúcia en que nos describe la última aparición:

— *Llegados a Cova de Iría, junto a la carrasca, llevada por un movimiento interior, pedí a la gente que cerrase los paraguas para que rezásemos el rosario. Poco después, vimos el reflejo de la luz y, en seguida, a Nuestra Señora sobre la carrasca.*

— *¿Qué es lo que Vuesa merced quiere de mí?*

— *Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honor, que soy la Señora del Rosario, que continúen siempre rezando el rosario todos los días. La guerra va a acabar, y los soldados volverán en breve a sus casas.*

— *Yo tenía muchas cosas que pedirle: si curaba a algunos enfermos y si convertía a unos pecadores.*

— *A unos, sí; a otros, no. Es preciso que se enmienden, que pidan perdón de sus pecados.*

¹⁰⁰ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, p.176.

¹⁰¹ MHL II, 6ª M n.76, p.186.

¹⁰² *Ibidem*.

Y tomando un aspecto más triste:

— No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que está ya muy ofendido.

Y abriendo las manos, las hizo reflejar en el sol. Y, mientras se elevaba, continuaba el reflejo de Su propia luz proyectándose en el sol.

Éste es el motivo por el cual exclamé que mirasen al sol. Mi finalidad no era dirigir hacia él la atención del pueblo, pues ni siquiera me daba cuenta de su presencia. Lo hice solo llevada por un movimiento interior que me impulsó a ello.

17. EL MILAGRO PROMETIDO

*Desaparecida Nuestra Señora, en la inmensa distancia del firmamento, al lado del sol vimos a San José con el Niño y a Nuestra Señora vestida de blanco, con un manto azul. San José con el Niño parecían bendecir al Mundo con unos gestos en forma de cruz que hacían con la mano. Poco después, desvanecida esta aparición, vimos a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, que me daba la idea de que era Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir al Mundo, de la misma forma que San José. Se desvaneció esta aparición y me pareció ver aún a Nuestra Señora en forma semejante a Nuestra Señora del Carmen*¹⁰³.

Mientras los niños contemplaban estas últimas visiones, sucedió el milagro del sol, la señal prometida para confirmar la veracidad de las apariciones. Los Pastorcitos no vieron el prodigio del sol, para ellos no era necesario el milagro prometido, pero sí para aquella multitud, a fin de que todos creyeran.

De repente, cesó la lluvia, las nubes se abrieron como una cortina que se descorre y dejaron pasar los rayos del sol que secó todo el lodo de las ropas de aquella multitud encharcada. Esto bastaría ya para mostrar una presencia muy próxima de la Santísima Virgen, pero el milagro iba a ser mayor e inexplicable. Por tres veces el sol giró sobre sí mismo lanzando sus rayos con tonos de color amarillo, azul, verde, rojo, habiéndose observado este prodigio desde muy lejos. Las personas cambiaban a los colores del sol. En un determinado momento, toda la multitud aterrada comenzó a gritar y muchos confesaban en voz alta sus pecados, haciendo actos de fe y pidiendo perdón. Parecía que el sol se desprendía del firmamento y venía en dirección a la tierra, a quemar a todo el pueblo.

Terminado este prodigio, toda aquella gente querían ver y hablar con los niños. Lúcia decía que no sabe cómo pasó el resto de la tarde. Llovían preguntas y peticiones de todos los lados y cada uno de los pastorcitos era llevado por la multitud como si las olas del mar los arrastrasen sin poderse defender. Lúcia fue llevada en brazos por el Dr. Carlos Mendes, quien por ser alto consiguió protegerla durante algún tiempo, manteniéndola por encima de los apretujones. Pero con los encontronazos, y no pudiendo ver el camino que pisaba, en un determinado momento cayó de cierta altura, dejando a la pastorcita flotando en las olas de la multitud.

Lúcia fue respondiendo a las innumerables preguntas hasta que llegó a casa ya de noche, exhausta. Incluso en casa, todavía tuvo que responder a quienes la esperaban, entre los cuales estaba el Dr. Formigão, que hizo su interrogatorio. Al ver el estado de fatiga de la niña, advirtió a la madre que tuviera cuidado de ella y la protegiera, porque peligraba su salud. La señora Maria Rosa oyó el consejo y después estalló:

— Esto es un verdadero embrollo. Todos quieren que se rechace a los otros, pero que a ellos ¡se les diga que sí! Y ¿qué voy a hacer? ¿Cómo voy a conseguir que esa gente que viene aquí se resignen a irse sin haber podido ver ni hablar con la pequeña? ¡Se meten aquí en casa y no

¹⁰³ MHL I: 4ª M cap.2 n.8, pp.180-181.

salen de aquí sin haberla visto! Eso es fácil de decir, pero conseguirlo ¡es muy difícil! ¡Que Dios me ayude, pues no sé qué vueltas dará la vida! ¹⁰⁴

Lúcia, que nada había comido desde la mañana, agotada por el hambre, la fatiga, y bajo el peso de las emociones interiores que llevaba en el corazón, se dejó caer al suelo y sin ceremonias se quedó dormida. Fue un modo de que por fin salieran de la casa cuantos persistían esperando a poder interrogarla. Podrían ir ya a descansar, después de tomar una ligera cena, pues ya no estaban con ánimo de cocinar nada.

Al día siguiente, apenas había amanecido, cuando la señora Maria Rosa abrió la puerta de la casa se quedó sin respiración al ver que ya había gente esperando. Los que habían venido de lejos, no querían regresar a sus hogares sin lograr hablar con los pequeños videntes. Allí se habían quedado, de cualquier modo, esperando su turno. Era una fila interminable en las dos casas. Esto recuerda lo que el Evangelio narra sobre Jesús: *Ni tiempo tenía para comer* ¹⁰⁵. Y eran unos niños.

Lúcia explica algunas contradicciones encontradas en los interrogatorios posteriores a esta última aparición por la repetición de las preguntas y por la fatiga a que estaban sometidos los tres pastorcitos. Era tanta la gente acosándolos y haciendo preguntas que ellos terminaron por decir que sí a todo para verse libres. ¡Fue muy duro! Fue una gran cruz, sobre todo para Lúcia, considerada la principal, la responsable del trío, y al ser ella sola quien hablaba con Nuestra Señora. Pero ¡fue un gran cruz para su madre!

Ésta pensaba y esperaba que, pasado octubre, acabase la fila de gente y de nuevo pudiesen vivir su vida de familia en paz y volver a cultivar en Cova de Iría y ahí pastar el rebaño. Había sido un año sin unos ingresos que bien falta les hacía, pero de nuevo volverían a la normalidad. Así habían hablado entre ellos el señor António dos Santos y su esposa. Pero no. Nuestra Señora había tomado posesión de aquella tierra para siempre. Cova de Iría pertenecía ya al pueblo de Dios. Era un nuevo rebaño el que ahí comenzaba a llegar en busca de alimento y la *Pastora Blanca de los nuevos tiempos* ¹⁰⁶ pasaba a estar ahí, siempre solícita de sus necesidades.

El milagro había sucedido. Quién lo vió con recta intención creyó, pero siempre hay quien ya de antemano no quiere creer y, entonces, aunque el mundo caiga a sus pies, aunque en su interior se rinda a la evidencia, nunca da el brazo a torcer. Como la Hermana Lúcia decía: “*no se hace caso*”. Pero la Señora de la encina había prometido decir Quién era y qué quería. Dijo que era la Señora del Rosario, nombre ya familiar para toda la gente de Fátima, pues era una invocación conocida. Y pidió que se hiciera una capilla en aquél lugar, que se rezase el rosario, una petición hecha todos los meses, y, con mucha tristeza en el rostro, pidió: *No ofendan más a Dios, Nuestro Señor, que ya está muy ofendido* ¹⁰⁷. Ésta es la razón de la visita de la Madre y de todas Sus peticiones. La Madre solícita del bien de todos vino a alertar del peligro que corre quien se deja arrastrar por el pecado y a señalar el remedio para ese mal supremo, pues *¿qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si al final pierde su alma?* ¹⁰⁸

18. UN ESCRÚPULO

Cada vez aparecían más sacerdotes con el deseo de interrogar a los pastorcitos y algunos incluso cumpliendo órdenes superiores. Era un deber de la Iglesia ocuparse del caso con toda seriedad, pero para los niños fue muy mortificante. En sus *Memorias*, la Hermana Lúcia confiesa

¹⁰⁴ MHL II: 6ª M n.51, pp.153-154.

¹⁰⁵ Mc 3,20.

¹⁰⁶ Himno del Cinquentenario de las Apariciones.

¹⁰⁷ MHL I: 2ª M cap.2 n.16, p.97.

¹⁰⁸ Mc 8,36.

que algunos lo hacían usando maneras poco persuasivas para la confianza y los llevaban a sufrir, pues con tantos enredos llegaron a clavar en su espíritu la aguda y dolorosa espina del escrúpulo, a partir de la duda de si mentía cuando no revelaba otros detalles que deseaba guardar en silencio. Se refugiaba en una oración fervorosa pidiendo ayuda al Cielo, después de haber pedido consejo a los primos, que no sabían ayudarla a discernir:

— *¡Oh, Dios mío y Madrecita mía del Cielo! Vos sabéis que yo no Os quiero ofender con mentiras, pero bien véis que no es bueno decir todo lo que Vos me habéis dicho!* ¹⁰⁹.

Y el Cielo respondió. Vino también a interrogarla el Señor Vicario de Olival, el padre Faustino José Jacinto Ferreira. Ante él, la pequeña Lúcia, con sólo 11 años, se sintió a gusto y con confianza. Era el enviado por Dios para darle la paz. Después de responder a sus preguntas, Lúcia pidió consejo sobre su duda y fue ayudada. Démosle la palabra:

— *Entretanto, consulté un día a un santo sacerdote sobre esta reserva, porque no sabía qué responder cuando me preguntaban si la Santísima Virgen me había dicho alguna cosa más. Este señor, que entonces era Vicario de Olival (el padre Faustino José Jacinto Ferreira), nos dijo: — “Hacéis bien, hijos míos, en guardar para Dios y para vosotros el secreto de vuestras almas. Cuando os hagan esas preguntas decid: Sí, dijo; pero es secreto. Si os hiciesen más preguntas sobre eso, pensad en el secreto que os comunicó esa Señora y decid: Nuestra Señora nos dijo que no lo dijéramos a nadie, por eso no lo decimos. Así guardaréis vuestro secreto al abrigo que os da la Santísima Virgen”* ¹¹⁰.

Comprendí verdaderamente el lenguaje del venerable sacerdote y ¡qué a gusto quedé de él! Su Reverencia jamás perdió de vista mi alma y, de vez en cuando, se dignaba o pasar por allí o bien se valía de una piadosa viuda que vivía en un pueblecito cerca de Olival. Esta señora se llamaba Emilia. Esta piadosa mujer iba a Cova de Iría varias veces, a rezar. Después pasaba por mi casa, pedía que me dejasen pasar unos días con ella y después me llevaba a casa del Señor Vicario. Su Reverencia tenía la bondad de mandarme quedar dos o tres días en su casa, diciendo que era para hacer compañía a su hermana. Y, entonces, tenía la paciencia de pasar conmigo largas horas a solas, enseñándome a practicar la virtud y guiándome con sus sabios consejos. Sin que yo, por entonces, comprendiese nada de la dirección espiritual, puedo decir que fue mi primer director. Conservo, pues, de este venerable sacerdote gratos y santos recuerdos ¹¹¹.

¹⁰⁹ MHL I: 2ª M cap.2 n.17, p.100.

¹¹⁰ MHL I: 1ª M Prólogo n.2, p.35.

¹¹¹ MHL I: 2ª M cap.2 n.17, p.100.

CAPÍTULO IV

DESPUÉS DE LAS APARICIONES

1. AFLUENCIA CADA VEZ DE MÁS PERSONAS

Con el pasar del tiempo, cada vez aumentaba más la afluencia de personas que querían hablar con los pastorcitos, lo que para ellos era ciertamente la mayor penitencia. Para no tener que andar siempre llamándolos y por eso perdiendo tiempo en los caminos, los padres de Francisco y Jacinta decidieron que Juan pasase a pastorear el rebaño y los dos videntes quedarían en casa. Decisión dura para el trío, porque ya no tendrían este tiempo a solas para ayudarse mutuamente en la búsqueda de la fiel correspondencia a las peticiones del Cielo, ni podrían desahogar todo lo que les embargase el alma sin peligro de ser oídos, protegidos como solían estar en la soledad de los descampados.

Lúcia pasó a ir sola con sus ovejas y sólo se veían a la noche, a no ser que su pastoreo fuese cerca de la casa; entonces los dos primos iban a estar con ella. Fue un sacrificio más que los tres ofrecían por la conversión de los pecadores, pues con ninguna otra persona ellos se abrían. Como decía la madre de Lúcia: — *Cuando los tres están solos, hablan por los codos, sin que nadie sea capaz de entenderles una palabra, por más que oigan. Y después, cuando llega alguien, bajan la cabeza y no dicen ni palabra! ¡No puedo entender este misterio!*¹¹².

Con esta nueva situación, todos sufrían, y Lúcia quedaba más aislada. Sufría la ausencia de los dos confidentes. Ahora su corazón sólo se desahogaba en el Corazón de la Madre del Cielo, que prometió nunca abandonarla, y ella se abandonaba a ese amor en el que confiaba.

Continuó por algún tiempo con el rebaño, pero era buscada constantemente. Tuvo que ser sustituida por una de las hermanas, que hacía falta en otros trabajos. Al final, “aquello” no terminó ¡al acabar las apariciones! Por el contrario, cada vez la afluencia de gente era mayor. Después de considerar cómo iban a organizar el gobierno de la casa sin la producción de las ovejas, los padres de Lúcia decidieron vender el rebaño y, a ella, enviarla a la escuela. Así, quien apareciese tendría que ir a buscarla allí y ellos quedaban un poco aliviados del problema. ¡Allá la profesora, que resolviese! Era también la correspondencia a la petición de Nuestra Señora de que aprendiese a leer. Fue en 1918 cuando los pastorcitos comenzaron a ir a la escuela.

Los dos primos acompañaron a Lúcia poco tiempo, pues cayeron enfermos hacia finales del mes de octubre. Alguna vez Lúcia había reparado en que Francisco caminaba muy lento y le preguntó la razón: respondió que le dolía mucho la cabeza y, al andar, aún más. Entonces la prima le aconsejó que no fuese a clase. Pero él dijo que quería ir, no por la escuela, sino para poder estar con Jesús Escondido durante el tiempo de las clases, de las que ya no sacaba provecho ninguno por su estado de salud. Jacinta también la frecuentó poco tiempo.

Mientras estuvo en casa de sus padres, Lúcia iba a la escuela y, al regresar, comenzó a aprender costura y el uso del telar. No conseguía hacer mucho trabajo, pues debía atender a quien

¹¹² MHL I: 1ª M cap.3 n.4, p.61.

la solicitara y muchas veces acompañaba a las personas que le pedían ir con ellas a rezar el rosario en Cova de Iría. En sus idas a la escuela, casi siempre visitaba a los primos enfermos, quienes le pedían que diese saludos a Jesús Escondido; a su regreso, pasaba de nuevo por casa de los primos, trayéndoles el perfume de esas visitas, que no siempre eran a solas con Dios. Jacinta, cuando todavía iba a la escuela, solía lamentarse de eso, diciendo, admirada, que no comprendía cómo la gente, sabiendo que ellos iban a la Iglesia durante el recreo, enseguida se presentaban allí para hacerles preguntas y peticiones.

2. ENFERMEDAD DE LA MADRE

Cargada de preocupaciones y sufrimientos, la señora Maria Rosa, sin nunca ser capaz de admitir totalmente la verdad de las apariciones, enfermó con tal gravedad que toda la familia consideró que llegaba el momento de su partida de esta vida, pues el médico también dijo que ya nada podía hacer. En esta circunstancia recibió el sacramento de la Unción de los Enfermos y se despidió de la familia. Lúcia fue la última en recibir el abrazo de despedida y la bendición. Pero con ella la madre no conseguía terminar y decía: — *¡Mi pobre hija! ¿Qué será de ti, sin madre? Muero con el corazón traspasado por ti* ¹¹³. Como continuaba abrazada a ella y cada vez sollozaba más, la hija mayor intervino y arrancó a Lúcia de sus brazos, llevándola a la cocina, pero clavándole una espina en su corazón ya tan lleno de amargura. Lúcia describe así este momento:

— *Mi hermana Maria me arrancó de sus brazos a la fuerza, y me llevó a la cocina prohibiéndome volver a aparecer por la habitación de mi madre, diciendo: — La madre se muere amargada por tu causa con los disgustos que tu le has dado.*

Me arrodillé, inclinándome sobre un banco y con una amargura profunda, que aún no había sentido nunca en mi vida. Ofrecí a Dios mi sacrificio por la mejora de la salud de mi madre. Pocos instantes después, mis hermanas, Maria y Teresa, vinieron junto a mí diciendo: — Lúcia, si es cierto que tu viste a Nuestra Señora, ve ahora a Cova de Iría, y pídele que cure a nuestra madre. Prométele lo que quieras, que lo haremos. Y entonces creeremos ¹¹⁴.

Sin responder nada, Lúcia salió en dirección a Cova de Iría rezando el rosario y llorando amargamente. Era tan doloroso ver a su madre a punto de dejarla y, aún más, oyendo decir que ella era la culpable. Para no encontrarse con nadie, siguió por unos atajos que ella conocía y junto al lugar de las apariciones rezó de rodillas, lloró e imploró a Nuestra Señora la curación de su madre. E hizo una generosa promesa:

— *... venir aquí, durante nueve días seguidos, con mis hermanas, a rezar el Santo Rosario, yendo de rodillas desde lo alto del camino hasta junto el lugar donde había estado la carrasca donde Ella se había aparecido y, el último día, llevar a nueve niños pobres y a todos darles al final una comida* ¹¹⁵.

Después de rezar y desahogar su corazón en el Corazón de la Madre del Cielo, Lúcia se levantó y confiada volvió a casa. San Juan dice en su primera espístola que *cuando hacemos una petición creyendo que Dios nos la concede, ya tenemos la gracia concedida* ¹¹⁶. Así Lúcia creyó y fue escuchada, pues tuvo la alegría de encontrar mejor a la madre cuando llegó a casa. Fue su hermana Gloria quien le informó.

— *Mi padre, que estaba en la habitación acompañando a mi madre, así que me oyó hablar, se me acercó y me tomó de la mano, diciéndome:*

¹¹³ MHL II: 6ª M n.48, p.148.

¹¹⁴ MHL II: 6ª M n.48, pp.148-149.

¹¹⁵ MHL II: 6ª M n.48, p.149.

¹¹⁶ 1ª Jn 5,15.

— Ven a dar un abrazo a tu madre que ya está mejor.

Mi madre estaba sentada en la cama tomando una taza de caldo. Mi padre le cogió la taza para que mi madre me abrazara: — ¿Dónde fuiste, hija mía? ¿Fuiste a pedir a Nuestra Señora mi curación? —, preguntó mi madre.

— Sí, fui —, respondí.

— ¡Ya me siento mejor, gracias a Dios!¹¹⁷.

Entonces el padre preguntó qué promesa había hecho y Lúcia lo explicó. Después el padre asintió diciendo que tan pronto como la madre recuperara las fuerzas perdidas irían todos a cumplir la promesa que ella había hecho. Y todos comieron con ánimo, habiendo llegado también la madrina Teresa y su marido, que estaban preparados ya para apoyar a la familia en el luto inminente. Hicieron fiesta y rezaron en acción de gracias. Pasados algunos días cumplieron la promesa con la participación de todos. El camino que hicieron de rodillas, según la promesa de Lúcia, fue el primero de un gesto repetido después por miles de personas, pidiendo o agradeciendo el auxilio del Cielo en momentos de gran dolor y aflicción.

3. LA EPIDEMIA DE NEUMONÍA

1918. Surgió como un incendio incontrolable la epidemia de neumonía que diezmó a familias enteras. La guerra nunca viene sola: como damas de compañía trae siempre el hambre y la peste. Después de la muerte sembrada en los campos de batalla, la peste es el manto negro de la guerra extendido sobre la tierra y que silenciosamente se propaga alcanzando a pueblos enteros, sembrando la muerte en todos los hogares.

Una vez más se puso de relieve la caridad que llenaba el corazón de la señora Maria Rosa. Sin preocuparse del peligro de contagio, iba de casa en casa con su hija Gloria, cuidaba de los enfermos y llevaba a su casa a los niños cuyos padres padecían la enfermedad. No tardó mucho hasta que la voz de prudencia del tío Marto advirtiese al señor Antônio dos Santos sobre el peligro que ellas corrían. Y él volvió a casa con un sermoncillo ya preparado para prohibir a su esposa que continuara ayudando a las familias enfermas. La señora Maria Rosa oyó todo lo que el marido tenía que decir y a continuación respondió:

— Mira, tu tienes razón. Es como tu dices. Pero ¿cómo podemos dejar morir a esa gente, que no tienen quién les de un vaso de agua? Mejor será que vengas conmigo y veas cómo están esas personas. Después me dirás si podemos dejarlas abandonadas así¹¹⁸.

El señor Antônio la acompañó ayudando a llevar los caldos que ya habían hecho en su casa, para su distribución entre los enfermos. Poco tiempo después, vio traer a un bebé que entregó a las dos hijas, Gloria y Lúcia, que estaban en su casa y, poco después, él trajo dos niños más. El miedo al contagio, que le había transmitido el tío Marto, desapareció de prisa al ver las necesidades de aquellas familias. Y, desde ese día, pasó a ser él el primero en ir y mandar que fuesen a ayudar.

En este período, Lúcia era el ama de los niños, cuidándolos y jugando con ellos, haciéndoles más llevadera la ausencia de los padres. Pero, tal vez por tener más trabajo con esta ocupación, que ella hacía con cariño verdaderamente maternal, y por no disminuir la procesión de personas que acudían al lugar sagrado de las apariciones implorando de la Madre del Cielo la protección para sus familias en peligro, ahora bajo la violenta tempestad de la epidemia, el aspecto físico de la pequeña vidente comenzó a llamar la atención de algunos visitantes que temían por su salud. Uno de ellos, el doctor Carlos Mendes, de Torres Novas, pensó incluso en protegerla y pidió

¹¹⁷ MHL II: 6ª M n.49, p.149.

¹¹⁸ MHL II: 5ª M n.2, p.19.

a su padre que le permitiese llevarla a su casa, donde le daría una buena educación, pudiendo así estudiar. La señora Maria Rosa asumió bien el papel de abogado, pero no consiguió permiso sino para que la llevasen algunos días a descansar. Aunque le costase mucho la separación de su hija, pero a fin de ver si “aquello” acababa, la madre instaba a su marido a dejarla ir, porque eso era bueno. Pero él no cedió.

Lúcia fue entonces a pasar algún tiempo con esta familia, donde fue rodeada de cariño y pudo descansar sin el bullicio de los peregrinos. Amigos de la familia de acogida iban sabiendo quién era ella y también le pidieron que fuese a sus casas, pero todo aquello era mucho más llevadero que en Aljustrel.

Un día el doctor Carlos Mendes, con su esposa, la llevaron a dar un paseo por los alrededores de la ciudad y Lúcia vió por primera vez un tren. Quedó deslumbrada con aquellas personas todas a las ventanas para decir adiós y ¡la circulación del tren! Una novedad que, en cuanto llegó a su casa, se apresuró a contar a los niños reunidos a su alrededor, que la oían sin pestañear y con sus boquitas abiertas de admiración:

— *Vi muchas casas pequeñas, corriendo unas tras otras, sin caballos ni burros tirando de ellas, con mucha gente allí dentro y a las ventanas, con una gran chimenea delante, echando mucho humo y tocando, según parecía, muchas bocinas* ¹¹⁹.

Al escuchar la historia, la madre, quien tampoco había visto nunca un tren, se indignó y regañó a su hija con aspereza diciendo: — *¿Pero qué estás diciendo? ¡Sólo te falta inventar además esto! ¿Cómo pudiste tu ver casas andando? ¡Qué cosas se te ocurren! ¡No vuelvas a decir más estas cosas!* ¹²⁰. Lúcia obedeció y no siguió con la historia, con gran pena de sus oyentes, pues ella tenía un don especial para casi hacer ver todo lo que contaba. Pero, pasado un tiempo, cuando fue a Lisboa con su madre, tuvo ocasión de mostrarle la verdad. Ese día estaba ufana por mostrar las tales casas que corrían. Dejémosla contar:

Cuando estábamos en la estación esperando el tren, me puse delante, esperando, para ver cuándo aparecía. Y, en cuanto avisté la máquina, tiré a mi madre de un brazo, diciendo:

— *Ahora venga aquí a ver. Mire, ¿ve la chimenea pitando y echando tanto humo, las casas corriendo unas tras otras y tanta gente ahí dentro?*

Mi madre respondió:

— *Tienes razón, yo nunca lo había visto. Dijiste la verdad* ¹²¹.

4. HUÉRFANA DE PADRE

Entre tanto, se iba agravando el estado de salud de los dos pastorcitos más jóvenes, a quienes la Señora de Cova de Iría había prometido llevar al Cielo en breve. Era el 4 de abril de 1919, primer viernes de mes, cuando Nuestra Señora llevó a Francisco al Cielo, el Consolador de Jesús. Fue el primer luto que hirió el corazón de Lúcia, un lazo en la tierra que se deshacía, pero en breve otro lazo todavía más fuerte se iba a deshacer y éste sin previo aviso: su padre.

El 30 de julio de 1919 el señor António dos Santos se sintió mal. Llamaron al médico, que diagnosticó una neumonía doble y prescribió la medicación necesaria y disponible en aquella época. Bien porque la enfermedad estuviera ya muy avanzada, o bien porque la medicación no era la adecuada, el enfermo fue empeorando y a la mañana siguiente sintió que su partida de esta Vida era inminente. Pidió que llamasen al sacerdote para que le oyese en confesión y le administrara la

¹¹⁹ MHL II: 6ª M n.53, p.155.

¹²⁰ *Ibidem.*

¹²¹ *Ibidem.*

Unción de los Enfermos. Su esposa le dijo que posiblemente sólo se encontraría al párroco, con quien al moribundo no le agradaba confesar desde hacía algún tiempo. Pero él, vislumbrando ya la luz de la Eternidad, donde todas nuestras repugnancias humanas se superan, dijo:

— *¡No importa! ¡Cualquiera que sea!* ¹²²

La señora Maria Rosa mandó llamar al párroco, quien pensando que el caso no era aún tan urgente, se demoró un poco y no llegó a tiempo. El señor António dos Santos murió en los brazos de la esposa fiel y de su hermana Olimpia, repitiendo las jaculatorias que las dos rezaban, entrecortando las frases con apenados sollozos: — “*¡Jesús, María, José, salvad mi alma, que ella vuestra es!*”. “*¡Señor Jesús, tened piedad de mí, por los méritos de Vuestra Vida, Pasión y Muerte en la Cruz!*”. “*¡Padre, en Vuestras manos encomiendo mi espíritu!*” ¹²³.

En menos de veinticuatro horas de enfermedad, se despidió de su morada terrena. Gracias a Dios, estaba preparado, como el Señor Jesús nos aconseja en el Evangelio, porque *no sabemos ni el día ni la hora* ¹²⁴. Pocos días antes, había ido a la Señora de Ortiga, donde se había confesado y comulgó en la Misa del día, una fiesta que se celebra el domingo primero de julio y se prolonga por tres días. Con 12 años Lúcia acompañó a sus padres a esta fiesta y después fueron a comer a casa de Teresa, su hermana, que vivía cerca de allí. Más tarde, este recuerdo fue para Lúcia un alivio que la ayudó a encarar con mucha paz el hecho de que su padre no hubiera podido confesarse en la hora de su muerte: lo había hecho hacía unos pocos días, estaba preparado. Ella lo confiesa así en sus *Memorias*: — *Me siento enteramente tranquila por la salvación eterna de mi padre, segura de que el Señor acogió su alma de difunto en los brazos de Su infinita misericordia, y lo introdujo en la posesión plena del Ser inmenso de Dios, nuestro Padre* ¹²⁵.

Más tarde, ya en el Carmelo, al enterarse de la existencia de una película sobre Fátima, que presentaba a su padre como un alcohólico y adicto a vicios, la Hermana Lúcia se consideró en el deber de defender su memoria y al Obispo de Coimbra, don Ernesto Sena de Oliveira, hizo esta revelación:

Mi padre está en el Cielo por la misericordia de Dios y me duele que de esa manera se cuente lo que no es verdad, no sólo por mí, sino por mis hermanas sobre todo. Me parece hasta un deber de caridad y de justicia. Mi padre murió víctima de una doble neumonía, en el corto espacio de 24 horas. Su muerte me dejó una gran angustia por haber muerto sin confesar, aunque él hubiera pedido un confesor. Éste, no pensando que el caso fuese tan grave, se demoró en asistir, y así no llegó a tiempo. Gracias a la inmensa bondad de la querida Madre del Cielo, supe después que él se había salvado, por su deseo de confesarse y por el acto de contrición que mi madre le sugirió en cuanto advirtió que se moría. Pero su alma estaba en el purgatorio expiando su faltas. Procuraba por todos los medios liberarla. Y un día, en que tuve noticia de un folleto que me habían enviado, pedí a mi Superiora el favor de aplicar las Misas por su eterno descanso. Este permiso me fue denegado. Ofrecí entonces a Nuestro Señor mi voto de pobreza, que me despojaba de todo por Su amor, en vez de las Misas que deseaba ofrecer por su eterno descanso. Y, por la querida Madre del Cielo de nuevo, supe que Dios lo había aceptado y su alma estaba ya en Cielo. ¡Qué grande es la bondad de Dios! ¹²⁶

¹²² MHL II: 5ª M n.4, p.36.

¹²³ *Ibidem*.

¹²⁴ Cf. Mt 25,13.

¹²⁵ MHL II: 5ª M n.4, p.36.

¹²⁶ Carta de 1 de enero de 1952. Cf. MHL II: 5ª M *Apéndice*, pp.38-43.

NOTA DEL TRADUCTOR : En MHL II: 5ª M *Apéndice* se publica una carta fechada en Coimbra a 10 de diciembre de 1951, dirigida al Obispo de Coimbra, ahí identificado con don José Alves Correia da Silva, que en esas fechas era el Obispo de Leiría: entre 1920-1957, año de su muerte. Esta persona es distinta de don Ernesto Sena de Oliveira (1892-1972), conde de Arganil, que fue el 60º Obispo de Coimbra: entre 1948-1967.

Cada vez la soledad de Lúcia era mayor. La pérdida física del padre, con quien ella tenía tanta afinidad, le dejó el corazón herido y la nostalgia le iba socavando la salud. Siempre que podía, iba al cementerio a sentarse sobre la tumba de su padre y de Francisco, rezando, llorando y confiando el dolor de su corazón a aquellos cuyos restos mortales allí descansaban. O bien se refugiaba entonces en *Loca do Cabeço* rezando las oraciones enseñadas por el Ángel. Nadie sospechaba que estuviese allí y así no la buscaban. Tampoco tenía ya a su confidente, Jacinta, porque había marchado al hospital de Ourem. Antes de partir para el hospital, Lúcia le dijo:

— *A tí ya te queda poco para ir al Cielo, pero yo ...*

A lo que Jacinta respondió: — *¡Pobrecita! No llores. Allí he de pedir mucho, mucho, por ti. Y tu... es Nuestra Señora quien lo quiere así. Si me hubiera elegido a mí, estaría contenta, ¡para sufrir más por los pecadores!* ¹²⁷

En la despedida de su padre, Lúcia no tuvo el consuelo del abrazo de Jacinta, ni de sus palabras de aliento, por estar ya en el hospital de Lisboa. ¡Ellas que tan bien se comprendían! Eran dos niñas con una amistad tan sincera y tan profunda, como sería difícil encontrar a esa edad. El Señor pedía siempre más y ella, fielmente, iba repitiendo en su corazón desgarrado: *Es por Vuestro amor, Dios mío, en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre* ¹²⁸.

Era la más pequeña. Tenía 12 años y ya un enorme peso de responsabilidades sobre sus hombros. Quizás no se habían ocupado mucho de ella. Pero comenzaron a notar su color macilento y su rápido languidecer. Era preocupante. Hubo personas amigas que pidieron a su madre que fuese con ellas a pasar unos días de descanso en sus casas y la madre aceptó, ella que también se sentía deshecha por el sufrimiento de la familia y las continuas visitas. Éstas eran las señoras O'Neill que vivían en Lisboa, pero pasaban temporadas en Valado. Aquí estuvieron las dos bien acogidas, en un hogar confortable y regresaron a Aljustrel con las fuerzas un poco rehechas.

5. EN LISBOA

El Canónigo Dr. Manuel Nunes Formigão, sinceramente interesado en el caso de Fátima y por los pastorcitos, después de la muerte de Jacinta acaecida el 20 de febrero de 1920, en el *Hospital de Doña Estefânia* (HDE) en Lisboa y de quien recibió algunos avisos y confidencias, se preocupó por el futuro de Lúcia. En sus visitas a Fátima, iba sabiendo cómo era solicitada para pasar temporadas en casas de personas amigas. Parecía que era necesario ayudarla en el futuro y comenzó a dar los pasos necesarios en este sentido. Habló con una señora de Lisboa amiga suya, que se ofreció a recibir a la pastorcita y mantenerla protegida de la “publicidad”.

Después de tener a dónde llevarla, fue a hablar con la señora Maria Rosa. Anteriormente ya le había hecho esa petición, pero el marido no consintió. Ahora que él había muerto, era ella sola quien debería decidir. La madre de Lúcia quedó dudosa ... quería respetar la voluntad de su marido, de aquella ocasión, de no dejar ir a la hija. Pero el Dr. Formigão la tranquilizó diciéndole que aprovechase para ir a Lisboa a consultar sus dolencias a un buen médico y, al mismo tiempo, veía el ambiente en que quedaría su hija, y después decidía. Fueron a principios de julio, quedando alojadas en casa de la señora doña Maria de la Asunción Avelar y Silva. Esta señora las recibió

El filme rectificado por esta correspondencia de la Hermana Lúcia se titula *La Señora de Fátima*, fue dirigido por Rafael Gil y estrenado en octubre de 1951 tanto en España como en Portugal. Por tanto, la carta publicada en MHL II es distinta de la otra citada y aquí fechada el 1 de enero de 1952. Algunos datos de MHL II o son erróneos o bien la supuesta “documentación” está “contaminada”.

¹²⁷ MHL I: 1ª M cap.3 n.2, p.60.

¹²⁸ MHL I: 2ª M cap.2 n.17, p.98.

con todo el cariño y se aseguró de que la señora Maria Rosa fuera atendida por buenos médicos y puso su chófer a su disposición para los desplazamientos que hubieran de hacerse por la ciudad. La madre, después de las visitas al médico y de ver que su hija quedaba en buenas manos, volvió a Aljustrel sin su pastorcita.

La señora doña Maria de la Asunción era soltera. Como era de familia noble, para evitar problemas en esos primeros años de la República, vivía retirada en su casa, donde tenía capilla con el Santísimo Sacramento y capellán que celebraba Misa allí todos los días.

La señora cuidó de la buena educación de su huésped y la puso bajo la dirección de una institutriz, una *Miss* como la llamaba la Hermana Lúcia, que le daba lecciones de lectura y escritura, mientras se pensaba la mejor forma de situarla donde pudiera estudiar. La preceptora debía enseñarle cómo comportarse en la mesa con etiqueta y ciertos refinamientos de aseo, a los que ella no estaba acostumbrada. Su cuerpo, que hasta ahora había crecido siempre a su aire, con las ropas sencillas y modestas de la sierra, tenía algunas dificultades para verse embutido dentro de ciertas prendas elegantes. Pero, para que las visitas no descubrieran a la “pastorcita de Fátima”, era necesario transformarla en una niña de la alta sociedad.

Tenía 13 años. Era ya una mujercita, no muy alta, pero bien constituida. La preceptora puso todo su empeño en cuidarla. Le fue tratando la piel quemada por el sol de *Serra de Aire* y le hizo un arreglo en el pelo, que ya le había crecido hasta los hombros, desde que alguien le hubiera cortado las trenzas en los apretujones de los días de las apariciones. En un día de visitas importantes, la preceptora quiso añadir otro refinamiento: el corsé. Después de haberlo ajustado con toda su fuerza, bajó con ella al comedor. La pobre serranita, transformada en una niña de ciudad, bajó en silencio y ansiosa, porque casi no conseguía respirar. Sentada a la mesa todavía sentía mayor angustia. ¡No sería capaz de comer! Libre como siempre fue, se deslizó de la silla poco a poco y salió casi sin ser notada por las visitas, entretenidas en conversaciones que ella no entendía mucho. La *Miss*, que se sentaba a su lado, no dio mucha importancia a la “fuga”

Lúcia, una vez fuera de la sala, corrió suelta a subir las escaleras, fue a su habitación y rápidamente se despojó de aquellos atavíos que la sofocaban y volvió a vestirse con las ropas que había traído de Fátima, con su chal aterciopelado adornado con plumas de colores, y bajó toda sonriente y bien dispuesta. Cuando entró en la sala, todos echaron a reír de corazón, sólo a la *Miss* no le hizo ninguna gracia y le dijo muy enfadada: — *¿Qué voy a hacer con esta niña?*

Lúcia con toda su naturalidad respondió: — *¡Señora mía, yo así no podía comer!, tan apretada como estaba. Sólo he visto a mi madre apretar así ¡¡¡la cincha de la burra!!!*¹²⁹

La carcajada fue general. Y la preceptora renunció a intentarlo más veces. Aquello no era para ella. El cuerpo de la pastorcita estaba habituado a la penitencia por el amor de Dios, no a la penitencia por amor de la vanidad, y por eso la rechazó.

El señor Dr. Formigão comenzó a hacer sus contactos para colocar a la pequeña vidente a salvo de los curiosos que ya empezaban a descubrir su paradero en la capital. Vivían en Lisboa algunos familiares de ella, que vinieron a pedir que fuese a sus casas, y ella misma los atendía por teléfono, una novedad en aquella época, y en su simplicidad se presentaba diciendo con toda verdad: — *Aquí le habla Lúcia ... Sí, señora, Lúcia de Fátima*¹³⁰.

Así, el secreto iba desapareciendo.

El Dr. Formigão había hablado con la Madre Lindim, dorotea, y había acordado una solución: Lúcia quedaría como interna en la *Casa do Largo de Santa Marinha*, que se inauguró en Lisboa a la sombra de la *Obra de Proteção às Ráparigas* y de la cual era Presidente doña Emilia

¹²⁹ M^a CELINA DE JESÚS CRUCIFICADO, *Hermana Lúcia. La memoria que de ella tenemos*, p.8.

¹³⁰ Cf. J. M^a ALONSO, *O Dr. Formigão Homem de Deus e Apóstolo de Fátima*, Coimbra 1979.

Brandão Palha. Todo fue hablado entre la Madre Lindim y la señora doña Maria de la Asunción, y habían preparado ya el equipaje, cuando la señora doña Emilia Brandão encontró imprudente recibir allí a Lúcia. Todo fue cancelado.

Parece que Lúcia no tenía conocimiento de estas gestiones, pues en sus *Memorias* da otra razón como causa de la vuelta a su casa paterna. En efecto, ella dice: — *Mi estancia en Lisboa se iba conociendo, hasta que un día a la señora doña Asunción Avelar se le avisó en particular de que las autoridades civiles andaban haciendo pesquisas sobre mi paradero* ¹³¹.

En Fátima, la madre fue bastante machacada por las personas que aparecían y querían hablar con Lúcia. Al final, “aquello” no acababa ni con la ausencia de la niña. Según nos dice la Hermana Lúcia, la madre fue citada por la Administración para que dijese dónde estaba su hija, a lo que respondió en directo con su natural valentía: — *Mi hija Lúcia está donde justamente quiere estar ella y donde yo también quiero que esté. No digo dónde está porque no quiero que las personas comiencen a ir a verla, para hacerle preguntas y estorbarle en sus estudios, como hacían aquí en Fátima. Donde está, está para educarse y estudiar. Y también quiero ver si, estando ella fuera de Fátima, esto se acaba de una vez y logro también vivir en paz algún día en mi casa: ¡que no se puede con tanta gente tocando continuamente a la puerta!* ¹³². Al oírla, las autoridades sonrieron y les quedó claro que la señora Maria Rosa no tenía interés ninguno en las visitas que recibía.

Después de pasar unos días en Santarém, acompañada por la hermana del Dr. Formigão, la señora doña Maria Antonia Formigão, y habiéndose presentado una nueva oportunidad de que la pequeña quedara a estudiar en el colegio de la madre Luisa Andaluz, Lúcia regresó a Fátima el 12 de agosto de 1920, como ella cuenta en sus *Memorias*, para calmar los ánimos de las personas que en Fátima martirizaban a su madre, queriendo saber su paradero. Y, después, ella volvería a Santarém, al colegio de la Madre Andaluz.

Había muchas buenas voluntades en querer ayudarla, pero Nuestra Señora iba a mostrar en breve cuál era la Voluntad de Dios sobre el camino a seguir. Mientras tanto, ella buscaba y Dios hacía que en su camino surgieran personas concretas para orientarla según Su voluntad. El Dr. Formigão tenía su opinión y de eso habló con el Señor Obispo de Leiría, pero las opiniones de uno y otro eran diversas. Prevaleció la del Obispo, de internarla en el *Asilo de Vilar*, en Oporto, visto que Su Excelencia Reverendísima conocía muy bien a las Hermanas Doroteas, que estaban al cuidado de ese internado, sin tener la condición de religiosas. Este destino sólo se concretó al año siguiente, en el mes de junio de 1921.

6. LA PASTORCITA ENCUENTRA AL PASTOR

Fue consagrado el primer obispo de la diócesis de Leiría restaurada, el señor Obispo José Alves Correia. Aunque el caso de Fátima le fuese totalmente indiferente, una vez dentro de su jurisdicción se vió obligado a ocuparse de ese asunto y a estudiarlo. Era una responsabilidad añadida a las muchas otras de su diócesis. Sabiendo que la única vidente todavía viva se encontraba en Fátima, pidió a una señora amiga que se la llevase al Palacio episcopal. Esta señora, doña Gilda, no tuvo dificultad en conseguir el permiso de la señora Maria Rosa, pues ya se conocían y, para más, siendo una orden del obispo, ella no se oponía.

Fue muy divertida la forma en que Lúcia se entrevistó por primera vez con su Obispo. Llegada a la casa de la señora doña Gilda, donde quedó alojada, durante la cena ésta preguntó si

¹³¹ MHL II: 6ª M n.66, p.171.

¹³² MHL II: 6ª M n.66, pp.170-171.

querría acompañarla a Misa al día siguiente y si quería confesarse para comulgar. A su respuesta afirmativa, la señora le preguntó si le gustaría confesarse con el Señor Obispo. La pequeña se excusó diciendo que no, porque le daba vergüenza. La señora sonrió.

Al día siguiente, las dos se sentaron cerca de un confesionario, donde un sacerdote estaba confesando. Llegado su turno, fue primero la señora y después Lúcia. El confesor y la penitente no se veían, pero la señora doña Gilda ciertamente informó sobre quién venía después de ella. Y la pastorcita hizo su confesión con su característica sencillez. Y cuál no fue su espanto cuando al regresar a su lugar vio que quien salía del confesionario era ... ¡¡el Señor Obispo!! Con los ojos fuera de sus órbitas, se volvió hacia la señora y le dijo:

— *Entonces ¿ése era el Señor Obispo?* ¹³³

Después de Misa, tuvo lugar la conversación con Su Excelencia Reverendísima, quien después seguiría sus pasos mientras vivió. Comenzaba así una profunda amistad, aunque el primer contacto con la pastorcita había dejado a su Obispo un poco frío, según nos informa el Canónigo Barthas en su libro *Fátima*. No obstante, en la continuación del trato, tras de la serranita él descubrió un alma elegida. La Hermana Lúcia decía que en el señor Obispo don José tuvo un Maestro, un Guía y un Padre.

Después de interrogarla sobre las apariciones, le preguntó si quería irse de Fátima y marchar a estudiar a Oporto. Ella le informó que ya estaba acordado que iría a Lisboa. Entonces el Señor Obispo le explicó que en Oporto estaría mejor, respetando todas las condiciones en las que pasaría a vivir en ese “colegio” y que ella grabó en su mente:

— *... no hablaría de las apariciones de Fátima con nadie, ni de mis padres, ni de mi familia, diciendo su nombre, ni diría de qué tierra era; no recibiría visitas a no ser de las señoras a quienes me iba a confiar para que se cuidaran de mí; que esas señoras eran también muy buenas y no permitirían que me faltase nada; que no debía escribir a nadie, a no ser a mi madre; que debería mandar mis cartas al Señor Vicario de Olival, que él se encargaría de entregárselas a mi madre, y que las cartas que ella me escribiese también debería igualmente enviarlas al Señor Vicario, para que por medio de Su Reverencia me fueran enviadas; que no volvería a Fátima para pasar las vacaciones ni por cualquier otra causa sin su permiso* ¹³⁴.

Lúcia quedó con júbilo por dentro. La perspectiva le sonreía. Le agradaba poder vivir a gusto sin una continua exposición a los curiosos y a los interrogatorios, que la tenían ya muy cansada. Pero dijo que no podía comprometerse sin el permiso de su madre. El Señor Obispo asumió el hablar de eso con su madre, quedando por ahora todo secreto entre los dos. Lúcia no podía decir a nadie nada de esa conversación. ¡A ella le iban a hablar de guardar secretos!

Apenas de vuelta a Fátima, meditando en las condiciones en que ella iría a Oporto, comenzó a sentir una angustia mortal. Sopesaba, punto por punto, cada una de las condiciones que el Señor Obispo le propuso y, ponderando todo en su corazón, oscilaba entre una negativa y la aceptación del sacrificio que se le presentaba como enorme ... y sufría en silencio, sin ni siquiera desahogarse con su madre. En los momentos en que podía estar sola, o durante las noches en que no podía dormir, iba pensando en el futuro y le invadía una tristeza mortal en el corazón, como a Jesús en Getsemaní:

— *Me acordaba de la señora doña Asunción que tanto me agradaba y que era tan amiga mía; de mis hermanas, con las que no podría seguir en contacto ni escribirles; me acordaba de los tíos y otros familiares de la casa paterna ¡donde había pasado una infancia tan inocente y feliz! De ¡Cova de Iría, del “Cabeço”, de los “Valinhos”, del pozo donde había gozado de las*

¹³³ MHL II: 6ª M n.68, p.174.

¹³⁴ MHL II: 6ª M n.69, p.174.

delicias del Cielo! Y ¡dejar todo esto, así, de una vez para siempre! ¡Para ir no sabía bien a dónde!, pues yo no sabía dónde estaba Oporto, ni conocía a nadie allí.

Y continúa:

Estos pensamientos y reflexiones me causaron una pena tan grande que la marcha para Oporto me parecía un enterrarme viva en una tumba, y decía a solas conmigo: “No, no voy. Prefiero ir a Lisboa o Santarém. Estando allí, puedo venir de vez en cuando a Fátima, ver a la familia y contactar con ellos. Yendo a Oporto, ¡nada! ¡Ni hablar!, ¡para allí es que no voy! Dije al Señor Obispo que sí, pero ahora digo que me arrepiento y que no quiero ir allí” ¹³⁵.

¡Qué a gusto se hubiera lanzado en brazos de su madre y hubiera desfogado ahí toda la angustia que sentía!, pero una vez más fue fiel al secreto.

Vivió en esta tortura durante algunos meses. Rezaba, ofrecía su sacrificio y pedía ayuda para conseguir decir sí a lo que se le pedía y para lo que se sentía sin fuerzas. Pero no recibía consolación. Parecía que el Cielo la abandonaba entregada a sí misma, sola en medio de una densa y fría noche. ¡Era todo por causa de Nuestra Señora!

Hacia finales de mayo, más o menos, el párroco de Fátima dijo a la señora Maria Rosa que el Señor Vicario de Olival le quería hablar en su residencia y que llevase consigo a Lúcia. Le parecía un viaje demasiado pesado, que tendría que hacer a pie, pues el caballo aún le causaba mayor sufrimiento por el dolor de los huesos. Pensó en recusar el ir, pero después de reflexionar, se resignó al sacrificio para no causar disgusto. Y allá fueron las dos, descansando de vez en cuando junto al camino, rezando el rosario, caminando leguas y ofreciendo el sacrificio. Dividirían la caminata en dos partes, pernoctando en casa de una señora amiga que vivía en Soutaria, y harían lo mismo al regreso.

El Señor Vicario transmitió a la señora Maria Rosa el deseo del Señor Obispo de llevar a Lúcia a Oporto, para lo que pedía su autorización, diciéndole las condiciones en que iría. La madre, que ya se había comprometido a dejarla ir a Lisboa, quedó perpleja y confesó la razón de su indecisión. El Señor Vicario la tranquilizó, diciendo que el señor Dr. Formigão vería de informar a la señora doña Asunción. La señora Maria Rosa, aunque se le partía el corazón, dijo que consentía por ser el Señor Obispo quien se responsabilizaba, pero reservándose el derecho de recuperar a su hija, si llegaba a saber que ella no estaba bien. Pero todo esto, siempre que Lúcia quisiera ir. Y, además, brotaba de nuevo la esperanza de que “aquello” se acabase.

Ante el consentimiento de la madre, el Señor Vicario preguntó a Lúcia si quería ir a Oporto. Con su característica sinceridad, la pastorcita respondió:

— *Yo preferiría volver a Lisboa. Pero, para hacer la voluntad del Señor Obispo y en las condiciones puestas por mi madre, iré a Oporto* ¹³⁶.

Feliz por la respuesta, el Señor Vicario pidió a las dos guardar el secreto y las invitó a almorzar, después de lo cual volvieron para penochar en Soutaria, en casa de la señora Emilia.

Al regresar a Fátima, en un momento de descanso, la madre le preguntó si realmente ella estaba contenta de ir a Oporto. Lúcia respondió:

— *Más contenta volvería a Lisboa, pero como dicen que el Señor Obispo representa a Dios, para hacer Su voluntad iré a Oporto. Pero, si después no estuviese allí contenta, madre irá allá para buscarme* —. *Y con esta idea nos íbamos animando* ¹³⁷.

En casa, cuando estaban solas, al notar la tristeza en los ojos de su Lúcia, la madre con el corazón partido, al pensar en la próxima separación, le preguntó:

¹³⁵ MHL II: 6ª M n.69, pp.175-176.

¹³⁶ MHL II: 6ª M n.70, p.179.

¹³⁷ MHL II: 6ª M n.71, p.179.

— *¿Estás triste? ¿No quieres ir a Oporto? Mira, nosotros no hemos firmado nada. ¡Si no quieres ir, no vas!*

La pastorcita respondía:

— *Antes quería ir a Lisboa o Santarém. Pero, como el Señor Obispo quiere que vaya a Oporto, ofrezco el sacrificio a Nuestro Señor e iré a Oporto* ¹³⁸.

Y cada una llevaba su dolor en silencio para no hacer sufrir a la otra.

¹³⁸ MHL II: 6ª M n.71, p.180.

CAPÍTULO V

AQUÍ ESTOY POR SÉPTIMA VEZ

1. DESPEDIDA DE FÁTIMA

13 de junio de 1921. En medio de los muchos peregrinos que ese día fueron a Fátima a cantar y a rezar a la Madre Celestial, apareció en casa de la señora Maria Rosa una señora desconocida, que venía enviada por el Señor Obispo para llevar a Lúcia a Oporto. Era una buena ocasión para no despertar sospechas. Esta señora se llamaba doña Filomena Miranda y era natural de San Tirso. Cuidando que no les escuchase nadie más, transmitió a las dos las órdenes del Señor Obispo: ese mismo día llevaría a Lúcia a Leiría, donde quedaría hasta el día 16. Después iría sola con ella a Oporto. Lúcia oyó en silencio y sintió helarse el alma, al ver que llegaba la hora tan temida, pero no replicó. Sin embargo, la madre no estaba de acuerdo. ¿Tres días en Leiría para qué? Al ver llegar el día de una separación tan radical como le fue explicada, aún quiso retenerla en su compañía esos tres días más y se comprometió a ir a Leiría acompañándola. Lúcia sólo advirtió a su madre del sacrificio que eso sería por su mal estado de salud, pero la madre no cedió. Y la señora doña Filomena volvió a Leiría sin Lúcia.

Tres días que fueron largos y cortos al mismo tiempo: largos, porque cada una vivía por anticipado el dolor de la inminente despedida; cortos, porque se escapaba rápidamente esa convivencia tan entrañable entre madre e hija. ¡Cómo sangraban aquellos dos corazones! Cada una sentía el deseo de fortalecer a la otra con un abrazo que se evitaba, para apaciguar el dolor que ese gesto haría brotar, y enjugaba las lágrimas que inundaban sus almas.

Llegó el día 15, ¡el último día! ... A la mañana, temprano, Lúcia fue a Misa a la iglesia de Fátima, para ahí recibir el Pan del Cielo y obtener fuerza para el camino que se abría por delante, completamente desconocido. Rezó con una intensidad inusual. ¡Se sentía tan perdida! Después de la acción de gracias, sin reparar en nadie, lanzó una mirada de súplica a la imagen de la Señora del Rosario que le sonrió en la víspera de su primera Comunión y salió de la Iglesia apretando fuertemente las manos sobre el pecho, como queriendo retener la Fuerza de aquella Comunión que allí recibía por última vez en su vida. Sobre su alma, todo se había oscurecido, la noche era tenebrosa y se levantó una terrible tempestad de dudas. Estaba para agotarse el tiempo y ella no sentía fuerza para seguir adelante.

Dejémosla describir esa hora de dolor, dirigiéndose a Nuestra Señora:

— *Fue el día 15 de junio de 1921, viste mi lucha, la indecisión y el arrepentimiento del sí que con anterioridad había dado, la incertidumbre sobre lo que iba a encontrar, la resolución de volver atrás, el conocimiento de lo que dejaba, y la nostalgia ¡al desgarrarse el corazón!*

Este Adiós a todo, en el despertar de la juventud, donde un hermoso futuro me sonreía en la casa de mi querida señora doña Asunción Avelar y de otras que se ofrecían, el cariño maternal con que me trataban y al que yo correspondía con igual afecto, dejar todo y la casa paterna por una incertidumbre sobre lo que encontraría, me oprimía el corazón y me hacía presentir ¡lo que ni quería pensar! ...

— *¿Podría ser allí?—, me preguntaba a mí misma. — ¡No! Digo a mi madre que no quiero ir y, con no aparecer mañana en Leiría, todo queda resuelto; vuelvo después a Lisboa, a Santarém a casa de mi querida señora doña Adelaida, o bien a Leiría, con las señoras Patricio. En cualquiera de los dos sitios estaré mucho mejor, puedo estudiar y conseguir un buen futuro. A donde el Señor Obispo me quiere llevar, no sé cómo será, es con la condición de no volver más a casa, por eso no volveré a ver más a mi familia, ¡ni estos lugares benditos! Cova de Iría, “Loca do Cabeço”, los “Valinhos”, “Poço do Arneiro”, la Iglesia donde queda mi Jesús Escondido y ¡donde tantas gracias he recibido! ¡La sonrisa de mi primera Comunión! Vila Nova de Ourem, donde quedó Jacinta, ¡el cementerio donde reposan los restos de mi querido padre y de Francisco! Nunca más volver a pisar esta bendita tierra, para ir ¡Dios sabe dónde! ¡Sin ni siquiera poder escribir directamente a mi madre! Imposible, ¡no iré!* ¹³⁹

Con esta multitud de pensamientos, atropellándose unos con otros, durante la tarde de ese día fué a recorrer todos los lugares relacionados con las apariciones y unidos con un lazo especial a su corazón. Cuando llegó a Cova de Iría, se arrodilló junto a la valla de protección del lugar donde había estado la carrasca sobre la que se había aparecido Nuestra Señora, y dejó correr las lágrimas que parecían no agotarse en sus ojos, mientras pedía perdón a Nuestra Señora de no ser capaz de ofrecerle esta vez ese sacrificio que *me parecía superior a mis fuerzas. Recordaba, sí, ese día más hermoso del 13 de mayo de 1917 en que había dado mi Sí, prometiendo aceptar todos los sacrificios que Dios quisiera enviarme. Y este recuerdo era como una luz en el fondo del alma, un escrúpulo que no me daba paz, y me hacía verter un torrente de lágrimas* ¹⁴⁰.

Era la lucha entre la naturaleza y la gracia, porque *el espíritu está pronto, pero la carne es débil* ¹⁴¹. En ese momento, Lúcia no tenía a nadie a quien pedir consejo, y el Cielo vino en su ayuda. La Virgen Madre que le había prometido nunca abandonarla, en ese momento de tanta angustia vino a traer paz a su alma, cumpliendo así la promesa hecha el 13 de mayo de 1917, de volver una séptima vez. Volvamos a su “oración”:

— *Así solícita, una vez más descendiste a la tierra, y fue entonces cuando sentí Tu mano amiga y maternal tocándome en el hombro; levanté la vista y Te vi: eras Tu, la Madre Bendita que me daba la Mano y me indicaba el camino. Tus labios se abrieron y el dulce timbre de tu voz restauró la luz y la paz en mi alma: “Aquí estoy por séptima vez. Ve, sigue el camino por donde el Señor Obispo te quiera llevar, ésa es la Voluntad de Dios”. Repetí entonces mi Sí, pero ahora mucho más consciente que el del día 13 de mayo de 1917* ¹⁴².

2. DEJA Y SÍGUEME - PRIMERA VEZ

Un peso enorme se le quitó de encima. Lúcia quedó en paz y con la fuerza para seguir adelante, segura de ser aquello la Voluntad de Dios. Por más que fuese difícil, sólo le interesaba caminar por donde Ella quería. Ahora serena, aprovechando también el estar a solas, después de seguir con la mirada el regreso de la Señora al Cielo, repasó como en una película las maravillosas experiencias que en ese lugar había vivido cuatro años atrás. Y brotó en su corazón la primera señal de la Vocación Religiosa:

— *Recordé a mi querida Nuestra Señora del Carmen y en ese momento sentí la gracia de la vocación a la vida religiosa y el atractivo por el claustro del Carmelo. Tomé por protectora a*

¹³⁹ *O Meu Caminho* I p.10.

¹⁴⁰ *Ibidem*.

¹⁴¹ Cf. Mt 26,41.

¹⁴² *Ibidem*.

*mi querida Hermana Teresita del Niño Jesús*¹⁴³. Días después, por consejo del Señor Obispo tomé por norma la Obediencia y por lema las palabras de Nuestra Señora narradas en el Evangelio: — “Haced todo lo que Él os diga”¹⁴⁴.

Fortalecida, aliviada de la tentación que la afligía, pero no sin sufrimiento, fue a continuar su peregrinación por todos los “lugares sagrados”, algunos de los cuales todavía sólo ella conocía por entonces, pues sólo más tarde fueron reveladas las apariciones del Ángel. Fue a casa de los tíos a recogerse unos momentos en las habitaciones de los primos Francisco y Jacinta. Esto no sorprendió a nadie, porque de vez en cuando ella acostumbraba a hacer esa visita. Sólo después volvió a su casa. A la noche, aunque esa noche tocaba que fuese corta, aún fue a contemplar una última vez *las candelas de Nuestra Señora y de los Ángeles*, como hacía en los tiempos de su infancia en compañía de su padre y más tarde de sus primos:

— *La nostalgia apretaba como un puñal clavándose en mi corazón, pero prometí; ¡es preciso ser fiel! Renuevo mi sí e invoco en mi ayuda a mi querido Ángel de la Guarda y al Ángel de Portugal, precursor de la Virgen Madre*¹⁴⁵.

Después, las dos, casi en silencio, tomaron una cena ligera, por última vez, sentadas a aquella mesa, en otro tiempo tan poblada. Y urgía ir a descansar, pues tenían que levantarse a las dos de la madrugada para salir al abrigo de la noche. La madre ni siquiera sospechaba la lucha que su Lúcia sufría en su interior. Aunque Nuestra Señora la hubiese pacificado, dándole la certeza de hacer la Voluntad de Dios, la naturaleza no dejó de sufrir. Las olas de la tentación volvían a querer entrar en su pequeña barca, donde Jesús dormía¹⁴⁶.

Démosle ahora la palabra para describir su despedida del nido que la vio nacer y crecer, en el despuntar de este día 16 de junio de 1921:

— *Hacia las 2 de la madrugada, cuando aún todo el pueblo dormía, me levanté para, en compañía de mi querida madre, que estaba bien lejos de sospechar la lucha que se libraba en mi corazón, como otro Abraham que sube a la montaña para ofrecer a su hijo Isaac a Dios, con la compañía de un trabajador pobre, nos pusimos en camino pasando por Cova de Iría para rezar allí mi rosario de despedida.*

*Cuando lo terminamos, nos pusimos de nuevo en marcha, quedé algo retrasada, me volví a decir mi último adiós, y en el lugar donde ahora se encuentra la Basílica vi una figura de luz. Tuve la impresión de que era la querida Madre del Cielo para infundirme coraje y darme Su Bendición Maternal, pero no sé, quizás fuese sólo un reflejo dejado en mi espíritu por lo sucedido en la víspera, o el resplandor de la Luna por entre la arboleda*¹⁴⁷.

Una vez en Leiría, fueron a comprar una bolsa, donde Lúcia llevase sus pocas cosas. No llevaba ajuar. Apenas alguna ropa interior, libros y cuadernos. Su madre no la quería despedir con las manos vacías, pero en verdad no sabían qué iba a necesitar. La señora a quien el Señor Obispo la iba a entregar, iba a proveer de todo lo necesario. Hecha esta compra, fueron a casa de sus tíos, donde almorzaron, y a continuación visitaron a Carolina, que estaba por allí cerca para cuidar a un niño enfermo. Ella recibió la visita de la madre y de su hermana con mucha alegría, pero no le pasó por la cabeza que no volvería a ver a Lúcia durante muchos años.

¹⁴³ Se refiere a SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS (1873-1897), carmelita en Lisieux (Francia).

NOTA DEL TRADUCTOR: La carmelita *Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz* o simplemente SANTA TERESITA fue canonizada en 1925 por PÍO XI y nombrada también patrona universal de las *Misiones* en 1927. Después fue proclamada *Doctor de la Iglesia* por JUAN PABLO II el 19 de octubre de 1997.

¹⁴⁴ *O Meu Caminho* I p.12.

¹⁴⁵ *Ibidem* p.13.

¹⁴⁶ Cf. Mt 8,24.

¹⁴⁷ *O Meu Caminho* I p.14.

Lúcia continúa:

— *A las 2 de la tarde, estaba en la estación de Leiría para dar a mi madre el abrazo de despedida, quien, inmersa en lágrimas y como siempre torturada por la duda, me despidió diciendo: — “Ve hija, que, si es verdad que has visto a Nuestra Señora, ella te guardará; pero si mentiste, entonces serás una desgraciada”.*

Y se cumplió la profecía de mi querida Madre: Nuestra Señora me ha protegido, me ha guardado, me ha ayudado y me ha defendido conduciendo mis pasos ¹⁴⁸.

Lúcia subió al tren y desde la ventanilla, cuando se vieron, dijo adiós a su querida madre con un pañuelo, dejando correr las lágrimas, que confluían al mismo río de los ojos de su madre.

CAPÍTULO VI

ESTUDIANTE

1. EN VILAR, EN EL INSTITUTO “ARCEDIANO VAN ZELLER”

Acompañada por la señora doña Filomena Miranda, con quien aún no tenía ninguna intimidad, pues no la conocía, hizo el viaje hasta Oporto, donde llegaron ya de noche. Por eso, ese día no pudieron ir a llamar a la puerta del Asilo de Vilar. Buscaron alojamiento en varios hoteles, pero todo estaba lleno. Lúcia narra: *como en Belén para la Sagrada Familia, no había lugar* ¹⁴⁹. Entonces la señora decidió ir a llamar a la puerta de una familia amiga suya, que vivía en la *Rua da Boavista*. La señora de la casa se llamaba doña Rosalina Menezes Faria.

Les atendieron los criados, diciendo que los señores no estaban en casa, pero les iban a informar. Y la pareja llegó muy deprisa. Después dispusieron que las dos pasarían allí esa noche. La señora doña Filomena no podía revelar quién era la serranita que la acompañaba. Por eso, los señores de la casa le propusieron que la pequeña fuese a cenar con el servicio y a dormir en sus habitaciones. Pero la señora doña Filomena, dando la excusa de que ella se encontraba un poco indispuesta por el viaje, sólo comería algo de lo que habían llevado para almorzar y dormirían las dos en la misma habitación. La señora se dispuso a dormir en un sillón para que la pequeña pudiera descansar. Los dueños de la casa respetaron la voluntad de su huésped y mandaron que le preparasen otra cama sobre el suelo en el cuarto. Después de tomar un té que le sirvieron, Lúcia se acostó en la cama preparada en el suelo, aunque la señora había insistido en que se acostara en la cama principal, y enseguida se durmió profundamente.

Iba hacia lo desconocido, iba con el corazón sangrando de nostalgia de todo lo que amaba y que había tenido que abandonar, en especial a su madre, ¡y durmió serenamente, como si todo fuese normal! ¡Qué capacidad de control! ¡Qué madurez a los 14 años!

Amaneció el día 17 de junio de 1921. Lúcia iba a comenzar una nueva vida, iba a entrar en lo desconocido. Se levantó a las cinco y media y las dos invitadas marcharon, a fin de llegar al Asilo de Vilar a tiempo para la Santa Misa y comulgar, por lo que no desayunaron en la casa. Con el corazón oprimido por la nostalgia de su madre y la incertidumbre del futuro, Lúcia comulgó ese día con un fervor renovado, confiándose al Único que la iba a acompañar y a ayudar a desbrozar el nuevo camino. Él y sólo Él sería siempre su fuerza, con María en cuyo Corazón se refugiaba con confianza filial, pero sin dejar de sentir el dolor y la cruz.

Después de la acción de gracias, las dos, acompañadas por la Madre Superiora del Asilo, Madre Maria de los Dolores Magalhães, se acercaron a la sacristía, donde fueron recibidas por el Capellán y confesor, Mons. Manuel Pereira Lopes. Estas tres personas eran las únicas al tanto del secreto. Pero nadie más iba a saber quién era ella. Después de los saludos, el Capellán hizo algunas preguntas a la pastorcita, a las que ella respondió con alguna timidez natural y, enseguida, le repitió las recomendaciones que en Leiría le había hecho el Señor Obispo:

¹⁴⁹ *Ibidem.*

— *Me hizo algunas preguntas a las que respondí, y enseguida me dijo: — “La niña cambia ahora de nombre. A la Señora Directora le agrada que lleve el suyo, por eso ahora pasa a llamarse Maria de los Dolores. Si le preguntan de qué tierra es, sólo dirá que es de cerca de Lisboa y nada más. No hablará de Fátima, ni de su familia, nada”* ¹⁵⁰.

Lúcia, con el corazón en un puño, asintió con la cabeza afirmativamente. Está en un mundo desconocido y ella misma se ve reducida al silencio. Pero su mirada interior está fija en la Madre que le prometió conducirla siempre y en su interior repite, con toda su alma, la oración que le enseñó en Cova de Iría: “*Dios mío, es por Vuestro amor ...*”.

Después de este breve encuentro con el Capellán, que será su confesor mientras esté en el Asilo de Vilar, se despidió de la señora doña Filomena Miranda y fue entregada a la Maestra de la clase que, tras vestirla con el uniforme del internado, una bata de rayas negras con cuadraditos blancos, que las hacía iguales a todas, la llevó a la sala de labores, y dispensó del silencio para que todas pudieran dar la bienvenida a la nueva condiscípula. Y, como es natural, comenzaron las preguntas. Dejemos que ella nos cuente cómo fue este primer encuentro:

— *No había nadie que sospechara quién era, ni profesoras, ni alumnas, y, como es natural, enseguida llovieron las preguntas:*

— *¿Cómo te llamas?*

— *Maria de los Dolores.*

— *¿Sin apellido?*

— *Nada.*

— *¿De qué lugar eres?*

— *De cerca de Lisboa.*

— *¿Pero cerca de Lisboa hay muchos sitios! ¿Eres de Cascais?*

Sin poder responder, callaba.

— *¿Así que no sabes el nombre de tu tierra? ¿Eres de Sintra?*

— *No.*

— *¿Eres de Santarém?*

— *No.*

— *¿Eres de Parede?, etcétera*

— *Y tus padres ¿cómo se llaman?*

Guardaba silencio. Naturalmente, me tomaron por tonta.

— *¿Qué cosa mas rara! —, comentaba una muchacha de 14 años: — No sabe de qué sitio es, ¡ni el nombre de sus padres, ni el apellido!*

Sufrió, Tu sabes, oh Madre querida, y Nuestro Buen Dios bien sabe ¡lo que yo sufrí!

Pero recordando mi Sí, me lo fui repitiendo en voz baja, día a día, junto a Tu altar y a los pies de ese Sagrario ¹⁵¹.

Este primer encuentro, que comenzó iluminado por las risas sinceras de las otras niñas ya adaptadas al internado, acabó por estar cargado de negras nubes. La pastorcita, oculta en su silencio, saboreaba amargas lágrimas en el corazón, pero reafirmaba su Sí incondicional, a pesar de la tentación de renunciar a herirse con un puñal. Y recordaba la promesa del 13 de mayo de 1917: — *Id, pues. Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo* ¹⁵².

Como el alpinista que no se detiene a mirar sus heridas, sino que continúa la escalada, siempre con los ojos puestos en la meta a alcanzar, Lúcia besaba todos los sacrificios con los ojos

¹⁵⁰ *Ibidem.* p.17.

¹⁵¹ *Ibidem.* p.18.

¹⁵² MHL I: 2ª M cap.2 n.4, p.82.

puestos en María y por Ella en Dios, a Quien todo entregaba. Siempre que podía, se refugiaba en la capilla, el lugar de su encanto, donde se sentía bien. Ahí desahogaba su corazón y recibía el coraje para proseguir el camino con amor y señorío, sin mostrar que sufría, como ella confiesa:

— *Procuré siempre ocultar mi sufrimiento, mis decepciones y luchas internas, sobre todo a mi madre para que no sufriese por mi causa ni pensase en venir a buscarme. Quería ofrecer a Dios mi holocausto, cuanto fuese posible con alegría, y sólo en eso estaba la felicidad a la que me refería en mis cartas. Inmolarme por Amor, por las almas, en cumplimiento de mi Sí*¹⁵³.

Con el nombre de Maria de los Dolores recién estrenado, el día 21 escribe la primera carta a su madre, y es quizás la primera carta de su vida. Tiene varios errores, pero está repleta de cariño, pensando en todos:

Mi querida madre,

En primer lugar deseo su salud y la de toda nuestra familia, porque yo estoy bien, gracias a Dios. Mi querida madre, le envío ésta por fin, para decirle que mi viaje fue muy bien, gracias a Dios. Ahora deseo saber cómo fue su viaje y si encontró bien a toda nuestra familia. Yo, felizmente, estoy muy contenta.

Mi querida madre, le pido por favor que me envíe decir si los chicos hicieron ya las paces y cómo es que fue eso. Con esto ¡nunca más enfados! Le pido por favor que dé recuerdos míos a toda nuestra familia y muchos besos a las niñas de Maria y de Teresa. Y salude también al muchacho de nuestra Gloria. Y dé también afectuosos saludos a mi madrina. Y para sí un cariñoso abrazo de esta hija suya que le desea todo lo bueno.

Maria de los Dolores de Jesús

*Mi querida madre, cuando me quiera escribir, escriba al Reverendo Señor Obispo de Leiría que él me enviará la carta*¹⁵⁴.

2. ADAPTACIÓN A UNA NUEVA VIDA

Un día, en confesión, Mons. Pereira Lopes le preguntó si estaba contenta. Se había propuesto callar cuánto sufría, pero, como quien le preguntaba era quien estaba en lugar de Dios, pensó que debía decir toda la verdad y manifestó con sinceridad el sufrimiento que le invadía el alma. Pero no recibió consolación. El confesor, con poca dulzura en la voz, le dijo que Jesús había sufrido más. Por tanto, no debía quejarse. Era Maria de los Dolores, no los debía rechazar.

Pero había alguien que la comprendía y aconsejaba con ternura y cariño paternal: el Señor Obispo de Leiría, que la visitaba con alguna regularidad. Con él, la pastorcita podía estar a gusto y confiarle abiertamente su corazón. Su Excelencia Reverendísima, sin dejar de ser exigente y firme en la dirección espiritual que le impartía, era verdaderamente un Padre, un Maestro y un Guía.

En el dormitorio común, con un espacio exiguo, no podía estar a gusto para rezar las oraciones enseñadas por el Ángel en la posición como las aprendió a recitar. Pero el amor es imaginativo y no se rinde ante las dificultades. Dejémos que ella nos lo cuente:

— *Con permiso del confesor continué usando la cuerda en la cintura. Pero rezar las oraciones del Ángel con los brazos en cruz o postrada, era muy difícil hacerlo sin ser vista, porque no tenía una habitación para mí sola. Dormía en un dormitorio común y sin cortinas. Sólo cuando hacía de sacristana lo podía hacer en un pasillo pequeño detrás del altar mayor y, otras veces, pedía permiso para ir a visitar al Santísimo Sacramento durante el recreo de la noche, y si*

¹⁵³ O Meu Caminho I p.19.

¹⁵⁴ SANTUARIO DE FÁTIMA, *Documentação Crítica de Fátima* [= DCF], Volumen III-3 (1920-1922) p.141 Documento 623.

sucedía que entonces me encontrase sola. Pero era raro, a veces porque algunas de mis compañeras pedían permiso para acompañarme, otras porque era la encargada del recreo de las más pequeñas que, en ese caso, no podía dejar. Me limitaba entonces a rezarlas de rodillas, ¡cuando tenía tiempo disponible para eso! ¹⁵⁵.

¡Ah, cuánto añoraba los descampados de Fátima! ... ¡Qué nostalgia de *Loca da Cabeço*, testigo silencioso de tantas maravillas y de tanto amor!

Atraídas por la simpatía que irradiaba de su nueva compañera, las alumnas fueron olvidando la impresión que les causó risa en el primer contacto y comenzaron a apreciarla. Lúcia fue siempre una persona con la que se estaba a gusto y, en este tiempo, no dejó de ser aficionada a los juegos como todas e incluso traviesa. Una semana después de su llegada, fue la fiesta de San Juan. Lúcia quedó deslumbrada por el espectáculo de los fuegos artificiales. ¡Qué maravilla!

Ella, que había visto ya la belleza sin par de la Madre de Dios, se entusiasmaba también con esta belleza creada por el arte humano. Y al año siguiente, recordando que aquello era muy bonito y que ese placer inocente podía ser ofrecido como sacrificio, sabiendo que cerca de allí había una persona impenitente, a punto de abrir los ojos a la eternidad, decidió renunciar a ver los fuegos y convenció a sus compañeras para también renunciar. Todas ofrecieron este sacrificio y esa alma se abrió a la Gracia de Dios.

Pero otro año hubo un cuadro diferente: la Maestra dio orden de que todas se acostaran. Nadie podía ir a ver los fuegos artificiales. ¡Qué lástima! ¡Las encerraban allí mismo y no los podían ver! Pero el empuje de los jóvenes no tiene dificultad para encontrar soluciones. En los grupos siempre hay alguien que tiene luz para sí y para los demás.

La habitación tenía dos puertas que daban a la terraza, desde donde podían verse bien los fuegos. Como la Maestra no dormía en esa habitación, decidieron ver los fuegos. Estarían atentas. Si apareciese la Maestra, todas entrarían por la otra puerta y ... a la cama. Y así lo hicieron. Poco tiempo después, una que había quedado de centinela, avisó que se acercaba la Maestra. Entonces, todas, muy ágiles y silenciosas, entraron por la otra puerta y rápidamente se metieron en cama fingiendo dormir. La Maestra, sabiendo que quien lidia con jóvenes siempre puede esperar alguna travesura, corrió hacia allí con la desconfiada sospecha de encontrar a las niñas en la terraza, pero no cogió a ninguna. Y ellas, riéndose debajo de las sábanas, esperaron a que se marchase para volver a disfrutar de la belleza de aquella noche de San Juan en Oporto.

Lúcia, ahora con el nombre de Maria de los Dolores, participó de esta aventura con alegría, con la libertad de los hijos de Dios. Siendo de conciencia delicada, pero sin ser escrupulosa, no tuvo pesadillas el resto de la noche. En ella convivía armoniosamente una gran cruz y la alegría serena y contagiosa que viene de Dios. Y quién se acercaba a ella, la sentía.

Pero volvamos a sus primeros pasos en esta nueva etapa. Suele decirse que *quien corre por gusto, no se cansa*. Lúcia, obedeciendo de todo corazón a la propuesta Señor Obispo, no dejó de sentir la violencia sobre sí misma al renunciar a su familia y a su hogar o bien al ir a Lisboa a casa de la señora doña Asunción Avelar.

Y es natural que, no siendo una elección libre, se sintiera incómoda y sufriese. Su entrega fue generosa y sin reservas, pero la cruz nos aparece siempre de otro color diferente a aquél con que la pintamos o soñamos en nuestra generosidad. Porque la cruz es siempre cruz y porque es cruz tiene que doler realmente. No obstante, aunque todavía no conociese los escritos de San Juan de la Cruz, ya sabía aplicar y vivir en su vida esa máxima que este gran místico español del siglo XVI había escrito a una hija espiritual suya: *adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor* ¹⁵⁶.

¹⁵⁵ *O Meu Caminho* I p.26.

¹⁵⁶ SAN JUAN DE LA CRUZ, Carta de 6 de julio de 1591 a la Madre María de la Encarnación.

Veintitrés años después, Lúcia describe este tiempo así: — *Mis impresiones al principio fueron desalentadoras, todo me parecía ¡tan triste y desagradable! La manera en que las alumnas eran tratadas, la casa, la finca, ¡en comparación con mi “Serra de Aires”! ... ¡Dónde me he venido a enterrar, Santo Dios! Me parecía una tumba en vida. Allí sólo me sonreía la linda capilla donde estaba mi Buen Jesús Escondido y Tú, oh Madre, que tantas veces Le habrás ofrecido mi sacrificio, mi renuncia, mi entrega repetida cada día, renovada con ese Amor del que entonces sólo era capaz y silenciosamente depositado en Tus Benditas manos* ¹⁵⁷.

Así vivía Maria de los Dolores sufriendo en silencio y adaptándose a una vida nueva con reglas a las que no estaba acostumbrada, pero siempre ofreciendo con amor todas las espinas que encontraba. Aquí no era la pastorcita; era una alumna más, sin apellido ni familia, desconocida para todos. Y todo este sufrimiento iba acompañado por una deficiente alimentación.

Era tiempo de la post-guerra y la escasez de alimentos se sintió mucho. El físico de Lúcia se resintió mucho, porque estaba habituada a una alimentación sencilla, pero abundante y sana. Y cuando la señora doña Filomena Miranda la visitó un mes después, quedó muy preocupada. Así transmitió su preocupación al señor Obispo don José Alves Correia y rápidamente fue a visitar y a conocer a su protectora, la señora doña Maria da Conceição Maldonado Bento Pereira. Ésta comenzó a llevársela para pasar algunos períodos de vacaciones en su casa o en la finca de *Fonte Pedrinha*, en Braga, para así recuperar sus fuerzas. Fue durante estas salidas cuando Maria de los Dolores conoció a doña Maria Eugenia Pestana, una niña casi de su edad, una amistad sincera que perduró toda la vida.

La señora Maria da Conceição, para que su protegida pudiera reforzar su alimentación, le llevaba abundantes frutas y otros víveres que ella podía guardar personalmente y comer cuando quisiera. Pero la pastorcita no sabía pensar sólo en sí misma. Justo antes de la hora de las comidas, siempre que podía hacerlo sin que se notara, iba al comedor y escondía en el sitio de las más pobres alguna pieza de fruta o una rebanada de queso, sorpresa agradable que era recibida con una sonrisa agradecida y silenciosa. Las beneficiadas nada decían, pero sospechaban quién había sido la mano bienhechora.

Pero esta alumna, que al principio había suscitado las miradas displicentes entre sus compañeras, bien pronto comenzó a ser objeto de “espionaje” por algunas de las más perspicaces. Aquella Maria de los Dolores que sabía atraer y entretener a las pequeñas con historias tan bonitas de Nuestra Señora y de los Ángeles, que se extasiaba ante la imagen de Nuestra Señora y que llamaba la atención de quienes la veían en la capilla por su recogimiento tan profundo ... de modo muy singular se daba dentro de su rudeza de serrana, y esto pedía una explicación.

Con un sentido innato de la justicia, espontáneamente replicaba de inmediato cuando se veía atropellada o tratada injustamente, pero fue suavizando su carácter, aprovechando así una nueva forma de ofrecer sacrificios. Y todas tuvieron en ella una buena compañera de juegos y de devoción, que pronto comenzó a ser un modelo a seguir. Pero aquel rostro recordaba a alguien ...

Y un día, tras un cajón, aquellas alumnas encontraron un pequeño folleto, donde se hablaba de las apariciones de Fátima y donde había una fotografía de los tres pastorcitos. Aquellos ojos expertos no tuvieron ninguna duda: ¡era ella misma! Y comenzaron a compartir entre sí las preguntas que venían haciéndose sobre ella. ¡Hasta habían llegado a pensar si era sorda! Como se le había impuesto el nombre de Maria de los Dolores, durante algún tiempo no respondía al llamarla así, por no estar habituada. Y recordaron lo que pasó con la ropa que ya traía marcada con una L. Como en su día advirtió eso la Maestra, que tampoco estaba al tanto del “secreto”, la pequeña alumna explicó que era la ropa que le había dado la señora que la llevó al Asilo.

Cuando después de todo esto una de esas alumnas descubrió a la pastorcita, no perdió la oportunidad de dar a conocer su descubrimiento, lo que dejó a la pequeña Maria de los Dolores inmersa en un mar de lágrimas y de aflicción. Acudió al Capellán y Confesor del Asilo, pensando que era culpable de haber revelado el secreto que se le había impuesto cuando allí entró. Él la consoló como pudo y debió haber advertido de lo sucedido a la Superiora de la casa porque, con el pretexto de una salida a la ciudad de Oporto acompañando Lúcia a una Maestra, reunió a todo el internado e impuso silencio absoluto sobre el tema de Fátima. Pero el secreto comenzó a circular de boca en boca y esto generó para Lúcia un cierto respeto entre sus compañeras.

3. ESTUDIANTE APLICADA

Lúcia siguió recibiendo clases y fue colocada entre las alumnas de nivel medio, entre las que permaneció hasta su entrada en el noviciado. Junto a la preparación escolar básica, cuyo examen se hacía en el Instituto oficial, las alumnas aprendían cocina, costura, bordado, dibujo, pintura y música. Se les preparaba para ser buenas amas de casa. Nuestra pastorcita se especializó en el bordado, sobre todo en el bordado con oro y plata, trabajo que requiere mucha atención y gusto. Realizó labores de gran valor. Y a ella le agradaba mucho transmitir sus conocimientos. Con toda verdad podía decir: *aprendí con lealtad, comunico sin envidia* ¹⁵⁸. Y aprendió también la técnica de la encuadernación.

Un nuevo sacrificio la esperaba. Lo ofreció con amor, pero con mucho dolor y esta herida le dejó una profunda cicatriz. Se preparó con ahinco para el examen de Nivel 4º, que era el nivel máximo de las alumnas del Instituto “Arcediano Van-Zeller”. Según el deseo de sus protectoras, se preparó también para el examen de ingreso en el Instituto oficial, para continuar sus estudios. Como a ella le gustaba y quería estudiar, sacaba siempre ¡muy buenas notas! Pero, como el Señor Obispo de Leiría quería mantenerla en el anonimato, no podía hacerse un examen oficial, para el que era necesario presentar el documento de identidad. El examen de Nivel 4º era muy importante en aquella época y se hacía en el Instituto oficial. Sería descubierta. Sólo fue examinada en privado por el Dr. Regos, que iba al Asilo a dar las últimas indicaciones a las alumnas que debían hacer aquél examen. Pero ella hubo de renunciar y ¡este sacrificio fue muy grande!

Aquello era un sueño acariciado desde hacía mucho tiempo y, para su consecución, había recibido varias ofertas. Ahora se veía con las alas cortadas ... De nuevo abraza generosamente este sacrificio, pero esta espina la sentirá durante toda su vida, especialmente cuando más tarde hubo de escribir por obediencia sus *Memorias*, o bien cartas a personas de un nivel cultural elevado. Tratando asuntos de mucha responsabilidad y sintiéndose sin instrucción y preparación suficiente para hacerlo, confesaba: — *En la tierra no encontré quien entendiese las palabras de Nuestra Señora “aprende a leer” ni quien quisiera darle honra instruyéndome, por eso la obra que en mí se realizó es toda del Espíritu Santo. A Él es debido todo el honor y la gloria* ¹⁵⁹.

Hay sacrificios que, después de asumidos, dejan de doler, pero para ella ésta fue siempre una espina presente, pero también un generoso consentimiento renovado y actualizado siempre. Alguna vez, ya al final de su vida, al saborear de nuevo la amargura de este recuerdo, concluía diciendo que esta renuncia que le fue pedida sirvió para la gloria de Dios y fue un sello más para autenticar el Mensaje de Fátima, al ser ella su principal transmisora. Decía: — *Si yo hubiese estudiado y hubiese sabido escribir con mucha corrección, podría parecer que, al escribir las Memorias, lo hacía como una obra literaria y no con la genuina pureza de la simplicidad de quien*

¹⁵⁸ Sab 7,13.

¹⁵⁹ Carta de 1 de octubre de 1955 a don Ernesto Sena de Oliveira.

*apenas sabe decir lo que vió y oyó, sin los artificios de un lenguaje cuidado. Dios hace todo bien y siempre guía nuestros pasos por el camino mejor. ¡Bendito seas por siempre!*¹⁶⁰.

Cuando se le comunicó que no iba a hacer el examen como las otras chicas, en su alma se levantó una enorme tempestad. Le venían a la mente las ofertas hechas años atrás y el deseo de desistir y de tomar las riendas de su vida en sus propias manos. Deseaba mucho estudiar, no para hacerse una persona notable, sino para, según su entender, poder transmitir mejor el Mensaje que el Cielo le había entregado. Sin instrucción, ¿cómo podía hacer y hacerse oír de manera creíble?

Al igual que en su salida de Fátima, el Cielo se encargó de calmar esa tempestad. En un pequeño pasillo de la sacristía, el camino a la capilla, junto al despacho de la Superiora de la casa —es posible que aquél lugar le avivase más la tentación— sintió en lo íntimo de su corazón la voz de Aquél que un día calmó la tempestad en el mar de Tiberíades y en ese momento intervenía para pacificar el espíritu alterado de la humilde pastorcita de la *Serra de Aire*. Ella iba camino de la capilla para exponer a su Confidente del Sagrario el sufrimiento que le invadía el alma y Él se anticipó diciéndoles estas palabras: — *No estés triste. No estudiarás, pero te daré Mi Sabiduría. El Mensaje queda al cuidado de Mi Jerarquía*¹⁶¹. Guardó en su corazón esta palabra que le devolvió la paz y prosiguió en la vida con los ojos puestos en Dios.

4. CAMINO DE ESPINAS Y FLORES

Su protectora, la señora Maria da Conceição Maldonado Bento Pereira, cuando se enteró de que Lúcia no podía estudiar, quedó preocupada y le dijo que entonces ella le daría una parte de sus bienes, para que tuviese un futuro asegurado sin problemas de orden material. Lúcia dio las gracias, calló y habló de eso con el señor Obispo don José en la primera oportunidad que tuvo. Después de escuchar en silencio, Su Excelencia Reverendísima explicó, con paternal solicitud por el bien de su pupila, que no veía prudente aceptar esa generosa oferta. Daría pie a murmuraciones, que podían y debían evitarse renunciando a esos bienes. Lúcia, en el culmen de su adolescencia, período fecundo en sueños de color de rosa, sintió mucho esta renuncia que le era pedida por amor del Mensaje que ella tenía encargado transmitir al mundo.

Es hermoso verla así tan humana. Agraciada por los favores celestiales, ha de recorrer el camino un poco a oscuras, aceptando con humildad la palabra orientadora de las mediaciones humanas, a pesar de que su naturaleza le sugiera otra cosa. Tiempo después, agradecerá a Dios que le hubiera dado un guía tan prudente y concluía que fue un gran bien que hubiera sido así.

Lúcia, o mejor, Maria de los Dolores, como ahora es conocida, ya no se entrega a buscar sacrificios movida sólo por el fervor de su corazón y el deseo de salvar almas y de consolar a los Corazones de Jesús y de María; va creciendo en el sentido de la obediencia y ya sabe que *más vale la obediencia que el sacrificio*¹⁶². Como ya hemos visto arriba, somete al confesor los sacrificios que se siente inspirada a hacer, lo que a veces le es denegado; pero, cuando se obedece, se ofrece el verdadero sacrificio: la inmolación de la propia voluntad.

El día 8 de junio de 1923, que era fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, fue elegida por sus compañeras como “Celadora” del Sagrado Corazón de Jesús y el 26 de agosto de ese mismo año, sin pasar por las etapas normales, fue admitida como “Congreganta” en las Hijas de María. En ese día, con permiso del confesor, en un ambiente de gran fervor, al consagrarse de manera especial a Nuestra Señora, se consagró enteramente a Dios por el voto de castidad perpetua¹⁶³.

¹⁶⁰ Relato oral de la Hermana Lúcia.

¹⁶¹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

¹⁶² I° Sam 15,22.

¹⁶³ *O Meu Caminho* I pp.25-26.

Tenía 16 años. Fue una entrega, por las manos de María, a la Señora de su vida, que en ese día se hizo presente de modo muy sensible junto a Su pastorcita. ¡La Madre tenía que estar al lado de su hija en ese momento tan importante! En esta consagración, las “congregantas” recibían una medalla de Nuestra Señora, que llevaban sobre el pecho. La Hermana Lúcia la conservó toda su vida; en su tumba descansa sobre su corazón.

Así se iba sembrando este camino con espinas y flores y siempre con mucho amor y generosa entrega. Alegrías íntimas, que eran para su alma un bálsamo para suavizar el camino; agua fresca para el desierto, que a veces era bien abrasador, y el vino embriagador que la fortalecía en la búsqueda de la Voluntad de Dios, en el fiel cumplimiento de su misión. Santa Teresa de Ávila dice que Dios embriaga a veces a las almas para que ellas no se amedrenten ante los grandes sacrificios que encontrarán en su camino de ascensión ¹⁶⁴.

Ya viejiña era encantador oír la y ver a la Hermana Lúcia revivir ese tiempo lejano, en el que, entre sus compañeras, era alegre como ellas y pronta a los juegos. Muy viva, como siempre fue, no quedaba atrás en las iniciativas propuestas. Un día participó en una travesura: había una prohibición, las niñas no debían comer fruta de la finca. Pero la tentación no ocurrió sólo en el Jardín del Edén ... una alumna pasó junto a un peral y había allí una pera que parecía decir: “¡Ven, cómeme!” La pequeña miró el fruto tentador y no fue necesaria ninguna serpiente para alentarla. Extendió la mano y comió la pera. Pero había otros ojos que vieron el acto y la pobre transgresora fue llamada a rendir cuentas y fue castigada. Parece que el castigo fue ejemplar, para que sirviera de lección a todas. Sin embargo, todas fueron solidarias con la compañera, que había cogido el fruto prohibido porque sentiría hambre, en una edad en la que el apetito no se hace de rogar.

Y así acordaron todas coger las uvas que ya estaban maduras. En el recreo, procuraron que la Hermana que las acompañaba se sentara junto a una columna de la sala, de espaldas a la puerta, y todas formaron un corro alrededor de ella, cantando y bailando alegremente. A medida que pasaban por su espalda, una se escapaba saliendo del corro. Ésta corría a la finca y se traía racimos de uva en los bolsillos, volviendo a formar parte del corro, y otra hacía después lo mismo. Y así durante todo el recreo. La Hermana no se dio cuenta de nada y fue haciéndose la vendimia. Todas se llevaron uvas para comer durante el tiempo de estudio.

Después vino el reverso de la medalla: el peso en la conciencia. Lúcia era ya la Presidente de las Hijas de María. Fue ella quien llamó la atención sobre lo que habían hecho, no era grato a Dios y aconsejó a todas que se confesaran. En la primera oportunidad en que hubo confesiones, hubo un pecado colectivo. Lúcia fue la primera. Ahí confesó su pecado con mucha contrición. ¡Cuál no fue su asombro cuando oyó al confesor preguntar si las uvas le habían sentado mal! ... dijo que no. *Entonces*, dijo el sacerdote, *no se preocupe* ¹⁶⁵. El sacerdote sabía que aquellos estómagos no andaban muy alimentados, razón que atenuaba la falta. La pastorcita quedó con su alma ligera, pero la aventura no se repitió ¹⁶⁶.

La Hermana Lúcia guardaba gratos recuerdos de esa época de alumna en Vilar, aunque eran tiempos muy lejanos. Pero fueron cuatro años que marcaron mucho su vida. Viviendo en el anonimato y sin poder hacer exámenes como las demás condiscípulas, se distinguió por un “*no sé qué*” que le daba ascendiente entre sus compañeras y hacía que fuera respetada y querida, incluso por las Maestras. Éstas, cuando era necesario, le dieron responsabilidades sobre las más pequeñas, con las que ella tenía una “mano” particular, ya experimentada en su infancia. Y las de su edad disfrutaban en su compañía. Esto, a veces, le causaba algún transtorno, sobre todo cuando en el

¹⁶⁴ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS. *Camino de Perfección*.

¹⁶⁵ Relato oral de la Hermana Lúcia.

¹⁶⁶ *Ibidem*.

recreo pedía permiso para hacer una visita al Santísimo Sacramento. De haber estado sola, tenía la ocasión para rezar postrada las oraciones enseñadas por el Ángel, pero si algunas amigas pedían acompañarla, ya no podía. Aceptaba la compañía con una amable sonrisa y entonces rezaba en silencio, con su corazón postrado delante del Señor de su vida.

En un invierno de este período, casi todas las chicas enfermaron gravemente con una gripe muy fuerte y que parecía que iba a segar muchas de esas vidas jóvenes. Ante la gravedad del estado de las chicas, la Madre Superiora fue un día a la enfermería y les habló con solicitud maternal diciendo que el estado en que se encontraban era muy grave, que la medicina parecía ya no tener respuesta para atajar la enfermedad, que haciendo incluso todo lo posible sería mejor que se confesaran y recibieran el sacramento de la Unción de los Enfermos. El Sacramento ayudaría a llevar mejor la enfermedad, podía curarlas y, si ésa era la Voluntad de Dios, las prepararía para ir al Cielo. Todas escucharon la alocución en silencio y aceptaron la propuesta de la Madre, pero una de ellas comenzó a llorar y a protestar que no quería.

La Superiora se acercó al lecho de esa enferma y, con mucha ternura, intentó consolarla hablándole del Cielo. Y le preguntó: — *Entonces, Miquelina, ¿tu no quieres ir al Cielo?* La pequeña, aún estando muy débil, respondió con mucha fuerza, tal vez en el delirio provocado por la fiebre alta: — *Sí, señora, yo quiero ir al Cielo, ¡pero quiero ir viva!* ¹⁶⁷ Todas se confesaron y recibieron la Comunión como Viático y la Santa Unción. Fueron mejorando y salieron indemnes de la enfermedad. Sólo Miquelina empeoró más y fue al Cielo, habiendo recibido los Sacramentos, como se le había propuesto.

5. FÁTIMA SIN LOS PASTORCITOS

Entretanto, murieron los dos pastorcitos más pequeños ¹⁶⁸ y, tras haberse retirado de Fátima definitivamente Lúcia, la principal protagonista, si todo acontecía porque ellos lo habían inventado, como era la convicción de su madre, el movimiento de Fátima debería desvanecerse y terminar por quedar silenciado. Como Gamaliel dijo un día en el Sanedrín: *si esta obra es de los hombres, con el tiempo acabará por sí misma; pero si viene de Dios, no conseguiréis destruirla* ¹⁶⁹. Y así sucedió en Fátima.

Los pastorcitos habían sido sólo instrumentos de Dios para transmitir el Mensaje de salvación que Él había enviado al mundo a través del Corazón maternal de María. Incluso con prohibiciones, la gente continuó yendo a Fátima para acogerse a la protección de Nuestra Señora. De todas las partes del país y después de todo el mundo, de todas las clases sociales, todos los caminos conducen a Fátima. Y las almas atribuladas sienten el cálido regazo de la madre y no saben cómo explicar lo que sienten, pero allí se sienten bien, sobre todo sienten la paz profunda que sólo Dios puede dar. Y vuelven con el alma renovada y nuevas fuerzas para abrazar la cruz de la vida, a veces muy pesada, pero reciben allí algo parecido a una transfusión de fuerza.

Hay quienes van a Fátima a pedir favores; hay quienes van a agradecer los que ya han recibido; y hay quienes van por amor a María, para alabar, para consolar el Corazón de la Madre, para descansar en su regazo siempre acogedor. Y vuelven con nuevas fuerzas y más fervor para la vida diaria.

¹⁶⁷ *Ibidem.*

¹⁶⁸ Francisco murió el 4 de abril de 1919 y Jacinta el 20 de enero de 1920.

NOTA DEL TRADUCTOR : Los dos pastorcitos fueron beatificados en Fátima el 13 de mayo de 2000 por JUAN PABLO II que, en esa ocasión, hizo público un documento guardado en la curia vaticana, calificado entonces como “tercera parte” del *Secreto* de los videntes. Cf. arriba: capítulo 3 número 5-3.

¹⁶⁹ Cf. Act 5,38-39.

A Lúcia se le pidió que llamase la atención del mundo hacia el Corazón de la Madre, pero se le pidió el sacrificio de no saborear el agua *de esta fuente que comenzó a manar a borbotones y se transformó en un río caudaloso* ¹⁷⁰. Le fue pedido incluso un silencio absoluto sobre Fátima. Si junto a ella se hablaba de Fátima, ella simplemente parecía ignorar de qué se hablaba, pero dentro de sí corrían ardientes lágrimas que ella sorbía con generosidad. Sólo con el Señor Obispo de Leiría, en las visitas que Su Excelencia Reverendísima le hacía o en las vacaciones que pasaban juntos en Braga, ella podía expandir su corazón y por él tenía noticias de su nido natal.

El 8 de julio de 1924, Lúcia fue sometida de nuevo a un interrogatorio, pero esta vez como testimonio canónico, al haber abierto el Señor Obispo de Leiría un proceso canónico en 1922: o sea, una investigación oficial de la Iglesia sobre los acontecimientos de Fátima. Por el mismo Obispo fue nombrada una Comisión integrada por los Reverendos Padres João Quaresma, Vicario General; Faustino Jacinto Ferreira, Prior de Olival y Arcipreste del Municipio de Ourém; Manuel Marques dos Santos, profesor del Seminario; Joaquim Ferreira Gonçalves das Neves, párroco de Santa Catarina da Serra; Agostinho Marques Ferreira, párroco de Fátima. Siendo Lúcia residente en Oporto, el Obispo de Leiría pidió permiso al Señor Obispo de Oporto para proceder al interrogatorio oficial de la pastorcita en su jurisdicción. Concedido el permiso, Lúcia fue interrogada por los Reverendos Doctores Manuel Nunes Formigão Júnior, Manuel Marques dos Santos y Manuel Pereira Lopes, éste de la diócesis de Oporto y confesor de la interrogada ¹⁷¹.

Lúcia tenía 17 años. Como hizo toda su vida, mantuvo en su memoria y en su corazón todo lo que oyó y vió en Fátima, y respondió con sencillez y sinceridad a las preguntas ya tantas veces hechas, manteniendo reserva sobre aquello que era el Secreto y, además de eso, sobre las apariciones del Ángel, que por entonces no eran conocidas. Sobre este acontecimiento, ella escribe así: — *Como no entendía nada de tales formalidades, en esa ocasión no dí más importancia a ese interrogatorio que a cualquier otro de los muchos a los que estaba habituada. Por eso procuré responder con verdad y claridad a lo que me fue preguntado, teniendo cuidado de no adelantar ni revelar lo que aún mantenía en silencio. No sé, pero pienso que no tenía obligación de decirlo, y no sé, pero tengo la impresión de que se es más feliz cuando las cosas se guardan solo entre el alma y Dios. Al menos, a mí me ha sucedido así* ¹⁷².

Se ve cómo le dolía tener que hablar de esas cosas íntimas que deseaba guardar para sí. Es la repugnancia común de todos los que reciben favores de ese tipo. Nunca les agrada manifestarlos y, si lo hacen, es sólo por obediencia.

Con la relación elaborada por esa Comisión, el Obispo de Leiría, tras estudiarla a fondo, pudo formarse un juicio definitivo y justo sobre Fátima. Después de este estudio, Su Excelencia Reverendísima publicó la carta pastoral *A Divina Providencia*, que fue promulgada solemnemente en la Cova de Iría el 13 de octubre de 1930, después de 13 años de la última aparición. Fue la aprobación canónica de la peregrinación.

En el verano de 1929, en el mes de junio, el señor Obispo don José Alves Correia da Silva visitó a su hija espiritual, ya religiosa en Tuy. Y, en las conversaciones que ellos tuvieron solos, logró despejar algunas dudas que todavía tenía sobre las conclusiones de aquél estudio, que durante el año siguiente iba a culminar con la aprobación formal solemne. En esta visita, Su Excelencia Reverendísima habló largamente de la difusión de la devoción de Nuestra Señora de Fátima, no sólo en Portugal, sino en el mundo. Lúcia oía y dió gracias en su corazón. El Mensaje continuaba difundiéndose, incluso en su ausencia, incluso con su silencio. Pero su vida entregada

¹⁷⁰ Cf. Est 10,6.

¹⁷¹ SANTUARIO DE FÁTIMA, DCF II: pp.123-135 Documento 7, pp.137-146 Documento 8.

¹⁷² *O Meu Caminho* I p.37.

por amor era un torrente de agua fresca que se precipitaba para beneficio de las almas, era un fuego escondido, pero que calentaba tantos corazones helados por el pecado.

6. LAS VACACIONES EN BRAGA

Volvamos un poco atrás en el tiempo, todavía al período en el Asilo de Vilar. La pequeña Lúcia podía disfrutar de vacaciones saludables y reparadoras de sus fuerzas con la señora María da Conceição Maldonado Bento Pereira, quien se convirtió en su protectora y quedó autorizada a llevársela, de vez en cuando, a pasar días de vacaciones en Braga, en la finca *Fonte Pedrinha*. Era ésta la casa y finca que esta señora quería donar a Maria de los Dolores y el Obispo no consintió. Ante esta negativa y queriendo dejar a la pastorcita bien protegida, pidió a su gran amiga la señora Maria Isabel Vasconcelos que, caso de que ella faltara, cuidara de la joven. Ésta lo prometió y cumplió con alma y corazón.

Aprovechando estas salidas del *Instituto “Van Zeller”*, una vez al año, para proteger su anonimato, recibía allí la visita de su querida madre, fortaleciéndose así esos dos corazones que tanto se querían. Las vacaciones largas del verano se distribuían entre la finca de Formigueira, que pertenecía al Señor Obispo de Leiría, donde era acompañada por la señora doña Filomena Miranda, y, cuando Su Excelencia Reverendísima terminaba sus vacaciones, la pastorcita iba a pasar el resto del tiempo a la finca de *Fuente Pedrinha* con su protectora.

Durante este tiempo de vacaciones, la pequeña Lúcia, muy a gusto con su Obispo, era observada discretamente, pero con mucha atención. Y se le exigía mucha lealtad en la obediencia. Veamos cómo ella describe este tiempo de distensión con su pastor:

— *Durante el día, el Señor Obispo no quería que yo anduviese con la cabeza al sol. Por eso mandó a la señora doña Filomena que me comprase un gran sombrero de paja. Al principio, como no tenía costumbre, olvidaba ponérmelo. Pero, en cuanto yo aparecía fuera de la casa sin él, el Señor Obispo se daba cuenta, golpeaba las palmas desde la ventana, me llamaba y me preguntaba por el sombrero. Era preciso entonces subir la escalera, ir junto al Señor Obispo y de rodillas pedirle perdón. Su Excelencia me decía: “¡Todavía no has aprendido a obedecer, hija mía!”. Iba entonces a buscar el sombrero y volvía fuera a leer algún libro o revista. Para no olvidarme, colgué el sombrero en un cable de un ramal que había al fondo de la escalera de piedra y, como de camino pasaba por allí, así me acordaba. El Señor Obispo se reía y me decía: “Algún día, cuando la joven vaya a buscar su sombrero, encontrara dentro un nido de pájaros”. Pero nunca sucedió eso.*

Por la noche, cuando los criados habían terminado ya su trabajo, nos reuníamos todos en la capilla para rezar el rosario. El Señor Obispo abría el Sagrario, la señora doña Filomena conmigo cantaba el “Salutaris”, el “Tantum ergo”, y al final algún cántico a Nuestra Señora. El Señor Obispo dirigía el rezo del rosario, daba la bendición con el Santísimo, y después nos daba a besar su Sagrado Anillo y se iba a descansar.

A veces él me mandaba cantar los cánticos que sabía del colegio, del Ateneo, o del tiempo de la infancia en la Sierra. Los que conocía la señora doña Filomena, ella los cantaba conmigo, y los que no sabía yo tenía que cantarlos sola. Al principio me daba vergüenza y me costaba, después me acostumbré y ya lo hacía sin dificultad. Había unos versos [1] a los que modifiqué la letra, y que gustaban mucho al Obispo, y con frecuencia me mandaba cantarlos. Eran de esta manera: “En el Cielo una ventanuca hay, / y Portugal se ve por ella. / Cuando Dios se siente triste, / va a sentarse junto a ella”. Y yo decía: “Y Fátima se ve por ella”¹⁷³.

En la mesa, sentada al lado del Señor Obispo, éste hacía cuestión el servirla a ella y lo hacía con abundancia. Si a veces Lúcia mostraba resistencia, el Señor Obispo le decía: — *Ahora aquí, hija mía, la mortificación y el ayuno son la obediencia* ¹⁷⁴. Así la iba formando en una obediencia firme, pero con suavidad. Obediencia filial, sin rigideces.

7. ENCUENTRO CON LA MADRE Y PETICIÓN DE ENTRAR EN LA VIDA RELIGIOSA

En el verano de 1925, el último antes de entrar en la vida religiosa, durante el período de vacaciones estuvo también allí la señora Maria Rosa, la madre de la pastorcita, disfrutando así de una convivencia más larga. Y ni soñaban que era la última vez en que madre e hija podrían disfrutar de esa intimidad en el remanso de la casa de Formigueira ... En breve Lúcia entraría en la Vida Religiosa. Tenía 18 años y ya sentía la llamada de Dios con fuerza. Aprovechó esta convivencia con la madre para pedir su permiso a fin de dar ese paso, aunque no tuviera prevista aún la fecha ni dónde.

En sus *Memorias* nos cuenta: *Aproveché esta ocasión para pedir permiso a mi madre para hacerme religiosa. Ella respondió: — “Mira, hija, yo no sé bien qué vida es ésa. Voy a preguntar al Señor Obispo”. Y bajó la escalera, se llegó hasta el Señor Obispo, que estaba sentado en un banco, en el porche delantero, leyendo a la sombra de unas parras. Su Excelencia, apenas la vio, la llamó y le mandó sentarse en el mismo banco a su lado. Yo observaba desde arriba, desde el balcón. No oí lo que hablaban, pero mi madre volvió después de una larga conversación, contenta, a decirme que sí con la condición de que le hiciese saber si no llegaba a encontrarme ahí feliz y contenta, para ella ir a buscarme* ¹⁷⁵.

Madre e hija pasaron muchos momentos de conversación agradable, cantaban juntas los cantos de la *Sierra de Aire*. Las dos paseaban por la finca, recordando los tiempos pasados y la vida de Lúcia de niña. Así narra ella:

— *Una tarde fui con mi madre a dar un paseo por la finca, tomando el aire fresco de la tarde. Fuimos hasta una cantera que había un poco más abajo, descendimos hasta el fondo y allí nos sentamos sobre una piedra. Mi madre me preguntó si todavía recordaba algunos de los cánticos que cantaba en Fátima. Respondí diciendo que sí. Pensando que allí nadie nos veía, ni oía, las dos nos pusimos a cantar:*

*Amo a Deus no Céu,
Amo-o também na terra,
Amo o campo, as flores,
Amo as ovelhas na serra.
Sou uma pobre pastorcita,
Rezo sempre a Maria,
No meio do meu rebanho,
Sou o sol do meio-dia.
Amo a Deus ...
Com os meus cordeirinhos,
Eu aprendi a saltar,
Sou a alegria da serra,
Sou o lírio do vale.*

*Amo a Dios en el Cielo,
también Lo amo en la tierra:
amo el campo, las flores,
amo las ovejas en la sierra.
Soy una pobre pastorcita.
Rezo siempre a María,
en medio de mi rebaño,
bajo el sol del mediodía.
Amo a Dios ...
Como mis corderitos
aprendí yo a saltar.
Soy la alegría de la sierra,
soy el lirio de los valles.*

¹⁷⁴ *Ibidem.* p.28.

¹⁷⁵ MHL II: 6ª M n.74, p.183.

Al terminar, oímos reír. Levantamos nuestra mirada, y era el Señor Obispo que estaba allí en lo alto, mirando hacia abajo, y riendo. Nos levantamos para subir e ir al encuentro del Señor Obispo, pero Su Excelencia, con un gesto, nos dijo que quedásemos allí, y bajó él.

Y, viniendo hacia donde nosotras estábamos, se sentó en una piedra a nuestro lado, y nos mandó que continuásemos cantando, porque le agradaba oírnos. Cantamos entonces unos versos a Nuestra Señora:

CORO:

*É certo, é certo!
O céu é minha morada! (bis)
O céu é minha morada!
Por ele há muito anseio
E meu será sem receio
Junto à Mãe de Deus amada. (bis)
O céu é minha morada
Morada de eterno gozo,
Lá sempre serei ditosa
Junto à Mãe de Deus amada.
É certo, é certo!...*

A CORO:

*Es cierto, es cierto,
¡que el cielo es mi morada! (bis)
¡Que el cielo es mi morada!
y un gran deseo tengo de él.
Y mío será sin duda,
junto a la Madre de Dios amada. (bis)
¡Que el cielo es mi morada!
morada de eterno gozo.
Siempre allí seré dichosa
junto a la Madre de Dios amada.
¡Es cierto, es cierto! ...*

Luego fuimos a casa pues era la hora de la cena, que tomamos contentas y animadas ¹⁷⁶.

8. LA CONFIRMACIÓN

Así fue como la señora Maria Rosa estuvo presente en la ceremonia íntima de la Confirmación de su Lúcia. Como ella todavía no había recibido este Sacramento, el Señor Obispo aprovechó las vacaciones para su administración, haciendo para eso una rigurosa preparación.

— *Era el día de 24 de agosto de 1925, fue mi madrina la señora doña Filomena Miranda y, en ese momento, uní el nombre de Maria al de Lúcia, quedando desde entonces en llamarme Maria Lúcia de Jesús Rosa dos Santos, aunque usase habitualmente el nombre de Maria de los Dolores, para disimular. ¡Gocé tanto al recibir este Sacramento que parecía sentir sensiblemente la presencia del Divino Espíritu Santo!*

En los tres días que precedieron, el Señor Obispo se esmeró en mi preparación. Me explicó el significado del Sacramento, de la gracia operativa en el alma bien dispuesta, los dones y frutos del Espíritu Santo, etcétera. El día de la víspera, en la balconera acristalada, me mandó sentar a su lado, en el sofá grande de paja, en presencia de la señora doña Filomena Miranda y de mi madre, y me hizo un minucioso examen sobre el catecismo; gracias a Dios, pude responder a todo. Al terminar, la señora doña Filomena dijo: — “Si Vuestra Excelencia me hace a mí un examen así, no sería capaz de responder ni siquiera la mitad de las preguntas”. El Señor Obispo respondió: — “Si me dice a mí eso, tendré que ponerla a estudiar con el catecismo en la mano”.

En la tarde de ese día recibí el Sacramento de la Confesión en un confesionario situado junto a la puerta de la capilla y, al día siguiente, después de la Santa Misa y de la Sagrada Comunión, me administró el Santo Crisma ¹⁷⁷.

¹⁷⁶ MHL II: 6^a M n.75, pp.184-185.

¹⁷⁷ O Meu Caminho I p.33.

Durante este tiempo de vacaciones, compartía muchos paseos con Carliños, el hijo del administrador de la finca, que era seminarista. A él le gustaba hablar de Fátima, de los pastorcitos, de las peregrinaciones y concluía: —*Dicen que la mayorcita todavía sigue viva, pero nada se sabe de ella.* Y añadía: — *Me gustaría verla y hablarle, pero ¡nada se sabe de ella!* ¹⁷⁸ Lúcia se reía por dentro y por la noche, cuando Carliños ya no estaba allí, contaba estas conversaciones al Señor Obispo, con lo que éste se reía mucho.

Cuando fue la Confirmación de Lúcia y estando allí su madre, entonces Carliños y sus padres descubrieron quién era Maria de los Dolores. Y entonces él decía: — *¡Vaya, con que iba a contarle yo cosas de Fátima!, y ¡era ella misma!* ¹⁷⁹ Los padres lamentaron no haberlo sabido antes, pues les hubiera agradado mucho que en esa ocasión el Señor Obispo hubiese confirmado también a su hija menor. Ante eso, el Señor Obispo se ofreció a hacerlo al día siguiente y Maria de los Dolores fue la madrina de Maria de Jesús. Solo que no le hizo un examen tan riguroso ...

¹⁷⁸ *Ibidem* p 33.

¹⁷⁹ *Ibidem*.

CAPÍTULO VII

INICIO DE LA VIDA RELIGIOSA

1. LA VOCACIÓN RELIGIOSA

Lúcia tenía ya el consentimiento de la madre para entregar su vida al Señor. ¿Dónde? ¿Cómo? Ya hemos visto cómo el 15 de junio de 1921, en su despedida del lugar sagrado de las apariciones, después de contemplar por séptima vez a la *Señora más brillante que el sol* y ser por Ella serenada de la enorme angustia en que se encontraba, Lúcia —rememorando en su alma los sucesos allí acontecidos cuatro años atrás— sintió por vez primera el deseo de consagrarse a Dios en el Carmelo, al pensar en la visión de Nuestra Señora del Carmelo, contemplada el 13 de octubre de 1917, durante el milagro del sol. Por entonces, en su mente, también andaba flotando la imagen de Santa Teresita, camino de los altares, que sería beatificada el 29 de abril de 1923. Y en ella nació el deseo de ser también Carmelita.

Llevó esa chispa guardada en el fondo del corazón. Sin embargo, como ella confiesa, esta pequeñita llama sufrió el soplo de los vientos del mundo en los años de su adolescencia, al querer aferrarse a certezas terrenas. Y para eso era tentada por las voces amigas, que la querían proteger. Ya vimos cómo le fue doloroso aceptar el consejo, dado por el señor Obispo don José, de renunciar a la herencia prometida por su protectora.

Ella nos hace la confidencia:

— *Confieso que esta decisión del Señor Obispo fue para mí un gran sacrificio. En silencio, me retiré a mi cuarto a llorar. La pequeñita llama que Dios había encendido en mi alma, de la vocación religiosa, crecía, es cierto, pero tan lentamente que a veces parecía extinguirse. Y ¿entonces qué sería de mí? Me decían que para el Carmelo no tenía salud y, para otra Orden, yo no sentía atracción. Además de esto, ¡me agradaba tanto la hermosa casa y la finca de “Fuente Pedrinha” en la ladera del “Monte do Bom Jesus”!*

*Pero medité las hermosas palabras de Nuestro Señor en el Evangelio: “Las aves del cielo no siembran ni cosechan, sin embargo el Padre Celestial tiene cuidado de ellas. Los lirios de los valles no hilan ni tejen y en verdad ¡ni Salomón se vistió con tanta magnificencia!”. Y así hice un acto de abandono en la Divina Providencia: de nuevo deshojé esta flor a Tus pies, oh Madre Bendita, renové mi sí pidiendo que lo llevases al trono de Nuestro Dios*¹⁸⁰.

La inocente pastorcita fue agraciada con favores especiales del Cielo, pero no para su provecho personal. Fue elegida para transmitir al mundo un recado del Cielo e invitada a vivir ese Mensaje de salvación, al que ella procuró ser “fielmente fiel” durante toda su vida. Por este Mensaje, y por su verdad, sufrió y luchó hasta el final de sus días en la tierra. Pero, para su camino personal, no recibió una luz particular, no se le dieron facilidades. Como cualquier otra persona, tuvo que descubrir en la fe, y con mucha oración, cuál era la Voluntad de Dios en su propio caso. Nuestra Señora nunca le dijo qué camino debería seguir. ¡Caminó en la noche!

¹⁸⁰ O Meu Caminho I p35.

Por causa de la situación política de la época, en Portugal no le venía facilitada una elección vocacional libre, al haber sido expulsadas del país todas las Órdenes religiosas con la implantación de la República. Las *Hermanas del Instituto de Santa Dorotea* podían continuar en el Asilo de Vilar, pero sin llamarse “Hermanas”. Eran “señoras” que se ocupaban de la educación de alumnas niñas, que éstas nunca las llamaban “Hermanas” sino “Señoras”. En cuanto a las Órdenes contemplativas, éstas fueron completamente barridas del suelo portugués y con urgencia. De modo muy particular, las *Hermanas del Carmelo de Santa Teresa* de Coimbra fueron expulsadas de inmediato, el 10 de octubre de 1910, ¡cinco días después de la implantación del nuevo régimen!

Pero Lúcia no se cruzaba de brazos. Delante del Señor iba pensando el rumbo que habría de dar a su vida y la manera de concretar su sueño que iba tomando forma más determinada. A principios del año 1925, la señora doña Filomena Miranda la había invitado a acompañarla a Roma para asistir a la canonización de Santa Teresita, que sería el 17 de mayo de ese año. Lúcia confiesa su entusiasmo por participar en esa solemne celebración y enseguida hizo un plan:

— *Si el Señor Obispo me diese permiso, aprovecharía para pasar por Lisieux para pedir mi admisión en el Carmelo* ¹⁸¹.

Habló con el Señor Obispo y quedó autorizada. Pero, después de una conversación con la Superiora del Asilo de Vilar, el Señor Obispo retiró su permiso, ponderando medidas de prudencia en atención a su situación de anonimato. Para salir del país, tenía que tener un pasaporte y se conocería su paradero que, por ahora, no deseaba revelar para su mayor protección.

La Madre Superiora, al conocer su deseo de ingresar en el Carmelo, advirtió sobre la necesidad de ser prudente por causa de su salud, un poco débil, siempre con tendencia a la anemia, y la invitó a entrar en el *Instituto de Santa Dorotea*. Que ella probase y vería que ahí estaría bien. Condescendió, pero sin pedir todavía su admisión. Ya había hablado sobre su vocación con el Señor Obispo, quien le dijo: — *Aunque a él le pareciese que yo no tenía salud para el Carmelo, dejaba la decisión enteramente libre para lo que yo quisiera* ¹⁸².

Habló sobre esto con las señoras que eran sus protectoras y amigas. Éstas, conociendo su deseo de entrar en el Carmelo de Lisieux, la aconsejaron esperar todavía algún tiempo más. Pediría permiso al Señor Obispo para quedarse en casa de estas señoras, donde podía estudiar lengua francesa con una profesora particular. Quedó en seguir este plan y regresó serena al Asilo de Vilar.

2. POSTULANTE

El 22 de octubre de 1925 la Madre Superiora del Asilo le informó de que la Madre Provincial le quería hablar. — *Ella me llevó a su despacho y allí me encontré con la Reverenda Madre Monfalim. Después de haber sido presentada, ella me preguntó si quería acompañarla a Tuy, porque había oído decir que quería hacerme religiosa y estaba segura de que, en su Instituto, me encontraría bien. Procuré excusarme diciendo que así, de un momento para otro, no tenía nada de ropa preparada ni documentación para cruzar la frontera, que el Señor Obispo no estaba avisado, etcétera. Su Reverencia respondió que eso no tenía importancia, porque aún se iba a demorar dos días y, por eso, daba tiempo para avisar al Señor Obispo y para comprar cualquier cosa que necesitase. Después, lo que necesitase, podía resolverlo allí en el Noviciado. Los documentos para cruzar la frontera tampoco eran necesarios porque yendo con Su Reverencia, como era muy conocida por la policía, la dejaban pasar sin dificultad* ¹⁸³.

¹⁸¹ *Ibidem* p 38.

¹⁸² *Ibidem* p.39.

¹⁸³ *Ibidem* p.40.

Lúcia confesó su intención de estudiar francés para poder realizar su deseo de ingresar en el Carmelo de Lisieux. La Madre Monfalim, impulsada por su ya amplia experiencia y por la prudencia y, por qué no decirlo, por el deseo de poder contar con esta alma elegida entre sus hijas, le dijo: — *Que la idea del Carmelo era una ilusión, que yo no tenía salud para una Orden tan austera, etcétera, que el francés también lo podía estudiar en el Noviciado, que allí tenía Hermanas que lo hablaban muy bien y me podían dar clases y que, si viese después que ésa era la Voluntad de Dios, de ahí también [se] podría trasladar al Carmelo, porque en España había muchos. Y, si quería, allí mismo, en Vilar, ella podía entrar como Postulante para, con sólo acabar los seis meses, poder vestir el Santo Hábito* ¹⁸⁴.

Lúcia dió su sí, que quedó sellado con un emotivo abrazo de la Madre Provincial, que la recibía como Postulante y le prometió no revelar su identidad.

El tiempo apremiaba. Era necesario reunir un completo equipaje para salir dentro de dos días y despedirse de las personas a las que le ataban lazos de profunda gratitud. Por eso, en el poco tiempo que le quedaba, hizo una “peregrinación” a las casas de sus amistades. El Señor Obispo de Leiria, habiendo sido advertido de la partida de su pastorcita a España, apareció por sorpresa en el Asilo en la mañana del día 24: — *Se informó de cómo me había decidido, tan a última hora, y de las condiciones en que marchaba, me dió sus consejos y me dijo que contara siempre con Su Excelencia para cuanto viera que necesitase* ¹⁸⁵. En el futuro, debido a la mayor distancia, y también por estar en el extranjero, las visitas serían menos frecuentes. Pero su solicitud paternal no la abandonaría nunca.

Una vez ya Postulante, fue invitada a la comida del mediodía con la Comunidad, pero preferió ir a comer por última vez con sus compañeras, para despedirse y regalarles una medalla de Nuestra Señora de las Gracias. Después se desprendió de una cadena de oro con dos medallas, que colocó en la imagen de Nuestra Señora en la capilla de las Hijas de María.

De los pendientes ya se había desprendido en un acto de caridad. Algún tiempo atrás, murió una condiscípula llamada Alda. Fue a acompañarla al cementerio y, cuando regresó, encontró en la portería a la madre de la difunta llorando. Procuró consolarla. La pobre madre, agradecida, confesó que en ese momento sus lágrimas no eran sólo por la pérdida de su hija, sino porque no tenía dinero para regresar a su casa, que estaba en Lisboa. María de los Dolores no tenía dinero, pero de inmediato se iluminó su corazón caritativo. Sacó de sus orejas los pendientes de oro que llevaba y los entregó a la pobrecita diciendo: — *Vaya, véndalos a una joyería y ya tiene con qué pagarse el viaje* ¹⁸⁶. Esta pobre madre quedaría siempre eternamente agradecida a aquella joven desconocida, porque ante todo manifestó tan buen corazón. Y, para la pastorcita, este acto fue siempre una suave fragancia en su alma. Porque *siempre queda un poco de aroma en las manos que ofrecen las rosas, en las manos que saben ser generosas* ¹⁸⁷.

3. DEJA Y SÍGUEME - SEGUNDA VEZ

Con la Madre Provincial, Madre Monfalim, Lúcia salió hacia la estación de San Bento acompañada por la Madre Superiora del Asilo y la Madre Costa. Era el 25 de octubre de 1925. El tren partía a las dos de la tarde. Ahí la esperaban para despedirse sus amigas y bienhechoras, las

¹⁸⁴ *Ibidem*.

¹⁸⁵ *Ibidem* p.41.

¹⁸⁶ Relato oral de la Hermana Lúcia.

¹⁸⁷ **NOTA DEL AUTOR** : en el libro de la Hermana MARIA CELINA DE JESÚS CRUCIFICADO, *Irmã Lúcia. A memória que dela temos*, 3ª edición: Fátima 2006, por falta de información se escribió erróneamente que esta “pobrecita” era la madre de Miquelina [cf. *Hermana Lúcia. La memoria que de ella tenemos*, p.9].

señoras doña Maria da Conceição y doña Maria Isabel Vasconcelos, que quisieron hacer el viaje con ella hasta la salida de Braga, donde casualmente se añadió también el jesuita padre Barros. Con este sacerdote seguirán en taxi hasta Tuy, a donde llegaron de noche.

Lúcia puso los pies en el camino, con los ojos puestos sólo en Cristo y sólo por Él, sin grandes fervores sensibles. Sabía que quien se entrega a Dios, puede contar con que Él nunca le fallará. Marcha con los ojos fijos en Cristo y en María, en cuyo Corazón tenía su celda de refugio seguro, pero de nuevo rumbo a lo desconocido, en una tierra extranjera. Sufre la añoranza como cualquier postulante y eso es natural. Ella misma dice: — *Nadie se extraña de ver llorar a una postulante: ¡la nostalgia es tan natural!* ¹⁸⁸.

El taxi dejó a los tres viajeros al pie de una escalera.

— *Subimos la escalinata de piedra para entrar en portería. Inmediatamente acudió un grupo de Religiosas a las que yo veía por primera vez con hábito. Con muestras de alegría, daban la bienvenida a la Reverenda Madre Provincial, ayudando a sacar las maletas del coche y llevándonos dentro de la casa. Entretanto me despedí del Reverendo señor padre Barros, quien me dio la bendición y entré en la casa, siguiendo el cortejo que iba por delante de mí. Reparé enseguida en una puerta abierta que daba a la capilla, entré y, de rodillas en uno de los bancos delanteros, me quedé sola durante largo tiempo, delante del Sagrario y de una bonita imagen de Nuestra Señora de Lourdes, mientras oía el ruido de las voces de fiesta que se alejaban* ¹⁸⁹.

Ahí quedé por largo tiempo. Tenía la sensación de haber sido olvidada, y las lágrimas comenzaron a correr en abundancia. ¡Las añoranzas! Sus amigas y bienhechoras de Oporto, sus condiscípulas del internado, su madre, que ahora quedaba aún más lejos y que sufriría también por esa distancia que iba a dificultar más las visitas ya tan raras ... Todo venía en tropel a estrujar aquél corazón tan sensible y que en ese momento se sentía exiliado. ¡Cada vez el Señor pedía mayor soledad en su corazón, para que fuese enteramente Suyo! Y de nuevo escuchaba en el fondo de su alma la promesa de la Señora en Cova de Iría: *No te desanimes. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios* ¹⁹⁰. Se sabía protegida, pero no dejaba de sufrir. Aquél corazón tan joven, sobre el que pesaba una gran responsabilidad, iba a comenzar un nuevo camino: ahora iba a ser Religiosa, ¡sin dejar de ser la pastorcita! Y no iba a ser fácil conjugar las dos cosas.

Todos estos pensamientos venían en cascada a perturbar lo que podía haber sido un momento de gran gozo espiritual. El 13 de mayo de 1917 Lúcia había aceptado ofrecerse a Dios para abrazar todos los sufrimientos que Él quisiera enviarle y, después de su consentimiento, la Señora le anunció mucho sufrimiento, con la certeza del consuelo de la gracia de Dios. Y ¡la cruz aparecía con los brazos abiertos en cada momento de su vida!

Entretanto ¿qué hacían aquellas Hermanas con su Madre Provincial? Al haberse acordado la venida de Lúcia así tan rápidamente, ninguna en el Noviciado sabía nada de la improvisada Postulante. Para su admisión legal, tenía que hacerse al menos un sumaria información al Consejo. Y, ciertamente, fue lo que sucedió en ese momento en el que, aunque la Postulante estuviera bien acompañada, delante del Sagrario de sus amores, no dejó de sentirse inmersa en la noche de la desolación. Parecía que ya la habían olvidado ... Por fin, una Hermana Coadjutora, tocándola delicadamente en el hombro, la invitó a seguirla y la llevó al refectorio, donde le sirvió la cena.

Y es experiencia casi unánime que en la memoria de una recién llegada queda grabada la primera comida en el convento. Así también Lúcia registró en su memoria lo que le sirvieron:

¹⁸⁸ *O Meu Caminho* I p.44.

¹⁸⁹ *Ibidem* p.43.

¹⁹⁰ MHL I: 2ª M cap.2 n.4, p.83 y MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

arroz con bacalao, café con leche y pan. Después de la cena, que probablemente tomaría en silencio, fue presentada a las Madres que la esperaban en la sala de recreación. Sufrió una decepción, que entendió más tarde, pero que en ese momentó le dolió. Y fue el advertir que ellas sabían ya quién era ella y, sin embargo, la Madre Provincial le había prometido guardar secreto. Dejémos que ella nos lo cuente:

— *Enseguida me llevaron a la sala de recreación donde estaba la Reverenda Madre Provincial con algunas Madres, que me abrazaron y me dieron la bienvenida y ¡cuál no fue mi decepción al advertir en las miradas, en los gestos y las palabras, que casi todas sabían quién era la postulante! Una al abrazarme me dice:*

— *¿De dónde a mí esta dicha: que la madre de mi Señor venga a visitarme?* ¹⁹¹

Otra, señalando una pequeña imagen que estaba sobre una cómoda:

— *¿Qué es lo que Vuesa merced quiere de mí?* ¹⁹²

Actué como si no entendiese nada, pero en lo más íntimo de mí me preguntaba a mí misma: ¿Cómo es esto? La Madre Provincial me aseguró que nadie sabría quién era yo, y ¡noto que ya casi todas lo saben! Hoy entiendo que la Madre Provincial no podía cumplir aquella promesa, porque no podía admitirme sin decirlo, al menos a las consultoras, a la Madre Maestra de novicias, etcétera ¹⁹³

Ya en el Carmelo, escribió una nota de rectificación, contra lo que se dice sobre este período en el libro *Fátima Altar del Mundo*, afirmando: — *Aquí, en la obra “Fátima. Altar del Mundo” página 136, fascículo 18* ¹⁹⁴, *se dice: “que nadie en aquella casa sabía quién era” y que “la Superiora de la casa del Noviciado me había impuesto la obligación de no hablar de mí, ni de las apariciones, ni de cosas de Fátima, ni de Nuestra Señora”. No es exacto. Fui yo quien pidió a la Madre Provincial el no decir quién era yo, ni a la Comunidad, ni a las personas de fuera, lo que Su Reverencia me prometió, pero no cumplió, quizás forzada por el deber, no lo sé. Lo cierto es que, desde el mismo día en que llegué a Tuy, ya noté que varias Madres lo sabían* ¹⁹⁵.

Al día siguiente, una nueva sorpresa amarga le provocó la tentación de volverse atrás: después de Misa, cuando esperaba entrar oficialmente en el Noviciado, que estaba en la planta superior del edificio, la Madre Provincial la llamó a su despacho y le dijo que iría unos meses a Pontevedra, pero volvería a tiempo para vestir el Santo Hábito en mayo. Lúcia tragó aquello en seco. Muy rápidamente le pasó por la cabeza una decisión, que su naturaleza le dictaba: — *Me sería más grato volver de nuevo a Oporto, que ir a Pontevedra, pero pensé que era un sacrificio que negaba a Nuestra Señora y, por eso, incliné la cabeza en silencio y fui renovando mi Sí del 13 de mayo de 1917* ¹⁹⁶. ¡Siempre las campanas de Fátima tañían en su corazón! Antes de que sonaran en lo alto de la Basílica, ya habían sonado a fiesta o bien a rebato en el corazón de la pastorcita. Y ella, sintiendo incluso el grito de la naturaleza de rechazar lo que dolía, se impuso el silencio con fuerza varonil y, como Eva Lavallière, diría: “revienta, si quieres, pero obedece”.

4. EN PONTEVEDRA

Lúcia fue a Pontevedra el 26 de octubre de 1925. Ella no entendía esta decisión, pero ... ¿será que Nuestra Señora quería revelarse allí, o revelarse acá, porque Lúcia estaba allá? Quizás

¹⁹¹ Cf. Lc 1,43.

¹⁹² MHL I: 4ª M n.3, p.173.

¹⁹³ *O Meu Caminho* I p.44.

¹⁹⁴ J. GALAMBA DE OLIVEIRA, *Fátima Altar do Mundo. II: História das Aparições*, Porto 1954, p.136.

¹⁹⁵ *O Meu Caminho* I p.357.

¹⁹⁶ *Ibidem* p 45.

ambas cosas, porque Dios nos conduce, pero también nos sigue y sabe transformar en gracia y bien todo lo que en nuestra vida pudo ser errado, pues *Dios hace concurrir todo para el bien de los que Le aman* ¹⁹⁷. Ella nos cuenta cómo fue su llegada a este nuevo destino:

— *Acompañada por la Madre Pino que venía conmigo para llevarme en el tren, llegamos a Pontevedra. Era de noche. La Reverenda Madre Superiora Magalhães, la misma que me había recibido en Vilar, me acogió con demostraciones de gran estima, entró conmigo en la Capilla a rezar entre otras cosas el acto de Consagración a Nuestra Señora (¡Oh, Señora mía!), me condujo enseguida al refectorio donde me sirvieron la cena y después a la sala de la recreación, donde la Comunidad me dio el abrazo de bienvenida. Me hizo sentar junto a Su Reverencia para que le diera noticias de Vilar, de Oporto etcétera* ¹⁹⁸.

Pasó la segunda noche en tierra extranjera, en esa casa donde sólo era conocida por la Madre Superiora. Para todas las demás era una aspirante más a la Vida Religiosa en la Congregación de Santa Dorotea, fundada por Santa Paula Frassinetti. A la mañana siguiente tuvo una nueva sorpresa: se vió colocada entre las Hermanas Coadjutoras. La Superiora le confesó estar también sorprendida por esta decisión, pero cumplía órdenes recibidas. Para Lúcia, no importaba la categoría de ser más o menos, pero ... ¿y la promesa de estudiar la lengua francesa? Ella sabía que las *Constituciones* prohibían que las Hermanas Coadjutoras ¹⁹⁹ aprendiesen a leer ...

— *Pero de nuevo guardé silencio y en lo íntimo del corazón renové mi sí* ²⁰⁰.

Posiblemente, para preservar la simplicidad de esta joya que les era confiada y para proteger su persona, pensaron que en esta categoría de Hermanas, la más humilde y silenciosa, Lúcia, siempre escondida bajo el nombre de Maria de los Dolores, podría vivir mejor su vida religiosa. Lúcia pensaba en las promesas hechas por la Madre Provincial, pero ésta no podía decidir sola. No fue para atraerla por qué prometió lo que le prometió, ni menos pensando en hacer después lo contrario. Quizás le sangraba su corazón al alterarse el plan, pero la decisión de su Consejo debía haber pesado más. En determinados aspectos la Superiora no podía ir en contra de una decisión de su Consejo, y éste sería un caso de éstos.

Si la nueva Postulante no había hecho los exámenes escolares, aunque no fuese analfabeta, estaba en el grupo de las que eran admitidas como *Coadjutoras* y no podían serlo en la categoría de *Maestras*, que se destinaban a ejercer la docencia en los colegios de la Congregación. Podía hacerse una excepción, pero no siempre eso era viable. Y la pastorcita aceptó caminar por esta senda que le era indicada, confiando en la mano de Dios que la guiaba y actuaba en ella. Sí, porque los instrumentos humanos no son más que instrumentos en manos de Dios. Es siempre su mano la que nos moldea como le agrada y nos conduce por donde Él quiere.

El primer trabajo que se pidió a Maria de los Dolores que hiciese fue ¡cavar en la finca! Quizás pensaron que este tipo de trabajo le era familiar, por ser hija de agricultores, pero nunca lo había hecho. Cuando podría haber comenzado a ejercitarse en el uso de la azada, Nuestra Señora le dió otra ocupación. Después ayudaba en la limpieza de la casa, en la cocina o en el refectorio. Pero el ambiente de la casa no satisfacía sus deseos de recogimiento.

— *El ambiente de la casa era lo que ahora llamamos un hogar. Las alumnas internas eran estudiantes oficiales (“normalistas”) que, en grupos, casi cada hora, iban y venían de (la escuela) Normal. Estudiaban y hablaban en voz alta por toda la casa, cantaban, etcétera. Había dos internados: de niñas ricas y de niñas pobrecitas, con sus propios recreos, el movimiento de*

¹⁹⁷ Rom 8,28.

¹⁹⁸ *O Meu Caminho* I p.45.

¹⁹⁹ **NOTA DEL AUTOR:** Las *Hermanas Coadjutoras* eran religiosas que, al no tener preparación para dedicarse a la enseñanza, vivían su vocación asumiendo como tarea los trabajos domésticos.

²⁰⁰ *O Meu Caminho* I p.46.

*las familias que venían a traerlas y buscarlas ... en fin, un vaivén tal que más parecía una plaza pública que un convento. ¡Yo que había deseado el recogimiento de un claustro para consagrarme al Señor en una vida más silenciosa! ...*²⁰¹

Piensa en lo que había dejado, piensa en dar otro rumbo a su vida, le bailaba en su mente el Carmelo, pero piensa que la pueden tomar por orgullosa y de esa manera perjudicaría, en sus principios, la gloria de Dios y de Nuestra Señora: — *Ofrecí entonces a Dios mi sacrificio, por mí y por las pobrecitas del Asilo*²⁰². Continúa su generosa entrega, sin mostrar por fuera nada de lo que sufre por dentro. Ofrece a Dios su martirio interior, renovando el ofrecimiento que le enseñó Nuestra Señora: “¡Oh Jesús, es por Vuestro amor! ...”²⁰³

Ella nos cuenta:

— *Moralmente sufría un verdadero martirio, pero procuré siempre que externamente no transcendiese, principalmente en mi cartas. Decía que era feliz, y mi única felicidad consistía en sufrir por Amor de Nuestro Señor y por mi querida Madre del Cielo, por la conversión de los pecadores, por la Santa Iglesia, por el Santo Padre y [por los] sacerdotes*²⁰⁴.

Su corazón se abre con el Señor en la oración íntima, confiando filialmente su dolor, con la certeza de ser comprendida:

— *Pero, ¡oh mi Bien Amado!, ¿para qué me das Tú la aspiración a una vida más recogida, más a solas contigo? ¿Será sólo para pedirme este sacrificio, esta renuncia? ¿Tendré que pasar yo por esto como Tú por la agonía de Getsemaní? Como Tú diré también: “¡Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino lo que Tu quieres!”.* ¡Oh Jesús, es por Vuestro Amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María! Sí, porque desde que Te ví, nunca más dejé de mirar a la Luz de Tu rostro contemplando en un inmenso espejo la Humanidad en fila pasando delante de Tí. Nada Le escapa a esa Luz increada que todo penetra y absorbe todo en Sí, donde refleja todo como sombras que pasan enfocadas en el Ser Infinito del Eterno.

*¡Te amo, mi Jesús! ¡Ave María! ¡Qué felices, pienso yo, las almas que, recibiendo del Señor gracias insignes, consiguen pasar la vida guardándolas en silencio en el secreto de su corazón! Pero cada alma debe seguir el camino que Dios le ha trazado: “No me habéis elegido vosotros, he sido Yo Quien os ha elegido a vosotros”. Y nos dice San Pablo: “A unos escoge para Apóstoles, a otros para Profetas”, Doctores, etcétera. Cada uno ha de seguir el camino que Dios le ha trazado*²⁰⁵.

²⁰¹ *Ibidem* p.47.

²⁰² *Ibidem* p.48.

²⁰³ MHL I: 2ª M cap.2 n.6, p.87 y MHL I: 4ª M cap.2 n.5, p.176.

²⁰⁴ *O Meu Caminho* I p.48.

²⁰⁵ *Ibidem* p.49.

CAPÍTULO VIII

UNA GRAN PROMESA

1. TÚ AL MENOS ...

— “*Misericordias Domini in aeternum cantabo!*” [Cantaré eternamente las misericordias del Señor (Salmo 88)]. *Fue cuando atravesaba un mar de angustia cuando la querida Madre del Cielo se dignó a venir de nuevo al encuentro de aquella pobre hija, a la que había prometido Su especial protección. Era el día 10 de diciembre de 1925.*

Estaba en mi habitación cuando de repente se iluminó. Era la luz de la querida Madre del Cielo que venía con el Niño Jesús en una nube luminosa. Nuestra Señora, como queriéndome infundir coraje, me puso dulcemente la mano maternal en el hombro derecho, mostrándome al mismo tiempo su Corazón Inmaculado que traía en la otra mano, cercado de espinas.

El Niño Jesús dijo: Apídate del Corazón de tu Madre Santísima, que está cubierto de espinas que los hombres ingratos en todos los momentos Le clavan, sin haber quien haga un acto de reparación para quitarlas. Enseguida dijo Nuestra Señora: Mira, hija mía, mi corazón cercado de espinas que los hombres ingratos en todos los momentos me clavan con blasfemias e ingratitudes. Tu al menos procura consolarme y dí a todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado, se confesaren, recibiendo la Sagrada Comunión, rezando una parte del rosario y me hiciesen quince minutos de compañía, meditando en los misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, que yo les prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas.

Después de esta gracia, ¿cómo podía yo sustraerme al más mínimo sacrificio que Dios quisiera pedirme? Para consolar al Corazón de mi querida Madre del Cielo, contenta agotaría hasta las gotas del cáliz más amargo ²⁰⁶.

Esta queja del Corazón de la Madre, hecha a Su confidente, no fue destinada a ella solamente; a través de ella, era una petición materna a cada hijo que la quisiera oír y practicar. De nuevo Nuestra Señora lanza otra escalera para la salvación de Sus hijos cada vez más hundidos en los abismos del pecado, para ayudarles a vivir en la gracia de Dios. Es una nueva invitación a la conversión. Una queja de la Madre que teme por el peligro que amenaza sobre el hijo y le enseña pacientemente a recorrer el camino más seguro.

Es de esperar que se vaya enamorando de María quien durante cinco meses seguidos se acerca a la confesión sacramental, para recibir la Sagrada Comunión en estado de gracia, y reza una parte del Rosario con la meditación de uno o varios de sus misterios mirando hacia la Madre. Lentamente irá creciendo en su interior el deseo de vivir todo el mes y todos los días en el espíritu del primer sábado: esto es, en la ascésis y la conversión, evitando el pecado. En el corazón de quien practica esta devoción, por el hecho de mirar atentamente a María, es inevitable que brote el deseo de ser como Ella, grata al Padre, imitando a Jesús. Entonces desaparece la atención al

²⁰⁶ Ibidem p.51.

beneficio de la Promesa, para sentir una exigencia interior de vivir así, pasando la vida a ser un acto de reparación al Corazón de la Madre, por ser una vida grata a los ojos de Dios.

Ésta es la razón por la que María visitó a sus hijos: para indicarles el camino de la felicidad, para enseñarles a ser libres. Y el hombre es tanto más libre y feliz cuanto mayor es la ausencia de pecado en su vida. *Es la libertad en su ser y en su vida, la libertad de la virginidad, la libertad del Espíritu de Cristo* ²⁰⁷. En el corazón de cada ser humano está el deseo innato de ser feliz. ¿Quién no lo siente? Pero, ¡cuántos errores en la búsqueda de la felicidad! Se confunde la felicidad con el placer y el amor con la pasión fugaz. Y cuanto el corazón más intenta apresar los fuegos fatuos de esa loca fantasía, más se vacía y mayor ansia de ella encuentra. Por eso, viene la voz suave y solícita de María para indicar la fuente de la felicidad tan deseada. Y cada persona que la descubre, puede exclamar con san Agustín: “Nos creaste, Señor, para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Ti” ²⁰⁸.

2. APARICIONES DEL NIÑO JESÚS

La humilde Postulante sometió al confesor y a la Superiora esta aparición. La Superiora dijo que poco podía hacer y le aconsejó escribir a Mons. Manuel Pereira Lopes, que había sido su confesor en el Asilo de Vilar. Lúcia obedeció, aunque hubiera preferido tratar este asunto con el Señor Obispo de Leiría. No recibió respuesta inmediata a esa carta.

Entonces, la Superiora, solícita por su bien espiritual y sabiendo que Maria de los Dolores aún no conseguía hacerse entender bien en español, ni ella entendía bien al confesor, le aconsejó dirigirse con un sacerdote Jesuita portugués, que en ese tiempo estaba en Pontevedra, lo que ella hizo, y éste fue para ella de mucha ayuda. Este sacerdote era el padre Francisco Rodrigues, S. J.

Entretanto, llegó la respuesta de Mons. Pereira Lopes, como ella cuenta en la carta que le escribió, al relatar la aparición del 15 de febrero de 1926:

Reverendo Señor Doctor:

Vengo con todo el debido respeto a agradecer la amable cartita que la caridad de Vuestra Reverencia ha hecho el favor de escribirme ... Al día siguiente, cuando recibí a Jesús Sacramentado, Le leí su carta y le dije: “¡Oh Jesús mío! Yo con Vuestra gracia, la oración, la mortificación y la confianza, haré todo cuanto la Obediencia me permite y Vos me inspiréis; el resto, lo haréis Vos”.

(...) El día 15 andaba yo muy ocupada con mi encargo y casi ni me acordaba de eso. Y estaba yendo a vaciar un cubo de basura fuera de la finca, donde, algunos meses atrás, había encontrado a un niño, al que había preguntado si él sabía el Avemaría y, respondiéndome que sí, le mandé que la recitase para yo oírlo. Pero, como él se callaba y no se decidía a recitarla solo, la recité yo con él, tres veces. Y, al final de las tres Avemarías, le pedí que la recitase solo, el Avemaría. Le pregunté si él sabía cuál era la Iglesia de Santa María. Me respondió que sí. Le dije que fuese allá todos los días y que recitase esto: ¡Oh, Madre mía del Cielo, dadme a Vuestro Niño Jesús! Le enseñé esto y, en efecto, Él vino a mí.

El día 15-2-1926, al volver yo a ese sitio, como de costumbre, encontré allí a un niño que me parecía ser el mismo y le pregunté entonces: — “¿Has perdido el Niño Jesús a la Madre del Cielo?”. El niño se volvió hacia mí y dijo: — “¿Y tu has extendido, por el mundo, lo que la Madre del Cielo te pidió?”. Y, en esto, se transformó en un Niño resplandeciente. Sabiendo entonces que era Jesús, dije: — ¡Jesús mío! Vos bien sabéis lo que mi Confesor me dice en la carta que Os leí.

²⁰⁷ L. KONDOR, *Quereis ofrecer-vos a Deus?*, Fátima 2011, p.228.

²⁰⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones de San Agustín*, lib.I cap.1 n.1 (ed. BAC p.73).

Decía que era preciso que aquella visión se repitiese, que hubiera hechos para que fuese creída, y la Madre Superiora, sola, nada podía para difundir este hecho.

— *Es verdad que la Madre Superiora sola nada puede, pero con Mi gracia, puede todo. Y basta con que tu Confesor te de permiso y tu Superiora lo diga para que sea creído, incluso sin saberse a quién fue revelado.*

— *Pero mi Confesor decía en la carta que esta devoción no hacía falta en el mundo, porque ya había muchas almas que Os recibían, en los primeros sábados, en honor de Nuestra Señora y de los 15 Misterios del Rosario.*

— *Es verdad, hija mía, que muchas almas los comienzan, pero pocos los acaban y las que terminan es con el fin de recibir las gracias que ahí han sido prometidas, y me agradan más las que hicieren los cinco con fervor y con el fin de desagraviar al Corazón de Tu Madre del Cielo, que las que hicieren los 15 tibios e indiferentes* ²⁰⁹.

La vidente pidió una aclaración: si algunas personas no pudieren confesarse en sábado, ¿valdría la confesión de otros días? A lo que Jesús respondió:

— *Sí, puede ser de mucho tiempo atrás, contando con que, cuando Me recibieren, estén en gracia y tengan la intención de desagraviar al Inmaculado Corazón de María.*

De nuevo le pregunté: — Jesús mío, ¿y los que se olviden de formular esa intención?

A lo que Jesús respondió: — Pueden hacerlo en otra confesión después, aprovechando la primera ocasión que tengan de confesarse ²¹⁰.

Lúcia siente una mezcla de felicidad indescriptible y un dolor intenso por ver a Dios tan ofendido y así: — *Querría sufrir todos los tormentos para reparar al Corazón Inmaculado de María, mi querida Madre y, una tras otra, ir quitando todas las espinas que lo laceran. Pero he comprendido que esas espinas son el símbolo de los muchos pecados que van contra el Hijo, traspasando el Corazón de la Madre. Sí, porque por ellos muchos otros hijos se pierden eternamente* ²¹¹.

Más tarde, Mons. Pereira Lopes confesó confidencialmente que él no quería asumir responsabilidades y dijo a Maria de los Dolores que tratase las cosas de su alma con el Señor Obispo de Leiría y, por eso, no hubo más cartas de la vidente a este sacerdote.

Humildemente dió cuenta de esta aparición a la Superiora. Ésta quedó bastante preocupada y le dijo que, de embarcarse por ese camino extraordinario, ciertamente no podría continuar en el Instituto. La postulante no quedó afligida. Le parecía que, si eso fuese un impedimento, sería la forma de Dios para llevarla a una clausura ... Hablando con el confesor, éste le aconsejó que no hablase más de esos hechos a la Superiora y le mandó escribir todo. Prometió considerar el asunto de la vocación contemplativa y la petición del Cielo para darle cumplimiento. Lúcia se sintió comprendida, lo que le dió mucha paz.

Este sacerdote fue un apoyo seguro para la joven postulante, que daba los primeros pasos en la vida religiosa, llevando al mismo tiempo el peso de la responsabilidad del Mensaje que el Cielo le mandaba transmitir. Procurando entregarse con generosa fidelidad a lo que la obediencia

²⁰⁹ A. M^a MARTINS, *Novos Documentos de Fátima*, Porto 1984, pp.114-116 = documento 32.

NOTA DEL TRADUCTOR: La devoción de los *Quince Sábados*, para obtener alguna gracia especial por mediación de Nuestra Señora, propone asistir a la Santa Misa, confesar y comulgar, durante 15 sábados consecutivos en memoria de los 15 misterios del Rosario. Desde 1877 fue promovida por BARTOLO LONGO (1841-1926), fundador del *Santuario de la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya* (Italia), beatificado por JUAN PABLO II el 26 de octubre de 1980. Éste compuso la oración *Súplica a la Virgen del Rosario* en respuesta a la encíclica *Supremi apostolatus officio* de LEON XIII, donde este Papa propuso el rezo del Rosario como remedio frente a los males de la sociedad contemporánea.

²¹⁰ *O Meu Caminho* I p.52.

²¹¹ *Ibidem* p.53.

le pedía, sentía la lucha interior cuando tropezaba con las dificultades que salían al encuentro de sus anhelos. ¡Deseaba tanto el recogimiento! ...

Pero hacía todo con amor y por amor, incluso aparecía alegre y bien dispuesta, de modo que exteriormente no notaban su tribulación. Cuando ella servía en el refectorio, sabiendo que era portuguesa, las niñas jugaban a veces con las diferencias del idioma, que ella aún no conocía bien, provocando algunos errores divertidos. Una vez pidieron que les trajera *salsa*. Maria de los Dolores, solícita, fue a la cocina y les trajo un manojo de perejil, lo que provocó una carcajada general, porque *salsa* en español es en portugués *mojo*, y lo que nosotros llamamos *salsa* es en español *perejil*. Otra vez, de acuerdo entre sí, algunas le pidieron el “convoy”, que son las vinagreras. Ella, pensando que deseaban ver el tren, estuvo atenta a la línea del ferrocarril que pasaba cerca y, cuando avistó el tren, avisó que estaba llegando por si lo querían ver. Podemos imaginar las risas que todas hicieron. Ella se rió también a gusto.

Sabía crear un ambiente de humor, no transparentando al exterior nada de lo que llevaba por dentro. Ni se adivinaban sus días luminosos, ni sus noches de oscuridad profunda. Lúcia aprendió a vivir dentro de sí, sin derramarse, pudiendo decir como San Pablo: *¡sé vivir en la abundancia y padecer necesidad!*²¹².

CAPÍTULO IX

EN LOS CAMINOS DE DIOS GUIADA POR MARIA

1. DE NUEVO EN TUY

En ausencia de una Hermana que había enfermado, Maria de los Dolores fue encargada de acompañar a las niñas en sus idas y venidas a la escuela y al hogar y cumplir con otros encargos que esta Hermana solía hacer. Le sucedió algunas veces, cuando iba a buscar agua a la fuente pública, que fue abordada por un muchacho con intenciones de flirteo. Esto, que en ellas era perfectamente normal, para ella era una gran mortificación. La lucha iba creciendo y la joven postulante iba pensando en soluciones que dar a su vida. Un día, yendo a hacer un recado, pasó por el Convento de las Clarisas. Entró en la capilla a hacer una visita al Santísimo y pidió hablar con la Abadesa. Ésta la recibió en el locutorio. Oigamos cómo lo cuenta:

— *Le dije que era portuguesa, que estaba de postulante en el colegio de las Religiosas Doroteas, pero que deseaba preferiblemente entrar en una clausura, y le pregunté si era posible ser admitida allí. La Reverenda Madre me dijo que sí, pero antes tenía que pedir informes a la Reverenda Madre Superiora y al confesor. Le contesté que el confesor era el Reverendo padre Francisco Rodrigues, jesuita, que podía dirigirse a él cuando quisiera, que Su Reverencia estaba de acuerdo; la Madre Superiora no sabía que yo había ido allí, pues lo había hecho aprovechando la ocasión de ir a un recado, pero que en cuanto llegase se lo diría a Su Reverencia y, después, o volvía ella a pasar por allí o escribiría. Y me despedí contenta, pensando que, dentro de poco, sería admitida en aquél Monasterio. Pasé después por la Residencia de los jesuitas para decirlo al señor padre Rodrigues, quien me respondió: — “Está bien, pero si su aspiración es el Carmelo, será mejor que tratemos de su ingreso allí”* ²¹³.

Dije a la Madre Superiora lo que había pasado en cuanto ésta llegó a casa. Ella quedó un poco perturbada con la noticia. No dijo nada a la Postulante, pero debió telefonear entonces a Tuy, para advertir a la Madre Provincial de lo que estaba sucediendo. Era el día 18 de julio de 1926. ¡Cuál no fue la sorpresa de la postulante cuando a las 10 de la noche vio llegar de Pontevedra a una señora agregada, para llevarla a Tuy en el primer tren de la mañana, que salía a las cinco y media de la madrugada! Partió en silencio. Hubiera querido hablar con el confesor, con quien tan bien se entendía, pero no hubo tiempo. Refugiada en el Corazón de la Madre, sabía siempre que todo iba bien, siempre en paz. Ella estaba anclada en ese Corazón y de ahí nadie la sacaría, sucediera lo que sucediese. Era su Celda de intimidad con Dios. En Dios confiaba ciegamente y sabía que Él la llevaría siempre de la mano y, en su camino, aunque no lo viese muy claro, Él estaba presente, Lo llevaba en el corazón.

Llegaron a Tuy a las 9 de la mañana y fueron a Misa en la Iglesia de San Francisco, yendo después a casa que, en ese tiempo, todavía era una casa provisional en la *calle Ordóñez*. Enseguida fue recibida por la Madre Provincial. Veamos su relato:

²¹³ *O Meu Caminho* I p.57.

— *La Reverenda Madre Provincial me recibió muy bien, habló conmigo largamente sobre varias cosas, principalmente sobre mi deseo de pasar a una clausura. Me dijo que eso le parecía una tentación, que estaba segura de que yo en el Noviciado me iba a sentir bien, y que, para evitar los inconvenientes futuros que yo temía, me prometía que quedaría para siempre en la casa del Noviciado, considerando que siempre era preciso que hubiera algunas profesas.*

A continuación me entregó a la Reverenda Madre Maestra, que me condujo al Noviciado a presentarme a las Novicias, que me abrazaron dándome la bienvenida. La Reverenda Madre Maestra me destinó al encargo de la ropa negra, donde trabajaría en compañía de la Hermana Juana. En el ambiente del Noviciado, de recogimiento y silencio, me sentía bien, pero me quedaba siempre la duda sobre el futuro. La promesa de la Reverenda Madre Provincial de que quedaba allí para siempre ¿no sería como las que me había hecho en Vilar, sin cumplirse? Sus sucesoras, ¿verían de cumplirlas? ¿No sería temerario profesar con una incertidumbre así?

Ahí el confesor era el Reverendo padre Aparicio da Silva, Superior de la Residencia de los jesuitas; le informé de todo. Su Reverencia fue del parecer de que, a la vista de la promesa que la Reverenda Madre Provincial me hacía, de quedar para siempre en la casa del Noviciado, debía profesar ahí; que, si Dios no me quisiera ahí, no hubiera conducido hasta allí mis pasos, etcétera; en cuanto a lo que el Reverendo padre Rodrigues me había mandado escribir, que quemase todo. Así lo hice y bien contenta porque, como no tenía dónde guardar las cosas adecuadamente, temía que alguien las viese.

Las horas santas hasta la medianoche, del jueves al viernes, y el Santísimo Sacramento expuesto toda la noche en los primeros viernes, me henchían el alma de felicidad. ¿Sentía ahí tanto la presencia de mi Señor! Eran tantas las gracias que me concedía, que no podía ni siquiera pensar en rehusarLe el menor sacrificio. Era preciso entregarme, darme sin reserva al Amor de Aquél que también Se me daba, a mí tan miserable criatura ²¹⁴.

Renglones torcidos por donde Dios escribe. Fue aquí, con este confesor que le ordenó quemar lo que había escrito sobre la petición de la devoción de los primeros sábados y la reparación al Inmaculado Corazón de María, donde ella vió cómo comenzaba a difundirse esta devoción por todo el mundo, aunque no hubiera sido aprobada oficialmente sino hasta 1939.

2. NOVICIA

Llegó el 2 de octubre de 1926, en el que Lúcia, oculta bajo el nombre de Hermana Maria de los Dolores, comenzó el noviciado con el rito del “Vestirse” o *Toma de Hábito*. No estuvo nadie de su familia o de sus amistades personales, aunque había comunicado a algunos familiares y amigos esa nueva: — *Celebré a solas con Dios y en la compañía amiga de mis con-novicias y Superiores. Fue un día, no digo de grandes alegrías, sino de intimidad con el Señor* ²¹⁵.

Con la pregunta sobre el futuro en el fondo del alma, incluso así celebró este día con serenidad y paz. El hecho de no tener a nadie de sus relaciones personales le permitió vivir ese día más en silencio y oración. Para ella era el mejor regalo: poder estar más tiempo con su Jesús Escondido. Y ¿quedaría allí? La duda asaltaba siempre en el fondo del corazón y, a esa pregunta, la pastorcita no conseguía ver una respuesta clara. Y confiesa: — *Las expresiones de felicidad que en tales momentos he usado se refieren únicamente a la felicidad que encontraba en abrazarme a la cruz por Amor a Dios y a Nuestra Señora* ²¹⁶.

²¹⁴ *Ibidem* pp.58-59.

²¹⁵ *Ibidem* p.60.

²¹⁶ *Ibidem*.

Comenzaba el tiempo del noviciado. Este tiempo es la base de la Vida Religiosa. Es el tiempo de la formación de una vida que va a dedicarse y consagrarse enteramente a Dios. Hay una Maestra, una religiosa ya con experiencia de esa vida, pero ésta es sólo un instrumento, una acompañante en el camino que la novicia comienza a recorrer: eso que es el seguimiento de Cristo. Él, por la acción de Su Espíritu es el verdadero Formador, contando con la dócil colaboración de la novicia que se siente llamada a seguir a Cristo, sea cual fuere el Carisma que la haya atraído. Todo depende de la generosa y sincera lealtad en la entrega. Y el futuro depende de este período, como la estabilidad de un edificio depende de la solidez de sus cimientos. Nada hace la Maestra, por muy santa que sea, si la candidata no es fiel y no se abre a las mociones del Espíritu Santo.

La Hermana Dolores se aplicó con toda sinceridad a la búsqueda de la Voluntad de Dios en su vida, y a la asimilación del Carisma recibido y transmitido por su santa Fundadora, Santa Paula Frassinetti. Vivió con fidelidad este tiempo, absorbiendo todas las enseñanzas que le fueron dadas por la Madre Maestra. Le agradaba la convivencia fraterna con las otras novicias, que en esa época eran muchas, pues las vocaciones abundaban en todas las Congregaciones. Vivió entre ellas sin que supieran que ella era la Pastorcita de Fátima, efundada como todas con la toca de batista blanca endurecida cubierta por el velo alvísimo, símbolo de la blancura de su alma de elección.

Fátima era un asunto sobre el que, al principio, varias veces se habló en las recreaciones. Así ignorada Lúcia se sentía bien, pero como continuase manifestando el deseo de ir al Carmelo, quizás por eso, la Madre Provincial ordenó que no se hablase de Fátima en presencia de la Hermana Maria de los Dolores, para que ella se sintiera más a gusto con ese silencio. Lúcia comenta: — *Como es natural, este misterio a mi alrededor hizo que muchas cayeran en la cuenta de quién era, y no tardé en notar las miradas de curiosidad, las atenciones de simpatía y particular devoción. Este ambiente de silencio duró poco tiempo, y durante él incluso llegué a suponer que quizás la devoción a Nuestra Señora de Fátima habría acabado, quedando en nada. Esta suposición me hizo sufrir bastante, por más que, del todo, no podía convencerme de que Nuestra Señora no hubiera conseguido llevar adelante Su obra de Misericordia. Sin embargo, no tardé mucho en recibir noticias que me certificaron de lo contrario* ²¹⁷.

Estas noticias llegaron particularmente por las visitas que recibía de las personas amigas y en especial del Señor Obispo de Leiría, que le hablaba largamente de la proyección de Fátima, pero más a menudo del padre Aparicio S. J., su confesor y director espiritual, que se hizo un apóstol de la devoción de los primeros sábados y de la reparación al Inmaculado Corazón de María. Un día, al final de la confesión, la Hermana Lúcia oyó una pregunta que la sofocó.

Y nos hace la confidencia:

— *¡Un paso más: de nuevo una Cruz! Inesperadamente, un día después de la confesión, el confesor le preguntó por los escritos que había traído de Pontevedra. Respondí simplemente que los había quemado, conforme a lo que Su Reverencia me había ordenado.*

— *Los quemó—, respondió secamente: — Pues ahora los va a escribir de nuevo. Después me los entrega para que los examine.*

Entonces le expuse que no podía hacer ese trabajo sin decirlo a la Madre Maestra:

— *Pues dígaselo, respondió Su Reverencia: — ¿Por qué no va a decirlo?* ²¹⁸

Con mucho sacrificio, en la primera ocasión, ahí se llenó de coraje y dijo a la Madre Maestra el mandato que tenía, respondiendo a las varias preguntas que ésta le hacía sobre las apariciones, en especial sobre las que se habían dado en Pontevedra. Después de oírla, la Madre Maestra dijo que ella hablaría con la Madre Provincial, porque una Hermana Coadjutora que

²¹⁷ *Ibidem.*

²¹⁸ *Ibidem* p.63.

escribiese, es cosa rara. Estas Hermanas no se destinaban a escribir, sino a trabajar. La novicia quedó a la espera de la decisión superior, tranquila, descansando en la obediencia.

Poco después, fue llamada al despacho de la Madre Provincial. Repitió todo lo que le había dicho a la Madre Maestra, y la Madre Provincial le dijo, más o menos, lo mismo que la primera le había dicho, añadiendo que ya lo sabía por la Superiora de Pontevedra, pero esperaba oírlo de su boca. Y la alertó sobre el peligro de que fuera una ilusión y que le daba mucha pena porque, si se enredaba por ese camino, no podía permanecer en el Instituto.

Se estableció entonces un diálogo que ella nos narra: — *¿Quién sabe, Madre Provincial, si no será éste el camino por donde Dios quiere llevarme al Carmelo!*

— *Pero ¿es que la Hermana continúa con esa idea? ¿No se siente bien en el Noviciado?*

— *Sí, en el Noviciado me siento bien, pero pienso en el futuro.*

— *El futuro, ya le prometí que será el mismo: ¿qué más quiere?*

— *Pues ¿quién sabe si las sucesoras de Vuestra Reverencia serán del mismo parecer?*

— *Por eso no se preocupe, que ya se harán las cosas de modo que quede asentado. En cuanto a lo de escribir ahora esas cosas, por mí no escribiría, pero como se trata de un acto de obediencia al confesor, escriba, pero no cuente con sus Superiores para propagar esa devoción, que, en eso, el Instituto no tomará parte* ²¹⁹.

Al despedirla, le dio unas hojas de papel. Lúcia salió y, ante las objeciones de su Superiora, esperó al día de la confesión para pedir al sacerdote de nuevo su parecer, quien mantuvo la orden dada. Ella escribió la petición de Nuestra Señora sobre la devoción de los primeros sábados, usando una tercera persona para que, en su difusión, no fuese presentado su nombre. Y, contrariamente a lo que le había sido prometido, su Superiora Provincial fue muy entusiasta en la difusión de esta devoción entre las alumnas de sus colegios. En las cartas de la Hermana Lúcia se encuentran muchas referencias a las peticiones de la Madre Provincial para que le enviaran estampas para Portugal.

3. DUDAS INTERIORES

También durante el noviciado el Señor permitió que Su pastorcita sintiese un largo silencio, una noche en la que nada veía y le parecía que todo había sido una quimera. Le entró en el alma la tentación de la duda. ¿Se habría engañado a sí misma y así habría engañado a otros? ... Y ¡era ya tanta gente! El 19 de enero de 1928, estando ya en el segundo año del noviciado, escribió a su director espiritual, el padre Aparicio S. J., contándole su tribulación y cómo se hizo la luz en su alma:

— *No sabía qué hacer. Ya que Nuestro Señor me había dejado, desde hacía tanto tiempo, decidí: vivir del deseo de amarLo, de sufrir por Su amor y [de] la capacidad de abismarme cada vez más en mi miseria y en mi nada; elegir una hora en que nadie estuviera en la capilla y, después que me hubiera postrado humildemente a sus pies, pidiendo perdón por mis faltas, prometiendo la enmienda, llamar a continuación a la puerta del Sagrario, pidiendo que me diese luz para saber qué debía hacer y que, si Jesús nada me hiciese ver ni sentir ni oír, tendría la prueba de que estaba descontento conmigo y que yo me había engañado. Y, si esto sucediese así, estaba decidida a ir por este mundo a decir a toda la gente que me había engañado y sufriendo los malos tratos a los que me quisieran someter, en reparación del disgusto que en tal caso habría dado a Nuestro Señor, por más que, ante Dios, no tuviera falta, porque mi intención fue siempre satisfacer a Su Santísima Voluntad. Lo hice, pues, así. Pero, ¡oh Dios mío!, ¿sería ahora un*

²¹⁹ Ibidem p.64.

engaño? Al llamar a la puerta del Sagrario, el silencio de hacía seis meses se interrumpió y quedé, no sé cómo, sintiéndome poseída de un bien y de una luz sobrenatural. Me parecía que Jesús me iba a llevar consigo. Después de pasar así unos instantes, Jesús terminó por dejarme en una paz y suavidad como, puedo asegurar, nunca sentí igual ²²⁰.

Terminó así un tiempo de inmensa angustia. Ciertamente le pareció oír de nuevo la voz de su madre, quien le decía que estaba mintiendo, engañando al mundo. Fue tiempo de purificación, en el que tuvo que anclarse en Dios solo, no teniendo fácil oír la voz autorizada de las mediaciones humanas. El Señor Obispo, con quien ella era una carta abierta, raramente aparecía por Tuy, y el padre Aparicio no estaba tan cerca porque, mientras tanto, había sido enviado a Oya, a ejercer el cargo de Maestro de Novicios *. Este sacerdote se ofreció a pasar por Tuy para seguirla con su acompañamiento espiritual. Se entendía muy bien con él. Ante sus preguntas vocacionales y su deseo de ir al Carmelo, tanto este sacerdote como el padre José Bernardo Gonçalves, que lo substituyó cuando el padre Aparicio marchó a Brasil, ambos pensaban que era una tentación y le aconsejaban continuar por el camino donde había puesto los pies.

Lúcia nos dice:

— *El noviciado fue transcurriendo entre dudas y perplejidades sobre mi perseverancia en el Instituto ... Llegó el día 23-9-1928. Hice con la Comunidad el retiro preparatorio para la Profesión de los votos temporales; durante estos días de mayor recogimiento y oración, pedí mucha luz al Señor para conocer su Voluntad.*

El día 28, pareciéndome temerario profesar así en la duda, fui junto a la Madre Maestra, pero una vez más, a mi indecisión, Su Reverencia me dijo que le parecía una tentación, pero que no quería la responsabilidad, que diría a la Madre Provincial que hablara conmigo. Y no tardó la Madre Provincial en llamarme a su despacho. Me repitió lo que ya en otras varias ocasiones me había dicho: que era una tentación, que era el demonio que quería engañarme con la apariencia de un bien mayor, y que estaba segura de que, después de la Profesión, esto se me pasaría. Pero, si sucediese lo contrario, en cualquier momento podía hacerse el traslado. Que, de momento profesara por obediencia, considerando que también éste era el parecer y consejo del confesor y que Dios la bendeciría ²²¹.

Lúcia rindió su voluntad a la voz de la obediencia e hizo su Profesión de los votos temporales. En su corazón, se entregó enteramente al Señor de su vida. En su corazón, no había parcelas ni etapas: se dió toda y para siempre. Pero sobre el modo y el lugar, ésa es la pregunta que quedaba. Entonces pidió al Señor una señal de Su Voluntad para su caso:

— *En los días de sus desposorios, los esposos acostumbran dar a sus prometidas una alianza, señal de la unión perpetua. No me tomes a mal que Te pida también una señal de Tu Voluntad sobre mí: si éste es el lugar por Ti escogido para que te sirva hasta la muerte, si es así, que yo sienta la felicidad de servirte aquí en perpetua entrega y consagración, aunque esa felicidad dure sólo el día de mi Profesión. Después, si quisieres, beberé contigo el cáliz de la amargura [por] que quiero acompañarTe en el camino del Calvario y llevar Contigo la Cruz del dolor. ¡Oh Señor, atiende mi súplica!* ²²².

²²⁰ SANTUARIO DE FÁTIMA, DCF V-1: Documento 81.

* **NOTA DEL TRADUCTOR:** El municipio de Oya está ubicado en el litoral meridional de la provincia de Pontevedra. Forma parte de la comarca del *Bajo Miño*, limita al norte con el de Bayona, al este con el de Tomiño y al sur con el de Rosal. Fue en *Santa María de Oya* donde la Provincia portuguesa de la Compañía de Jesús instaló su Noviciado, al ser expulsados de Portugal por el régimen de la Revolución de 1910.

²²¹ *O Meu Caminho* I p.68.

²²² *Ibidem* pp.68-69.

4. SIGNOS DE LA PREDILECCIÓN DE DIOS

Debía presidir la Misa y la ceremonia de emisión de los Votos y Tomas de Hábito, el día 2 de octubre, el Señor Obispo de Leiría. Pero hubo una pequeña avería en el vehículo que llevaba a su Excelencia Reverendísima al tren y, por este motivo, esperaron todo el día y la ceremonia no se hizo. Fue muy molesto para la Hermana Dolores, como era conocida, ver el disgusto de sus compañeras, viendo pasar el día sin hacerse la ceremonia. Ella sabía que todas conocían por causa de quién era y, aunque ninguna le hubiera dicho nada, ella se sentía mal con aquél peso, del que no tenía la culpa. Y ella deseaba tanto confiar su alma a su Padre espiritual, más antes de profesar ... Esperaron al día siguiente, el 3 de octubre de 1928, en ese tiempo día litúrgico de Santa Teresita. No habiendo llegado el Señor Obispo al mediodía, dieron comienzo a la Santa Misa, presidida por el padre Cândido Mendes, Provincial de los jesuitas portugueses.

Desconsolada, ella se iba preguntando si ese contratiempo no sería *la señal* pedida a su Esposo ... Pero iba a tener más respuestas, que ella identificó como tales. En el momento de profesar los Votos sagrados, cada Profesa recibía un crucifijo que pasaría a usar sobre su pecho. A las Hermanas Coadjutoras, por causa de los trabajos a que se dedicaban, se les daba un crucifijo más pequeño. Cuando llegó el turno de la Hermana Dolores, por error, el sacerdote le dio un crucifijo grande. Ella lo recibió con un beso de corazón entregado, mirándolo atentamente y en esa mirada le dijo todo lo que llevaba en el corazón, sobre todo su amor incondicional. Después, se lo puso sobre el pecho. Terminada la ceremonia, al darse cuenta del error, vino una Hermana a cambiarlo, dando a la Hermana Dolores otro más pequeño, que era el que le correspondía. Fuese grande o pequeño el crucifijo, representaba al mismo Señor, pero lo que dolió a la recién Profesa fue no quedarse con el crucifijo de su Profesión. Sufrió este pequeño disgusto en silencio y se decía a sí misma: — *Esta señal me parece aún más clara que la primera, ¿no será símbolo del cambio que un día haré del Instituto hacia el Carmelo?* ²²³

Hay pequeñas espinas que causan mayor dolor que otras mucho más grandes. Depende de dónde hieran. Nuestra vida está sembrada de pequeños y grandes sufrimientos, la mayoría de los cuales nos suceden sin que quienes nos rodean tengan la intención de herirnos. Y eso acontece inevitablemente en todos los modos de vida.

En ese día, junto a la alegría propia de su entrega al Señor, la joven Esposa recibió de su Divino Esposo aún otra señal de predilección —el sello de la cruz— y que ella leyó como una señal, aún más evidente, que había pedido para su camino vocacional. Por la tarde, la Hermana Dolores fue a la sala de visitas para saludar al Señor Obispo de Leiría y las demás personas que habían venido para asistir a esa celebración de su Profesión, entre los que también estaba el señor Canónigo Formigão. Le pidieron que firmara algunas estampas para tenerlas como recordatorios. Ella se negó a hacerlo, pero la Madre que la acompañaba, le dio una pluma y le dijo que escribiera. Obedeciendo a esta orden, firmó algunas estampas. ¡Cuál no fue su sorpresa cuando, al salir de la salita, fue llamada al despacho de la Madre Provincial, a quien encontró bastante enojada! Le preguntó a la Hermana Dolores qué había estado haciendo en la sala de visitas y con permiso de quién. La pastorcita se quedó sin habla. Estaba establecido que, en ausencia de la Superiora, se obedeciese a la Hermana más antigua ... ¡Era lo que ella había hecho!

En un momento, la Madre que la acompañaba salió para avisar a la Madre Provincial de la orden que había dado. Pero la información fue entendida sólo a medias y la Madre Provincial no entendió que a la joven Profesa se le había ordenado escribir, pero sí que estaba escribiendo por su iniciativa. Resultó de esto una amarga decepción, y la hermana Dolores después de besar

²²³ *Ibidem* p.70.

humildemente la mano de su Superiora, fue a solas junto al Sagrario para derramar su corazón y sus lágrimas en el Corazón de Aquél que todo lo sabe y todo lo ve, diciendo: — *Tu respuesta es tan clara, Dios mío, que no me queda duda ninguna, sólo me queda saber cómo y cuándo quieres Tú que, batiendo las alas, levante el vuelo* ²²⁴.

Enseguida comenzaron en ese día a abrirse algunas puertas.

Dejémos que ella nos lo cuente:

— *El señor Dr. Formigão quería hablar conmigo particularmente; para eso, consiguió permiso de la Reverenda Madre Provincial y vino a las dos de la tarde. Habló conmigo de varios asuntos relacionados con Fátima, entre otros de la Fundación de un nuevo Instituto, fundado en el espíritu del mensaje y dedicado a la adoración perpetua del Santísimo solemnemente expuesto. Hablarme de la adoración del Santísimo era tocarme en la fibra más íntima del corazón. Pero, por las circunstancias en que Dios me había colocado, deseaba la clausura. Confidencialmente no oculté a su Reverencia la intención que tenía de que, posiblemente, habría de trasladarme a un Carmelo. Su Reverencia me representó el bien que podría hacer pasando a la nueva fundación, al ser una Religiosa ya formada. Como no era eso lo que yo deseaba, respondí que consultaría al Señor Obispo de Leiria. Supongo que este sacerdote habría comunicado esta entrevista a Su Excelencia el señor Arzobispo de Évora, don Manuel Mendes da Conceição Santos, que no tardó en aparecer por Tuy. Hablando particularmente conmigo, me preguntó sobre mi vocación personal. No oculté la intención de que posiblemente [me] habría de trasladar a un Carmelo. Su Excelencia me habló entonces del traslado a una nueva fundación, donde deseaba que en principio se unieran tres personas que estaban y donde, según el parecer de Su Excelencia, yo, por ser una Religiosa ya formada, podría dar mucha gloria a Dios y a Nuestra Señora, convirtiéndome en el lazo de unión entre todas ellas. Respondí a Su Excelencia que no era ésa mi aspiración, pero que habría de orar y consultar. Después haría lo que entendiésemos que era Voluntad de Dios. Su Excelencia se mostró muy comprensivo y se despidió dándome la bendición, que recibí de rodillas, besando su Sagrado Anillo* ²²⁵.

Lúcia busca la Voluntad de Dios en su camino, inmersa en la noche. ¡Qué duro debió haber sido andar un camino que le parecía no ser el suyo! ... De una cosa tiene certeza y ésa es su alegría: ¡ella es de Dios! El resto es secundario. Escuchémosla en su intimidad con Jesús Escondido, junto a Quien se refugió, al final del día de su primera Profesión, después de haber tenido que hacerse, bastante mortificada, una fotografía:

— *Sea cual fuere el lugar donde me encuentre, donde Tu quieras que Te sirva, ahí seré Tuya para siempre; aunque oficialmente mi Profesión sea temporal, en el contrato íntimo de nuestra unión, ¡ésta es ya para siempre! Y sea cual fuere mi camino, sea tierra suave o áspera, o pedregosa, la que pise, será siempre el peregrinar por la senda estrecha que ¡antes Tu has trillado por mí! Y me siento feliz de pertenecerTe, despojada de todo por el Voto de pobreza; soy enteramente Tuya por el don inefable del Voto de castidad con que Te dignaste enriquecer a esta pobre alma y llevarla a las alturas angélicas de la corte celestial. Desde ya, Te cantaré en la tierra el himno de puro Amor, que sólo las Vírgenes saben cantar a coro con Su Reina Celestial, “Regina Virginum”, y con Ella Te diré cada día: “Magnificat anima mea Dominum. Et exultavit spiritus meus in Deo Salutari meo!”* ²²⁶ ¡Sí, porque revelaste estas cosas a los humildes y a los más pequeños! ²²⁷

²²⁴ Ibidem pp.71-72.

²²⁵ Ibidem p.73.

²²⁶ Lc 1,46 -47.

²²⁷ O Meu Caminho I p.74.

5. UNA FOTO

Despedido el señor Dr. Formigão, en esa misma tarde del día 3 de octubre de 1928, la Reverenda Madre Provincial me mandó salir para ir al fotógrafo a fin de que me hiciesen una fotografía. Quise excusarme, pero la Reverenda Madre Provincial ordenó y fue preciso obedecer. Fui acompañada por la Hermana Alzira Figueiredo ²²⁸. ¡No se imaginaba la pastorcita qué caro sería pagar esa foto! ... Fue para acceder a una petición del Señor Obispo de Leiría por lo que la Madre Provincial, Madre Monfalim, ordenó a la Hermana Dolores ir al fotógrafo. Sería sólo para la revista de Fátima. Pero después la fotografía apareció en varios periódicos y, peor todavía, se hicieron postales con ella y fueron puestas a la venta.

Ella nada sabía. Pero, más tarde, llegó a saberlo. Durante un retiro en 1929, en la confesión, el sacerdote reconoció a la Hermana Dolores. Como había visto su foto en algunos periódicos y esto no le parecía bien, se lo hizo notar a la joven religiosa, que desconocía el hecho. Ésta quedó hecha un mar de lágrimas. Por más que la quisiese consolar, el confesor no consiguió detener su llanto. Habló entonces con el padre Aparicio, que pasó por el Noviciado, y le pidió que consolara a la pastorcita. Éste, para serenarla, le hizo notar que nadie coleccionaba periódicos, que al contrario se echaban a la basura, hechos trizas, quemados e incluso pisoteados, y aún utilizados de otros modos. Con esa perspectiva del destino de su foto, ya quedó más serena ²²⁹.

Toda la vida sintió repugnancia por la fotografía. No era fácil conseguir de ella una foto. Decía: *es una enfermedad*, y no se prestaba de buen grado a posar, sino raras veces. Las mejores fotos son las que se consiguieron sin que ella se diera cuenta, salvo raras excepciones.

6. ESPOSA DE CRISTO

La Profesión de los consejos evangélicos es un verdadero desposorio del alma con Dios. En la profesión temporal, como la palabra indica, canónicamente hay un compromiso por algún tiempo, pero en una vocación firme y clara, en el corazón, el compromiso es total y para siempre. Así nos revela su disposición interior la Hermana Lúcia: — *Aunque oficialmente mi profesión fuese temporal, en el contrato íntimo de nuestra unión, éste era ya para siempre* ²³⁰.

Es un noviazgo que dura algunos años para prepararse mejor a la entrega definitiva y total, sancionada por la Iglesia, que da respaldo oficial a la alianza hecha en el corazón. Todo comienza por la iniciativa de Dios: *no sois vosotros quienes Me habéis elegido* ... ²³¹ Y es Dios quien dice la última palabra.

Quien siente la llamada y con libertad se deja enamorar por Cristo, siguiendo Sus pasos, a medida que va caminando, ¡va comprendiendo la grandeza de ese inefable don de Dios y siente una gratitud imposible de decir! Entonces brota el deseo de traducirlo en actos, de hasta cometer locuras que sólo el amor explica. Porque *el amor es fuerte como la muerte* ²³². Por los propósitos que la Hermana Lúcia escribió, en su retiro de preparación para la Profesión temporal, vemos el fervor con que se lanzó a esta nueva etapa de su vida consagrada.

Vamos a leerlos en su totalidad:

— *Los propósitos fueron dos: La asistencia puntual a todos los actos de la comunidad, de los que sólo podía dispensarme por la falta de salud o por la obediencia. La caridad, en cuya*

²²⁸ *Ibidem* p.73.

²²⁹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

²³⁰ *O Meu Caminho* I p.73.

²³¹ Jn 8,16.

²³² Cant 7,6.

práctica nunca me excusaré de ningún servicio que me sea pedido, o que yo vea que en él puedo dar gusto a mis hermanas, siempre, bien entendido, que no sea contra la obediencia.

Oración. Además de la meditación, la lectura espiritual, asistencia a la Santa Misa, Sagrada Comunión, examen de conciencia, que haré diariamente con la Comunidad. Rezaré todos los días el Rosario; para eso debo ir a la capilla un cuarto de hora antes del toque para la Misa y, en ese tiempo, rezar la primera parte, meditando los misterios gozosos. A las cuatro de la tarde, que habitualmente es cuando el Santísimo está más solo, iré a hacer una visita a Jesús Sacramentado y rezaré la segunda parte, meditando los misterios dolorosos. A continuación, teniendo tiempo, haré el Viacrucis; cuando a esa hora no pueda, lo haré después del examen de la noche. La tercera parte la rezaré con la Comunidad a las 6 y media de la tarde, meditando los misterios gloriosos.

Rezaré las oraciones del Ángel cinco veces al día, repitiéndolas 3 veces cada una. La 1ª al levantarme, postrada, junto a la cama. La 2ª, en la visita al Santísimo en medio de la mañana hacia las 10 horas. La 3ª después del examen de la noche en la capilla, con los brazos en cruz, como en la de la mañana. La 4ª, antes de acostarme, junto a la cama, postrada. La 5ª, la primera vez que me despierte, levantarme y recitarlas postrada. Los jueves haré una hora santa desde las 11 hasta la medianoche, quedando en la capilla en oración desde el final de la recreación de la noche, a no ser que la obediencia o la caridad me ordenen otra cosa.

Las penitencias. Usar la disciplina 3 días a la semana durante un “Miserere”, miércoles, viernes y sábados. Me pondré el cilicio 3 días a la semana durante 3 horas, en unión con Nuestro Señor durante las 3 horas que estuvo en la cruz, los lunes, miércoles y viernes. Usaré la cuerda a la cintura y la cruz de metal en el pecho, 3 días, martes, jueves y sábados. Excepto el café por la mañana, abstenerme de beber 3 días a la semana, en unión con la sed que Nuestro Señor sufrió en su pasión y por Sus intenciones, martes, viernes y sábados. Los lunes y jueves no comeré fruta. En la mesa, servirme de lo que me fuere presentado, con sencillez, poniéndome de refilón en el plato lo que estuviere delante, sin reparar si es más o menos apetitoso, creyendo que eso es lo que Dios me ha destinado y con lo cual quiere que me alimente para poder servirLe y amar.

Las jaculatorias habituales: “¡Oh Jesús, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!”. “Jesús, manso y humilde de Corazón, haced mi corazón semejante al Vuestro”. “Amo al Corazón Inmaculado de María y espero en Su protección”²³³.

Y es así como ella parte hacia la vida concreta con los ojos puestos en Jesús, su Divino Esposo, con el deseo profundo de darLe gusto, de consolarLe y a Su Madre. Sí, porque en el corazón de esta joven pastorcita crepita, cada vez con más intensidad, un fuego que la quema por dentro y que ella quiere, como Jesús, ver extenderse a toda la Iglesia: la reparación que fue pedida en Fátima y más insistentemente en Pontevedra. El día 13 de julio de 1917, la Señora le había dicho: — Jesús quiere servirse de ti para que Me des a conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a Mi Inmaculado Corazón²³⁴.

7. APÓSTOL DEL MENSAJE

Quería gritar a todo el mundo la petición de Jesús y de María, pero hacía lo que podía al entregar a los superiores las peticiones que recibió y, en sus cartas, sin declarar la procedencia de la petición, iba encendiendo los corazones en ese amor que llevaba dentro de sí. Después de tratar

²³³ O Meu Caminho I pp.76 ss.

²³⁴ MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

con el confesor y de recibir su aprobación, parece que su madre fue la primera confidente de ese deseo de María Santísima. La Hermana Dolores escribió a su madre el 24 de julio de 1927, compartiendo con ella el deseo de Nuestra Señora e invitándola a entrar también en esa corriente de reparación. Dice así: — *Quería también que la madre me diese el consuelo de abrazar una devoción que sé es del agrado de Dios, y que fue nuestra querida Madre del Cielo Quien la pidió. Después que he tenido conocimiento de ella, desearía abrazarla y hacer para que todos los demás la abrazasen. Por tanto, espero que la madre me contestará diciendo que lo hará, y va a procurar que todas las personas que por allí van la abracen también. Nunca podrá darme mayor consuelo que éste. Consiste sólo en hacer lo que va escrito en esa estampita. La confesión puede ser otro día, y los 15 minutos es lo que me parece que llevará a más confusión. Pero es muy fácil. ¿Quién no puede pensar en los misterios del rosario? ¿En la Anunciación del Ángel y en la humildad de nuestra querida Madre que, al verse exaltada, se llama a sí misma esclava? ¿En la pasión de Jesús, que sufrió tanto por nuestro amor? ¿Y nuestra Madre Santísima junto a Jesús en el Calvario? ¿Quién no puede así, con estos santos pensamientos, pasar 15 minutos junto a ¡la más tierna Madre de todas las madres!?*²³⁵

Discretamente, siempre que pudo, la Hermana Dolores se oculta en el anonimato. De ahora en adelante no perderá la ocasión que se le presente para sembrar esta devoción. El padre Aparicio, su director espiritual, le prometió que haría lo que pudiese en este sentido, y desde el principio lo puso en práctica, valiéndose de su ministerio sacerdotal. Sin nada oficial, se hacía todo a título particular. Lúcia sufría al ver la lentitud con que se ponía en práctica el deseo del Cielo.

Y, oyendo el eco de la queja que le fue manifestada por María: *Tú al menos procura consolarme*²³⁶, daba vueltas a su imaginación para multiplicar los pequeños gestos que el amor hace grandes —el amor es industrioso— y así mantener bien alta siempre la llama del amor que se da a Dios y a los hermanos.

8. EL AMOR EN ACTO

Con la Profesión temporal, las jóvenes profesas eran enviadas a las distintas casas de la Provincia. La Hermana Dolores tenía la promesa de la Madre Provincial de quedar siempre en la casa del Noviciado, para vivir más protegida, atendiendo a su condición particular. A pesar de que continuó viviendo en la parte de la casa reservada a las novicias, comenzó a relacionarse más con la Comunidad. Siguió ocupándose del ropero, de la ropa negra, y ayudando en las diversas tareas de la casa, siempre disponible para cualquier ayuda que le fuese pedida, o que ella viese que era necesaria, fiel al propósito de su Profesión.

Siempre le agradó dar. Ahora, pues, por el voto de la pobreza, no teniendo gran cosa que dar, se daba a sí misma con todo el amor, a quien necesitara su ayuda, con el corazón abierto, casi quedando muy agradecida a quien se beneficiaba de sus servicios.

Tenía una predilección, mutua, que eran las enfermas. Le agradaba mucho acompañarlas, y las enfermas y ancianas deseaban su compañía. Como la enfermería estaba contigua a su cuarto de trabajo, las Hermanas que ya estaban permanentemente en la enfermería pidieron permiso a la Madre Provincial para solicitar de la Hermana Dolores algunos servicios. Esto les fue concedido y las ocasiones no faltaron.

La Hermana Lúcia nos ha dejado unas páginas deliciosas sobre esta convivencia fraterna en el ejercicio del amor de caridad, que ahora transcribimos aunque la cita sea larga:

²³⁵ A. M^a MARTINS, *Novos Documentos de Fátima*, Porto 1984, p.118 = documento 34.

²³⁶ *O Meu Caminho* I p.50.

— Entre otras, estaba la querida Madre Ordez. Era la primera portuguesa que ingresó en el Instituto. Ya anciana y enferma, sólo podía caminar apoyada en un bastón y asistida por una Hermana. Me pidió que fuera a su cuarto siempre que sintiera golpear el suelo con su bastón. A veces quería que fuese a ver si la Madre Provincial estaba en su despacho, si la podía recibir y, en caso afirmativo, que la acompañase allí. Otras veces quería ir a la capilla, y allí la llevaba, ayudándola a sentarse en la silla y le preguntaba a qué hora quería que la fuese a buscar. Obtenida la respuesta, le pedía que rezase también por mí. — “Oh sí, rezo mucho por ti, Ángel mío” —, respondía con una amable sonrisa. Y ¡Dios sabe de cuántas gracias soy deudora a sus buenas oraciones!

Debido a la edad y a la enfermedad, su estado de salud se fue agravando hasta que quedó en cama. Entonces me alternaba con la Hermana enfermera, de día y de noche, para nunca dejarla sola. Una tarde, me parece que era domingo, se juntaron en el cuarto algunas Madres para visitarla; cuando se encontraban ahí, sonó el toque para el rezo del Rosario y la Bendición con el Santísimo; la Hermana enfermera le dijo: — “Madre, han tocado al Rosario y a la Bendición. Que se vayan todas, yo me quedo aquí para acompañarla”. Al oír esto, la Madre tomó mi mano y reteniéndome me dijo: — “Váyanse todas, queda aquí conmigo la Hermana Dolores”.

Las Madres salieron y yo me arrodillé junto a su cama para rezar el rosario en voz baja. La Madre iba respondiendo vagamente al Avemaría, Padrenuestro, Gloria, Letanías, etcétera. Como se oían muy bien los cánticos de la Capilla, acompañé también en voz baja el “Tantum ergo” y el “Panem de Caelo”. Y la Madre escuchaba y sonreía dulcemente. Le dije: — Madre, ahora es la Bendición, vamos a recibirla en espíritu.

La Madre, sentada en la cama y recostada contra las almohadas, levantó las manos, con el rosario entre sus dedos, se inclinó ligeramente hacia adelante en señal de adoración y recogimiento y, cuando yo esperaba verla erguirse de frente, noté que ya no vivía en la tierra. ¡Oh Divino Esposo, al bendecirla le habías dado el brazo y con Él partía al Cielo. Era la primera muerte a la que yo asistía, y ¡qué hermoso es ver cómo mueren los santos!

Algún tiempo después, el Señor me concedió la gracia de asistir a otra muerte, no menos bella. Fue la de la querida Madre Falcão. Entre otras dolencias, esta Madre padecía de la vista. Era muy piadosa y, como no podía trabajar, pasaba los días en la Capilla junto a Nuestro Señor. Para que la luz de las ventanas no la molestase, se metía en una esquina, atrás, entre el confesionario y la pared. Pero, cuando el confesor venía para atender a la Comunidad, era un problema convencerla para que saliera de ahí. Un día discutía con el señor padre Barros:

— Pero entonces Señor Padre, ¿Vuestra Reverencia no puede confesar sólo desde ese otro lado y dejarme estar aquí? Yo estoy un poco sorda y no oigo lo que dicen.

Me acordé entonces de invitarla a ir a la sacristía.

— Venga para acá, Madre, venga aquí a la sacristía. He cerrado todas las ventanas y quédese la Madre allí, frente a la puerta que da al Presbiterio; ahí queda todavía más cerca del Sagrario y mejor.

Aceptó, y después me lo agradecía diciendo:

— Me agradó mucho estar en la sacristía: si me dejaran estar siempre allí cada vez que viene el confesor, la mitad del tiempo que esté lo ofreceré por la Hermana.

Cuando iba a la capilla, a las horas en que daba el sol en la ventana, en frente al fondo del pasillo, entraba en el ropero y me pedía el paraguas y [yo] se lo daba abierto en la mano. Después tenía gracia verla ir pasillo adelante con el paraguas abierto (era para que la luz del sol no le hiciera daño a la vista) y me reía. Un día, al sentir que reía, me dijo:

— ¡Ah, pícara mía, te ríes de mí! Te pagaré ¡pidiendo mucho a Nuestro Señor por ti!

— Qué bella paga, mi querida Madre. ¡Muchas gracias!

Un día a la tarde, al regresar de la Capilla, entró en el ropero y me pidió que le diera una muda completa de ropa lavada, a poder ser la más vieja que tuviese de su uso, porque quería vestirse toda con ropa lavada, al día siguiente, cuando se levantara.

— “Entonces, Madre, ¿va a salir de viaje?”, pregunté.

— “Pues sí”, respondió.

— ¡Ah!, pero en ese caso no le daré su ropa vieja, más bien le daré la mejor.

— No, no, me da la más viejiña. Es un viaje de donde nunca se vuelve.

— ¡Entonces con más razón aún! Le daré la mejor ropa y ¡tendré que arreglarle la mala!

— “No, no, nada de eso” —, y me dijo bajito: — “Mañana me voy al Cielo, y quiero vestirme con ropa lavada, para que no tengan que amortajarme”.

— “¿Ha sido Nuestro Señor quien se lo ha dicho?” —, pregunté.

— “Sí, ha sido” —, respondió.

— ¡Ah!, entonces dígame a nuestro Señor que me lleve consigo, que ¡yo también quiero ir al Cielo!

— Sí, pero la Hermana todavía es muy joven, aún tiene mucho que trabajar aquí en la tierra, pero yo no me voy a olvidar de ella en el Cielo ²³⁷.

Enseguida la Hermana Dolores fue a contar a la Madre Provincial esta conversación y a preguntar si debía darle la ropa. Con una sonrisa benevolente, la Madre le dijo que le diese todo lo que la anciana había pedido, para que durmiese tranquila. Ésta, a la mañana siguiente, se levantó como de costumbre, fue a Misa y comulgó, quedando en la capilla el resto de la mañana. Nada especial le notaron, al haber seguido su rutina normal.

Terminada la comida del mediodía, dijo a la Madre Provincial que no se sentía bien y manifestó el deseo de confesarse y de recibir el Sagrado Viático y la Santa Unción. La Madre, con una sonrisa maternal, preguntó si quería al médico. Ella dijo que eso no valía la pena y, acompañada por la pastorcita, fue a su habitación y se acostó en la cama. La Hermana Dolores la cubrió con la colcha, y la anciana volvió a pedir que fuese a urgir a la Madre Provincial para que no se demorase en llamar al sacerdote. Para serenarla, la Madre consintió en que se llamase al sacerdote, que se presentó con prontitud, pero no le dio la Santa Unción ni el Sagrado Viático, por pensar que no era el caso para ello, aunque la Hermana insistía.

La Hermana Dolores con la enfermera quedaron junto a la paciente, mientras el sacerdote se iba. Al arreglar la cama, notaron que el rostro se le alteraba con los síntomas de una muerte próxima. Llamaron de nuevo al sacerdote, pero cuando llegó, ya ella había partido. Y la Hermana Lúcia concluye: — *Siento una felicidad muy grande, al creer que es otra santa más que en el Cielo pide por mí* ²³⁸.

La pastorcita se sentía bien cuando podía vivir su vida en la sencillez y en familia con sus Hermanas, a las que ella amaba mucho en el Señor. Pero se sentía mal cuando notaba que la exponían para que fuese vista. Todas las Hermanas eran de la opinión de que era preciso que ella fuese protegida, pero cada una a veces se veía en aprietos ante la insistencia de los familiares o amigos que la querían ver. Y, como “no hay regla sin excepción”, como cada persona es una sola, eran muchas las ocasiones en las que ella se veía hecha una “estrella popular”, pasando la excepción a ser regla. Cuando las alumnas de los colegios venían en su viaje anual, la Hermana Lúcia debía servirles, o entonces, siempre que las Madres iban a hacer su retiro anual, ella las servía y arreglaba las habitaciones. Hacía el trabajo con amor y dedicación; pero le costaba verse “mirada”. Esto la cansaba. Y la idea del Carmelo seguía bailando en su horizonte ...

²³⁷ *O Meu Caminho* I hoja aneja.

²³⁸ *Ibidem*.

CAPÍTULO X

LA PETICIÓN DE LA CONSAGRACIÓN DE RUSIA

1. VISIÓN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El 13 de julio de 1917 Nuestra Señora había prometido venir a pedir la consagración de Rusia a Su Inmaculado Corazón. Pasados doce años, el día 13 de julio de 1929, en una noche de adoración, a solas, ante el Santísimo Sacramento, apenas iluminado por la trémula luz de la lamparilla del Sagrario, la pastorcita de Fátima ve de repente que la capilla se ilumina con una luz que ya le es familiar. Y nos cuenta:

— *Había pedido y obtenido permiso de mis Superiores y del Confesor para hacer la “Hora Santa” desde las once de la medianoche de los jueves a los viernes. Estando una noche sola me arrodillé ante la balaustrada, en medio de la capilla, para rezar, postrada, las Oraciones del Ángel. Sintíendome cansada, me incorporé y continué rezándolas con los brazos en cruz. La única luz era la de la lamparilla.*

De repente se iluminó toda la capilla con una luz sobrenatural, y sobre el Altar apareció una Cruz de luz que llegaba hasta el techo. En una luz más clara, en la parte superior de la cruz, se veía un rostro de hombre con el cuerpo hasta la cintura. Sobre el pecho una paloma también de luz y, clavado en la cruz, el cuerpo de otro hombre. Un poco por debajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un cáliz y una hostia grande, sobre la que caían algunas gotas de sangre que corrían por las mejillas del Crucificado y de una herida en el pecho. Escurriendo por la Hostia, estas gotas caían dentro del Cáliz. Bajo el brazo derecho de la cruz estaba Nuestra Señora (era Nuestra Señora de Fátima con Su Inmaculado Corazón ... en la mano izquierda ..., sin espada ni rosas, sino con una Corona de espinas y llamas ...), con Su Inmaculado Corazón en la mano ... Bajo el brazo izquierdo, unas letras grandes, como si fuesen de agua cristalina, que corriese por encima del Altar, formaban estas palabras: “Gracia” y “Misericordia”.

Comprendí que me era mostrado el misterio de la Santísima Trinidad y recibí luces sobre este misterio que no me es permitido revelar. Después Nuestra Señora me dijo:

— *“Ha llegado el momento en que Dios pide para el Santo Padre, en unión con todos los Obispos del Mundo, la Consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón, prometiendo salvarla por este medio. Son tantas las almas que la Justicia de Dios condena por pecados cometidos contra Mí, que vengo a pedir reparación: sacrificate por esta intención y reza”.*

Di cuenta de esto al Confesor que me mandó escribir lo que Nuestra Señora quería que se hiciese ²³⁹.

Si desde el día 13 de julio de 1917, Lúcia llevaba a Rusia en su corazón, a partir de este mensaje del Cielo siente crecer ese amor en grandes proporciones. Hasta su muerte, era visible su ternura por esta tierra y ese pueblo. Bastaba con oír pronunciar el nombre de Rusia y de inmediato

²³⁹ MHL I: Apéndice II, p.195.

se notaba su atención concentrada para escuchar lo que se refería a esa tierra. Y, ciertamente, aún acariciaba el sueño de ir a Rusia ... En 1993 pasó por el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra un Obispo de Rusia. Al final de la celebración de la Eucaristía, en que participó la Comunidad, Su Excelencia Reverendísima se acercó a la balaustrada del coro y pidió con mucho empeño una fundación en Moscú. Se estaba comenzando la fundación del Carmelo de la Santísima Trinidad en la diócesis de Guarda y por eso no hubo posibilidad. Pero el corazón de la Hermana Lúcia vibró fuertemente, aunque no lo manifestó mucho hacia el exterior.

En una carta de ese tiempo dice: — *Nos han pedido fundar varios otros Monasterios, entre ellos uno en la Capital de Rusia, en Moscú, pero por ahora no podemos comprometernos* ²⁴⁰. Aunque ya muy anciana, si la idea se hubiera llegado a concretar, ciertamente la Hermana Lúcia habría sido una gran entusiasta de esa fundación y le hubiera agradado mucho marchar a pisar esa tierra que estrechó en su corazón, como a un hijo, desde sus 10 añitos hasta terminar sus días.

;;;Rusia !!! ¡Cuántas oraciones y sacrificios elevó al Cielo por su conversión! ¡Cuántos pedazos de su vida sacrificados por ese amor! ¿Quién sabe? Quizás algún día pueda haber en Rusia un Carmelo bajo su invocación ... y Lúcia es una palabra casi homófona ...

En una carta dirigida a una señora de Rusia que vivía en Francia, en julio de 1950, la Hermana Lúcia declara: — *Sé que el Pueblo Ruso es grande, noble y culto, capaz de recorrer los caminos de la justicia, de la verdad y del bien. Desde que vi las predilecciones de Nuestra Señora por él, lo aprecio como Hermano y nada deseo tanto como su salvación* ²⁴¹.

En 1978, escribió: — *Sé que la querida Madre del Cielo y Madre Nuestra ama al querido Pueblo Ruso y quiere ayudarlo a encontrar un camino mejor. Le pido, pues, que lo guarde en su Corazón de Madre Inmaculada hasta conducirlo a Cristo Jesús Nuestro Salvador* ²⁴².

Pero volvamos a la visión ocurrida en la capilla de Tuy, durante la Hora Santa.

Lúcia aprovecha estar sola para rezar, postrada, las oraciones enseñadas por el Ángel en 1916, y orar así hasta cansarse. Cansada de esta posición, se levanta y sigue recitándolas con los brazos en cruz, posición no menos incómoda. Estas oraciones fueron constantes en su vida. Ahí está todo: profesión de fe, adoración, acto de amor, intercesión por los hermanos que no saben, no pueden o no quieren hacerlo. En estas oraciones, quien reza está en adoración por los otros, intercediendo y reparando, sin pensar en sí mismo.

En esta aparición, la Hermana Lúcia pudo ver lo que acontece en cada Misa y nosotros vemos a la luz de la fe. Parece tener relación con la tercera aparición del Ángel: la Eucaristía, el Cáliz y la Sangre que cae. En la celebración de la Eucaristía, sobre el altar se actualiza la presencia del Sacrificio del Calvario, en el que está presente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Hay dos palabras —GRACIA y MISERICORDIA— *que Lúcia ve como si fuesen agua cristalina que discurre sobre el altar*. Son los frutos del Sacrificio de la Cruz, actualizado en cada Misa celebrada y de la cual corre como río caudaloso la GRACIA y la MISERICORDIA de Dios sobre toda la Humanidad.

Como en el Calvario, María está presente como intercesora y corredentora. Ella, que es la Medianera de todas las gracias y no se cansa de *perseguir* a sus hijos descarriados, con su amor maternal, y de avisarles de los peligros que corren, colocándose en nombre de ellos ante el Padre, pidiendo misericordia. María es la personificación del amor del Padre, que nunca abandona a Sus hijos y quiere salvarlos. Pero ¡de nuevo viene a pedir! Confía a la pastorcita una petición a hacer al Santo Padre, de cuya ejecución ¡depende tanto bien para el mundo! Y pide de nuevo REPARACIÓN. Y a su humilde confidente pide SACRIFICIO y ORACIÓN.

²⁴⁰ Carta de 29 de abril de 1993.

²⁴¹ Carta de 3 de julio de 1950 a Irene.

²⁴² Carta de 10 de diciembre de 1978 a Lektor Vladimir.

2. QUIERO QUE TODA MI IGLESIA RECONOZCA ESA CONSAGRACIÓN COMO UN TRIUNFO DEL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

De la Hermana Lúcia no depende la realización concreta de los actos que Dios pide, sino que simplemente lo transmite a la Iglesia y en silencio se sacrifica y reza. Ante las demoras, no crítica. En una carta de 24 de junio de 1987, respondiendo a varias preguntas, ante una insinuación crítica sobre el Santo Padre por causa de la demora en la revelación de la tercera parte del Secreto, la Hermana Lúcia responde: — *Nuestro respeto por la Iglesia y por sus acciones en el nombre de Cristo, que es su Fundador: éste es siempre muy grande.* En otro párrafo de esta misma carta, mostrando la pureza y la verdad de su posición ante la Iglesia, escribe: — *Es preciso comprender que la Iglesia, antes de aceptar una revelación particular, tiene que estudiar y probar muy bien los hechos, los sucesos y los instrumentos de que Dios Se sirve, para asegurarse de la verdad y la realidad de las cosas, antes de pronunciarse* ²⁴³.

Pero no dejaba de ver y temer el peligro inminente. María comunicó en confidencia al corazón de Su joven mensajera lo que temía para el mundo: — *Más tarde, por medio de una comunicación íntima, Nuestra Señora me dijo lamentándose: “¡No han querido atender Mi petición ... Como el Rey de Francia, se arrepentirán y la harán, pero será tarde. Rusia habrá esparcido ya sus errores por el mundo provocando guerras, persecuciones a la Iglesia: el Santo Padre tendrá mucho que sufrir”* ²⁴⁴.

En los años que mediaron entre la petición transmitida y su concreción, y fueron muchos, la Hermana Lúcia no perdió ninguna oportunidad de hacer llegar al Santo Padre el mensaje del Cielo. Fue hablando con aquellos que tenía más cerca de sí, los directores espirituales en quienes ponía su confianza; sobre todo entregó la petición al Señor Obispo de Leiría, para que la hiciese llegar al Santo Padre. La petición sobre los primeros Sábados fue más fácil de concretar, aunque sólo pudo hacerse oficialmente después de la aprobación canónica de las apariciones. Pero esta petición era directa para el Santo Padre y, por eso, la dificultad era mayor. Si hablaba con alguien que iba a encontrarse con el Papa, y era persona en quien podía confiar, no perdía la ocasión y mandaba el recado.

En 1936 escribió a su confesor, el padre Gonçalves S. J.:

— *En cuanto a la otra pregunta, ¿si es conveniente insistir para obtener la consagración de Rusia? Respondo casi lo mismo que he dicho otras veces: siento que no se haya hecho ya, pero el mismo Dios que la pidió es Quien así lo ha permitido. Voy a decir algo que siento en relación a esto, aunque es materia muy delicada para ser enviada por una carta que tiene el peligro de perderse y ser leída, pero la confío al mismo Dios, porque tengo el miedo de no tratar el asunto con toda claridad. ¿Si es conveniente insistir? No sé; me parece que, si el Santo Padre la hiciese ahora, Nuestro Señor la aceptaría y cumpliría Su promesa; y sin duda agradecería a Nuestro Señor y al Inmaculado Corazón de María; íntimamente he hablado a Nuestro Señor del asunto y hace poco le preguntaba ¿por qué no convertía a Rusia sin que Su Santidad haga esa consagración?*

— *Porque quiero que toda mi Iglesia reconozca esa consagración como un triunfo del Corazón Inmaculado de María para después extender su culto, y poner la devoción a este Inmaculado Corazón al lado de la devoción a mi Divino Corazón.*

— *Pero, Dios mío, el Santo Padre no me ha de creer ¡si Vos mismo no lo movéis con una inspiración especial!*

²⁴³ Carta de 24 de junio de 1987 a Arai Daniele.

²⁴⁴ MHL I: Apéndice II, p.196.

— *Reza mucho por el Santo Padre: él la hará, pero será tarde; sin embargo, el Inmaculado Corazón de María habrá de salvar a Rusia, [ella] Le está confiada* ²⁴⁵.

3. ESFUERZOS DE LÚCIA PARA QUE SE HAGA LA CONSAGRACIÓN DEL MUNDO Y DE RUSIA

Hacia el año 1940, intuyendo la proximidad de la Segunda Guerra Mundial, la Hermana Lúcia no escatimó esfuerzos. Aunque le costó mucho, por orden del Señor Obispo de Leiría, escribió al Santo Padre, Papa Pío XII, para exponer la petición de Nuestra Señora.

Leamos algunos párrafos:

Santísimo Padre:

En 1929, Nuestra Señora, por medio de otra aparición, pidió la consagración de Rusia a Su Inmaculado Corazón, prometiendo por este medio impedir la propagación de sus errores y su conversión. Poco después, dí cuenta, al confesor, de la petición de Nuestra Señora. Su Reverencia empleó algunos medios para que se realizase, haciéndola llegar a conocimiento de Su Santidad Pío XI. En varias comunicaciones íntimas, Nuestro Señor no ha dejado de insistir en esta petición, prometiendo últimamente —si Vuestra Santidad se digna a hacer la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María con mención especial de la Rusia y ordenar que en unión con Vuestra Santidad y al mismo tiempo, la hagan también todos los Obispos del mundo— abreviar los tiempos de tribulación con que ha determinado castigar a las naciones a causa de sus crímenes, por medio de la guerra, el hambre y de varias persecuciones a la Santa Iglesia y a Vuestra Santidad. Siento verdaderamente, Santísimo Padre, los sufrimientos de Vuestra Santidad y, en lo que me es posible, con mis pobres oraciones y sacrificios procuro atenuarlos junto a nuestro buen Dios y al Inmaculado Corazón de María.

Santísimo Padre, si es que en la unión de mi alma con Dios no me engaño, Nuestro Señor promete, en atención a la consagración que los Excelentísimos Prelados Portugueses hicieron de la Nación al Inmaculado Corazón de María, una protección especial a nuestra Patria durante esta guerra, y que esta protección será la prueba de las gracias que hubiera concedido a otras naciones, si como ésta se Le hubieran consagrado ²⁴⁶.

La promesa se cumplió. Portugal fue librada del flagelo de la guerra.

Sería muy largo mencionar todas la veces que, en su correspondencia, la Hermana Lúcia trata sobre este tema. Era una espina que la mortificaba, al saber cuánto sufrimiento podría evitarse si la petición del Cielo hubiera sido atendida ... En 1982, en su encuentro privado con el Papa Juan Pablo II, el día 13 de mayo en Fátima, previendo que la conversación no podría ser muy larga, entregó a Su Santidad una carta, en la que renovaba la petición de la Madre, diciendo:

²⁴⁵ Carta de 18 de mayo de 1936.

²⁴⁶ Carta de 2 de diciembre de 1940.

NOTA DEL TRADUCTOR: Los Obispos de Portugal consagraron solemnemente su Nación al Corazón Inmaculado de María el día 13 de mayo de 1931 en Fátima, ante una gran multitud de fieles presentes, pidiendo su preservación del contagio del ateísmo comunista. Y esta Consagración fue renovada el 13 de mayo de 1938. En una *Carta Pastoral Colectiva* del año 1942, con motivo del jubileo de las Apariciones en Fátima, reconocieron y agradecieron los beneficios, espirituales y materiales, otorgados por ello a su patria.

A Su Santidad Juan Pablo II humildemente expongo y suplico:

La consagración de Rusia al Corazón Inmaculado de María en unión con todos los Obispos del mundo: “De modo que esta consagración sea un lazo de unión de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo que, con María Madre de Cristo y Madre Nuestra, se ofrecieran al Señor para completar la obra de la Redención del mundo. Y, cuanto sea posible, que todos los cristianos e incluso los no católicos, y hasta los no cristianos que quisieran unirse a este acto de plena consagración y entrega al Señor, unidos al Corazón Inmaculado de María”. Es como comprendí que debía hacerse esta consagración, a imitación de Cristo cuando dijo al Padre: “Me consagro por ellos, para que también ellos sean consagrados” en la verdad, en la justicia y en el amor, unidos en la misma fe, en la misma esperanza y en el mismo amor.

La tercera parte del secreto. Se refiere a las palabras de Nuestra Señora "Si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas" (13-VII-1917). La tercera parte del secreto que tanto ansiáis conocer, es una revelación simbólica, que se refiere a esta parte del Mensaje, condicionado, a si sí o si no, nosotros aceptamos o no lo que el mensaje nos pide: “Si atendieren Mis peticiones, Rusia se convertirá y tendrán paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo”, etcétera.

Porque no hemos atendido a esta llamada del mensaje, verificamos que se ha cumplido. Rusia fue invadiendo el mundo con sus errores. Y si no vemos aún el hecho consumado del final de esta profecía, vemos que para ahí, caminamos rápidamente. Si no reculamos del camino del pecado, del odio, de la venganza, de la injusticia, del atropello a los derechos de la persona humana, de la inmoralidad y de la violencia, etcétera.

Y no digamos que Dios es Quien así nos castiga, sino que, sí, son los hombres quienes para sí mismos preparan el castigo. Dios, sólo nos advierte y llama al buen camino, respetando la libertad que nos ha dado; por eso, los hombres son responsables ²⁴⁷.

4. ¿SE HA HECHO LA CONSAGRACIÓN DEL MUNDO SEGÚN PIDIÓ NUESTRA SEÑORA?

En su peregrinación a Fátima en 1982, el Santo Padre hizo la Consagración, pero todavía no fue conforme a la petición de Nuestra Señora. En ese mismo año, el señor Nuncio Apostólico Sante Portalupi visitó a la Hermana Lúcia. Hablando con ella en privado, la Hermana Lúcia le informó de que la Consagración todavía no se había hecho, tal como había pedido Nuestra Señora.

Su Excelencia Reverendísima transmitió al Santo Padre esa información y el día 25 de marzo de 1984 Su Santidad el Papa Juan Pablo II, ante la imagen de Nuestra Señora de Fátima que se venera en la *Capelinha* de las apariciones, mandada llevar al Vaticano para esa circunstancia, satisfizo la petición que la Señora había hecho ¡hacía 55 años!

En agosto de 1989, la Hermana Lúcia aclara en una carta una duda aún existente:

La Consagración del mundo como pidió Nuestra Señora ¿está hecha?

El 31-XI-1942, la hizo Su Santidad Pío XII: Me preguntaron, después, si estaba hecha tal como Nuestra Señora la pidió. Yo respondí que no, porque le faltaba la unión con todos los Obispos del mundo. La hizo después Su Santidad Pablo VI, el 13-V-1967. Me preguntaron si estaba hecha tal como Nuestra Señora la pidió. Respondí que no: por el mismo motivo, faltaba la

²⁴⁷ Carta de 12 de mayo de 1982.

unión con todos los Obispos del mundo. La hizo Su Santidad Juan Pablo II, el día 13-V-1982. Me preguntaron después si estaba hecha. Respondí que no. Faltaba la unión con todos los Obispos del mundo.

Entonces, este mismo Summo Pontífice Juan Pablo II escribió a todos los Obispos del mundo pidiendo que se unieran a él, mandó llevar la imagen de Nuestra Señora de Fátima —la de la “Capelinha”— a Roma, y el día 25-III-1984 públicamente, en unión con los Obispos que quisieron unirse a Su Santidad, hizo la Consagración tal como Nuestra Señora la pidió. Me preguntaron, después, si estaba hecha tal como Nuestra Señora la pidió, y yo dije que sí. Desde entonces, está hecha.

¿Y por qué esta exigencia de Dios de que esta consagración fuese hecha en unión con todos los Obispos del mundo? Porque esta Consagración es una llamada a la unión de todos los cristianos —Cuerpo Místico de Cristo— cuya cabeza es el Papa, único verdadero representante de Cristo en la tierra, a quien el Señor confió las llaves del Reino de los Cielos. Y de esta unión depende la Fe en el mundo, y la Caridad que es el lazo que a todos nos debe unir en Cristo, como Él lo pidió al Padre: “Como Tú Padre estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado ... Yo en ellos y Tú en Mí, para que ellos sean perfectos en la unidad y para que el mundo reconozca que Tú me has enviado y los has amado, como Me amaste a Mí” (Jn XVII, 21-23). Como vemos, la unión depende de la Fe y de la Caridad que debe ser el lazo de nuestra unión en Cristo, cuyo verdadero representante en la tierra es el Papa²⁴⁸.

Algún tiempo después de esta Consagración, en una conversación con el padre Luis Kondor, a la pregunta de éste si la Consagración fue hecha como estaba pedida, la Hermana Lúcia respondió así: — *Fue hecha, pero ya era tarde.* Después este sacerdote le preguntó qué señal se vería de la aceptación por Dios de esta Consagración hecha y del cumplimiento de la promesa. Ella respondió: — *Miren al Este.* La respuesta es obvia. En su último escrito, la Hermana Lúcia nos muestra cómo se vio la respuesta del Cielo:

Esta consagración fue hecha por el Santo Padre Juan Pablo II, en Roma, el día 25 de Marzo de 1984, públicamente, ante la imagen de Nuestra Señora que se venera en la “Capelinha” de las apariciones en Cova de Iría, Fátima, que el Santo Padre, después haber escrito a todos los Obispos del mundo, pidiendo que se unieran a Su Santidad en este acto de consagración que se iba a hacer, mandase llevar a Roma intencionadamente, para subrayar bien claro que la Consagración que iba a hacer ante esta imagen era la pedida por Nuestra Señora en Fátima.

Bien conocido es de todos que se estaba en uno de los momentos más críticos de la historia de la Humanidad, en que las grandes potencias, hostiles entre sí, planeaban, preparándose para una guerra nuclear atómica, que habría de destruir el mundo, si no todo, en su mayor parte, y lo que quedase ¿con qué posibilidades de supervivencia? ¿Y quién sería capaz de disuadir a esos hombres para cambiar todo esto hacia lo contrario? ¿A pedir un encuentro para darse un abrazo de paz? ¿A cambiar sus planes de guerra por planes de paz? ¿De injusticias agresivas y violentas a planes de auxilio y ayuda, reconociendo los derechos de la persona humana, aboliendo la esclavitud, etcétera? ¿Quién, si no Dios, fue capaz de actuar en esas inteligencias, en esas voluntades, en esas conciencias, de modo que las llevase a un tal cambio, sin miedo, sin temor a revueltas contrarias?, ¿de los suyos y de los extraños? Sólo la fuerza de Dios, que actuó en todos, llevándolos a aceptarlo en paz, sin revueltas, sin oposiciones, sin condiciones. ¿Quién como Dios?²⁴⁹

²⁴⁸ Carta de 29 de agosto de 1989.

²⁴⁹ HERMANA LÚCIA, *Como vejo a Mensagem*, 2ª edición: Fátima 2007, p.65.

CAPÍTULO XI

RELIGIOSA DOROTEA

1. VIVIR CON AMOR Y POR AMOR

Volvamos al encuentro de la joven Religiosa, que ejercita la caridad y la abnegación, en su búsqueda diaria de una mayor sintonía con la Voluntad de Dios y de volverse cada vez más conforme con el modelo de sus encantos: María. De Ella y con Ella es con quien desea aprender a ser Esposa fiel de Jesucristo y mirando a María Santísima es como se encamina rumbo a la plena Consagración de todo su ser y su vida, mediante la Profesión de los votos perpetuos de Pobreza, Obediencia y Castidad, meta a la que se llega tras seis años de haber emitido los Votos temporales.

Durante este tiempo de “aspirante”, nombre dado en la Congregación de Santa Dorotea al tiempo entre la Profesión temporal y la perpetua, la Hermana Dolores se entregó fielmente a los trabajos que le eran confiados, siendo el principal de ellos el ropero de la ropa negra, donde se manejaba muy a gusto: sabía coser muy bien y era muy eficaz y hacía todo con gran perfección. Además de este encargo, le fueron pedidos servicios varios en la casa, que siempre atendía con todo su corazón y energía. Incluso estando débil de salud, no rehusaba los trabajos muy pesados que requerían bastante fuerza. Pero su corazón generoso se prestaba a todo con amor y por amor.

Había una cosa que le costaba más que todos los trabajos y cansancios. Y ésta era verse expuesta a las miradas curiosas. Muchas veces, instadas por los visitantes, para condescender al deseo de esta o de aquella persona que deseaba ver a la vidente de Fátima, sus Superiores, ¡y Dios sabe con qué contrariedad lo hacían!, aprovechaban cualquier encargo *necesario* para provocar delicadamente el encuentro. Pero ella, al advertir la segunda intención y siempre que podía, enseguida encontraba la forma de hurtarse hábilmente a la curiosidad, sin dejar de cumplir lo que le era ordenado.

Una vez estaban en la sala dos sacerdotes que deseaban verla. La Madre Superiora le dijo que trajera una casulla para que los sacerdotes la vieran. Ella obedeció. Al advertir que ellos la observaban y nada querían saber de la casulla, dijo: *si no hago falta, me marchó*. Y, en efecto, se fue sin ceremonias ni escrúpulos. No era fácil para ella, ni era fácil para sus Superiores, que con frecuencia se veían en verdaderos apuros para contener las peticiones y no exponerla. A veces ni en la capilla podía estar, ante el Sagrario de sus amores, sin que hubiera susurros inoportunos por su presencia. Esto la mortificaba mucho, al ver que por su causa se faltaba al respeto debido ante el Santísimo Sacramento.

El cielo de España se iba cubriendo de negras nubes, amenazadoras de una guerra civil, con el establecimiento de la República. Temiendo el peligro inminente y siendo Portugal ya más respetuoso con la Vida Religiosa —estamos en 1932—, la Madre Provincial decidió trasladar las novicias y algunas profesas, dejando la Comunidad en Tuy muy reducida. La Hermana Dolores acumuló entonces, con el encargo del ropero que ya tenía, los del ropero de las profesas, de sacristana y ayudante de la enfermería. Como pareciese que el nuevo Gobierno republicano era pacífico, el Noviciado regresó a Tuy. Pero muy pronto comenzaron a levantarse focos de una

revuelta comunista en varios lugares del país, manifestando una verdadera furia contra la Iglesia. Por este motivo, tuvieron que pensar en un nuevo éxodo.

La Madre Provincial dio libertad a las Hermanas de quedarse o no, de modo que quedaran sólo las que voluntariamente quisieran; en este grupo estaba la Hermana Lúcia. En su ofrecimiento a quedarse, se escondía un deseo: *Me ofrecí a quedarme, dispuesta, si Dios quisiera concederme esa gracia, a dar la vida por Él* ²⁵⁰. De nuevo renueva su disponibilidad para la prueba suprema de su amor a Dios. Pero, aceptado ese deseo, lo que Dios le pedirá será el lento martirio de la vida cotidiana, vivida en fiel y generosa donación silenciosa, dejando a cada paso marcada la huella del sacrificio escondido de un corazón encendido, sin la gloria de un momento heroico, pero viviendo heroicamente cada instante de la vida.

Para salvar lo que tenían de mayor valor, juntamente con los jesuitas, las Hermanas Doroteas alquilaron una casa en Valença do Minho para llevarlas allí, antes de que la revolución llegase a sus casas, y quedando a vivir ahí un hermano jesuita. Por sus conocimientos y amistades, fue la Hermana Lúcia quien se puso en movimiento para conseguir las debidas autorizaciones a fin de cruzar la frontera entre España y Portugal.

— *Todos me atendieron muy cordialmente y me dieron “carta blanca”, como suele decirse, para todo lo que yo quisiera pasar* ²⁵¹.

Y pasó muchas cosas, hasta que un día, teniendo una camioneta cargada a punto de salir, llegó el Señor Cónsul diciendo que las fronteras estaban cerradas y que ya no era posible pasar nada más. La Hermana Dolores preguntó si no podría pasar sólo esa otra más. El Señor Cónsul, convencido de que no, aconsejó que telefonease a la frontera ... y así lo hizo y fue autorizada. Era la última oportunidad de tránsito.

En ese momento estaba enferma una Madre ya anciana, que primero había dicho que se quedaba, pero al ver que la camioneta seguía ahí y ya no habría otras más, pidió por amor de Dios que la dejaran ir de cualquier modo. Sin tiempo para pensar cómo iban a resolver esto, la Hermana Gomes no pidió sino ir encima de las maletas. Pero en la frontera habían dicho que sólo podían pasar equipaje y no personas ... Viendo la ansiedad de la Hermana, que no se resignaba a quedarse, la Madre Provincial dijo que la dejaran ir. Los trabajadores ayudaron a la Hermana a subir a la parte superior del vehículo y allí fue acomodada entre las maletas, a la sombra de un paraguas. La Hermana Lúcia siguió detrás, en un automóvil con una señora agregada, pensando que tendrían que recoger a la anciana. Pero, al llegar a la frontera, como les hizo gracia y sabiendo que era una enferma, la dejaron pasar, llegando a reírse de la improvisada litera.

2. UN APOYO PROVIDENCIAL

Entretanto, iban pasando los seis años del *Aspirantado* y ella tenía que ir pensando en la decisión definitiva: ¿hacer Votos Perpetuos o tomar otro rumbo? ¡Siempre el mismo dilema interior! Veamos lo que ella nos dice:

— *Entretanto, yo debía prepararme para la profesión perpetua o definitivamente resolver el traslado al Carmelo. Cada vez sentía más la necesidad del retiro de una clausura. Los hechos de Fátima iban progresivamente siendo más conocidos y con eso aumentaba la curiosidad, la devoción, y también —por qué habré de ocultarlo, creo que eso es una gran parte de mi cruz, como lo fue de la Cruz de Jesucristo— ¡la crítica! De ésta nadie escapará en ninguna parte del mundo, y ¡es muy difícil vivir estando en la picota! Pero cuando es Dios Quien allí nos pone, Él*

²⁵⁰ *O Meu Caminho* I p.93.

²⁵¹ *Ibidem*.

da la gracia para soportar el soplo de los vendavales más agresivos. No obstante, esto no impide que procuremos abrigarnos ²⁵².

Fue durante este período cuando se dió el encuentro con el señor don Antonio García y García, Arzobispo de Valladolid, que visitó la casa del Noviciado poco después de haber tomado posesión de la diócesis, y que para ella, a partir de este día, fue una ayuda providencial, un corazón de Padre. Dios nunca falla cuando la ayuda es necesaria y acude siempre en el momento preciso.

Mientras las Madres salían a pasear por el jardín con Su Excelencia Reverendísima, mandaron que la Hermana Lúcia preparase un refrigerio. Cuando se sentaron a la mesa, ella quedó para servir. Y nos cuenta cómo le quedó marcado este primer encuentro con quien la iba a ayudar tanto en el futuro:

— *Sobre la mesa yo había puesto pasteles y fruta de varias clases. El Señor Obispo me preguntó qué clase de fruta era la que a mí más me gustaba. Temiendo que, si decía alguna de las que allí había, Su Excelencia me mandase comer, y eso me daba vergüenza, procuré mencionar una que no hubiera allí, y dije: cerezas. El Señor Obispo miró hacia la mesa: — “No las tenemos, pero quisiéramos gusten también las uvas (No las tenemos, pero quizás las uvas le gusten)” y, tomando un racimo, arrancó un brote y me mandó que comiera. Obedecí y confesé la falta que acababa de cometer: — “Señor Obispo, no he sido sincera. He dicho cerezas para que Vuestra Excelencia no me mandase comer, ¡y no me ha valido de nada!”.* Su Excelencia sonrió y dijo: — *“¡Tanta vergüenza tiene de mí! En penitencia va a comer más de esto”, y tomando una magdalena me mandó que la comiera* ²⁵³.

Al final del refrigerio, el Señor Obispo dijo a la Madre Provincial que quería hablar con la Hermana Dolores a solas. Las Madres se despidieron y allí quedaron los dos en una larga conversación, hablando de Fátima, de la vida religiosa, del Instituto, y de su vocación personal. A todas las preguntas que le hizo, la pastorcita respondió con gran sencillez y sinceridad, percibiendo que estaba con alguien que la comprendía y la quería ayudar. Ciertamente, cuando notaba sólo curiosidad, enseguida se retraía y respondía con las mínimas palabras, pero, si advertía sintonía, entonces era un alma abierta.

Acerca de la vocación, una vez más declaró lo que ya había confesado tantas veces: su deseo de ir a una clausura, para evitar ser el centro de muchas miradas y reuniones. Su Excelencia Reverendísima estuvo de acuerdo con ella y aprobó su anhelo, pero le aconsejó profesar donde estaba, teniendo en cuenta la situación política de España, que cada vez aparecía más perturbada y amenazadora, en especial para los Monasterios. Le prometió que, una vez que la situación volviera a la normalidad, como era su deseo, él mismo la ayudaría para su traslado a un Carmelo. Se puso a su disposición y continuó visitándola con regularidad, interesándose mucho por su vida espiritual y por que ésta fuese creciendo.

Para la Hermana Lúcia este Pastor fue un mimo del Cielo, y recuerda ese tiempo con cariño: — *Me inspiró mucha confianza, me ayudó mucho y, aunque a veces me costase decir algunas cosas, Su Excelencia se mostró siempre muy comprensivo, por lo que yo me sentía bien. A veces me mandaba ir al Palacio Episcopal. Me atendía en cuanto llegaba y me llevaba a la capilla para hacer una breve visita a Jesús Sacramentado, y ahí quedaba la Hermana que me acompañaba, con tiempo de sobra para rezar su Rosario. Iba conmigo al balcón, me mostraba las hermosas vistas y me preguntaba si la “Serra de Aire” era tan hermosa como las montañas de enfrente. Respondía que para mí era mucho más bella, aunque los escritores digan que es árida. Allí me mandaba sentar en un gran sillón junto a él, ¡donde yo me sentía tan pequeñita! Me*

²⁵² *Ibidem* p.95.

²⁵³ *Ibidem* pp.96-97.

preguntaba por todo lo que me inquietara y, en especial, por la vida espiritual. Tenía el don de la palabra, una vida de intimidad con Dios muy intensa, y no quería que ésta disminuyera en mi espíritu. Era muy devoto de Santa Teresa y me dijo que confiaba en poder conseguir que me trasladara a un Carmelo ²⁵⁴.

3. VOTOS PERPETUOS

Con estos sabios consejos, que recibía como de la boca de Dios, avanzó hacia el altar para entregar a Dios definitivamente su vida y todo su ser. Fue el día 3 de octubre de 1934, presidiendo la ceremonia el señor Obispo de Leiría don José Alves Correia da Silva.

En la víspera, ella tuvo una sorpresa, estando en el refectorio cenando. Durante el retiro, en el refectorio, la Hermana Dolores siempre se sentaba junto al predicador, que era el padre Aparicio S. J. y no perdía la oportunidad de hablar de sus asuntos, hasta el punto que la Hermana que servía le llamó la atención por el hecho de estar de retiro y hablar tanto. Ella respondió que *hablar con el Padre no era faltar al silencio*. En esta comida, la Hermana que servía hizo salir a la Hermana Dolores para dar al padre Aparicio la noticia de que acababa de llegar un sobrino de aquélla, Manuel Pereira, que ya estaba en la Escuela Apostólica. Después que la Hermana volviera a la mesa, hicieron entrar a Manuel, que nunca había visto a su tía ni ella lo conocía. Y los dejaron hablar un buen rato sin decirles nada de quiénes eran, hasta que por fin el padre Aparicio preguntó al pequeño si sabía con quién estaba hablando. Él respondió que era una religiosa. Cuando le dijo que era su tía, sobrino y tía se dieron un gran abrazo ¡porque nunca se habían visto! Una alegría. Fué el señor Ferreira, de Pico de Regalados, quien pagó el viaje a la familia. Al cruzar la frontera, dijo que los pequeños eran sus hijos y pasaron sin problema.

En este día, como regalo de bodas, el Esposo le dio el consuelo de la presencia de su madre, la señora María Rosa. Fue también la despedida en esta vida, la última vez que se vieron en esta tierra. En un momento de intimidad con la madre después de la ceremonia, Lúcia le preguntó si ahora creía ya en las apariciones de Nuestra Señora. La madre respondió: — *¡Ay hija, yo no sé! ¡Me parece una cosa tan grande!* Y así la hija nunca tuvo el consuelo de oír de la boca de su querida madre una palabra de plena aceptación. Fue un gusto que nunca pudo saborear y ¡que bien le habría sabido! Pero repetía en su corazón: “*Es por Vuestro amor, Dios mío ...*”, y ¡nadie se enteraba de cuánto le costaba esto!

La ceremonia de la Profesión se insertaba en la Eucaristía con su propio Ritual. En la misma celebración había Profesiones temporales y Tomas de Hábito. Era un momento muy significativo cuando la profesante pronunciaba los Votos: cuando se acercaba a comulgar, de rodillas ante la Hostia Consagrada que el celebrante sostenía en sus manos, pronunciaba la fórmula de la entrega de su vida y a continuación recibía la Comunión.

La fórmula usada por la Hermana Lúcia fue ésta:

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios mío, yo, Hermana Maria Lúcia de los Dolores, movida por el deseo de agradaros y de ayudar con todas mis fuerzas a la salvación de mi prójimo por Vuestro amor, en presencia de la Santísima Virgen Madre de Dios, de Santa Dorotea, de toda la Corte Celestial y de todo el Instituto aquí representado por Vos, Reverenda Madre Superiora, hago a Vuestra Divina Majestad Voto perpetuo de Pobreza, Castidad y Obediencia, y de Perseverancia en Nuestro Santo Instituto, según el modo de las Constituciones aprobadas por la Santa Sede. Por tanto, suplico al Dios Omnipotente y Misericordioso, por la preciosa Sangre de Vuestro Hijo Jesús, que os dignéis aceptar este holocausto en olor de

²⁵⁴ Ibidem p.98.

suavidad y que, así como benignamente me concedísteis ofrecerlo, así por Vuestra infinita piedad me déis gracia abundante para cumplirlo fielmente.

Tuy, 3 de octubre de 1934. Maria Lúcia de Jesús ²⁵⁵.

Después del almuerzo, aprovechando unos momentos de tiempo libre mientras esperaba que las Hermanas se reunieran para la recreación, al estar dispensada ese día de ayudar en la cocina, fue a hacer compañía a su Jesús del Sagrario. Él no tardó en darle una señal de Su amor y predilección al verter una gota bien amarga en el cáliz de su corazón en fiesta, provocada por un error. La Madre Provincial dijo a la Hermana que servía que llamase a las nuevas Profesas para la comida de fiesta en la sala de recreación de las Maestras. La Hermana entendió que serían todas las que habían profesado ese día y llamó también a la Hermana Lúcia. Al verla, la Madre Provincial, algo enojada, le dijo que eran sólo las Maestras las que iban a participar y se le escapó una expresión que hirió profundamente a la pastorcita: — *La Hermana no ha sido llamada aquí*.

La Hermana Lúcia salió de la sala y volvió junto al Sagrario, sintiendo la humillación, pero feliz por poder asemejarse más a su Esposo, a Quien se entregó con una generosidad renovada: — *Por Ti, mi bien Amado, y contigo, abrazo la cruz y bebo el cáliz hasta apurar la última gota, si Te place reservarla para mí* ²⁵⁶. En este incidente interpretó una señal de Dios, aunque esta vez no había pedido ninguna sobre su futuro vocacional.

El Señor Obispo de Leiría se despidió, prometiendo volver pronto. La nueva Profesa pasó la tarde con sus familiares, en la sala de visitas. Se alegró con ellos, jugando con los más pequeños que veía por primera vez, y para todos tuvo cariño y conversación alegre. Tuvo algunos momentos aparte con su madre, a quien dijo adiós hasta el Cielo. Todos marcharon felices y ella quedó también feliz en la atenta escucha de la Voluntad de Dios. Estaba en Sus manos, viviendo en fidelidad en el lugar donde había sido puesta, siempre disponible para recorrer los senderos del querer divino. Y después, al día siguiente, por la voz de su Madre Provincial, el Señor le dijo de nuevo: *¡Deja ... sígueme!*

4. DE NUEVO EN PONTEVEDRA

A pesar de la promesa de dejar a la Hermana Dolores siempre en la casa del Noviciado en Tuy, para mejor resguardarla de las miradas del mundo, al día siguiente de su Profesión, el 4 de octubre, la Madre Provincial, ¡Dios sabe con qué dolor!, le dijo que tendría que marchar por algún tiempo a Pontevedra. En la Comunidad se tenía la impresión de que las dos tenían una amistad particular y, para que esa impresión se desvaneciese, era conveniente que la pastorcita se retirase de allí durante algún tiempo, ya que la Madre Provincial no lo podía hacer. Pienso que aquí hay una explicación sobre algunos comportamientos de quien tanto la quería y a quien también ella quería mucho. Existe el testimonio de una Hermana que dice que la Madre Monfalim *moría* por la pastorcita, pero siempre hay interpretaciones y tentaciones que pueden ser causa de sufrimientos y sólo Dios conoce las verdaderas causas.

Aconsejada por don Antonio García y García, que prometió visitarla en Pontevedra, no hizo valer la promesa que le había sido hecha y se dispuso a marchar a su nuevo destino, enseguida al día siguiente. No obstante, como no encontraba medios de transporte, por causa de la revolución, la Hermana Dolores acompañada por la Hermana Rosa iba todos los días a ver si había algún vehículo de viaje, pero recibía siempre la misma respuesta negativa. La Madre Provincial también estaba muy preocupada por la situación de las Hermanas de Pontevedra, por no tener

²⁵⁵ S. MARTINS DOS REIS, *Uma Vida ao Serviço de Fátima*, Cucujães 1974, p.175.

²⁵⁶ *O Meu Caminho* I pp.102-103.

noticias, y deseaba mucho recibirlas para saber cómo estaban. Finalmente, el día 9 de octubre encontraron una camioneta de marineros que estaba dispuesta a salir para explorar los caminos. Como ya estaba cansada de la situación, la Hermana Dolores sondeó el ánimo de su compañera y las dos decidieron afrontar el peligro de marchar en compañía de los soldados, que aplaudieron el coraje de aquellas simpáticas compañeras de viaje.

Encontraron algunas dificultades en el camino, bien árboles cruzados en la carretera, bien grupos de hombres que les obligaban a parar, o bien por la sopecha de llevar explosivos. Todo esto forzaba a paradas, pero todo se resolvió pacíficamente. Fue un viaje muy largo: lo que solía hacerse en tres horas, en esta ocasión se demoró hasta doce horas y media, llegando a Pontevedra a las 8 y media de la noche. Los soldados aprovecharon las vueltas de las faldas de las dos religiosas para esconder dos bultos con armamento. La Hermana Dolores, aprovechando el tiempo y no queriendo perder la ocasión de hacer algún bien a aquellos hombres, invitó a la patrulla a rezar el Rosario de la Aurora cantando. ¡Cantaron dos partes del Rosario!

Como ya solían cantar mientras viajaban, para pasar el tiempo, aquí sólo cambiaba la letra. Y la pastorcita feliz por poner a estos hombres a rezar a la Virgen. Por todas partes reinaba el miedo. Por eso, la gente mantenía bien cerradas las ventanas. Al oír el canto que venía de aquel coche, y siendo una melodía no acostumbrada entre soldados y menos aún en aquellos tiempos tan agitados, la gente se asomaba a las ventanas, abriendo lo mínimo posible, entre miedosas y por curiosidad, para ver qué pasaba. ¡Lejos estaban de suponer que, en medio de aquellas voces timbradas de hombres, también cantaba a pleno pulmón la pastorcita de Fátima!

Llegados a Pontevedra, donde no se veía a nadie por las calles, el comandante del piquete de soldados ordenó a dos de ellos que acompañaran a las Hermanas al colegio, agradeciendo así la buena compañía de que habían gozado. Fue un poco difícil que les abriesen la puerta. Por más que llamaban e insistían llamando, ninguna Hermana se atrevía a atenderles. Hasta que por fin una Hermana abrió una pequeña rendija de una ventana, mirando primero en silencio lo que podía verse y después preguntó a la pastorcita quién era. Le parecía ver unos hábitos familiares, pero no lo podía creer al ver también los uniformes de los soldados. La Hermana Lúcia resuelta, con su voz fuerte y decidida, gritó a la que acechaba desde la ventana y no se decidía a abrir la puerta:

— ¡Hermana, abra la puerta!

Desde arriba la otra Hermana preguntó:

— ¿Quién es?

— Soy la hermana Dolores ²⁵⁷.

Pero no fue fácil convencerle de que era verdad. Finalmente abrieron y los soldados se marcharon. Como regresaban a Tuy al día siguiente, la Hermana Dolores aprovechó para a través de ellos mandar noticias a su Madre Provincial.

Se integró rápidamente en la vida de la Comunidad, que ya conocía. Estuvo a su cargo la atención de los hábitos, el arreglo de algunas aulas, la sustitución en portería y servir en el refectorio de las alumnas. A todo se aplicaba con prontitud, esmero y alegría, viviendo con sencillez una intensa vida de intimidad con el Señor. Él era su fuerza. Cumplía sus tareas con diligencia y sin alterarse, porque era muy ordenada y nunca perdía tiempo. Participaba de los trabajos comunitarios sin singularidades, haciendo todo como todas. Era una forma de “ocultarse”.

Pero no lo consiguió. Sobre todo las alumnas descubrieron enseguida quién era la *Hermanita Dolores*. Y comenzaron las inquisiciones curiosas y las “procesiones” que tanto la mortificaban y a las que raramente lograba escapar. De nuevo era un sacrificio para ofrecer por la conversión de los pecadores, de nuevo una flor que ofrecer al Corazón de la Madre.

Sí, porque ese amor era una constante en su corazón y de todo sabía sacar partido para corresponder a la petición hecha por el Ángel en la segunda aparición: — *De todo lo que podáis, ofreced a Dios un sacrificio como acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores* ²⁵⁸.

Como en otro tiempo en compañía de sus primos, ahora tampoco perdía ocasión de ofrecer al Altísimo oraciones y sacrificios. Y no necesitaba inventarlos: bastaba con estar atenta, algo en lo que ella era experta. ¡La vida ordinaria ofrece tantas ocasiones! Espigando entre sus cartas, agradeciendo las felicitaciones con ocasión de sus Votos Perpetuos, el día 4 de noviembre encontramos la confesión del deseo que llevaba vivo en el corazón y era el motor de su caminar abrazando la cruz: el ardiente deseo de siempre dar más y mejor por las grandes intenciones que su corazón abrazaba. Y pedía oración para progresar en esa entrega, intentando arrastrar en el mismo torrente a aquellos con quienes se escribía. Veamos un fragmento de la primera carta que escribió después de Profesa a una de sus benefactoras:

J. M. J.

Pontevedra - 4-XI-1934
Travesía de Isabel II Sr. Doroteas

Excma. Señora doña Maria Isabel de Vasconcelos:

Es de Pontevedra, donde ahora estoy, desde donde le escribo para agradecer la cartita de felicitación de Vuestra Excelencia así como el Sagrado Corazón, y en especial sus buenas oraciones que yo tanto necesito y aprecio, pues es lo único que me ayuda a conseguir el ser grata a nuestro buen Dios, único tesoro que busco, en Quien está nuestra felicidad, y a Quien debo consolar y amar por aquellos que Lo ofenden y rechazan servirle. Ruego, pues, para que continúe pidiendo a nuestro buen Dios se digne concederme la gracia de saber sacrificarme por Su amor, por la conversión de los pecadores, por los Sacerdotes, y en especial por nuestro Padre S. S. el Papa que tanto lo debe necesitar en medio de tantas y tan furiosas tempestades.

Siendo la más humilde sierva de Vuestra Excelencia, María Lúcia de Jesús r. s. D.

5. ACTO DE REPARACIÓN

Un día la Hermana Dolores fue de paseo con las alumnas al Monte Léréz. Y de camino, como hacía siempre cuando pasaba ante una iglesia, entró a visitar al Santísimo Sacramento. Su corazón se heló ante lo que vio: el altar mayor cubierto con una arpillera inmundada y sobre ella esparcidas algunas Hostias, estando el Sagrario con la puerta entreabierta. Era evidente que había sido profanado. Con algunas de las niñas que la acompañaban, se informó de dónde vivía el Párroco de aquella iglesia y fue a llamar a su puerta. Le atendió una mujer muy malhumorada que, al ser informada de lo que pasaba, le contestó: — *No se preocupe por eso. Estamos nosotros para cuidar la iglesia* ²⁵⁹. Y, sin más razones, le cerró la puerta en las narices.

Doblemente triste, la Hermana Dolores regresó a la iglesia para hacer de nuevo un acto de reparación con las alumnas y regresó a casa con el corazón encogido. Al llegar, encontró al sacerdote que atendía el colegio y le participó su angustia. Éste, solícito, enseguida se dispuso a ir a recoger las partículas sagradas y al día siguiente las consagró bajo condición, pues no tenía

²⁵⁸ MHL I: 2ª M cap.2 n.2, p.78.

²⁵⁹ *O Meu Caminho* I p.109.

certeza de que estuvieran consagradas, y las consumió en la Misa. Con permiso de la Superiora, la Hermana Dolores con otra hermana y algunas alumnas fueron allí, barrieron y limpiaron la iglesia, colocaron lienzo limpio en el altar y dejaron los trapos viejos envueltos en la sacristía.

Se había aprovisionado de una buena cantidad de caramelos para dar a los niños que por allí estaban, lo que hizo al final del trabajo, sentados todos en las escaleras de la iglesia. Pero ella no perdía el tiempo sin lanzar la red. Les hizo un examen de catecismo y comprobó que no sabían nada, incluso algunos con edad ya para haber hecho la primera Comunión. Quedó desolada y deseosa de ayudar a aquellas almas a conocer y amar a Dios.

Al regresar, lo contó a la Madre Superiora y le pidió permiso para ir allí los domingos a enseñar a aquellos pobres niños, pero la Superiora pensó que no era conveniente por ser un lugar lejano y por temor a que no le gustase al Párroco. Algunos días después, la Hermana Dolores insistió de nuevo en el asunto, al saber por la Superiora que el Párroco de esa iglesia había venido a agradecer lo que habían hecho y a pedir que ellas fuesen allí para enseñar el catecismo a los niños. Con mucha pena de la Hermana Lúcia, la Superiora no lo consintió, por temor a que las Hermanas estuvieran demasiado tiempo por la calle, y esto empezaba ya a ser peligroso. Quedaron los alumnos sin catequista y la catequista sin alumnos ...

6. LOS INTERROGATORIOS EXTENUANTES

Aunque don Antonio García y García había prometido visitar a la Hermana Dolores en Pontevedra, esto no fue necesario, porque la Madre Provincial la llamaba a Tuy, de vez en cuando, y ahí se reunía con el Señor Obispo y hablaba cuanto era necesario con su Superiora Provincial.

En los primeros meses de 1936 apareció en Pontevedra el escritor Antero de Figueiredo, que pretendía interrogar a la Hermana Dolores para recoger datos con que escribir un libro sobre Fátima. No un libro de historia, sino un libro de arte. Lúcia le informó que sólo le podría responder con autorización del Señor Obispo de Leiría. El escritor lo entendió y se despidió, pero volvió durante el verano con una carta de la Madre Provincial. En esta carta, que el portafor traía abierta, la Madre Monfaim ordenaba a la pastorcita que respondiese a las preguntas que el Dr. Antero de Figueiredo le quisiera hacer y ordenaba a la Superiora local que estuviera presente. Ésta se dispensó de la orden por tener mucho trabajo y la pastorcita, siempre obediente, confiando en la luz del Espíritu Santo, de nuevo se entregó a este sacrificio, que para ella era bien grande.

Fue una verdadera tortura pues, sabiendo el escritor que la Superiora ordenaba a la Hermana Lúcia que respondiese a todas las preguntas con verdad, éste se consideró en el derecho de abrumarla a preguntas sin piedad ni misericordia. Ella luchaba entre el deber de obedecer y el temor a decir lo que no debía, hasta que consiguió hablar con la Madre Provincial por teléfono. Ésta la tranquilizó diciéndole que no dijera aquello que ella considerase que no debía decir. La Hermana Lúcia solía decir que este interrogatorio fue uno de los peores momentos de su vida, y duró varios días ²⁶⁰.

7. EN PAZ EN MEDIO DE LA GUERRA

Entretanto, sucedió lo que se temía, y la revolución comunista estalló en una guerra civil, sumergiéndola a España en un mar de sangre y fuego, en una tempestad de terror. Eran los errores de Rusia lanzando sus tentáculos, según la confidencia maternalmente hecha por Nuestra Señora. Ella había dicho: — *Si hicieren lo que Yo os digo, se salvarán muchas almas y tendrán paz ... Si*

²⁶⁰ Cf. MHL I: Introducción, p.11 [= J. ALONSO, *Introducción a las “Memorias”* n.2]

atendieran Mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia ²⁶¹.

Este “Sí” de Nuestra Señora es una condición propuesta a sus hijos y, como afirma la Hermana Lúcia, *esta insistente recomendación no fue sólo para tres niños pobres y humildes. No, es una llamada a todo el mundo, a todas las almas, a todos los hombres, creyentes y no creyentes, porque la Fe es un don de Dios y pidiéndolo se alcanza: “Pedid y recibiréis”. No tienes Fe, pídelo a Dios y Él te la concederá, porque también vosotros, los que no tenéis Fe, tenéis un alma que necesitáis salvar para que no sea eternamente desgraciada* ²⁶².

Lúcia se enfrenta al peligro con el corazón en paz e incluso con deseos de sellar su paso por esta vida con el derramamiento de sangre. Pero de nuevo se abandona una vez más y acepta con amor heroico el silencioso martirio de la monotonía de cada día.

Como ella nos dice: — *Pasé en Pontevedra los primeros meses de la revolución comunista, dispuesta a aceptar el martirio, si Dios quisiera hacerme esa gracia, pero Él me reservaba otro martirio a veces no más fácil: el lento golpear del martillo de la renuncia que crucifica e inmolaba, como una lima sorda que desgasta en el discurrir continuo de la vida entregada para siempre. ¡Lo que Tu quieras, Señor mío y Dios mío! “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc VIII, 34). ¡Sí! Es el programa trazado por Dios en mi camino: renunciar a todo, a mí misma. En el último lugar, que nadie codicia, donde no hay ilusión, ni vanidad, permanecer ahí por Amor, ignorada, desconocida, olvidada. Es más que ser perseguida por celos, envidia, ambición. Es no tener nada que otros puedan desear. Es no ocupar lugar, ¡pasar inadvertida en silencio y en sombra! Es seguirte, buen Jesús, en el anonadamiento de la Hostia Santa, del Sagrario abandonado, en el ultraje y en el sacrilegio prolongado además a través de los tiempos, hasta el final de los siglos. Es la permanente renovación de mí. Sí* ²⁶³.

8. NUESTRA SEÑORA PIDE DE NUEVO ORACIÓN Y SACRIFICIO

La humilde confidente de María redobla su abnegada entrega a la oración y al sacrificio, silenciosamente, siendo así un incentivo para sus Hermanas en el ofrecimiento de aquello que más le pudiese costar. Siempre con los ojos puestos en Dios. A aquellas con quienes tenía mayor intimidad, las invitaba a entrar en esa corriente de reparación. Y compartía con ellas el modo en que ella hacía la Hora Santa.

Un día salió con una Hermana y, de camino, encontraron un tojo en flor con grandes espinas. La Hermana Dolores comenzó a coger algunos tallos. Muy sorprendida, su compañera preguntó para qué los quería. La Hermana Dolores respondió:

— *Nuestro Señor está muy ofendido y pide reparación.*

Al ver que encontraba eco en ese corazón, invitó a la Hermana a hacer también sacrificios y compartió con ella las ramas de tojo que llevaba. Esa noche las dos durmieron con la caricia del tojo en la cama. Pero la Hermana Dolores quiso ir más lejos y esparció también por las sábanas una cierta cantidad de azúcar que agravaba el efecto de las espinas, quedando todo su cuerpo lleno de heridas y con fiebre muy alta.

Antes de que descubrieran la causa, pidió a su cómplice que ocultara los espinos y pidió que le llamara al confesor, al pesarle la conciencia por haber hecho una penitencia sin permiso. La

²⁶¹ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, pp.176-177.

²⁶² *O Meu Caminho* I p.398.

²⁶³ *Ibidem* p.112.

Madre Provincial lo llamó, y también al médico, y estaba muy sorprendida de que estuviera así, con una fiebre tan alta, cuando el día anterior estaba tan bien. El confesor, después de oír la confesión contrita de su fervorosa penitente, le pidió permiso para revelar a la Madre Provincial la razón de su dolencia, quien no la censuró. Y dos días después, para gran sorpresa del médico, la pastorcita estaba curada ²⁶⁴.

Este médico, muy bueno y amigo de las Hermanas, a las que trataba gratuitamente, era comunista. Cuando la Hermana Dolores iba a su consulta acompañando a las Hermanas enfermas, ya que era la ayudante de la enfermería, el médico aprovechaba siempre la ocasión para discutir con ella y le prometía que iba a conseguir de ella que cambiara de ideas. Más tarde el médico, tras haber sido detenido y condenado a muerte, envió un mensaje a la Hermana Dolores para que intercediera por él ante la justicia, lo cual era imposible, so pena de padecer la misma sentencia.

Ella le transmitió con un crucifijo la seguridad de su oración y tuvo el consuelo de saber que se convirtió a Dios y ayudó a que otros compañeros hicieran lo mismo. Eran 30. Sólo se resistió aparentemente uno. El día de la ejecución, desde lo alto de la casa de Pontevedra, la Hermana Dolores pudo acompañar en oración los últimos momentos de aquellos hermanos que murieron gritando “¡Viva Cristo Rey!”, después de haberse confesado y haber recibido la Sagrada Comunión en una Misa celebrada por el padre Mariño S. J. esa noche en la prisión.

Un día quedó tupido el pozo séptico, que ya desbordaba, y la Superiora no sabía cómo hacer. La Hermana Dolores se ofreció a hacer ese trabajo repugnante después de cumplir con sus obligaciones, hacia el final de la tarde. Con ella fueron dos Hermanas más voluntarias.

En un determinado momento, una de ellas, desanimada ya con ese trabajo, se deshogó diciendo: — *Esta tarea es tan sucia que ¡ni siquiera Dios está aquí!* La Hermana Dolores, que no sentía menos repugnancia, dijo con toda tu alma:

— *¡Oh, hermana, no diga eso, porque Dios está en todas partes!*

Acto seguido, al empujar el rastrillo sobre la parte más profunda, se dio cuenta de que algo había quedado trabado en los dientes. Lo alzó y dijo entonces a su compañera: — *¡Mire cómo Dios está aquí!* Era un rosario. Las cuentas estaban podridas, pero el crucifijo, después de lavados y desinfectados, con permiso de su Superiora, lo usó en su rosario como desagravio.

Algún tiempo después, los comunistas llegaron pidiendo trabajo para sus operarios. La Superiora y otras Hermanas quedaron presas del miedo y ni siquiera querían hablar con ellos. La Hermana Dolores toda resuelta les dijo: — *Aquí tenemos un pozo séptico que necesita ser canalizado.* Ellos tomaron nota y el trabajo se hizo.

Pero a la Madre Superiora no le agradó que ella diera esa orden y la reprendió diciendo que no debía haberse entrometido en eso. Aunque no había sido muy grato oír la reprensión, la dio por bien empleada, pero decía después con mucha gracia:

— *Me entrometí, pero ¡quedamos libres de aquello!* ²⁶⁵

9. NADA ME GUSTARÍA MÁS QUE DAR MI VIDA POR DIOS

Las noticias de la Guerra en España llegaron a oídos de la señora Maria Rosa, que quedó muy preocupada y debieron haberle dicho que su hija había regresado a Oporto. Ella debió haber escrito a su hija, extrañada de que estuviera en Portugal y no le hubiera dicho nada. Entonces la Hermana Lúcia, para tranquilizarla, le escribió diciendo:

²⁶⁴ Relato oral de la Hermana Lúcia.

²⁶⁵ *Ibidem.*

JHS

Instituto de las Religiosas de Santa Dorotea

Pontevedra 24-6-1936

Mi querida madre:

Recibí sus dos cartas que ahora deseo agradecer. Por eso me dispongo a responder la última de éstas para que quede tranquila por mí. Gracias a Dios estoy bien y me alegra que me diga que también usted está bien con nuestra familia y cuánto tenemos que agradecer a Nuestro buen Dios por tantos beneficios que en su Divina misericordia nos ha concedido. ¡Ojalá que nuestra vida se convierta en un perenne acto de agradecimiento a los sacratísimos Corazones de Jesús y de María!

No sabía que Maria Lúcia tenía esa enfermedad de parálisis. Quiera Dios que se cure, si fuera ésa la Divina voluntad, pero me parece que ella sería mucho más feliz si Dios la llevase al Cielo. Así lo ruego si ella algún día Lo hubiera de desagradar con algún pecado, y lo mismo pido para toda la demás familia. Sobre los benefactores, ellos tienen todo el derecho a nuestras pobres oraciones, es un deber de gratitud orar y sacrificarnos por ellos; por eso no los olvido en mis pobres oraciones: ésa es la Voluntad de Dios. No sé cómo le han podido decir que estoy en Oporto; aún no salí, ni sé que las Superiores tengan intención de mandarme salir de Pontevedra. Debido a la situación del país, puede ser que nos obliguen a marchar, pero en ese caso yo le escribiré y, mientras yo no le diga nada, no crea lo que otros le digan. Hasta el día de hoy nadie se ha metido con nosotras y, en el futuro, será lo que Dios quiera: no se aflija. Él vela por nosotras: ¿qué más queremos?

Muchos recuerdos a la Excm. señora doña María Francisca y a toda la familia. Bendiga a esta hija suya, que besa su mano. Maria Lúcia de Jesús R. S. D.

Porque vivía confiada en la protección divina y con la firme certeza de que ni un solo cabello de su cabeza caería sin que Dios lo permitiese, permanecía serena y se movía con libertad, incluso feliz en medio de la tormenta, siempre a la espera y deseando un momento propicio para *terminar la carrera*. Así escribía al padre Aparicio el 2 de agosto:

Reverendísimo señor padre Aparicio:

A pesar de estar rodeada de tantas tempestades y peligros, el buen Dios vela por mis Hermanas, de modo que podemos decir que hemos pasado por el agua y el fuego y que salimos ilesas, gracias a Dios. Hasta hoy todavía no hemos tenido que sufrir otra cosa más que algunos sustos. La verdad es que yo ¡ni en el momento de mayor peligro me asusté!, en parte por la confianza que tenía en los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María y por la alegría que sentía de unirme a Ellos en el Cielo. Pero, por lo visto, no me quieren allá por ahora, quieren que les ofrezca el sacrificio de esperar, por la conversión de esta nación. Y no me he asustado, quizás también por ignorar en parte toda la gravedad del peligro en que estábamos. Por ahora estamos a la expectativa de lo que suceda. Confiamos en nuestro buen Dios y en la protección del Corazón Inmaculado de María, que en breve nos concederán días de paz y tranquilidad; por lo demás, estoy lista y nada sería para mí de mayor agrado que poder dar mi vida por Dios, para de alguna manera pagarle lo que Él ha dado por mí; sin embargo, me reconozco indigna de este tan gran favor.

Maria Lúcia R. S. D.

10. ENFERMEDAD Y MUERTE DE LA MADRE PROVINCIAL

Al año siguiente, en abril de 1937, la Madre Provincial llegó a Tuy muy enferma. Inmediatamente dio orden a la Hermana Lúcia de volver al Noviciado. En la última hora, pensó que ya no debía mirar a los sentimientos y decidió reponer a la pastorcita de Fátima en el lugar que le había prometido y también para poder tenerla junto a sí. La Superiora de Pontevedra quedó preocupada porque, en aquél momento del año, la Hermana Lúcia le hacía mucha falta e intentó retardar su marcha para Tuy. Pero la orden fue tajante. Entonces quiso acompañar a la Hermana Dolores para ver a la Madre Provincial y con la esperanza de llevarse de nuevo a la pastorcita para Pontevedra, lo que en esta ocasión no sucedió.

La Madre Monfalim estaba muy enferma, pero peor de lo que se pensaba. Le quedaban pocos días de su vida en la tierra. Quiso que la Hermana Dolores la acompañase todos los momentos posibles, al agradarle mucho su conversación sencilla y siempre llena de buen humor, que ayudaba a la querida enferma a distraerse de sus sufrimientos. La Hermana Lúcia solía hacer una novena a Nuestra Señora de Fátima, todos los meses, comenzando el día 4. Ese mes de mayo, el último de su vida, la Madre Monfalim pidió a la Hermana Dolores que la hicieran juntas. La novena consistía en el rezo de un “Acordaos” y tres Avemarías. Una vez rezados, la Madre Provincial besaba una imagen de Nuestra Señora de Fátima, diciendo: — *Mi buena Madre, pedimos mi curación, sólo si fuera ésa la voluntad de Nuestro Señor.* El día 13, al ver que empeoraba en vez de mejorar, dijo: — *Hermana Dolores, Nuestra Señora ya me ha dado la respuesta. ¡Estoy peor! Es que Nuestro Señor quiere llevarme al Cielo* ²⁶⁶.

En ese momento, al sentir abrirse la puerta de la eternidad, en su alma se insinuó alguna sombra de temor por la solemnidad del momento, y buscó seguridad en su pequeña confidente. La Hermana Dolores la tranquilizó, diciendo: — *No tema, Madre Provincial. ¡Nuestra Señora es Madre! Habrá de ayudarla hasta llegar al Cielo, su Corazón Inmaculado palpita de amor por nosotros.* Confortada, la Madre respondió: — *Es cierto, y yo confío en Su protección y en Su amor. ¡Ella es mi Madre!* ²⁶⁷

Ante el agravamiento de la enfermedad, las Superiores de todas las casas de la Provincia vinieron a visitar a la enferma y muchos familiares de la Madre Eugenia Monfalim. Por causa del reducido número de religiosas que estaban en la casa, el Noviciado se trasladó de nuevo a Portugal. La Hermana Dolores tuvo que ocuparse entonces de muchas tareas y ya no podía estar tan disponible para acompañar a la Madre Provincial, hasta el punto de que ésta se quejó. Para ofrecerle la deseada compañía, la Madre Maestra de novicias iba muchas veces a sustituir o ayudar en sus tareas a la Hermana Dolores, a fin de que ésta pudiese quedar libre para dar ese gusto a la querida enferma. Y ella lo hizo con mucho agrado.

En la mañana del 31 de mayo, la Madre Maestra Lemos, que había acompañado a la enferma esa noche, fue a buscar a la Hermana Dolores para decirle que la Madre Monfalim había expresado su deseo de comer limas. Y se preguntaba dónde podrían conseguirse, ya que es una fruta relativamente rara. La Hermana Lúcia dijo que iba a ver si las encontraba.

Y salió acompañada de otra Hermana, dirigiéndose a una finca donde había visto un árbol de éstos cuando iba a buscar camelias. Volvió rápidamente con los frutos deseados, que amablemente le fueron ofrecidos a la enferma. Comenzaba a pelar una lima y a dar los gajos a la Madre Monfalim, para que fuese saboreando lentamente esa fruta que deseaba, cuando llegó un

²⁶⁶ M. CEZIMBRA, *Madre Monfalim. Memórias de sua irmã*, Lisboa 1946, cap.91 p.679.

²⁶⁷ Cf. Carta de 3 de diciembre de 1944 a la Madre Mariana Cezimbra: cf. M. CEZIMBRA, *Madre Monfalim. Memórias de sua irmã*, Lisboa 1946, cap.91 p.680.

telegrama de la Madre General, con la Bendición del Santo Padre para la enferma, y pidiendo noticias. Pidieron a la Hermana Lúcia que con la misma compañera fuese al telégrafo para enviar la respuesta a Roma.

Una vez que las dos salieron, la Madre Monfalim sintiendo que iba a partir para la eternidad, comenzó a llamar: — *¡Hermana Dolores! ¿La Hermana Dolores? ¿Dónde está la Hermana Dolores? Quiero ver a mis pies esos ojos que vieron a Nuestra Señora.* Pero no fue posible. Cuando las dos volvieron rápidamente del telégrafo, se encontraron con una sorpresa: ¡la Madre Monfalim había muerto! Lúcia se arrodilló unos instantes y rezó en silencio, llorando mucho. Después se retiró a la capilla e hizo el Viacrucis por el eterno descanso de su querida Madre Provincial.

Mientras se entregaba a esta devoción en sufragio, vino junto a ella la Madre Maestra a darle un último recado de su Madre: — *Entregándome una pequeña imagen de metal de Nuestra Señora de Fátima, que la Madre Provincial tenía habitualmente sobre la mesilla de noche, me dijo: “Tome. La Madre Provincial, en cuanto se dió cuenta de que se moría, tomó esta imagen, la besó y me la entregó diciendo: dásela a la Hermana Dolores, lo dejo a Nuestro Señor: no la envíen más a Pontevedra”. Este pensar en mí de la Madre Provincial en el último momento ¡me conmovió! Y no quisiera que la Madre hubiera muerto con el más mínimo escrúpulo por mí. Pero ¿por qué no habrá querido Dios darle la gracia, que ella deseaba, de tenerme a su lado en el último momento? ¡Designios de Dios! Varias veces me había dicho: “Cuando yo esté para morir, no salga de aquí”. Yo se lo había prometido, pero ¡de qué valen nuestras promesas cuando los designios de Dios son otros!* ²⁶⁸

Lúcia ayudó a amortajar el cuerpo inerte de su Madre y la acompañó hasta el cementerio, meditando en las palabras de Jesús: “*Estad preparados, porque el Señor vendrá como ladrón en la noche, cuando menos lo penséis*” (Mt 24,44). Y concluyó: *Vanidad de vanidades, si no es amar a Dios únicamente. La Madre Provincial amaba a Dios, sí, y eso es lo único con lo que ahora se encuentra: ¡el Amor de Dios eternamente!* ²⁶⁹

Al parecer, según testimonios contemporáneos, ella quedó pegada a la tumba de granito donde fueron depositados los restos mortales de aquella que en su vida, hasta ese momento, había tenido la función de indicarle la Voluntad de Dios. Fue preciso que una Hermana la llamara a la realidad de que, en efecto, todas las demás se habían ido ya. La vidente obedeció en silencio. ¿Qué pensamientos y sentimientos ocuparían en ese momento su corazón y su espíritu? Unos días después del funeral, escribió a su madre, a quien anteriormente había pedido oraciones por la mejoría de la Madre Monfalim. Y parece todavía muy impresionada por el sufrimiento que vio:

J. M. J.

Tuy, 13-6-1937

Mi querida Madre

Sólo dos palabras para agradecerle su cartita y decirle que, gracias a Dios, estoy bien. Desde el día 27 de abril estoy en Tuy, donde he asistido a la terrible enfermedad que llevó al Cielo a mi queridísima Madre Provincial. Siento mucho su ausencia, porque en su Reverencia tenía una verdadera madre, un superiora santa y una amiga íntima, pero ¡nuestro buen Dios quiso llevársela al Cielo! ¡Que se haga Su Santísima Voluntad!

Muchos recuerdos a la Excm. señora Maria Francisca y a toda la familia. Su hija que no la olvida junto a los Corazones de Jesús y de María. Maria Lúcia de Jesús R. S. D.

²⁶⁸ O Meu Caminho I p.117.

²⁶⁹ Ibidem.

El año anterior, preocupada por el estado de salud de la Madre Provincial, había pedido a su madre que mandase a dos nietas suyas, que pasaban con ella las vacaciones, hacer una novena por la curación de su Madre: — *Le pido que mande a Maria Amélia y a Etelvina quienes, según me parece, pasan ahí el mes de septiembre, que durante 9 días recen un “Acordaos” y 3 Avemarías por la mejoría de la Reverenda Madre Provincial, a quien Maria Amélia ya conoce. Que lo recen con mucho fervor a los pies de Nuestra Señora en Cova de Iría* ²⁷⁰.

A pesar del último deseo de la Madre Monfalim, casi un testamento, pidiendo que no mandasen a la Hermana Dolores de nuevo a Pontevedra, esto no se cumplió de inmediato y ella marchó, otra vez, justo después del funeral, siempre en silenciosa obediencia. Sólo volvió cuando visitó la casa de Tuy la nueva Madre Provincial, Madre Maria do Carmo Corte Real y, sorprendida por no encontrar allí a la vidente de Fátima, telefoneó a Pontevedra mandando que regresase.

Se nombró una nueva Superiora de la casa de Tuy, que destinó a la Hermana Dolores al encargo del ropero de los hábitos, refectorio de las alumnas y sacristana. Era finales del año 1937, que había sido el más violento de la guerra en España.

11. DE NUEVO EN TUY

En 1939 terminó la guerra, pero quedaba el hambre. Era muy difícil encontrar alimentos, y lo que se encontraba era muy caro. Las Hermanas Doroteas iban con frecuencia a Valença do Minho a proveerse de lo indispensable y, muchas veces, era enviada la Hermana Dolores a cumplir esa misión, por tener conocidos en la frontera. En la casa de las Hermanas Franciscanas Hospitalarias de la Inmaculada Concepción, en el Asilo Fonseca, era donde se recogían las provisiones. Según el testimonio de una Hermana de esa época, la primera cosa que la Hermana Dolores hacía, cuando llegaba allí, era entrar en la capilla para hacer una visita a su Jesús. Después de este saludo, según iba consiguiendo lo que necesitaba, guardaba las compras en esta casa hospitalaria y sólo después cargaba el vehículo que las iba a llevar. Normalmente iba en un taxi.

Como los tiempos eran difíciles, la Hermana encargada de la despensa caía en la tentación de guardar los víveres conseguidos, por miedo a que faltase lo necesario, y los hacía durar por mucho tiempo. Pero nada es eterno. Y por eso, a veces, lo que era conseguido con tanto sacrificio acababa por deteriorarse y no beneficiar a nadie. La Hermana Dolores sentía mucho esto, al ver desmayarse a algunas Hermanas por debilidad, pues todas lo pasaron mal e incluso hambre. La alimentación era muy pobre. No había pan. Hervían durante tres horas *cascarilla*, que es cáscara de cacao, para el desayuno, y tomaban esta agua amarga con leche, sin azúcar. De ésta sólo se conseguía algo para las enfermas, pero poco. De una cooperativa recibían patatas, lentejas y frijoles, pero en pequeñas cantidades.

Una vez, las Hermanas estaban casi en ayunas cuando llegaron las que habían ido a Valença y traían algo de pan, una delicia que sólo ahí conseguían. A pesar de la debilidad que sentían, todas se ocupaban en las tareas que les eran encargadas. Con toda su energía, la Hermana Dolores sacaba brillo al encerado de la capilla haciendo peso, como en un alarde de fuerza. Muy solícita, una Hermana vino a llamarla para ir al refectorio, donde las otras Hermanas habían recibido ya, por excepción, un pedacito de pan para engañar el hambre. Como la Hermana Dolores no se decidía a bajar, tal vez dispuesta a ofrecer al Señor ese sacrificio, la Hermana que la invitaba, queriendo convencerla de algún modo, la llamó *terca* cariñosamente y consiguió que fuese. Cuando llegó a la puerta del refectorio y la encargada del comedor vió a otra comensal, agarró la

²⁷⁰ Carta escrita en el verano de 1936 a su madre.

bolsa del pan y huyó al tiempo que decía riendo: — *¡Ay, Jesús! ¡Aquí viene otra! ¡Me comen todo el pan y no tengo nada que poner en la mesa para la comida!* ²⁷¹

Todas rieron la gracia, y la Hermana Dolores sonriendo volvió a su tarea con la misma hambre, pero feliz de poder ofrecer este otro sacrificio. Y, efectivamente, al llegar a la capilla hizo una pausada genuflexión ante Jesús Escondido y repitió con todo el fervor de su corazón: — *¡Oh, Jesús, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!* ²⁷². ¿Le dolió que para ella no hubiese pan? Es muy probable que sí. Pero quien no siente es una piedra inerte que no tiene mérito ninguno. El mérito no está en no sentir la pequeña cruz, sino en besar esa pequeña cruz.

Fueron varios años seguidos de escasez. La Guerra de España, que afligió singularmente a esta nación, fue seguida por la Segunda Guerra Mundial que llevó la hambruna a todas partes por donde pasó ese ciclón devastador.

Cuando la Madre Cunha Matos fue a Tuy como Superiora, viendo la dificultad que había para conseguir alimentar a las Hermanas, preguntó un día a la Hermana Dolores si acaso no conocía a alguien que las pudiera ayudar a encontrar provisiones. La Hermana Lúcia respondió con franqueza: — *Yo conozco, Madre Superiora, pero como la gente está a lo suyo, no me he atrevido a hacer ninguna petición.* Y la Madre respondió: — *Déjese de esas cosas, Hermana. Haga lo que pueda* ²⁷³. Ella se fue y volvió muy pronto proveyendo la despensa de lo necesario.

Lúcia continuaba siendo la misma por dentro. Con una vida llena de Dios, incluso con los sufrimientos de todo tipo que la visitaban, no dejaba de suscitar la alegría y el buen humor, que aligeraba también la cruz de quienes vivían a su lado, manifestando así la libertad interior que la caracterizaba. Había una Hermana que era muy miedosa y confesaba que cualquier cosa la asustaba. La Hermana Dolores recordaba haberle hecho una broma. Antes de la hora de acostarse, ató a las barras de la cama unas campanillas y, cuando llegó la hora, ella fue a acostarse muy silenciosa. Cuando sonó el toque de apagar las luces, tiró de la cuerda que había atado a las campanillas y ... éstas sonaron incesantes y gritaba la pobre Hermana que las sentía en su cama sonando como una alarma. Todas ahogaron las risas bajo las sábanas y acabó el espectáculo. Pero, después, la Hermana Dolores tuvo que oír el “sermón” de la Superiora, a quien también le debió parecer graciosa la broma, pero lo tenía que hacer para cumplir las reglas.

Un día, durante la recreación, una Hermana confesó que, haciendo tanto frío, una vez terminase la primera Hora Santa, la hora de Desagravio, se iba a ir derecha a la cama y no se quedaba para la segunda Hora Santa, que era facultativa. La Hermana Dolores pensó después en hacerle una jugarreta. Y, cuando aquella Hermana se fue a acostar, encontró la cama ocupada por once botellas llenas de agua ... ¡fría! Mientras las retiraba de la cama pacientemente y las colocaba en fila junto a la pared, fue pensando, sin equivocarse, que la autora era la Hermana Dolores. Obtuvo confirmación de su sospecha cuando se encontró oculta en la sábana bajera otra botella más envuelta en paños de lana y llena de agua caliente, para reparar la molestia que le había causado con las otras. Y es que la Hermana Lúcia sabía bromear sin menoscabo de la caridad.

Contaba que una vez encontró una gorra de rojo y enseguida le vino la idea de hacer una broma. Con ella en la cabeza entró en la sala de la recreación y le dijo a una Hermana que tenía el apellido de “Rojo”: — *¡Oh Hermana Rojo, mire el sombrero de su padre!* La Hermana defendía que su padre no era “rojo”, pero la Hermana Dolores afirmaba diciendo: — *¡Él es “Rojo”!* Todas se unieron a la broma, partiéndose de risa. Entonces la Hermana Dolores, uniendo los apellidos de

²⁷¹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

²⁷² MHL I: 2ª M cap.2 n.6, p.87.

²⁷³ Relato oral de la Hermana Lúcia.

otras dos Hermanas que estaban en la recreación y eran las Hermanas Riscado (“a rayas”) y Barata (“barato”), ambas naturales de Alcains, empezó a proclamar: — *¿Quién quiere comprar paño “a rayas” “rojo” y “barato” de Alcains?* ²⁷⁴

12. EN LA PLAYA

Al final del año escolar de 1931, como la Hermana Lúcia no era de muy buena salud, siempre se sentía escasa de fuerzas. Por consejo del médico, comenzó a pasar al menos un mes en la playa, casi todos los años. Los dos primeros años fue acompañada por la Madre Refojo en casa de una hermana de ésta, que vivía con una sobrina en la isla de Rianjo.

Aquí, alternando el descanso, los baños de mar y la distensión, paseando con las señoras que las alojaban, la Hermana Dolores no descuidaba su vida de piedad y continuaba cumpliendo sus tiempos de oración, lectura y examen de conciencia. Procuraba ir al mar muy temprano, para evitar encuentros. Después todas iban a la iglesia a asistir a Misa y a comulgar. Al volver a casa, desayunaban y la Hermana Lúcia ayudaba en la limpieza de la casa y en la cocina. Descansaba más tiempo y disfrutaba de más tiempo de recogimiento, al no padecer aquí las búsquedas de curiosos que tanto la importunaban.

Al ser varias las Hermanas con necesidad de aires de mar, la Madre Provincial alquiló una casa en La Toja, donde comenzaron a ir las que lo necesitaban. Unas estaban sólo ocho días, otras quince. La Hermana Dolores se quedaba un mes.

Una noche, la marea subió mucho e inundó la casa. Las Hermanas se despertaron con el mar dentro de casa y las camas casi servían de barco. Fue una fiesta. Todas se levantaron para arreglar la casa en medio de una gran alegría. Este suceso extraordinario las dispensó del “gran silencio”, y la Hermana Lúcia aprovechó esta ocasión para divertirse transmitiendo alegría, siendo la primera en el trabajo, siempre muy enérgica.

Seguían un horario más ligero, pero cumplido rigurosamente, con Misa, Visita al Santísimo, rosario y bastante tiempo de playa. Una vez las Hermanas estaban en la capilla y pasaron un mal rato. Oyeron un ruido extraño y quedaron sorprendidas de lo que estaban viendo: el sacristán estaba limpiando de polvo el altar con algo así como un látigo de crines, haciendo mucho ruido. Tales eran las ganas de reírse que se vieron obligadas a salir de la capilla para no faltar al respeto al Señor Sacramentado.

Una tarde apareció un señor que, al identificar a una religiosa dorotea y reconociendo por el acento que era portuguesa, le preguntó si sería posible ver a Lúcia, a quien Nuestra Señora se había aparecido. Ella, con mucha naturalidad, dijo que podría ser si las Superiores lo permitían. De nuevo el hombre preguntó si ella estaba en Tuy. Lúcia respondió con toda verdad:

— *Ahora no.*

— *Si supiera que me dejaban, iría a verla.*

— *No vale la pena. Ella es una Hermana como las demás.*

— *Eso no es cierto del todo, porque ella siempre vió a Nuestra Señora.*

— *Eso es verdad, pero mire: ella es así tal como yo.*

— *Entonces se acabó. Si no se la puede ver, no se la puede ver. ¡Paciencia!* ²⁷⁵

Tras un rato más de conversación amena sobre otros asuntos, se despidieron, quedando la Hermana Lúcia muy contenta por haber logrado no ser identificada. En estas situaciones las Hermanas que la acompañaban no intervenían en la conversación, para no cometer algún desliz y,

²⁷⁴ *Ibidem.*

²⁷⁵ *Ibidem.*

sin querer, se descubriera lo que ella quería ocultar. Pero, a veces, pasaban grandes apuros para permanecer serias. En cuanto se veían solas, estallaban las risas, contenidas con dificultad durante la conversación.

13. SALVADORA DE NÁUFRAGOS

Un año, durante el tiempo de su estancia en la playa, la Hermana Dolores enfermó de una colitis aguda. Fue atendida por el Dr. Pena del *Gran Hotel*. Éste la trató con mucha deferencia, aún siendo de ideología comunista, y le proporcionó las medicinas necesarias para su recuperación. En esta enfermedad estaba la mano misericordiosa de Dios, queriendo llevar al buen camino a algunas ovejas descarriadas.

Cuando ya se encontraba mejor, el médico pidió permiso para presentarle a su esposa. La Hermana Dolores accedió a su deseo y acordaron encontrarse durante el paseo que a la tarde solía hacer por el pinar. Quedó sorprendida cuando vio llegar al médico acompañado de dos chicas jóvenes, siendo ya una persona madura. Después de las presentaciones, él se retiró, dejando solas a las señoras. La “esposa” reveló enseguida su identidad y la Hermana Dolores se enteró de que había sido educada en un colegio de las Hermanas Doroteas, en Sintra. Había dejado a un hijo pequeño al cuidado de sus padres y, tras abandonar a su marido, con una criada que estaba en su misma situación se fue a Madrid, donde conoció a este médico, con el que vivía maritalmente.

La Hermana Dolores, que nunca se cuidaba de si una persona era bien o mal vista, sino que enseguida iba derecha al núcleo de la verdad, no perdió el tiempo e inmediatamente se puso a trabajar para salvar a estas almas. Su palabra cayó como un relámpago de paso en la noche e iluminó esa conciencia que enseguida se abrió a la luz de la gracia, confesando que no se sentía feliz con el peso que llevaba. La Hermana Lúcia le propuso cambiar de vida y esto encontró eco en esa alma sedienta de paz. Procuró que pudiera encontrarse con el sacerdote que quería y se ofreció a dar la noticia al médico, lo que ella esperaba que iba a ser un problema, pero para su sorpresa no lo fue. Él mismo estuvo de acuerdo en la separación y se ofreció a llevarlas a Tuy y a Valença, donde los padres de la señora las vinieron a buscar.

Con cierta pena, la Hermana Lúcia no las pudo seguir acompañando en adelante por ese camino, pero esas almas quedaron muy presentes en su oración.

Pasó también algunas temporadas de playa en Marín o en Placeres. Fue aquí donde una mañana pudo salvar la vida a dos niños que casi mueren ahogados.

Dejemos que la Hermana Lúcia nos lo cuente:

— *Caminaban por allí unas mujeres para recoger residuos que las olas arrastraban hacia afuera. Con ellas iban dos niños que jugaban en la arena. Ordinariamente el mar por allí solía estar tranquilo, pero ese día estaba un poco agitado. Me preparé para el baño y estuve esperando un momento de más calma. Me subí a lo alto de unas rocas para coger mariscos (lapas); al poco, oí unos gritos de angustia. Miré, y eran las pobres mujeres por causa de los pequeños que una ola más fuerte los había arrastrado para adentro.*

Me deshice del albornoz que me estorbaba, me tiré al agua y conseguí agarrar a uno de los niños y sacarlo fuera. En un primer momento no ví al otro, pero muy pronto lo descubrí reclinado sobre una roca donde había batido una ola y felizmente lo había dejado medio atascado. Lo saqué de ahí y, con la ayuda de Nuestra Señora, a la que invocaba angustiada, conseguí salvar aquellas dos vidas.

Pasados los primeros momentos del susto y teniendo a los niños vomitando el agua que ya habían tragado, las pobres mujeres no sabían cómo darme las gracias. — “Tienen ustedes que agradecerlo a la Virgen, que ha sido Ella, no yo”, les dije para infundirles la devoción a Nuestra

Señora. Y en verdad yo creo que fue Ella Quien me ayudó pues, aunque yo tuviera facilidad para nadar, la angustia bastaba para impedírmelo ²⁷⁶.

Este hecho le supo a miel toda la vida. Siempre lo contaba con un indecible brillo en los ojos. En las horas que pasaba tomando baños de sol, sentada sobre alguna roca más apartada, la Hermana Dolores se ocupaba en rezar, leer algún libro o escribir, aprovechando que no había allí miradas indiscretas y curiosas que furtivamente vieran lo que escribía. En el verano de 1932 se ocupó en escribir un largo poema titulado *La Cruz*. De él destacamos dos estrofas que muestran el gemido sereno y constante de su alma encendida:

*Ó Cruz, em bênçãos tão florida,
Damor encanto, estalma te bendiz;
Sentei-me à tua sombra, achei a paz, a vida.
Caí nos braços teus e sou feliz!*

**** *

*Chama por mim a alma do pobre pecador,
Junto ao negro abismo onde vai descer.
Sou vítima oferecida, nos braços do Senhor:
Minha vida em sangue por ela até morrer!*

La Toja, 1932

*¡Oh Cruz, de bendiciones tan florida!,
encanto de amor, ¡este alma te bendice!
A tu sombra me senté: alcancé la paz, la vida.
¡En tus brazos caí y así soy feliz!*

**** *

*Del pobre pecador el alma clama por mí
junto al negro abismo a donde a caer va.
Soy víctima ofrecida, en brazos del Señor:
¡mi vida en sangre por él daré hasta morir!*

La Toja, 1932 ²⁷⁷

14. MENSAJERA INCANSABLE

En los últimos años que vivió en España, además de los trabajos que estaban a su cargo, la Hermana Dolores se dedicó de todo corazón a una tarea que le henchía el alma: enseñar el catecismo a los niños de las iglesias de San Bartolomé, de San Francisco, de Guía, y de dos capellanías en los alrededores de Tuy. ¡Cómo le gustaba hacer esto! Era un sueño que hacía mucho tiempo dormía en su corazón apostólico. Hay testimonios de que se esmeraba en la preparación de los niños, con mucha atención, con mucho amor. Decía el Prior de San Francisco que los niños preparados por la Hermana Lúcia se distinguían de los otros, pues sabían confesarse mucho mejor.

Pero también se cuidaba de sus necesidades materiales, pidiendo ayuda a personas amigas para ese fin. En octubre de 1941, en una carta a una amiga, agradece la limosna que recibió para esas criaturitas que iban mal vestidas:

*Querida amiga,
(...) quiero agradecer la limosna tan generosa que se ha dignado enviarme para los niños pobres de mi catequesis. Que nuestro buen Dios y nuestra querida Madre del Cielo se dignen recompensar tanta caridad. El cargamento llegó aquí con todo, sin novedad. Le ruego que lo agradezca por mí a su buen hermano y cuñada. Les estoy sinceramente agradecida y haré que esos niños recen por sus intenciones. En particular, hasta la Navidad ofreceremos la parte del rosario que todos los domingos rezo con ellos a las 5 de la tarde* ²⁷⁸.

²⁷⁶ *O Meu Caminho* I pp.86-87.

²⁷⁷ ARCHIVO DEL CARMELO DE COIMBRA.

²⁷⁸ Carta de 24 de octubre de 1941 a Rita Lúcia Neves.

Cuando iban a hacer la Comunión solemne, para las niñas que eran pobres, y en esa época de la postguerra había muchas dificultades en las familias, ella misma les hacía los vestidos, con permiso de sus Superiores, adaptando los vestidos de novia de las “tomas de hábito” de las Hermanas. Quería que ese día les quedara bien grabado, incluso en lo exterior, pues aun no siendo lo más importante tenía su valor y significado, porque ayuda a remarcar el recuerdo de ese día tan especial. ¡Cómo disfrutaba la Hermana Lúcia al poder dar a esas niñas los trajes que hacía con sus propias manos! Algunas solían ir casi desnudas, tanta era la miseria entonces.

¡Y a ella le agradaba tanto dar! Al mismo tiempo que socorría las necesidades corporales, daba a manos llenas la riqueza que guardaba en su corazón: su amor a Dios y a Nuestra Señora abría al amor de Dios aquellos corazones inocentes y bien dispuestos y les comunicaba el amor por la reparación y por la salvación de las almas.

La Hermana Lúcia tenía una “mano” especial para contar la historia de Fátima, sin hablar de sí misma, y los niños quedaban presos de sus palabras y llenos de entusiasmo, deseando imitar a los pastorcitos. Llevaba dentro de sí un fuego que la quemaba. Siempre que tenía ocasión de incendiar algún corazón con esas llamas, no dejaba escapar esa oportunidad. En los niños, tierra fértil y limpia de prejuicios, sembraba generosamente. Pero la pastorcita no se quedaba sólo en los niños. En casa, enseñó el catecismo a un grupo criadas y el fruto de esa catequesis fue tan notorio que las señoras, a quienes aquéllas servían, pidieron también asistir a las clases.

CAPÍTULO XII

ESCRITORA POR OBEDIENCIA

1. ESCRIBIÓ OBEDECIENDO

En 1935 el Señor Obispo de Leiría había mandado a la Hermana Dolores que escribiese los recuerdos que tuviera de Jacinta. Esa idea surgió después de leer una carta que la pastorcita escribió a Su Excelencia Reverendísima, agradeciendo las fotografías de Jacinta, cuando se hizo el traslado de sus restos desde el cementerio de Ourém al de Fátima. Al ver el entusiasmo con que ella hablaba de la prima, el Señor Obispo pensó que no debía perderse esa tan rica memoria. Y así nació la primera *Memoria*. Más tarde, tras haber sido sometida al interrogatorio del Dr. Antero de Figueiredo, el Señor Obispo mandó a la Hermana Lúcia que escribiese todo lo relativo a la historia de Fátima, para suministrar datos al Dr. Galamba a fin de que éste escribiese un libro sobre Jacinta. Como la primera vez, tuvo dificultades para obtener el permiso de la Superiora para hacerlo, y tampoco estaba en condiciones buenas para escribir, evitando las curiosidades. Era una cosa rara ver escribir a una Hermana Coadjutora.

Al no tener una habitación individual y teniendo que cumplir con sus encargos durante el día, sólo podía escribir por la noche. Pero a esas horas no lo podía hacer en el dormitorio, porque las luces debían estar apagadas a una determinada hora. Por eso, ella se quedaba disimuladamente en un sala de clases y después iba a acostarse con mil cuidados para no molestar a las Hermanas. Cuando lo podía hacer durante el día, era en el ático, bajo la luz de un azulejo de cristal y en un rincón donde no la descubrieran.

— *Estos momentos eran interrumpidos además con frecuencia por reiterativos toques de campana que me reclamaban. No pocas veces sucedía que la Vice-Superiora me preguntaba:*

— *¿Dónde te metes, hija, que nadie te encuentra?*

A lo que yo respondía: — *“Estaba por allá arriba donde los armarios de la sacristía, porque ahí tengo mucho que hacer”.*

— *Pero ahí he ido yo a buscarte, abrí la puerta y no te vi.*

— *Tiene razón, es que dentro hay una puerta más pequeña por donde se accede a un desván del tejado donde me ocultaba* ²⁷⁹.

Era con un enorme desagrado como la Hermana Lúcia cumplía esta obediencia, pero no le faltó la paternal comprensión y orientación de don Antonio García y García. Ella así lo confiesa: — *El señor Obispo de Tuy don Antonio García y García era entonces la guía de mis pasos, como ya lo venía siendo tiempo atrás. Siento que Dios cumple conmigo lo que nos dice el salmista: “Ordenó a Sus Ángeles que te guarden y te conduzcan en todos tus caminos. Y, llevándote de la mano, te guíen para que no tropieces”. Así entiendo también la frase del mismo profeta: “Cuando se mira a Dios, uno queda radiante de alegría”. De esta manera el sufrimiento se convierte en gozo porque como San Agustín dice: “O no se sufre o, si se sufre, ¡este sufrimiento es Amor!”. Sí,*

²⁷⁹ O Meu Caminho I p.144.

y para alcanzar esto para sí, la fuerza reside en la humildad, porque la gracia desciende al alma que se humilla, y entonces todo en lo más íntimo de sí canta ¡el himno de Amor! ¡Desde el abismo de mi nada, me sentí elevada a las alturas del Infinito! ¡Oh, misterio del dolor y del Amor! ²⁸⁰

Antes de ser publicado, el Señor Obispo de Leiría envió a la Hermana Dolores el libro sobre Jacinta para que ella corrigiese lo que no fuese correcto. En la respuesta que la pastorcita no tardó en enviar, casi sin darse cuenta de lo que escribía, ella dejó hablar al corazón, movida por el Espíritu de Dios “obedeciendo a una inspiración íntima”, como ella misma confiesa.

La carta dice así:

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo:

Jacinta quedó muy impresionada por algunas cosas reveladas en el secreto y, en su amor al Santo Padre y a los pecadores, me decía muchas veces: “¡Pobriño el Santo Padre! ¡Tengo mucha pena de los pecadores!”. Si ella viviese ahora que estas cosas están tan cerca de acontecer, ¡cuánto más no estaría impresionada! ¡Si el mundo conociese el momento de gracia que todavía le es concedido e hiciese penitencia! ¡El tiempo pasa, las almas no mueren, la eternidad permanece!

Veo, en la inmensa luz que es Dios, temblar la tierra sacudida ante el aliento de Su Voz: ciudades y pueblos sepultados, arrasados, engullidos, gentes indefensas en las montañas. Veo cataratas entre truenos y relámpagos, los ríos y el mar que se salen de sus límites [e] inundan, ¡y las almas duermen el sueño de la muerte! ¡Los hombres continúan maquinando guerras, ambiciones, destrucción y muerte! Siento en mí un misterio de Luz: Misterio que viene de la Fe, Dios presente, Dios en mí y yo, nada, perdida en la Luz como una gotita de alcohol lanzada a la llama: como ella, se convierte en llama. Aquella le da un aspecto nuevo, un tenue reflejo, y encuentra en Ella ¡la fuerza, la gracia, la vida, la paz, el Amor! ¡Misterio de Fe, de Esperanza, de certeza, de Justicia, de misericordia y de Amor! Dios eterno, Dios Inmenso, Luz increada, espejo donde todo pasa, donde todo se refleja, que todo lo sondea, ¡al que nada escapa! ¡Espejo de eterna Sabiduría, de Eterno poder, de Inmenso querer, de Infinita Bondad, Paciencia y Amor! Sí, Dios es paciente, espera. Dios es bueno, perdona. Dios es Amor, ¡nos Ama! Mas el querer pide y exige ¡nuestra correspondencia, nuestra sumisión, nuestra fidelidad! Dios es el Señor, y yo su humilde sierva ²⁸¹.

Esta explosión de confianza íntima, debió haber estado en el origen de la orden dada a la Hermana Dolores por el señor Obispo don José Alves Correia da Silva, unos pocos años más tarde, de escribir la tercera parte del Secreto.

Algún tiempo después, al necesitar el Dr. Galamba algunas aclaraciones, con el permiso del Señor Obispo se concertó una entrevista con la Vidente en Tuy. Pero, por dificultades de última hora surgidas con el pasaporte, fue la Hermana Dolores quien viajó a Valença, para ahí poder hablar. Una Madre la acompañó, como era habitual, y estuvo presente durante la entrevista, que fue un gran sufrimiento para la pobre pastorcita, que tantas contrariedades había soportado para escribir sin ser vista, y ahora ... Por eso respondió a todo con mucha reserva. La Hermana Lúcia sabía que *estas cosas* siempre suscitan curiosidad, incluso sin mala intención.

²⁸⁰ *Ibidem* pp.123-124.

²⁸¹ *Ibidem* pp.124-125.

2. LA PRIMERA CARTA AL PAPA

Fue en 1940 cuando la Hermana Dolores, instada por el Señor Obispo de Leiría, por el Señor Obispo de Gurza y por su Superiora, escribió la primera carta al Santo Padre Pío XII, pidiendo la Consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María. Gran parte del mal ya se había hecho. Pero, si esta petición fuese atendida, se evitarían muchos más. ¡Es un gran misterio que Dios se someta a la voluntad de los hombres! Pero Él actúa así, también para que los grandes Soles de la Iglesia puedan practicar la humildad recibiendo la luz del Cielo a través de estrellitas humildes casi imperceptibles. Y estas pobres criaturas elegidas para transmitir estos mensajes también tienen que revestirse de profunda humildad para atreverse a comunicar los mensajes del Cielo. Ella hablaba de Dios a los niños pequeños y para ella eso eran dulzuras de miel, tierno encanto que la transportaba a sus tiempos de niña, pero ¡cuánto le costaba tener que hablar con los Príncipes de la Iglesia de Cristo! Pero, si ese sacrificio le era pedido, era necesario obedecer. Humildemente pidió ayuda para hacer una redacción más cuidada y la carta se envió así:

Santísimo Padre:

Humildemente postrada a los pies de Vuestra Santidad le escribo como la última de las ovejas de la grey confiada al cuidado de Vuestra Santidad, por orden de mi Director espiritual. Soy la única sobreviviente de los niños a quienes Nuestra Señora se dignó aparecerse en Fátima (Portugal) en los días 13 desde Mayo a Octubre de 1917. La Santísima Virgen me ha concedido muchas gracias, siendo la mayor [la] de mi ingreso en el Instituto de Santa Dorotea. Le escribo, Santísimo Padre, para reiterar una petición que ya ha sido elevada varias veces ante Vuestra Santidad. La petición, Santísimo Padre, es de Nuestro Señor y de nuestra buena Madre del Cielo.

En 1917, en la parte de las apariciones que hemos llamado el secreto, la Santísima Virgen reveló el final de la guerra que entonces afligía a Europa y anunció otra futura, diciendo que para impedirla vendría a pedir la Consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón y la Comunión Reparadora en los primeros Sábados prometiendo, si se atendían sus peticiones, la conversión de esa nación y la paz. De lo contrario, anunció la propagación de sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Santa Iglesia, el martirio de muchos cristianos, varias persecuciones y sufrimientos reservados a Vuestra Santidad y la aniquilación de varias naciones.

Santísimo Padre, hasta el año 1926 guardé esto en silencio siguiendo la orden expresa de Nuestra Señora. Y así hasta después de una revelación en que Ella pidió que se propagase por el mundo la Comunión Reparadora de los primeros Sábados durante 5 meses seguidos, haciendo con el mismo fin una confesión, un cuarto de hora de meditación sobre los misterios del Rosario y rezando una parte con el fin de reparar los ultrajes, sacrilegios e indiferencias cometidos contra su Inmaculado Corazón. A las personas que practicaran esta devoción, Nuestra buena Madre del Cielo promete asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para que se salven.

Expuse la petición de Nuestra Señora al confesor, quien empleó algunos medios para que se realizase, pero sólo el 13 de septiembre de 1939 Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiría se dignó a hacer pública, en Fátima, esta petición de Nuestra Señora. Aprovecho, Santísimo Padre, esta ocasión para pedir a Vuestra Santidad que se digne extender y bendecir esta devoción por todo el mundo.

En 1929 Nuestra Señora, mediante otra aparición, pidió la Consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón, prometiendo su conversión por este medio e impedir

la propagación de sus errores. Algún tiempo después, di cuenta al confesor de la petición de Nuestra Señora. Su Reverencia empleó algunos medios para que esto se realizase, poniéndolo en conocimiento de Su Santidad Pío XI. En varias comunicaciones íntimas, Nuestro Señor no ha dejado de insistir en esta petición, prometiendo últimamente, si Vuestra Santidad se digna hacer la Consagración del Mundo al Inmaculado Corazón de María con especial mención de Rusia y ordenar que en unión con Vuestra Santidad y al mismo tiempo la hagan también todos los Obispos del mundo, acortar los días de tribulación con que ha determinado castigar a las naciones por causa de sus crímenes, mediante la guerra, el hambre y las varias persecuciones a la Santa Iglesia y a Vuestra Santidad. Siento verdaderamente, Santísimo Padre, los sufrimientos de Vuestra Santidad y, en cuanto me es posible, procuro minorarlos con mis pobres oraciones y sacrificios, junto a Nuestro Buen Dios y al Inmaculado Corazón de María.

Santísimo Padre, si es que en la unión de mi alma con Dios no estoy engañada, Nuestro Señor promete una especial protección para nuestra Patria, durante esta guerra, en atención a la Consagración de la Nación que los Excelentísimos preladados portugueses han hecho al Inmaculado Corazón de María, y que esa protección será la prueba de las gracias que habría concedido a las otras Naciones si con aquélla se las hubieran consagrado.

Ahora, Santísimo Padre, permítame de nuevo una petición, que sólo es un ardiente deseo de mi pobre corazón: que la fiesta en honor del Inmaculado Corazón de María sea extendida por todo el mundo como una de las principales en la Santa Iglesia. Con el mayor respeto y reverencia imploro la bendición Apostólica.

Dios guarde a Vuestra Santidad. Tuy, España, 2 de diciembre de 1940.

Hermana Maria Lúcia

3. NUESTRO SEÑOR HACE UNA PETICIÓN A LOS OBISPOS DE ESPAÑA

Todos los jueves se quedaba habitualmente en oración, a la medianoche desde las once, haciendo la Hora Santa. A veces pedía permiso para quedarse desde el final de la recreación de la noche. Le gustaba mucho pasar estas horas de soledad ante el Sagrario. En esas horas de intimidad con el Señor de su vida se exponía a su Luz y ¡se contemplaba en su verdad!

— *Me quedé sola con Jesús Sacramentado en la capilla, desde el final de la recreación de la noche hasta la medianoche, sólo iluminada por el pálido resplandor de la lamparilla. Arrodillada en el centro, junto a la grada del comulgatorio, meditaba en el misterio de la Divina Presencia en el Augusto Sacramento. Y el Buen Dios se comunicó tan intensamente a mi alma que me sentí aniquilada con la fuerza del Amor, en la humillación, en el abatimiento de la propia nada. Pero el Amor, cuando aniquila, purifica y da vida; cuando abate, da fuerza; cuando humilla, da luz y eleva hacia la unión íntima. Es el corazón lo que Él consume y purifica de las propias miserias. Es el orgullo lo que Él aniquila con la fuerza de la humillación en Su presencia. Es la naturaleza lo que Él abate levantándola a las regiones del sacrificio, de la renuncia, de la inmolación por Él y para Él. De Ti, Dios mío, espero la gracia de seguir con fidelidad lo que de mí queréis: ¡darTe todo, darme toda! “Cantaré al Señor un cántico nuevo, resuenen mis alabanzas en la asamblea de los Santos. Acompañaré mi cántico con el salterio y al son de la cítara. Porque me habéis deleitado, Señor, con Vuestra misericordia”* ²⁸².

Había noches en las que tenía que luchar contra el sueño. Después de un día de trabajo, muchas veces el cuerpo, también debilitado por la penitencia discretamente practicada o por la debilidad natural, con justicia pedía descanso. Pero ella tenía sed de reparar al Corazón de Dios y de interceder por el Santo Padre, por la Iglesia Santa, por la conversión de los pecadores, por la santificación de los sacerdotes ... por España y por Rusia, que siempre llevaba en su corazón. Rezaba, suplicaba, se ofrecía, y a veces el Señor pedía de nuevo un sacrificio:

— *En esas horas de mayor recogimiento, el buen Dios solía comunicarse tan intensamente a mi pobre alma que ¡no me quedaba duda alguna de Su presencia real! Ordinariamente, tras haberme confundido en mi propia nada y miseria, haciéndome sentir lo que en mí Le desagradaba, proseguía lamentándose bien de unas cosas, bien de otras, que en el pobre mundo tanto Le disgustaban*²⁸³.

Las noches de los días 12 para el 13 eran vividas por ella en el espíritu de Fátima, en medio de la multitud de los peregrinos, rezando con y por ellos. Eran fechas tan entrañables, que nada las podían empañar. A veces conseguía permiso para permanecer en oración durante toda la noche. Así sucedió el 12 de junio de 1941: un jueves, día del *Corpus Christi*. Fue una vigilia especial. En esa noche el Señor le pidió que dijera al Señor Arzobispo de Valladolid que Él quería que hiciesen algo para restaurar el fervor en la Iglesia en España, como confirmó la Hermana Lúcia en una carta del año 1943:

— *¡Si los obispos de España se reuniesen en una casa destinada a eso, a hacer su retiro, y de común acuerdo concordasen los caminos por donde conducir a las almas que les han sido confiadas! Del Divino Espíritu Santo recibirían ahí luces y gracias especiales. Haz saber al Señor Arzobispo que Yo deseo ardientemente que los Señores Obispos se reúnan en retiro para que, de común acuerdo, convengan entre sí determinar los medios a aplicar para la reforma del pueblo cristiano y para remediar la laxitud del clero y de una gran parte de los Religiosos y Religiosas. El número de los que me sirven en la práctica del sacrificio es muy limitado. Yo necesito almas y sacerdotes que me sirvan en el sacrificio por mí y por las almas*²⁸⁴.

Y ella gime: *¡Oh, mi buen Jesús, siento la amargura de Vuestro Corazón, siento la pérdida de las almas, siento que yo no pueda hacer algo más, por Vos y por ellas, las almas de mis hermanos. Siento también, Vos lo sabéis, una enorme dificultad en decir esto al Señor Obispo. Quisiera poder remediar estos males de otro modo. Pero, si ésta es Vuestra Voluntad, aquí me tienes. Esperaré sólo a una ocasión oportuna, y espero que me ayudéis, ¡en esto y siempre! ¡Oh, cómo es triste y doloroso el retroceso de las almas consagradas! ... ¡Señor, tengo miedo de mí misma, ayuda a mi extrema debilidad!*²⁸⁵

En esta ocasión no consiguió ser fiel en la primera oportunidad y sintió que el Señor estaba disgustado con ella. Eso era la cruz más pesada. Escribió a su director espiritual, el Señor Obispo de Gurza, pidiendo que fuese él quien comunicase esa petición al Señor Arzobispo de Valladolid, sin decir de dónde provenía. Pero recibió como respuesta la parte de la carta en que le hacía esa petición, con la orden de enviarla así al Obispo al que se destinaba. No tenía más

²⁸³ Carta de 31 de enero de 1943 a don Antonio García y García.

²⁸⁴ *Ibidem*.

²⁸⁵ *O Meu Caminho* I p.140.

remedio que obedecer y con la pena de hacerlo sólo en el mes de enero de 1943, lo que le valió una paternal censura por no haber sido más abierta.

4. BODAS DE PLATA DE LAS APARICIONES

Entre tanto se acercaba el 13 de mayo de 1942. Coincidían las “bodas de plata” de las apariciones de Fátima y las de Su Santidad el Papa Pío XII, quien fue consagrado obispo el 13 de mayo de 1917, día de la primera aparición de Nuestra Señora. En un encuentro que el Señor Obispo de Leiría tuvo con la Hermana Dolores, en Valença do Minho, le preguntó si le parecía bien que los Obispos de Portugal pidieran al Santo Padre que hiciese la Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María en ese aniversario en que coincidían los dos jubileos.

La Hermana Lúcia dijo que sí, pero subrayó que no era eso lo que Nuestra Señora había pedido. La Consagración se hizo ese año, el día 31 de octubre. Como explicó la Hermana Lúcia, no fue válida porque no fue hecha en unión con todos los Obispos del mundo, condición pedida por Nuestra Señora.

Pero cada esfuerzo por corresponder a la petición del Cielo, por más que incompleto, es recibido por el Corazón de Dios con amor de Padre, que bien sabe cuán débiles son Sus hijos y sigue esperando siempre una correspondencia mejor. En una carta al Señor Obispo de Leiría, don José Correia da Silva, la Hermana Lúcia le hace algunas confidencias de sus intimidades con el Señor y su Madre:

— *El Buen Dios me había mostrado ya su contento por el acto del Santo Padre y de varios Obispos, aunque fuese incompleto “según Su deseo”. A cambio, Él promete acabar la guerra en breve. Y la conversión de Rusia ya no será. El Buen Dios se va dejando aplacar, pero se queja amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas en gracia, dispuestas a negarse a sí mismas en lo que exige la observancia de Su Ley. Ésta es ahora la penitencia que el Buen Dios pide: “El sacrificio que cada persona tiene que imponerse a sí misma para llevar una vida de justicia en la observancia de Su Ley y desea que se dé a conocer a las almas este camino con claridad, pues muchos, al entender el significado de la palabra “Penitencia” como las grandes austeridades, no se sienten con fuerzas ni con generosidad para eso y se desaniman en una vida de tibieza y de pecado”. Del jueves al viernes, estando en la Capilla con permiso de las Madres Superiores, a las 12 de la noche me decía Nuestro Señor: “El sacrificio de cada uno exige el cumplimiento del propio deber y la observancia de mi Ley: es la Penitencia que ahora exijo y pido”* ²⁸⁶.

Fue con emoción indescriptible como la pastorcita de hacía 25 años vivió esa fecha, por más que silenciosamente. El 10 de mayo escribió a su Obispo de Leiría, prometiendo su presencia espiritual en ese aniversario y confesando su profundo agradecimiento por todo lo que los Señores Obispos ya habían hecho para satisfacer los deseos de la Madre del Cielo:

— *En los días 12 y 13 estaré ahí espiritualmente, uniéndome a todas las oraciones y sacrificios para dar gracias a Dios y al Corazón Inmaculado de María por tantas y tan grandes gracias que se ha dignado concedernos y, en los 10 días siguientes, ofreceré por los Señores Obispos que ahí se reúnan, para hacer retiro, todas mis pobres oraciones y sacrificios, y no dude de que de un modo singular los ofreceré por Vuestra Excelencia Reverendísima. En esos días*

²⁸⁶ Carta de 20 de abril de 1942.

pediré a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María, de un modo especial, que se dignen recompensar a todos con el retorno abundante de gracias por tantos trabajos y sacrificios emprendidos para su gloria ²⁸⁷.

Llegó el día 13. Su corazón sufrió el silencio que se hizo, a su alrededor, sobre este aniversario. Como medida de prudencia, pareciendo que era la mejor manera de protegerla, sus Superioras pensaron que era más conveniente que no se hablara de Fátima junto a ella, aunque la devoción a Nuestra Señora de Fátima estuviera bien viva en el corazón de todas. La pastorcita exiliada sufrió con ese silencio, al pensar e imaginar lo que se vivía en Fátima.

Siente y sufre porque es humana, pero no se para ahí. Todo le sirve de trampolín para entregar a la Señora de su vida nuevas rosas deshojadas, teñidas con la sangre de su corazón y perfumadas con un amor nunca desmentido y siempre en oblación. Por María acepta *¡ser sillar escondido en los cimientos de Su Triunfo!* ²⁸⁸

Habría mirado hacia Portugal, como hacía muchas veces, escrutando con sus ojos el horizonte, pues le quedaba tan vecina. Desde Tuy podía ver su tierra natal ¡tan cerca! Y la nostalgia ascendía a su corazón como la marea alta, pero ella había aprendido a dominar sus sentimientos: sufría por dentro, sin que lo advirtieran quienes vivían a su lado. Una vez se sinceró:

— *Me parece que es con nostalgias como Nuestro Señor quiere hacerme ganar el cielo ... Pues sea, ¡es tan grande y tan hermoso! ... No me asombra que me cueste tan caro* ²⁸⁹.

Si siempre su espíritu volaba hacia Fátima, durante estos meses de celebraciones jubilares de las apariciones la Hermana Dolores vivió en España, pero su corazón estaba en la *Serra de Aire*. Sobre todo, a través del Señor Obispo de Leiría, era informada de las celebraciones que se sucedían, y participaba en ellas con su oración. Así lo confirma una vez más una carta a su Obispo y amigo don José Alves Correia da Silva: — *Agradezco las noticias sobre la grandiosa fiesta que se celebrará ahí en Fátima el día 13. En espíritu pasaré ahí ese gran día, uniendo mis pobres oraciones y humilde consagración a las de tantas almas ahí reunidas y en especial a los dos Excelentísimos y Reverendísimos Señores Obispos, pidiendo en especial por las intenciones y necesidades de sus Excelencias Reverendísimas* ²⁹⁰.

En noviembre, sintiendo la necesidad de reiterar su profunda gratitud por todo lo que se había hecho para la honra de Dios, a través de su Madre, escribe de nuevo al Señor Obispo de Leiría, confesando su alma agradecida, sobre todo por el acto de consagración hecho el 31 de octubre por el Santo Padre: — *Me siento confundida con la insigne gracia que el buen Dios nos acaba de conceder. Es grande mi sentimiento de gratitud hacia Él, hacia el Corazón de Nuestra Madre Inmaculada y hacia el Santo Padre: razón tenía Vuestra Excelencia Reverendísima para decirme, incluso en la última carta, que eran muchas las gracias que el Cielo me había concedido y poco el tiempo para agradecerlas. Así es, y se van multiplicando en tan gran número que hasta la misma eternidad será poco para mostrar a Dios mi agradecimiento. Por eso ruego que se digne también agradecer por mí* ²⁹¹.

5. MUERTE DE LA MADRE DE LÚCIA

Durante las “Bodas de Plata” de las Apariciones, la Señora más brillante que el sol quiso llevarse para la Fiesta eterna a aquella que estuvo al lado de la pastorcita en el dolor y en la cruz

²⁸⁷ Carta de 10 de mayo de 1942.

²⁸⁸ *O Meu Caminho* I p.146.

²⁸⁹ Carta de 26 de mayo de 1946 a la Madre Cunha Matos.

²⁹⁰ Carta de 9 de octubre de 1942.

²⁹¹ *Ibidem*.

que acompañó a esta revelación celestial. La Señora, el día 13 de octubre, se manifestó también bajo la advocación del Carmelo y vino a buscar a la señora Maria Rosa para junto a Sí en el día en que la Iglesia celebra esta invocación, el 16 de julio de 1942. Aquella que nunca se atrevió a confesarse creyente en la verdad de las Apariciones, porque pensaba que era una cosa tan grande como para que sucediera en su familia, entró en la Luz eterna y vio la verdad. Y porque vio la verdad, quedó inmersa en la alabanza sin fin de los corazones pobres, como la Virgen de Nazaret que pensaba que cualquier otra mujer de Israel podría ser elegida para ser Madre de Dios, menos Ella, porque Dios elige a los niños, a los pobres y humildes.

La Hermana Lúcia registró este suceso, siempre doloroso para quienes quedan del lado de acá. Aunque la fe ilumine esos momentos y dé sentido al *paso hacia la otra orilla*, la naturaleza humana sufre el romperse de los lazos que tejen la vida y, cuanto más próximos, mayor dolor. Dejémosla abrirnos su corazón filial:

— *Vuelo de mi madre al Cielo. Era el día 16 de julio de 1942, cuando, hacia las 4 de la tarde, mi hermana Gloria me llama por teléfono y me da la noticia de la partida de nuestra querida madre al Cielo. Era el día de Nuestra Señora del Carmen, que espero la haya acogido en sus brazos maternales para llevarla al Cielo. Mas, a pesar de toda esta esperanza, junto a la fe que ilumina mi espíritu, la muerte natural viene siempre envuelta en el manto del pecado que la causa, y por eso se siente el peso del castigo y la oscuridad de la sepultura, junto a la nostalgia que consigo trae la separación y nos hace derramar lágrimas de dolor. También Nuestra Señora lloró en la muerte de Su querido Hijo y sabía que dentro de tres días Lo vería Resucitado. Sé que habré de volver a ver a mi madre en el Cielo, y esa certeza me mitiga la amargura y alivia la nostalgia. Lo siento más por ella que por mí. Días antes de haber quedado en cama impedida, presintiendo próximo su final, hizo una llamada telefónica para, ya que de otro modo no podía ser, despedirse de la pobre hija que estaba tan lejos. Y Dios permitió que hasta ese pequeño consuelo le fuese negado. ¡Ave María! ¡Te amo Jesús mío!*²⁹²

Siente el dolor, pero nada pierde. Tiene siempre bien vivo en su corazón el amor que la devora por la salvación de las almas y todo se transforma en ofrecimiento por aquellos que, aún sin saberlo, esperan ayuda para volverse hacia Dios. En una carta escrita a una amiga, en agosto de este año, confiesa:

Querida amiga:

Tengo aquí sus dos cartas: la de pésame y la que acabo de recibir hace tres días. Le doy las gracias por todo, en especial por sus oraciones por mi añorada madre. En verdad siento vivamente la nostalgia natural y el sacrificio de no haberle podido dar el último Adiós en esta vida. Pero, por amor de Nuestro buen Dios y por la conversión de tantos miserables pecadores, todos los sacrificios son pocos y me siento feliz porque el buen Dios y el Inmaculado Corazón de Nuestra buena Madre del Cielo se han dignado pedirme algunos.

*En cuanto a mi querida madre, tengo una confianza plena en la protección del Inmaculado Corazón de María que la amaba con predilección, y a su virtud debo las gracias que he recibido del Cielo, que la ha llevado después a gozar en el Cielo en su feliz compañía, y en que allí su ocupación será velar por los que dejó acá en la tierra, a la espera del feliz momento de ir a unirse a ella en la posesión eterna de Nuestro Dios*²⁹³.

²⁹² O Meu Caminho I pp.146-147.

²⁹³ Carta de 23 de agosto de 1942 a doña Rita Lúcia Neves.

Parece que ese dolor natural le dejó algún escrúpulo. Unos meses antes del fallecimiento de su madre, presintiendo ya cuánto le iba a costar ese desenlace, temerosa de estar negando a Dios la totalidad de su corazón, escribió a un sacerdote amigo, diciendo: — *No sé por qué la muerte trae un no sé qué de pena y amargura por la pobre naturaleza humana. ¡Es este pedazo de carne que tenemos en el pecho, que no acaba de amar a Dios sólo! Paciencia. A pesar de todo quiero lo que Dios quiera y no le ruego sino que se haga su Santísima voluntad* ²⁹⁴.

6. NUEVO MENSAJE DE NUESTRO SEÑOR A LOS OBISPOS DE ESPAÑA

En junio del año siguiente, el Señor Arzobispo de Valladolid, queriendo corresponder en algo a la petición que el Señor le había hecho por mediación de su humilde sierva, decidió consagrar su diócesis al Inmaculado Corazón de María y esa ceremonia solemne se celebró en Tuy. La Hermana Dolores prefirió quedar junto a Jesús Escondido, para vivir a solas con Él esa gran emoción.

— *El 13 de junio de 1943, el Señor Arzobispo de Valladolid vino a Tuy para hacer la consagración de la Diócesis al Inmaculado Corazón de María. El acto revistió gran solemnidad con la presencia de las autoridades Religiosas y civiles. Casi toda la Comunidad asistió, yo preferí unirme espiritualmente, quedando esas horas junto a mi querido Sagrario a solas con Jesús. Esos momentos son siempre para mí de gran emoción y por eso prefiero, cuando es posible, pasarlos a solas con Dios en la intimidad de Su presencia y en el sentimiento de la propia nada. Es entonces cuando Jesús habla, Se hace sentir, Se comunica. Y pide insistiendo: “Díle al Arzobispo que trabaje para conseguir la unión de los Obispos en España y por su medio la unión del clero, que sin unión no tendrán paz en la Iglesia ni en la Nación. Si no atendiesen mis peticiones, el comunismo seguirá la propagación de sus errores, promoverá guerras y derramamiento de sangre. En la unión ellos encontrarán la Luz, la fuerza y la gracia”* ²⁹⁵.

Otro mensaje que ella debía transmitir. Y pudo hacerlo al día siguiente. Se sentía mal. Estaba ya afectada por una grave enfermedad, pero todavía en sus comienzos. Con algunas pastillas que tomó, consiguió estar de pie y mantener una larga conversación con don Antonio García y García, conversación que se prolongó desde las 6 de la tarde hasta las once de la noche. Hablaron de muchos asuntos relacionados con los mensajes recibidos y algunos pasos a dar para su cumplimiento. El Señor Arzobispo tranquilizó a la Vidente, que en esos momentos sufría con algunas dudas sobre las Comunicaciones que recibía, diciéndole que eran de Dios y que quedara en las manos de Dios para todo lo que Él quisiera. Le preguntó si estaba decidida a entrar en el Carmelo. Habiendo recibido una respuesta afirmativa, el Señor Arzobispo prometió volver en breve para tratar ese asunto, pendiente desde hacía tanto tiempo. Una vez que el ambiente político ya lo permitía, él pensaba llevarla al Carmelo de Valladolid.

No iba a ser posible, al menos esta vez, porque al día siguiente la pastorcita cayó en cama con fiebre muy alta y, cuando el Señor Arzobispo volvió, la encontró enferma. En una breve visita que le hizo en la enfermería, concluyó: — *Tenemos que esperar a que se ponga mejor, hija, y a que se restablezca* ²⁹⁶. Pero iba a tardar en ponerse mejor, con gran pena del Señor Arzobispo, por verla tan débil y teniendo él tanto interés en llevarla al Carmelo.

²⁹⁴ Carta de 26 de octubre de 1941 al presbítero Humberto Pascoal.

²⁹⁵ *O Meu Caminho* I p.152.

²⁹⁶ *Ibidem* p.154.

CAPÍTULO XIII

LA REDACCIÓN DEL SECRETO

1. LAS PUERTAS DEL CIELO

El estado de salud se agravó, con fiebres muy altas, declarándose una pleuresía.

El 15 de septiembre de 1943 la Hermana Dolores seguía estando muy enferma, tras haber sufrido varias recaídas. Tenía fiebres muy elevadas y prolongadas y se temió por su vida. El Señor Obispo de Leiría se desplazó a Tuy para visitar a la pastorcita. Hablaron largo y tendido, y para la Hermana Dolores fue un bálsamo poder abrir su alma con quien tan bien la conocía y la comprendía. Pero, al final de la visita, la enferma sufrió una conmoción tan grande que hasta la fiebre debió haberle subido aún más: el Señor Obispo le ordenó ¡que escribiese la tercera parte del Secreto! Contra su costumbre, en esta ocasión se resistió a obedecer, diciendo:

— *¡Señor Obispo, yo eso no puedo hacerlo!*

— *Pero entonces ¿no le ha dicho Nuestra Señora que siga el camino que yo le indique?*

— *Sí.*

— *Entonces ahora es esto. Se lo ruego por la gloria de Dios y de Nuestra Señora, Ella no se enojará y, si se disgusta, será conmigo. Ah, sí, Ella bendecirá la humildad y la obediencia* ²⁹⁷.

El Señor Obispo se despidió y entraron para una breve visita los que lo acompañaban: el señor Dr. José Galamba de Oliveira, el señor Dr. Correia, sobrino del Señor Obispo, y el Señor Arcipreste de Valença do Minho. Pero la pobre enferma estaba tan preocupada por la orden recibida que ya no oía ni veía nada en esta visita y deseaba quedarse a solas cuanto antes.

Quedó muy impactada por la orden. La tercera parte del secreto todavía seguía en el silencio y del Cielo no había recibido orden en contrario. Se establecía un doloroso dilema en su conciencia: ¿a quién obedecer? De momento no estaba obligada a poner por obra lo que le había sido mandado, por causa de su estado de salud, que aún le iba a dar bastante que sufrir.

Tras unos meses con intermitencias, entre fiebres altas y mejorías, y después de haber sufrido una infección en una pierna por una inyección, el médico que atendía a la Comunidad, el Dr. José Abrales, aconsejó que debía ser operada de la pierna, para limpiar el pus acumulado junto al hueso. Para eso, en la mañana de la operación fue al Centro de salud de Pontevedra, del Dr. Enrique Marescot. Salió de Tuy, después de la Misa conventual de la Comunidad, habiendo comulgado antes en la enfermería. Trasladada en brazos por las Hermanas, partió hacia Pontevedra en compañía de la Madre Superiora, a donde llegaron hacia las 10 y media. Ahí ya era esperada por la Superiora de la casa de Pontevedra, por los médicos y enfermeras, que eran de las Hermanas Franciscanas, que enseguida la llevaron en camilla a la sala de operaciones.

El Dr. Marescot la miró y le dijo: — *Hermanita, vamos a cortar* ²⁹⁸. Ella respondió que sí, pero pidió que no le diesen anestesia general. El médico sonrió complaciente y poco después el

²⁹⁷ *Ibidem* p.4.

²⁹⁸ *Ibidem* p.156.

otro médico, el Dr. Pinto, poniéndose detrás, le puso la mascarilla. Ella reaccionó, pero el médico le dijo riendo: — *Hable, hable, cuanto más mejor*. Comprendiendo que tenía que ser así, se abandonó en manos de Dios y de los médicos.

La Hermana Lúcia explica: — *No quería anestesia general porque estaba preocupada por las últimas órdenes del Señor Obispo y temía que, inconsciente, revelase alguna cosa. Por eso, apenas desperté, mi primera inquietud fue preguntar a la Madre Superiora qué era lo que había dicho. A lo que Su Reverencia respondió: — “Nada, es esto lo primero que dice” (“Nada, es esto lo primero que ha dicho”). — “¡Gracias a Dios!”, y quedé tranquila* ²⁹⁹.

Contra el deseo del Dr. Marescot y su familia, la Hermana Dolores quiso ir a la casa de Pontevedra, tan pronto como fue posible, donde un enfermero iba todos los días a hacer la cura, y volvió a Tuy el 10 de octubre, donde continuó siendo asistida por el médico de la casa. Fue una convalecencia muy lenta y larga. Después de varios meses con fiebres altas, quedó muy débil, pero poco a poco fue recuperando las fuerzas.

2. DIFICULTAD PARA ESCRIBIR EL SECRETO

¿Y la orden de escribir el secreto dada por el Señor Obispo? No había quedado en el olvido. Continuaba un peso sobre su corazón, siempre con la determinación firme de obedecer. Pero, como Nuestra Señora en la Anunciación, pidió aclaraciones:

— *Apenas las fuerzas me lo permitieron, quise escribir lo que el Señor Obispo me había mandado, pero no sé explicar lo que pasaba en mí: me temblaba la mano y no conseguía formar las letras. Esto puede haber sido provocado por la impresión que me hacía el ir a escribir algo contra las órdenes de Nuestra Señora, aunque fuese por obediencia. Lo intenté varias veces, sin conseguir mejor resultado, lo que me causó cierta impresión. Le escribí al Señor Obispo de Leiria, diciendo lo que me sucedía. Su Excelencia respondió renovando la orden ya dada, en términos quizás más expresivos, en una carta de 16-X-1943. Tras haber recibido esta carta, quise de nuevo escribir, pero todavía no lo conseguí* ³⁰⁰.

En diciembre escribió al Señor Arzobispo de Valladolid, consultándole sobre este asunto. Abrió su alma atormentada por la duda y el deseo de obrar con perfección:

— *Esta orden hizo que me estremeciera. El buen Dios me había dado orden de no decirlo a nadie, y su representante me manda que lo escriba: una verdadera lucha se debate en mi interior y es por lo que yo desearía pedir consejo y dirección de palabra, antes que por escrito: quiero obedecer y a eso estoy resuelta, guiándome por la fe. Me parece que es el mismo Dios Quien, a través de su ministro, me da esa orden, pero la duda permanece en mí. No sé si pienso bien y el miedo de ir contra una orden de Dios me paraliza la pluma. Son ya tres veces que la he tomado para escribir y no sé lo que me pasa: me pongo a temblar y no soy capaz de escribir nada. También temo ya que el retraso en la ejecución de esta orden sea una falta de obediencia. Y el buen Dios ahora guarda silencio. Me parece que para Él soy un alma desconocida: ¡paciencia! Él bien sabe que mi único deseo es no disgustarle* ³⁰¹.

Aconsejada por este Obispo de Valladolid, el 19 de diciembre escribió de nuevo a don José, confesando su impotencia:

— *Todavía no he escrito lo que Vuestra Excelencia Reverendísima me mandó: ya lo he intentado cinco veces y no fui capaz. No sé qué es: en el momento de poner la pluma sobre el*

²⁹⁹ Ibidem pp.156-157.

³⁰⁰ Ibidem p.158.

³⁰¹ Carta de 1 de diciembre de 1943.

*papel, la mano se me pone a temblar y no soy capaz de escribir ninguna letra. Me parece que no es algo natural nervioso, porque en el mismo instante paso a escribir otra cosa diferente y tengo la mano firme. Tampoco me parece que sea un miedo moral, porque he formado mi conciencia según la fe, creyendo que es Dios quien a través de Vuestra Excelencia Reverendísima me lo manda. No sé, pues, qué hacer. Pero la verdad es que esto me causó tal impresión que me parece que hasta tengo miedo de coger la pluma con ese fin. Pero, quién sabe, ¿será el demonio que me quiere impedir este acto de obediencia? Pero yo quiero obedecer, no quiero dar a Nuestro Señor ese disgusto y por eso espero que, si Él lo quiere, me dará la gracia algún día*³⁰².

Ese año la preparación de la fiesta de Navidad y los días siguientes fueron empañados por una espesa nube de duda, angustia y temor. Ante sus preguntas y su búsqueda sincera de la Voluntad de Dios, había un pesado silencio y una densa noche. Ciertamente cantó los alegres villancicos de la Navidad, siendo la misma de siempre ante los ojos de quienes la veían, pero en su interior ¡cuánta soledad! El mismo día de Navidad escribió una carta a su director espiritual, don Antonio García y García, agradeciéndole una carta suya, que le llevó algo de consuelo:

*Excmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo de Valladolid
Don Antonio García y García*

Le doy las gracias por la carta de Vuestra Excelencia Reverendísima.

Con lo que Vuestra Excelencia Reverendísima me decía, quedé más en paz. Ya hice lo que me indicó: esto es, escribir a Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiría, diciendo lo que me pasa. Aún no he tenido respuesta. Será lo que Dios quiera: no he intentado escribir de nuevo más veces porque me causa tanta conmoción que parece que hasta tengo miedo de coger la pluma con ese fin. Ruego a nuestro buen Dios muy de corazón que conceda a Vuestra Excelencia Reverendísima y a todas las almas que le han sido confiadas las mayores gracias y bendiciones de su Divino Corazón para el nuevo año.

Le ruego se digne bendecir ahora a la ínfima sierva de Vuestra Excelencia Reverendísima, Maria Lúcia de Jesús R. S. D.

*Tuy, 25-12-1943*³⁰³

3. NUESTRA SEÑORA PERMITE QUE LÚCIA ESCRIBA EL SECRETO Y LE DA NUEVAS LUCES

Pero la ansiada respuesta del Señor Obispo de Leiría tardaba en llegar y ella se sentía en la obligación de intentar cumplir la orden recibida. Aunque con desagrado y algún recelo de no conseguirlo una vez más, lo que la dejaba verdaderamente perpleja, intentó nuevamente y ¡no fue capaz! Veamos cómo ella nos narra ese drama:

— *Mientras esperaba la respuesta, el día 3-1-1944 me arrodillé junto a la cama que a veces me servía de mesa para escribir y de nuevo hice la prueba, sin conseguir nada. Lo que más me impresionaba era que en ese mismo momento podía escribir sin dificultad cualquier otra cosa.*

Pedí entonces a Nuestra Señora que me hiciese conocer cuál era la Voluntad de Dios. Y me dirigí a la capilla. Eran las 4 de la tarde, hora en que solía ir a hacer la visita al Santísimo, por ser la hora en que ordinariamente está más solo y, no sé por qué, me encuentro más a gusto a solas con Jesús en el Sagrario. Ahí me arrodillé en el centro, junto a la grada del comulgatorio, y

³⁰² Carta de 19 de diciembre de 1943.

³⁰³ Carta de 25 de diciembre de 1943.

pedí a Jesús que me hiciese conocer cuál era Su Voluntad. Acostumbrada, como estaba, a creer que las órdenes de los superiores son la expresión cierta de la Voluntad de Dios, no podía creer que ésta no lo fuese. Y perpleja, medio absorta, bajo el peso de una nube oscura que parecía pender sobre mí, con el rostro entre las manos, esperaba, sin saber cómo, una respuesta.

Sentí entonces que una mano amiga, cariñosa y maternal, me toca en el hombro. Levanto los ojos y veo a la querida Madre del Cielo. — “No temas. Quiere Dios probar tu obediencia, fe y humildad. Queda en paz y escribe lo que te mandan, pero no aquello que te he dado a entender de su significado. Una vez redactado, mételo en un sobre, féchalo y lácralo y escribe por fuera que podrá ser abierto en 1960 por el Señor Cardenal Patriarca de Lisboa o por el Señor Obispo de Leiría”. Y sentí el espíritu inundado por un misterio de luz que es Dios y en Él he visto y oído: Una punta de lanza, como una llama que se desprende, toca el eje de la tierra. Ésta tiembla: montañas, ciudades, villas y aldeas con sus habitantes son sepultados. El mar, los ríos y las nubes salen de sus límites, se desbordan, inundan y arrastran consigo en un torbellino casas y personas en un número que no puede contarse. Es la purificación del mundo por el pecado en el cual está inmerso. ¡El odio, la ambición, provocan una guerra destructora! Después he sentido en el palpitante acelerado del corazón y en mi espíritu el eco de una voz suave que decía: — “En el tiempo, una sola Fe, un solo Bautismo, una sola Iglesia, Santa, Católica, Apostólica. ¡En la eternidad, el Cielo!”. Esta palabra “Cielo” llenó mi alma de paz y felicidad, de modo tal que, casi sin darme cuenta, continué repitiendo bastante rato: “¡El Cielo, el Cielo!”. Al poco se transformó en una poderosa fuerza de lo sobrenatural, fui a escribir y lo hice sin dificultad el día 3 de enero de 1944, de rodillas apoyada sobre la cama que me sirvió de mesa³⁰⁴.

4. LÚCIA ESCRIBE LO QUE VIO. LA INTERPRETACIÓN PERTENECE A LA IGLESIA

*Escribe lo que te mandan, pero no aquello que te he dado a entender de su significado*³⁰⁵.

Esta parte, vista y oída, quedó en el silencio de su corazón, sólo después fue escrita en sus notas íntimas: “*O meu Caminho*”. Sin mostrarse como alguien que vive en contacto con lo invisible, parece que le era habitual ver en Dios, *como en un espejo*, la película de la vida de la Humanidad. Algunos años antes, en una carta al Señor Obispo de Leiría, *movida por el Espíritu de Dios*, como se mencionó más arriba cuando hablaba de la Beata Jacinta, relató un panorama muy semejante a éste. Nunca dice una palabra de opinión personal sobre el significado que le fue dado entender, afirmando siempre: “*La interpretación es de la Iglesia*”^{*}.

El secreto fue totalmente revelado en el año 2000, tal como lo escribió la Hermana Lúcia y envió en un sobre cerrado y lacrado a don José Correia da Silva. Ella misma lo declaró en varias ocasiones, tanto antes de su revelación al público el 13 de mayo del año 2000, en Fátima, haciendo un reconocimiento de la autenticidad de su escritura, ante testigos, como después lo hizo varias veces, al escuchar las noticias que le llegaban sobre la negación del mismo. Por este motivo, en

³⁰⁴ *O Meu Caminho* I pp.158-160.

³⁰⁵ *Ibidem* p.159.

*

NOTA DEL TRADUCTOR : Esta frase deberá entenderse correctamente según una recta eclesiología acorde con *Lumen gentium* números 25-27. La jerarquía constituida por el orden sacramental no tiene la misión ni la función de *interpretar* los carismas ni tampoco las revelaciones privadas, pues esto corresponde a quienes el Espíritu Santo dé esas luces. En cambio, sí es un aspecto del *munus* jerárquico el determinar su conformidad o no con el *depositum fidei* mediante una acción espiritual de discernimiento y de magisterio, que puede traducirse incluso en actos canónicos de gobierno. Pero, es indudable, no existe ninguna *sacra potestas* arbitraria para, con la excusa del gobierno, suplantarse o sustituir la acción directa del Espíritu Santo o para valorar la “oportunidad” de su intervención. Por tanto, la frase *la interpretación es de la Iglesia* no puede leerse confundiendo *Iglesia* con *eclesiásticos*. Esto no sería conforme con la doctrina católica.

diciembre de 2003, vino de nuevo Su Eminencia el señor Cardenal Tarcisio Bertone y, una vez más, ella le respondió lo mismo: *el Secreto fue totalmente revelado*. Y con algo de pena la Hermana Lúcia decía: *¡Hay personas que nunca están contentas! No se hace caso* *.

5. UNA NUEVA LLAMADA A LA CONVERSIÓN

En la descripción de la visión Tuy, en la que Nuestra Señora permitió que se escribiera la tercera parte del Secreto, hay un detalle que nos puede servir de meditación y de luz, una nueva invitación a la conversión. En la visión del 13 de julio de 1917, las llamas que se desprendían de la espada de fuego empuñada por el Ángel se extinguían al contacto con la luz que irradiaba de la mano derecha de Nuestra Señora ³⁰⁶. Sin embargo, aquí *una punta de lanza, como una llama que se desprende, toca el eje de la tierra ... ¿Por qué? ¿Nuestra Señora habrá dejado caer los brazos suplicantes e intercesores?*

La única palabra que fue pronunciada por el Ángel en la tercera parte del Secreto, y repetida tres veces, fue: *¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!* Este grito ha sido repetido muchas veces en el mensaje transmitido en varias apariciones. Y ¿ha sido escuchado? ... Al oír la insistencia con que se pedía la revelación de la tercera parte del Secreto, la Hermana Lúcia suspiraba con dolor: — *Si viviesen lo más importante, ¡que ya está dicho! ... Sólo se preocupan de lo que está por decir, en vez de cumplir lo que se ha pedido: ¡oración y penitencia!* ³⁰⁷.

Aquella espada de fuego del Ángel del secreto y su grito de advertencia herían de tal forma el corazón de la pastorcita que encendían, en lo íntimo de ella, una intensa llama de amor por la salvación de los Hermanos, queriendo arrancarlos de las cadenas del pecado, a toda costa. En una nota íntima declara: — *Debo mostrar a las almas el camino del Cielo por la senda suave de la oración y la penitencia, que para las almas de buena voluntad es lo que Él ya nos ha dejado escrito en el Santo Evangelio: “Mi yugo es suave y mi carga ligera. Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso en vuestras almas”* ³⁰⁸.

Con este fin, escribió las *Llamadas del Mensaje de Fátima* (“Apelos da Mensagem de Fátima”), deseando encender una luz en medio de las tinieblas de la ignorancia de la Ley de Dios. En un pasaje de esa obra confiesa con sorpresa y tristeza:

— *Asusta mirar al mundo de hoy, con el desorden que reina y la facilidad con que se sumerge en la inmoralidad. Como remedio queda una única solución: arrepentirse, cambiar de vida y hacer penitencia* ³⁰⁹.

Y nos confía lo que el Señor le susurra al corazón, señalando el camino a seguir:

* **NOTA DEL TRADUCTOR** : El testimonio sobre estas palabras es de M^a CELINA DE JESÚS CRUCIFICADO, *Hermana Lúcia. La memoria que de ella tenemos*, 1^a edición: Coimbra 2005, p.24. Pero, en el párrafo que precede a su transcripción, ella misma relata esto otro: “Por causa de las polémicas levantadas por ciertos grupos descontentos con el texto de la tercera parte del Secreto, revelado en el año 2000, vino un enviado especial de la Santa Sede, para oír de nuevo de la boca de la Hermana Lucía la confirmación de que no había nada más para revelar. Le hizo una pregunta, cuya respuesta ella no vio ser necesaria por el momento y respondió: *¡No estoy para confesarme!*”. A pesar de su inconcreción, este relato prueba que la Hermana Lúcia no hizo la confirmación positiva que de ella se pedía, al menos a la pregunta tal como le fue formulada. Así, su obrar fue coherente con el mandato de Nuestra Señora de 3 de enero de 1944, que le pidió distinguir entre lo que incluiría en el sobre lacrado (= *tercera parte* del Secreto) y la *inteligencia* que la Hermana Lúcia tenía sobre esas revelaciones privadas y su propio contexto: *el misterio de luz que es Dios*.

³⁰⁶ Cf. CONGREGACIÓN DE DOCTRINA DE LA FE, *A Mensagem de Fátima (o Segredo)*, o bien MHL I: *Apéndice III. Tercera parte del “Secreto”*, p.213.

³⁰⁷ M^a CELINA DE JESÚS CRUCIFICADO, *Hermana Lúcia. La memoria que de ella tenemos*, p.24.

³⁰⁸ *O Meu Caminho* I p.157.

³⁰⁹ HERMANA LÚCIA, *Llamadas del Mensaje de Fátima*, Fátima 2007, p.243.

— Ésta es la penitencia y la oración que el Señor, ahora, más pide y exige: la oración y la penitencia pública y colectiva, junto a la abstención de pecados, porque ella es la que más aviva la Fe en los espíritus, la confianza en las almas, y enciende la llama de la caridad en los corazones. Mueve a los indiferentes, da vista a los ciegos, y atrae a los incrédulos. Y por ella es por lo que el Señor aguarda para enviar su Ángel con una espada de fuego y disipar los ejércitos diabólicos que invaden el mundo, ciegan a los hombres y destruyen la paz: la paz de la Iglesia, la paz de las Naciones, la paz de las familias en los hogares, la paz de las conciencias en las almas. Falta la paz porque falta la Fe. Falta la penitencia, falta la oración pública, colectiva. “Rezad una parte del Rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra”, dijo Nuestra Señora el 13 de mayo de 1917. Y esta insistente recomendación no fue sólo para tres niños pobres y humildes. No, es una llamada a todo el mundo, a todas las almas, a todos los hombres, creyentes y no creyentes, porque la Fe es un don de Dios y pidiéndolo se alcanza: “Pedid y recibiréis”. No tienes Fe, pídelo a Dios y Él te la concederá, porque también vosotros, los que no tenéis Fe, tenéis un alma que necesitáis salvar para que no sea eternamente desgraciada ³¹⁰.

6. LA PURIFICACIÓN DEL MUNDO POR EL PECADO EN QUE ESTÁ SUMERGIDO

La Hermana Lúcia decía: Dios no castiga al hombre. Es el mismo hombre quien con sus excesos provoca los castigos ³¹¹. Y esto ocurre a todos los niveles. La libertad, ese don inefable de Dios al hombre, no es poder hacer todo lo que a uno le apetece, sino saber elegir entre el bien y el mal. Sin embargo, muchas veces el hombre utiliza erróneamente ese don, confundiendo libertad con libertinaje, causando perturbaciones a nivel personal y comunitario, y luego todos sufren las consecuencias. Dios creó todas las cosas con perfección y las confió todas al hombre, como señor de todo lo creado. Pero *el odio y la ambición*, tomando posesión del corazón del hombre, lo reducen a la peor esclavitud apartándolo de Dios y el hombre sin Dios es capaz de todas las atrocidades y aberraciones.

Entonces, como la madre que, aun sangrando su corazón, presenta al cirujano el hijo temeroso para que le aplique el bisturí salvador pero doloroso, así Dios en su amor infinito por la Humanidad, cuando la ve en peligro e incapaz de escuchar Su voz, la visita con la Gracia del sufrimiento, para que reconsidere su camino y se abra de nuevo al amor, pues la causa de todo el mal en el mundo es el pecado. ¡Sólo el hombre es capaz de pecar! Pero, hasta el último momento, con los brazos abiertos Dios espera el regreso del hijo que, habiéndole dado la espalda, nunca sale de Su Corazón ³¹², porque Dios es Amor ³¹³ y Él ama siempre.

A través de la correspondencia, la Hermana Lúcia procuró ayudar a enderezar por el buen camino a aquellos que bajo el peso del pecado se le confiaban y, como el Buen Pastor, no dejaba fuera la oveja descarriada, sino que con firmeza de Maestro y cariño de Madre la ayudaba a asumir el pecado cometido, con humildad, transformando las consecuencias de ese pecado en penitencia y reparación por el mismo. Como ejemplo, un fragmento de una carta entre muchas:

Querida X:

He recibido su carta y paso a contestar. En cuanto a su petición, comprometo mucho la ley de Dios que todos tenemos obligación de observar. Su infidelidad no consiste en el

³¹⁰ O Meu Caminho I p.398.

³¹¹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

³¹² Lc 15,11 y Lc 15,32.

³¹³ 1ª Jn 4,8.

embarazo, pero sí en la vida de pecado que ha llevado y de la cual su embarazo es el resultado. Y este fruto, aunque sea consecuencia del pecado, no puede ahora aniquilarlo o destruirlo, porque sería cometer un nuevo pecado matar a su propio hijo. Por el contrario, tiene obligación de aceptarlo y criarlo como un nuevo ser que tiene derecho a la vida y, por su parte, hacer todo lo posible para que venga con buena salud y perfecto. Esto es un deber al que no puede faltar, porque sería ir contra los mandamientos de la Ley de Dios que nos dice: “No matarás” (Ex. XX-13). Y debe aceptarlo con amor, con generosidad y espíritu de sacrificio en reparación de su pecado, y que esta triste experiencia le sirva para no volver a pecar más. [...] Procure iniciar una nueva vida de joven seria y honrada ...

Nada hay que pague la vida honrada de una joven, que ha vuelto a ser digna de la gracia de Dios en su alma, de la pureza de su cuerpo y de su corazón. Éste es el mejor camino que ahora debe abrazar con generosidad, con fidelidad y espíritu de sacrificio, en reparación de su pasado y para que Dios la haga más feliz en su futuro, llevando una vida mejor con la que merezca de Dios la gracia de ser más feliz, porque la infelicidad viene del pecado. Nunca nadie fue feliz llevando una vida de pecado.

Quedo orando por usted, con la esperanza de que entienda lo que aquí le digo y de que siga por el camino que aquí le indico, para llevar una vida mejor en esta tierra y más feliz en el Cielo. En unión de oraciones.

Coimbra, 11-V-1983. Hermana Lúcia

En su constante oración, extendía a Dios sus brazos suplicantes en favor de la Humanidad y se ofrecía: — *Espiritualmente unida al Vicario de Cristo en la tierra, quiero convertirme en Hostia inmolada en el altar del sacrificio en unión con la Víctima del Calvario ofrecida al Padre como acto de reparación, de adoración y de súplica por la Iglesia mi Madre, por los miembros de Su Cuerpo místico para que ellos vivan la vida de Cristo, unidos en la misma Fe, en la misma Esperanza y en la misma Caridad*³¹⁴.

7. EL SOBRE CERRADO

Nuestra Señora dijo a la Hermana Lúcia que escribiese la tercera parte del Secreto y lo guardase en un sobre cerrado y lacrado. Fue muy curioso el modo en que ella consiguió obedecer esta orden. Después de escrito, fechó el sobre y, al día siguiente, fue a pedir a la Madre Superiora el lacre y el sello. La Superiora, sorprendida por la petición, le preguntó para qué quería eso. La Hermana Dolores, un poco cortada, dijo que quería guardar así una carta cerrada. — *Pero ¿qué importancia tiene esa carta?*, preguntó la Superiora. Como no podía decir de qué se trataba, la pastorcita se encogió de hombros, miró hacia abajo y ... con una leve sonrisa se fue con las manos vacías, pero confiada en que habría de ser ayudada. Fue junto al Sagrario a confiar el problema a su Jesús Escondido y, llena de confianza en la respuesta, volvió a su tarea.

Poco después, la Vice-Superiora fue al ropero a pedirle el favor de que fuera a la cocina para quemar un cesto de papeles. Siempre disponible para prestar los servicios que le pedían, a pesar de que estuviera cargada de tareas de su encargo, la Hermana Dolores dejó enseguida lo que estaba haciendo y se dirigió a la cocina a quemar los papeles. Para guardar la confidencialidad del cargamento que llevaba, ella misma los echó al fuego a fin de que quedaran reducidos a cenizas en su presencia. La respuesta estaba allí: al echar los papeles al fuego, encontró un pedacito de lacre en el fondo de la papelera.

³¹⁴ O Meu Caminho II p.224.

No lo podía creer. Entonces en su interior exclamó: — *¡Cómo eres mi buen Jesús, qué bueno eres! Ya tengo aquí Tu respuesta. ¡Gracias, Señor, gracias!*³¹⁵ Fiel al espíritu de pobreza, ni de esa insignificancia quiso apropiarse sin permiso. Al devolver la papelera vacía, mostró a la Vice-Superiora el pedacito de lacre que había encontrado y pidió permiso para usarlo. A la Madre le hizo gracia. Siendo una migaja tan pequeña, a su entender no podía servir para nada y preguntó para qué la quería. La interpelada respondió que quería pegar un papel y para eso era útil. Sonriendo, la Madre le dijo que se quedara con aquella *riqueza*.

— *Y fue con eso como lacré la carta. En verdad, el pedacito era tan pequeño que para derretirlo tuve que cogerlo con las puntas de los alicates, pero “bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos”. Renové mi Voto de pobreza y agradecí al Señor el haberme dado de nuevo esta ocasión para su práctica*³¹⁶.

Cumplida esta orden, tenía urgencia para hacer llegar el sobre a su destino y quedar así aliviada de esa carga. Como sólo se le permitía escribir cartas los domingos, esperó hasta el día 9 de enero, seis días después de haber cumplido aquella obediencia, y escribió al Señor Obispo de Leiría para darle la noticia. En esta carta le da un recadito del Cielo. Como el Señor Obispo estaba enfermo, la Hermana Lúcia le había hablado de él a Nuestra Señora y ahora se alegraba de decirle la respuesta de la Madre:

Tuy, 9-1-1944

Excmo. y Reverendísimo Señor Obispo:

Como ya está acercándose el día 15, le escribo ya para que le llegue ahí a tiempo con mis humildes felicitaciones y pobres oraciones. Estoy preocupada por la salud de Vuestra Excelencia Reverendísima. Quiera Dios que esté mejor y que de nuevo no se vengan a agravar los males. Que el buen Dios se digne más bien a atendernos por su misericordia. Hace unos pocos días —voy a decir esto, suponiendo que agrada a Vuestra Excelencia Reverendísima— tuve ocasión de pedir a Nuestra tan buena Madre del Cielo salud y vida para Vuestra Excelencia Reverendísima y me respondió: “vida, sí, pero en el Cielo”. ¿Le agrada, Señor Obispo, la promesa? ¡Yo quedé tan contenta! En el Cielo está nuestra dicha y nuestra felicidad eterna. ¡Qué bueno!, en el Cielo para siempre con Dios, en su amor y en su gracia.

Ya he escrito lo que me mandó. Dios quiso probarme un poco, pero al final ésa era su Voluntad: está dentro de un sobre lacrado y éste dentro de los cuadernos. Si Vuestra Excelencia quiere que se lo envíe, lo entregaré al primer mensajero de confianza que se me presente por acá, o si Vuestra Excelencia quisiera mandar a buscarlo a Valença, yo iré allá para llevarlo. Tengo reparo en enviarlo por correo por miedo a que se pierda.

Una vez más, mis más sinceras felicitaciones y ruego se digne bendecirme, a la ínfima sierva de Vuestra Excelencia Reverendísima, Maria Lúcia de Jesús R. S. D.

8. POR QUÉ LA FECHA DE 1960 EN EL SOBRE

Quedaba que entregase el Secreto a la Iglesia. Pero sólo en el mes de junio consiguió un mensajero de confianza, el señor Obispo de Gurza don Manuel Maria, quien lo llevó en mano a su destinatario. Como ella dice en una carta escrita en el mes de marzo al Señor Obispo de Leiría: fue *más una fibra del corazón y al final ¡no sé para qué! Con frecuencia oigo decir a las Hermanas e*

³¹⁵ *O Meu Caminho* I p.161.

³¹⁶ *Ibidem*.

incluso a algunas Superiores: “tanto escribir, tanto escribir, ¡no sé para qué!”. Y acá, en lo íntimo de mi pobre corazón, digo también: tienen razón, no sé para qué. Pero enseguida encuentro la respuesta: es para obedecer, es para mostrar al mundo las Divinas Misericordias y atraer a las almas a Dios ³¹⁷.

¿Por qué la fecha de 1960 para poder abrir el sobre que contiene el Secreto? En una carta dirigida al Papa Pío XII el 6 de junio de 1958, la Hermana Lúcia lo explica así:

Santísimo Padre:

Con el mayor respeto y veneración por la Augusta persona de Vuestra Santidad y con conocimiento y bajo la dirección de Su Excelencia Reverendísima el Señor Nuncio Apostólico y el Señor Arzobispo y Obispo de Coimbra, le escribo para exponer lo que entiendo que es la Voluntad de Dios.

Es de conocimiento de Vuestra Santidad la existencia del llamado secreto de Fátima, guardado en un sobre cerrado y lacrado que podrá ser abierto después de comienzos del año 60. Aunque no pueda decir el texto ahí contenido, como el momento se aproxima, debo decir que, en la época de los años 60, el comunismo alcanzará su punto máximo, que puede ser disminuido en cuanto a intensidad y duración y del cual deberá seguirse el triunfo del Inmaculado Corazón de María y el Reinado de Cristo.

Para conseguir este fin, Dios quiere que se intensifiquen todos los trabajos apostólicos, más allá de los cuales quiere que se haga oír en el mundo mi voz, como eco de la Suya, exponiendo lo que fue y lo que es el Mensaje de Fátima en relación a Dios y a las almas, al tiempo y a la eternidad, a fin de iluminar los espíritus sobre el camino de vida cristiana que deben seguir y los errores de los cuales se deben alejar, para no dejarse engañar por falsas doctrinas ³¹⁸.

Preguntada sobre la razón de esa fecha, para no revelar el nuevo encuentro con la Señora de Cova de Iría que se le manifestó en tierras de España, la Hermana Lúcia decía que ella pensaba que habría muerto ya en esas fechas. Sin decir la verdad, no mentía, pues tenía la esperanza y la casi certeza de que eso acontecería bien pronto ... Ir al cielo ... ¿Cuándo? Con los problemas de salud que padecía en este último período y la debilidad que sentía, le parecía que sería muy en breve ese encuentro tan deseado y así lo participaba al Señor Obispo de Leiría, en una pequeña carta escrita el 1 de julio de 1943:

Excmo. y Reverendísimo Señor Obispo:

Escribo en la cama donde estoy ya desde hace 17 días con fiebre bastante alta ... Tal vez todo esto sea el principio del fin y estoy contenta. Está bien que, al tiempo que va acabando mi misión en la tierra, el buen Dios me va preparando los caminos hacia el Cielo ³¹⁹.

Tras una ligera e ilusoria mejoría, tuvo una recaída, de la cual habla en una carta escrita el día 26 al mismo destinatario:

³¹⁷ Carta de 12 de marzo de 1944.

³¹⁸ **NOTA DEL AUTOR :** Como consecuencia de esta carta de 6 de junio de 1958 nació el libro *Apelos da Mensagem de Fátima* de la Hermana Lúcia.

³¹⁹ Carta de 1 de julio de 1943.

— *Otra vez estoy en cama, pero me parece que no será nada de importancia: lo que aún no me ha querido dejar es la expectoración de sangre; el médico dice que no tiene importancia, que es provocada por abscesos externos en el pulmón que me quedaron de la neumonía. No sé si será así ... Que sea lo que Dios quiera: el Cielo es mucho más atractivo que la tierra.*

Por hoy, no le escribo más, pues me canso con poca cosa ³²⁰.

Con las complicaciones que surgieron como consecuencia de esta enfermedad pulmonar, fue alimentando la esperanza de verse pronto en el gozo de la Patria Eterna. Vivió este tiempo en generosa entrega de todo el sufrimiento inherente a la enfermedad y a los tratamientos a que tenía que someterse, incluida la cirugía, como ya se refirió anteriormente. Y todo era ofrecido con amor y siempre en la expectativa del Cielo. En diciembre, en otra carta a don José Correia da Silva, dando noticias sobre su estado de salud, vuelve a manifestar esa íntima esperanza:

— *En cuanto a mí voy yendo bastante mejor, aunque dudo que las mejorías sean muy duraderas, pero lo que Dios quiera: el lado izquierdo quedó muy débil y por eso me parece que no irá muy adelante, se cansa con casi nada, pero ¡no me da pena! Para llegar al Cielo es preciso recorrer el camino, y ¡quién me diera ya estar allá! ¡Qué añoranza tengo! Pero es preciso esperar un poquito más, paciencia ...* ³²¹

Es preciso esperar un poquito más ... Tu quedas aquí algún tiempo más ... Resignada, continuaba caminando, sin perder nunca un segundo de la vida que se iba gastando en la humilde entrega diaria por amor y con amor, siempre a la espera de ver la *Puerta* abierta. La Señora más brillante que el sol, de vez en cuando, iba esparciendo algunos reflejos de la luz del Cielo en la vida de Su pastorcita, pero eran destellos que le avivaban las nostalgias aún más. El día en que cumplió 39 años, el último cumpleaños que celebró en España, hablando con su Superiora, la Madre Maria do Carmo Cunha Matos, con quien tuvo una gran afinidad, ésta le dijo que la Madre Monfalim le había dicho sobre la Hermana que no estaría ya en la tierra mucho tiempo, al ver que su misión parecía estar ya terminada. Y ella concluía con los ojos empañados en lágrimas:

— *Y al final ¡todavía estoy aquí!*

¡Si ella hubiera sabido que ni siquiera estaba aún a la mitad de su peregrinación!

³²⁰ Carta de 26 de julio de 1943.

³²¹ Carta de 19 de diciembre de 1943.

CAPÍTULO XIV

ÚLTIMOS AÑOS EN ESPAÑA

1. LÚCIA MUESTRA GRAN AMOR POR LAS MISIONES

Conforme iba recuperando fuerzas, pero aún convaleciente, ocupaba el tiempo entre la oración y una tarea ligera que ya anteriormente hacía durante las recreaciones y en los domingos: confeccionar rosarios para las Misiones.

Es interesante ver en sus cartas la referencia a este trabajo dominical, el tiempo libre del día del Señor, que ella dedicaba a este servicio de caridad. A un familiar que le pedía un rosario, responde: — *El rosario: no sé cuando lo podré hacer por falta de tiempo. Los domingos vengo haciendo algunos para las misiones; por si no se puede trabajar el domingo y durante la semana el tiempo no llega para hacer rosarios, ya veremos si cambian las ocupaciones* ³²².

Para hacer los rosarios y otros trabajiños litúrgicos para las Misiones, pedía la limosna del material a sus grandes amigas y benefactoras de Oporto, que lo aportaban con mucho gusto. Si le querían ofrecer algo personal, respondía:

Agradezco el ofrecimiento de Vuestra Excelencia, pero para mí no quiero nada. Le envío este folleto sobre las misiones que he recibido hace poco. Si Vuestra Excelencia quisiera contribuir con alguna limosna para la fundación de la misión de Zambézia, lo agradezco más que si me lo diese a mí. Sería un gusto inmenso contar al menos con 10 dólares (10\$00) para tener allí una ahijada con mi nombre. Si Vuestra Excelencia quisiera hacer esta limosna con ese fin, mándela al señor padre don José Bernardo Gonçalves ³²³.

Y esta otra:

J. M. J.

Tuy, 12-1-1942

Excma. Señora doña Maria Isabel de Vasconcelos:

Agradecida, le escribo para manifestar mi gratitud por la carta de Vuestra Excelencia, así como por la limosna que ha tenido la bondad de mandarme a través de la Madre Cabral. La agradezco en nombre de la Comunidad, para la que queda todo, puesto que yo, por el voto de pobreza, no me puedo quedar con nada que sea dado exclusivamente para mí.

Le ruego que no se esté sacrificando por mí porque, si es cierto que ahora aquí hace falta de todo, también es cierto que, con más o menos dificultades, Nuestro Señor aún no ha dejado que nos falte lo necesario. La limosna que siempre recibo con

³²² Carta de 12 de julio de 1946 a María Carolina.

³²³ Carta de 5 de enero de 1941 a la señora doña Virgilia Martins Ferreira de Brito.

muchísimo más gusto es la de los crucifijos, alambre, medallitas y cuentas para hacer rosarios para las misiones.

Tengo aquí una carta que recibí hace poco de un misionero de la Alta Zambesia Lite, pidiéndome que le envíe rosarios. Dice que allá los cristianos se distinguen de los que no lo son por el rosario, que siempre llevan al cuello. Me dice que el rosario les es impuesto después del bautismo en una ceremonia semejante a la que nosotros tenemos aquí para la imposición del escapulario. Se lamenta de que hace poco bautizó unos 97 adultos y no tenía rosarios para imponerles. Así, como aquí no se encuentran en venta las cosas necesarias para hacerlos, ése es el motivo por el que ésa es la limosna que más aprecio, por lo mucho que me agrada colaborar de este modo al culto de Nuestra buena Madre del Cielo entre estas pobres almas. Pudiendo ser, ellos prefieren las cuentas de colores, de vidrio o de piedra. Le digo esto no para pedirle de nuevo otra limosna, sino porque, como Vuestra Excelencia muestra tanto deseo en complacerme, sepa que eso es lo que más me agrada o también cualquier otra cosa para los niños pobres de mi catequesis.

Ayudar a los misioneros es una limosna que Dios no dejará de recompensar largamente en el Cielo. Perdóneme que le hable con tanta franqueza, pero como, en ocasiones, le agrada a Vuestra Excelencia enviarme alguna cosa, en eso es en lo que siempre me complacerá.

De Vuestra Excelencia ínfima sierva Maria Lúcia de Jesús R. S. D.

¡Ser misionera! Fue otro sueño que iluminó su horizonte. Incluso llegó a ofrecerse para ir, en 1941, cuando la Madre Provincial pidió voluntarias para las Misiones.

En sus notas íntimas confiesa:

— *Me ofrecí con deseos de ser aceptada, mientras el Señor no me abría las puertas del Claustro, para ir a tierras africanas, junto a los misioneros, para llevar a las almas ¡el Amor que abrasa, la Esperanza que fortalece, la Fe que guía y eleva de la tierra al Cielo!: Ir con la Divina Pastora, conducir las ovejas a verdes pastos, donde corren las aguas cristalinas de la fuente eterna. Pero ¡no me explico cómo siento en mí aspiraciones tan opuestas!*

Contenta volaría hacia los desiertos de África, a la conquista de las almas de mis queridos Hermanos alejados, y llego hasta envidiar a quienes tienen esa suerte. Me inmolaría feliz en los hospitales junto a los miembros doloridos de Cristo para, con mis servicios, prestarles toda clase de alivios. Y más feliz aún me enterraría en las leproserías acogiendo los gemidos de la Humanidad doliente, ofreciéndolos a Dios como víctimas expiatorias por los pecados del mundo. Me gustaría adquirir el conocimiento de todas las ciencias para transmitirlo a las almas como reflejo de la eterna Sabiduría, fuente de donde mana toda la luz de la inteligencia y de la ciencia adquiridas, y poderlas así ¡elevarlas del ras de la tierra a la luz de lo sobrenatural!

Mas, ¡pobriña de mí, que nada soy y nada tengo! Me levanto de mi propia nada y, en la unión de mi alma con Cristo, encuentro todo, porque es desde lo más profundo de la abyección como Dios me eleva a las alturas de lo sobrenatural: es por la humildad que desciende hasta el fondo del Océano. Es ahí como se encuentra la Luz, la fuerza, la alegría, y donde Dios concede la gracia de alcanzar ¡la cumbre del Amor! De ahí, mi ardiente deseo de inmolarme a solas con Él en el silencio de un claustro, donde pueda darle todo en una unión más perfecta, un encuentro más íntimo, por mi Madre la Iglesia y por las almas de mis queridos Hermanos.

Así seré por mi unión con Cristo: ¡el Amor que abrasa, la Esperanza que fortalece, la Fe que ilumina el camino para la vida eterna! Y conseguir así que, todos unidos en la misma Fe, en la misma Esperanza y en el mismo Amor, creamos en la existencia del Dios eterno, único y Trino

*en Personas, en Jesucristo Su Hijo, en la vida eterna, en la obra de la Redención y, para su realización, en Su Iglesia: ¡Una, Santa, Católica y Apostólica!*³²⁴

Procuraba vivir su consagración con entera fidelidad, a todo se entregaba con y por amor y a sus Hermanas transmitía el torrente de alegría que brotaba de su corazón enteramente de Dios, Fuente de la verdadera alegría. Pero continuaba sintiendo el deseo del Carmelo, la nostalgia de la soledad. A su lado estaba el Señor Arzobispo de Valladolid, con un vivo interés en ayudarla a concretar ese sueño. La visitó el 10 de enero de 1944, con la intención de que pensaran ya en su idea de marchar en breve al Carmelo de Valladolid, deseando él arreglar esto antes de dejar la diócesis de Tuy. Pero, al verla aún tan débil y con fiebre, concluyó: *tenemos que esperar*. Por tres veces quiso ayudar a la pastorcita de la *Serra de Aire* a dar ese paso, pero, siempre que intentaba concretarlo, ella enfermaba. Los planes de Dios eran otros.

La Hermana Lúcia seguía caminando en la noche, sólo anclada en las mediaciones humanas e iluminada por la luz de la fe que, según las palabras de San Juan de la Cruz, es *la luz a la que debemos arrimarnos* en esta vida³²⁵.

2. LÚCIA SIENTE LA NECESIDAD DE REZAR POR LOS SACERDOTES

Algún tiempo después, tuvo la alegría de ayudar a reconducir al Buen Pastor dos ovejas que se habían extraviado y, esta vez, se trataba de un sacerdote que había abandonado el ministerio y vivía en situación irregular. Éste, sintiendo el toque de la gracia, a través del Señor Obispo de Gurza pidió encontrarse con la Hermana Dolores, esperando volver al buen camino con su ayuda, dejando a la señora con la que vivía y de la que ya había tenido un hijo. Se reunieron en Valença y, después de cinco horas de conversación, con la palabra firme de la Hermana Dolores, esa señora, que había sido cogida por sorpresa, dió su consentimiento a la separación, aunque con mucho sufrimiento. La Hermana Dolores, que no era partidaria de retrasar las cosas y sabiendo que, si quedaban para “algún día de éstos” a fin de poner en práctica lo acordado, las voluntades ahora firmes se debilitarían, allí mismo determinó que el sacerdote en cuestión iría a la casa de aquél que lo acompañaba y ella con el niño, acompañada de dos señoras amigas que estaban presentes, iría a la casa a recoger lo que le pertenecía, y después aquél iría a vivir con una hermana suya.

Concluido todo, se despidieron, y la Hermana Dolores volvió a Tuy con el alma en fiesta por haber podido ayudar a estas dos almas a dejar la vida de pecado en que vivían.

Pero ¡el demonio se pone furioso cuando le roban la presa! Fue apenas pasada una semana cuando la Hermana Dolores fue sorprendida por una tormenta que estalló sobre ella: no debía contactar más con esas personas, pues alguien había ido a decir a su Superiora Provincial que aquella conversión había sido una farsa. Además de eso, toda su correspondencia tendría que pasar por las manos de la Madre Provincial y del Señor Obispo de Leiría. Lúcia quedó con un sufrimiento intenso, sabiendo que también estaba en cuestión la confianza en su Superiora local, que la había autorizado para esa reunión, pero en el fondo del alma sentía paz y confianza en que Dios Se encargaría de mostrar la verdad de la que ella estaba convencida.

Poco después, pudo comprobar las buenas disposiciones de aquella señora, recuperada para la Gracia de Dios, cuando ésta fue en compañía de otras amigas a participar en un retiro que se organizó en la casa de las Hermanas Doroteas en Tuy. La Hermana Dolores fue la encargada de servir a ese grupo y vió de cerca la devoción y fuerza de voluntad de aquélla para iniciar una

³²⁴ *O Meu Caminho* I pp.137-138.

³²⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, libro II capítulo 16, n.15: “en esta tiniebla, sola la fe, que también es oscura, sea luz a que nos arrimemos; porque si nos queremos arrimar a esotras luces claras e inteligencias distintas, ya nos dejamos de arrimar a la oscura que es la fe”.

nueva vida. Más tarde, cuando el sacerdote mencionado arriba supo de la prohibición que la Hermana Dolores tenía de comunicarse con él, pidió visitarla en Tuy, y su Superiora lo consintió, al tomar la prohibición sólo para la correspondencia, y asistió también a la visita, que las dejó consoladas por las buenas disposiciones que aquél mostraba.

Pero sólo en 1946 y ya en Oporto, al ser visitada por el Obispo de la diócesis a la que pertenecía este sacerdote, aquél le contó lo que había sucedido: la misma persona que había ido a informar a la Superiora Provincial, y que había causado tanto sufrimiento a la Hermana Dolores, fue también a abordar al Obispo. Éste, advirtiéndole que esta persona era movida por la pasión y no por la caridad, lo despidió sin dar crédito a la información que le daba, aconsejándole ocuparse de sus asuntos ³²⁶. Como decía Santa Teresa: “*La verdad padece, pero no perece*”.

¡Los Sacerdotes! ¡Cómo los amaba la Hermana Lúcia y temía por ellos! Lo muestra esta exclamación, surgida de la experiencia de sus contactos con aquellos que la buscaban en persona o por carta, pidiendo ayuda: — *¡Oh, cómo es necesario orar y ayudar a los sacerdotes!* ³²⁷ Los llevaba en su corazón y los envolvía con su oración, sabiendo que bien necesitaban de esa fuerte armadura para vivir en medio del mundo y no ser del mundo, atravesando los pantanos como la luz que no se ensucia cuando toca el barro, ni se rasga al pasar por los matorrales de espinos.

3. CARIDAD CON SUS HERMANAS

El día 7 de abril de 1945 la Hermana Lúcia vivió una gran emoción: participó en la exhumación de los restos de la Madre Monfalim para su traslado a Portugal.

Fue ella quien ordenó en una pequeña urna lo que quedaba de los restos y, mientras lo hacía, *meditaba, no en la muerte, sino en la ilusión de la vida, y recordaba la palabra del Evangelio: “Atesorad riquezas que los ladrones no puedan robar, que la polilla no pueda roer, y que no esté sujeta a la putrefacción de la sepultura”* ³²⁸.

Acompañó hasta Valença el vehículo que transportaba la urna con las cenizas, para facilitar el paso por la frontera, por si surgiera algún problema, y luego regresó a su casa de Tuy. Seguían en el coche la Madre Superiora, la Madre Maria do Carmo Cunha Matos, con quien mantenía una correspondencia muy familiar. En una carta del 14 de abril, casi sin darse cuenta de lo que escribía, y que por falta de tiempo no rompió, hace una hermosa interpretación de las palabras de Nuestra Señora, que aplica a todos nosotros:

J. M. J.

“*Nobis quoque peccatoribus*”

Muy querida y Reverenda Madre Superiora:

No escribo esto para recordar a Vuestra Reverencia el acuerdo, pero sí para decirle que yo no me he olvidado. No sé si esta carta la recibirá Vuestra Reverencia aún en Lisboa o se habrá vuelto ya a Fátima. Espero que no me olvide ahí a los pies de nuestra Madreciña del Cielo, y que dará mis saludos sin fin a Jacinta ... No piense que estoy triste por no ir también: ofrezco con gusto el sacrificio porque es con él como se salvan las almas y siempre recuerdo la gran promesa que me llena de alegría: “Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que

³²⁶ Cf. *O Meu Caminho*, I p.174.

³²⁷ *O Meu Caminho* I p.174.

³²⁸ *Ibidem* p.182.

te conducirá hasta Dios”³²⁹. Creo que esta promesa no es para mí sólo, y sí para todas las almas que quieran refugiarse en el Corazón de la Madre celestial y dejarse guiar a través de los senderos por Ella trazados ... Me parece que también serían éstas las intenciones del Corazón Inmaculado de María: hacer brillar ante las almas de nuevo este rayo de luz, mostrarles otra vez este puerto de salvación, pronto siempre a acoger a todos los náufragos de este mundo ... En cuanto a mí, voy saboreando los deliciosos frutos de este hermoso jardín y esforzándome por dejar a las almas la facilidad para ir ahí a saciar su hambre y sed de gracia, de consuelo y amparo.

Cuando comencé a escribir, no pensaba decir nada de esto. Vamos a ver si no rompo aún esta carta en vez de mandarla: no sé aún cómo he dejado que la pluma escriba aquí todas las tonterías que me ha dictado el corazón. No es muy frecuente que ésta sea mi costumbre, pero hoy ha sido un día de muestra.

Ayer llegó la postal de Vuestra Reverencia. Ahora me dicen que Vuestra Reverencia acaba de telefonar. No he tenido la suerte de estar yo ahí. Dicen que no sabe cuándo Vuestra Reverencia va a venir: haga lo que tenga que hacer allí y acuérdesse de nosotras. Voy a pedir a Nuestro Señor que le de un escrúpulo grande por habernos dejado mucho tiempo solas ... No se olvide de cuidarse, porque la última vez que estuvo la ví muy enferma por no haberse cuidado ...³³⁰

Y, ante su larga demora en volver, en nombre de todas confiesa que las añoranzas por ella son tantas que cada día que pasa parece un año. Le escribe casi como un diario de la vida comunitaria, siempre confesando la nostalgia de todas por su ausencia. Y con inmesa ternura le habla de las nostalgias de las flores, del Niño Jesús, del Sagrario:

Fui a hacer dos visititas al Niño y darle algunos besos: está muy tristiño sin Vuestra Reverencia, dice que se demora mucho, que muere de nostalgia: Venga para acá si le es posible ... Nuestro Sagrario también está repleto de esas añoranzas. Todas las veces que voy ahí, me pregunta: ¿cuándo viene la Madre Superiora? Y yo respondo con la “Imitación”: mañana ... mañana.

La Hermana Marinho dice que Vuestra Reverencia [que] le dio dos abrazos de despedida; a mí no me dio ninguno: cuente con darme cuatro cuando vuelva, a no ser que los dé a Nuestra Señora por mí, en Fátima ...³³¹

Le dice aún, siempre en tono de broma, en otra carta:

Muy querida Reverenda Madre Superiora:

Me parece ya que hace medio año que se fue, ciertamente, y con otro medio desde que falta, hace un año entero, y Dios quiera que no se alargue más. Déje por ahí todas las añoranzas de verse cuidando de nosotras cuando venga, descanse y goce mucho de encontrarse bien con fuerzas para convertir a Rusia. Esta novena la hago sola y me acuerdo bien de Vuestra Reverencia y, al final, añado un Avemaría más para que venga pronto y bien de salud, con muchas fuerzas para llevar la Cruz.

³²⁹ MHL I: 2ª M cap.2 n.4, p.83 y MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

³³⁰ Carta de 14 de abril de 1945.

³³¹ *Ibidem*.

Y dos días después, al felicitarla en nombre de todas, firma:

— *La hijas abandonadas de Tuy* ³³².

Enseguida confiesa un disgusto que ha sufrido, pero que ella le pide que lo remedie: para quedarse con más reservas de luminosidad, colocó al sol, en el alféizar de una ventana, una imagen luminosa de Nuestra Señora de Fátima; pero, con tan poca suerte, que el viento la tiró abajo y ¡se partió toda! ... Por eso pide confiada a su Superiora que le compre otra en Fátima, como ciertamente ésta hizo.

4. PRIMER CONTACTO CON EL CARMELO

En el verano de ese año 1945 la Hermana Dolores fue en peregrinación a Santiago de Compostela en compañía de una sobrina suya, que pasó algunos días de vacaciones en Tuy con la señora doña Lúcia Neves. Esta señora, deseando ganar el Jubileo en la fiesta del Apóstol, pidió permiso a la Superiora de la casa de la Hermana Dolores para que las acompañara en ese viaje con otra Hermana designada por la Madre. Dejemos que ella nos cuente este viaje-peregrinación:

— *El día 24 salimos de Tuy, por la mañana, después de la Santa Misa y la Sagrada Comunión, en el tren de las 8. Llegamos a Santiago hacia las 2 de la tarde. Nos alojamos en nuestra casa y después del almuerzo fuimos a visitar la Catedral. Estaban los Canónigos cantando el Oficio Divino, al que asistimos.*

Al día siguiente, el 25, después de haber asistido a la Santa Misa y de haber recibido la Sagrada Comunión en el colegio, fuimos a asistir al solemne Pontifical en la Catedral; terminado éste, fuimos a dar el abrazo al Apóstol, por detrás del altar mayor, a visitar la urna funeraria, la exposición, y subimos a los miradores de la torre. A mitad de la escalera, nos encontramos con la vivienda de la familia del sacristán, un hombre, una mujer y unos niños; éstos nos informaron de que para llegar a lo más alto teníamos aún muchas escaleras que subir, pero que, desde allí, las vistas eran preciosas. Quisieron acompañarnos, y allá fuimos. ¡Me gustó mucho! Y dí por bien empleada la subida: ¡me parecía allí estar más cerca del Cielo!

Lo que me sorprendió después de la Santa Misa, fueron los tradicionales Gigantes que entraron en la Catedral, tocando castañuelas y pandeiros, bailando en la capilla mayor ante el Santísimo y los dos Prelados que estaban presentes, el Señor Arzobispo de Santiago y el señor Obispo de Tuy don José Ortiz, los Canónigos y más clero, sentados en los sillares de los lados. Terminado el baile, siguió a continuación la ceremonia que llaman del “Botafumeiro”: es la incensación de las reliquias, a lo que sigue después la procesión ³³³.

Cuando por la tarde fueron a visitar algunas iglesias, la Hermana Dolores entró por primera vez en un espacio carmelita: el Carmelo de Santiago. Sus compañeras no notaron nada, pero ella se estremeció por dentro y confiesa que tuvo una gran tentación de ir a hablar al torno de su secreto ... pero se contuvo, sabiendo que nada se iba a resolver allí.

5. LA PASTORCITA CONDUCE LAS ALMAS AL PASTOR

Ya casi al final de este año 1945, de nuevo tuvo la alegría de reconciliar con Dios a dos almas. Tras haber obtenido permiso para visitarla, la Embajadora de Brasil ante Portugal fue a Tuy con ese fin. A petición del Gobierno portugués, el Señor Cónsul de Portugal en Tuy debía

³³² Carta de 2 de octubre de 1945.

³³³ *O Meu Caminho* I pp.172-173.

esperarla en la frontera y acompañarla en esta visita, lo que hizo con mucha diplomacia, aunque con pocas ganas: tenía una aversión a las religiosas y a todo lo que oliera a iglesia. Parece que en estos casos ni siquiera sabía ser un diplomático cortés.

Forzado por su deber profesional, acompañó a la señora Embajadora, de nombre Irascena. Fue con sorpresa y admiración como comprobó que esta señora había hecho un viaje tan largo para visitar a una religiosa tan humilde. Mientras la señora Embajadora hablaba a solas con la Hermana Lúcia, la comitiva visitó el jardín en compañía de la Madre Superiora y, durante ese tiempo, el Señor Cónsul fue cambiando de opinión. Cuando se despidió de la Hermana Lúcia con un delicado apretón de manos, ofreció sus servicios y preguntó si podía volver con su esposa. La Madre Superiora consintió y, pasado un poco de tiempo, se tuvo un nuevo encuentro.

Pasaron toda la tarde sentados, a la sombra, en el jardín. En síntesis, el Señor Cónsul contó a la Hermana Lúcia los derroteros de su vida. De ideas comunistas y tras haber ejercido por varios países, donde esas ideas se habían venido arraigando, había sido enviado a España, donde no se encontraba muy a su gusto. Lúcia nos relata el tema de esa conversación:

— *Ejerciendo su carrera, recorrió varias Naciones. Para aclarar sus ideas comunistas, hizo algunos viajes a Rusia, y ahora decía lamentándose: “He tenido la desgracia de ser enviado a una nación donde no se comprende el comunismo”, y continuaba lamentando la situación de los pobres, sujetos a ser criados de los ricos, sin posibilidades de subir en la sociedad igualándose, etcétera. Después de escuchar esto, interrumpí y le pregunté:*

— *¿El Señor Cónsul está dispuesto a distribuir todos sus bienes a los pobres para elevar e igualar su condición?*

Después de un momento de silencio, respondió:

— *Hermana, eso no es exactamente lo mismo.*

— *¿No es exactamente lo mismo? Porque ciertamente nosotros acabamos de asistir en España a la muerte violenta de tantos capitalistas, diciendo que era para distribuir esos bienes a los pobres, y ¡nunca en España hemos visto tanta miseria! ¿Dónde están esos capitalistas?*

— *¡Veo que la Hermana está en contra!*

— *Sí, Señor Cónsul, y no vale la pena discutir* ³³⁴.

Aprovechando el momento, sin perder tiempo, siempre con la vista puesta en el bien de aquél que tenía cerca, preguntó al Señor Cónsul si tenía fe. Él confesó no haberla perdido del todo, pero ya se había olvidado de todo lo aprendido para su primera Comunión. Por ser de Braga, él tenía mucha devoción a Nuestra Señora de Sameiro: era su Madrina. Con el permiso de la Superiora, la Hermana Dolores fue a buscar un catecismo que ofreció a su ilustre visitante, pidiendo que recordase el Padrenuestro y el Avemaría y, entretanto, ella haría dos rosarios para que él y su esposa pudieran rezar, y pidió la promesa de que lo harían. Entonces oyó con sorpresa que, a veces, él escuchaba la transmisión de las ceremonias de Fátima, y confesó que se conmovía al oír rezar a esa multitud.

La visita terminó dejando en los corazones una gran paz y alegría, y después la Hermana Dolores intentó confeccionar los dos rosarios prometidos, para que rápidamente se los pudiese enviar. Fue ella quien los entregó en una ocasión que tuvo de ir al Consulado, pues a partir de esa fecha, al conocerse que había buena relación entre ellos, la Madre Superiora fue asediada por peticiones para conseguir que se resolvieran asuntos en el Consulado. Y allá iba la Hermana Dolores con una y otra petición, siendo siempre muy bien recibida, con su compañera, que muchas veces era la Madre Superiora. Tenían que ir con tiempo, pues después eran invitadas a entrar en el despacho del Cónsul y con su esposa quedaban largo rato de conversación, que la Hermana Lúcia

³³⁴ *Ibidem* p.177.

intentaba llevar al plano espiritual.

Después de cinco meses desde el primer encuentro, tuvieron una gran sorpresa. Dejemos que la pastorcita nos cuente esa gran alegría. Fue el día 8 de abril de 1946:

— *Tras haber ido ese día al Consulado por causa de una determinada documentación, como de costumbre el Señor Cónsul nos recibió con singular satisfacción y nos condujo a su despacho, y ahí dijo: — “Sabe, Hermana, estamos resueltos a confesarnos y a comulgar, pero con la condición de que la Hermana nos consiga un confesor portugués”.*

— *Esto no es nada difícil. Aquí mismo, en Carvallino, hay un sacerdote portugués que suele venir a Tuy con cierta frecuencia. Es franciscano, fray Luís. Veremos si él puede el próximo día 13, aniversario del matrimonio de ustedes. ¿No le parece que sería una hermosa manera de festejar ese día?*

— *¡Oh!, ¿cómo puede la Hermana acordarse de esa fecha?*

Y noté que se conmovía ³³⁵.

De vuelta a casa, ella contactó con el sacerdote, quien no sólo estuvo dispuesto a confesar a la pareja, sino también a darle una buena preparación durante tres días, para que recomenzasen su vida cristiana. Y en la mañana del día 13, la Hermana Dolores tuvo el consuelo de verlos acercarse a comulgar, después de haberse confesado en la capilla de la casa de Tuy. ¡Qué alegría para su corazón el poder ayudar a reencaminar hacia Dios a esas almas!

6. CORONACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

El 13 de octubre de 1942, en la clausura de las “bodas de plata” de las Apariciones, se ofreció a Nuestra Señora de Fátima una magnífica corona hecha con las joyas ofrecidas por las mujeres portuguesas. Fueron muchos pequeños granos de oro y piedras preciosas, renunciadas de muchas manos que querían obsequiar a su Reina. Y así como se forma una gran hogaza de pan que alimenta a todos los de la casa con muchos granos de trigo, así estas joyas dispersas por todas las latitudes de Portugal, después de reunidas y trabajadas, forman hoy esa maravillosa joya que brilla sobre la cabeza de la imagen de Nuestra Señora del Rosario de Fátima.

Quiso el Papa Pío XII tener un gesto especial de gratitud a la Reina de la Paz, cuando aconteció el fin de la Segunda gran Guerra y nombró al Cardenal Bento Aloisi Masella como su legado para la Coronación solemne el día 13 de mayo de 1946. Y, según cuenta el Cardenal portugués don Manuel Gonçalves Cerejeira, a aquél le dijo: — *Vuestra Eminencia va a coronar en Fátima a la Reina del Cielo y de la tierra, “Regina Mundi”.*

Fátima se convertirá en el Altar del mundo. Y este Cardenal continúa: *Con autoridad suprema y esplendor pocas veces visto aquella Coronación consagraba a la que viera asociarse el cielo (en medio de una lluvia torrencial, en el preciso momento de la Coronación, se abrió paso el sol e iluminó la Imagen con sus rayos dorados), al Mensaje salvador que desde allí el Corazón Inmaculado de la Madre de la Misericordia dirigiera al mundo, a punto de ahogarse en un mar de sangre y lodo (la sangre de la guerra y el lodo de las pasiones)* ³³⁶.

La Hermana Lúcia vivió este acontecimiento, participando en todo desde España, con el corazón en fiesta. Era un paso adelante en el triunfo de la Madre y todo lo referente a la Señora más brillante que el sol era vivido por ella con gran gozo. Muchas Madres del Instituto de Santa Dorotea fueron a Fátima para participar en esa ceremonia y, aunque habían hablado sobre eso con

³³⁵ *Ibidem* p.179.

³³⁶ Palabras de Su Eminencia el Señor Cardenal Patriarca de Lisboa en *Fátima. Altar do mundo* [= FAM]. Volumen I. *O culto de Nossa Senhora em Portugal*, Oporto 1953, Introducción.

el Señor Obispo de Leiría, consideraron más prudente la ausencia de la pastorcita.

Son una ternura las cartas que escribió a su Superiora en Tuy, Madre Maria do Carmo Cunha Matos, en esos últimos días. Vale la pena seleccionar algunos pasajes, para ver cómo su corazón estaba todo en el otro lado del río Miño, acariciando cada una de las piedras de esos caminos que ella conocía de memoria. El 11 de abril termina así una carta, tras compartir los pequeños acontecimientos del día con corazón de niña:

Dios quiera que ahí todo vaya muy bien y que Nuestra tan querida Madre del Cielo le conceda muchas gracias y que se me cuente alguna cosiña. Si quedan por ahí esos días, vayan al lugar del Cabeço y rece las oraciones del Ángel por mí. Vaya al pozo y tráigame de ahí un frasquito de agua para beber, que hasta de ese agua tengo nostalgias: a los pies de Nuestra tan querida Madre del Cielo, déle recuerdos míos sin fin ... es con ellos como yo hago la corona que Le ofrezco. Bése por mí el anillo del Señor Obispo y pídale una bendición para mí. Recuerdos a la Reverenda Madre Provincial, a la Reverenda Madre Maestra y a todas. Para Vuestra Reverencia recuerdos inmensos. Beso respetuosamente la mano de Vuestra Reverencia.

Hermana M^a Lúcia de Jesús r. s. D. Tuy, 24-4-1946

Dos días después, vuelve a escribir a su Superiora, haciendo la crónica de la vida de la casa casi al detalle, con una sencillez que encanta. Al leer esta carta, quién diría que se trata de una persona que vivía tan tocada por lo sobrenatural. Se comunicaba tan bien con lo más alto del Cielo como con el más humilde de la tierra. Y ¡es siempre tan natural y tan sencilla!

Veamos la carta del día 26:

Muy querida y Reverenda Madre Superiora:

Hace poco que he oído la voz de Vuestra Reverencia por el teléfono, y gracias a Dios que, sólo escuchar el sonido de una voz que habla desde Fátima, ya me alegra: me contento con poco. Por eso podía darme esa alegría algunas veces más: ruego a Nuestra Señora que le dé generosidad de corazón.

Aquí por casa, ¿cómo va? No hay mucho que escribir, pero le pongo al día ... Nuestras huéspedes marcharon a Santiago, con una tarde de lluvia y frío de hartar, sólo faltaron los truenos y relámpagos. ¿Cómo y a qué hora llegarán? Ya son las 10 de la noche y estoy escribiendo mientras espero a que vuelvan. ¿Sabe a qué hora nos hemos acostado? Las que se dieron más prisa para ir a la cama, más o menos hacia la medianoche; las que esperan a que acabe el resto de la cola, después de la 1 de la madrugada: en general suelen llegar de sus viajes más o menos entre las 11 y las 11 y media de la noche.

Cuando llegaron, la Madre Assis, muy contenta, me dijo que traía un gran regalo para Vuestra Reverencia: 5 kilos de almendras, un centenar de naranjas, algunas cajas de tortas, etcétera. Como es natural, en ausencia de Vuestra Reverencia lo entregó a la Madre Pereira, pero ¡adiós y hasta mejor ver! Sólo hemos vuelto a ver algunas naranjas y ¡gracias a Dios! El arcón de la despensa es muy sólido, no se escapa nada ... Si fueran así las ollas de la cocina, no se gastaría tanto en el hojalatero ...

Una buena noticia: desde que Vuestra Reverencia marchó, aún no ha faltado agua hasta hartar en las cañerías, incluso hasta arriba en los dormitorios de las Hermanas. Por allá arriba no se ha cortado más, ni una gota, salvo el agua caliente.

Es por Nuestra querida Madre del Cielo que, al vernos huérfanas de su amor, ha venido a ayudarnos. ¡Nadie hay como Ella! ... (¡aunque todos os abandonen, Yo nunca os abandonaré!). ¿Ha recibido mi otra carta? ¡Dios quiera que sí! No se olvide de pedir el santiño para mí al representante del Santo Padre. Ya he mandado el recado al Señor Chantre.

¿Quiere saber aún más cosas? Las niñas me cortaron las puntas del velo. Ya he dicho a la Maestra General ¡que tiene que darme uno nuevo! Y me ha dicho que sí, que me lo da con mucho gusto, pero que quiere lo demás: es difícil de conseguir, porque la Madre Pereira ya ha mandado hacer la indagación buscando los autores de los robos y me parece que ya los han cogido. Me parece que la policía encontró rápidamente al autor del robo ... Son las 11 de la noche y las lisboetas aún no dan señales de vida ...

Recen ahí mucho por nosotras, que todas estamos llenas de añoranzas y deseos de verla de vuelta acá. Aproveche para gozar de la Madreciña del Cielo, de sus gracias y bendiciones, de las ternuras de su Inmaculado Corazón, y descanse mucho ... Se me acabó el papel.

Recuerdos, recuerdos sin fin, para Nuestra Señora, para Jacinta, para Francisco, para Lapa, el pozo, la era vieja, etcétera, etcétera, en fin, para todo y para todos ... hasta para las piedras de los caminos y el heno de la sierra con el que yo hacía cuerdas para los lirios de peonías del Cabeço y de Arneiro, sin olvidar las floriñas del campo y las “maias” (coronas) de espigas en medio del trigal ... Para la Reverenda Madre Provincial, la Reverenda Madre Maestra, y Vuestra Reverencia recuerdos sin fin. Beso humilde y respetuosamente la mano de Vuestra Reverencia, la más humilde hija, Hermana Maria Lúcia de Jesús Santos, r. s. D. Tuy, 26-4-46

P. E. : Ya tenía cerrada la carta, pero la abrí para decir a Vuestra Reverencia que pasa de la medianoche y las lisboetas sin aparecer ³³⁷. ¡Por fin llegaron! Son las 2 y media de la madrugada. Vamos a dormir.

Dos días después y nueva carta, participando casi todos los pasos dados. Era como estar junto a su Superiora en Fátima y al mismo tiempo teniéndola en la vida de la Comunidad en Tuy. Después de redactada la carta, añade unas palabritas para confesar cómo escapó airoso de un incidente: *Añado esta notita más. Hoy vino aquí a celebrar el padre dominico. Me mandaron que le preparase la mesa para el almuerzo con la mañana, entendí ... pero como pienso que él preferirá en el Seminario y en el Palacio, pues no consiguió hablar conmigo a pesar de todo el empeño que para eso puso la Madre del Rocío, puse todo en la mesa y me fui, en efecto, antes de que él llegara. Si quiere, que él vaya a pedir permiso al Señor Obispo ³³⁸.*

Continúan las cartas con innumerables detalles y siempre con el corazón transportado a las tierras que la vieron nacer y donde la Virgen Maria cautivó su corazón. El día 4 de mayo, al terminar una que había comenzado el día anterior, da cuenta de un propósito que ciertamente había sugerido a sus Hermanas y de los preparativos para el día 13: *Hoy, día 4, comienza la Novena y ¡vamos a hacerla tan separadas! Pero en los Corazones Sacratísimos de Jesús y de María estamos bien unidas, no me olvido de tal consagración ³³⁹.*

— Gracias a Dios, las Hermanas estamos con bastante fervor. En la víspera del mes de

³³⁷ NOTA DEL AUTOR : Se refiere a las niñas del Colegio de Lisboa en viaje por España.

³³⁸ Carta de 26 de abril de 1946.

³³⁹ NOTA DEL AUTOR : Consagración de los Padres Monfortinos que pudo oírse por radio y que se realizaba en Fátima el 13 de mayo de 1946, día de la coronación de Nuestra Señora.

mayo, en la recreación acordamos ofrecer a Nuestra Señora la florecita del silencio: necesito hablar, hablaré bajo y, si alguna se olvida, la otra no responderá como ella hablando alto. Como examen particular, se anotarán las faltas y, por cada falta, se rezará a la noche un Avemaría con los brazos en Cruz; las que pasaran el día sin cometer faltas, rezarán tres Avemarías en acción de gracias. En nuestra sala de estar adornamos a Nuestra Señora con flores y dos lamparillas con papel azul. Al llegar a la recreación de la noche hacemos nuestro mes de María, rezamos, cantamos, etcétera. El mes en portugués es: “Nuestra Señora está guapiña” (“Nossa Senhora está bonitinha”). Ayer cantamos la “Salve Noble Patrona” (“Salve Noble Padroeira”), como nosotras hacemos siempre que hay portuguesas, las otras decían lo que querían entre las españolas, más cohibidas, pues no les cuadra el verso. En cuanto a nuestro silencio lo llevamos con mucho vigor: algunas Hermanas dicen que les da la impresión de que estamos de retiro. Ya me han venido a ofrecer dos aparatos de radio para el día 13, las señoras Lopes y doña Concha. Ya he comprado la cinta para enviar el ramo de nuestro jardín por medio de los peregrinos; voy a entregarlo a Roca [Xuclá] y le he recomendado que busque a Vuestra Reverencia y que se lo entregue. No sé si la Madre Pereira nos dejará hoy quedar hasta medianoche, vamos a ver ...³⁴⁰

Como relata la Hermana Lúcia, por ese señor mandó un hermoso ramo de rosas del jardín para Nuestra Señora. Después le contaron que, cuando los Señores Obispos supieron de quién venían las flores, lo asaltaron y el portador del encargo pudo salvar algunas para su Destinataria Celestial. El mismo día 13 de mayo, sobre la cinta blanca con que ató el ramo enviado a Fátima, escribió a su Madre Celestial los siguientes versos que, si no son un poema de gran calidad literaria, son la ternura de su corazón en llamas a los pies de María:

*Saludos, Madre querida, Te ofrezco con amor. / Este recuerdo mira en este ramo, en cada flor. / No te ofrezco coronas de oro, porque pobriña soy. / ¡Oh, Reina del Cielo, Te ofrezco una corona de amor! Hermana Maria Lúcia de Jesús. Tuy 13-5-1946*³⁴¹

El día 8 de mayo, tras muchos asuntos que expone y transmite, termina así:

— *Hace tres días que no hemos recibido nada de Vuestra Reverencia ... ¿Se dejó vencer por la tentación? Escribanos algo ...*³⁴²

Los días 12 y 13 de mayo, con la Comunidad, acompañó por la radio las ceremonias de Fátima y, más que cualquiera otra, vivió en primera persona ese momento de gran solemnidad, depositando su corazón de nuevo y enteramente a los pies o, más bien, en el Corazón de su Reina. En una carta que escribió más tarde, dice que en el despacho de la Madre Superiora renovó la consagración que había hecho en el momento de la Comunión. Como les habían prestado dos aparatos de radio, ella se las arregló para estar más a solas y tenía conectado uno en el despacho de la Madre, para vivir más en privado las grandes emociones de ese día.

¡Cómo no habría de estremecerse su corazón en circunstancia tan singular y solemne! Pero ella tenía mucho cuidado de ponerlo en evidencia. Poco antes de que le comunicaran la orden de su regreso a Portugal, escribe por última vez desde Tuy a su Superiora, describiendo al detalle cómo se vivió ese día en la Comunidad.

³⁴⁰ Carta de 4 de mayo de 1946.

³⁴¹ Cf. LUCIANO CRISTINO, *Jornal a Voz de Fátima*, número 780, 13 de septiembre de 1987, p.3.

³⁴² Carta de 8 de mayo de 1946.

CAPÍTULO XV

REGRESO A PORTUGAL

1. DEJA Y SÍGUEME - TERCERA VEZ

El 15 de mayo, a las 10 de la mañana, la Vice-Superiora llamó a la Hermana Dolores y le dijo que el Señor Cónsul estaba allí y le quería hablar. Dejémosla contarnos cómo vivió esos momentos de sorpresa con un espíritu de fe y obediencia incondicional:

Fui a la sala con Su Reverencia y, apenas el Señor Cónsul nos vió, dijo:

—Hermana, su Superiora me acaba de telefonar desde Oporto y me ha pedido que le diera un pasaporte para ir al Colegio de Sardão a hablar con la Madre Vigária, pero que es preciso ir hoy a dormir a Valença para seguir mañana en el tren de las 5 de la madrugada. En tan poco tiempo, yo no puedo darle un documento oficial, porque la Hermana está registrada en Vigo, pero le doy un documento provisional, a la vista de que su Superiora me asegura que la Hermana volverá. Dice la Madre que la Hermana vaya con la Hermana Maria Augusta Marinho.

— ¡Oh, Señor Cónsul, esto me parece una cosa muy extraña! ¡Una orden así, sin decir nada aquí y con tanta urgencia!

— Bueno, Hermana, ahora no me deje quedar mal. Su Superiora me pidió este favor muy encarecidamente, y yo prometí que lo haría.

En ese momento llamaron al teléfono. Fui a atenderlo. Era la Madre Superiora que hablaba desde Sardão y me dijo lo mismo. De prisa, preparé lo indispensable que tenía que llevar, fui a casa de don Jesús Varela a despedirme, le di como recuerdo un rosario que para eso había hecho y en el que había colocado el crucifijo encontrado en el pozo séptico, y con la finalidad de desprenderme de él, pues pensaba que le tenía apego, pedí a su Reverencia que por favor me despidiera del Señor Obispo, a la vista de que no me quedaba tiempo para hacerlo personalmente, y que comunicara lo mismo al Señor Obispo de Valladolid pues, aunque mis Superiores afirmaran de momento que volvería, no me parecía que eso se habría de hacer.

Volví a casa a despedirme de la Comunidad, de Mi querido Sagrario y Capilla, pasé por el Consulado para recoger los documentos, para despedirme de la Señora doña Elvira y del Señor Cónsul, que se mostraba muy optimista en relación a mi regreso, y marché para Valença, pues era preciso cruzar la frontera antes de las 6 de la tarde.

Con la Hermana Marinho, llegamos al Asilo Fonseca hacia las 7 de la tarde. La Madre Superiora, Madre Dilecta, nos acogió muy bien. Una cena de fiesta: sopa de pollo, arroz, pollo asado con patatas fritas, compota, pasteles y fruta. La Comunidad tuvo la recreación con nosotras y, para descansar, nos prepararon una bonita habitación con dos camas adornadas con lazos de cintas de seda azul y blanco, como si fuera para la Inmaculada, de Quien, gracias a Dios, estas Hermanas, y creo que toda la Orden Franciscana, son tan devotas.

Por la mañana nos levantamos temprano y a las 5 y media salimos para Oporto en el tren. Durante la noche nos habíamos despedido ya, pero aún así la Madre Superiora se levantó por la mañana para darnos de nuevo otro abrazo.

— “No sé, pero tengo la impresión de que la Hermana no volverá por aquí”, me dijo la Madre. — “También así lo pienso yo”, respondí.

— La Madre Vigária es capaz de querer llevarla para Roma. Si fuera así, le ruego que pida una bendición para mí al Santo Padre.

— ¡Oh, no tengo yo esa suerte! ¡Quién me diera ver y hablar con el Santo Padre! Pero no creo, ¡mi suerte no es para este mundo!

Llegamos a Oporto hacia las 10 y media de la mañana. En la estación estaba el chófer del colegio con el coche para llevarnos, y llegamos a Sardão hacia las 11. El capellán, el señor padre Luís, estaba aguardando por nosotras para darnos la Sagrada Comunión. Terminada la acción de gracias, nos llevaron al refectorio para tomar un poco de café y enseguida subí la escalera para ir a saludar a las Reverendas Madres. Ellas estaban hablando en la sala de la recreación, me saludaron muy afectuosamente y la Reverenda Madre Vigária, después de los saludos, se levantó para llevarme a su despacho y ahí hablar privadamente conmigo.

A pesar de que su Reverencia era italiana y no sabía portugués, nos entendimos muy bien. Me habló de Nuestra Señora y de la Madre Monfalim y, al final de nuestra conversación, me preguntó si tenía algo que hubiera sido de la Madre Monfalim y que yo le pudiese dar como recuerdo. Como allí sólo tenía la imagen pequeñita de Nuestra Señora que la Madre Monfalim me había dejado en el momento de su muerte y que, desde entonces, llevaba siempre conmigo, me desprendí de ella y se la dí³⁴³.

Pasó el resto del día hablando con la Madre Asistente, que necesitaba algunos datos sobre las Apariciones para un libro que estaba escribiendo, y con la Madre Provincial. Nada le habían dicho sobre su futuro. Al día siguiente, encontrándose allí su Superiora de Tuy, habló largamente con ella mientras paseaban por el jardín y el pinar. También se encontró con gran contento con la que había sido su Madre Maestra, y los días iban pasando.

Rápidamente, las alumnas descubrieron quién era aquella Hermana nueva que había llegado y comenzó a ser esperada por todos los rincones de la casa. Unas pasaban la noticia a las otras y después venían las familias de éstas y de las Hermanas y cada una quería hacerles el favor de presentársela y pedía que les dijera algunas palabras. ¡Pobre pastorcita! ¡Allí se veía de nuevo asediada por las multitudes! ... A muchas de las peticiones daba una negativa, sobre todo cuando le pedían firmar autógrafos. Ella veía que no quedaban contentos, pero no podía ser de otra manera.

2. LÚCIA VISITA FÁTIMA

El día 19 por la tarde, siempre con poco tiempo por delante, la Madre Provincial le dio la noticia de que al día siguiente iría a Fátima con la Madre Vigária.

Y añadió que el Señor Obispo había pedido que el pasado día 13 yo hubiera estado allí, pero que eso no pareció prudente por la gran multitud de ese día. — “Y ahora no sé, Madre Provincial. Por allí creo que siempre hay mucha gente”, respondí, mientras trataba de ocultar la impresión que me estaba causando la idea de ir a encontrarme de nuevo en aquél lugar de donde me había despedido hacía 25 años. La Madre Provincial, quizás dándose cuenta, concluyó: — “El Señor Obispo pide que la Hermana vaya allí, la Madre Vigária quiere llevarla con ella, así que no tenemos más que pensar”. Claro que, si me hubieran cosultado, diría que prefería no ir, no porque eso no me agradara, sino para evitar inconvenientes. Ahora, desde que la obediencia manda, digo como la Madre Provincial: “No tengo más que pensar”³⁴⁴.

³⁴³ O Meu Caminho I pp.195-198.

³⁴⁴ Ibidem p.199.

Imaginemos lo que habrá sido aquella noche para la Hermana Dolores. De nuevo iba a pisar la tierra que la vió nacer y crecer, que fue testigo de tantas gracias recibidas en su infancia y de nuevo iba a visitar aquellos lugares santificados por la presencia de María y del Ángel. Precisamente el Señor Obispo quería que ella identificase los lugares de las Apariciones del Ángel. Al día siguiente, 20 de mayo, en compañía de la Madre Vigária, de la Madre Asistente y de la Madre Provincial, salieron en dirección a Fátima en el coche del colegio, pasando por Coimbra, donde almorzaron. De aquí partió sola hacia las 4 de la tarde, acompañada ahora por otra Madre de esta casa. Al pasar por Leiría, la pastorcita calló un deseo que invadió su corazón: ir al Palacio Episcopal para recibir la Bendición de su Guía espiritual ... pero nada dijo y dejó que el coche siguiera su camino.

La Hermana Lúcia nos narra la historia de su llegada a Fátima, descrita tal como la vivió:

— *Llegamos a Fátima hacia las 6 y media de la tarde. Caía una ligera llovizna. El coche nos llevó hasta la “Capelinha” de las Apariciones. Bajamos y dejando pasar a las Madres, mientras ellas entraban a rezar dentro, pude arrodillarme fuera, sola, en el lugar donde antes había estado la pequeña carrasca sobre la que Nuestra Señora puso Sus pies Inmaculados y la barandilla de 1921. Al arrodillarme ahí, después de tantos años, sentí una fuerte impresión, como si fuera un escalofrío, pero me conseguí dominar, sin que las Madres lo notasen. Después, me vino al espíritu el recuerdo de los sucesos ahí pasados y, cuando las Madres me tocaron en el hombro para irnos a casa, estaba completamente tranquila. Felizmente todo había sucedido entre mí y Dios sólo* ³⁴⁵.

Nada nos dice, pero en una visión rápida habría rememorado el camino recorrido, desde aquél lejano 15 de junio de 1921, y en su interior habría ofrecido todo ese derrotero de fidelidad al sí dado en aquél momento tan doloroso. Y, en el fondo de su corazón, habría sentido la mirada de la Madre, como sobre un lago sereno, diciéndole de nuevo: *Dios está contento* ³⁴⁶. Y ella no deseaba otra cosa.

Esperando que al día siguiente podrían visitar todos los lugares importantes de Fátima, las Madres decidieron volver a su casa y descansar. La Hermana Lúcia, en su calidad de Hermana Coadjutora, se reunió con las Hermanas de su condición, cenando con ellas y ayudándolas después en las tareas de arreglo y limpieza de la cocina. Aún antes de que se retiraran a descansar, recibió una llamada telefónica del señor Obispo de Leiría don José Alves Correia da Silva anunciándole que a la mañana siguiente iría a celebrar la Santa Misa en la Capilla de las Apariciones (la “Capelinha”) y quería que la Hermana Lúcia estuviese allí. Las Madres estuvieron de acuerdo y prometieron acompañarla. Pero los designios de Dios eran otros. Muy poco después recibieron de Lisboa una llamada telefónica avisando que debían ir muy temprano al aeropuerto para coger el vuelo que tenían contratado para viajar a Italia. Para ellas, Fátima quedaba para otra ocasión.

Acompañada de la Madre Brito, que había ido con ella desde Coimbra, a las 9 de la mañana fue a la “Capelinha” de las Apariciones y esperó la llegada del Señor Obispo, a quien saludó antes de la Misa. Pensó que era la primera vez y quizás la última en que ahí recibía la Sagrada Comunión. Sí, en este sitio nunca antes había sucedido eso.

— *El Señor Obispo me pidió que fuese a almorzar con Su Excelencia a la casa de retiros. La Madre Brito dijo que sí y fuí. En la mesa, como si aún estuviese en Formigueira, el Señor Obispo quiso que me sentase a su lado y servirme él. Al ver lo que yo tomaba, dijo: — “¡Oh, hija mía, si no come más que eso, entonces no llegará a oír cantar al cuco!”. A lo que respondí: — “¡El pájaro ya debe andar por ahí!”. Después me enseñaron la casa, la capilla, el salón del trono*

³⁴⁵ *Ibidem* p.200.

³⁴⁶ MHL I: 4ª M cap.2 n.7, p.180.

todavía decorado como lo habían hecho para el Excelentísimo Cardenal Legado. Ahí el Señor Obispo me hizo sentar en un sillón grande junto a él, como en tiempos pasados, y quedamos hablando privadamente sobre varios asuntos ³⁴⁷.

Con la Madre Brito regresó a la casa de las Hermanas Doroteas, para después, en un par de horas, comenzar la peregrinación guiada por la pastorcita, para el reconocimiento de los lugares de las apariciones. Dejemos a la Hermana Lúcia describir esa andadura:

— Como había ordenado el Señor Obispo, salí con la Madre Brito, el Dr. José Galamba y el Reverendo padre Carlos para ir al “Cabeço”, “Valinhos” y “Poço”. Les propuse que fuéramos por el páramo para no encontrarnos con gente. El Dr. Galamba preguntó si aún recordaba el camino, de modo que no me perdiera. Respondí que sí, y fuimos precisamente por los mismos caminos que hacía 29 años había recorrido con Jacinta y Francisco al ir hacia Cova de Iría. En el camino encontramos sólo una mujer con una niña que, por su estatura, me hizo recordar a Jacinta. Llevaban dos ovejas. El señor padre Carlos les sacó una fotografía. En ese momento no me reconocieron ni yo a ellas. Después llegué a saber que era Olimpia, una de las muchas amigas del tiempo de la infancia. Llegados a “Barreiro”, por un camino entre los arbustos subimos la cuesta de la colina, y me fui a sentar en las rocas donde hacía años había estado con las primeras compañeras del tiempo de pastora, y donde se manifestó la figura que no logramos definir. El Reverendo padre Carlos sacó una fotografía, y seguimos dando la vuelta al Monte, pasando un poco por debajo del molino de viento en dirección al “Loca”.

No sé si intencionadamente, quienes me acompañaban hicieron por quedarse atrás, sin casi yo darme cuenta. Cuando llegué al “Loca”, me encontré sola, y quedé contenta, subí al alto de la roca sobre la tierra, me arrodillé e inclinando la frente hasta el suelo recé las oraciones del Ángel. Así pude vencer a solas la primera impresión. Me levanté, di unos pasos hacia atrás y vi a las personas conversando con un grupo de Religiosas Dominicas. Les hice una señal y vinieron a estar conmigo, mostrándose sorprendidas cuando les dije que “Loca” era allí. Creo que ellas suponían que era otra más abajo que yo no llegué a ver. El Dr. Galamba verificó que aquella otra era más acorde con mis indicaciones. Las Religiosas Dominicas se unieron a nosotros, nos arrodillamos, rezamos las oraciones del Ángel y seguimos la jornada hacia los “Valinhos”. Atravesamos “Pregueira”, el olivar que era de mis padres y donde cada piedra me recordaba una conversación con Jacinta y Francisco. Cuando llegamos a los “Valinhos”, ya la noticia se había extendido y ahí nos esperaba un grupo de personas, entre ellas el tío Marto, el Reverendo padre De Marchi, que llevaba de la mano a dos de mis sobrinas pequeñas ³⁴⁸.

Al saludar al tío Marto, éste le dijo:

— ¡Qué hermosa mocetona estás hecha! Tú ¡sí que valió la pena que vinieras a este mundo! ¿Te acuerdas de mi Jacinta y de mi Francisco?

— Pero, tío, ¿cómo no me voy a acordar?

— ¡Si estuvieran vivos, ellos serían ahora como tu!

— ¡Oh, serían mejores que yo! En esta ocasión se equivocó Nuestro Señor: debería haber dejado aquí a uno de ellos y me dejó a mí ³⁴⁹.

Ahí rezamos el rosario y continuamos el camino hasta la casa que era de mis padres, para ir al “Poço”. Allí me arrodillé y recé con las personas que nos seguían. Quise beber un poco de agua, pedí permiso a la Madre: puse el cubo en el fondo, lo saqué con agua y, a la manera de los campesinos, cogí una hoja de col, la usé a modo de concha y bebí. Los demás siguieron mi

³⁴⁷ O Meu Caminho I p.202.

³⁴⁸ Ibidem pp.203-204.

³⁴⁹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

*ejemplo disfrutando de la frescura y del sabor de aquella agua. A la vuelta, mis hermanas quisieron ofrecernos un refrigerio, que la Madre Brito y los Padres aceptaron; para eso entramos en casa, y ¡qué impresión me hizo estar allí de nuevo! Prácticamente todo estaba idéntico. Hubiera querido estar sola y estaba rodeada de una multitud que llenaba todos los rincones. Fuera se apiñaban también. El Dr. Galamba desapareció, y enseguida llegó el Párroco de la feligresía con el coche para llevarnos, porque era ya difícil andar de otro modo. Bajé del coche unos momentos en casa del tío Marto, pero rápidamente se juntó una multitud*³⁵⁰.

Con la tía Olimpia, que estaba cocinando, se dio el siguiente diálogo:

— ¡Vaya, tía! ¿Ya no me conoce?

— ¡Ah, ¿de verdad eres tu Lúcia? Me habían dicho que tu andabas por ahí. Pero, como me han mentido tantas veces, ahora también no quise creer.

— ¡Pues soy! ¡Cierto como que ha muerto el mismo Tomás!

— ¿Quién es ése?

— ¡Es verdad! Es alguien a quien la tía no conoce ... En mis tiempos aquí estaba la bodega, ¿ahora aquí su es habitación?

— En la otra está mi João ¿Tu te acuerdas de mi Jacinta y de mi Francisco?

— ¡Pues claro que me acuerdo, sí! Y de los sermones que la tía nos echaba.

— Sí, pero su madre te sermoneaba más, era peor que yo.

— ¿Peor? Eso no: ¡mil veces mejor! ¿No conoce el refrán que dice: “Quién da el pan, da la educación”?

— Luego es ...³⁵¹

*Me despedí, abrazando a la tía Olimpia. Rodeada de gente, con dificultad logré entrar en el coche, y seguimos hacia la iglesia parroquial: una breve visita al Santísimo, a mi querida Nuestra Señora del Rosario, al cementerio donde están las tumbas de mis queridos padres, a Jacinta y a Francisco. Y fue necesario entrar en el coche y marchar porque la multitud ya se apiñaba*³⁵².

Había terminado la peregrinación guiada por la pastorcita, aquella a quien le fue entregado el Mensaje de Fátima, en la pequeñez evangélica de un grano de mostaza, pero que ahora era un árbol que extendía sus ramas por toda la tierra. Fue un día de intensas emociones reprimidas y guardadas a buen seguro en el cofre de su corazón, bien entrenado a guardar secretos. ¡Si ella hubiera podido hacer este recorrido a solas con Dios! ... ¡qué bien le habría sabido!, pero no fue posible. Ya de noche se recogieron en casa.

Poco después, de parte del Señor Obispo, vinieron a invitar a la Hermana Lúcia y a las Hermanas de la Comunidad para ir a la casa de retiros a ver una película de unas fiestas celebradas en el Santuario y poder tener en sus manos la magnífica corona de Nuestra Señora. Con ella fueron varias Hermanas, que volvieron a casa hacia las 11 de la noche y se retiraron a descansar. Nada nos dice la Hermana Lúcia, pero, con una gran fatiga por causas de las caminatas andadas y por las emociones sufridas, su espíritu debería estar lleno también de recuerdos guardados y que sólo con Dios y con la Madre podía expansionar. ¿Habría dormido poco? Ciertamente descansó la frente fatigada en el regazo de la Madre y a Ella habría abandonado todo en profunda gratitud por todo el bien recibido y ... durmió como un ángel.

Al día siguiente, 22 de mayo, participó en la Eucaristía en la capilla de la casa y durante la mañana recibió varias visitas autorizadas por el Señor Obispo. Por la tarde, volvió al Santuario

³⁵⁰ *O Meu Caminho* I pp.204-205.

³⁵¹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

³⁵² *O Meu Caminho* I p.205.

para despedirse, entrando en la Basílica, aún en construcción; visitó la casa de su hermana Gloria y, tras despedirse de la Comunidad de las Hermanas Doroteas de Fátima, y con la Madre Brito que la acompañaba, volvieron para el viaje de regreso, esta vez en el coche del Señor Gobernador Civil, que había solicitado ese honor a don José. En compañía de su esposa, los llevó hasta Leiría, dejándolas en el Palacio Episcopal. La renuncia al generoso ofrecimiento primero para el viaje a Fátima se vió ahora recompensada por voluntad expresa del Señor Obispo.

Después que hablaran un rato, la Hermana Lúcia con el Señor Obispo visitaron al Santísimo Sacramento en la capilla privada del Prelado y, tras saludar a algunas personas que estaban esperando en la calle, volvió en el coche del colegio de Sardão para pernoctar en Coimbra. Aquí pasó el día 23 y al atardecer, para facilitar la discreción, regresó a Oporto en compañía de otra Madre, a donde llegó ya de noche.

3. BENDICIENDO LAS MARAVILLAS DE DIOS

Como cierre de la descripción de este viaje-peregrinación nos queda lo que ella misma escribió como reflexión personal: — *Hice esta peregrinación cantando en lo más íntimo de mí, pero un himno de acción de gracias, y de nuevo comprobé una vez más que las multitudes corrían detrás de mí en la búsqueda de lo sobrenatural, que en el mundo no encuentran. Quiero, pues, que mi paso deje un rastro de luz para indicarles a ellos, por la fe, el camino del Cielo, el encuentro con Dios en la vida, en la realidad de ¡Su Ser Infinito, Inmenso, Eterno! Estoy segura de que ésta es la misión a la que Él quiso destinarme. Mirando al universo, siento como una responsabilidad de señalar a las almas la luz verdadera. “No se enciende una lámpara para ocultarla ... Así alumbra vuestra luz ...”. A través de ¡la oración, del silencio, del recogimiento, de la humildad, de la penitencia, del retiro y de la Caridad! Y esto es de lo que está falta el mundo. Y es en la virtud donde brilla la luz de lo sobrenatural, es ella la que muestra a Dios a las almas, como San Juan en el desierto señalando al Cordero de Dios: ¡lejos de las ambiciones de la tierra, de las codicias, y de los placeres! “Yo he venido al mundo, pero Yo no soy del mundo”. Porque ¡el mundo para mí es sólo el camino hacia Dios!*³⁵³

En la mañana del día siguiente, 24 de mayo, después de la Santa Misa, fue invitada por su Superiora de Tuy a dar un paseo por la finca. Enseguida se dio cuenta de que esta Madre tenía algo doloroso que comunicarle y notó que sufría hasta las lágrimas: ¡la Madre Vigária y la Madre Provincial han decidido que no vuelva a Tuy! Después de 21 años allá, tenía ya raíces profundas y amistades que le costaba dejar. Una vez más era la invitación del Señor a desprender el corazón y a mirar sólo hacia Él. Pero, una vez más, ella oró en su corazón sangrante: “*Es por Vuestro amor, Dios mío, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre, y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María*”³⁵⁴. Sobre todo le dolía ver un nuevo obstáculo para la realización de su sueño de entrar en el Carmelo, ahora que esperaban anunciar al

³⁵³ *Ibidem* p.207.

NOTA DEL TRADUCTOR : Esta sencilla “reflexión” apunta de modo práctico al núcleo teológico más profundo de las enseñanzas morales de la fe cristiana, compendiadas en la encíclica *Veritatis splendor* de JUAN PABLO II. Aquí se enseña cómo *por la senda de la vida moral está abierto a todos el camino de la salvación* (n.3); y en resumen: “El Evangelio es el que revela la verdad integral sobre el hombre y sobre su camino moral y, de esta manera, instruye y amonesta a los pecadores, y les anuncia la misericordia divina, que actúa incesantemente para preservarlos tanto de la desesperación de no poder conocer y observar plenamente la ley divina, cuanto de la presunción de poderse salvar sin mérito. Además, les recuerda la alegría del perdón, sólo el cual da la fuerza para reconocer una verdad liberadora en la ley divina, una gracia de esperanza, un camino de vida” (n.112).

³⁵⁴ MHL I: 2ª M cap.2 n.16, p.98.

Señor Obispo de Valladolid que ya se encontraba en buenas condiciones de salud. Se abandonó por completo en las manos de Dios y, como Nuestra Señora, decía en su corazón: “*He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra*” ³⁵⁵.

La Madre Maria do Carmo Cunha Matos, su Superiora en Tuy, lloraba inconsolable ante la perspectiva de tener que regresar a España sin ella, pues esperaba las reacciones de muchas personas, singularmente del Señor Cónsul, del Obispo de la diócesis y del personal de la frontera, donde ella era ya muy conocida y querida. Para que la transición fuera más suave, decidió decir que la Hermana Lúcia se quedaba en Portugal por algún tiempo para descansar y, mientras tanto, se irían acostumbrando a su ausencia.

Con el corazón inmerso en la tristeza, la Madre Cunha Matos volvió a Tuy, invirtiéndose ahora los papeles: unos pocos días antes era la Hermana Lúcia quien le escribía desde Tuy, llena de nostalgias, pidiendo que ella volviese. El Niño que hasta ahora había tenido añoranzas de la Superiora, ahora quedaba con nostalgias de su pastorcita, que quedaba allá en Portugal y no volvería más a España. Y la Superiora tuvo que ir dando excusas a unos y a otros que preguntaban por la Hermana Dolores: quedó allá un tiempo para descansar y cambiar de aires.

Del otro lado de acá, dando un salto en el trampolín del espíritu de fe, la Hermana Lúcia rezaba: — *Concédeme, oh buen Jesús, que, en todo y siempre, yo siga la senda de Tus pasos y la luz de Tus ejemplos. Ella será la estrella que brille delante de mí y, observando su rastro, seguiré el eco de Tu voz. Ayúdame a subir con paso firme la cuesta abrupta de la montaña que se yergue frente a mí. Que en todo Te dé gloria y, como Tú, pueda decir: “Las cosas, pues, que digo, las digo como mi Padre me las dice”* ³⁵⁶.

4. NUESTRA SEÑORA PEREGRINA DEL MUNDO

Mientras tanto Nuestra Señora de Fátima, ya bien conocida por todo el ancho mundo, comenzó a germinar en algunos corazones el deseo de llevar Su imagen a recorrer el mundo. Ella quería ser Peregrina, quería ir a visitar a todos sus hijos.

En el mes de septiembre de 1943, cuando el mundo gemía bajo el azote feroz de la guerra, el Consejo Nacional de la Juventud Católica Femenina, reunido en Fátima, solemnemente prometió organizar una Peregrinación Internacional de acción de gracias a Cova de Iría, una vez que cesara ese flagelo. Como mentor de esta promesa, estaba el corazón ardiente de doña Maria Teresa Pereira da Cunha. Ese mismo año un sacerdote belga comenzaba a sentir el deseo de peregrinar a Fátima con un grupo de exploradores, en cuanto terminase la guerra. Aún no veía claro cómo hacer, pero era una semilla que comenzaba a germinar. Era el padre Demoutiez, Oblato de María Inmaculada. Sin que se conocieran, estas dos almas estaban siendo elegidas para que se hermanaran en la misma aventura audaz y considerada temeraria por las autoridades de la Iglesia: promover la Peregrinación de Nuestra Señora de Fátima a través del mundo lacerado por la guerra.

En mayo de 1945 el flagelo de la guerra terminó. Y en abril del año siguiente, la Juventud Católica Femenina portuguesa fue invitada a participar en la reunión internacional de ese foro, en la ciudad de Gante. Ahí la representante rusa habló de Fátima con palabras encendidas y la joven que representaba a Portugal, agradeciendo esas palabras, aprovechó la ocasión para invitar a todas las jóvenes presentes a participar en la primera Peregrinación Internacional a Cova de Iría en mayo de 1947. Fue en esa hora cuando, por boca de la representante de Luxemburgo, el Espíritu Santo habló diciendo:

³⁵⁵ Lc 1,38.

³⁵⁶ *O Meu Caminho* I p.209.

— *Amigas, ¿y si una imagen de Nuestra Señora de Fátima saliese de Cova de Iría y fuese a llevar el mensaje de Paz a la martirizada Europa?* ³⁵⁷

En esas mismas fechas un párroco de Berlín escribió a Roma pidiendo que una imagen de Nuestra Señora de Fátima, saliendo de Cova de Iría, fuera a establecer lazos de hermandad entre las capitales de Europa. Era el Corazón de la Madre, con deseos de encontrarse y consolar a Sus hijos, Quien estaba dando a luz esos deseos en los corazones. A través de este y otros gestos ya acontecidos, se iban dando pasos bien concretos para el cumplimiento de la palabra de Nuestra Señora del día 13 de julio: “*Al final, mi Inmaculado Corazón triunfará*” ³⁵⁸.

María Teresa, como cariñosa y familiarmente le llamaba la Hermana Lúcia, estaba siendo fortalecida por la pastorcita que acariciaba esa idea con mucha alegría y por esa intención rezaba con mucho fervor. Hay muchas cartas que tratan de este asunto, y algunas veces recibió a María Teresa para ayudarla con sus consejos, fortaleciéndola en la absoluta confianza en la Divina Providencia en relación con los enormes costos del viaje.

A este respecto, cuando doña María Teresa presentó su audaz proyecto al Señor Obispo de Leiría, Su Excelencia Reverendísima replicó:

— *Esta peregrinación requiere enormes gastos. ¿De dónde va a sacar el dinero?*

Y ella, movida por el Espíritu Santo, respondió:

— *Señor Obispo, si Nuestra Señora quiere que se haga la Peregrinación, el dinero vendrá. Si no viene, será porque Ella no la quiere y, en ese caso, desistimos* ³⁵⁹.

Nuestra Señora bendijo la confianza ciega de esta intrépida y sacrificada apóstol. Ella sabía que las obras de Dios llevan siempre el sello de la cruz y contaba con ese sello para autenticar el origen de esta iniciativa. Se lanzó al camino con las manos vacías y, si es verdad que el dinero no sobró, también lo es que no faltó.

El otro brazo de esta empresa, el padre Demoutiez, también aparece con el sello de la cruz. Cuando pidió permiso a su Provincial para hacer la peregrinación a Fátima, como se dijo arriba, escuchó una negativa absoluta. Humildemente abandonó la idea en el Corazón de María. Y, cuando menos lo esperaba, fue el mismo Provincial quien, a petición de su Superior, le mandó que fuese a Fátima con el encargo de organizar una peregrinación de penitencia y oración entre Fátima y Maastricht, en Holanda. Este sacerdote escribió entonces a la Dirección Nacional de J. C. F. de Portugal pidiendo ayuda, petición que fue acogida como una luz del Cielo, pues era una puerta abierta para el proyecto en germen.

La imagen que salió en esta primera jornada era la que el señor Obispo don José había mandado hacer para reemplazar a la imagen de la “Capelinha” cuando ésta marchase de peregrinación. Había sido hecha con las indicaciones más precisas de la Hermana Lúcia. Pero su deseo era que la Imagen Peregrina representase la posición adoptada por Nuestra Señora cuando mostró a los pastorcitos su Corazón Inmaculado.

En una carta escrita a la Hermana Lúcia, María Teresa se lamentaba de que, en la entrega de la imagen y durante todo el tiempo de Peregrinación por España, Nuestra Señora estaría sólo en manos de ese sacerdote extranjero, pues ella y los otros miembros de la Comitiva no podían estar presentes. Para consolarla, con su visión magnánima la Hermana Lúcia le respondió que, sobre ese

³⁵⁷ M^a TERESA PEREIRA DA CUNHA, *Nossa Senhora de Fátima peregrina do Mundo. Através dos Continentes, a Caminho de Roma, dos Mares e dos Ares. Primeira jornada: Início da peregrinação na Europa*, Lisboa 1949.

³⁵⁸ MHL I: 4^a M cap.2 n.5, p.177.

³⁵⁹ M^a TERESA PEREIRA DA CUNHA, *Nossa Senhora de Fátima peregrina do Mundo. Através dos Continentes, a Caminho de Roma, dos Mares e dos Ares. Primeira jornada: Início da peregrinação na Europa*, Lisboa 1949.

aspecto, no se preocupase, porque para Nuestra Señora no hay extranjeros: todos son hijos. Y así la Señora de la encina fue acompañada por ese Paje por Ella misma elegido y enviado, el padre Demoutiez, que no sabía una palabra de portugués ni de español, pero hablaba la lengua de María, que es el Evangelio.

5. SONRISA DEL CIELO EN LA NOCHE DEL MUNDO

A pie, en coche, en avión o en barco, Nuestra Señora de Fátima fue allá, por este ancho mundo, convertida en Señora de los caminos, derramando en los corazones su amor maternal, su paz. Es delicioso leer el relato que la incansable Dama de compañía de la Señora Peregrina nos ha dejado de toda esa Peregrinación. ¡Cuánta alegría derramó Ella en los corazones, cuánta paz y cuánta Gracia! Cuántas ovejas descarriadas fueron conducidas de nuevo al Buen Pastor, sólo por encontrarse con la mirada dulce y maternal de aquella Imagen tan hermosa, aunque sea algo muy alejado de su realidad. Ella obedecía a la súplica del pueblo, que cantaban con toda el alma:

*O Senhora da azinheira
percorrei a terra inteira.
Segui os vossos caminhos,
percorrei a terra inteira.
O Mãe das nossas esperanças,
Senhora das pombas mansas,
Senhora dos Pastorinhos.*

*La Señora de la encina
recorre la tierra entera.
Vuestros caminos Ella sigue,
recorre la tierra entera
¡Oh, Madre de nuestras esperanzas,
Señora de las palomas mansas,
Señora de los pastorcitos ³⁶⁰.*

Detrás de esta Peregrinación y de todos sus frutos, estaba la oración y el sacrificio silencioso de la confidente de la Señora de Fátima, que en su ocultamiento, humildemente ocupada en aquello que la obediencia le pedía o mandaba, era la intercesión constante de unos brazos elevados ante Dios en favor de los hermanos. La comitiva que acompañaba a la Blanca Señora, sabía que podía contar con esa retaguardia prometida a Maria Teresa y muchas veces reiterada en las cartas que le escribía. ¡Cómo vibraba la Hermana Lúcia con las noticias que le llegaban de las tierras lejanas por donde marchaba la Peregrinación! Verdaderamente, la gloria de la pastorcita era la gloria que veía rendir a su Señora, la *Blanca Pastora de los nuevos tiempos* ³⁶¹.

Y un día, la Peregrina Celestial quiso visitar también a su pastorcita ya Carmelita. Fue el 12 de octubre de 1950 cuando la Imagen Peregrina entró en la clausura para quedar unas horas con las Carmelitas de Santa Teresa. Durante ese tiempo estuvieron siempre dos Hermanas rezando el rosario junto a la Imagen, relevándose cada hora. Volvió en 1954 y en esta ocasión quedó 24 horas, recibiendo el mismo cariño de toda la Comunidad.

Al final de la Peregrinación nacional, los miembros de la comitiva de la Blanca Señora quisieron regalar a la Hermana Lúcia las palomas que acompañaron la Imagen por montes y valles. Ella las aceptó con inmenso cariño y cuidó de ellas en el desván que fue hecho a propósito para acogerlas al fondo del jardín.

6. EN SARDÃO

Instalada en una habitación del piso superior, con un tragaluz al Cielo, a través de una claraboya, la Hermana Dolores siguió un régimen de mayor descanso, porque seguía teniendo

³⁶⁰ *Cantai ao Senhor*, 6ª edición: Lisboa 1972, Ed. Liga Intensificadora da Acção Missionária.

³⁶¹ Himno del Cincuentenario de las Apariciones.

algunas décimas de fiebre y se sentía un poco débil. Por eso, debía caminar por el jardín y por el bosque todo el tiempo que pudiese, ayudando algo en el ropero, pero en esta época sin tener responsabilidades. Este tiempo de paseo que, cuando lo hacía sola, aprovechaba para rezar el rosario y visitar las grutas del Sagrado Corazón de Jesús y de Nuestra Señora, muchas veces era sacrificado para recibir visitas que aparecían con permiso de las Superiores y que ella no podía eludir, y que no pocas veces fueron para ella una gran mortificación. Con los ojos puestos en Dios, iba ofreciendo silenciosamente esos pedazos de sí misma, que sacrificaba con amor, repitiendo cada vez con más fervor: “¡Oh Jesús, es por Vuestro Amor ...”³⁶²

Fuera donde fuese que viviera, ella tenía siempre los ojos puestos en Dios y en la Madre Celestial y los brazos levantados suplicando misericordia por los hermanos. Ahora estaba en una habitación sola. Era pobre, pero aquello le daba más privacidad y para ella eso era un tesoro. Al estar convaleciente, tenía más tiempo libre para visitar al Santísimo. Pero no tenía tanta facilidad para obtener permiso para hacer la Hora Santa, los jueves. Las Superiores pensaban que necesitaba descansar y en ese momento no veían oportuno que la hiciese.

Sin embargo, un día pudo hacerla sin tener permiso y sin faltar a la obediencia: fue a pedir permiso a la Madre Provincial para hacer la Hora Santa esa noche. La Madre le dijo que sólo podía hacer una visita al Santísimo y enseguida ir a descansar. Lo agradeció y obedeció. Cuando entró en la capilla, de donde salía la Superiora de la casa, con ella se coló un gato para adentro. La Madre recomendó a la Hermana Dolores que no dejase al gato estar allí. Así pues, la Hermana Dolores se ocupó de hacer compañía a su Señor mientras el gato se quedó por allí deambulando. Sólo hacia la medianoche el animal se decidió a salir. Entonces la Hermana Dolores cerró la puerta y fue a llevar la llave a la Madre Provincial, que muy sorprendida le preguntó:

— ¡Vaya, cómo es que la Hermana viene a esta hora!

— Sí. Fui a hacer la visita, como me dijo. Pero cuando llegué a la capilla, la Madre Superiora me ordenó que no dejase estar allí un gato que había entrado en la capilla. Y éste sólo acaba de salir ahora³⁶³.

La Madre Provincial sonrió y la pastorcita se fue también sonriendo.

7. EL CARMELO EN EL HORIZONTE

A finales de julio de 1946 recibió la visita de una gran amiga, la señora doña Olimpia Pereira Coutinho. Esta señora ofreció a la Hermana Dolores la posibilidad de ir a Roma, pagándole el viaje y a otra Hermana que fuese designada para acompañarla, si le diesen permiso para eso. Quedó con el corazón en fiesta. Ir a Roma, poder ver al Santo Padre y ¡poder hablarle! En un primer momento el permiso le fue concedido, pero un tiempo después se le denegó. Se le dijo que no debía ir por ser Hermana Coadjutora, pero la razón verdadera le fue revelada por una Hermana enferma, que ella llevó en silla de ruedas a pasear por el jardín: — *Me dijo que las Madres no me dejaban ir a Roma porque sospechaban que quería pedir permiso al Santo Padre para trasladar[me] al Carmelo. Guardé silencio, pero en realidad ellas no se equivocaban*³⁶⁴.

¡Oh, el Carmelo! Cada vez gritaba más alto el deseo de verse apartada de tantas relaciones, de las cuales no podía huir. A medida que las apariciones de Fátima se hacían más conocidas, había más ojos queriéndola ver y no faltaban los amigos de los amigos para conseguir la oportunidad de hacerlo. No era insatisfacción con la espiritualidad del Instituto, en el que se

³⁶² MHL I; 4ª M cap.2 n.5, p.176.

³⁶³ Relato oral de la Hermana Lúcia.

³⁶⁴ *O Meu Caminho* I p.219.

había consagrado al Señor y que ella amaba mucho, ni mucho menos con las Hermanas con quienes convivía, sino una exigencia vocacional que fue constante en su vida, desde el día de su despedida de Fátima, aquél 15 de junio de 1921, ya lejano en el tiempo, pero tan próximo en el corazón. Posiblemente ese deseo se había ido convirtiendo en menos imperioso mientras en el ambiente a su alrededor estaba menos expuesta. Pero, a pesar de los esfuerzos de sus Superiores para protegerla, en cualquier lugar donde se encontrase ella era buscada y no había más remedio que satisfacer los deseos ajenos. ¡Dios sabe cuántos momentos amargos habrán pasado las Superiores al intentar sustraerla de las visitas solicitadas!

Estando en España, la pastorcita había visto las puertas casi abiertas y el Señor Obispo de Valladolid estaba muy interesado en ayudarla, pero ahora se sentía más sola. Recibió algunas visitas del Obispo de Gurza y a él abrió su corazón, sintiéndose comprendida. Su Excelencia Reverendísima era de la opinión de que ella debía trasladarse a un Carmelo. Pero ¿cómo? Tenía alguna esperanza en el viaje a Roma, pero también esa puerta fue cerrada. A pesar de caminar ella en la noche y casi sola, no se desanimó y Nuestra Señora le iba a abrir el camino inesperadamente.

El 6 de febrero de 1947, con la recomendación del Señor Obispo de Leiría dos sacerdotes dominicos fueron a hablar con la Hermana Dolores. Uno de ellos era el padre McGlynum que quería información precisa para hacer una imagen del Corazón Inmaculado de María. Durante tres días, en compañía de alguna Madre, la Hermana Dolores estuvo dando indicaciones para hacer un boceto que serviría de modelo para la imagen. Como surgieron algunos asuntos que debían atender, las Madres designadas para acompañarla la dejaban sola durante algunos espacios de tiempo. En una de estas ocasiones, el padre McGlynum dijo que marchaba después a Roma e iba a tener una audiencia con el Santo Padre. A la pastorcita le saltó el corazón y exclamó:

— ¡Qué suerte!

Entonces el padre preguntó:

— ¿Por qué? ¿Le gustaría a la Hermana hablar con el Santo Padre?

A lo que la pastorcita respondió:

— ¡Caro que me gustaría! Pero eso no es para mí, ¡no tengo esa suerte!³⁶⁵

Enseguida, el sacerdote se ofreció para todo lo que ella quisiera.

Reflexionando en su corazón, le pareció que Dios le deparaba una oportunidad única y por causa de Nuestra Señora era como esa puerta se abría. No era contra la obediencia eso que ella hacía, pues no puede haber restricciones para nadie en relación a comunicarse con el Papa: él es el Padre. Disimulando como pudo su emoción, preguntó:

— Si yo le entrego una carta cerrada para el Santo Padre, ¿Vuestra Reverencia la entregará personalmente sin que nadie más lo sepa?³⁶⁶

Habiendo recibido una respuesta afirmativa con la garantía de confidencialidad absoluta, la Hermana Lúcia salió y fue a la capilla a rezar. Era siempre junto al Sagrario donde recibía la luz necesaria para los momentos decisivos. Dejémosla describir ese momento:

— Me retiré y fui a la Capilla del Aula externa, donde el Señor se encontraba más solo. Me arrodillé muy cerca del sagrario, pidiendo luz al Señor: “¿Será éste el camino por donde queréis que vaya, la puerta abierta por donde debo entrar? Si intento arreglar las cosas por medio de las Superiores, ¡nunca lo conseguiré! Si el Santo Padre me dijese que sí, nadie se atreverá a decir que no. Si el Santo Padre me dice que no, es porque ésa es la Voluntad de Dios, no pensaré más en tal cosa. Si el Santo Padre no me hace caso y no me responde, que quizás será lo más probable, intentaré entonces arreglar las cosas a través de las Superiores”. Me parece que

³⁶⁵ Ibidem p.220.

³⁶⁶ Ibidem.

sentí la luz de Dios. Subí la escalera, entré en mi habitación y escribí. No guardé copia para no exponerme a que fuese encontrada y que por ahí se viniese a saber lo que acababa de hacer. Al día siguiente, un poco antes de la despedida, entregué la carta al Reverendo padre McGlynum pidiendo una vez más el más absoluto secreto. — “Quede enteramente tranquila, Hermana, que nadie más lo sabrá” ³⁶⁷.

El 19 de abril siguiente quedó sorprendida por una propuesta del Señor Obispo de Leiría. Él, que siempre se había mostrado tan contrario a su traslado a un Carmelo, ahora le propuso ir una temporada, como prueba, al Carmelo de Fátima y, si ahí no se sentía a gusto, volvería al Instituto. La Hermana Dolores pensó que no lo consentirían, pero dió libertad al Señor Obispo para hablar con la Superiora, que rechazó esa solución. Y concluyó:

— Yo tampoco quería ir a Fátima, porque me parecía que ahí el Convento iba a ser perturbado por mi causa, pero no me atrevía a decirlo al Señor Obispo ³⁶⁸.

Dos días más tarde, fue llamada al Palacio Episcopal de Oporto y fue acompañada por la Madre Provincial. El Señor Obispo habló primero con la Madre y, enseguida, habló a solas con la Hermana Dolores, a quien comunicó que había recibido una carta del Santo Padre, en respuesta a la que ella había escrito a Su Santidad, ordenando que le facilitasen su entrada en el Carmelo. El Señor Obispo me mandó que lo pensara, durante ocho días, y después dar una respuesta. La Hermana Dolores respondió que pensaba que no era necesario pensar más, pues la decisión estaba tomada, pero el Señor Obispo exigió que lo pensara mejor.

La Hermana Lúcia nos describe la escena siguiente: — *El Señor Obispo mandó entrar de nuevo a la Madre Provincial, que se mostró muy afligida. Su Excelencia procuró animarla y que encarase las cosas como un signo de la Voluntad de Dios, estando dispuesta generosamente a aceptar lo que al final resultase. El Señor Obispo nos dio la bendición y, tras besar el Sagrado Anillo, nos despedimos. En el coche, hasta casa, la Madre Provincial lloró todo el tiempo; a mí, se me partía el corazón, quería consolarla y no podía, porque la única cosa que la podía consolar era que yo le dijese que desistía de la idea de ir al Carmelo, y yo no podía decir eso, porque sentía que era otra la Voluntad de Dios* ³⁶⁹.

Comenzó un tiempo que ella designa como de doloroso calvario. Pasaron por Sardão varias personas influyentes con la intención de removerla de su decisión, entre ellas una Madre con la que tenía una gran amistad, la Madre Maria José Martins. Con ella, paseando por el jardín, todos los días, la conversación iba sobre ese asunto, mostrando cuánto sufrimiento causaba, pero la Hermana Lúcia, aunque su corazón sangraba, no cambiaba su decisión y respondía: — *No es que yo piense que voy a encontrar en el Carmelo un camino de rosas. No, pienso incluso que, si alguna he de coger, será entre espinas quizá más punzantes ... Sí, pero lo que intento encontrar en el Carmelo y que aquí no tengo, ni puedo tener, son los muros de la clausura, que me protegen de la riada demasiado numerosa de visitas curiosas e indiscretas, a fin de conseguir una vida de recogimiento y de intimidad con el Señor más intensa, y espero que Él me dé esta gracia* ³⁷⁰.

8. UNA SEÑAL DEL CIELO

Y apareció entonces el padre Guerra S. J. pidiendo que le hiciera un esbozo de normas para una posible fundación misionera. Aunque sintiéndose sin capacidad para eso, obedeció la orden de la Superiora y, haciéndolo lo mejor que pudo, lo entregó. Aquél, al ver lo escrito, le pidió

³⁶⁷ *Ibidem* pp.220-221.

³⁶⁸ *Ibidem* p.254.

³⁶⁹ *Ibidem* p.225.

³⁷⁰ *Ibidem* p.237.

que fuese para allá por un tiempo, para guiar los primeros pasos de las candidatas. Ella no aceptó, diciendo que marchaba para el Carmelo.

A principios de mayo, recibió el bálsamo de la visita del Señor Obispo de Gurza, que la animó a seguir adelante y, el 12 de mayo, habló con el Señor Obispo de Oporto, confesándole su decisión de entrar en un Carmelo y cuanto antes. El Señor Obispo, con quien había hablado el padre Guerra, le dijo que bien podría ir un tiempo al nuevo Instituto, porque el permiso no tenía fechas y después ir al Carmelo. Pero la pastorcita se mantuvo firme y no cedió a esa iniciativa.

La fila de visitas continuó y aumentó cuando la Madre Provincial regresó de Roma, donde tenían la sospecha de que la Hermana Dolores había ido allí de incógnito. Interrogada sobre eso, pidió que preguntasen a las Hermanas si habían notado esa ausencia. Comenzó a saberse que ella quería ir al Carmelo y llegaron invitaciones para entrar en otras Órdenes Contemplativas. Todo le hacía los días doblemente amargos: porque le costaba ver sufrir y porque también a ella le costaba dejar su cuna de la Vida Religiosa, pues no en vano ahí había vivido los años más lozanos de su juventud y ahí había consagrado su corazón al Señor para siempre.

Siguió el recurso de fuerza también de la palabra de algunos Obispos que la visitaban. Veamos cómo ella lo describe: — *Recurrieron también a la intercesión de algunos Prelados que ejercieron su influencia, cada uno a su manera, como fueron el señor Arzobispo de Évora don Manuel Mendes da Conceição, el señor Arzobispo de Mitilene don Manuel da Trindade Salgueiro, el Señor Obispo de Leiría, que se volvió atrás con unas palabras de apoyo, y el Señor Obispo de Oporto, quien me dijo que el permiso enviado por el Santo Padre no era válido, que había que pedir otro a la Sagrada Congregación, etcétera. Pero, en medio de todo, yo sentía la gracia de Dios dándome fuerza y tenía la confianza de que llegaría al final* ³⁷¹.

Día 12 de agosto de 1947. Nueva entrevista con el señor Obispo de Oporto don Agustín. Preguntó a la Hermana Dolores a qué Carmelo quería ir. Ella sugirió el de Viana do Castelo, por estar más retirado. Incluso dijo que la Priora de allí era conocida suya. Pero el Prelado quería que ella quedase en Oporto y para eso consideraba que era prudente esperar a que la Comunidad se normalizase, ya que aún era una fundación reciente y debía renovar y fortalecer los elementos comunitarios. La Hermana Dolores asintió a la propuesta, incluso porque la Priora de Oporto también era conocida suya. Sólo quería que se resolvieran las cosas con rapidez. Así pues, el Señor Obispo dijo de nuevo que el permiso que tenía no era suficiente.

Esa afirmación, de que la carta del Santo Padre no era válida para su traslado a un Carmelo, suscitó en la Hermana Dolores un seria pregunta ... llegó la duda y de nuevo pidió una señal que la orientase en medio de esa noche: — *Me dirigí al Sagrario pidiendo luz y fuerza: “Conozco, ¡oh mi buen Jesús!, que no debemos abusar de Tu bondad pidiendo señales. Pero no tomes a mal que, en las circunstancias en que me encuentro, Te pida una. Sabéis que la Madre Provincial me tiene prohibido que me manden a hablar con persona alguna de fuera; pues bien, si hasta el día 15, fiesta de la Asunción de Nuestra querida Madre del Cielo, viene aquí un Sacerdote Carmelita y me mandasen que hable con él, tomaré eso como señal segura de que Vos queréis que vaya para el Carmelo. Si esto no sucediera, entonces no sé, tal vez desista por complacer a mis Superiores, ¡no sé! ¡Dame luz y fuerza!”* ³⁷²

La respuesta del Cielo no se hizo esperar. Al día siguiente, 13 de agosto, a media mañana llamaron a la Hermana Dolores a la sala de visitas, donde estaba el confesor del Colegio, el padre Umberto Maria Pasquale S. D. B., acompañado por dos sacerdotes carmelitas que querían hablar con ella. Éstos eran: el padre Isidoro de la Virgen del Carmen, que era Vicario Provincial a la vista

³⁷¹ *Ibidem* pp.238-239.

³⁷² *Ibidem* p.240.

de que el Carmelo portugués estaba renunciando al amparo de la Provincia de San Joaquín, de Navarra, y el padre Gonzalo de la Virgen del Carmen, ambos españoles.

¡Ella no podía creer lo que veía! ... El padre Umberto Pasquale, que había aceptado el cargo de confesor del Colegio con la condición de poder visitar y hablar con la Hermana Lúcia cuando quisiera, presentó a los dos sacerdotes amigos suyos y los dejó hablando con ella mientras él iba a atender su ministerio. Con los dos carmelitas, la Hermana Dolores habló de varios asuntos y, sin revelar nada de sus deseos, preguntó por la situación de los Carmelos. El padre Isidoro respondió detalladamente. Le dio su dirección y se ofreció para lo que ella necesitase. ¿Conocía él los deseos de la pastorcita? Es posible que sí, porque se había hablado ya bastante del asunto. Pero él nada traslució en la conversación.

Despedidas las visitas, la pastorcita fue a agradecer a Quién le respondió así con tanta claridad: — *Me dirigí a la Capilla para agradecer a Nuestro Señor una respuesta tan rápida y expresa que, en esta ocasión y circunstancias, significaba para mí casi un milagro: “¡Ya no habrá nada que me haga desistir, oh no! Ahora tengo la certeza de que ésta es Vuestra Voluntad, mi buen Jesús. ¡Muchas gracias!”*³⁷³

Confiada en la protección del Corazón Inmaculado de María, esperó la hora de Dios en paz. Estaba en la cruz, pero estaba en paz, porque buscaba en verdad la Voluntad de Dios. Y fue en este clima de paz como participó en el retiro anual comunitario desde el 30 de agosto al 8 de septiembre, durante el que hizo su confesión general, por tercera vez, rubricando la paz que le había dejado en el corazón.

9. LA ELECCIÓN DEL CARMELO EN DONDE ENTRAR

Unos días más tarde, recibió la visita de su gran amigo el Señor Obispo de Leiría. Pero en esta ocasión la dejó hecha un mar de lágrimas, después del siguiente diálogo:

— *Es preciso desistir de esas ideas de trasladar[se] al Carmelo: déjese estar donde está, que está bien.*

Al oír esto, las lágrimas corrían por mis mejillas y respondí:

— *Ahora ya no puedo desistir.*

— *¿Cómo que no? ¿No le dijo Nuestra Señora que siguiera el camino que yo le indicase?*

— *Sí, pero ahora el Santo Padre ha aprobado que vaya, y creo que debo ir.*

— *Pues, si es así, no piense en el Carmelo de Fátima, que yo ahí no la admito.*

— *No importa, yo tampoco quiero ir allí, quedaría muy expuesta y el monasterio estaría muy perturbado por mi causa. Prefiero ir a uno que quede más lejos*³⁷⁴.

Después de esta visita quedó inmersa en un gran sufrimiento. Su corazón, acostumbrado ya a mucho sufrimiento, aún no había conocido éste. Hacia el Señor Obispo de Leiría tenía una veneración filial y se sentía querida y comprendida por él, habiendo encontrado siempre en él el consejo sabio y paternal, para los rincones oscuros de su camino, y un apoyo inigualable. Ese día se sintió rechazada:

— *Me recordó a los padres que rechazan a las hijas cuando ellas se portan mal o se obstinan en querer dar pasos en falso. Me hizo llorar durante varios días y noches, pero también me hizo bien, porque me desprendió mucho de las criaturas. Es en el Sagrario donde yo encuentro siempre consuelo. ¡Oh, mi Buen Jesús, aún tenías reservado en el fondo del cáliz algo más para mí, esta gota amarga! Por Tí ¡quiero saborear toda la amargura! Y confío mientras voy*

³⁷³ Ibidem p.241.

³⁷⁴ Ibidem pp.250-251.

repitiendo con el Salmista: “Clamaron los justos y el Señor los escuchó y los libró de todas sus angustias. Cerca está el Señor de todos los que tienen el Corazón afligido y de los pobres de espíritu. Él los salvará” (Salmo 33, 18-19) ³⁷⁵.

Una semana después fue llamada al Palacio Episcopal de Oporto, acompañada de una Madre. El Señor Obispo le preguntó si no había cambiado de ideas. Respondió que pensaba y deseaba lo mismo y pidió permiso para tratar directamente con la Priora del Carmelo, para acabar con todo aquél sufrimiento para ella y para la Comunidad. Nuevamente escuchó que era preciso esperar la autorización de la Sagrada Congregación para los Religiosos, porque no era suficiente la carta del Santo Padre. Esta respuesta la dejó muy intrigada y, viendo que este asunto se prolongaba interminablemente y a su vez el ambiente era cada vez más tenso, decidió escribir de nuevo al Santo Padre y, esta vez, fue por el correo ordinario, pidiendo al Capellán el favor de que le enviara la carta, lo que éste hizo con religioso sigilo.

Era finales de octubre de 1947. En enero del año siguiente, durante la visita canónica a la Comunidad, habló nuevamente con el Señor Obispo de Oporto, que le dijo una vez más que era necesario esperar y él aún no había entregado a la Priora del Carmelo la carta que en octubre había mandado escribir a la Hermana Dolores, pidiendo su admisión en el Monasterio.

Anclada en la oración, de donde iba a sacar fuerza para mantenerse serena en medio de la tempestad, continuaba su vida normal, cumpliendo sus deberes como si nada hubiera pasado y atenta a quienes necesitaban ayuda a su lado. Un día, durante la recreación, vió que una postulante estaba muy llorosa, pues quería permanecer en el Instituto, pero estando muy débil de salud veía como seguro que la iban a despedir. La Hermana Lúcia se acercó a ella y la consoló, exhortándola a la confianza. Después la invitó a hacer con ella una novena a Nuestra Señora, acordando que las dos quedarían para eso en la capilla, al terminar la visita al Santísimo Sacramento. Una Hermana que presenció la escena quedó muy admirada y edificada y fue a decir a la Superiora que, al final, a la Hermana Dolores le gustaba el Instituto, pues se había ofrecido a ayudar a la Postulante a pedir la gracia de la perseverancia. Y la Postulante recuperó su salud y perseveró.

Cómo actividad del Colegio de Sardão, se había organizado una exposición que duró varios días. Hubo mucho movimiento y por eso más trabajo. Como es habitual, cuando llegan huéspedes a alojarse y las instalaciones no son suficientes, ¿quién de la casa es quien cede su lugar para que vengan los de fuera? Así sucedió aquí, y le fue pedido a la Hermana Dolores que cediera su habitación. Ella se instaló en cuartito donde solían guardarse las escobas y los cubos de basura. Ese cuarto tenía una ventana que, a modo de puerta, abría al tejado y, como esa ventana rara vez se utilizaba, era difícil de cerrar.

Sucedió que una de esas noches hubo tormenta, había corrientes de aire y entró la lluvia. Ella se arrimó a una esquina para estar más protegida, pero contrajo una fuerte gripe, con mucha fiebre y ronquera. Al mismo tiempo, con la garganta inflamada, comenzó a tener también fuertes dolores de muelas. Cuando descendió la fiebre, fue al dentista. La sentencia del doctor Alcino Magalhães fue fatal: tenía que extraerle todos los dientes y poner una prótesis de dentadura postiza. El médico se ofreció a hacer gratis todo el tratamiento. Y así le fue sacando los dientes. Volvería tres días después para continuar la limpieza de la boca.

El 29 de febrero de 1948 llegaba a Leixões la Imagen Peregrina de Nuestra Señora de Fátima, de vuelta de su primer viaje por el mundo y en Su regazo materno traía para Su pastorcita la respuesta deseada. El señor Obispo don José Alves Correia da Silva viajó a Oporto para esperar la Imagen. Pasó por Sardão para hablar con su “Pupila”, a quien había dejado herida la última vez. Se informó de si todavía seguía pensando lo mismo y, ante la respuesta afirmativa y de que ella

³⁷⁵ *Ibidem* p.242.

había escrito ya a la Priora de Oporto, le dijo que, si habría de ser, que fuera para el Carmelo de Fátima. Con humildad, pero con firmeza, la Hermana Dolores respondió:

— *Señor Obispo, yo nunca pensé en ir a Fátima y menos desde que Vuestra Excelencia me dijo, en la última visita, que allí no me admitía.*

— *¡Ah, bueno! Eso no quiere decir nada. Si va a ser, vaya para allá.*

— *Eso no lo sé, don Agustín quiere que me quede aquí en el Carmelo de Oporto y a mí también me parece mejor* ³⁷⁶.

El Señor Obispo se despidió diciendo que se iba a reunir con don Agustín y que ellos resolvían. Le preguntó aún si tenía dote. Ella contaba con la herencia de los padres, que podía vender o conservar, y dejaba eso a la decisión de las Superioras. En esa época se pedía una dote a las candidatas, aunque esto no era un asunto rígido. Había benefactores que destinaban donaciones para alguna candidata que no pudiese llevar dote. Hoy no se exige dote ninguna. El Señor Obispo remató la conversación diciendo que, si tuviese que vender, él lo compraría para el Santuario. Y, a continuación, se fue a acompañar a Nuestra Señora.

Lúcia quedó entregada a sus deberes y confiada en la protección maternal de la Madre. No fue a Leixões a esperar la Imagen que regresaba de su primer viaje, pero desde su ocultamiento la saludó con todo el afecto de su corazón filial. Unos pocos días más tarde, supo que fue por Ella como el Santo Padre le envió la respuesta con el permiso definitivo para seguir el camino que por tanto tiempo ella había deseado.

El 5 de marzo, al volver de la extracción de dientes, fue informada de que la habían llamado del Palacio Episcopal. Salió de inmediato y esta vez el Señor Obispo no estaba contento con ella. Dejemos que la Hermana Lúcia nos cuente cómo fue la reunión:

Apenas llegué, el Señor Obispo me recibió en la sala y me dijo:

— *¡Es para regañarla! ¡Así que ha escrito otra vez a Roma!*

— *Escribí, sí, porque Vuestra Excelencia me dijo que era necesario otro permiso que nunca más llegaba aquí.*

— *Está bien. Ha sido Nuestra Señora quien le ha traído la respuesta a su paso por Oporto. Ha escrito Mons. Montini para decir que el Santo Padre manda que le facilite su traslado al Carmelo. Pero no será al Carmelo de Oporto como yo quería, ni al de Fátima como quería el Señor Obispo de Leiría, irá al Carmelo de Coimbra. Me parece que ha sido Nuestra Señora quien ha preparado las cosas. Como sabe, el Señor Obispo de Leiría vino aquí a esperar la Imagen de Nuestra Señora el 29 del mes pasado, y yo fui a acompañarla a Fátima. Al pasar por Coimbra, como el Señor Obispo está enfermo, paramos y le llevamos la Imagen a su habitación. Se habló casualmente de su traslado al Carmelo. Entonces el señor Obispo don António pidió que la Hermana fuese a Coimbra. Como él está muy enfermo, quisimos complacerle y así la Hermana queda en medio, entre Fátima y Oporto. ¿Le parece bien?*

— *Sí, Señor Obispo, yo hago lo que Vuestras Excelencias manden. En Coimbra no conozco a nadie ni nunca había pensado en ese Monasterio, pero allí tendré también un Sagrario, y eso basta. Lo que sucede es que ahora no puedo ir ya. Por un resfriado me ha sobrevenido una infección en la boca y el médico me dice que tiene que sacarme todos los dientes. Ya me ha sacado algunos, pero aún me faltan bastantes. Tengo que terminar el tratamiento antes de entrar. Mientras tanto podemos tratar con el Carmelo y conseguir las cosas que es preciso llevar.*

— *Está bien. Yo aún tengo aquí la carta que la Hermana escribió a la Madre Priora de Oporto. Esta misma sirve para la de Coimbra. Voy a enviarla al Señor Obispo para que la entregue y esperamos la respuesta.*

³⁷⁶ Ibidem p.249.

Me despedí, besando el Sagrado Anillo de Su Excelencia, que me bendijo, y regresé a casa acompañada por la Maestra General, la Madre Pignatelli ³⁷⁷.

Así, en dos pinceladas, quedó trazado el rumbo a seguir. Pero, una vez más, ella iba a entrar en lo desconocido. Como a Abraham, se le había dicho por boca de su Obispo: “*Sal de tu tierra y marcha a la Tierra que yo te indicaré*” ³⁷⁸. Y la pastorcita renovaba una vez más su sí del día 13 de mayo de 1917 y consentía en transitar ese camino nuevo. En los otros Carmelos: Viana do Castelo, Oporto y Fátima, había cierto atractivo porque conocía a algunas personas o eran gentes de su tierra. En cambio, Coimbra no le decía nada: era lo desconocido. Su consuelo estaba en la certeza de que *allí tendré también un Sagrario, y eso basta*. El Sagrario, su Jesús Escondido, era su refugio y su refrigerio para sus horas difíciles, para sus noches oscuras. ¡Le podía faltar todo el mundo!, pero ella sabía que *quien a Dios tiene, nada le falta, ¡porque sólo Dios basta!* ³⁷⁹

Sin nerviosismo ni exultaciones, vivió silenciosamente su secreto, sin poner la noticia al sol, pero sabiendo que ésta se iba difundiendo como una mancha de aceite, sobre todo en los medios más familiares, con la ventaja entonces de que en ese tiempo el uso del teléfono aún no se había generalizado; por ese medio las noticias corrían. Pero la pastorcita, toda de Dios, *se entrega a Su Santísima Voluntad, vivía en su interior, sin hacer caso de lo que pasaba por fuera* ³⁸⁰. Como en una fortaleza, sin derramarse en desahogos estériles, sólo anclada en su Señor, se refugiaba en el Inmaculado Corazón de la Madre, con la certeza de la promesa escuchada 31 años atrás y cuyas palabras estaban grabadas en su corazón más que en la memoria: “*¡Yo nunca te dejaré! Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios*” ³⁸¹.

Cuando pudo, dio la noticia sólo al Capellán y al confesor, que le aconsejaron terminar el tratamiento de la boca antes de entrar en el Carmelo. La ley de la clausura era entonces mucho más exigente en asunto de salidas, incluso para el cuidado de la salud, pues era necesario pedir permiso a la Santa Sede a través de la Nunciatura Apostólica. Por tanto, era conveniente que el tratamiento se hubiera completado antes del ingreso en la nueva vida. Pero los caminos de Dios no son los nuestros ... nosotros sólo vemos el revés de la primorosa obra que Dios realiza en la tela de nuestra vida y los inmensos noes que nosotros damos u otros dan, y las líneas que se van cruzando por nuestro lado. Pero Dios va tejiendo una maravillosa obra, que sólo veremos cuando caiga nuestro telar humano y quede en manos de Dios esa obra ¡que es de Él! Entonces diremos: ¡¡¡Qué maravilla !!! Pero mientras tanto ... la cruz va arando nuestra tierra.

10. DEJA Y SÍGUEME - CUARTA VEZ

El lunes de la Semana Santa, 22 de marzo, día oficial de su cumpleaños, la Hermana Lúcia iba a recibir un regalo desde hacía mucho tiempo deseado, pero envuelto en el sufrimiento. Como Cristo, hacía mucho tiempo que deseaba comer Aquella Pascua con Sus discípulos ³⁸² y ésa llegaba envuelta en el dolor supremo de Su Pasión; así también ese gran anhelo de la Hermana Lúcia tenía que llevar el sello de la cruz. Iba a seguir el camino deseado desde la infancia, pero debía seguirlo sin gusto ninguno, ofreciendo al Señor *el consuelo de no tener ningún consuelo* ³⁸³.

³⁷⁷ *Ibidem* pp.250-251.

³⁷⁸ Gn 12,1.

³⁷⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Poesía* 7.

³⁸⁰ L. PERROY, *Subida ao Calvário*, 2ª edición: Rio de Janeiro 1939, Parte I cap.5, p.30 [cf. *La subida al Calvario. Versión española por F. GONZÁLEZ QUINTANA*, Barcelona 1941, 2ª edición]

³⁸¹ MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

³⁸² Lc 22,15.

³⁸³ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Obras Completas: Manuscrito B*.

Dios no pide mucho ni poco. Dios pide TODO, aunque sólo sean unas pobres redes, como a los primeros Apóstoles. Quiere encontrar adhesión inmediata y sin condiciones a Su invitación de amor, sin mirar hacia atrás ni hacer cálculos, y *quien mucho Lo ama, verá que puede padecer mucho por Él* ³⁸⁴. La pastorcita continuaba diciendo sí a todas las sorpresas ásperas de la vida, con un amor cada vez mayor, renovando su entrega del 13 de mayo de 1917, que era el constante estribillo de la canción de su vida. Al volver del dentista, recibió la noticia de que su entrada en el Carmelo de Coimbra estaba señalada para el Jueves Santo día 25. Esta noticia la dejó aterrada. Así ¿tan rápido? Así ¿en medio de su tratamiento de la boca?

Por tratarse de quien era y para protegerla, los Señores Obispos trataron todo con el Carmelo sin que la candidata conociera la Comunidad que la recibía y sin que la Comunidad conociese a la candidata, lo que es rarísimo que suceda. Y, si eso sucede, al menos suele haber antes algún intercambio de correspondencia. Con la Hermana Lúcia ni eso se hizo. Fue el Obispo de Coimbra don António Antunes quien el 12 de marzo escribió a la Piora, preguntándole si tenía una celda vacía, con el mobiliario pobre de una carmelita, para recibir a una nueva pretendiente, *con grandes dotes de humildad, espíritu de sacrificio, devoción a Nuestra Señora, etcétera*. No le dijo de quién se trataba ... sólo algunos días más tarde reveló quién era la pretendiente.

Caso excepcional para esa admisión: no hubo votación del Capítulo, sino simplemente fue informado, pues no existe ningún acta capitular. Valió la palabra del Obispo de la diócesis, que entonces era el Superior, a la vista de que el Carmelo de Santa Teresa estaba bajo su jurisdicción y había autorización expresa del Santo Padre.

Si la Piora hubiera sabido que aquélla estaba en tratamiento por una infección que debía ser totalmente erradicada con la extracción de todos los dientes, ella hubiese sido la primera en decir que lo terminase. Pero esa información no había llegado al Carmelo. Por eso, sin considerar lo de la salud, pensaron que el día 25 de marzo, siendo Jueves Santo, era un hermoso día para entrar. Aparte de esto, en la mañana de ese gran día, hacía su Profesión de Votos Solemnes la Hermana Maria da Cruz. En esa época la ceremonia de la Profesión, incluso la Solemne, se celebraba en la sala del Capítulo, sólo en la Comunidad. Esto se hacía a las 6 de la mañana, por lo que la Hermana Dolores fue invitada a entrar a las 5 y media para ya poder participar. Por parte del Carmelo se pensaba que esto sería para ella de mucho agrado ... De esta y de otras faltas de información vinieron sufrimientos, de los que voluntariamente nadie era culpable, pero fueron agudas espinas en este paso a la nueva vida.

La Hermana Dolores pidió a la Madre Provincial retrasar la entrada y terminar la limpieza de la boca. Pero, como el Señor Obispo así lo había mandado, ésta pensó que tenía el deber de obedecer y no aferrarse con la excusa de la salud. Al ser el caso ya conocido, es natural que el ambiente comunitario se hiciera un poco tenso y así era más beneficioso para todos consumir el sacrificio cuanto antes. Siempre cuesta ver marchar a un miembro de la Comunidad, aunque hayan sido pocos los años de vida en común, pero este miembro era muy especial. Dolía más. Y dolía mucho a la pobre pastorcita ver tanto sufrimiento en su entorno ... Intentó otra solución: visto que su presencia tensaba algo a la Comunidad y ella misma se sentía incómoda, al ser abordada a cada paso con la petición de que desistiese, propuso pasar el tiempo necesario en casa de la familia Vasconcelos, donde sería recibida con los brazos abiertos y así iría después al Carmelo. Pero esa solución no era factible.

Fue entonces junto al Sagrario a pedir fuerza para proseguir el camino, aunque envuelta en la noche. Enseguida se acercó al confesionario y pidió consejo al Confesor que se encontraba allí. Éste le dijo que se abandonara en los brazos de Dios, consejo que ella recibió y siguió

fielmente. Se ocupó entonces de preparar lo poco que tenía que llevar consigo y ni sabía qué era. Hizo una selección de los escritos que tenía y quemó gran parte, sobre todo las cartas.

11. LA DESPEDIDA

Las Hermanas fueron sabiendo que la partida era inminente y algunas vinieron a llorar junto a aquella Hermana con la que habían compartido tantos años, que las había edificado con su vida fielmente entregada al Señor y alegremente sacrificada en las tareas que le eran encomendadas: aquella Hermana tan sencilla, tan viva y tan alegre, que hacía llorar de risa en las recreaciones y que movía a devoción cuando rezaba en la capilla. Allí parecía que ella no sabía de ninguna otra cosa: quedaba absorta, atraída por su Dios. ¡Oh, cómo les costaba verla marchar!

El Capellán quiso despedirse de la Hermana Lúcia. Era un gran amigo.

Ella relata la conversación:

— *El día 23 el Reverendo padre Cabral vino a despedirse. Estuve con Su Reverencia en la sala y me aconsejó ir sin cuidarme de nada, ni de lo que sería necesario llevar, ni por la salud ni por la enfermedad: — “¡Dios no la dejará!”. Sí, ¡Dios no me dejará, ni con Su Cruz, que he de llevar siempre por Su Amor, renovando cada día mi “Sí” del 13 de mayo de 1917, pero confío! “¡Mi Inmaculado Corazón será Tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios! “¡Oh Jesús, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!”. “Id, pues. Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo”. Sí, jeso es en lo que espero!* ³⁸⁵

Llegó el día 24 y era forzoso salir de casa. Debía salir al mediodía, hora en que las Hermanas estaban en la capilla. Me hubiera gustado despedirme de la Comunidad, pero la Madre Provincial pensó que era más prudente no consentirlo para evitar más sufrimientos. Por eso, las Hermanas iban apareciendo por los pasillos y me abrazaban hechas un mar de lágrimas.

Tenía un deseo, era la última petición: poder llevar consigo una imagen del Niño Jesús, que le había dado la Superiora en Tuy y que ella había recuperado después de haberse hecho pedazos en un accidente ocurrido a una Hermana en España. Pero la Madre Provincial no se quiso desprender de él y no permitió que lo llevara. La naturaleza reclamaba, pero el corazón ofrecía todo con amor siempre renovado y cada vez mayor, y repetía: “¡Oh Jesús, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!” ³⁸⁶

La hora estaba a punto de llegar.

— *Dando una vuelta rápida, fui a dar un paseo por la finca, a despedirme de la hermosa imagen de Nuestra Señora de Lourdes, de la gruta del Sagrado Corazón de Jesús, de la imagen de la Inmaculada en el jardín, del Aula externa, de mis queridos Sagrarios, de la Capilla del Colegio y de la de fuera. Y era casi la hora. Subí a la habitación para ponerme el manto de calle y para dar mis últimos besos a la querida imagen de mi Niño Jesús: “¡No permitas, mi amorcito, que Te vuelvan a tratar de semejante manera! Te llevo en el corazón aunque Te deje en la imagen”. Y con los últimos besos le dejé también algunas de mis lágrimas de nostalgia* ³⁸⁷.

De vuelta a la puerta de salida, aún la interceptaron algunas Hermanas, entre ellas la que había sido su Madre Maestra. Ésta llorando no conseguía hablar, pero las lágrimas hablaban su lenguaje elocuente.

³⁸⁵ O Meu Caminho I pp.256-257.

³⁸⁶ MHL I: 4ª M cap.2 n.5, p.176.

³⁸⁷ O Meu Caminho I pp.259-260.

*Junto a la puerta por donde debía salir para entrar en el coche, me esperaba la Madre Provincial que me abrazó sollozando. Entonces pedí perdón a Su Reverencia y pedí que ella lo pidiera en mi nombre a la Comunidad, ya que yo no lo podía hacer. Su Reverencia, llorando, me dijo: — “Vaya, si allí no se encuentra bien, vuelva, porque todas las puertas del Instituto están abiertas para usted”. Dándole gracias, subí al coche y partimos*³⁸⁸.

Dos horas más tarde, estaban en Coimbra, en el *Lar Universitario* entonces en la *Rua Filipe Simões*, donde la Hermana Dolores iba a pasar la noche. Se despidió de la Madre que la acompañó y ésta regresó a Oporto, dejándola con la Superiora del *Lar*, que la acompañó al Palacio Episcopal para hablar con don António Antunes y de ahí seguirían hacia el Carmelo. La Madre Brito habló con la Priora. Y, de la conversación, se hizo con una información diversa de la que había recibido en el Palacio. Al final, no vestiría el Hábito en el mismo día de la entrada. Era necesario conseguir el tejido y hacerlo. Estando el Carmelo en los comienzos de su restauración, era muy pobre y, como tal, no podía tener reservas. Fueron entonces a hablar de nuevo con el Prelado, que se había puesto a disposición para hacer lo que fuera necesario. Al enterarse de que no tenían el Hábito, quedó sorprendido porque no se lo habían dicho. Había sido otra información más equivocada por desconocimiento de la realidad, pero un motivo de contrariedad: unas amargas gotas más en el cáliz ya tan lleno de sufrimiento.

Estando enfermo, el Señor Obispo mantenía contactos con la Priora por carta, o bien a través de alguien que se desplazaba al Monasterio, pues en el Carmelo aún no había teléfono. Al ser la Priora española, la Madre María del Carmen del Santísimo Sacramento, comprendería con algunas limitaciones las expresiones usuales. Y después respondía conforme a lo que entendía. Así pues, al decir que vestiría el Hábito en cuanto llegase, quería decir que, siendo una Religiosa de Votos Perpetuos, no haría el Postulantado como las otras candidatas, pero eso no significaba que vestiría el Hábito en el momento de entrar. Sin embargo, esto otro fue lo que entendió el Prelado y así lo transmitió a la Hermana Lúcia.

De vuelta al *Lar*, fueron a ver lo que había en las maletas que venían en el coche y encontraron un vestido negro, que había sido del tiempo en que la Hermana Dolores estaba en Vilar como alumna, y un velo. Así, despojada de todo, estaba lista para al día siguiente traspasar las puertas de la clausura, en pobreza absoluta.

³⁸⁸ *Ibidem* p.260.

CAPÍTULO XVI

RELIGIOSA CARMELITA

1. FINALMENTE EN EL CARMELO

Eran las 4 y media de la madrugada del 25 de marzo de 1948 cuando la Hermana Lúcia se levantó. ¿Había dormido? Nada nos dice, pero ciertamente sí. Ella sabía muy bien vivir el instante, cada hora, en la presencia del Señor. Para pasar esa noche, la Superiora de la casa pidió a una joven universitaria el favor de ceder su habitación a una Hermana que estaba de paso y necesitaba salir temprano. Al estar próxima a la puerta, quedando en esa habitación, no molestaría a nadie. Fininha, que así la llamaban, cedió su habitación amablemente. Poco sabía ella sobre quién era la huésped ... ni que después de tres años ¡ella misma se uniría a la pastorcita en el mismo Carmelo, con el nombre de Hermana Maria das Mercês de Jesus!

Al salir de la casa, la Hermana Dolores pidió a la Madre Brito si la dejaba quedarse el rosario que ella había usado en la cintura, como Religiosa. La Madre le permitió llevar sólo el crucifijo, cosa que hizo, separándolo del rosario. Y fueron andando a pie hacia el Carmelo de Santa Teresa. Demos la palabra a la Hermana Lúcia para que nos relate estos primeros momentos de pasar página hacia una nueva vida:

— *Acompañada por la Madre Brito llegué al Carmelo unos minutitos antes de las 5 y media. Me arrodillé en los bancos de la iglesia delante del Santísimo. Poco después apareció el señor Canónigo Rocha que vino a darme la bendición, nos llevó a la portería, un abrazo a la Madre Brito y entré como los israelitas, muy tempranito, antes de que saliera el sol para recoger el maná en el desierto. Delante de la puerta reglar estaba la Comunidad en absoluto silencio. Una por una me fueron abrazando con una amable sonrisa. De ahí nos dirigimos al Coro, donde ya tomé parte en la significativa ceremonia del ofrecimiento de los méritos de la nueva profesanda y a continuación asistí a la ceremonia de la Profesión.*

El día de Jueves Santo se celebra con gran solemnidad en el Carmelo, así como toda la Semana Santa, pero sobre todo los últimos 3 días. Lo más encantador es el riguroso silencio junto a todas las ceremonias litúrgicas, el canto del Oficio Divino, horas de adoración al Santísimo, en ese admirable día en que el Amor se desbordó de su Sagrado Corazón hacia la Humanidad. ¡Qué dulce es, especialmente en estos días, la soledad, el recogimiento, y el silencio a los pies del Sagrario! Misterio admirable, ante el cual se olvidan todos los sufrimientos, todas las penas, todas las amarguras, porque ¡nada hay que pueda compararse a las penas y dolores de nuestro Dios! Lo que querría entonces era poder cargar sobre mí una parte de esas angustias, ¡sufrirlas yo por Él y que no sufriese Él tanto por mí! ¡Oh, Jesús mío, Te amo! ³⁸⁹

La Hermana Lúcia entró en el Carmelo el mismo día litúrgico de su nacimiento: un Jueves Santo. Habría sido día de fiesta por ser la Anunciación del Señor, por ser la Profesión Solemne de una Hermana y por entrar un nuevo miembro en la Comunidad, pero todos estos

³⁸⁹ *Ibidem* pp.264-265.

motivos quedaron absorbidos por la Solemnidad propia del día. Durante el Triduo Pascual, el silencio era más intenso, para mejor adorar y contemplar el Misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Dios, que Se hizo Hombre por nosotros y sufrió la muerte, asumiendo nuestro pecado, para salvarnos del pecado y de la muerte.

Con la Comunidad participó en la Misa y, después, en compañía de la Madre Priora fue a conocer la celda que se le había asignado en el Noviciado, dedicada al Inmaculado Corazón de María. En el centro y en la parte superior de la puerta, en un pequeño letrero, se leía: *“Inmaculado Corazón de María”*. Y luego una frase dirigida a su ocupante: *“Oh, Mi Inmaculado Corazón será tu refugio”*. Esta frase, a la altura de sus ojos, leída y saboreada cada vez que entraba en la celda, sería una melodía celestial en su corazón durante los 57 años que le fue dado vivir en el Carmelo.

Esta celda es un espacio con una gran ventana que da a un balcón sobre el claustro y por donde da mucho el sol. Todo el mobiliario de la celda era: la cama, el taburete de los libros, una pequeña estantería para guardar libros, que tiene un tablero desplegable para escribir sobre las rodillas. En la pared una estampa de devoción y una gran cruz vacía, recordando a la carmelita que ella debe vivir siempre como Cristo, con los brazos alzados, en oblación continua. Y ¡qué bien entendía esto la pastorcita!, siempre sedienta de ofrecer al Señor todo lo que pudiese para salvar almas y por la santificación de los Sacerdotes. Sobre la cama, cubierta con una manta marrón del mismo tejido que los hábitos, todo perfumado por la santa pobreza, tenía un poema, como saludo de bienvenida y que ella conservó toda su vida: *“Para nuestra querida hermanita, en el día de su entrada en el Santo Carmelo - 25 de marzo de 1948, Jueves Santo”*:

*No Carmelo de Maria,
arca de amor e de luz,
recolheu-se neste dia
uma pomba de Jesus.
Aqui, do mundo escondida,
e mais próxima dos Céus,
será toda a sua vida
“oculta com Cristo em Deus”.
Aqui, por Ele imolada,
quer viver sacrificada,
em contínua abnegação
como hóstia pequenina,
unida à Hóstia divina,
na mais íntima união.
Unindo às divinas Dores,
seu holocausto de amor,
quer ajudar o Senhor
a salvar os pecadores.
E como a Virgem Maria,
também ela cada dia
há-de dizer com verdade:
“Eia a escrava do Senhor!
Faça-se em mim, por amor,
Vossa divina Vontade!”
E essa Vontade bendita,
aceite assim plenamente,
afará eternamente
uma santa Carmelita!*

*En el Carmelo de María,
arca de amor y de luz,
recogióse en este día
de Jesús una paloma.
Aquí, del mundo escondida,
y más próxima a los Cielos,
estará toda su vida
“oculta con Cristo en Dios”.
Aquí, por Él inmolada,
sacrificada quiere vivir,
en continua abnegación
como hostia pequeñina,
unida a la Hostia divina,
en la más íntima unión.
Uniendo a los Dolores divinos
el holocausto suyo de amor,
ayudar quiere al Señor
a salvar los pecadores.
Y como la Virgen María,
también ella cada día
ha de decir con verdad:
“¡He aquí la esclava del Señor!
¡Hágase en mí, por amor,
Vuestra Voluntad Divina!”
Y esa Voluntad bendita,
aceptada así plenamente,
de ella hará eternamente
¡una santa Carmelita!*

2. PRIMERAS IMPRESIONES DEL CARMELO

Al día siguiente, en respuesta a una carta del Señor Obispo, se expresa así:

— *Agradezco a Dios por el refugio donde me ha acogido, hurtándome a las visitas curiosas del pobre mundo. Me apiado de las almas que allá quedan luchando contra tantas dificultades. Aquí es donde mejor las puedo ayudar con una más completa inmolación y una vida de oración y unión más íntima con Dios. Sus confidencias tan tristes sólo entorpecían el bien que junto a Dios podía hacerles, robándome tiempo y llenando mi espíritu de cosas que debía ignorar.*

Y, más adelante, expresa un deseo común de todas las principiantes:

— *Me siento contenta, y muy feliz. De aquí espero ir al Cielo, que Dios me dará por misericordia. Estoy deseando vestir el Santo Hábito y hacer los votos solemnes, pero Dios sabe cuándo será. Ahora, aquí, soy una ignorante, necesito aprender muchas cosas para ser una buena Carmelita y, si es Su Voluntad, una Santa. A la conquista de esa palma me quiero dedicar. Del Cielo espero la gracia*³⁹⁰.

El lunes de Pascua, 29 de marzo, escribió a la Madre Cunha Matos, que fue su Superiora en Tuy, comunicándole su alegría:

— *Como con seguridad ya sabe, el Jueves Santo a las 5 y media de la mañana entré en el Carmelo de Coimbra: por disposición del Obispo de aquí, ese día y a esa hora, para asistir a la profesión solemne de una Hermana. Me agradó mucho, y me encuentro muy pero que muy bien y estoy muy contenta. Me llamo Hermana Maria del Corazón Inmaculado. ¡Qué hermoso nombre!, ¿no es verdad? ... bastante más bonito que Hermana Dolores, ¿no le parece? He encontrado aquí un grupiño de Hermanas encantadoras: siempre que nos reunimos tengo la impresión de encontrarme con Santa Teresita. El nombre, fue el Obispo de aquí quien lo eligió.*

Más adelante confiesa la amistad que sigue alimentando hacia esa familia que fue la suya durante tantos años y que sólo dejó para seguir la llamada Divina: — *Pero mire, a pesar de estar tan contenta, no me olvido de Vuestra Reverencia ni de las demás Madres y Hermanas. Ruego y pediré siempre mucho por todas y espero que ellas no dejen de pedir también por mí*³⁹¹.

Luego, en esos primeros días, escribió también al Papa Pío XII, para agradecer el permiso concedido y darle a conocer su nueva morada. Lo hizo con su sencillez característica, como quien escribe a sus padres, el día 10 de abril de 1948:

Santísimo Padre:

Humildemente postrada a los pies de Vuestra Santidad, encarecidamente le doy las gracias por la insigne gracia que tan benignamente se dignó concederme, al resolver favorablemente mi humilde súplica de pasar a un Carmelo.

Por la autorizacion concedida por Vuestra Santidad y las disposiciones de los Señores Obispos de Oporto y Coimbra, el día 25 de marzo entré en el Carmelo de Coimbra, a las 5 y media de la mañana, para asistir a la profesión solemne de una Hermana. Por gracia misericordiosa del Buen Dios, me encuentro muy bien y feliz, más resguardada de las visitas curiosas del mundo. He encontrado en este convento un grupiño de almas encantadoras que con una indecible alegría se inmolan por amor del Buen Dios. Unidas a mí, toda la Comunidad besa humildemente y respetuosamente los pies de Vuestra Santidad e implora la bendición Apostólica.

Hermana Maria del Corazón Inmaculado (Lúcia de Jesús).

³⁹⁰ Carta de 26 de marzo de 1948 a don António Antunes.

³⁹¹ Carta de 29 de marzo de 1948 a la Madre Cunha Matos.

Poco después, en una respuesta a su sobrina, la Hermana María Amelia, también Dotorea y que pedía su ingreso en el Carmelo, le advierte para que lo piense bien:

— *La vida aquí es mucho más austera en todos los sentidos, cuenta con eso, pero Nuestro Señor suaviza tanto que casi no se siente. Es el complemento de perfección en la tierra que una pobre alma puede alcanzar de abnegación y de unión mística ... y ¡me agrada tanto! ... No cambiaría una hora de la felicidad que siento ni por los mayores bienes del mundo* ³⁹².

Y, después de no mucho tiempo, la sobrina vino a unirse a la tía con el nombre de Hermana Inés de la Eucaristía.

En los primeros ocho días iba siendo seguida discretamente por el “Ángel”, una novicia designada para guiar los primeros pasos de la recién llegada, que aún no se sabía orientar por la casa, en el horario, en el manejo del Breviario y en las primeras exigencias del Ceremonial, entonces bastante minucioso. Cosas pequeñas, pero que son grandes cuando son vividas con y por amor. Durante esos días, el “Ángel”, que se apoda Rafael, puede entrar en la celda de sus “Tobías”, para aclarar cualquier duda y enseñarle las costumbres y procedimientos diarios. Para quien llega, todo es nuevo y, a veces, puede haber confusiones. Este “Ángel” tiene la misión de facilitar la integración de la nueva candidata. Discretamente va dejando que se mueva con libertad, sólo interviene si ve necesaria la ayuda para que, tras los ocho días, pueda estar ya ambientada.

En esa Comunidad floreciente, pero aún dando sus primeros pasos, la Madre María del Carmen del Santísimo Sacramento era la Priora y ejercía también el cargo de Maestra de Novicias. Se entendió muy bien con la Hermana Lúcia, y viceversa. Hablaban con facilidad y agrado en español. Para aquélla era volver por unos momentos a su tierra natal, que tan generosamente había dejado hacía 14 años, para levantar de nuevo este palomarcico de la Virgen del Carmen.

El Carmelo de Santa Teresa había sido barrido con la implantación de la República, en 1910, y transformado en cuartel hasta 1945, fecha en que fue devuelto a su destino primero. La Comunidad se había trasladado allí el día 7 de marzo de 1946: “*el día de las llaves*”. Las primeras carmelitas habían llegado a Coimbra en 1934, viniendo como Priora la Madre María del Carmen del Santísimo Sacramento, generoso sacrificio de ella y de su Carmelo de Loeches. Se alojaron primero en “Ladeira do Seminário”, después en “Calhabé” y, finalmente, en una casita más amplia en “Cidral”, de donde saldrían para el edificio del Carmelo, dejado por los soldados en pésimas condiciones. Cuando la Hermana Lúcia entró, aún estaba todo muy deteriorado y paupérrimo.

El día 20 de abril la Hermana Lúcia ya participó activamente en la fiesta de cumpleaños de la Priora. Con qué ganas se ocupó en la preparación del “teatro” con sus compañeras, que eran todas jóvenes, como expresa en una carta suya escrita en agosto a su amiga la Madre Maria José Martins: — *He encontrado aquí un grupiño de almas encantadoras, fresquiñas como el rocío de las mañanas frescas, que sonrío a los primeros rayos del sol naciente* ³⁹³.

Aunque por edad ya no fuese tan joven, su espíritu conservó siempre la frescura de la juventud y convivía con las jóvenes como si fuera una de ellas. A la tarde de ese día, tuvo una agradable sorpresa: la vistieron con un hábito y esto le dejó con la boca hecha agua: — *Ayer por la tarde, para ver cómo me quedaba, me vistieron el Santo Hábito, y ¡qué bien me sentía dentro de él! La pena fue que hubiera sido sólo por unas horas. Dicen que me queda muy bien* ³⁹⁴.

Y pronto sería para siempre.

³⁹² Carta escrita después del Viernes santo de 25 de marzo de 1948.

³⁹³ Carta de 21 de agosto de 1948.

³⁹⁴ Carta de 21 de abril de 1948 a don António Antunes.

3. NOVICIA CARMELITA

La Toma de Hábito fue señalada para el día 13 de mayo de ese mismo año 1948. Una delicadeza para la pastorcita. Era el tiempo necesario para hacer todo el nuevo “ajuar”. No lo hicieron con tejido nuevo comprado para eso, porque sería muy basto y hacía ya mucho calor. Tuvieron compasión de ella y, como pudieron, prepararon algo más pobre, pero más ligero. Las Hermanas solían usar en el verano los hábitos más gastados, en la época en que eran de paño de lana. Cuando eran hechos nuevos, entre la túnica de lana, el hábito y la capa, todo pesaba ¡unos cinco kilos! ¡Pobre novicia! Pero, con la alegría de ser carmelita y el fervor de la entrega, ni de eso se acordaba, ¡todo resultaba ligero! Así lo expresa la Hermana Lúcia el día 4 de mayo, en una carta al señor Obispo de Coimbra don António Antunes:

— *Las personas en el mundo mal imaginan la felicidad íntima que el buen Dios comunica a las almas que se Le consagran y Lo sirven fielmente. No hay un solo instante en que no estemos en acto de inmolação por Él y por las almas, hasta el mismo descanso transita el camino de la penitencia. En lugar de una cama cómoda, un duro jergón encima de cuatro pobres tablas. Pero ¡oh, nunca dormí tan a gusto! Si nos sentamos es en el suelo, ofreciendo a Dios la comodidad de las sillas que dejamos en el pobre mundo. Digo “pobre mundo” porque están bien lejos de sentir nuestra felicidad del suelo quienes se sientan sobre bellas tapicerías. Y así en todos los demás momentos de nuestra humilde vida. Estamos todas tan contentas y felices que, hasta en los momentos de mayor austeridad y penitencia, lo único que se ve en todos los labios es una sonrisa alegre. Es bien cierto que la alegría es de los hijos de Dios*³⁹⁵.

El 9 de mayo comenzó el retiro de preparación para la Toma de Hábito.

Así lo anunció a don António Antunes el día de la víspera:

— *Por mí, cada vez más contenta y feliz. Si Dios quiere, mañana me recojo para hacer tres días de retiro, para prepararme mejor, para el próximo día 13 vestir el Santo Hábito, el único Hábito que nuestra tan querida Madre del Cielo se ha dignado vestir ... Es una gracia tan grande de la que no me siento merecedora, pero es un exceso más de la Divina bondad para conmigo. El buen Dios sabe cuánto deseo corresponderLe y serLe fiel todos los días de mi pobre vida. En este sentido me encomiendo mucho a las oraciones de Vuestra Excelencia*³⁹⁶.

El día 12, durante la tarde, las novicias irrumpieron en su celda. Es siempre una alegre sorpresa, pues en la Toma de Hábito aún no se conocen las costumbres. Le adornaron la cama con flores y regalos, siendo el principal el Santo Hábito que vestiría al día siguiente; en un lugar destacado, un poema que se recitaría al día siguiente en el refectorio, en sustitución de la lectura habitual. A la noche, después que todas las Hermanas se reunieran en la sala de la recreación, la Madre fue a llamarla de su retiro y todas de fiesta se dirigieron a su celda en el noviciado.

La ceremonia de la Toma de Hábito, que entonces revestía una gran solemnidad, en el caso de la Hermana Lúcia y por petición suya se celebró en la intimidad.

— *Preferí realizar la ceremonia sin asistencia de personas de fuera, ni siquiera de la familia, por eso no les invité. Se realizó únicamente en presencia de la Comunidad, presidiendo el señor Canónigo Rocha, Capellán del Carmelo*³⁹⁷.

Como era una ceremonia en privado, se celebró con la capilla cerrada y en el horario de las ceremonias de Fátima. Por fuera de la reja, esperaba el Capellán revestido con sobrepelliz y estola mientras la Comunidad entraba en procesión cantando *O gloriosa Virginum*. La Novicia

³⁹⁵ Carta de 4 de mayo de 1948.

³⁹⁶ Carta de 9 de mayo de 1948.

³⁹⁷ *O Meu Caminho* I p.271.

más joven iba al frente llevando la Cruz procesional y la seguía la Comunidad, entrando en último lugar la Priora con la Novicia ya vestida con la túnica de color castaño y la toca. Ésta se encaminó hacia el centro, donde se arrodilló sobre una alfombra ahí colocada.

El Presidente preguntó:

— *Hermana Maria del Corazón Inmaculado, ¿que pide?*

Con la voz embargada por la emoción, pero con la firmeza que siempre la caracterizó, la Hermana Lúcia respondió:

— *La Misericordia de Dios, la Pobreza de la Orden y la compañía de las Hermanas en este Monasterio de Santa Teresa* ³⁹⁸.

Después de una plática del Presidente, la Priora acompañada de otra Hermana se acercó para imponerle las otras piezas del Hábito, al tiempo que el Presidente mencionaba el significado de cada una, diciendo una frase evangélica y dando la bendición. El cinturón, el escapulario, la capa blanca, el velo de la ceremonia y la corona de rosas blancas. Terminado el acto de la Vestidura, la Novicia se postró mientras la Comunidad cantaba el himno *Veni Creator Spiritus*. Es una súplica pidiendo luz al Espíritu Santo para esta nueva etapa de la vida: luz para la candidata y luz para la Comunidad, que conjuntamente deben discernir la Voluntad de Dios sobre este camino.

A continuación la Novicia, comenzando por la Priora, abrazó efusivamente a cada una de las Hermanas, que mientras tanto cantaban el cántico *Ecce quam bonum*. Con la bendición del celebrante, se formó de nuevo la procesión y salieron del Coro.

Un día de fiesta para todas y en un día tan especial. Siendo fiesta, hubo dispensa del silencio en el refectorio y la Novicia recién estrenada fue a sentarse en las colaciones en la mesa de la presidencia, entre la Madre Priora y la Madre Supriora. El menú no es lo más importante, aunque se mejorase según las posibilidades, pero la alegría es siempre el mejor condimento de cualquier colación. Con el corazón en Dios, ni se piensa en los refinamientos de la comida, pero todo se recibe *con agradecimiento y alegría* ³⁹⁹.

Al día siguiente escribió al Señor Obispo de Coimbra: — *Gracias a Dios, agradezco la carta de Vuestra Excelencia, ya revestida con el Santo Hábito. Que nuestra tan querida Madre del Cielo se digne tomarme una vez más por su hija, aunque indigna, y me conceda la gracia de su protección maternal. La fiestaña pasó: muy íntima, muy unida a las ceremonias y oraciones de Fátima, y muy en familia, sin barullo mundano que sólo sirve siempre para perturbar* ⁴⁰⁰.

Un año de noviciado para asimilar la espiritualidad del Carmelo. Era ya Religiosa y como tal no había diferencias, pero necesitaba formación como Carmelita. Y es viviendo como se aprende a vivir. En medio de las fiestas y de la alegría de verse por fin carmelita, había una cruz que ella llevaba sin quejarse: la infección en la boca. Según le había prometido el Señor Obispo, después de la Toma de Hábito fue visitada por un buen especialista. Pero este médico, viendo las condiciones en que debía trabajar y al ver todo tan pobre, rechazó tratarla en la casa y se despidió.

Sin embargo, el Señor estaba atento y no faltó en el momento exacto, como nunca falta a quien en Él confía. El doctor Alcino Magalhães, que había comenzado ese tratamiento en Oporto, se extrañó de que ella no volviese por la consulta. Pero no tardó en saber por qué. Por el periódico supo dónde se encontraba ella y se apresuró a escribir, ofreciendo trasladarse a Coimbra y terminar la extracción de los dientes, para erradicar toda la infección y después adaptar la prótesis dental, que también él regalaba. Con el corazón lleno de gratitud, la Priora y la Hermana Lúcia aceptaron el generoso ofrecimiento.

³⁹⁸ *Ritual de la Toma de Hábito.*

³⁹⁹ *Constituciones de las Monjas Descalzas de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo*, número 93.

⁴⁰⁰ Carta de 14 de mayo de 1948 a don António Antunes.

Para ahorrarle viajes, la Hermana Lúcia pidió que cada vez le sacara tres dientes, aunque esto le causaba a ella un gran dolor. Pasó todo con gran espíritu de mortificación y no quejándose: nadie se acordó de proporcionarle algún alivio, ya sea descanso, o ya fuese algún medicamento para los dolores. Pero sufrió todo con amor, renovando a cada paso el ofrecimiento que le había enseñado la Señora de la Encina:

— *Entre los dolores de los que aún tenía y las heridas de los arrancados, el efecto y el malestar producido por las inyecciones, me sentía tan mal que llegaba a convencerme de que no sería capaz de resistir. Y en ese estado era forzoso seguir todos los actos de la Comunidad, ir al Coro, en Maitines leer las lecturas, hacer los oficios de Salmista y del Responsorio ... por la mañana levantarme con la Comunidad para la oración mental y las horas canónicas. Que Dios me perdone lo mal que entonces hice todas las cosas, pero Él sabe que yo no era capaz de hacerlo mejor, porque yo ni sabía dónde tenía la cabeza, y no osaba quejarme porque no quería negarle nada de lo que Él quisiera pedirme*⁴⁰¹.

Por fin, la prótesis dental quedó muy bien y ¡la pastorcita más guapa!

4. UN SUEÑO HECHO REALIDAD: LA IMAGEN DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Hacía mucho que la Hermana Lúcia deseaba que se hiciese una imagen representando a Nuestra Señora en la posición adoptada cuando mostró Su Corazón Inmaculado. Había hecho gestiones y dado indicaciones, dos veces vistió una niña representando esta aparición, para ser fotografiada y servir de modelo, pero nunca se hacía. Cuando se organizó la Peregrinación Mundial, su deseo era que la imagen fuese del Inmaculado Corazón de María. Pero no fue así. Hasta que todo se resolvió.

Un gran consuelo fue, en su primer aniversario de carmelita: el día 25 de marzo de 1949, ver entrar en la clausura la imagen de la Blanca Señora como un día se le manifestó en Cova de Iría. La Madre venía a visitar a la hija de Su Corazón.

Y así da la noticia en una carta dirigida a la señora doña Maria Teresa Pereira da Cunha:

— *No conseguí que se hiciera la imagen del Corazón Inmaculado de María sino hasta después de mi llegada al Carmelo. Todas las dificultades desaparecieron como por encanto y después sólo el tiempo necesario para que el Escultor la hiciese.*

*La imagen tal como la ví, bendecida por el Señor Obispo de Leiría, asistiendo a la bendición el Señor Obispo de Córdoba y varios Sacerdotes, fue expuesta a la veneración pública en nuestra iglesia bajo la presidencia de Su Excelencia Reverendísima el señor Arzobispo Obispo Conde de Coimbra el día 25 de marzo de 1949*⁴⁰².

La primera imagen no fue aprobada por la Hermana Lúcia, por tener la mano derecha demasiado erguida. A la vista de las valoraciones de la Vidente, el escultor José Ferreira Thedim regaló esa que se encuentra en el *Carmelo do Bom Jesus* en Braga y realizó una nueva escultura. Ahora sí, tenía la posición de las manos que la Hermana Lúcia interpretaba como el gesto maternal que levanta al hijo caído: *con la mano izquierda levanta al hijo que ha caído y con la derecha lo ampara y bendice. Este hijo es cada uno de nosotros*, explicaba.

Pero nunca los escultores, por muy geniales que sean, han conseguido agradar ¡a quien vió lo invisible! Queda siempre un “pero” y un “sí”. En la Profesión Solemne se sacó una fotografía de esta imagen, que sirvió para el recordatorio.

⁴⁰¹ *O Meu Caminho* I p.273.

⁴⁰² Carta de 11 de agosto de 1949.

5. PROFESIÓN SOLEMNE

Pasado el año del Noviciado, fue admitida por el Capítulo a la Profesión Solemne. Siendo Religiosa de Votos Perpetuos, no tuvo que hacer Votos Temporales. Se celebró entonces el 31 de mayo, la fiesta de Nuestra Señora Medianera de todas las gracias, y fue señalada la Profesión Solemne y la Toma del Velo para ese día por conveniencias de agenda del señor Arzobispo don Ernesto Sena de Oliveira, que quería presidir la Toma del Velo y no podía el 13 de mayo, día en que ella completaba el año del noviciado canónico.

En la víspera, el confesor Canónigo don Manuel dos Santos Rocha, que conocía las disposiciones de entrega absoluta de aquella Novicia que transitaba un camino común con el corazón en llamas, le manifestó:

— *Mañana mi Misa será por usted, pondré su alma en la patena para juntamente con la Hostia ofrecerla al Señor para que la inmole como a Él Le agrada y ya sabe que la primera intención de Jesucristo en la Eucaristía es hacerse Víctima de expiación por las almas y, en calidad de Sumo Sacerdote, por las almas sacerdotales: ¿acepta?*

Ella respondió: — *¡Sí! Una vez más es mi Sí del 13 de mayo de 1917, dado a Nuestra Señora. Creo que es Dios Quien me lo pide. No puedo y no quiero negarle eso a Él.*

Concluyó el confesor: — *Pues bien, entréguese plenamente y viva la oración de Jesús: “Ellos no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. Santificalos en la verdad. Así como Tú Me enviaste al mundo, Yo también los he enviado al mundo. Por ellos Yo me consagro a Mí mismo, para que también ellos sean santificados verdaderamente” (Jn 17,16-19)*⁴⁰³.

Aún siendo la víspera, durante la recreación de la noche, la novicia rompió el silencio en que había estado inmersa durante el retiro iniciado el 20 de mayo y que con generosa austeridad voluntaria había vivido, y fue a unirse a la Comunidad en la recreación. Ahí, de rodillas, pidió a las Hermanas su ayuda espiritual y, pasando una a una, recibió el regalo de los méritos de los frutos de algunas buenas obras durante un determinado tiempo, según el corazón dictaba. Después, todas la acompañaron a la celda para ver los regalos. Sobre la cama, que las novicias habían adornado con flores, estaban el Velo negro y el Crucifijo, insignias de la Profesión, y algunos pequeños recuerdos que ella podría regalar a las personas de su intimidad: escapularios, estampas, algunas con dedicatorias, cosas pequeñas, pero llenas de amor y cariño, el santiño regalado por la Comunidad, y un poema dedicado para ese día:

Salve 31-V-1949

*Irmã nossa, e filha sois
Mui predilecta de Maria.
Pedi à Virgem para nós
Torrentes de amor e alegria.*

*Maria nome mais belo
Cheio de encanto e de luz,
Traz cativo o mundo inteiro
A doce Mãe de Jesus.*

*Lúcia fonte é de luz,
De fortaleza e d amor.
Em lento martírio te ofereces
Ao teu Rei, Deus e Senhor!*

*Hermana nuestra e hija sois
muy predilecta de María.
Pedid a la Virgen por nos
torrentes de amor y alegría.*

*María, nombre el más bello
lleno de encanto y de luz,
cautivo al mundo trae entero
la dulce Madre de Jesús.*

*Lúcia, fuente es de luz,
de fortaleza y amor.
En lento martirio te ofresces
¡a tu Rey, Dios y Señor!*

*Do Filho Seu querido,
Sois esposa mui amada.
Com Jesus tendes tudo
Mesmo não possuindo nada!*

*Coração chama ardente
Consumindo-se em amor
Ante o trono do Altíssimo,
Em perene e eterno louvor!*

*Imaculado místico Esposo
Da alma Virgem, amor primeiro,
Em imolação perpétua vos dais
Num sacrifício verdadeiro!*

*Del Hijo Suyo querido
sois esposa muy amada.
Con Jesús tienes de todo
¡aun no poseyendo nada!*

*Corazón de ardiente fuego
consumiéndose en amor
ante el trono del Altísimo,
¡en perenne eterno loor!*

*Inmaculado Esposo místico
del alma Virgen, amor primero,
en inmolación perpetua Os dáis
¡en sacrificio verdadero!*

¡Llegó la mañana radiante del gran día! Desde los tiempos de Santa Teresa de Jesús y hasta el Concilio Vaticano II, las profesiones en el Carmelo, fuesen Simples o bien Solemnes, se celebraban siempre y sólo en la Sala Capitular, sólo con la presencia de la Comunidad. Sólo la imposición del Velo negro era pública. Así, en la mañana del día 31 de mayo de 1949, en la intimidad de la Comunidad y siguiendo el ritual de la Orden en vigor, la Hermana Maria Lúcia de Jesús y del Corazón Inmaculado reanudó una vez más los lazos sagrados que ya la unían para siempre a su Señor, por medio de los Votos Solemnes de Pobreza, Castidad y Obediencia. Físicamente se sentía débil, pero llena de fervor.

A las 9 y media, el señor Arzobispo de la diócesis don Ernesto Sena de Oliveira, su gran amigo y confidente, llegó para celebrar la Eucaristía, estando presentes el Señor Obispo de Gurza, el padre Vernocchi y el Capellán, que asistieron a la celebración; en esa época no se permitían las concelebraciones. Al final de la Misa, con una exhortación a propósito para la ocasión, sobre el tema “Mi primero y último amor”, el Señor Arzobispo impuso el Velo negro a las nuevas Profesa. Sobre el pecho, la Hermana Lúcia llevaba un billete con las intenciones que henchían su corazón. Había escrito esto:

J. M. + J. T. ⁴⁰⁴

Señor, por el amor que tienes a mi pobre alma, acepta el holocausto que Te ofrezco en mi solemne Profesión en olor de suavidad y de víctima inmolada en amor por Ti, por tu Madre Bendita, en un perenne canto de eterna alabanza y acción de gracias. Para mí sólo esto te pido: vivir y morir en un acto de puro amor en el tiempo hasta abismarme en Ti en la eternidad. Pero, sí, también te ruego por Tu Iglesia, por Tu Vicario en la Tierra, por toda la jerarquía Sacerdotal, por la que Te renuevo mi pobre y humilde ofrecimiento. Por la conversión de los pecadores y de la pobre Rusia. Por la unión de los queridos Hermanos separados para que se estime el momento en que Tu Iglesia sea una, santa, católica y Apostólica. Por la Orden que Te es tan querida y que me ha recibido, por esta Comunidad y por cada una de mis Hermanas para que se santifiquen y Te den gloria. Por mi familia, para sean buenos en el mundo, se santifiquen y salven para la eternidad. Finalmente, por esa multitud de necesidades e intenciones que Tu bien conoces y que fueron, son y serán, encomendadas a mis pobres oraciones. Por todos aquellos que fueron, son y serán, mis confesores y procurarán guiarme los pasos por los caminos rectos de Tu Ley.

Coimbra, 31 de Mayo de 1949.

Hermana Maria Lúcia de Jesús y del Corazón Inmaculado, i. c. d. ⁴⁰⁵

⁴⁰⁴ Iniciales usadas en el Carmelo que significan: “Jesús María + José y Teresa”.

⁴⁰⁵ *O Meu Caminho* I pp.282-283.

Enseguida confía al Señor su corazón generoso. Pero temiendo su debilidad, como un niño indefenso, plenamente abandonada se lanza en los brazos de Aquel en Quien confía:

— *Se han reanudado hoy, ¡oh Jesús!, los lazos de nuestra unión íntima, de nuestro amor, ¡de nuestro encuentro para siempre! Sólo allá en la eternidad tendrán plena realización y serán consumados ¡en el éxtasis del infinito! Mientras me dejas en la tierra, ve conduciendo mis pasos por el camino recto del Amor y, si ves que vacilo, ampara mi debilidad para que no caiga. Conoces la aspiración que Tú mismo me has dado: ¡AmarTe e inmolarme por Tu Amor! En este día, como siempre, es lo único que para mí Te pido, y que llevo escrito sobre mi pecho: ¡que sacies en mí Tu hambre de Amor! Que ese amor me inmole a Tu hermosa complacencia. Para eso Te renuevo mi ofrecimiento de ser víctima. Si Te place, acéptalo por las almas, sobre todo por las almas sacerdotales: ¡Señor, héme aquí!*

*Nuestra Madre Santísima que me diste por guía, y a Quien me propongo imitar y seguir, Ella me ayudará y, fijando mi mirada en Su Corazón Inmaculado, procuraré afirmar mis pasos vacilantes, mi vida oscura, apagada a los ojos del mundo, que para eso aquí me entierro, para en la observancia de la vida común, sin nada que me distinga, sólo procuraré atraer Tus ojos, para que ellos sean cada día más la Luz de mi camino. Hazme sentir, Señor, cada vez más el abismo de mi nada, mi propia impotencia, la debilidad de mi profundo ser, la miseria de que estoy hecha, para fortalecer en mí ¡la grandeza de la esperanza firme en Ti! Mirando siempre a la estrella que me diste por guía: ¡María!*⁴⁰⁶.

En el acta en que se describe la ceremonia de la Profesión y de la Toma del Velo, y que sería firmada por la Profesa, por la Priora y las Consejeras, después de transcribir el texto de la fórmula de la Profesión, se encuentra esta nota: *Al recibir el Santo Hábito, tomó el nombre de Maria del Corazón Inmaculado, pero en la Profesión, por su deseo, y por así ser conocida en todo el mundo, fue decidido que se llamaría Maria Lúcia de Jesús y del Corazón Inmaculado*⁴⁰⁷.

Quedó aún un año en la celda del Noviciado, para completar su formación de carmelita. Es tradición en la Comunidad que Nuestra Señora la ha visitado en esta celda ... siempre que ahí entraba, cuando se hacía la visita a la celda de alguna novicia en la víspera de su Toma de Hábito o de Profesión, se sentía en ella algo especial ... y alguna vez decía a la novicia que la ocupaba: *¡Trate bien esta celda!* ... Secretos que se llevó al cielo.

6. DON ERNESTO SENA DE OLIVEIRA, ELEGIDO POR NUESTRA SEÑORA

El señor Obispo don António Antunes murió en el verano de 1948 y fue nombrado como nuevo Obispo de Coimbra (Arzobispo) don Ernesto Sena de Oliveira. Al ser ella la encargada de alguna correspondencia, sobre todo por causa de las obras en el Monasterio y asuntos relacionados con su misión de Vidente de Fátima, la Hermana Lúcia descubrió pronto que podía abrir su alma a este Pastor de la Iglesia y en él encontró una respuesta a sus necesidades espirituales, ella que deseaba no dar un paso fuera de la obediencia.

Pero Nuestra Señora vino a decirle que lo elegía para que la condujera. Existe una estampa con la imagen del Corazón Inmaculado de María, escrita por ella misma, y regalada al Señor Arzobispo, con un recadito. Escribió lo siguiente:

Dile que fui Yo quien lo elegí y que quiero ayudarlo.
(N. S. 22 de agosto 1949) Ir. Lúcia i. c. d.

⁴⁰⁶ Ibidem pp.283-284.

⁴⁰⁷ ARCHIVO DEL CARMELO DE COIMBRA, *Livro da Profissões*.

Pero la explicación se encuentra en una carta al mismo destinatario escrita el 24 de noviembre del año siguiente: — *Por una frase escrita en la carta del 31 del mes pasado, vi que Vuestra Excelencia quedó sospechando una nueva visita de la querida Madre del Cielo. No he tenido esa gracia. Lo que escribí era refiriéndome a sus palabras del día 22 de agosto de 1949: “Fui yo quien lo elegí y quiero ayudarlo”. En mi humilde sentir, estas palabras dicen mucho y significan una gran predilección. ¡Son del Cielo!*

Sabiendo de Fuente tan segura a quién debía confiarse, la pastorcita incondicionalmente se puso bajo la orientación de su Obispo y también el Pastor se ocupó de ella con una dedicación única. Para la Hermana Lúcia fue un apoyo y guía espiritual muy importante en los primeros años de su vida de Carmelita. Con frecuencia se trasladaba al Carmelo para hablar con ella y era su confesor. Además de eso, también intercambiaban algunas cartas, en las que ella se comunicaba con la sencillez y confianza de una niña. Espigando en este epistolario:

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo:

El próximo día 20, por la noche, comienzo con la Comunidad el retiro anual de 8 días, que termina el día 29 por la mañana. Le pido permiso para, durante este tiempo, usar diariamente la cuerda y pasar en oración postrada o con los brazos en cruz, rezando las oraciones del Ángel, en la hora que tenemos de descanso entre Completas y Maitines, desde las 8 a las 9 de la noche. Después de Maitines quedar en el Coro hasta las 11 en oración. Esto aparte de las penitencias establecidas por las leyes y costumbres que se practican en común y de las particulares que ya otro día pedí permiso a Vuestra Excelencia. Sé que lo principal de los ejercicios no es la penitencia, pero siento que Nuestro Señor quiere penitencia. Él tiene necesidad de almas que se inmolen y me siento confundida por hacer tan poco, pero la propia debilidad no es capaz de más. Quería darLe mucho y me encuentro sin nada. Y, ni lo poco que tengo, he sido capaz de dar con generosidad⁴⁰⁸.

Y al final del retiro, suspira:

Gracias a Dios, terminé mi retiro, esta vez muy costoso, pero ya ha pasado. También interiormente fue un poquito costoso, diría que hasta costosísimo ... Nuestro Señor Se hizo sentir, pero tan descontento ... Él tiene razón. Yo he sido mala durante este año. No he sido humilde ni obediente. Va ya para un año que el confesor y la Superiora me mandaron escribir, después Vuestra Excelencia, y pensaba aún buscar algún medio para escapar: Señor Arzobispo perdóneme, ¿sí? Ya he prometido a Nuestro Señor corregirme y obedecer ahora: pero ¡es con tanta dificultad! ... Además de esto, Nuestro Señor descubre en mí, según me parece, cuantas faltas y miserias hay en el mundo. Él tiene razón, yo tengo todas; sobre todo soy orgullosa. Perdóneme, Señor Arzobispo. A Nuestro Señor también Le he pedido ya perdón. ¡Cuesta tanto sentirLo descontento! ... Pero aún así me agrada sentirLo. Bueno, esto pasa.

Fue un retiro de humillación a los pies de Nuestro Señor, pero me hizo bien, me hacía falta. Y una de las poquitas amarguras más que Nuestro Señor de vez en cuando me suele dar⁴⁰⁹.

Ya en el año siguiente, tras algún tiempo de silencio, el 29 de abril de 1951 la Hermana Lúcia abre su corazón:

⁴⁰⁸ Carta de 18 de marzo de 1950.

⁴⁰⁹ Carta de 29 de marzo de 1950.

¿Quizás Vuestra Excelencia estará sorprendido por mi silencio tan inusual? Dos razones me han llevado a esto: el temor a molestar y dedicar demasiado tiempo a una correspondencia tan continua y un movimiento íntimo hacia el silencio. No es nuevo este movimiento. Al contrario, es muy antiguo, diría que ya viejo, pero se renueva de vez en cuando con más intensidad, y ahora es una de esas fases.

Me siento bien a solas con Dios, en lo íntimo de mi alma. En Él encuentro todo y cuanto más lejos de las cosas de la tierra, mejor. Pero me sumerjo en Él sólo. No sé si es ilusión, pero bien creo que no, pues es la fe: sé que soy una gota de agua perdida en Él y eso me basta. A veces, un no sé qué, del exterior, viene a querer perturbarme, a decirme que voy mal. Por eso me agrada que Vuestra Excelencia de vez en cuando venga por acá a guiarme los pasos. Pero, cuando no puede ser, quedo en paz: confío en el amor que sé Dios me tiene y estoy segura de que no me dejará salir de la senda que me ha trazado. Me abandono más y más para vivir Su vida en mí y desaparecer, en Su ser Inmenso, Infinito y Eterno ... ¡Que Él me ayude y haga de mí lo que más Le agrade!

¡Ah! No sé cómo he escrito esta carta. Quería romperla y escribir otra, pero ya no tengo tiempo pues Nuestra Madre tiene prisa para enviarla al correo; por eso va. Espero que Vuestra Excelencia sabrá disculpar todas las tonterías que digo. He dejado hablar un poquito al corazón y nada más. Con el mayor respeto y devoción filial, beso el sagrado anillo de Vuestra Excelencia y pido se digne bendecirme.

*La ínfima sierva, Maria Lúcia i. c. d.*⁴¹⁰

Con igual sencillez trata los asuntos de su alma, de las obras de la Comunidad, o pide ingenuamente que el Señor Arzobispo la acompañe en las visitas importantes que tendrá que recibir. Después de una de éstas, escribe: — *Muy agradecida, deseo darle las gracias por haberse dignado a venir hasta aquí con el Señor Cardenal, sin parecer quizás que era para mí una gran protección: ante un Superior es mejor el comedimiento. Lo que sí quedé muy preocupada es por la caída de Vuestra Excelencia en la escalera. Pedí y pido a Nuestra Señora que de ahí no le venga a Vuestra Excelencia ningún daño y espero que Ella nos hará ese favor. Después de todo, el fin por el que hice subir a Vuestra Excelencia no lo conseguí por causa de la compañía que nos seguía, paciencia ... queda para cuando vuelva por acá. No digo aquí lo que pienso, porque no confío en el papel. El bendito muchachote, sirvió de demonio ...*⁴¹¹

En este sentido, cuando visitaba el Carmelo un Cardenal u otra persona con autorización para entrar en la clausura, con esa persona entraban todos los acompañantes, que recorrían toda la casa y el jardín. Y, como ese “muchachote” al que alude la Hermana Lúcia, muchos aprovechaban el hecho de estar dentro para dar rienda suelta a la curiosidad. Por eso ella se sentía protegida por la presencia de su Pastor.

7. PRIMERA DESPEDIDA EN EL CARMELO

En la madrugada del día 6 de febrero de 1950, después de una breve enfermedad, el Señor vino a buscar para llevar junto a Sí a la Madre María del Carmen del Santísimo Sacramento. Una dolorosa sorpresa para todas sus hijas, que quedaron como los pollitos de cría sin madre. En la víspera quiso hablar a solas con la pastorcita, confesándole su preocupación por el futuro de la Comunidad, que iba creciendo con la bendición de Dios, pero las Hermanas en general eran muy

⁴¹⁰ Iniciales que significan: “indigna Carmelita Descalza”.

⁴¹¹ Carta de 30 de agosto de 1949.

jóvenes, mientras que las antiguas ya no se encontraban en condiciones de llevar la barquita a buen puerto. Había una Madre española también, y muy santa, pero que no tenía muchas dotes de gobierno. La Hermana Lúcia prometió ayudar en todo lo que pudiese.

Estando incluso aún en el Noviciado y no teniendo por eso voz activa en el Capítulo, la Madre María del Carmen ya la había puesto a la cabeza de los asuntos de la restauración del Monasterio, aprovechando sus muchos conocidos y relaciones que tenía con familias que podían ayudar, tanto monetariamente como por su capacidad para obtener autorizaciones difíciles de conseguir. De una que acababa de llegar, se iría a beneficiar ya la querida Madre: una autorización para volver a utilizar el cementerio del claustro. La Hermana Lúcia tuvo la alegría de darle también la noticia de que el Gobierno concedía los fondos para la construcción de los muros de la clausura. Así que la Madre marchaba en paz, pues no sabía cómo conseguir el dinero para su construcción, y éstos eran de primera necesidad para poder tener la clausura papal; por ahora sólo era episcopal, pero vivían como si fuera papal.

Después de un mes tras el fallecimiento de la Madre María del Carmen del Santísimo Sacramento, se reunió el Capítulo para las nuevas elecciones y fue elegida la Madre Magdalena Sofía del Corazón de Jesús, también del Carmelo de Loeches. Una nueva página se abría en la vida de la Comunidad en formación. Ciertamente le costó aceptar este oficio de tanta responsabilidad, pero en espíritu de obediencia a la Voluntad de Dios, expresada por la Comunidad que lo pedía, dijo que sí. Cada persona tiene los dones que Dios le ha dado y no tiene culpa de no tener otros. Y sólo Dios sabe los frutos que pueden desplegarse por un momento doloroso que pueda vivirse.

Estuvo de Priora durante un año. Después, habiendo advertido el Señor Obispo que todas sufrían, habló con los Superiores y se encontró la solución: se realizó una Visita Apostólica, que hizo el Reverendo frade Hipólito O. C. D. y se aceptó la renuncia de la Priora al cargo, la Madre Magdalena Sofía del Corazón de Jesús. Como en la Comunidad no había de momento una Religiosa que fuera capaz de sustituirla, este Superior llamó del Carmelo de Echavacoiz a la Madre Maria de Cristo, portuguesa, de la familia Freitas Branco, que había ingresado en ese Carmelo de España cuando fueron suprimidos los portugueses. Fue una Priora muy querida por todas las Hermanas y aún hoy se la recuerda con gratitud y veneración. Fue una columna angular en la estructura de este Monasterio ⁴¹².

8. UNA PROMESA

Mientras tanto y por orden del Señor Arzobispo, la Hermana Lúcia continuó dando los pasos necesarios para proseguir las obras de restauración del Convento, sobre todo de la capilla y de los muros. La capilla, que durante la ocupación militar había sido transformada en establo, estaba con las paredes completamente desnudas. Sólo había un altar muy pobre y pequeño para la celebración de la Eucaristía. La Hermana Lúcia, a quien no le agradaba hacer esperar a nadie, apuraba su paciencia a la espera del cumplimiento de lo prometido.

Escribía, hablaba con personas influyentes, pero el caso se retrasaba. Entonces se volvió hacia Nuestra Señora. Con toda su confianza filial Le pidió ayuda y prometió que después que los muros estuvieran terminados, como monumento de acción de gracias, se colocaría en el jardín una imagen del Inmaculado Corazón de María.

La respuesta no se hizo esperar. Toda la restauración estuvo haciéndose con la subvención dada por el Estado y con los donativos aportados por los benefactores. ¿Y la promesa? Por esta causa la Hermana Lúcia fue reprendida por el confesor y Vicario Provincial, frade Isidoro

⁴¹² Cf. SI 143,12.

O. C. D.: — *Tu no debías hacer esa promesa sin el permiso de los superiores* ⁴¹³. Dios habría de proveer. El 25 de julio de 1956, una imagen de mármol, de 2 metros de altura, colocada al fondo del jardín, fue bendecida por el señor Nuncio Apostólico don Fernando Cento, más tarde Cardenal. Esta imagen, obra del escultor Guilherme Thedim, fue regalada por la señora doña Olga Maria Nicolis di Robilant Alvares Pereira de Melo, Marquesa de Cadaval.

¿Cómo apareció esta señora en la vida de la Hermana Lúcia? Nacida en Turín, Italia, de la familia Robilant, vino a vivir a Portugal al casarse con don António Alvares Pereira de Melo, Marqués de Cadaval. Cuando la Hermana Lúcia entró en el Carmelo de Santa Teresa en Coimbra, se había dicho al Santo Padre Pío XII que, siendo un Monasterio tan pobre, ella habría de pasar privaciones y podría ponerse en riesgo su salud no muy fuerte. Entonces, el Santo Padre pidió a esta Señora, su hija espiritual, que visitase a la pastorcita y viese qué necesitaba, dándole autorización para entrar en la clausura y visitar la celda de la Vidente.

Discreta como era, sólo lo hizo en una ocasión y sólo para poder decir al Santo Padre en qué situación se encontraba. Así comenzó una sincera y gran amistad que duró toda la vida. El día 13 de todos los meses, excepto en Adviento y Cuaresma, después de prestar sus servicios a los peregrinos de Fátima como Servita, se desplazaba a Coimbra para visitar a su protegida, llevando algunas flores de las andas procesionales, lo que era para la Hermana Lúcia un mimo cariñoso muy apreciado. En estas flores ella aspiraba los perfumes de Fátima.

9. EN LA VIDA COMUNITARIA

El día 31 de mayo 1950 la Hermana Lúcia dejó el Noviciado, según lo dispuesto por las Constituciones. En el pequeño oratorio de este espacio de la casa, sólo reservado para las novicias, se despidió de sus compañeras aún en formación, dando un abrazo a cada una, saludó la encantadora imagen del Niño Jesús y, en compañía de la Madre Priora, fue de celda en celda a recibir el abrazo de bienvenida de cada Hermana, única ocasión en la que se entra en las celdas de las Hermanas, exceptuado el caso de enfermedad prolongada.

Mientras hacía esta *peregrinación*, las novicias trasladaban a toda prisa sus escasos muebles a la nueva celda en la Comunidad, adornando su cama con algún motivo simbólico hecho con flores. Ahí la esperaban alegres y conmovidas. Un abrazo más y ... volvían al silencio, para después hablarse sólo en los días de fiesta. Es un ejercicio para acostumbrarse a guardar bien el silencio, ambiente necesario para la vida de oración, pues *el amor al silencio conduce al silencio del amor* ⁴¹⁴. La nueva celda, en medio de un pasillo y con orientación sur, como la del noviciado, recibía mucho sol por un amplia ventana con vistas al jardín.

Aquí vivió 55 años y aquí la vino a buscar la Señora más brillante que el sol en aquella tarde del 13 de febrero de 2005. Pero, entre estas dos fechas, ¡cuántas cosas sucedieron en este pequeño santuario a solas con el Esposo!

Era muy laboriosa, no perdía un segundo en la celda ni en el despacho de trabajo, que quedaba cercano a la celda en el mismo pasillo. Trabajaba rezando y rezaba trabajando. Muy ordenada, el tiempo le daba para todo sin ir corriendo. Al primer toque de la campana, dejaba lo que tenía entre manos y, con su paso ligero mientras pudo y después ya con dificultad, iba al encuentro del Señor, donde la obediencia la llamaba, porque *las obras del Religioso no son suyas sino de la obediencia* ⁴¹⁵. Todo es de Dios.

⁴¹³ Relato oral de la Hermana Lúcia.

⁴¹⁴ M. PHILIPON, *A Doutrina espiritual de Soror Elisabeth da Trindade*, Coimbra, 1949.

⁴¹⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cautelas* 11.

Fiel al horario común, no se tomaba la libertad de cambiar una ocupación por otra sin pedir permiso a la Priora. Era con mucha delicadeza como ella vivía el espíritu de obediencia y no habría de querer dar un solo paso que no estuviera marcado por el sello de Dios. A veces no le fue fácil combinar su condición de Religiosa y ser la Vidente de Fátima. Pero no le faltaba la luz de Dios ni la protección maternal de Nuestra Señora, que la ayudaban a discernir el camino recto, siempre fielmente defendido por la obediencia.

Vivía en la Comunidad con sencillez, sin hacerse notar. Seguía con mucha naturalidad el lema: “por fuera como todas, por dentro como ninguna”. Así facilitaba la aproximación de las Hermanas y la naturalidad en el trato, como quería la Fundadora del Carmelo: *Aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar* ⁴¹⁶.

En su pequeña estatura y en aquél semblante jovial, en su sonrisa abierta y con gran facilidad para los golpes de humor, que por fidelidad guardaba para las horas de las recreaciones, se escondía un volcán incontenible, un incendio con ansias de abrasar el mundo, a toda la Humanidad que ella abrazaba como a un Hijo.

Lúcia cargaba, con y por amor, el enorme y dulce fardo que aceptó voluntariamente bajo el Cielo de Fátima y nunca se arrepintió del Sí dado, ni tuvo la tentación de desistir. Fue algo impreso en su corazón con fuego y hierro y nada ni nadie podía borrar nunca esa marca. Como la pequeña Jacinta, ella podría decir: — *Parece que tengo fuego en el pecho, pero no me quema* ⁴¹⁷.

En la monotonía del día a día, encontraba siempre la frescura de un amor renovado en la generosa y total donación de todo su ser, alimentada por una profunda y continua vida de oración, motor de toda su fuerza y fuerza de su vida.

Cuando le llegaban noticias sobre los males del mundo, cuando recibía cartas con relatos de vidas hundidas en el fango del pecado, su oración se intensificaba, levantaba los brazos en oración suplicante y sufría al sentir que era impotente para remediar tanto mal. Pero confiaba todo y a todos al amor maternal de la Madre Inmaculada de todos los hombres.

Mientras las fuerzas se lo permitieron y siempre que no lo impidieran otras ocupaciones, participaba en todos los trabajos comunes. Era hermoso verla con sus 70 y sus 80 años colaborar activamente en la pila del lavado, aprovechando esa tarea en común hecha en momentos de recreación, para deleitar recordando algunos cánticos de su infancia. En esas circunstancias, en las que es fácil parar el trabajo para hablar de cualquier asunto, ella dando ejemplo llamaba la atención diciendo: *¡Eh, niñas, que las manos no hablan!* Y sonreía o participaba en el asunto trabajando o continuaba cantando. El canto más frecuente era:

*É certo, é certo!
O céu é minha morada! (bis)
O céu é minha morada!
Por ele há muito anseio
E meu será sem receio (bis)
Junto à Mãe de Deus amada.
O céu é minha morada
Morada de eterno gozo,
Lá sempre serei ditosa
Junto à Mãe de Deus amada.*

*¡Es cierto, es cierto!,
¡que el cielo es mi morada! (bis)
¡Que el cielo es mi morada!
Y un gran deseo tengo de él
y mío será sin duda, (bis)
junto a la Madre de Dios amada.
¡Que el cielo es mi morada,
morada de eterno gozo.
Siempre allí seré dichosa
junto a la Madre de Dios amada.* ⁴¹⁸.

⁴¹⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección* capítulo 4 n.7.

⁴¹⁷ MHL I: 1ª M cap.2 n.3, p.55.

⁴¹⁸ MHL II: 6ª M cap.2 n.75, p.185.

Fueron varios los encargos que la Hermana Lúcia tuvo bajo su responsabilidad. Siempre disponible para lo que se le pidiera, nunca se negaba a nada, incluso cuando se sentía sin fuerzas. Tomaba o dejaba cualquier encargo según lo dispusiera la obediencia, procurando que en su ejecución éste no fuese un problema para la Priora.

Cuando entró en el Carmelo, las Hermanas recibían sus encargos en un acto solemne del Capítulo, durante la Visita Canónica, tras la elección de la Priora, que se renovaba cada tres años. En el locutorio, reunidas todas las Hermanas, el Visitador anunciaba el encargo y la Hermana que quedaba como responsable de la tarea, y hacía entonces una pequeña exhortación sobre el modo de santificar esa función. Más tarde, la forma se fue haciendo menos solemne, pero no dejó de tener el mismo significado sobrenatural: es siempre en el espíritu del vínculo sagrado de obediencia como se ejerce cualquier tarea y sólo así lo que se hace es Consagrado.

Durante muchos años asumió junto a la Priora, con una competencia inigualable, la dirección de las obras de restauración de la casa, dando su valiosa opinión sobre reparaciones a hacer cuando los Señores Arquitecto e Ingeniero de los Monumentos Nacionales venían para dar soluciones a los trabajos. Y ella era muy cuidadosa en inspeccionar las obras para comprobar que todo estaba correcto.

En una ocasión, acompañando a uno de esos Señores, le advirtió sobre la necesidad de reparar la escalera principal. De piedra caliza, había quedado muy desgastada y resbaladiza por los zapatos de los soldados en los años de la ocupación. Esto ocasionaba frecuentes caídas de las Hermanas. Ella describe así la escena:

— *Cuando descendíamos por la escalera principal, llamé la atención de este Señor sobre los peldaños que estaban muy desgastados y resbaladizos haciéndole ver que era una de las obras más necesarias y urgentes, porque con mucha frecuencia las Hermanas resbalaban ahí y caían.*

— *No, Hermana, esta escalera está bien, por aquí se camina muy bien.*

Pero, acababa de decir estas palabras, cuando él resbaló y cayó de una manera tal que fue rodando hasta el fondo, pasando por cada uno de los peldaños. Corrí hacia él apenada, para ayudar a que se levantara y temiendo que se hubiese lastimado mucho. Apenas se levantó, se volvió hacia mí y me dijo:

— *Hermana, tiene razón. Esta escalera tiene que ser arreglada* ⁴¹⁹.

Así somos, sólo cuando caemos es cuando nos levantamos y comprendemos las caídas del prójimo, y las disculpamos y sabemos perdonarlas, y así es como Dios saca bien del mal ⁴²⁰.

Cuando en las recreaciones contaba este episodio, decía que tuvo grandes dificultades para no reírse delante de ese Señor que, eso sí, a él no le debería haber hecho ninguna gracia.

Consiguió informes de aquellas personas que habían conocido la capilla antes de la expulsión de la Comunidad y, con la ayuda de estas personas especializadas, que pronto se dejaron cautivar por su simpatía y claridad de pensamiento, logró que se diera a la capilla su aspecto anterior. Como la Santa Madre Teresa de Jesús, también ella nunca pensaba que era demasiado lo que se hacía para el Señor. Era grande su alegría cuando vio su tarea coronada por el éxito. Fue al hacer estas obras de restauración de la capilla cuando fueron ampliadas las rejas del coro bajo y, derribada la pared, se abrió la tribuna del Noviciado. Ahí las Novicias podían pasar discretamente momentos de intimidad y adoración al Señor, pues ésta quedó dando al Sagrario por encima.

Junto con este encargo ejerció, unas veces unos y otras veces otros, los encargos de ropero, despensa, responsable de los trabajos de la huerta y el encargo de sacristana, que le agradaba mucho. Fue la primera sacristana cuando la sala capitular fue transformada en un

⁴¹⁹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

⁴²⁰ *O Meu Caminho* III p.385.

oratorio con el Santísimo Sacramento. ¡Cuánto le agradaba tener el Sagrario más cerca y cuidar de la atención de este espacio sagrado!

¡Con qué amor preparaba todo lo relacionado con el culto Divino! Trabajaba recogida, pero siempre diligente, y ponía en práctica una enseñanza recibida en los tiempos ya lejanos como estudiante en Vilar: un día, mientras se esmeraba en la preparación del altar mayor, Monseñor Pereira Lopes estaba al fondo de la capilla observándola; cuando le pareció oportuno, la llamó y le dijo: — *Cuando la niña venga a preparar la capilla, al llegar haga una genuflexión bien hecha, como adoración al Señor para Quien va a trabajar. Después, cada vez que tenga que pasar por delante del Sagrario, haga sólo una inclinación de cabeza, pues no es preciso hacer genuflexión. El saludo ya está hecho* ⁴²¹. Agradecida guardó la lección para toda la vida y con su libertad de espíritu actuaba así.

De vez en cuando, echaba una mirada morosa al Sagrario y en esa mirada decía todo y el Esposo entendía todo ... era su alma que se postraba ante Él y en ese gesto presentaba a toda la Humanidad y a cada una de las personas que le pedían su oración. Era su corazón el que de nuevo se entregaba en unión con el Corazón de su Señor en redención por el mundo, por el Papa, por los Sacerdotes, por Rusia ...

Era encantador verla por el jardín buscando flores para poner en los jarrones. Y lo hacía con gusto. En el tiempo de invierno, cuando las flores son raras, proveía una solución: consistía en hacer unos centros de ciclámenes, que colocaba en los altares. Prefería poner éstos a las flores artificiales. ¡Qué contenta quedaba con un regalo de flores! Más tarde, cuando ya no tenía ese encargo, cuando le mandaban flores, pedía que se las pusieran a Nuestro Señor. Era su corazón siempre vuelto hacia Él.

Sin ser dada a familiaridades, era afable con cualquier Hermana que la buscara pidiendo ayuda. Pero era exigente en el cumplimiento de los encargos de los que era responsable. Fue varios años la provisora (despensa) teniendo que determinar con las Hermanas cocineras lo que se debía servir a la Comunidad.

Dentro de las posibilidades, exigía que estuviera bien preparado, como lo pide la Santa Madre en las Constituciones primitivas. Un poco antes de la comida, sobre todo cuando eran Hermanas que comenzaban en ese encargo, pasaba por la cocina para probar la comida y a veces mandó que se cambiara para que las Hermanas estuvieran bien alimentadas.

Con las que comenzaban, era con alegría y paciencia como se ofrecía a enseñar y lo hacía con gran competencia y sin afectación. Como se dice en el libro de la Sabiduría: *Aprendí con lealtad, comunico sin envidia* ⁴²².

Sabía enseñar y lo hacía a gusto, pero con exigencia. A todas las que fueron llegando, las fue iniciando en el arte de hacer rosarios. Son los primeros trabajos que las postulantes aprenden a hacer en las recreaciones. Después de explicar cómo se manejaban los alicates, mandaba a la discípula a trabajar sola para enfrentarse a las dificultades. Cuando ésta hacía un misterio, iba a mostrarlo para recibir la “nota”, pero al principio habitualmente era negativa. Entonces debía desmontar lo hecho y rehacerlo. Le gustaba que todo estuviera perfecto. Finalmente, llegaba el “Muy Bien” y el “diploma de maestra en el oficio”, que era celebrado con alegría por todas.

Con la misma naturalidad e interés, enseñaba a hacer rosarios, a tratar las colmenas, a hacer una comida, a cuidar las plantas, a bordar los más delicados enseres de la sacristía o bien a repasar una ropa ya gastada. Y enseñaba a tener las cosas de uso común muy limpias y bien cuidadas, donde podía haber algo de descuido al no ser nadie directamente responsable.

⁴²¹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

⁴²² Sab 7,13.

Para la Hermana Lúcia todo tenía importancia, porque era de la casa del Señor: era una exigencia del voto de Pobreza. No guardaba para sí lo que podía ser útil al prójimo y aplicaba, a los dones de naturaleza y de gracia también, el mismo desprendimiento que la Regla del Carmelo pide en relación con los bienes materiales: *Ningún Hermano considerará cosa alguna como propia*⁴²³, razón por la que no se usa el posesivo “mío” sino “nuestro”. Con corazón abierto ponía al servicio de las Hermanas sus energías y cualidades⁴²⁴.

En las reuniones comunitarias participaba activamente en el cuidado del bien común. Su palabra fluída se escuchaba con veneración y respeto por todas las Hermanas. De ella manaban enseñanzas sabias para vivir la virtud: era como una fuente que corría a borbotones, capaz de disertar sobre todos los asuntos. Con delicadeza llamaba la atención si veía perder el tiempo en cosas triviales que, por ser de la vida comunitaria, debían ser tratadas, pero sin ocupar el lugar de lo que verdaderamente es importante: la vivencia de la virtud.

Tuvo un especial cuidado en preservar la unidad de la Comunidad, sabiendo que es fácil que surjan pequeños contratiempos que pueden causar perturbación en las aguas de la vida común. Como en una familia, es necesaria la colaboración y la renuncia de todas y cada una para que el diablo no encuentre brechas por donde meterse. Es en la entrega incondicional de cada una a todas y en la búsqueda del bien común donde la vida comunitaria se convierte en un Cielo, como afirma nuestra Madre Santa Teresa: *Esta casa es un Cielo (...) para quien se contenta sólo de contentar a Dios*⁴²⁵. Con su gran experiencia de vida y sabiendo que Dios no pide a todos lo mismo, escribió como decía a menudo:

— *Para que se mantenga la unión en la vida comunitaria, es preciso saber dejar pasar, comprender las deficiencias para disculpar, saber apreciar las cualidades para tenerlas en cuenta. Nuestra vida de unión comunitaria debe ser un testimonio de fe, de esperanza y de amor, como Cristo pidió al Padre: “Que ellos sean uno como Tu y Yo somos Uno”*⁴²⁶.

Humildemente pedía perdón por las faltas que veía en su conciencia delicada, pero no escrupulosa, y con sinceridad prometía ser siempre más fiel. Sentía un gran deseo de perfección y de crecer en el amor, para que su oración tuviese más poder en el Corazón de Dios. Era con dolor como veía su fragilidad, las tendencias de su naturaleza independiente para reclamar sus derechos —un rasgo muy acentuado de su personalidad— y suspiraba compungida:

— *Siento mucho todo lo que contradice mi manera de ver y sentir. Tengo que morir para que los otros vivan. Cristo murió para darme a mí la vida*⁴²⁷.

¡Cuánto tuvo que mortificarse! ¡Cuánto tuvo que sufrir! Pero, con los ojos puestos en Cristo, seguía adelante, sin quedarse a mirar demasiado las marcas que las espinas dejaban en sus pies, dando a todo un sentido espiritual, según ella escribe:

— (...) *vamos contentos, como niños abandonados en los brazos del Padre, sea que Él nos lleve por caminos llanos o sea que nos conduzca por caminos tortuosos, pisando espinas, cardos y abrojos, poniendo nuestros pies sobre las huellas que Cristo, yendo por delante, dejó marcadas en el suelo de la tierra: es subir conTigo la empinada montaña del Monte Calvario, es beber conTigo hasta la última gota del cáliz que el Padre Te preparó, es ser una conTigo en la fracción del pan y en la libación*⁴²⁸.

⁴²³ Regla de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, número 10.

⁴²⁴ Constituciones de las Monjas Descalzas de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, número 37.

⁴²⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección* capítulo 13 n.7.

⁴²⁶ *O Meu Caminho* IV p.3.

⁴²⁷ *Ibidem* pp.5-6.

⁴²⁸ HERMANA LÚCIA, *Como vejo a Mensagem*, Fátima 2007, p.38.

Tuvo mucho que sufrir, como la Señora le había prometido el 13 de mayo de 1917. Pero siempre supo sufrir ofreciendo generosamente su dolor por la redención del mundo, por las grandes intenciones del Santo Padre, siempre unida a Cristo su Esposo.

10. UNA COMO TODAS LAS DEMÁS Y SIEMPRE SINGULAR

La Hermana Lúcia era alegre, espontánea, veraz, sencilla, pero prudentemente reservada. A su espontaneidad natural de los primeros años de infancia, la pureza de su confianza en aquellos con quienes convivía se recogió a su interior, como si estuviera casi amendrentada desde la época de las apariciones. Comenzando por la familia donde ella se sentía la reina, la pequeña Lúcia de apenas 10 años se sintió desamparada y a cada paso atropellada al encontrarse con la desconfianza ante la verdad que afirmaba. ¡Fue una grandísima cruz! Sintió que perdía a la madre y eso abrió en su corazón ¡una herida enorme! Después, las tensas reuniones con el Párroco, autoridad religiosa muy venerada en aquellos tiempos y más en una aldea, y esto seguido por los interminables interrogatorios de tantos Sacerdotes que aparecían por Fátima y querían aclaraciones. Por fin, la interminable procesión de personas de todas las clases, ante las que tenía que verse sola, repitiendo siempre las mismas respuestas.

El desfile nunca más terminó. A donde quiera que fuese, siempre la descubrían y allí aparecían los bienintencionados, buscando ayuda y aclaraciones para colaborar en la difusión del Mensaje, pero también los curiosos, para verla por devoción o con otras intenciones.

En el Carmelo, protegida por una clausura rigurosa, no saboreó la ausencia de esas visitas por mucho tiempo. Como cualquier Carmelita, podía recibir las visitas de miembros de su familia y de las personas de su intimidad durante los tiempos ordinarios, salvo en Cuaresma y Adviento.

Quería ser como todas, pero la pastorcita era única. Era igual a todas como religiosa, como carmelita, y como tal tenía un peculiar estilo de vida que abrazó por amor y se esforzó por vivir fielmente. Pero a ello se superponía que era la Vidente de Fátima, cada vez más solicitada de todos los lados, lo que le causó no poco sufrimiento.

Aquellos que la buscaban llamando a las puertas del Monasterio sin éxito, recurrían al Arzobispo de la diócesis don Ernesto Sena de Oliveira, cada uno procurando la recomendación que podía. Para ella era forzoso ceder, con sacrificio, y también para la Priora, que a veces se veía en una situación difícil para protegerla. Y, a su pesar, el Arzobispo tenía que firmar algún permiso y presentar al visitante. Cada uno podía pensar que una excepción con él no iba a alterar la vida de la Hermana Lúcia, ni incluso la vida comunitaria, pero no se valoraba lo que significaba que ¡ella sola fuera la destinataria de tantas excepciones!

Pidió ayuda a don Ernesto. En una carta le confiesa que le costaban esas innumerables visitas, mostrando al mismo tiempo cómo vivía este sacrificio, no perdiendo nada que pudiese ser de provecho a los Hermanos:

— *Estas visitas son un poquito mi cruz, pero son también una parte de la Misión que Dios me ha confiado: ni en el Cielo me dejarán en paz, pero allí las atenderé con mayor generosidad, porque ya no habrá peligro de perturbar la unión de mi alma con Dios*⁴²⁹.

El Señor Arzobispo, al ver que no podía controlar tantas solicitudes, en un viaje que hizo a Roma pidió una norma autorizada que previniese la multiplicidad de las visitas, colocándolas bajo lo que prescriben las Constituciones: todas las visitas que no sean de su familia o de sus relaciones de amistad más íntima sólo podían ser recibidas mediante autorización de la Santa Sede. Con esta protección, se redujo más el número de visitas, pues era más difícil llegar a Roma.

⁴²⁹ Carta de 30 de agosto de 1949.

En cuanto a las visitas a la Comunidad, quedaba a su criterio participar o no. Sin ser un espíritu de contradicción, cuando en las Hermanas veía mucho empeño para que fuese al locutorio, usando la libertad que tenía para esto, decidía no ir. Si iba, lo hacía con mucha sencillez y naturalidad, siempre procurando que aprovechara a las personas. Con su presencia, las visitas eran muy agradables. Como había tenido una vida ya bien larga, tenía siempre muchos episodios que contar y lo hacía con inmensa gracia, haciendo que pasara el tiempo sin que uno se diera cuenta.

11. CORRESPONDENCIA DE TODAS LAS PARTES DEL MUNDO

Al lado de cualquier encargo que desempeñase, la tarea que siempre ocupó a la Hermana Lúcia fue la correspondencia que le llegaba de todas partes del mundo y que, con el pasar de los años, ésta fue siempre en aumento.

Eran cartas esencialmente para implorar su oración por los problemas y dolores que atormentaban a esas personas. Algunas eran verdaderas confesiones de conciencias atribuladas y deseosas de liberarse del pecado. Estas cartas, después de leídas y contestadas, eran quemadas, una tarea que hacía la Hermana Lúcia en persona, por respeto al sigilo sobre el asunto. Y no se apartaba de junto al fuego hasta que todo eran cenizas. Cuando ella ya no lo podía hacer, pedía a quien le hiciese ese servicio, en conciencia, que todo acabase en la hoguera.

Normalmente respondía a todos, en la mayoría de los casos enviando una carta que tenía impresa en varios idiomas, asegurando su oración y siempre añadía algunas estampas. En casos especiales respondía por extenso. Desde que tuvo a su disposición una máquina, escribía de ese modo, haciendo una copia en papel carbón para guardar, por prudencia. Más tarde, un amigo y benefactor de la Comunidad le regaló una *Olivetti* eléctrica. Esta máquina con memoria fue para ella un regalo que la complació mucho. Decía que lo mejor que tenía era que se podía borrar sin necesidad de raspaduras y hacer cuantas copias uno quisiera. Fue con tenacidad como se aplicó a aprender su manejo, ya a sus setenta años. Y ¡lo consiguió!

Se ocupó personalmente de este trabajo hasta el año 2000. Después de la beatificación de los dos Primos, de la revelación de la tercera parte del Secreto y de la publicación de las *Llamadas del Mensaje de Fátima* (“Apelos da Mensagem de Fátima”), parece que la Hermana Lúcia sintió que había cumplido su misión y ya raramente respondía a las cartas que le llegaban. Las abría, las leía, y decidía las que debían ser contestadas poniendo una señal en el sobre: R. (Respuesta) o S. R. (Sin Respuesta) y después las entregaba a la Priora. Pensaba que ya todos tenían la respuesta esencial en el libro que quiso escribir para eso mismo: *Llamadas del Mensaje de Fátima* es una respuesta colectiva a los problemas fundamentales de la persona humana, un catecismo para recordar la Ley de Dios, la penitencia más eficaz y primera.

Como ella cuenta: — *Ésta es ahora la penitencia que el Buen Dios pide: El sacrificio que cada persona tiene que imponerse para llevar una vida de justicia en la observancia de Su Ley y Él desea que se haga conocer con claridad este camino a las almas, pues muchos, entendiendo la palabra “Penitencia” como las grandes austeridades y no sintiéndose con fuerzas ni con la generosidad para eso, se desalientan en una vida de tibieza y de pecado*⁴³⁰.

12. LA FUNDACIÓN DE NUEVOS CARMELOS

En los años 60 comenzó a tomar cuerpo la idea de la fundación de un nuevo Monasterio. Con anterioridad se había pedido una fundación en la diócesis de Lamego. Pero, como entonces la

⁴³⁰ *Ibidem*.

Comunidad no estaba en condiciones, esa idea fue abandonada. El 27 de abril de 1963 su gran amiga doña Maria Eugenia Pestana visitó a la Hermana Lúcia. Le habló de su tía, de la señora doña Maria José Vasconcelos, mujer ya anciana, muy amiga de la Hermana Lúcia desde los tiempos del asilo de Vilar. Hablaron de la *Quinta da Fonte Pedrinha*, que pertenecía a esa señora, y la Hermana Lúcia vibró con el recuerdo de los tiempos allí pasados cuando era niña. Notando esa emoción, la señora doña Maria Eugenia le preguntó si aún le interesaba esa casa, a lo que la pastorcita respondió:

— *Personalmente para mí, no, porque no puedo tener nada por el Voto de pobreza, pero para la Fundación de un nuevo Carmelo estaría bien, si para eso la tía lo quisiera dejar* ⁴³¹.

La visitante se mostró entusiasmada con la idea y prometió hablar de eso a la tía, que también quedó después muy contenta con ese destino para su propiedad. Con el permiso de los Superiores, la Hermana Lúcia escribió a los varios miembros de la familia Pestana, pidiendo para ese fin la *Quinta da Fonte Pedrinha*. Aún vivía la señora Maria José Vasconcelos, a quien agradó que se le hiciera la oferta, pero sus sobrinos eran ya sus herederos.

La Hermana Lúcia se entregó a este proyecto con alma y corazón, se puso en contacto con los Superiores, pidiendo autorización en nombre de la Priora, que delegaba en ella la responsabilidad de muchos asuntos, elaborando un plano para la adaptación de la casa a las exigencias mínimas de un Monasterio, pensando y preparando el “ajuar” y mobiliario para la nueva Comunidad, y ayudando a remover los obstáculos que iban apareciendo en el decurso de las obras. Fueron siete las ocasiones en que se desplazó a Braga para ver y orientar las obras de lo que se llamaría el Carmelo de la Inmaculada Concepción, la última el 29 de abril de 1970 para ultimar los preparativos para la inauguración, que tuvo lugar el día 2 de mayo. Ese día ya quedaron allí cuatro hermanas, dos provenientes del Carmelo de Oporto, que fue co-fundador.

Dos días después de la Fundación, en una carta a la Señora Condesa de Riba de Ave se expresa así: — *Yo he ayudado, en lo que me fue posible, a preparar todas las cosas y me interesé por la dicha Fundación, porque creo que es para la gloria de Dios y el bien de las almas. Pero un Carmelo es más: una luz que brilla en medio de las tinieblas del Mundo para señalar al Cielo, una ascensión hacia lo sobrenatural, hacia el Dios vivo, creador y Señor supremo de todas las cosas, principio y fin de nuestra propia existencia, fuente de vida y de gracia, por Quien seremos salvos. Es una predicación silenciosa para los que pasan y lo observan. Es más un semillero de almas puras que oran y se inmolan por sus hermanos que viven y luchan en medio del mundo.*

Fue un día de gran alegría y consolación, saboreando el gozo que inundaba a nuestra Madre Santa Teresa cuando abría un nuevo Monasterio, por el hecho de tener un sagrario más donde acoger a Nuestro Señor. La Hermana Lúcia escribió los sentimientos que la inundaron, de esta manera: — *Fue para mí una inmensa alegría que Nuestro Señor se hubiera querido servir de esta pobriña ¡para abrirLe de nuevo aquél Sagrario y colocarlo sobre aquél mismo altar! ¡Gracias Señor, por tanto amor!* ⁴³²

La Hermana Lúcia alimentó siempre un cariño maternal hacia el Carmelo de Braga, situado en la colina del *Bom Jesus*. Al principio se trató en serio de su marcha para integrarse en la Comunidad fundadora, pero después no se hizo por diversas razones. Pero ella siempre se interesó por las Hermanas y por la fiel observancia de la vida reglar en esa Comunidad, para la que se había esmerado en preparar la cuna.

Más tarde, al no ser posible concretar el deseo de instalar ahí el Monasterio definitivo, ampliando el edificio, las Hermanas tuvieron que levantar otra construcción enteramente nueva,

⁴³¹ *O Meu Caminho* II p.90.

⁴³² *Ibidem* p.359.

con la ayuda de un grupo de amigos alemanes, llamado “amigos de Fátima”. A la Hermana Lúcia esto le dió un poco de pena.

Después de unos 20 años, el señor Obispo de Guarda don António dos Santos pidió a esta Comunidad una fundación en su diócesis. Aún estando ella ya mucho más cargada de años, no dejó de interesarse por esta nueva Fundación ni de informarse, y estuvo presente en la elección del lugar para la construcción del Monasterio. Con sus ya 87 años, hizo sin problemas aquél largo viaje. Y el 24 de agosto de 1994 vió partir para ese nuevo “palomarcico de la Virgen” a siete Hermanas destinadas al Carmelo de la Santísima Trinidad, que quedó erigido ese día, aniversario de la primera Fundación Teresiana.

CAPÍTULO XVII

VISITAS DEL CIELO EN SU CELDA

1. NUNCA TE DEJARÉ

Era edificante ver a la Hermana Lúcia en sus ocupaciones diarias, siguiendo los actos de la Comunidad, según la edad y la salud lo iban permitiendo. Quien la veía en el día a día, tan sencilla, natural y laboriosa, no imaginaba ¡la intensa vida interior que las paredes de aquel cuerpo frágil soportaban! Como Moisés, mantenía sus brazos levantados en intercesión por el mundo, que abrazaba en continua oración. Rezaba y amaba, ofreciendo y ofreciéndose constantemente por la Iglesia, por el Santo Padre, por toda la Humanidad. Era en el pequeño santuario de su celda donde más le agradaba permanecer y ahí expandía su alma, confiando las necesidades del mundo al Corazón de la Madre y, a través de Ella, al Corazón de Dios.

En esa celda, donde se entregaba a la oración, a la lectura o al trabajo, recibió algunas visitas del Cielo, quizás muchas ... Todas estas visitas tenían un único objetivo: ayudar a cumplir su misión de hacer conocer y amar a Jesús y al Corazón Inmaculado de María ⁴³³. Eran respuestas a sus angustias, a su oración, o nuevas peticiones. Cuando entre bromas y veras le decíamos: “Hermana, Lúcia, cuando Nuestra Señora vaya por ahí, llámenos”, ella respondía natural y espontáneamente con una risita: — *¡Pues, sí! Enseguida les llamaré, aunque Ella se irá*. Otras veces, decía: — *Abran los ojos ...* ⁴³⁴ ¡Si las paredes de aquella celda hablaran! ... Pero quedaron en silencio, en el secreto de Dios, muchas páginas maravillosas que la pastorcita nunca escribió porque, según decía, no tenía confianza en el papel.

Confiesa que: — *No soy, como en el mundo se imagina, del número de esas almas felices que ven y hablan personalmente con Nuestro Señor todos los días: esas gracias me han sido concedidas, de largo tiempo en largo tiempo. Largos años las separaban a veces y durante esos períodos quedé trillando mi pobre camino a la luz de la fe y de la gracia que esos favores dejan en el espíritu. Pero no voy sola, siento la presencia de Dios, que me absorbe en Su Ser Infinito comunicándome luz, gracia y fuerza para llevar la Cruz que me dejó. Él me conoce bien, toda mi flaqueza y miseria y no me abandona, porque sabe que no soy capaz de más* ⁴³⁵.

Las gracias místicas no la eximían de continuar recorriendo su camino con noches oscuras, con dudas y en un total abandono en las manos de Dios. Como cualquier cristiano, la Hermana Lúcia tuvo que caminar en la fe, en la esperanza y en la caridad, soportando los sufrimientos inherentes a la condición humana y venciendo problemas y obstáculos en favor del Mensaje que la Señora le había confiado.

Sin embargo, Dios sabía que la había destinado a una misión especial y ella, pequeña criatura, necesitaba la ayuda de Su Creador. Por eso Él, “*comunicándole luz, gracia y fuerza*”, no

⁴³³ Cf. MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

⁴³⁴ Relato oral de la Hermana Lúcia.

⁴³⁵ Carta de 2 de diciembre de 1949.

la dejaba de amparar y ayudar en los momentos más cruciales, en una íntima comunión con Él, el único Amor de su vida.

El 13 de junio de 1917 Nuestra Señora, cuando dijo que llevaría pronto al Cielo a Francisco y a Jacinta y que Lúcia quedaría aquí algún tiempo, añadió: “*Yo nunca te dejaré*”⁴³⁶, casi como para consolarla y asegurarle que la mejor compañía que ella podría tener era la misma Virgen María. Esta promesa fue cumplida fielmente y la Hermana Lúcia sintió siempre la fiel compañía de la Señora del Rosario a lo largo de su vida, principalmente en los momentos difíciles que tuvo que pasar.

La dulzura del rostro y de la voz de la Señora más brillante que el sol nunca se iban de su pensamiento y ¡qué agradecida quedaba ella después de cada visita de la Madre del Cielo!, ¡cuánto coraje Ella, siempre atenta y fiel a la Voluntad de Dios, no dejó de infundir en el alma de la Hermana Lúcia! Aunque escasas y breves, esas visitas eran luz y fuerza para cumplir la misión que le había sido encomendada por el Cielo.

2. VISITAS DE NUESTRA SEÑORA A LA HERMANA LÚCIA

Sin duda fueron varias las ocasiones en que Nuestra Señora se habría manifestado a su pastorcita a lo largo de ese “*algún tiempo más*” que le pidió que se quedase en la tierra. Por desgracia, la Hermana Lúcia no dejó constancia de todas estas apariciones de la Virgen María por escrito, su deseo era siempre pasar inadvertida, guardando para sí el secreto de la Madre del Cielo como un perfume que, si se expone al aire, pierde su olor. No obstante, cuando Nuestra Señora le daba algún “recado” que ella debía transmitir, aún sintiendo dentro de sí la repugnancia a hacerlo, era con total fidelidad como ella transmitía el mensaje que se le encomendaba.

Creemos que las apariciones de Nuestra Señora que la Hermana Lúcia tuvo en el Carmelo de Coimbra, a lo largo de los 57 años en que allí vivió, sucedieron en su celda, el lugar de recogimiento, intimidad y oración de una Carmelita. Pero todo aconteció siempre con mucha discreción y nadie adivinaba cuándo andaría por ahí Nuestra Señora.

Su porte era siempre muy digno, vivía recogida en los tiempos de oración al igual que en los tiempos de trabajo. Era alegre y comunicativa en los momentos dedicados a la convivencia comunitaria, en ella todo irradiaba la serenidad y normalidad propias de una persona que vive tranquila y feliz, completamente abandonada a la Voluntad de Dios y sin buscar nada extraordinario o fuera de la vida propia de una Carmelita. Lo que el Cielo le daba, ella lo recibía agradecida como un puro don de Dios, del que no se sentía digna.

Señalamos a continuación las visitas de Nuestra Señora de las que tenemos conocimiento, hasta el momento, usando las propias palabras de la Hermana Lúcia.

Ya hemos mencionado arriba el caso del mensaje que Nuestra Señora le entregó el día 22 de agosto de 1949 para el Arzobispo de Coimbra don Ernesto Sena de Oliveira. Ciertamente, habrá sido la primera vez que Nuestra Señora la visitó en el Carmelo, dándole luz y mostrándole el camino que debía seguir, como en otro tiempo en Fátima en la séptima aparición, señalándole una vez más la obediencia al Obispo como Voluntad de Dios.

El 31 de diciembre de 1979 acaeció otro encuentro de éstos, que ella anotó. El día de retiro comunitario, el último día del año, intercedía en su oración por la Santa Iglesia, barca frágil sometida a los vaivenes de las agresivas olas del mundo, pero que tiene la promesa solemne de Cristo: *¡Las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella!*⁴³⁷.

⁴³⁶ MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

⁴³⁷ Mt 16,18.

La Hermana Lúcia describe aquél momento de intensa oración de intercesión, en el que se dió ese encuentro, de esta manera:

— *¡En mi alma todo eran tinieblas y en mi corazón amargura! ¡Cómo, Señor, tu Iglesia no puede perecer! ¿No le prometiste Tu estar con Ella hasta el final de los tiempos? ¿No le diste Tu por Madre a Tu propia Madre, para que sea Su protectora y la defienda de tantos enemigos y la auxilie en los caminos tortuosos y difíciles de la vida? ¿No le prometiste Tu la asistencia del Espíritu Santo, Luz y fuente de gracia, fuerza y sabiduría que ilumina los espíritus y los guía por los caminos de la verdad, de la justicia y del amor? Si es necesario, Señor, acepta mi vida, porque antes quiero morir que dejar de servirTe y amar un sólo día o el instante que sea. ¡Transfórmame en Ti, para que el Padre se complazca viéndote en mí!*

Así oraba con la frente inclinada, en la celda a oscuras, con la ventana cerrada, cuando siento una mano suave que me toca en el hombro izquierdo. Levanto la mirada y veo: era la dulce Madre que escuchaba mi humilde súplica: “Dios ha oído tu oración y Me envía para que te diga que es preciso intensificar la oración y el trabajo por la unión de la Iglesia, de los Obispos con el Santo Padre y de los Sacerdotes con los Obispos, para conducir al pueblo de Dios por los caminos de la verdad, de la fe, de la esperanza y del amor, unidos en Cristo su Salvador”. Si bien me sentí —después de este feliz encuentro— inundada de paz, de luz y gracia, también sentí lo difícil de una tal misión. Es tan difícil remover la dureza de los corazones humanos que sólo Dios lo puede hacer, ¡como de las piedras, hijos de Abraham! Pero confío en que, si Dios lo quiere, Él lo habrá de hacer, ya que para Él no hay imposibles. Confío en Tu protección de Madre, sé que Tú eres la Mensajera del Señor para transmitirme Su palabra, a Él pertenece realizarla, aunque sirviéndose de este instrumento pobre y humilde ⁴³⁸.

El 15 de marzo de 1980, al año siguiente, se dió otro nuevo encuentro. En esta ocasión, una visita de cariño maternal, para confortarla en un momento de oscuridad, tal vez escuchando su gemido por tardar tanto su marcha al Cielo ... por verse con menos fuerzas y parecerle que no estaba haciendo nada: — *Se cernía sobre mí una noche muy oscura, cosas que Dios permite, sombras densas que sólo Dios conoce y Él puede disipar. Por eso confié en Él y a Él me entregué feliz. Cuando menos lo espero, la Madre del Cielo me entra en la celda, una visita breve, que ¡aunque hubiera sido larga, me habría parecido corta! Gracias, Señora, porque tan solícita Te desvelas por esta pobre hija. — “Dios es tu consuelo y aquí estoy Yo para ayudarte. Es para servirLe por lo que aún sigues aquí”* ⁴³⁹. En agradecimiento, le brotaban del corazón, espontáneos, estos versos que adaptó a la música de un cántico que ella conocía:

*Ó Mãe quanto mais Te vejo,
mais bela para mim és!
venho depor com desejo
meu coração a teus pés!*

*E se um dia por loucura
outra vez o requerer,
não mo devolvas, Mãe pura,
porque o poderei perder!*

*És a Rainha dos Céus,
da terra és Mãe bondosa!
acolhe em teu regaço
esta filha, carinhosa.*

*¡Oh Madre, cuanto más Te veo,
más hermosa eres para mi ser!
¡A poner vengo con deseo
mi corazón a tus pies!*

*Y si un día por locura
lo requieres otra vez,
no me devuelvas, Madre pura,
¡porque me podré perder!*

*¡Tu, Reina eres de los Cielos,
de la tierra madre bondadosa!
Acoge en tu regazo
a esta hija, cariñosa.*

⁴³⁸ O Meu Caminho IV pp.132-133.

⁴³⁹ O Meu Caminho, 15 de marzo de 1980.

*Es a aurora do Céu.
Cobre a terra o teu fulgor!
Reflexo da luz de Deus,
es a Mãe do eterno amor!
Ao Céu elevo meus hinos,
que da terra és encanto!
Aos devotos peregrinos
estende aponta do teu manto*

*¡Tu, aurora eres del Cielo.
A la tierra cubre tu fulgor!
Reflejo de la luz de Dios,
Madre eres del eterno amor!
¡Al Cielo elevo mis himnos
que de la tierra es el encanto!
A los devotos peregrinos
la punta tiende de tu manto!*⁴⁴⁰

En octubre de 1984, durante el retiro comunitario, en la celda recibió nuevamente la visita de Nuestra señora. En esta ocasión sólo nos dice que recibió la visita celestial, sin anotar el contenido del mensaje.

3. POR MARÍA A JESÚS

Pero, más allá de estos encuentros esporádicos, que eran recibidos con un corazón pobre, humilde y agradecido, en su vida de profunda oración: si hacía preguntas, si mostraba alguna angustia o aflicción, si intercedía por algún asunto, era ilustrada mediante respuestas que oía en la intimidad de su corazón, donde vivía en la presencia del Invisible, según lo que anota el día 6 de abril de 1951: — *Primer Viernes de mes, hago el retiro del mes, siento la presencia de Dios. Siento que soy Su Sagrario vivo donde Él mora con misericordia Infinita, Trino en Personas. Él me ha poseído y soy de Él. Le repito en lo íntimo de de mi alma: “¡Oh, Santísima Trinidad, yo Os adoro! ¡Dios mío, Dios mío, yo Os amo en el Santísimo Sacramento!”*. Y siento el eco de esas palabras muy a lo lejos: “La gracia que hoy te es concedida, permanecerá siempre viva en tu pecho, produciendo frutos de vida eterna”⁴⁴¹.

O bien lo que escribió el día 16 de octubre de 1971: — *Siento la presencia de Dios en mí. No oigo el sonido de Su voz vibrando en mis oídos naturales. No Lo veo con mis ojos de carne, pero siento Su presencia como si Lo viese naturalmente y me siento inmersa en Su luz y en Su amor. No es sólo en la oración, Lo siento en el trabajo, en las ocupaciones del día a día, a veces cuando menos Lo espero. Y así es como aumenta y crece mi amor por Él, por su y mi Madre la Virgen María, llevándome a la práctica de la virtud que santifica y purifica en mí Su amor*⁴⁴².

En marzo de 1987, al final de un retiro comunitario, que vivió con mucho fervor aunque no estuviese bien de salud —estaba a punto de cumplir ya los 80 años—, anota: — *Con la Comunidad terminé los ejercicios espirituales, que fueron maravillosos, sobre la vivencia de la oración litúrgica. Sentí la presencia de Dios, fui inmersa en Tu inmensidad, me perdí en el Océano de Tu amor. Te amo con Tu amor, me entrego: ¡Tú eres mi paraíso! Encontré en Ti todo cuanto he deseado, nada más quiero que no seas Tú, la Trinidad que amo*⁴⁴³.

Desde que se encontró con la Señora más brillante que el sol, desde que vió y se vió en aquélla Luz que es Dios, la Hermana Lúcia nunca más dejó de mirar a Su rostro, que quedó grabado para siempre en su corazón. Sus ojos, deslumbrados por esa Luz inconfundible, nunca más se desviaron de esa Estrella, que la conducía a veces en medio de densas tinieblas, iluminadas por la certeza de la promesa de la Madre: — *Yo nunca te dejaré. ¡Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios!*⁴⁴⁴.

⁴⁴⁰ ARCHIVO DEL CARMELO DE COIMBRA, *Poemas*.

⁴⁴¹ *O Meu Caminho* I pp.321-322.

⁴⁴² *Ibidem* III p.146.

⁴⁴³ *Ibidem*, año 1987.

⁴⁴⁴ MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

María es siempre camino, guía, luz que conduce hasta Dios Trinidad de Amor.

En esta certeza la Hermana Lúcia vivía anclada en la fe, sintiendo la nostalgia del Cielo ¡que tanto tardaba en abrirle las puertas! ... Pero, sobre todo, vivía intensamente inmersa y entregada al Amor, a SU VOCACIÓN, como confiesa en una carta escrita al Obispo de Coimbra don Ernesto Sena de Oliveira el 29 de abril de 1952:

J. + M.

*Carmelo de Santa Teresa,
Coimbra, 29-4-1952*

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo:

Ésta tiene el fin principal de enviar mis pobres y humildes felicitaciones. No quiero dejar de agradecer también la visita del día 26: que de nuevo Nuestro Señor pague a Vuestra Excelencia este acto de caridad.

Quedé espiritualmente bien dispuesta y me sentí comprendida al verme lanzada hacia el amor ... es mi vocación desde niña. Las palabras de Nuestra Señora: “Decid muchas veces y en especial siempre que hagáis un sacrificio: ¡Oh, Jesús mío, es por Vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María”, se grabaron indeleblemente en mi corazón, de modo que por sí brotan sin necesidad de esfuerzo en pronunciarlas. Tengo esto por una de las mayores gracias que en mí dejó la querida Madre del Cielo. La llamo mi vocación al amor, completada por aquellas otras: “Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno por no tener quién se sacrifique y pida por ellas”. Ésta es mi Misión, el apostolado por la oración, por el sacrificio y por el amor.

No sé cuántas tonterías digo, pero es lo que siento y en lo que cada día más y más me confirmo y parece que Vuestra Excelencia lo adivinaba cuando, aún sin conocerme bien, en mi Profesión Solemne hizo aquella plática que jamás olvidaré sobre “Mi primer y último amor”. Digo lo que me dicta el corazón y me dejo ir sin estudiar las palabras, según salen a vuelo pluma, y pido a Vuestra Excelencia se digne corregir los errores de mi camino.

Con el mayor respeto y dedicación filial beso el sagrado anillo de Vuestra Excelencia y le pido se digne bendecirme. Hermana Lúcia i. c. .d.

Aunque tuviese que caminar por la empinada senda de la nada, su fe viva era el cara a cara en medio de las tinieblas, la verdadera luz que le iluminaba el camino.

CAPÍTULO XVIII

ENCUENTROS CON EL OBISPO VESTIDO DE BLANCO

1. EL PAPA PABLO VI - 1965

Día 13 de mayo de 1965. La pastorcita de *Serra de Aire* vivió una gran alegría cuando el Papa Pablo VI envió una Rosa de oro a Nuestra Señora de Fátima. Era un gesto de cariño de la Iglesia, en la persona de su Jefe Supremo, para con la Señora más brillante que el sol, pero otro sello más para autenticar el Mensaje de la Señora de la Encina. Ese mismo día escribió al Papa una carta de profundo agradecimiento, también por haber proclamado a María Madre de la Iglesia:

— *Muchas gracias, Santísimo Padre, por la devoción con que se ha dignado distinguir a Nuestra Señora de Fátima, ofreciéndole una rosa de oro, símbolo del afecto filial de Vuestra Santidad para con tan buena Madre. Muchas gracias, Santísimo Padre, por la declaración de Nuestra Señora como “Madre de la Iglesia”, ¡en un momento tan oportuno! En cualidad de miembro pequeñito de este cuerpo místico de Cristo, me siento profundamente conmovida por este nuevo gesto ¡de filial devoción de Vuestra Santidad para con la querida Madre del Cielo!*

Dos años después, el día 4 de mayo de 1967, el corazón de la Hermana Lúcia saltó de gozo: recibió la noticia de que el Papa Pablo VI iba a ser un Peregrino de Fátima el día 13, ¡en la celebración del cincuentenario de las Apariciones! De inmediato brota un sueño que en ella tenía también cincuenta años: ¡ver al Santo Padre! Pero ni se atreve a pronunciar la palabra:

— *Nos dieron la noticia de que el Santo Padre venía a Fátima el día 13. Sentí una gran alegría ¡por la honra dada a Nuestra Señora! Y ¡quién sabe! ¿Querrá Nuestra Señora ahora hacerme la gran gracia? Pero yo no la merezco, ¡quedo contenta con Su gloria!*⁴⁴⁵.

Pasados dos días, una nueva información la desarma:

— *Dicen que el Santo Padre viene con las horas y los minutos contados para regresar el mismo día, pierdo la esperanza, pero ofrezco gustosa el sacrificio a Nuestra Señora para que todo salga bien y que sea para la gloria de Dios, por la Santa Iglesia, la paz en el Mundo y la unión de los Hermanos separados*⁴⁴⁶.

Dos días más ... y en su corazón entra un rayo de sol con unas palabras del señor Arzobispo de Coimbra don Ernesto, que le da algunas esperanzas del deseado encuentro, pero ella sigue siendo incrédula: — *¿Será verdad? ¡No sé! Pero sé ¡que Dios es bueno! ¡Muy Bueno!*⁴⁴⁷ Por fin, el día 9, a última hora casi, el Prelado mismo le confirma aquello que le había dicho suponiendo que podría ser. La Pastorcita irá a Fátima al encuentro con el Pastor Supremo, iba a ver en persona al *Obispo vestido de blanco*⁴⁴⁸.

El año anterior, en conversación privada con el señor Cardenal Ferreto, que la visitó después de haber presidido las celebraciones del 13 de mayo en Fátima, confesó cuánto le gustaría

⁴⁴⁵ *O Meu Caminho* II p.127.

⁴⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁴⁸ MHL I: *Apéndice III. Tercera parte del “Secreto”*, p.213.

hablar con el Santo Padre, y en abril de ese año ella escribió al mismo Papa, expresando su deseo de ver a Su Santidad en Fátima y pedía un encuentro privado, que luego no se dió.

En el coche del doctor Miguel Barata, gran amigo y médico de la Comunidad, acompañada por la Priora, la Madre María de Cristo y por la Hermana Inês da Eucaristia, sobrina de la Vidente, partió para Fátima a las 6 de la tarde del día 10 de mayo y llegaron al Carmelo de San José en Fátima a las 10 y media de la noche. En el viaje, la Hermana Lúcia procuró disimular su emoción al ver la interminable fila de peregrinos que iban a pie bajo una lluvia torrencial. ¡Qué ganas tuvo de bajar del coche y caminar con ellos, rezando y cantando! ... incluso en el coche su corazón estaba ahí con ellos, pisando la tierra fangosa, como solía vivir esos días en espíritu desde el silencio y la ocultación en su celda de carmelita o anteriormente cuando era Dorotea.

Estuviera donde y como estuviese, como una brújula, su corazón nunca se desviaba de su Norte: María, Fátima. Ahora ¡estaba en Fátima! Qué torbellino de sentimientos la invadían. Pero ella procuraba vivirlos sin mostrar señales exteriores: — *Todo me impresiona y me hace sentir en lo íntimo casi como un escalofrío que procuro disimular para que nadie advierta lo que pasa por mi alma. Siento y voy ofreciendo a Dios por aquella multitud suplicante, en medio de la que, si me fuese posible, desconocida, querría fundirme para unir mi voz a las suyas, confundida con la multitud pasar la noche bajo la lluvia, al frío y al relente y, como ellos, ofrecer a Dios esta penitencia en acto de reparación, de adoración y de súplica, como hace 50 años aquí nos fue pedido: “¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros como acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?”*. — *“Sí, queremos”* ⁴⁴⁹.

En la noche del 12 al 13 deseó quedarse toda esa noche en adoración en la capilla. Pero, al estar bastante constipada, no le fue permitido y, obedeciendo, se fue a acostar. No durmió casi nada. ¡Aquella noche no era para dormir! La pasó rezando y su corazón voló a postrarse en adoración delante del Santísimo expuesto en el Santuario.

Había pasado todo el día 10 a la espera de un Monseñor que debía darle instrucciones sobre la tan deseada audiencia con el Santo Padre, pero esa persona nunca apareció. Al saber por el Señor Obispo de Leiría que debía participar en la Misa del Papa desde la tribuna, quedó perpleja y pensó que se trataba de alguna confusión. Esperó algún tiempo más a que ese tal Monseñor le fuese a hablar y, al ver que nunca aparecía, pidió telefonear al Señor Nuncio, que confirmó que aquélla era la decisión del Santo Padre. Ella no deseaba eso, pero si Su Santidad lo ordenaba, ella obedecía. Entonces pidió permiso al Señor Nuncio para que la acompañasen algunas Hermanas carmelitas más. En medio de ellas deseaba disimular mejor su presencia ... Además de la Priora de Coimbra y de la Hermana Inês, sobrina de la Hermana Lúcia, se permitió que la acompañara la Priora y la Primera Consejera del Carmelo de San José.

A las 9 de la mañana fueron al Santuario. Después que se hubieran instalado en sus sitios, se formó una fila de personas que la querían saludar. No era posible huir de eso. Y pronto entró en el recinto del Santuario el Obispo vestido de blanco. Ella cuenta que el Santo Padre atravesó la tribuna como un relámpago. Casi ni lo vió. Pero, cuando apareció revestido ya para la Misa, pasó delante de ella y sonriendo la bendijo. ¡¡¡Qué emoción!!!

Siguió a continuación la Santa Misa, vivida con mucha intensidad y llegó el momento de recibir la Sagrada Comunión. Dejémosla que ella nos cuente sus sentimientos: — *¡No sé describir lo que sentí en el momento en que tuve la dicha de recibir el Pan de los Ángeles de las paternales manos del Summo Pontífice! ¡Sólo Dios podrá mostrarnos en el Cielo la excelencia de la gracia que nos comunica en la tierra! La acción de gracias no fue breve, porque ella aún perdura en el*

silencio de mi alma agradecida por tantas delicadezas del Buen Dios, de la querida Madre del Cielo, a quien se refiere toda la honra y gloria, y al Vicario de Cristo en la tierra, al que venero, obedezco y estimo como representante del mismo Dios ⁴⁵⁰.

Al final de la Eucaristía, alguien invitó a la pastorcita a acercarse al Santo Padre, que le extendió los brazos diciendo en italiano: — *Viene, figliola mia, viene! [¡Ven, hijita mía, ven!]* ⁴⁵¹. La Hermana Lúcia con viva emoción besó el pie del Santo Padre y después el anillo. Su Santidad le dijo que había recibido su carta de abril y, sin más explicaciones, mandó que hablase con su Obispo sobre el asunto tratado y que le obedeciese. Cuando pidió hablar en privado, escuchó sólo un “no” que no admitía insistencia. A su lado estaba el Señor Obispo de Leiría, que pensando que la Hermana Lúcia no había comprendido las palabras del Santo Padre, le dijo: — *Dice el Santo Padre que la Hermana me diga a mí lo que quería decir a Su Santidad y yo lo transmito*. A lo que el Papa respondió: — *Eso es* ⁴⁵².

La Hermana Lúcia regaló al Santo Padre un corporal y una palia, ésta bordada en oro por sus propias manos de artista, y un pergamino en el que escribió:

Santísimo Padre,

El mensaje de Nuestra Señora es de paz, de misericordia y de súplica:

En mayo de 1917 Nuestra Señora dijo: “Rezad el Rosario todos los días para que se alcance la paz para el mundo y el fin de la guerra”. Es por eso por lo que suplico a Vuestra Santidad se digne intensificar el rezo del Rosario y, de ser posible, disponer que los Domingos y días Festivos, en todas las iglesias y capillas públicas y semipúblicas donde no hay Misa Vespertina, se rece el Rosario ante el Santísimo expuesto terminando con bendición, en espíritu de reparación, adoración y súplica.

Implorando la Bendición Apostólica

Maria Lúcia del Corazón Inmaculado ⁴⁵³.

De Su Santidad recibió un rosario muy hermoso en un estuche blanco como el rosario. Estaba terminando el encuentro con el Papa. Filialmente agradecida, quedaba con una cierta amargura en el corazón ... ahora que estaba junto al Papa, ¡no le podía abrir francamente su alma! Sola con Su Santidad ella conseguiría ser un libro abierto, pues siempre le costaba hablar de ciertos asuntos relacionados con las Apariciones. Tenía un gran respeto y espíritu de fe en las mediaciones humanas, pero sí podía hablar directamente con el Papa ... Tantos años deseando este momento y, ahora que estaba en la presencia del Pastor Supremo, no se le permitía hablar ...

Sin que esto robase el inmenso gozo que vivió en ese encuentro con el Santo Padre, esta negativa fue una gota amarga que atemperó la felicidad de ese momento. Pero fue también ocasión para probar su humildad, aceptando con amor y paz que el Papa no le hubiera concedido la tan deseada audiencia, diciéndole que hablase con su Obispo. En el silencio de su corazón, en aquél lugar donde hacía cincuenta años atrás había dado su Sí a todo el sufrimiento que Dios le quisiera enviar, la pastorcita dijo de nuevo Sí y besó esta espina más con profundo amor.

Se retiró a su lugar en la tribuna, en cuanto el Santo Padre la hubo recibido y bendecido a algunos miembros de su familia y enseguida fue a colocar un rosario en la imagen de Nuestra Señora, recogiendo unos instantes en oración ante ella. En ese momento la multitud, que abarrotaba el recinto, aclamó al Santo Padre con un entusiasmo vibrante, al que Su Santidad

⁴⁵⁰ *Ibidem* p.138.

⁴⁵¹ *Ibidem* p.139.

⁴⁵² *Ibidem*.

⁴⁵³ *Ibidem* p.134.

correspondió abriendo los brazos, queriendo significar que a todos abrazaba. De pronto comenzó a escucharse una petición de la multitud: — ¡Lúcia! ¡Lúcia! Santísimo Padre, ¡muéstrenos a Lúcia! Habiendo sido informado de lo que pedían, el Papa la mandó llamar.

Dejemos que ella nos cuente ese momento:

— *Por orden de Su Santidad vino un Monseñor junto a mí y con un gesto me indicó el camino para pasar adelante. En cuanto me aproximaba, el Santo Padre vino a mi encuentro extendiendome paternalmente los brazos. Como no sabía lo que Su Santidad deseaba, al llegar junto al Santo Padre me arrodillé. Entonces Su Santidad, inclinándose paternalmente, me ayudó a levantarme mientras yo besaba el Sagrado anillo y, tomándome de la mano, me llevó a la parte delantera de la tribuna y, poniéndome a su lado con un gesto de presentación, dijo a los peregrinos: “¡Aquí está!”. Como es natural, se redobló el entusiasmo de la multitud, aplaudiendo a Su Santidad. Tras unos breves instantes, el Santo Padre trazó solemnemente una vez más la señal de la cruz sobre el pueblo delirante, bendiciendo, y se retiró un poco hacia atrás. Entonces con un moderado y simple gesto dije adiós a los Peregrinos y me retiré hacia atrás para junto al Santo Padre. Su Santidad aún se detuvo ahí por unos momentos contemplando el aspecto maravilloso de la multitud, unida en un mismo espíritu de Fe, de devoción y amor a Nuestra Señora, al Vicario de Cristo en la tierra, a Quien ama, respeta y obedece con devoción filial. A continuación, al darme de nuevo una bendición que recibí de rodillas, besé con respeto el Sagrado anillo de Su Santidad, y el Santo Padre se retiró a la Basílica.*

*Pude entonces saludar a la hermosa imagen de Nuestra Señora, que se encontraba junto a mí sobre sus andas y a cuyos pies el Santo Padre me dejaba casi como haciendo compañía a los dos palomas que La acompañaban como su corte, sin que éstas se asustaran ni levantaran el vuelo con el ruido de las voces de la multitud que rezaba y cantaba, de los aviones que cruzaban el cielo, ni con el gran Rosario con que el Santo Padre las había tocado, ¡ni con la suntuosidad de las vestes pontificias! También yo hubiera querido hacerles una caricia, tomándolas en mis manos, segura de la presencia que ellas representan, pero aún estoy en la tierra donde tengo que cumplir con las exigencias de las circunstancias en que Dios me ha puesto y, por Su Amor, sacrificar los gustos más inocentes y puros, como actos de adoración y agradecimiento por tantos beneficios y gracias sin cuento que Él se complace en concederme y por las que espero poder cantar por siempre ¡el himno de eterna Adoración!*⁴⁵⁴

Recibido el saludo de todos los Cardenales, Obispos, Sacerdotes y autoridades que estaban presentes, entró en la Basílica con las otras Hermanas Carmelitas que la acompañaban, donde pudo rezar junto a las tumbas de sus queridos primos, Francisco y Jacinta.

El regreso al Carmelo de San José fue caótico. Aunque el coche que la llevaba fuese precedido por la Policía, tan pronto como las personas se dieron cuenta de que la pastorcita estaba en ese coche, no hubo policía que pudiese poner orden y el camino, que se hace en cinco minutos, ¡se tardó cuatro horas en recorrer! La Hermana Lúcia que vió en eso una recompensa de Nuestra Señora a todos aquellos peregrinos, calificó de heroica la paciencia de su íntimo amigo el doctor Miguel Barata y de la impotente Policía.

Para evitar nuevas aglomeraciones, aún se quedó dos días en el Carmelo de Fátima y regresó a Coimbra en la tarde del día 15, entonando en su corazón el *Magnificat* en unión con el Corazón Inmaculado de María. Y el día 17 escribió al Santo Padre para manifestar a Su Santidad toda la gratitud que llenaba su corazón concluyendo: — *Mi agradecimiento durará eternamente. Aunque Dios no me haya concedido la gracia que yo deseaba de poder hablar en privado con el Santo Padre, me ha concedido en cambio otras en las que nunca había pensado. Él es Quien elige*

⁴⁵⁴ *Ibidem* pp.141-142.

*lo que para nosotros y para su gloria más nos conviene. Y su Cruz es el estandarte de todas nuestras victorias. ¡Todo es gracia! - ¡Ave María!*⁴⁵⁵

La Hermana Lúcia siempre sabía leer entre líneas el mensaje de Dios a través de las circunstancias de la vida, por muy adversas que éstas se presentasen. No quedaba parada ante el suceso: su mirada interior descubría siempre el paso de Dios en los caminos de su vida. Y ¡así se hacía siempre la luz, aunque fuese de noche!

2. CARDENAL ALBINO LUCIANI - JUAN PABLO I - 1977

*11-7-1977 — Visitó este Monasterio el señor Cardenal Albino Luciano, Arzobispo de Venecia. Concelebró en nuestra iglesia con 12 Sacerdotes y, a continuación, entró en nuestra clausura con la Señora Marquesa de Cadaval, que fue quien sirvió de intérprete. Habló conmigo en nuestro locutorio de dentro y, como no quiso sentarse en la silla, se sentó junto a mí en un pequeño banco*⁴⁵⁶. Así anotó la Hermana Lúcia la visita del futuro Papa Juan Pablo I.

Como siempre, nada trascendió de este coloquio. ¿Le habría “profetizado” que sería Papa? ... Al ser Su Eminencia una persona tan sencilla y sin ceremonias, la Hermana Lúcia podría haberle dicho con sencillez que, siendo Cardenal, podría convertirse en Papa. Después de las visitas que recibía de Cardenales, de cualquiera de ellos decía que podía ser Papa. A todos pedía una firma en una estampa del Inmaculado Corazón de María, que llevaba consigo para la visita, para quedarse con un recuerdo, y decía: — *Si llega a ser Papa, ya tengo su firma*⁴⁵⁷.

Y en este caso acertó. Recibió con tristeza, pero con espíritu de fe, la noticia de su muerte. Habiendo sido este Papa como un meteoro, dejó tras de sí una estela de luz, una sonrisa de Dios sobre la tierra, como bien se le caracterizó después: el Papa de la sonrisa. En 33 días de Pontificado se ganó el corazón de todos por su sencillez.

3. JUAN PABLO II - UNA PROFUNDA AMISTAD

Día 16 de octubre de 1978. Durante la oración de la tarde, dos toques de la campana doméstica rompieron el silencio. Era la señal de una llamada telefónica, y la Priora salió. Todas pensaron que sería alguien para anunciar el nombre del nuevo Papa que se esperaba, acompañando en oración este momento tan importante en la Iglesia. Pero la Priora volvió y nada dijo ... unos minutos después se oyó de nuevo el toque y, entonces sí, volvió con una abierta sonrisa para comunicar el nombre del nuevo Papa con cierta dificultad: Karol Wojtyła. Aunque totalmente

⁴⁵⁵ *Ibidem* p.146.

⁴⁵⁶ *O Meu Caminho*, año 1977.

⁴⁵⁷ Relato oral de la Hermana Lúcia.

NOTA DEL TRADUCTOR : De esta entrevista sólo pueden aceptarse testimonios que directamente vengan de sus protagonistas. Esta biografía confirma la habitual discreción de la Hermana Lúcia sobre cuanto pudiera trascender lo meramente natural. Por declaraciones de la Marquesa de Cadaval, Camilo Bassoto informa de que aquella estuvo en la entrevista sólo diez minutos y salió cuando comenzaron a tratarse asuntos del Vaticano, y añade: “La señora Olga de Cadaval sabe ciertamente por Sor Lúcia lo que ha pasado entre sor Lúcia y Luciani en el coloquio. Me lo dio a entender a mí personalmente, tomándome la palabra de que nunca hablaría o escribiría sobre ello”. Sin embargo, en la década de los años noventa, Eduardo Luciani, hermano de Juan Pablo I, reveló lo que la Hermana Lúcia dijo entonces a su hermano: *Usted pronto será elegido Papa, pero morirá pocos días después de subir al trono de Pedro*, e igualmente declaró: *Mi hermano salió descompuesto. Cada vez que aludía a aquella conversación, se ponía pálido*. Para documentar estos testimonios, cf. LUIGI INCITTI, *Papa Luciani, una morte sospetta. Le responsabilità di Paolo VI e di Giovanni Paolo II*, Roma 2001. Pablo VI murió el 6 de agosto de 1978. El Cardenal Albino Luciani fue elegido Papa como sucesor el 26 de agosto de 1978, pero falleció el 28 de septiembre, a los 33 días de esa elección.

desconocido, fue recibido con espíritu de fe, con amor y reverencia, quedándose desde luego en la oración de todas, y muy particularmente de la Hermana Lúcia, un nombre: Juan Pablo II.

Por la radio las Hermanas acompañaron las ceremonias del inicio de su Pontificado. Se notaba a la Hermana Lúcia muy recogida y atenta a todo lo que se decía sobre Su Santidad y muy particularmente atenta a su palabra. Por ser del Este, la aparición de este Papa caló muy hondo en el corazón de la pastorcita de Fátima. Nada decía, pues sabía ser muy reservada, sabía vivir grandes emociones sin dejar que trascendiesen al exterior, *todo meditando en su corazón* ⁴⁵⁸.

Pero debió haber sentido el despuntar de una nueva esperanza de ver al fin cumplidas las peticiones de Nuestra Señora, debió haber sentido algo muy especial por ser un Papa de una zona de la tierra bajo el dominio de Rusia, de más allá del “Telón de Acero” ... ¿No andaría por ahí la mano de Dios, la mano de Nuestra Señora? El día de la Inmaculada Concepción escribió al Santo Padre una carta que comenzaba así:

*Santísimo Padre Juan Pablo II:
Agradezco a Dios la elección que se ha dignado hacer de Vuestra Santidad
para ser Su representante y Jefe de Su Iglesia. Alabo al Espíritu Santo por esta acción
de Su Luz (...)*

Estas palabras significan que estaba atenta a todo. Como no oía ya muy bien, era natural que se perdiese mucho de lo que se leía en el refectorio. Cuando se trataba de lectura de *L'Osservatore Romano*, tenía el cuidado de llevárselo para leerlo en la celda. Así iba apreciando y saboreando la palabra del Sumo Pontífice, estando siempre en sintonía con la voz de la Iglesia y mostrándose siempre muy interesada por todo lo que se refiriese al Santo Padre.

El momento que sacudió profundamente su corazón fue la llegada de la noticia del atentado del 13 de mayo de 1981. Si esta noticia abrió una brecha en todos los corazones, por donde entró un mayor amor al Papa, en el corazón de la Hermana Lúcia produjo un enorme desgarró y una toma de conciencia de que éste era el OBISPO VESTIDO DE BLANCO visto en 1917. Es verdad que este Obispo vestido de blanco no es la personificación de *un Papa* concreto, sino *del Papa*, pues cada uno lleva el peso de una gran cruz y camina *abrumado por el dolor y la pena* ⁴⁵⁹, cargando sobre sus hombros hoy, no sólo ya la preocupación por todas las iglesias, como San Pablo, sino la preocupación por toda la Humanidad.

El Papa, siendo el representante de Cristo en la tierra, no limita su preocupación sólo a las ovejas que están en el redil de la Iglesia, sino también a todas las otras: él es el Pastor universal con un corazón abierto a todos los hombres de buena voluntad como Cristo, que en la Cruz abrió los brazos y se dejó transpasar su Corazón, quedando patente así Su amor a todos. Según la visión de la Beata Jacinta, el Papa es aquél que está constantemente delante de Dios suplicando por sus hijos y no rehúye los ataques de los que es víctima, tanto de los de fuera como de los de dentro de la Iglesia. Él es el Pastor que no huye del peligro ⁴⁶⁰.

Reservada como era, la Hermana Lúcia no hizo grandes comentarios, pero se notaba que se concentraba mucho más. Escribió una breve anotación sobre el asunto, en cuyas pocas palabras lo dice todo: — *Quedamos sorprendidas por la triste noticia del atentado contra el Santo Padre Juan Pablo II, que sentí mucho, y rezo pidiendo la salud y la vida de Su Santidad. Pido también por los asesinos, que Dios los convierta y traiga al buen camino* ⁴⁶¹.

⁴⁵⁸ Lc 2,19.

⁴⁵⁹ MHL I: *Apéndice III. Tercera parte del “Secreto”*, p.213.

⁴⁶⁰ Cf. Jn 10,11-12.

⁴⁶¹ *O Meu Caminho*, año 1978.

Con su oración acompañaba el estado crítico del Santo Padre e imploraba su completa recuperación. En la visión del Secreto, el Papa caía muerto. Pero como en otro tiempo la naciente Iglesia devolvió la libertad al primer Papa que esperaba la muerte en la cárcel, también ahora el inmenso torrente de oración, que arrojó al Santo Padre, le devolvió la vida, una vida que pasó a ser doblemente un don de Dios. María estaba allí, desviando la trayectoria de la bala asesina y aquello que estaba previsto no sucedió *.

Por eso, cuando Ali Agca recibió la visita de Juan Pablo II en la cárcel de Rebibbia el 27 de diciembre de 1983, en el año de la Redención, le hizo al Papa una pregunta ansiosa: — *¿Por qué es que no murió? Yo tengo la certeza que lo tenía bien en el punto de mira. Sé que la bala era devastadora y mortal. ¿Por qué es que no murió?* ⁴⁶² Para él, siendo un profesional en el manejo de la pistola, aquél fallo ¡era increíble! ... Sabía que había disparado a matar. Pero, como para Dios todo es presente, la fuerza de la oración que envolvió al Santo Padre fue una coraza protectora que no permitió que la herida fuese mortal.

En el silencio de su vida de carmelita, la Hermana Lúcia rezaba confiada. En su lecho de enfermo, en la clínica Gemelli, el Papa reflexionaba sobre el significado de lo que le había sucedido y, al ver la coincidencia del día, algo se iluminó: deseó saber más sobre Fátima y quiso conocer el texto de la tercera parte del Secreto, todavía en la clínica **.

4. JUAN PABLO II - EL PRIMER ENCUENTRO EN 1982

Al año siguiente del intento de asesinato padecido en la Plaza de San Pedro, Juan Pablo II se hizo peregrino de Fátima para agradecer a la Santísima Virgen Su maternal protección. Fue invitado a ir a Portugal, pero su decisión última, aun respondiendo a las invitaciones hechas por la

* **NOTA DEL TRADUCTOR** : Esta “interpretación” de los hechos contradice lo anteriormente dicho de que la visión de la “tercera parte” del Secreto no se refiere a un Papa determinado y, por tanto, aquí *se están suponiendo* simultáneamente dos cosas: primero, que el tercer secreto se refiere al concreto atentado al Papa JUAN PABLO II pero con resultado de muerte; segundo, que la oración de la Iglesia impidió ese resultado fatal. La unión de ambos asertos es algo en sí mismo discutible, no hay modo de que pueda ser probado por nadie, y no tiene otro fundamento que el juicio arbitrario de quienes lo afirman. No obstante, desde una perspectiva de fe, es innegable que la oración de la Iglesia ha acompañado y protegido a JUAN PABLO II de un modo singular y que él mismo ha sido un don de Nuestra Señora a la Humanidad entera, consiguiendo así mayor espacio de tiempo para la penitencia y la conversión. Explicar la visión de Fátima es otro asunto distinto y *se equivoca quien piensa que la misión de Fátima está acabada* —según comentó BENEDICTO XVI en su *Homilía* del 13 de mayo de 2010 en Fátima— como si hubiera acaecido ya el “casi todo” de su “dimensión profética”.

⁴⁶² S. DZIWIŚ, *Uma vida com Karol: conversas com Gian Franco Svidercoschi*, Lisboa 2007.

NOTA DEL TRADUCTOR : Está probado que Ali Agca fue obstaculizado en sus disparos por *una monja*, según declaración suya que consta en los autos procesales (sesión 70ª, día 20 de abril de 2005): *Era decidida voluntad mía la de asesinar al Papa. Esa era la misión que me había sido encomendada, y tanto es así que, si efectué sólo dos disparos, fue porque a mi lado había una monja que en determinado momento me cogió del brazo derecho, por lo que no pude seguir disparando. De no haber sido así, habría matado al Papa*. Esta persona es distinta de otra religiosa —conocida como “Sor Lucia”, curiosamente, pero su nombre de religiosa es *Sor Leticia* y el de seglar *Lucia Giudici*— que unos minutos después ayudó a su detención cuando aquél huía. Hoy sabemos que la monja “desconocida” fue en bilocación sor RITA MONTELLA (de seglar Cristina Montella), una monja agustina de clausura, estigmatizada, muerta en olor de santidad el 26 de noviembre de 1992 en el monasterio de *Santa Croce sull’Arno* de la Toscana italiana.

** **NOTA DEL TRADUCTOR** : No está nada claro qué documento exactamente, relativo a Fátima, es el que JUAN PABLO II pidió y leyó en la clínica. Ni hay certeza tampoco de que éste fuese lo que años después sería divulgado en Fátima por orden suya. Está documentado que este Papa había hablado expresamente sobre *contenidos del Tercer Secreto de Fátima* con anterioridad al atentado, en su primer viaje a Alemania entre el 15 y 19 de noviembre de 1980, en Fulda, en una reunión restringida con intelectuales. Por tanto, de lo que ahora se le informa, después del atentado, tuvo que ser *algo distinto* de lo que ya conocía: es decir, otro u otros documentos cuya existencia quizás desconociera hasta ese momento.

Jerarquía de la Iglesia en Portugal y por el Gobierno, fue para agradecer a la Madre Su protección. Y en Fátima quiso encontrarse con la pastorcita.

La Hermana Lúcia en compañía de la Madre María das Mercês, entonces Priora y quien aún esa misma mañana regresó a Coimbra, salieron del Carmelo a las 7 de la mañana del día 7 de mayo camino de Fátima, nuevamente en el coche del doctor Miguel Barata, y llegaron al Carmelo de San José dos horas más tarde. Rodeada por las atenciones de toda la Comunidad, donde en 1980 había pasado ya quince días para dar indicaciones sobre la pintura de unos cuadros representando las Apariciones de Fátima, la Hermana Lúcia se ocupó de responder algún correo más urgente que llevaba, en el tiempo que pudo disponer de soledad en la celda, y en escribir una carta al Santo Padre, temiendo no tener tiempo para abrir su alma a Su Santidad.

Pero no. Esta vez pudo hablar, ¡aunque le hubiera pasado muy rápido el tiempo de la entrevista! ... Aún así entregó la carta, detrás de la que se fueron los ojos de todos los periodistas y que más tarde sirvió *como orientación para la interpretación de la tercera parte del “secreto”* ⁴⁶³. Esta carta, bastante extensa, contiene los grandes deseos que la Hermana Lúcia llevaba en el corazón y que quería ver satisfechos. Eran deseos que le parecían ser de Nuestra Señora, fruto de sus constantes meditaciones sobre el Mensaje que le fue entregado para transmitir al mundo.

En la mañana del 13 de mayo, al no haber podido verse en la víspera como se había previsto, se produjo el encuentro tan deseado por el Pastor y por la pastorcita en la casa de Nuestra Señora del Carmelo. Tanto el Papa como la Hermana Lúcia prescindieron de intérprete y se entendieron muy bien. El Santo Padre esperaba en la puerta del despacho donde se iban a encontrar. La Hermana Lúcia nos describe esa reunión:

— *El Santo Padre, sosteniendo mi mano derecha entre las suyas, me dijo: — “Tenemos que hablar rápido porque el tiempo es poco. Hace mucho que deseaba este encuentro, pero ¡ha sido necesario que sea Papa!”*. Y sonrió. *Me hizo dos preguntas a las que respondí con sencillez y verdad, sintiéndome tan a gusto como si estuviera a solas con Dios, a Quien nada se oculta y todo se dice. Porque la fe me lleva a ver en el Santo Padre, sea quien sea, la imagen viva de Cristo [y de] aquél a quien el Señor dijo: “Todo lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo” (Mateo 16,19).*

Enseguida expuse lo que quería decir a Su Santidad. Hablamos sobre el secreto y estuvimos de acuerdo en que es más prudente mantenerlo en silencio como hasta ahora. Después hablamos sobre la consagración de Rusia, en unión con todos los Obispos del mundo. Existen muchas dificultades, sin embargo el Santo Padre se mostró lo más favorable posible y dijo: — “Habremos de hacer todo lo que esté en nuestra mano” ⁴⁶⁴.

Y la Hermana Lúcia continuó explicando verbalmente el contenido de la carta: pidió que el Rosario fuese declarado oración litúrgica, compartiendo una amplia meditación sobre la oración del Avemaría y del Padrenuestro, a lo que el Santo Padre iba respondiendo: — *Es así, es así. Es hermoso* ⁴⁶⁵. Pidió la Beatificación de los dos Pastorcitos y la publicación por fin de las *Llamadas del Mensaje de Fátima* (“Apelos da Mensagem de Fátima”), escrito que la Hermana Lúcia tituló *Transmisión del Mensaje* (“Transmissão da Mensagem”) y que había redactado como respuesta general a todas las preguntas e inquietudes que le llegaban en la numerosa correspondencia que recibía, cuyo original había enviado a Pablo VI. El Papa prometió ocuparse de eso y mostró su deseo de ver pronto beatificados a los pastorcitos. Mientras tanto se acababa el tiempo y Mons. Silveira llamó a la puerta para avisar que era necesario prepararse para la audiencia siguiente.

⁴⁶³ CONGREGACIÓN DE DOCTRINA DE LA FE, *A Mensagem de átima (o Segredo)*, Sao Paulo 2000, p.14.

⁴⁶⁴ *O Meu Caminho*, año 1982.

⁴⁶⁵ *Ibidem*.

El Papa se puso en pie y accedió a ir a otra sala donde estaba la Madre Priora y el Padre Provincial, frade Jeremías Carlos Vechina O. C. D. Ahí la Hermana Lúcia entregó al Papa los regalos que había preparado: un cordero blanco de poliestireno, cargado de rosarios hechos por ella misma, un cuadrito de Nuestra Señora, y una caja con unos lingotes de oro que, regalados con el consentimiento de la Comunidad, habían sido dejados en testamento por una amiga de la Hermana Lúcia. Después de haber firmado unas estampas que le presentó, el Santo Padre se despidió y marchó a la reunión con los Obispos de Portugal.

A continuación siguió la gran Celebración Eucarística, al final de la cual el Santo Padre pronunció la Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, arrodillado a los pies de la imagen de Nuestra Señora en sus andas. La Hermana Lúcia asistió con el corazón conmovido, pero no quedó aún con la convicción de la misión cumplida: la Consagración no había reunido todas las condiciones pedidas por Nuestra Señora.

¿Era exigente la Hermana Lúcia? ... Bien le hubiera agradado condescender con los esfuerzos, que veía se habían hecho, y con las dificultades existentes, pero la cuestión no era personal. Ella sólo cumplía una misión. Por eso, humildemente fiel y obediente, mientras faltase un punto, no se callaría. Bien la caracterizó Giuseppe De Carli, llamándola *carmelita incómoda, que fue una espina atravesada en la garganta de todos los Papas del siglo XX* ⁴⁶⁶.

Había terminado una visita que le dejó el corazón henchido de felicidad. Aún se encontró con el Santo Padre en la Basílica: — *Pasamos por las tumbas de Francisco y Jacinta. Ahí nos encontramos de nuevo con el Santo Padre que, dándome la bendición, se inclinó besándome en la cabeza, beso que recibí como si fuese el beso de Cristo, que agradecí sintiendo mi propia indignidad y comprendiendo qué es para los más pobres que Cristo se incline* ⁴⁶⁷.

Permaneció aún algunos días en el Carmelo de Fátima, esperando a que todo volviera a la normalidad, para evitar encuentros, y regresó a Coimbra el día 19 hacia el final de la tarde, con el alma llena de gratos recuerdos.

5. JUAN PABLO II - EL SEGUNDO ENCUENTRO EN 1991

En 1991 el Papa Juan Pablo II estuvo de nuevo en Fátima durante los días 12 y 13 de mayo. Esta vez la Hermana Lúcia no fue convocada. Iba a seguir el viaje de Su Santidad por las tierras de Portugal, con la Comunidad, cuando surgió la sorpresa: el día 12, a las 10 de la mañana, la Priora recibió una llamada telefónica de los Obispos de Leiría y Coimbra, transmitiendo una orden del Santo Padre para la Hermana Lúcia de estar al día siguiente en Fátima.

Para una carmelita, una salida es siempre una excepción, pero no es ningún problema, porque no necesitas muchos preparativos. Al final de la tarde, en compañía de la Madre Priora, Hermana María do Carmo de San João da Cruz, partió en el coche del señor Ingeniero don Miguel Barata, donde iba también su esposa. Por prudencia, éste pidió a la Policía que los acompañasen y llegaron a Fátima sin problemas.

El encuentro con el Papa tuvo lugar en la mañana del día 13, antes de la Eucaristía, en la casa de Nuestra Señora del Carmelo. La Hermana Lúcia se dirigió hacia allá acompañada por la Madre Priora. Llegaron antes que el Santo Padre y fueron invitadas a entrar en un oratorio donde estaba el Santísimo y ahí quedaron en oración unos breves momentos, hasta que les anunciaron que el Papa estaba a punto de llegar.

⁴⁶⁶ T. BERTONE - G. DE CARLI, , *A última vidente de Fátima. As minhas conversas com a Irmã Lúcia*, 1ª edición: Lisboa 2007, Introducción.

⁴⁶⁷ *O Meu Caminho*, año 1982.

Éste entró, hizo una breve oración ante el Santísimo, y con mucha alegría y sencillez saludó a la Madre Priora y a la Hermana Lúcia y enseguida todos se dirigieron hacia la puerta que daba al pasillo, en dirección a la sala donde iban a hablar. Al salir, por el pasillo se dieron de frente con varios periodistas y fotógrafos que, delicadamente, preguntaron si podían sacar algunas fotos. El Santo Padre al notar que la pastorcita se retraía —a ella no le gustaba nada ser fotografiada— la tomó de la mano y con una leve sonrisa le dijo: — *Tenemos que complacerles* ⁴⁶⁸. Y ¡no hubo más remedio! Un sacrificio más ofrecido, esta vez también por obediencia al Santo Padre.

A continuación se dirigieron a la sala del fondo del pasillo, donde hablaron a solas. La Hermana Lúcia tuvo aún la alegría de participar en la Eucaristía presidida por el Obispo vestido de Blanco, en el lugar donde Nuestra Señora le había mostrado esta figura por primera vez en su vida. De este encuentro, nada nos dejó anotado, salvo que tuvo el gusto de poder hablar en privado con el Santo Padre una vez más ⁴⁶⁹.

En el mismo coche regresaron al Carmelo de Santa Teresa el día 17 de mayo. ¡Hasta la próxima! Ciertamente, habría vuelto a pedir al Santo Padre la beatificación de los dos primos. ¡Tanto deseaba verlos en los altares! Y los vió. Pero tuvo que esperar unos cuantos años más.

6. JUAN PABLO II - EL TERCER ENCUENTRO EN 2000

El día 10 de febrero de 1999, en una visita que le hizo el señor Padre Luis Kondor, éste comunicó a la Hermana Lúcia que ya había sido aprobado el milagro que abría la puerta a la Beatificación de los Siervos de Dios Francisco y Jacinta Marto. Una alegría para su corazón. ¿Cuándo y dónde sería?

Por supuesto, la Hermana Lúcia quedó en empujar con su oración para que el Santo Padre viniese a Fátima para la Beatificación, lo que parecía imposible porque, en el año 2000, el Papa sólo saldría de Roma para ir en peregrinación a Tierra Santa y nada más. Pero lo inesperado aconteció y, cuando ya estaba programada la Beatificación para que se celebrase en Roma en el mes de abril, el Santo Padre decidió hacer una excepción al programa de ese año y volver a Fátima. ¡Qué inmensa alegría para la pastorcita!

— *La noticia de que el Santo Padre vendría a Fátima me llenó de alegría. ¡No sé cómo agradecer esto a Dios y a la maternal protección de Nuestra Señora! Quiero seguir siendo: ¡una pequeñita hostia de alabanza al Señor, inmolada en el altar del amor!* ⁴⁷⁰

Y, mirando con ternura a sus primos, continúa: — *Los dos pastorcitos Francisco y Jacinta Marto, dos Ángeles que pasaron por la tierra sin mancharse con el polvo de los caminos, gracias a los designios de Dios y a la protección maternal de Nuestra Señora. ¡Qué bueno es dejarnos conducir en los brazos del Padre y de la Madre del Cielo!* ⁴⁷¹

¡Tenía 92 años! Siempre con los ojos puestos en el centro de sus amores y deseosa de agradarLe siempre más. No, la Hermana Lúcia nunca se consideró con el derecho a cruzarse de brazos. Con la madurez de los 90 años, vivía en la sencillez de los 2 años con la audacia de los 18 años, siempre deseando ascender más en el amor de Dios y en la correspondencia a Su Gracia.

Veía siempre una cumbre más alta que alcanzar, no para su gloria, sino por una delicadeza de amor: más santa, más agradable a los ojos del Padre y que su oración de intercesión en favor de los Hermanos tuviera más peso. Su corazón continuaba vibrando con la frescura de la primera hora, la petición de Nuestra Señora en la aparición de agosto de 1917: — “*Rezad, rezad*

⁴⁶⁸ Relato oral de la Hermana Lúcia.

⁴⁶⁹ *Ibidem*.

⁴⁷⁰ *O Meu Caminho*, 2000.

⁴⁷¹ *Ibidem*.

mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno por no tener quién se sacrifique y pida por ellas” ⁴⁷².

7. LOS PRIMOS BEATIFICADOS

Con la noticia de la Beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta Marto, el corazón de la Hermana Lúcia vibró con una nueva energía. ¡Tanto lo había deseado, pedido al Santo Padre, y tanto había trabajado y colaborado para eso con sus escritos, declaraciones y testimonios! Hacía mucho que acariciaba la esperanza de verlos en los altares antes de su marcha al Cielo. A ésta, se juntaba una nueva alegría: poder volver a encontrarse con el Santo Padre.

Fue una recreación muy divertida cuando contó a la Comunidad la escena sucedida en el locutorio el día en que recibió la visita del señor Obispo de Leiría-Fátima don Alberto y del Padre Luís Kondor. En Fátima se ponía en duda que ella estuviese en condiciones de soportar el viaje a Fátima el 13 de mayo del año siguiente. Cuando abría las cortinas del locutorio, haciéndose las presentaciones, parecía que los dos del lado de fuera ni la veían ni la oían. Sólo se les oía repetir entre sí y muy contentos: — *¡Puede!, ¡puede!* Mirando de nuevo a la Hermana Lúcia, volvieron a repetir: — *¡Puede!, ¡puede!* Ella, muerta de risa, preguntó: — *Puedo, ¿qué?* Sólo entonces los dos visitantes le dijeron cuál era la razón de su regocijo: estaban muy contentos porque veían que aún era capaz de ir a Fátima a participar en el rito de la Beatificación. Y ella quedó gozosa.

Mientras tanto el Santo Padre decidió hacer pública la tercera parte del Secreto. Para eso, quiso que la Hermana Lúcia diera testimonio de que aquél texto guardado en el Santo Oficio era realmente lo que había escrito con su propia mano el 3 de enero de 1944 y había enviado al señor Obispo de Leiría don José Correia da Silva. Para ello, se desplazó al Carmelo de Coimbra el Secretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, Mons. Tarcisio Bertone, hoy Cardenal Secretario de Estado. Con una carta del Santo Padre, en la que Su Santidad le pedía que hablase abierta y sinceramente con el ilustre enviado, la Hermana Lúcia se puso a su disposición para aclarar todo lo que le fuese preguntado.

En presencia del señor Obispo de Leiría-Fátima don Serafim, tomó en sus manos el sobre que le fue entregado y exclamó, palpando el papel: — *Sí, esta letra es mía, este texto es mío.* Con el enviado del Santo Padre mantuvo una conversación muy franca, como si estuviese hablando personalmente con el Papa, también contenta porque se publicase al fin un texto que le había dado ya tanto que hacer con las especulaciones que a su vez se hacían. Ella solía decir: — *¡Si viviesen los más importante, que ya está dicho! ... Sólo se cuidan de lo que está por decir, en lugar de cumplir lo que se ha pedido: ¡oración y penitencia! ...* ⁴⁷³ Y ciertamente vemos que la única palabra repetida tres veces en esta parte del secreto es: *¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!* ⁴⁷⁴

Llegó el 11 de mayo. Para ir con mayor seguridad, esta vez viajó a Fátima en el coche de su sobrino, el señor don José Maria Vieira, acompañado por su esposa, escoltados por dos coches de la PSP (= “Polícia de Segurança Pública”), en compañía de la Madre Priora y de la doctora Branca Paúl, médico de la Comunidad. De nuevo fueron calurosamente recibidas por las Hermanas del Carmelo de San José en Fátima. Teniendo ya 93 años, la Hermana Lúcia soportó muy bien los cerca de 70 kilómetros de Coimbra a Fátima, sin nada anormal. Iba con el corazón en Dios y, como en las otras ocasiones, enternecida con el espectáculo de los peregrinos a pie. Rezaba con ellos y por ellos, llevando a la Santísima Virgen María los anhelos de todos esos corazones.

⁴⁷² MHL I: 4ª M cap.2 n.6, p.178.

⁴⁷³ Relato oral de la Hermana Lúcia.

⁴⁷⁴ MHL I: *Apéndice III. Tercera parte del “Secreto”*, p.213.

Algunos días antes, habían salido ya para Fátima los regalos que quería entregar al Santo Padre. El principal era una remesa de 300 rosarios hechos por ella misma. Organizados en tres cajas acrílicas, éstas fueron envueltas por un trenzado de color blanco, para ser más fácilmente presentadas durante el ofertorio de la Misa del día 13. Nadie pidió publicidad, pero los medios de comunicación no se hicieron de rogar para hacerla por su cuenta. Como consecuencia de esto, llovieron las peticiones: “¡Un rosario hecho por la Hermana Lúcia!” Pero ahora ¡la producción era demasiado escasa!

Con la Comunidad del Carmelo de Fátima, siguió por televisión la transmisión de la llegada del Santo Padre a Portugal, hasta la llegada de Su Santidad a Fátima el día 12. En la mañana del día 13, en el coche de la Policía fue a reunirse de nuevo con el Santo Padre en la sacristía del Santuario. Era el encuentro del Pastor Supremo de la Iglesia con la pequeña pastorcita de Fátima, ante quien Su Santidad se inclinaba, por la enfermedad y por la veneración. Era un encuentro de Amigos. Aunque los contactos habían sido aislados, había una gran sintonía entre la Hermana Lúcia y el Santo Padre y de Su Santidad para con ella. Dios sabe lo que había en esos corazones, ¡los dos tan enamorados de María!

A continuación siguió la gran celebración del 13 de mayo, en la que fue inserto el rito de la Beatificación de los pastorcitos. ¡Qué inmenso gozo para el corazón de la prima! En aquél lugar en que se encontraba, de frente hacia toda la explanada, donde se veía un mar de gente, por la mente de la Hermana Lúcia debió haber pasado la película de su vida enlazada con la de aquéllos que ahora eran proclamados BEATOS. Y de nuevo se vió de niña entre ellos, jugando con los mansos corderos, cogiendo las flores que abundaban en esa ladera. Y cantó con profunda emoción: — *Cantemos alegres a una sola voz: Francisco y Jacinta, rogad por nosotros* ⁴⁷⁵.

¡Un sueño! ¡Un éxtasis! En los 83 años que la separaban de ese día en el que solos los tres se encontraban en ese lugar y, por invitación de María, dieron a Dios su Sí a todo lo que Él quisiera pedirles, ¡qué largo camino recorrido! *pisando espinas, cardos y abrojos, poniendo los pies en las huellas que Cristo, yendo por delante, dejó marcadas en el suelo de tierra* ⁴⁷⁶.

Los Primos marcharon bien deprimidos al Cielo, como les había sido prometido y ella *quedó aquí algún tiempo más ... ¿Cuánto tiempo sería aún? ... Como el anciano Simeón con el Niño Jesús en brazos en el Templo de Jerusalén, bien podía en ese momento entonar su Nunc dimittis!* ⁴⁷⁷. El Mensaje de la Señora ya estaba entregado a la Iglesia y ya se expandía por las cuatro partes del mundo, la Consagración del mundo ya estaba hecha como Nuestra Señora había pedido, ahora eran Beatificados los Primos y la tercera parte del Secreto iba a hacerse pública dentro de unos momentos ... ¿no estaba ya su misión cumplida? Pero de nuevo renovaba su Sí para el tiempo que el Señor quisiera. Sin embargo, quedaba en sus ojos de niña una nostalgia, el anhelo del Cielo. Quien ha visto la verdadera Belleza, ya nada en la tierra puede llenar su alma.

Al final de la Eucaristía, Su Eminencia el Cardenal Sodano, Secretario de Estado, leyó el texto de la tercera parte del Secreto a la multitud que abarrotaba el recinto del Santuario de Fátima y a todos los que por el mundo seguían fuera esta solemne celebración. Fue una vuelta de página en la historia de Fátima, fue una gruesa cortina que se descorría, al hacerse la entrega al mundo de ese Secreto que anhelaba conocer y hacía tantos años que seguía oculto.

Aunque la Hermana Lúcia estuviese rodeada por un grupo de personas que la protegían, al final de la celebración parece que se olvidaron de ella. En un momento, todos se concentraron en el Santo Padre y la situación para la vuelta de la Hermana Lúcia, a la salida de la Basílica, se

⁴⁷⁵ *Himno de la beatificación de Francisco y Jacinta Marto.*

⁴⁷⁶ HERMANA LÚCIA, *Como vejo a Mensagem*, Fátima 2007, p.38.

⁴⁷⁷ Lc 2,29-32.

hizo caótica. Una vez que las personas encontraron acceso libre, casi la aplastaron al querer todos tocarla o hablar con ella. Le pareció que revivía los días 13 de los últimos meses de 1917. Pero, en cuanto los de seguridad se dieron cuenta, restablecieron el orden y ella con sus acompañantes pudo regresar al Carmelo con el corazón henchido de alegría.

8. PEREGRINACIÓN DEL CORAZÓN

Sabiendo que sería una alegría grande para la Hermana Lúcia, la Priora que la acompañó a Fátima, la Madre Maria do Carmo de San João da Cruz, cuando se vió también con el Santo Padre, pidió permiso para visitar los lugares relacionados con las Apariciones y la vida familiar, antes de regresar a Coimbra. El Santo Padre respondió con mucho énfasis: “¡Sí, sí! ¡Y toda la comunidad!”. Quizás pensaba que toda la Comunidad había acompañado a la Hermana Lúcia.

Todavía en el Carmelo, Mons. Luciano Guerra, Rector del Santuario, quiso dar el gusto a la pastorcita de tener en sus manos la corona de Nuestra Señora, ahora con la bala que hirió al Santo Padre, engastada en su centro. Fue una delicadeza muy apreciada por la Hermana Lúcia y que conmovió mucho su corazón. ¡Qué sensación atravesó su alma al tocar aquél objeto que es a la vez una señal de crimen y de gracia!

Después de tres días, para que el ambiente estuviera ya más tranquilo, con la Madre Priora se despidió de la cariñosa Comunidad de las Carmelitas de Fátima y, en compañía de algunos sobrinos, del Reverendo Padre Luís Kondor y de algunos agentes de Policía, la pastorcita de la *Serra de Aire* fue a visitar los lugares donde se había entrevistado con el Cielo. Este recorrido fue filmado por el Revrendo Padre António Rego, para el programa *8º Día*.

Como siempre, ocultando las íntimas emociones que henchían su corazón, la Hermana Lúcia recorrió todos los lugares que se relacionaban con su vida en el tiempo de las Apariciones. Visitó los “Valinhos”, el “Loca do Cabeço”, bebió agua en el “Poço”, tocó las paredes de su casa y de su habitación, se sentó en su cama y junto a la chimenea, en la iglesia parroquial besó la pila bautismal, donde fue hecha cristiana, se extasió con aquella naturaleza en fiesta primaveral, encontrando allí por entre los arbustos la frescura de su corazón ¡de 90 años atrás! ... ¡Todo le decía tanto! ¡Qué a gusto cogería un bastón e iría a correr sola por aquellos caminos tantas veces transitados en sus primeros años de niña! Ahora el paso ya costoso no permitía esa agilidad, pero su espíritu, ése, caminaba aún más ligero, recorriendo esos años de historia escrita en el libro de la Vida por la mano de Nuestra Señora, siendo ella, la pastorcita, la pluma frágil que la Madre usó.

Habían comenzado esta “peregrinación” con pocos acompañantes y había la promesa de mantenerla en secreto, pero ... cuando llegaron a la iglesia parroquial, ¡ésta ya estaba llena! ¡Paciencia! La Hermana Lúcia tuvo para todos una sonrisa, una caricia. Era su adiós a la gente de su tierra, con la que siempre sintió afinidad: era como su familia. Aquella iglesia tenía para ella tantos recuerdos alegres y dolorosos, pero siempre horas de gracia, por las que agradecía y bendecía al Señor. Ahí adoró a “Jesús Escondido”, siempre disponible para todos, y saludó la imagen de la Señora del Rosario que le sonrió en la Primera Comunión. La última parada fue en la “Capelinha” de las Apariciones, donde ya no fue posible salir el coche. ¡Había allí tanta gente! Dentro del coche, la Hermana Lúcia con las manos juntas rezó un Avemaría a Nuestra Señora, que todos acompañaron, confiándose de nuevo a la protección de Aquélla que allí le prometió darle siempre cobijo en Su Inmaculado Corazón. Y ... ¡adiós, oh Fátima!

Atardeciendo llegaron al Carmelo de Coimbra, en el coche del señor don José Maria Vieira, que siempre la acompañó con su esposa. Venía cansada, pero feliz. Tan feliz que ni se daba cuenta de que estaba cansada. De su corazón se elevaba un jubiloso *Magnificat* por todo lo que el Señor había hecho en ella y a través de ella. Parecía llegar de un largo viaje y ahora podía

descansar. Con corazón agradecido, el día 20 participó en la Misa de acción de gracias por la Beatificación de los pastorcitos, que presidió nuestro Obispo, el señor don Albino Mamede Cleto, y concelebraron varios Sacerdotes. Con toda el alma cantó de nuevo el Himno de la Beatificación y ¡con qué ternura repetía aquellos nombres tan queridos para su corazón! ... ¡la gloria de los Primos era para ella una corona! Una vez más repetía: — *¡Es todo por causa de Nuestra Señora!*

9. CARDENAL JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI - 1996

Día 13 de octubre de 1996. El Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, presidió la peregrinación de aniversario de las Apariciones de Fátima y al día siguiente visitó el Carmelo de Coimbra para hablar con la pastorcita. Después de una solemne concelebración, Su Eminencia entró en la clausura con todo su séquito.

La Hermana Lúcia anotó esta visita así:

Visitaron este nuestro Carmelo los Señores:

D. Joseph Cardinal Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

D. Ihadeusz Kondrusiewicz, Arzobispo de Moscú.

D. Edmund Piszcz, Arzobispo de Olsztyn (Polonia), Presidente de la Comisión Episcopal Polaca para asuntos Marianos.

Mons. Amândio Tomás, Rector del Colegio Pontificio Portugués (Roma).

D. Serafim de Sousa Ferreira e Silva, Obispo de Leiría-Fátima.

D. João Alves, Obispo de Coimbra.

D. José Werth, Administrador Apostólico de Siberia.

D. Jan Pawel Lenga, Obispo de Kazajistán.

Estaba también el Reverendo Padre Luís Kondor y no recuerdo si alguien más.

Fui al locutorio con la Comunidad.

Por indicación de Su Eminencia el señor Cardenal Ratzinger cada uno (por turnos) dio su testimonio sobre Fátima. Me sentí agradecida a Dios por Su inmensa misericordia y gran protección que Él ha concedido al mundo por medio de Nuestra Señora y me sentí confundida por el agradecimiento que me dirigía el Señor Cardenal de Alemania. Yo nada merezco, Dios es Quien ha hecho todo, sirviéndose de Nuestra Señora. Por último, el señor Cardenal Ratzinger me mandó que dijera también algunas palabras. Me sentí confundida y quise rehusar con gesto humilde, indicando que nada tenía que decir, pero el señor Obispo de Coimbra don João Alves se me acercó y me mandó que dijese algo. Por obediencia dije cómo la base de todo el Mensaje radicaba en la fe, en la esperanza y en el amor: “Dios mío, yo creo, adoro, espero y Os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no Os aman”.

Después, el señor Cardenal Ratzinger quiso hablar conmigo en privado. Aproveché para preguntar ¿cómo tenía que hacer cuando los Señores Cardenales se presentaban con muchas personas? Su Eminencia respondió: — “No se preocupes por eso, la responsabilidad es de los Señores Cardenales, la Hermana siempre tranquila y en paz”. — “¡Gracias a Dios!”. Pregunté aún al señor Cardenal Ratzinger si estaba bien la respuesta que había dado al personal ortodoxo ruso, que me había visitado. El Señor Cardenal respondió: — “Muy bien, ¡está muy bien, muy bien!”. Quedé feliz dando gracias a Dios y a la maternal protección de Nuestra señora.

14-X-1996⁴⁷⁸.

⁴⁷⁸ O Meu Caminho, año 1996.

En la misma concelebración estuvo también un grupo de peregrinos polacos, que llevaban la imagen de Nuestra Señora peregrina a Polonia. Al final de la celebración y cuando el Señor Cardenal se dirigía ya a entrar en la clausura, algunos miembros de ese grupo se acercaron a la reja del coro y pidieron que la imagen entrara unos instantes en la clausura.

Se pasó por el ventanuco de la Comunión y la Hermana Lúcia, que también había salido ya del coro, fue avisada y volvió para dar un beso a la imagen. Cuando se dieron cuenta, los peregrinos corrieron todos al presbiterio y ... a Nuestra Señora ¡debió haberle hecho gracia tanta devoción! No hubo sillas que llegaran para situarse en un nivel más alto a fin de ver a la pastorcita ... ¡todo sirvió de pedestal!

La Hermana Lúcia se fue, la imagen volvió afuera, y los peregrinos quedaron muy contentos, porque Nuestra Señora ¡les había mostrado a su confidente! Quienes no dieron cuenta de nada fueron los numerosos periodistas que seguían muy de cerca al Señor Cardenal, hasta la puerta de la clausura.

CAPÍTULO XIX

SÓLO ALGÚN TIEMPO MÁS

1. BODAS DE ORO COMO RELIGIOSA CARMELITA

Cada paso que daba, marcado ya por la mucha dificultad y el dolor, era un ofrecimiento, sufriendo con el alma en fiesta, sabiendo que estaba para dar vida y luz a muchos que, sin saberlo, le extendían las manos suplicantes desde las cadenas del pecado. Llegó el día 31 de mayo de 1999, las “Bodas de Oro” de su Profesión en el Carmelo. Con mucha sencillez aceptó toda la fiesta que se le hizo. En la víspera, por la tarde, organizamos una procesión en el camino de Nuestra Señora, cantando con la música del Ave de Fátima unos versos compuestos para la ocasión.

A los pies del Inmaculado Corazón de María había una sorpresa no sólo para la Hermana Lúcia, sino para casi toda la Comunidad. El pedestal de la imagen se había cubierto con un paño azul, sobre el que se colocó el número 50 en papel dorado y se adornó con flores. Era bonito. Al lado había una gran rama de encina traída de Fátima. Una vez que todas llegaron, dos Hermanas se acercaron y retiraron el paño que cubría el pedestal. Entonces aparecieron los tres pastorcitos en azulejos. Según ella misma declaró, ésa era la primera foto que les sacaron. Quedó conmovida y muy sentida agradeció esta sorpresa.

De vuelta para la casa, tuvo que dar su consentimiento para sentarse en una silla forrada con una tela de oro, para escuchar un cántico compuesto para ese momento de fiesta:

A DEUS LOUVEMOS!
Qual nuvem d'incenso perfumado
Sobe ao Céu, pura e leve,
O sim por ti hoje renovado,
Como outrora Deus recebe!
A DEUS LOUVEMOS!
Irmã, por este santo Jubileu
Qual troféu, qual troféu de amor,
A DEUS LOUVEMOS!
P'la esteira luminosa que deixaste
No caminho, no caminho andado,
A DEUS LOUVEMOS!
P'los anos que já são eternidade
E por todos os que viverás,
A DEUS LOUVEMOS!
Por todos os espinhos que beijaste,
Dor e cruz, que geraram rosas,
A DEUS LOUVEMOS!
À tua ação de graças, com Maria
Nos unimos, num só coração.
A DEUS LOUVEMOS!

¡A DIOS ALABEMOS!
Cual nube de incienso perfumado,
pura y ligera, al Cielo sube
¡el “Sí” por tí hoy renovado
que como otrora Dios recibe!
¡A DIOS ALABEMOS!,
Hermana, por este santo Jubileo
cual trofeo, cual trofeo de amor,
¡A DIOS ALABEMOS!
Por la estela de luz que nos dejaste
en el camino, en el camino andado,
¡A DIOS ALABEMOS!
Por los años que ya son eternidad
y aún por aquellos que vivirás,
¡A DIOS ALABEMOS!
Por todos los espinos que besaste,
dolor y cruz, donde nacieron rosas,
¡A DIOS ALABEMOS!
A tu acción de gracias, con María
nos unimos, en un solo corazón.
¡A DIOS ALABEMOS!

Después recibió el abrazo de todas las Hermanas y algunos regalos, entre ellos un pergamino con una bendición del Santo Padre. El día 31 fue fiesta, pero un poco duro para su edad. A todo se prestó con sencillez y hasta bromeó en el refectorio, quitando el delantal a la Hermana que servía, tarea que ella no hacía ya desde hacía muchos años. Recibió varias visitas de familiares y amigos que vinieron a la Eucaristía, a la tarde, presidida por del señor Obispo de Coimbra don Joao Alves.

Sobre este día escribió una anotación muy breve: — *Además del Señor Obispo de la Diócesis, su Coadjutor, y no sé cuántos eran los concelebrantes; entre ellos, mis sobrinos: padre José Valinho y padre Manuel Pereira. Y el padre Luís Kondor, el Señor Rector del Santuario, el Señor Obispo de Leiría, etcétera. ¡Que Dios y Nuestra Señora recompensen a todos, Ella con su Bendición de Madre!*⁴⁷⁹

Por la noche, en la intimidad de la Comunidad, el regalo de un ramillete espiritual y ... unos bombones que ella distribuyó entre todas con gran alegría.

2. ÚLTIMOS AÑOS

Cuando en el año 2000 la Hermana Lúcia llegó a su Carmelo después del viaje que había hecho a Fátima, donde se encontró con el Papa Juan Pablo II y visitó los lugares de su infancia, vino con el corazón en fiesta, pero muy pronto comenzó a sentir un dolor fuerte en una pierna, más concentrado en el pie. Ya estaba acostumbrada a tener dolores, pero esto parecía diferente, sobre todo era más agudo. La atenta médico intentó aliviarla, pero nada hizo que remitiesen esos dolores tan violentos. Como persistía este sufrimiento sin encontrarse alivio, se pidió ayuda a un médico ortopédico, amigo de la Comunidad.

El doctor Joaquim Rodrigues da Fonseca, aunque por su mucha experiencia consiguió ver *por las manos* qué estaba pasando, la llevó a hacer una radiografía. El problema estaba en la columna. En aquella peregrinación que hizo por los lugares de sus recuerdos, anduvo bastante a pie y forzó la columna, ya muy deformada, y ese dolor se reflejaba ahora en el pie. El médico, diagnosticando que restablecerse llevaría unos seis meses, aconsejó el uso de un corsé ortopédico para aliviar y ayudar a corregir el defecto. Cuando le llevaron el corsé, ella dijo: — *Entonces yo me quejo del pie y ¿el médico me manda apretar la barriga?* Incluso sufriendo, siempre sabía bromear con la situación.

A fin de ahorrarle esfuerzos, para las distancias más largas era llevada en una silla de ruedas. Fue hermoso verla entrar en la sala de la recreación, primero con un bastón en la mano y, después, aprovechando que la llevaban en la silla de ruedas, con los brazos abiertos y las manos levantadas al Cielo para cantar aquél cántico que recordaba de su infancia y que en familia cantaban a la noche pidiendo la bendición de Nuestra Señora. Cantaba así:

*Minha Mãe, minha Senhora,
sobre estas filhas lançai
a vossa bênção carinhosa.
Do Céu a graça nos dai.
Em nome do Pai,
do Filho e do Espírito Santo.
A vossa bênção de Mãe!
Ámen.*

*Mi madre, mi Señora,
sobre estas hijas echad
vuestra cariñosa bendición.
Del Cielo la gracia nos das.
En el nombre del Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo.
¡Vuestra bendición de Madre!
Amén.*

⁴⁷⁹ O Meu Caminho, año 1999.

Pasado el período más agudo y doloroso, reanudó sus paseos hasta el monumento al Inmaculado Corazón de María al fondo del jardín. Bajaba en el ascensor y si el tiempo lo permitía, después del desayuno: té con pan o una tostadas, con el sombrero de paja si había sol, iba a dar su paseo con parsimonia rezando el Rosario, apoyada en su bastón, del que decía con mucha gracia: — *No vale gran cosa porque, si lo dejo de la mano, ¡pues se cae! Al final, ¡soy yo quien tiene que sostenerlo!* ⁴⁸⁰. Se detenía un poco rezando ante la imagen y regresaba a la casa, pasando por el oratorio, donde hacía una visita al Santísimo Sacramento.

Fue en el día de Cristo Rey del año 2000 cuando hizo esta *peregrinación*, que tanto le agradaba, por última vez sola. Después de tener su conversación con Nuestra Señora, al regresar se sintió mareada y cayó en el suelo de cemento. No se hizo ninguna herida, pero quedó muy dolorida. Sin apoyo para levantarse y no estando por allí ninguna Hermana, se arrastró como pudo hasta un soporte de hierro que sostiene los arbustos de los rosales y así consiguió levantarse. Momentos después, una Hermana la vio de lejos caminar con dificultad y fue en su ayuda. Daba pena. Toda ella temblaba. Gracias a Dios, sólo quedó magullada. Pero ya nunca más fue sola.

Ofreció al Señor el sacrificio de esta libertad y pasó a ir en silla de ruedas, llevada por una Hermana. Se organizó un calendario para programar los paseos, yendo cada día una Hermana con ella, en la mejor hora para su edad o según el tiempo lo permitiera. En el verano, era al atardecer, en la hora de la oración. A veces rezaban juntas el rosario, otras veces la Hermana que llevaba la silla de ruedas la dejaba delante de la imagen del Inmaculado Corazón de María y se alejaba un poco, para que ella estuviese a gusto en una conversación filial con la Madre.

Allí quedaba, sin cansarse de mirar la imagen de la Señora. Alzando las manos, cuyos dedos ya no se enderezaban por causa de la artrosis, presentaba a la Señora todas las peticiones que recibía a través de innumerables cartas y, como ella decía, también aquellas otras que no se le hacían directamente, sino que Dios conocía en el corazón de los Hermanos. Todos los días rezaba el Rosario completo, una parte por las intenciones que le confiaban. Y siempre “*saludaba*” también a los Primos, representados en el azulejo a los pies de Nuestra Señora.

Después daba de comer a los peces de los estanques con los restos de las formas ácimas. Agitando el agua con la punta del bastón, los llamaba “*¡lindos, lindos!*”. ¡Cuánto le agradaba ver cómo salían todos a la superficie, buscando el alimento que les ofrecía! Con la costumbre, en cuanto los peces sentían ya que llegaba, todos la saludaban y ella decía muy contenta que ¡ya le conocían la voz!

Por prescripción médica se levantaba más tarde, oía en la celda la Misa de la Comunidad, que era a las 8 de la mañana, mediante una instalación de megafonía, y ahí recibía la Comunión llevada por la Priora. Le costó esta obediencia, pero una vez más dijo sí a la Voluntad de Dios, sabiendo dar la vuelta a las cosas para no mostrar el sacrificio que hacía. Alguna vez, bromeando con ella, le decíamos: — *¡Entonces tiene tanta pereza que ni va a Misa!* Y enseguida teníamos la respuesta: — *¡Es que la Misa viene a estar conmigo!*

¡Qué renuncia no ir a la Misa de medianoche de Navidad y de la Vigilia Pascual! La Navidad del año 2000 fue la primera vez que no asistió. Pero pidió que al terminar fuésemos a su celda con el Niño Jesús. Y así fue. Salvo en el último día de la Navidad, en que ya estaba muy abatida, todos los años nos trasladábamos a su celda en el tiempo que solíamos ir a cantar junto al Portal después de la Misa. ¡Cuántos mimos hacía a la imagen del Niño Dios! Pero también tenía mimos para sus Hermanas: con antelación pedía a la Priora que le diera caramelos o bombones para regalar. Y ¡con qué alegría lo hacía! Era ella quien los distribuía. Siempre que quedaba retenida en cama por causa de alguna gripe o indisposición, como ya contaba con que las

Hermanas la visitarían en el tiempo de la recreación, siempre le gustaba regalar algún dulce y lo hacía con inmensa ternura.

El recuerdo de sus últimos diez años, más o menos, quedó grabado en los corazones de todas las Hermanas que tuvieron el privilegio de acompañarla en esta última fase de la vida. Parecía que cuantos más años se sumaban, mayor agilidad se veía en esta niña de Dios. Transmitía una alegría que se notaba mucho, venía de su íntima unión con el Señor. Era verdaderamente el canto del cisne al final de la vida, la melodiosa canción del trabajador, al final de la jornada, que ha vivido *el peso del día y del calor* ⁴⁸¹ con amor y entera fidelidad. Sentía nostalgia del Cielo, pero estaba feliz en la Voluntad de Dios, Quien aún la quería por acá *algún tiempo más* ⁴⁸².

En las recreaciones era el centro hacia donde convergían las atenciones de todas. Con su amplio bagaje de tantos años, tenía historias de sobra para contar, historias de su vida en las que siempre añadía un poco *de sal*. Hacía revivir travesuras de su infancia, de su tiempo de estudiante en el Instituto “Van Zeller”, sus vacaciones con la familia Pestana y en Braga, en la finca de Formigueira. Traía a la mente escenas de su tiempo de religiosa Dorotea y sus dificultades con la lengua española, escenas que eran de llorar de risa. Y ella reía de buena gana al revivir esos momentos ya tan lejanos, pero tan vivos en su memoria. Incluso aunque los repitiese, eran siempre escuchados con el interés de la primera vez, eran siempre una novedad.

A pesar de la edad que tenía, nunca pareció una viejecita y cada vez se fue haciendo más guapa y más atractiva. Parece que en estos últimos años, *volvió de nuevo a ser niña, como era cuando vió a Nuestra Señora* ⁴⁸³. Hay días en que la puesta de sol tiene la misma belleza que la aurora. En la vida de la pastorcita de Fátima sucedió lo mismo: sin ser infantil, el crepúsculo de su vida se revistió de la ligereza ágil de la infancia evangélica. Desprendida de todo, cantaría en su corazón con San Juan de la Cruz: — *Ya sólo en amar es mi ejercicio* ⁴⁸⁴.

Después del año 2000 se acentuó mucho este cambio. Fue un *pasar página*. El cuerpo pedía más descanso y ella ya no lo contrariaba. Cuando en broma le decíamos que había que hacer penitencia, contestaba sonriendo: — *¡Ahora que la hagan las Hermanas, yo ya he hecho mucha!* En realidad, seguía haciendo mucha penitencia, ahora ya no activa, sino pasiva. Sufría con edificante serenidad y sin quejas todas las limitaciones y el peso de la edad. Al mismo tiempo que ante las Hermanas relativizaba los sufrimientos que sentía, iba renovando su ofrecimiento con la fórmula que Nuestra Señora le enseñó el 13 de julio de 1917.

A veces se desahogaba: — *Nadie quiere morir joven, pero ¡cuesta mucho ser anciana!* Y cuatro meses antes de su partida: — *Nuestra Señora dijo que yo quedaba aquí algún tiempo más ... pero ¡va siendo ya tanto!* ⁴⁸⁵

En octubre del año 2003 celebramos en la intimidad los 75 años de su primera Consagración al Señor como Religiosa Dorotea. Esta fecha fue celebrada sólo en la Comunidad, porque hacía poco tiempo había celebrado las “Bodas de Oro” en el Carmelo y celebrar esos aniversarios tan próximos podría haber generado algunas confusiones.

Contamos con la presencia del padre Luís Arostegui Gamboa, Prepósito General O. C. D. recientemente elegido. Teniendo que venir a Portugal en el mes de octubre, aceptó la invitación para desplazarse a nuestro Monasterio y aquí vino el día 22 para celebrar la Eucaristía de acción de gracias por esta vida totalmente entregada al Señor. La Hermana Lúcia estaba feliz y quedó muy conmovida por la presencia del Padre General, porque es muy raro que esto suceda.

⁴⁸¹ Mt 20,12.

⁴⁸² MHL I: 4ª M cap.2 n.4, p.175.

⁴⁸³ Mª CELINA DE JESÚS CRUCIFICADO, *Hermana Lúcia. La memoria que de ella tenemos*, p.46.

⁴⁸⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, Canción 28.

⁴⁸⁵ Mª CELINA DE JESÚS CRUCIFICADO, *Hermana Lúcia. La memoria que de ella tenemos*, p.28.

3. SERENIDAD Y BUEN HUMOR HASTA EL FINAL

Marzo del año 2004. En el reloj de arena de la vida de la Hermana Lúcia, comenzaban a contarse sus días de modo decreciente, cayendo ya los últimos granos de arena de su tiempo en este mundo. El día 22 en que se celebraba su cumpleaños, la Eucaristía estaba señalada para la 1 y media del mediodía. Como sucedía desde hacía muchos años, la Capilla estaba llena. Aunque ni siquiera consiguieran verla, era ya una gran alegría saber que se estaba participando en la Misa cerca de ella. Pero ese año parecía que no conseguiría asistir. Hacía una semana que sufría fuertes dolores en las piernas y no conseguía levantarse. Eran las 11 de la mañana ... ¿qué hacer? La médica decidió ponerle una inyección fuerte y así consiguió que fuese a Misa y durante el día recibió algunas visitas de familias amigas. Fue un regalo del Esposo, un día de alivio.

Los dolores provenían de la columna vertebral totalmente deformada. La deformación que se veía en las manos y en los pies era el indicador del estado de la columna y de ahí aquellos dolores. Pero, incluso sufriendo así, se mantenía jovial con cualquier Hermana que la visitase y apreciaba la visita de la Comunidad en los días en que no podía ir a la recreación.

El día de Pascua de ese año 2004 fue un día de alivio. En la hora de la recreación del mediodía fue con toda la Comunidad a pasar ese rato en el jardín, junto a la imagen del Inmaculado Corazón de María. Comunicando alegría, le encantaba contar las innumerables historias de su vida, sobre todo a las Hermanas más jóvenes, que hacían círculo a su alrededor. ¡Ni soñamos con que sería la última vez que celebraría la fiesta de Pascua con nosotras!

En su celda tenía una campanilla para llamar en cuanto necesitase ayuda. Pero, para no dar trabajo, confiando demasiado en sus piernas ya tan frágiles, se atrevía a levantarse y alguna vez se cayó, quedando con algunas escoriaciones, a las que ella no daba ninguna importancia. Para que no sucedieran cosas peores, se decidió que tuviese siempre una Hermana en su compañía, lo que no le agradó nada, porque no le gustaba dar trabajo.

A fin de que esta Hermana pudiese descansar de noche, en la celda de la Hermana Lúcia se colocó también una cama pequeña. Y, cuando ella vio eso, preguntó que para qué, diciendo que no era necesario. Pero una vez que la decisión se mantuvo, la aceptó con sencillez. Cada noche preguntaba: — *¿Quién se queda hoy?* E invariablemente concluía: — *¡Estoy mal servida!* Con su sentido del humor envolvía sus limitaciones, en vez de mostrar quejas o lamentos.

Cada noche, dividida en dos partes, quedaban dos Hermanas: una hasta las dos de la madrugada y otra hasta el amanecer. Así todas podían descansar y no se entorpecía la vida comunitaria. Algun sacrificio había que hacer, pero daba gusto atender a aquella enferma siempre tan bien dispuesta. Con las Hermanas más jóvenes a veces hacía risas de modo que llegó a ser necesario que la Madre Piora fuese allí a recomendar silencio.

Cuando necesitaba ayuda, con su voz un poco ronca, que todas siempre recuerdan con nostalgia, llamaba: — *¿Está alguien por ahí?* La Hermana que quedaba en vela acudía en su ayuda y era una escena hermosa: la Hermana Lúcia extendía sus brazos, con una sonrisa de bebé sin dientes, y se confiaba en quien allí estaba para ayudarla. Después pedía agua, pero ésta debía ser fría. En invierno, se entonaba con un poco de agua caliente, que a ella no le gustaba nada y decía: — *¡Estropea todo!* Y a continuación apostillaba con la frase del Apocalipsis: — *Tú no eres frío ni caliente, te vomitaré de mi boca* ⁴⁸⁶.

Con altibajos, se fue manteniendo así hasta el mes de noviembre, en que comenzó el período más difícil y terminal. Sin darnos cuenta, ya se estaba alimentando muy mal durante estos

⁴⁸⁶ Ap 3,16.

meses en que aún bajaba al refectorio y era trasladada en silla de ruedas. Pensábamos que comía lo suficiente, pero no. Aquél organismo cansado rechazaba ya la comida. Ansiaba el descanso.

Estaba impaciente porque terminase el retiro de la Comunidad predicado por don João Bosco, entonces Obispo de Patos de Minas en Brasil. Ella pensaba que era muy *rara* la idea de invitar a predicar el retiro a un predicador del Brasil. Con el puño cerrado daba unos golpecitos en la cabeza de la Priora y preguntaba: — *¿Qué es que le pasó en la cabeza para llamar a un Obispo de Brasil para predicar el retiro?* Todos los días preguntaba que cuándo acababa. Parece que ella preveía el comienzo de su Calvario.

El retiro terminó el 20 de noviembre. Fue la última vez que bajó al coro a participar en la Misa. En la recreación de la noche ¡cómo disfrutó dando *la noticia* a cada Hermana que llegaba a la sala!: — *¿Ya sabe la noticia? ... ¡¡¡Ha terminado el retiro!!!* Y con cada una hacía fiesta aplaudiendo. Parece que presentía que algo especial se aproximaba.

El día 21, domingo de Cristo Rey, dió la primera señal de alerta. Durante la Misa, la Hermana que la acompañaba, y que sólo bajaba de la habitación para comulgar, se vió en un dilema angustioso. La veía tan mal que pensaba que era el desenlace final y entonces se debatía entre salir para pedir ayuda o dejar así a la enferma. En un instante de alivio, corrió hacia la puerta del coro y llamó a la Madre, que inmediatamente la siguió y avisó al médico. Las Hermanas quedaron en el coro para participar en la Eucaristía, pero se acabó la concentración. Sólo al final de la Misa supieron lo que había pasado, pero ya contado como pasado, gracias a Dios.

La crisis pasó. Pero en la querida enferma se notó un mirar más apagado, perdió su vivacidad habitual y hablaba menos. La alimentación comenzó a ser más difícil. Ya casi nada le apetecía, ¡sólo hacía honor a los altramuces! ... Los altramuces fueron sus amigos de la infancia. Ella decía que su padre siempre traía altramuces en los bolsillos y los niños, sabiendo eso, cuando se encontraban con él le hacían escolta. A veces le pedían, y él les daba, pero otras veces eran ellos mismos quienes se tomaban la libertad de quitárselos. Por eso le eran muy familiares y su organismo, al que ya nada apetecía, los toleraba bien.

Al final del año estuvo tres días sin comer nada. Después de hacer una lista de los alimentos que le podrían apetecer, sólo a los altramuces dijo que sí. Pero, al no haber en casa, la Hermana Lúcia dijo con mucha gracia: — *¡Caramba! Ofrece lo que no tiene.* La Priora llamó por teléfono a la médico, exponiendo la duda de si podría dar ese “manjar” a la enferma: un estómago que durante tres días no había recibido ningún alimento, ¿cómo reaccionaría a los altramuces? Como era eso lo que le apetecía, la propia médico fue a buscárselos a una cervecería. Confidencialmente, la médico dijo al comerciante para quién eran y él tuvo la gentileza de regalarlos. ¡Con qué gusto los comió! ¡Sólo pensó que le habíamos dado pocos! Era por prudencia, que ella no entendía, y cuando la enfermera le decía: — *¡Coma una taza de altramuces!* La Hermana Lúcia la corregía: — *He visto la taza, pero ¡sólo tenía media docena en el fondo!*

Con ella, incluso así ya muy débil, se hacían risas. Cuando se le decía que debería hacer un esfuerzo para comer algo más, pues estaba ya muy delgada, respondía con una cara traviesa: — *Es para dar de comer menos a los bichos.* Incluso antes de esta fase del bajón más agudo, la Hermana Lúcia se sentía ya con pocas fuerzas. Después de la Misa, la Hermana enfermera le servía el desayuno y ella quedaba aún descansando. Hacia las 11 la ayudaba a levantarse. Entonces decía: — *¡Qué suerte tengo de que mi madre no esté aquí! ¡Puedo dormir así el tiempo que quiera! ¡A mí no me dejaba quedarme en la cama!*

La Hermana enfermera le decía que la médico le había ordenado levantarse, a lo que ella respondía: — *¡Ah, ya querría verla yo cuando tenga mi edad!* O entonces, si la Priora aparecía, le decía: — *Madre Nuestra, llévase de aquí esta mocetona, que no me deja en paz.* Si la Priora le decía que, como era la enfermera, ella sabía qué había que hacer, la Hermana Lúcia concluía: —

¡No vale la pena ser Superiora! ¡Qué le vamos a hacer! Y allí se levantaba ella por amor de Dios, siempre bromeando con la situación, haciendo fácil la tarea de quien la atendía.

¡Cuán equivocado estaba quien levantó el rumor de que la Hermana Lúcia pasaba el día y la noche rezando y llorando! Rezar, sí, rezaba siempre para corresponder a lo que Nuestra Señora había pedido y, como carmelita, viviendo la Regla que manda *velar siempre en oración*⁴⁸⁷. Llorar ... en su corazón lloraba el pecado del mundo, pero sin vivir abrumada, sabiendo que *Dios ama a quien da con alegría*⁴⁸⁸. Y, como recomendaba nuestra Madre Santa Teresa, sabía que la virtud debe ser atrayente⁴⁸⁹. Cuando se le contó lo que de ella se decía, exclamó: — *¡Dios mío, cuántas cosas y qué cosas dicen que yo hago! Si pasase las noches llorando, ¿cómo podría rezar durante el día?*⁴⁹⁰

4. ÚLTIMOS CUIDADOS

Volviendo atrás, vamos a seguirla en su agotar ese *algún tiempo más* que le quedaba.

El 27 de noviembre, después de Vísperas, recibió la Unción de los Enfermos de manos de nuestro capellán, el Reverendo Canónigo don João Lavrador, hoy Obispo Auxiliar de Oporto, estando presente toda la Comunidad. Ella estaba muy bien y participativa.

Pero al día siguiente tuvimos una nueva alarma. A las 8 y media de la tarde la volvimos a ver ¡tan desfallecida! Se llamó a la médico, que acudió rápidamente, hasta el punto que la Hermana Lúcia decía: *Cuando me siento mal, la señora Doctora ¡siempre está aquí!* ... Después que hubo mejorado, no se paraba a pensar en el sufrimiento pasado, ni en qué podría ser aquello. Nunca preguntó a nadie sobre su estado de salud. Si la médico la auscultaba y después le decía que el corazón estaba bien, ella respondía: — *¡Siempre tuve buen corazón!* Y, con su buen humor, ella atenuaba la tensión en que todas quedaban.

En aquella celda, donde a marchas forzadas se preparaba el encuentro eterno de la pastorcita de Fátima con la Señora más brillante que el sol, se vivía una santa alegría y se hablaba de la muerte como de una fiesta muy deseada.

En la madrugada del día 29 tuvo un ligero desmayo. Las Hermanas que la acompañaban quedaron en vela el resto de la noche, que ella pasó serena; pero no dormirían más. Al día siguiente se repitió hacia las 10 de la noche. La médico apareció y, una vez más, todo pasó. Pero el 1 de diciembre, por la noche también, todo llevaba a pensar que sería el desenlace final. Ante la imposibilidad de contactar con el Capellán, se telefoneó al Palacio Episcopal y el señor Obispo don Albino Cleto acudió inmediatamente. Mientras se asistía médicamente a la querida enferma, el Señor Obispo estuvo rezando con la Comunidad, hasta que ella quedó serena; incluso llegó a poner reparos al peinado de la médico y a los zapatos de tacón que llevaba ...

Fue la última crisis y la más seria. Nuestra Señora nos estaba avisando de que no tardaría en venir a buscar a Su pastorcita. Fue entonces cuando se comenzó a pensar en el vacío y el dolor que sería para la Comunidad cuando llegase la partida, que se anunciaba para pronto, y quedar inmediatamente sin sus restos mortales: algunos años antes, la Hermana Lúcia había aceptado que su cuerpo fuese enterrado en el Santuario de Fátima.

Siempre decía que quería ser como las demás Hermanas de la Comunidad y quedar en el cementerio del Monasterio. Pero, después de escuchar las razones de algunos Superiores, admitió ir a Fátima, diciendo que también le agradaba mucho quedar en Fátima. Como no había ningún

⁴⁸⁷ REGLA número 8.

⁴⁸⁸ IIª Cor 9,7.

⁴⁸⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección* capítulo 41 n.7.

⁴⁹⁰ Relato oral de la Hermana Lúcia.

problema en hablar de la muerte con ella, aquél era un tema del que ella hablaba con soltura y naturalidad y así, a principios de diciembre, la Priora, Hermana Maria Celina, le dijo cuánto le iba a costar a todas verla partir después que falleciese. A eso la Hermana Lúcia respondió: — *Después que muera, que las Hermanas hagan lo que quieran*. Sin embargo, cuando se le recordó que ya había hecho un documento, objetó: — *... si ya escribí ...* Entonces la Priora sugirió que, sin anular lo que ya había hecho, escribiese una pequeña nota para disponer que quedaría en el cementerio del Monasterio al menos un año, a lo que ella asintió.

Ésta, para ahorrarle esfuerzos, redactó un breve texto que la Hermana Lúcia copiaría para firmar después. Pero la Hermana Lúcia, apenas copió la primera palabra, comenzó a escribir un texto personal. Al llegar a la segunda línea, se mostró cansada y dejó el bolígrafo. Aceptó que le fuese escrito el texto, ahora según lo que ella había comenzado ya, y luego firmó. Fue la última cosa que escribió. Era el día 6 de diciembre de 2004.

Continuó yendo a las recreaciones con la Comunidad en los días en que estaba menos cansada. El día de la Inmaculada Concepción no pudo asistir a la ceremonia de la Toma de Hábito de una Novicia, pero después la abrazó con mucho cariño y alegría, diciéndole que quedaría en su lugar, una señal de que ella veía su partida inminente. Por la tarde, se la llevó a hacer un T. A. C. para ver si había algo que pudiera remediarse o que la aliviase. Y siempre la misma conclusión: era el peso de la edad.

Día 13, día de Santa Lucía, recibió algunas cartas de países extranjeros, donde el nombre de Lúcia y Luzia son el mismo, que le enviaban sus felicitaciones. Y recibió un regalo que le agradó mucho: un bellissimo icono de Santa Luzia, venido de Rusia, traído por un hijo de la Señora que lo enviaba. El reverso del icono estaba cubierto por pequeños iconos de Nuestra Señora bajo muchas advocaciones. Le agradó mucho porque era hermoso, pero mucho más le complació que viniera de Rusia. ¡Rusia estaba en su corazón!

Llegó la Navidad, la última para ella en la tierra. No la visitamos después de la Misa de medianoche porque estaba muy débil, pero el día 25 fuimos con ella a celebrar la fiesta con el Niño Jesús, darle el abrazo de felicitación por la Pascua de Navidad y probar los bombones que ella guardaba para regalarnos. ¡Con qué gusto lo hizo! En la víspera, por la tarde, cuando se preparaba para comer, recibió la visita del Señor Obispo y compartió con él su mesa, lo que le dió un gran gozo. Era una novedad que después la contaba a cada Hermana que la visitó durante esa tarde: — *Sabe, Hermana, hoy he tenido el honor de comer con el Señor Obispo*.

Se iban sucediendo los días en una cuenta hacia atrás, como el goteo de los últimos granos que corren de un reloj de arena. Cada día se la veía más débil, más apagada, sin dejar de tener sus salidas de humor graciosas, cuando era oportuno. Vivió este período de dependencia total con un gran abandono y sin mostrarse contrariada. Hasta el final conservó el arte de esconder a los ojos ajenos lo que podía resultarle costoso.

Tenía frío, mucho frío. Por más que se calentase la celda, que parecía un horno para quienes ahí entraban, la Hermana Lúcia no entraba en calor. Recordamos entonces que una persona amiga nos había ofrecido una manta eléctrica hacía algunos años. Con ésta finalmente logró calentarse. Llegó al final de enero con una debilidad extrema y a partir del día 28 no volvió a comer. Bebía algunos líquidos, pero poco.

Comenzó a recibir suero el 1 de febrero, pero también éste no conseguía correr a veces. Más sufrimiento. Cuando en las manos y brazos ya no era posible, la enfermera tuvo que pincharle en los pies, donde resulta muy doloroso. A todo se entregaba en silencio, como un cordero. En su corazón iba ofreciendo todo y todo estaba ya de antemano ofrecido y entregado. Fue visitada por dos Profesores del H.U.C. (= “Hospital da Universidade de Coimbra”) para que dieran una opinión sobre si estaría mejor atendida en el Hospital. Dijeron que no. No había nada más que hacer y,

sobre todo, allí no tendría el cariño del que aquí estaba rodeada. La médico, con una solicitud indecible, la visitaba diariamente y algunos días más de una vez.

5. SUBIDA AL CALVARIO CON JESÚS Y MARÍA

Volvió a recibir la Unción de los Enfermos el día 3 de febrero, pero esta vez estaba muy postrada. Aparentemente no participó con consciencia. Cada vez más todos los ojos estaban fijos en ella. Se temía el desenlace para el día 5. ¡Estaba tan mal y la noche había sido tan dolorosa! ¡Era primer sábado! Pasó la mañana con mucho sufrimiento. Por la tarde la visitó el Señor Obispo. Con sus ojos ya muy apagados miró fijamente y ¡le besó la cruz pectoral! No habló. Cuando Su Excelencia Reverendísima le dió la bendición, ella se santiguó, un gesto que en esta etapa repetía muchas veces.

Por la noche mejoró. Toda la Comunidad fue a pasar la hora de la recreación con ella. Hizo muchos mimos a la imagen de Nuestra Señora de Fátima que el Santo Padre Juan Pablo II le había enviado en diciembre de 2003 y que siempre conservó en su celda, y varias veces se santiguó ante esa misma imagen que miraba fijamente con ternura.

La desafiábamos con los altramuces y ella con la cabeza asintió que quería comer. Con mucho empeño intentó ponerse la dentadura postiza, pero no pudo, por tener la lengua agrietada. Le dijimos que otro día lo intentaría de nuevo y ella consintió, pero aún intentaría comer un altramuz. Fue lo último que quiso comer. Siguiéronse días y noches muy difíciles. Ella sufría sin descanso y quien la acompañaba sufría por no poder aliviarla. Pero transmitía paz y serenidad a quien estaba a su lado. A veces miraba fijamente a la Hermana que la velaba con una mirada que, aunque sin brillo ya, estaba tan llena de ternura que en ella se veía expresada toda su gratitud por las atenciones que le daban.

Se observó que sufría por la falta de aire y se le administró oxígeno. Durante toda la noche del 7 al 8 de febrero quería ver a la Hermana que le hacía compañía. Si ésta se recostaba un momento para descansar y ella no la veía, se lamentaba diciendo: — ¡¡Me ha dejado !!! Entonces la Hermana se ponía de pie y, al verla, la pastorcita sonreía y le apretaba la mano con mucha fuerza. Después decía despacito: — ¡Nuestra Señora! ... ¡Nuestra Señora! ... ¡Angeliños! ... ¡Angeliños! ... ¡Corazón de Jesús! ... ¡Corazón de Jesús! ...

La visitó el Confesor, el Reverendo Padre Pedro Ferreira O. C. D. Con una sonrisa y las manos juntas recibió la absolución y se santiguó, sin que consiguiese casi hablar. A la propuesta del Confesor de llevar un “saludo” de ella a la Señora de la “Capelinha” de las Apariciones, asintió con un movimiento de la cabeza.

Por la noche tuvo un nuevo desmayo. Toda la Comunidad se reunió en aquella celda donde se consumía en sacrificio aquella que en su infancia se había ofrecido a Dios para sufrir todo lo que Él quisiera enviarle. Era un fruto maduro que el Divino Agricultor estaba a punto de recoger. Pero aún no había llegado su hora. Dentro de su gran sufrimiento, mejoró y la Comunidad comenzó a retirarse. Abriendo los ojos y al ver a las Hermanas salir, las envolvió con una sonrisa encantadora, en la que se veía expresada amistad, ternura y gratitud.

Pasó toda la noche sin dormir y también procuró que la acompañante no se adormilara, despertándola con unos golpecitos en la cabeza, lo que hacía con una mirada dulce y tierna. Ese día 9 de febrero recibió por última vez la Sagrada Comunión. Ya no conseguía tragar nada, ni siquiera agua. A partir de entonces, la Priora que debía llevar la Comunión a otra enferma, pasaba unos minutos por la celda de la Hermana Lúcia y le ponía sobre el pecho el relicario con Jesús Escondido, quedando unos momentos en adoración. ¡La pastorcita comulgaba ahora en la Cruz!

6. ÚLTIMAS PALABRAS

Al mismo tiempo, seguíamos el estado de salud del Santo Padre, que estaba hospitalizado. Recordábamos eso a la Hermana Lúcia y ella levantando las manos repetía: — *¡Por el Santo Padre! ¡Por el Santo Padre!* Y continuaba su ofrecimiento en silencio, en el santuario de su corazón. En ella se notó siempre un gran amor por el Santo Padre, un amor que le fue impreso en su corazón en la revelación del Secreto. Este amor fue creciendo con ella: al principio ni sabía el nombre del Papa, pero ahora tenía un nombre y un rostro. Además del amor filial que le profesaba, había una amistad mutua. ¡Con qué cariño sostenía en sus manos hasta el momento de su partida al Cielo el rosario usado por el Papa, que se lo había enviado el año anterior, con ocasión de su último cumpleaños! ¡Dios unió a los dos, a la pastorcita y al Pastor, en la subida final del Calvario!

En la mañana del día 10, dijo sus últimas palabras y fueron nuevamente un ofrecimiento por el Santo Padre. Cuando la Hermana enfermera le preguntó si sufría mucho, respondió:

— *¡Sufro!*

— *¿Ofrece ese sufrimiento por el Santo Padre?*

— *Ofrezco por el Santo Padre ... por el Santo Padre ... por el Santo Padre ...*⁴⁹¹

A partir de este momento, ya no dijo ninguna palabra más. Ahora hablaba a través de su entrega generosa y heroica a la Voluntad de Dios, por su paciente aceptación del gran sufrimiento de estas últimas horas que aún le quedaban por vivir en la envoltura de su cuerpo, ya tan cansado y desgastado. Pero el espíritu estaba firme en el Sí de la primera hora. Fueron tres días de “retiro”, la preparación próxima para *entrar en la alegría del Señor*⁴⁹².

El día 11 fue alternando momentos de sufrimiento por causa de la tos, siempre con mucha paz y serenidad, y momentos de ternura hacia su crucifijo, que besó varias veces y miraba largamente. Después quiso ponerlo sobre su corazón, el lugar donde se pone en el día de la Profesión. Quería que Él recibiese las palpitaciones de aquél corazón que ya se sentía cansado, pero que sólo latía por Él bajo la mirada de María. Por la tarde recibió un regalo: un corderito de lana, que un Padre Carmelita había traído de Italia. Ya inexpresiva, aún lo miró con ternura y le hizo un mimo con la mano. ¡Cuántos recuerdos unidos a los corderos! ...

Las noches eran siempre más difíciles, pero estas últimas fueron impresionantes. No conseguía descansar. Los ataques violentos de tos parecía que le querían romper el pecho. A cada nuevo ataque, las Hermanas que la velaban la ayudaban a erguirse un poco, una posición que la aliviaba. Después cambiaba de posición. Ella agradecía con una mirada muy dulce, pero en ella se reflejaba un inmenso sufrimiento. Y las Hermanas que estaban a su lado compartían ese sufrimiento ante la imposibilidad de aliviarla. Todo era ofrecido al Señor por ella y con ella.

El día 12, sábado, se notó en ella una gran postración. El sábado siempre pensábamos que la Madre la vendría a buscar ... El corazón empezó a dar señales serias de querer terminar su tarea: tuvo una fuerte arritmia. A la tarde tuvo para con la Priora un gesto muy significativo. El rosario que siempre tenía en la mano o extendido sobre el pecho, lo recogió en su funda de concha y lo puso en la mano de ésta, mirándola fijamente. Quizá le quisiera decir: — *Tómalo, reza tu ahora, porque yo ya no puedo*. Viéndola llorar, la Hermana Lúcia levantó los brazos y tirando de la Priora hacia sí, le dio un beso en la frente y le sonrió. Fue un agradecimiento emotivo y una despedida. ¡¡¡Ella que era tan comedida en estos gestos!!!

Aún tuvo que padecer el suero de mantenimiento. Ya no había venas que soportaran las agujas. Sólo en los pies, donde es extremadamente doloroso. Fue ahí donde le pincharon, sin que

⁴⁹¹ Relato oral de la Hermana Lúcia.

⁴⁹² Relato oral de la Hermana Lúcia.

de su boca saliera una queja. Las Hermanas estaban llorando y la médico se fue llorando y también la enfermera, de quien se despidió con un leve gesto pero significativo de inclinar la cabeza. Pero ya no se iba a repetir más este suplicio. La virgen prudente tenía la lámpara encendida para entrar en la sala del banquete, cuya apertura de puertas era inminente ⁴⁹³.

7. TODO SE HA CONSUMADO

Siguió la última noche de mucho sufrimiento, pero en paz. Hacia la medianoche, la Hermana que la asistía le llevó a los labios la imagen de Nuestra Señora de Fátima, que en su cabecera velaba su holocausto. La besó y fue su último beso. Era el saludo a la Señora más brillante que el sol, al despuntar el día que para la pastorcita no iba a tener ocaso: era el comienzo del día 13 de febrero, su *dies natalis*. Durante el resto de la noche, mientras la acompañante rezaba el rosario, ella iba moviendo sus dedos como si pasara las cuentas del rosario, fiel hasta el final a la petición de la Señora de la encina.

En la madrugada se observó en ella una gran ligereza, abrió los ojos que desde hacía tantos días mantenía casi siempre cerrados, y no se advertían señales de sufrimiento. ¿Habría estado por ahí Nuestra Señora y le habría quitado los dolores como hizo con Jacinta? ... queda la pregunta, pero algo sucedió. El rostro de la pastorcita, que en la víspera estaba contraído de dolor, se presentaba ahora fresco y jovial, irradiando felicidad y teniendo para todas una hermosa sonrisa.

La Priora con el dedo indicador le señaló hacia el Cielo, a lo que ella correspondió con una inclinación de cabeza. Después le puso el crucifijo delante de los ojos y fue hermoso ver la conversación silenciosa que tuvo con Él, haciendo gestos muy significativos. Enseguida se llevó la mano a la boca, haciendo la señal de querer besarlo, pero ya no tuvo fuerzas para dar el beso físicamente; ciertamente ese beso habrá sido muy intenso en el corazón.

A las 10 de la mañana recibió la bendición del Santo Padre, enviada por fax desde la Nunciatura y traída por nuestro Obispo. Le fue leído el texto al oído. No quedando satisfecha sólo con esto, quiso tener la hoja en sus manos; con un gesto pidió sus gafas para leerla personalmente, con mucha atención. El Santo Padre Juan Pablo II le escribía así:

*Reverenda Hermana Lúcia de Jesús y del Corazón Inmaculado
Carmelo de Santa Teresa - Coimbra*

*Informado del estado en que va su salud, le escribo para manifestarle mi
unión de afectos, con un particular recuerdo de su persona junto al Dios de toda
consolación, para que con serena resignación pueda superar meritoriamente estos
momentos de prueba, unida a Cristo Redentor y dejándose iluminar por su Pascua.
Como prenda de las mejores gracias celestiales, le envío mi bendición apostólica
haciéndola extensiva a su comunidad carmelita y a su familia.*

Johannes Paulus PP. II.

Era el Pastor Supremo de la Iglesia que por este medio venía a bendecir a la pastorcita que estaba a punto de levantar el vuelo en los brazos de la Madre.

Durante esta mañana se santiguaba con mucha frecuencia y con más libertad al tener las manos libres del suero, que esa mañana se le había retirado. A la tarde regresó la médico y la enfermera para ponerlo de nuevo. Entre el mediodía y la 1 de la tarde comenzó el bajón definitivo,

⁴⁹³ Mt 25,10.

con gran postración y la respiración más difícil. El oxígeno ya no conseguía entrar en los pulmones, que se cerraban. Claramente se veía que iba a *romper la tela de este dulce encuentro* ⁴⁹⁴ con el Señor de su vida. Sobre las cinco, como habían prometido, llegaron la médico, la enfermera y finalmente el Señor Obispo. Al abrir la puerta, la Priora pidió a la médico que no le pusiera ya más suero, pues la querida enferma estaba muy cerca del final. Y, cuando llegó don Albino, se le informó de que la partida era inminente. Confirmada la situación por la médico, la Comunidad fue llamada. Todas formaron círculo alrededor del lecho de la querida moribunda, mientras respondían las oraciones del ritual, recitadas por nuestro Obispo.

Fue un momento intenso, en el que nadie advertía quién tenía al lado, todas estaban atentas en aquella Hermana que se preparaba para entrar en la VIDA con tanta serenidad, inclinando la cabeza como una espiga desgranada. Terminadas las oraciones del Ritual, el Señor Obispo cerró el libro y comenzó a rezar invocaciones salidas del corazón: — *¡Que te reciba Jesucristo a Quien has entregado tu vida! ¡Que te reciba la Señora más brillante que el sol, que se te apareció! ¡Que te reciba el Ángel de Portugal, que se te apareció! ¡Que te reciba el beato Francisco que contigo vió a la Virgen María! ¡Que te reciba la beata Jacinta, que contigo vió a la Virgen María! Etcétera ... etcétera ... etcétera.*

Cuando no esperábamos ya volver a ver esos ojos que tantas veces habían contemplado la Belleza celestial, ¡aquellos ojos se abrieron! Recorrió con la mirada a todas las Hermanas que la rodeaban y con profunda emoción recibían aquella delicada despedida, y se detuvo en la Priora a quien miró larga y profundamente. Ésta recibió esa mirada y el mensaje que de ella emanaba, como si estuviera completamente a solas con la pastorcita, como fuera del tiempo. Entonces, puso el crucifijo delante de esos ojos que eran como dos haces de luz y, tras haberlos fijado en él, los cerró de nuevo. Fue su despedida. Así marchó vestida de silencio y sencillez. En los brazos de la Señora más brillante que el sol fue al encuentro de los Primos, dejando el perfume de sus virtudes para empapar todos los rincones del Monasterio de Santa Teresa, donde fue perdiendo la vida para poder encontrarse ahora en la Vida Eterna.

8. “EN EL CIELO NOS VEREMOS ...”

La noticia se difundió rápidamente por los medios de comunicación y comenzaron a llegar personas que querían verla y despedirse de los despojos mortales de la Hermana Lúcia, cuyo féretro fue expuesto en el coro bajo, bajo la mirada de una imagen del Corazón Inmaculado de María. Pronto hubo de formarse una cola de espera para pasar por delante unos pocos segundos sólo. ¡Era tanta la gente! Hubo quienes esperaron incluso seis horas para verla un breve instante. Y hubo quienes volvieron a ponerse en la cola hasta cinco veces con el fin de volver a verla de nuevo. Y hubo una avalancha de flores. Al principio aún se fueron poniendo alrededor del ataúd con un poco de arte, pero después hubieron de acumularse como en un monte. A través de las rejas pasaron centenares de ramos y de notas; entre éstas se pasó una postal con una cuarteta así:

Lúcia
O mundo inteiro fica mais sozinho
ao dares ao Céu, Irmã, apropriá voz...
mas o Mondego inverte o seu caminho
efaz dos nossos olhos umafoz!

Paulo Ilharco

Lúcia
Aún más solo queda el mundo entero
dando al Cielo, Hermana, la voz tuya ...
mas su camino invierte el río Mondego
¡al hacer por nuestros ojos su salida!

Pablo Ilharco

⁴⁹⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*. Canción I.

Poco después, el autor envió esa cuarteta impresa y colocada en un hermoso marco *.

A las 9 de la noche se celebró la primera Misa de cuerpo presente, quedando abierta después la capilla hasta la medianoche. Ya de madrugada, algunas personas estaban en la calle esperando a que se reabriese la capilla. En este día siguiente, después de la Misa de la mañana, no había espacio libre. Y parecía que la cola nunca se acababa, su extensión permanecía siempre igual. Cuando a la tarde se interrumpió el paso por el féretro durante la celebración de la Eucaristía, las personas que no pudieron entrar por falta de espacio tuvieron que quedar en la calle y pasaron el tiempo de la Misa cantando los cánticos de Fátima y rezando. Nadie se mostró enfadado por la espera.

El día 15 el Gobierno Portugués declaró un día de luto nacional, un hermoso gesto que representaba el sentimiento que estaba en los corazones de miles de portugueses, que sentían con tristeza la partida de una figura portuguesa que tanto bien había hecho a la nación y que era tan conocida y admirada mundialmente.

Ese día se celebró en la Catedral Nueva de Coimbra la Misa de funeral presidida por Su Eminencia el Cardenal Tarcisio Bertone, enviado especial del Santo Padre y portador de un mensaje de Su Santidad, en estos términos:

Al venerable hermano Albino Mamede Cleto, Obispo de Coimbra:

Con profunda emoción he conocido que la Hermana Maria Lúcia de Jesús y del Inmaculado Corazón, a sus 97 años de edad, ha sido llamada por el Padre celestial a la morada eterna del Cielo. Ella alcanza así la meta a la que siempre aspiró en la oración y en el silencio del convento.

La liturgia de estos días nos ha recordado que la muerte es la herencia común de los hijos de Adán. Pero, al mismo tiempo, nos da la certeza de que Jesús, con el sacrificio de la cruz, nos ha abierto las puertas a la vida inmortal. Estas certezas de fe nos las recordamos cuando damos nuestro último adiós a esta humilde y devota carmelita que consagró su vida a Cristo, Salvador del mundo.

La visita de la Virgen María, que la pequeña Lúcia recibió en Fátima, junto con sus primos Francisco y Jacinta en 1917, fue para ella el comienzo de una misión singular a la que se mantuvo fiel hasta el fin de sus días. La Hermana Lúcia nos deja un ejemplo de gran fidelidad al Señor y de gozosa adhesión a su divina Voluntad. Recuerdo con emoción los distintos encuentros que tuve con ella y los vínculos de amistad espiritual que a lo largo del tiempo se fueron intensificando. Siempre me he sentido amparado por el regalo diario de su oración, especialmente en los momentos duros de prueba y sufrimiento. Que el Señor la recompense ampliamente por el grande y escondido servicio que ha prestado a la Iglesia.

Me gusta pensar que para acoger a la Hermana Lúcia, en su piadosa partida de esta tierra al Cielo, haya venido precisamente Aquella que ella vió en Fátima, ya

* **NOTA DEL TRADUCTOR** : El autor es un poeta portugués que actualmente ejerce como profesor de portugués e inglés en diversas instituciones docentes. PAULO JORGE DIAS NOGUEIRA ILHARCO nació el 26 de mayo de 1961 en Coimbra, ha estudiado *Filología Moderna* en la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra y ha disfrutado de Becas y Bolsas de estudio de los Gobiernos británico y español. Su obra poética se concentra en diversos libros publicados como: *Sonetos Imperfeitos* (1991), *Chão Sagrado* (1992), *Sonetos-Mais-Que-Imperfeitos* (1992), *Paranóia* (1995), *Sonetos do Reencontro* (1995), *Transgressão* (1997), *Poemas ao Ocaso* (1997), *E Nu Sente* (2002), *Sonetos (E)ternos* (2002), *Ideias... E Dei-as!* (2004), *Quadrados doídas sem acento no "i"* (2004).

hace tantos años. Quiera ahora la Virgen Santísima acompañar el alma de ésta su devota hija al encuentro bienaventurado con el Esposo divino.

Os encomiendo, venerable hermano, la tarea de asegurar a las religiosas del Carmelo de Coimbra mi cercanía espiritual, al conceder una afectuosa Bendición, como prenda de consuelo en este momento de separación, extendida a los familiares, a Vos, al Cardenal Tarcisio Bertone, mi enviado especial, y a todos los participantes en el sagrado rito del funeral.

Vaticano, 14 de febrero de 2005, Juan Pablo II

Después de haberse celebrado una Misa en la iglesia del Carmelo con la participación de su familia sólo, el féretro fue trasladado a la Catedral a media mañana, quedando expuesto hasta la tarde. El coche fúnebre hizo todo el recorrido entre el Carmelo y la Catedral Nueva de Coimbra flanqueado por unas filas de personas que caminando o paradas todavía acompañaban los últimos pasos de la pastorcita en la tierra. Los Agentes de Policía y varios miembros de los *Scouts* hicieron guardia de honor junto al féretro, que estaba abierto, pero protegido por una cubierta acrílica transparente. La Catedral resultó pequeña para el número de los que querían participar y una gran multitud tuvo que quedarse fuera.

Quiso la Divina Providencia que estuviesen presentes casi la totalidad de los Obispos portugueses. La Hermana Lúcia murió cuando la Conferencia Episcopal Portuguesa estaba haciendo Ejercicios Espirituales en Fátima. Todos los asistentes se desplazaron a Coimbra para la celebración del funeral, volviendo a continuación para seguir con los Ejercicios.

Terminada la celebración, se organizó el cortejo de vuelta al Carmelo donde, una vez más, una multitud de personas y ahora también el Señor Cardenal Tarcisio Bertone, algunos Obispos y muchos Sacerdotes, acompañaron con mucho cariño y devoción el féretro de la Hermana Lúcia. Cuando el ataúd fue levantado en hombros y se iniciaba la salida de la Catedral, alguien comenzó a cantar el cántico:

“En el Cielo, en el Cielo, en el Cielo, un día nos veremos ...”.

Toda la multitud se unió al mismo cántico con profunda emoción, mientras resonaba una salva continuada de aplausos. El cortejo fúnebre salió pisando las capas de los estudiantes universitarios, que esperaban a las puertas de la Catedral, ¡haciendo un pasillo de honor a quien había vivido siempre tan humilde!

En el Carmelo, después del último responso rezado por el Señor Cardenal Tarcisio Bertone, en presencia del señor Nuncio Apostólico don Alfio Rapisarda, del Obispo de Coimbra don Albino Cleto y de algunos Obispos y sacerdotes más, el ataúd fue preparado para ser enterrado de modo que se conservara en condiciones para ser transferido a Fátima dentro de un año.

Aún hubo tiempo de sacar una última fotografía del féretro de la Hermana Lúcia con toda la Comunidad de sus Hermanas y algunos Padres Carmelitas presentes.

Por fin, su ataúd fue depositado en la tumba Número 3, una sepultura nueva, donde quedó durante ese año, siempre con profusión de velas y flores. Todos los días llegaban con peticiones de oraciones. Y llegaban cartas para poner sobre la sepultura. Siendo ya muchas, tuvo que ponerse un cesto para que ahí estuvieran. Cada persona confiaba su corazón y sus intenciones a la Hermana Lúcia, sabiendo que ahora les oía mejor y más rápido.

Para las Hermanas que habían vivido muchos o sólo unos pocos años con la pastorcita fue una gran alegría y consuelo poder tenerla allí tan cerca, rezar por ella y rezarle pidiendo su intercesión junto a Dios y Nuestra Señora. Sentían que ella estaba muy cerca, sólo había cambiado el modo de estar presente en medio de ellas.

9. TRASLADO A FÁTIMA

Por decisión del señor Obispo de Leiría-Fátima don Serafim Ferreira Silva, la translación del féretro de la Hermana Lúcia, desde el Carmelo de Coimbra hasta la Basílica del Santuario de Fátima, se fijó para el 19 de febrero del siguiente año 2006. Fue un nuevo dolor para la Comunidad, que lo aceptó resignada. En la víspera, muy temprano, se abrió la sepultura en presencia del Señor Obispo de Coimbra, del Señor Presidente del Ayuntamiento de Coimbra, del Señor Presidente de la Junta Parroquial de la Catedral Nueva, de don João Bosco y de don Ricardo, ambos Obispos de Brasil, del Capellán del Carmelo y del padre Luciano Cristino, quedando el ataúd en el oratorio interno del Carmelo.

Por la tarde hubo una solemne Celebración en el claustro, con la presencia de todos los Provinciales Carmelitas de Europa, muchos sacerdotes también Carmelitas y del señor padre Kondor, gran amigo y admirador de la Hermana Lúcia. Estos mismos Sacerdotes fueron a pasar la noche en Fátima y regresaron al día siguiente para asistir a la Eucaristía de despedida de la Hermana Lúcia de su querido Carmelo y acompañarla de regreso a su tierra natal. Durante toda la noche, el ataúd de la Hermana Lúcia estuvo acompañado por las Hermanas y a la mañana siguiente fue llevado al coro, para la celebración de la Misa a las 8 y media.

La Eucaristía de la mañana del día 19 fue presidida por el Obispo de Coimbra don Albino Cleto, concelebrada por decenas de Sacerdotes, y contó con la presencia de una multitud de fieles amigos y devotos de la Hermana Lúcia, así como de muchos periodistas que siempre acompañaron y transmitieron todos los sucesos, atestiguando la grandeza e importancia de cada momento, la presencia constante de una multitud de personas a lo largo de toda la traslación, a pesar de la lluvia que insistía en caer y el mal tiempo que se hacía sentir.

Terminada la Misa, fue la despedida del Carmelo. Seis Hermanas llevaron el féretro desde el coro hasta la puerta de la clausura, seguidas por la imagen del Inmaculado Corazón de María, llevada por dos Hermanas, siguiendo el resto de la Comunidad en Procesión. El cuerpo de la pastorcita atravesó así, por última vez, aquél claustro con que ella había soñado al dejar Fátima, que tanto había deseado habitar desde su juventud y donde gastó la mayor parte de los años de su vida, para de nuevo volver a Fátima, donde todo había comenzado.

Las Hermanas pusieron el féretro en el suelo junto a la puerta de la clausura e intentaron cantar un cántico preparado para el momento, pero casi no fueron capaces por la emoción. El señor Obispo don Albino entró en la clausura con seis agentes de la P. S. P. que iban a transportarlo al coche fúnebre, siguiendo después a la Catedral Nueva. ¡Fue una sensación de dolor, tristeza y vacío! Parecía que todo había desaparecido. Nadie dijo nada.

En ese momento entró el padre Pedro Ferreira O. C. D. Sabiendo cuánto dolía esta despedida en el corazón de aquellas que habían vivido más de cerca con la Hermana Lúcia, como gesto silencioso de consuelo, trazó la señal de la cruz en la frente de cada una y después partió también para Fátima. En el coche fúnebre, junto al ataúd de la Hermana Lúcia, fueron la Madre Priora, Hermana Maria Celina, y dos Hermanas externas del Carmelo de Coimbra. Una larga fila de personas a pie y en coche lo siguió durante todo el trayecto. A la 1 del mediodía se celebró la Misa en la Catedral Nueva, siempre con gran afluencia de personas y de ahí siguió el cortejo hacia Fátima en torno a las 3 de la tarde.

El señor Obispo de Leiría-Fátima don Serafim recibió al cortejo que llegaba al Santuario, donde ya había muchas personas deseosas de poder ver y tocar el ataúd de la pastorcita Lúcia. La Madre Priora entregó las llaves del féretro al Obispo de Coimbra y éste a su vez hizo la entrega al Señor Obispo de Leiría-Fátima. El cortejo siguió después hacia la “Capelinha” de las Apariciones, ante la cual fue puesto el ataúd mientras se recitaba el Rosario con meditaciones sacadas del libro

Llamadas del Mensaje de Fátima, escrito por la Hermana Lúcia. Y, más tarde, se puso en el lugar preparado para eso ante el Altar, durante la celebración de la Misa.

En la Basílica entraron pocas personas. Sólo los familiares más próximos y algunos Obispos y Sacerdotes. Los restos mortales de la prima Lúcia fueron puestos en el lado izquierdo de la beata Jacinta. Bajo una losa de mármol, con la inscripción de su nombre y fechas de nacimiento y muerte, reposa aquél cuerpo que tanto camino anduvo en el cumplimiento de la Voluntad de Dios y en la fidelidad a la petición de Nuestra Señora. En la losa, como un silencioso gesto de cariño, quedó un ramo de 16 rosas blancas, y en la cinta blanca que las unía la firma de todas las Hermanas representadas en las rosas y este mensaje:

*Em cada rosa vai uma saudade
De cada Irmã do sempre teu Carmelo!
A nós unida desde a Eternidade,
Mergulhada no Seio da Trindade
No nosso caminhar tu és modelo*

*¡En cada rosa va un recuerdo
de cada Hermana do siempre tu Carmelo!
Unida a nosotras desde la eternidad,
e inmersa en el Seno de la Trinidad
para nuestro caminar ¡tu eres modelo!*

Ahí la visitan para agradecer los favores recibidos y para pedir ayuda ante los problemas de la vida, dejando flores, como queriendo perpetuar su memoria junto a ella. Al igual que en otro tiempo recibía centenares de cartas, o era buscada por pequeños y grandes, la Hermana Lúcia seguirá diciendo: — *¡Es todo por causa de Nuestra Señora!*⁴⁹⁵.

Con ella recemos este poema-oración que un día brotó de su corazón:

*Ao meio dia
A nós descia
Teu peito aberto, celeste luz!
Teu Coração
Traz o perdão
Ao pobre filho que a Deus conduz!
Em ti, Maria,
O sol sorria,
Formosa estrela lá do alto céu!
Com harmonia,
Meiga dizia:
Tens doce asilo no peito meu!
Terna aliança,
Firme esperança,
Sob o teu manto, vem-me abrigar;
Tu que és pura,
Toda ternura,
Dentro em teu peito quero habitar.
Meu coração
Em tua mão,
Ó Mãe bondosa, deixa viver;
Salva teu filho
No escuro trilho.
Não m'o devolvas se o requ'rer.*

*Al mediodía
a nos descendía
¡Tu pecho abierto, luz celeste!
Tu Corazón
trae perdón
al pobre hijo que a Dios llevaste!
En ti, María,
el sol sonrisa vía,
¡estrella hermosa donde el alto cielo!
Con armonía,
suave decía:
¡dulce asilo tienes en mi pecho!
Tierna alianza,
firme esperanza,
bajo tu manto, vénme a abrigar;
Tú, que eres pura,
toda ternura,
dentro en tu pecho quiero habitar.
Mi corazón
en tu mano
oh Madre bondadosa, deja vivir;
a tu hijo salva
de la oscura senda.
No lo tornes a mí sin lo requerir.*

Irmã Lúcia

Hermana Lúcia

CONCLUSION

Es con el cariño de Hermanas como hemos recorrido junto a la Hermana Lúcia el largo camino de su vida, iluminada por el amor profundo a Nuestra Señora. Este amor, que siempre henchía su alma y la ató irresistiblemente al Corazón de Dios, el Tesoro encontrado, la Perla Preciosa a cambio de la que todo se abandona.

Sintió las seducciones del mundo, las tentaciones del demonio y los reclamos de su naturaleza. Pero ella venció todo con heroica fidelidad a su sí del 13 de mayo de 1917. Para ella el mundo fue sólo el camino hacia Dios y, aunque por curvas empinadas, siempre ascendió por el camino recto como un rayo de luz, conforme a su íntimo deseo, hecho propósito y ofrecimiento generoso en favor de los Hermanos: *Quiero que mi vida sea un rastro de luz que brilla en el camino de mis Hermanos señalándoles la fe, la esperanza y la caridad* ⁴⁹⁶.

⁴⁹⁶ O Meu Caminho III p.385.

BIBLIOGRAFIA

- ANTONIO MARIA MARTINS, S. J., *Novos Documentos de Fátima*, Porto 1984, Ed. Apostolado da Imprensa.
- CARDENAL TARCISIO BERTONE - GIUSEPPE DE CARLI, *A última vidente de Fátima. As minhas conversas com a Irmã Lúcia*, 1ª edición: Lisboa 2007, Ed. A esfera dos livros.
- CASIMIR BARTHAS, *Fátima: segundo as testemunhas e os documentos*, Lisboa 1967, Ed. Aster = *La Virgen de Fátima*, Madrid 1991, Ed. Rialp.
- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *A Mensagem de Fátima (O Segredo)*, 1ª edición: Sao Paulo 2000, Paulus Editora Raposo.
- DCF = *Documentação Crítica de Fátima. Volumen I. Interrogatórios aos videntes (1917-1919)*, 2ª edición: Fátima 2013, Ed. Santuário de Fátima.
- FAM = *Fátima. Altar do Mundo* en 3 volúmenes, Ed. Ocidental Editora: *Volume I. O culto de Nossa Senhora em Portugal*, Porto 1953; *Volume II. Historia das Aparições*, Porto 1954; *Volume III. A Imagem Peregrina*, Porto 1955.
- FERNANDO LEITE, S. J., *Jacinta*, Braga 1951, Ed. Apostolado da Oração.
- IRMA MARIA CELINA DE JESÚS CRUCIFICADO, *Irmã Lúcia. A memória que dela temos*, 3ª edición: Fátima 2006, Ed. Carmelo de Coimbra y Secretariado dos Pastorinhos = *Hermana Lúcia. La memoria que de ella tenemos*, 1ª edición: Coimbra 2005.
- IRMÃ MARIA LÚCIA DE JESÚS E DO CORAÇÃO IMACULADO, *Memórias da Irmã Lúcia. Volume I* (= 1ª a 4ª Memoria), 15ª edición: Fátima 2011, Ed. Secretariado dos Pastorinhos = *Memorias de la Hermana Lúcia. Volumen I*, 10ª edición: Fátima 2008.
- IRMÃ MARIA LÚCIA DE JESÚS E DO CORAÇÃO IMACULADO, *Memórias da Irmã Lúcia, Volume II* (= 5ª y 6ª Memoria), 4ª-5ª edición: Fátima 2005, Ed. Secretariado dos Pastorinhos = *Memorias de la Hermana Lúcia. Volumen II*, 2ª edición: Fátima 1999.
- IRMÃ MARIA LÚCIA DE JESÚS E DO CORAÇÃO IMACULADO, *Como vejo a Mensagem*, 2ª edición: Fátima 2007, Ed. Carmelo de Coimbra y Secretariado dos Pastorinhos.
- IRMÃ MARIA LÚCIA DE JESÚS E DO CORAÇÃO IMACULADO, *Apelos da Mensagem de Fátima*, 4ª edición: Fátima 2007, Ed. Carmelo de Coimbra y Secretariado dos Pastorinhos = *Llamadas del Mensaje de Fátima*, 2ª edición: Fátima 2007. Ed. Secretariado dos Pastorinhos.
- IRMÃ MARIA LÚCIA DE JESÚS E DO CORAÇÃO IMACULADO, *Cartas da Irmã Lúcia*, Archivo del Carmelo de Santa Teresa, Coimbra.
- IRMÃ MARIA LÚCIA DE JESÚS E DO CORAÇÃO IMACULADO, *O Meu Caminho*, Archivo del Carmelo de Santa Teresa, Coimbra.

- JOÃO DE MARCHI, I. M. C., *Era uma Senhora mais brilhante que o sol*, 9ª edición: Fátima 1966, Ed. Missões Consolata.
- JOAQUÍN MARIA ALONSO, *O Dr. Formigão Homem de Deus e apóstolo de Fátima*, Coimbra 1979, Ed. Gráfica de Coimbra.
- LIVRO DAS PROFISSÕES, Archivos del Carmelo de Santa Teresa, Coimbra.
- LUIS KONDOR, *Quereis oferecer-vos a Deus?*, Fátima 2011, Ed. Secretariado dos Pastorinhos y Seminario para Misiones del “Verbo Divino”.
- LUIS PERROY, S. J., *La subida al Calvario. Versión española por F. GONZÁLEZ QUINTANA S. J.*, 2ª edición: Barcelona 1941, Ed. Librería y Tipografía Católica.
- M. M. PHILIPON, O. P., *A Doutrina espiritual de Soror Elisabeth da Trindade*, Coimbra, 1949, Ed. Editora Casa do Castelo.
- MARIANNA CEZIMBRA, *Madre Monfalim. Memórias de sua irmã*, Lisboa 1946, Editora Librería Bertrand.
- MARIA TERESA PEREIRA DA CUNHA, *Nossa Senhora de Fátima peregrina do Mundo. Através dos Continentes, a Caminho de Roma, dos Mares e dos Ares. Primeira jornada: Início da peregrinação na Europa*, Lisboa 1949.
- REGLA, *Reglas y Constituciones de las Monjas Descalzas de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo: Adaptadas según las disposiciones del Concilio Vaticano II y las normas canónicas vigentes, aprobadas por la Sede Apostólica Año 1991*, Roma 1991.
- SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Texto bilingüe. II. Las confesiones*, 8ª edición: Madrid 1991, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos.
- SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras Completas*, 9ª edición: Burgos 2010, Ed. Monte Carmelo.
- SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, 9ª edición: Burgos 2014, Ed. Monte Carmelo.
- SANTA TERESA DE JESÚS DE LOS ANDES, *Obras Completas*, 2ª edición: Burgos 1995, Ed. Monte Carmelo.
- SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Obras Completas*, 9ª edición: Burgos 2006, Ed. Monte Carmelo.
- SEBASTIÃO MARTINS DOS REIS, *Uma vida ao serviço de Fátima*, Cucujães 1974.
- STANISLAO DZIWIŚ, *Uma vida com Karol: conversas com Gian Franco Svidercoschi*, 1ª edición: Lisboa 2007, Ed. A Esfera dos livros.

ORACIÓN PARA PEDIR LA BEATIFICACIÓN

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente y os agradezco las apariciones de la Santísima Virgen en Fátima para manifestar al mundo las riquezas de su Corazón Inmaculado. Por los méritos infinitos del Santísimo Corazón de Jesús y del Corazón Inmaculado de María, os ruego que, si es para mayor gloria vuestra y el bien de nuestras almas, os dignéis glorificar en la Santa Iglesia a la Hermana Lúcia, pastorcita de Fátima, concediéndonos la gracia que os pedimos por su intercesión. Amén.

Padrenuestro. Ave María. Gloria.

Con autorización eclesial

La Hermana Lúcia es una destacada figura del mundo católico portugués del siglo XX.

En su condición de Pastorcita de Fátima que, junto con Francisco y Jacinta, vio a Nuestra Señora, en 1917, ella se ve a sí misma como una pequeña criatura bendecida y elegida para difundir en el mundo el mensaje de paz y de salvación de Dios.

Como religiosa carmelita, es considerada como una persona privilegiada en la dedicación a Dios y en el servicio a su Iglesia, en quien las gentes ponen una enorme confianza, anclada en el hecho de haber sido la confidente de Nuestra Señora.

En la historia de la Iglesia contemporánea difícilmente puede prescindirse de una alusión a la Hermana Lúcia. Las referencias al Santo Padre y a sus sucesores, ya en las apariciones, así como en la revelación de la tercera parte del llamado Secreto de Fátima, y los dramáticos acontecimientos vividos por la Iglesia a finales del segundo milenio y principios del tercero, no nos permiten ignorar a la Hermana Lúcia.

Ahora, una lectura de la biografía Un camino bajo la mirada de María, cuyo autor es el Carmelo de Coimbra, nos aporta una perspectiva más honda de la personalidad de la Hermana Lúcia, como fruto de un saber connatural, de una vida cotidiana y de los escritos y testimonios que reflejan la profundidad de un alma.

VIRGILIO DO NASCIMENTO ANTUNES

Obispo de Coimbra

